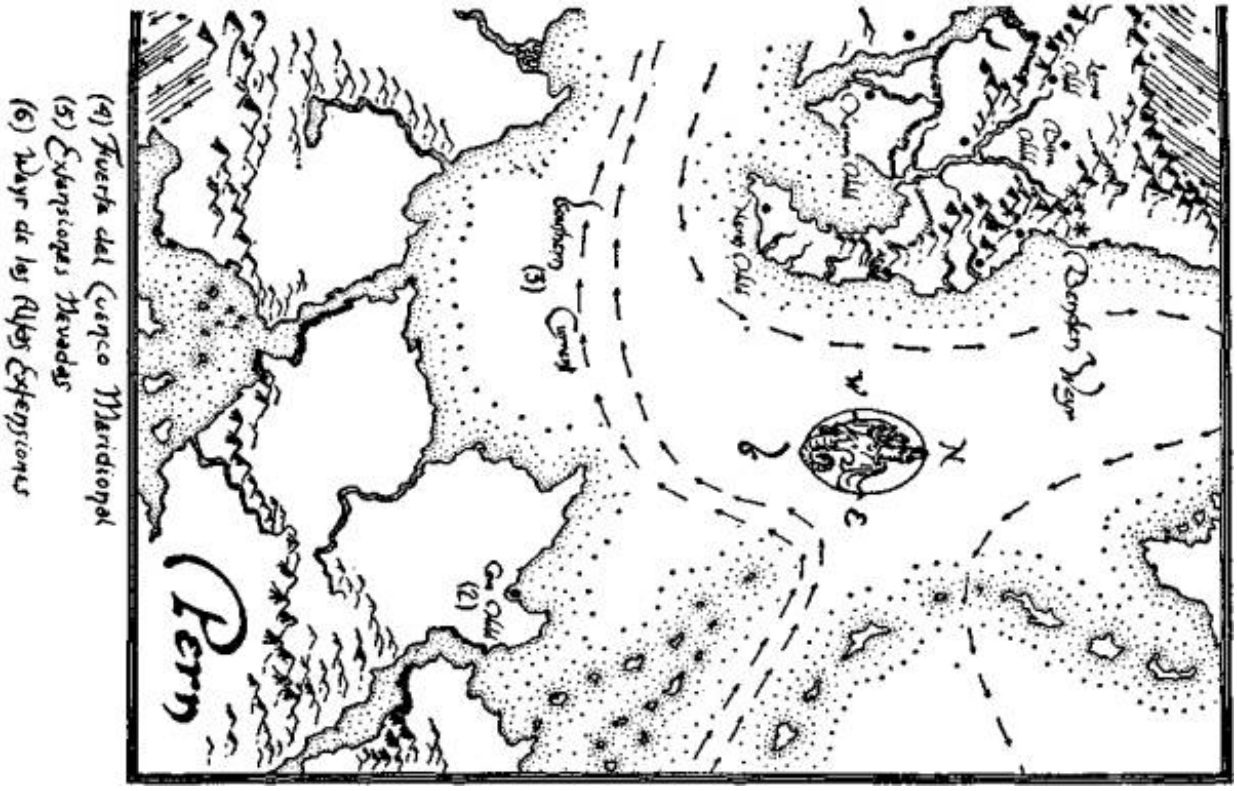
El dragón blanco
Anne McCaffrey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dedico este libro, con un tanto de provocación, a mis hermanos Hugh y Kevin, por aquellas rivalidades que tuvimos en la infancia y por los afectos maduros y las lealtades que se desarrollan a partir de ellas.





EN EL FUERTE DE RUATHA, PASADA PRESENTE
DECIMOSEGUNDA REVOLUCIÓN

—Si ahora no está limpio —dijo Jaxom a N'ton, mientras le daba una pasada final a la nuca de Ruth, con ayuda del trapo aceitado—, no sé qué es estar limpio. —Y diciendo esto, se enjugó la frente húmeda con la manga de su túnica.

—¿Qué opinas, N'ton? —preguntó atentamente, al darse cuenta de que había estado hablando sin tener en consideración el rango de su compañero, caudillo del Weyr de Fort.

N'ton hizo un gesto de asentimiento, señalando la frondosa ribera del lago. Iban deslizándose a través del fango originado por la espumeante arena de jabón proveniente del pequeño dragón y, ambos a una, se volvieron a tiempo de sorprender todo el brillo húmedo de Ruth al sol de la mañana.

—Nunca lo vi tan limpio —observó N'ton, tras una ligera pausa reflexiva. Y añadió apresuradamente—: aunque es cierto lo has mantenido siempre inmaculado, Jaxom. Pero, como no le mandes que salga pronto de este lodo, no le va a durar mucho la limpieza.

Jaxom transmitió rápidamente dicha petición.

—Y manten la cola en alto, Ruth, hasta que estés en la hierba.

Con el rabillo del ojo, Jaxom pudo observar que Dorse y sus compañeros se alejaban sigilosamente, por si acaso N'ton les tenía reservado algún trabajo pesado adicional. Jaxom,

de alguna manera, se las había arreglado para disimular su satisfacción que le embargó durante el baño de Ruth.

Ni Dorse ni los otros se habían atrevido a desobedecer al dragonero cuando los obligó alegremente a prestar su ayuda. A Jaxom le había aumentado enormemente la moral verles sudar por causa de «el gigantesco lagarto de fuego», incapaces de molestar y acosar a Jaxom, tal como lo habían
planeado aquella mañana.

Jaxom no tenía muchas esperanzas de que la situación se mantuviera así por mucho tiempo. Pero si aquel día los caudillos del Weyr de Benden decidían que Ruth estaba ya suficientemente fuerte para elevar en vuelo su propio peso, Jaxom podría volar libremente y alejarse de las burlas de que le hacían objeto su hermano de leche y sus compañeros.

—Ya sabes —empezó a hablar N'ton, ligeramente conmovido, mientras cruzaba los brazos sobre su túnica—. Ruth en realidad, no es blanco.

Jaxom miró fijamente, incrédulo, a su dragón.

—¿No lo es?

—No. Mira las sombras pardas y doradas sobre sus pliegues, y los reflejos azules o verdes sobre este flanco.

—¡Tienes razón! —Jaxom parpadeó, sorprendido al descubrir algo totalmente nuevo en su amigo—. Me figuro que estos colores se perciben mucho más porque está tan limpio y el sol es tan brillante hoy.

Era un placer desarrollar este tema que tanto le gustaba ante un auditorio tan experto.

—Desde luego, todas sus tonalidades son propias de un dragón —siguió diciendo N'ton, mientras apoyaba una mano sobre el lomo de Ruth y alzaba orgullosamente la cabeza, mirando hacia sus poderosos cuartos traseros—. Y además, es de hermosas proporciones. Quizás, sea pequeño, Jaxom, pero tiene un maravilloso aspecto.

Jaxom volvió a suspirar, alzándose de hombros y sacando el pecho con orgullo:

—No tiene ni poca ni demasiada carne, ¿eh, Jaxom? —diciendo esto, N'ton disparó uno de sus codos para dar con él en el hombro de Jaxom; una astuta sonrisa apareció en su rostro, al recordar todas las veces que Jaxom había tenido que recurrir al caudillo del Weyr en demanda de ayuda para
dominar las indigestiones de Ruth. Jaxom había creído, erróneamente, que si le era posible hacer tragar la debida cantidad de comida a Ruth, el pequeño dragón podría crecer hasta hacerles la competencia a sus compañeros de nidada. Pero los resultados no habían sido buenos,

—¿Te parece que es lo bastante fuerte para llevarme en vuelo?

N'ton obsequió a Jaxom con una mirada reflexiva.

—Veamos; lo Impresionaste la primavera pasada, y ahora estamos entrando en tiempo frío. La mayoría de los dragones completan su período de crecimiento en su primera Revolución. Y yo no creo que Ruth haya crecido medio palmo en los últimos seis meses, así que hemos de pensar que ya ha alcanzado todo su tamaño. Ahora bien —N'ton reaccionó ante el suspiro de

desánimo de Jaxom—, Ruth es media cabeza más grande que ningún otro animal corredor, ¿no es verdad? ...Estos pueden ser montados durante horas sin que se cansen, ¿no es así? Y tú no eres precisamente
un peso pesado, como Dorse...

—Pero volar es un esfuerzo diferente, ¿no?

—Cierto, pero las alas de Ruth tienen la longitud proporcional suficiente como para sostener su cuerpo durante el vuelo...

—Así que es un dragón como debe ser, ¿no?

N'ton se quedó mirando a Jaxom. Luego puso ambas manos sobre los hombros del muchacho:

—Sí, Jaxom. Ruth es un dragón como debe ser, aunque tenga la mitad del tamaño que sus compañeros... Lo va a demostrar hoy mismo, cuando te lleve en vuelo. Bueno, y ahora volveos los dos al Fuerte. Tienes que ingeniártelas para ponerte a la altura de su belleza.

—¡Vamos, Ruth!

Preferiría seguir sentado al sol, respondió Ruth, avanzando hacia la izquierda de Jaxom con potentes zancadas, para seguir los pasos de su jinete y del caudillo del Weyr de Fort.

—En nuestro patio hay sol, Ruth —le aseguró Jaxom, apoyando ligeramente una mano sobre las bridas de Ruth, y mirando el bello tono azul de sus brillantes ojos, ligeramente chispeantes.

En su silencioso caminar, Jaxom alzó la mirada hacia la imponente superficie acantilada que era el Fuerte de Ruatha, la segunda residencia humana más antigua de Pern. Sería su Fuerte cuando llegara a tener edad suficiente o cuando su guardián, el señor Lytol, antiguo oficial de tejedores, ex dragonero, decidiera que ya era lo suficientemente sabio; y si los otros Señores de los Fuertes retiraban finalmente sus objeciones respecto al dragón de media talla, o sea, Ruth. Y Jaxom suspiró, resignado ante el hecho de que nunca le sería posible olvidar ese momento.

Sin que él lo hubiese querido, Impresionar a Ruth había sido causa de toda clase de problemas para los caudillos del Weyr de Benden, F'lar y Lessa, para los Señores de los Fuertes, e incluso para él mismo, ya que no se le permitía ser un auténtico dragonero y vivir en un Weyr. Había tenido que seguir siendo Señor del Fuerte de Ruatha. De lo contrario, cualquier nuevo hijo del Fuerte o cualquier Señor le desafiaría en combate a muerte para cubrir esa vacante. Y el mayor de los problemas había surgido justamente con la persona a la que él más deseaba agradar, su guardián, el Señor Lytol. Y si Jaxom se hubiera detenido un momento a pensar antes de saltar a las ardientes arenas de la Sala de Eclosión de Benden para ayudar a romper el tenaz caparazón del pequeño dragón blanco, se hubiera dado cuenta del pesar que producía al Señor Lytol recordándole constantemente lo que él había perdido con la muerte de su pardo Larth. Nada importaba que Larth hubiera muerto Revoluciones antes del nacimiento de Jaxom en el Fuerte de Ruatha; la tragedia seguía viva y cruelmente fresca en la memoria de Lytol, o al menos eso era lo que todos le decían a Jaxom una y otra vez. Y si realmente era así, él se preguntaba con frecuencia por qué Lytol no había protestado cuando los caudillos del Weyr y los Señores de los Fuertes estuvieron de acuerdo en que Jaxom criara al pequeño dragón en Ruatha.

Al levantar la vista hacia las alturas de fuego, Jaxom se dio cuenta de que el bronce Lioth de N'ton estaba cabeza contra cabeza con Wilth, el viejo dragón pardo que ejercía de vigilante. Jaxom se preguntó que estarían hablando ambos animales. ¿De su Ruth? ¿De la prueba del día? Y mientras pensaba en esto, vio algunos lagartos de fuego, parientes lejanos de los dragones grandes, ejecutando perezosas espirales por encima de los dos dragones. Los hombres estaban conduciendo los wherries y las bestias de carrera desde los establos principales hacia los pastos exteriores, al norte del Fuerte.

Un reguero de humo estaba saliendo de la hilera de refugios menores que bordeaban la rampa que penetraba en el Gran Patio y transcurría a lo largo del borde de la gran ruta del este. A la izquierda de la rampa se habían ido construyendo nuevos refugios pequeños, ya que los espacios intermedios interiores del Fuerte de Ruatha eran considerados poco seguros.

—¿Cuántos adoptivos tiene Lytol en el Fuerte de Ruatha, Jaxom? —preguntó súbitamente N'ton.

—¿Adoptivos? Ninguno, señor. —Y Jaxom frunció el entrecejo. Era seguro que N'ton ya lo sabía.

—¿Por qué no? Bien tendrás que conocer a los de tu mismo rango.

—Bien... a menudo acompaño al Señor Lytol a los otros Fuertes.

—No estaba pensando tanto en relaciones sociales como en tener compañeros aquí de tu misma edad.

—Bueno; está mi hermano de leche, Dorse, y sus amigos.

—Es verdad.

Algo había en el tono de voz del caudillo del Weyr que hizo que Jaxom le mirara, pero la expresión de aquel hombre no le sugirió nada.

—¿Has visto mucho a Felessan últimamente? Recuerdo que solías participar en casi todas las travesuras en el Weyr de Benden.

Jaxom no pudo evitar que el rubor le subiera hasta la punta de los pelos. ¿Era posible que N'ton se hubiera enterado de que él y Felessan se habían deslizado por un agujero sobre la Sala de Eclosión de Benden para ver de cerca los huevos de Ramoth? ¡Nunca había imaginado que Felessan lo hubiera revelado! ¡A nadie! Pero Jaxom se había preguntado con frecuencia si el haber tocado aquel huevo había destinado a su ocupante a pertenecerle.

—No veo mucho a Felessan estos días. No tengo demasiado tiempo, ocupándome de Ruth y de todo lo demás.

—Oh, no, claro que no —contestó N'ton. Pareció que quisiera ir a decir algo más pero luego cambió de idea.

Cuando, más tarde, siguieron su camino en silencio, Jaxom se preguntó si habría dicho algo inoportuno. Pero no pudo darle muchas vueltas, porque en aquel preciso instante el lagarto de fuego de N'ton, el pardo Tris, dio una vuelta para aterrizar sobre el hombro del caudillo del Weyr, chillando excitado.

—¿Qué pasa? —preguntó Jaxom.

—Está demasiado nervioso para darse cuenta —contestó N'ton riendo, y acarició el cuello de aquella pequeña criatura, emitiendo una serie de ruidos suaves hasta que Tris, dando un gorjeo final en dirección a Ruth, plegó sus alas a la espalda.

Le gusto, observó Ruth.

—A todos los lagartos de fuego les gustas —replicó Jaxom.

—Sí, también yo me he dado cuenta de eso, y no solamente hoy, cuando nos estaban ayudando a lavarle —dijo N'ton.

—¿Por qué será? —Era una pregunta que Jaxom siempre había querido hacer a N'ton. Pero nunca había tenido el valor suficiente. No quería contribuir a que el valioso tiempo del caudillo del Weyr se perdiera en naderías. Sin embargo, aquel día la pregunta no le pareció tan tonta.

N'ton volvió la cabeza hacia su lagarto de fuego y, al cabo de unos instantes, Tris emitió un rápido gorjeo y luego empezó a limpiarse afanosamente las patas delanteras. N'ton contuvo una risita.

—Le gusta Ruth; esta es toda la información que puedo sacarle. Yo diría que esto se explica porque Ruth tiene unas dimensiones que se acercan más a las suyas. Lo pueden ver sin tener que retroceder varias longitudes de dragón para hacerlo.

—Supongo que así es —Jaxom tenía aún sus reservas—. Pero, sea lo que sea, los lagartos de fuego vienen de todas partes a visitarle. Le cuentan las historias más extravagantes, pero eso le divierte, sobre todo cuando yo no puedo estar con él.

Mientras tanto, habían llegado a la carretera y se dirigían hacia la rampa que daba al Gran Patio.

—No tardarás mucho en vestirte, ¿eh, Jaxom? Lessa y F'lar no pueden tardar —dijo N'ton, mientras seguía su camino recto a través de las grandes verjas hacia la maciza puerta metálica del Fuerte—. ¿Estará Finder en sus aposentos a esta hora?

—Debería estar.

Cuando Jaxom y Ruth volvieron hacia la cocina y los viejos establos, el joven empezó a preocuparse por las pruebas establecidas para la jornada. A buen seguro que N'ton no hubiera alimentado sus esperanzas de obtener permiso para cabalgar a Ruth en vuelo, de no haber estado bien seguro de que los caudillos del Weyr de Benden estaban de acuerdo.

Volar sobre Ruth sería maravilloso, además de la prueba definitiva de que Ruth era un auténtico dragón y no sólo un lagarto de fuego de mayor tamaño del normal, como decía a menudo Dorse, para molestarle. Y, además, podría por fin apartarse de Dorse. Por primera vez en Revoluciones hoy no había tenido que soportar las burlas de Dorse mientras estaba lavando a Ruth. Y no era que el muchacho estuviera celoso de que Jaxom tuviera a Ruth; Dorse siempre había molestado a Jaxom, desde que éste podía recordar. Antes de que llegara Ruth, Jaxom se escabullía por los rincones oscuros de los muchos niveles de Ruatha. A Dorse no le gustaban los pasillos oscuros y mal ventilados, y procuraba mantenerse lejos.

Pero cuando llegó Ruth, Jaxom ya no pudo seguir desapareciendo y evitando la vigilancia de Dorse. A menudo deseaba no tener que estar tan obligado a Dorse. Pero él era el Señor de

Ruatha y Dorse su hermano de leche, así que le debía su vida. Pues si Decían no hubiera dado a luz a Dorse dos días antes de la inesperada llegada de Jaxom, éste hubiera fallecido a las pocas horas de nacer. Jaxom había sido informado por Lytol y el Arpista del Fuerte de que debía compartirlo todo con su hermano de leche. Y por lo que él veía, Dorse sacaba de ello mayor provecho que él mismo. El muchacho, un palmo más alto que Jaxom y más pesado, a buen seguro que no había sufrido por tener que compartir la leche materna. Y sin embargo se había asegurado la obtención de la mejor parte de cualquier cosa que Jaxom poseyera.

Jaxom se acercó saludando alegremente a los cocineros, ocupados en la preparación de una buena comida, para celebrar, él esperaba fervientemente que así fuera, su primer vuelo sobre Ruth. El y el dragón blanco siguieron adelante, cruzando las puertas de los viejos establos que habían sido acondicionados para alojamiento de ambos. Y aunque Ruth era pequeño cuando llegó a Ruatha por primera vez, una Revolución y media antes, estaba claro que crecería rápidamente hasta llegar a ser demasiado grande para entrar en el departamento tradicional del Señor del Fuerte, dentro del Fuerte propiamente dicho.

Por ello, Lytol había decidido que los viejos establos, con sus techos abovedados, se podían acondicionar para servir de aposentos y de cuarto de trabajo a Jaxom, y al mismo tiempo ser un buen y espacioso weyr para el pequeño dragón. El Maestro Herrero Fandarel se había ocupado de diseñar nuevas puertas especiales, instaladas de forma que cualquier mozalbete delgado y débil pudiera accionarlas.

Me sentaré aquí al sol, dijo Ruth a Jaxom, asomando la cabeza al interior de su residencia. No me han barrido la cama.

—Todo el mundo ha estado muy ocupado limpiando para la visita de Lessa —respondió Jaxom, sonriendo al recordar el terror reflejado en la cara de Deelan cuando Lytol le dijo que la Dama del Weyr iba a llegar. A los ojos de Jaxom, Lesse seguía siendo la única ruathana pura sangre que había sobrevivido al traicionero ataque de Fax sobre el Fuerte, hacía ya más de veinte Revoluciones.

Jaxom se quitó la túnica al entrar en su habitación. Hizo un gesto de contrariedad al comprobar que el agua de la vasija de su lavabo estaba tibia. Debía estar tan limpio como su dragón, pero no creía tener tiempo de llegar a los baños calientes del Fuerte antes de que llegaran los caudillos del Weyr. No era cosa de estar ausente en ese momento. Se lavó con arena de jabón y agua tibia.

Ya llegan, comunicó Ruth a la mente de Jaxom, poco antes de que el viejo Wilth y Lioth anunciaran a los visitantes con solemnes trompeteos.

Jaxom corrió a la ventana y miró hacia fuera, captando un resplandor de enormes alas en el momento en que los recién llegados se posaban en el interior del Gran Patio. No esperó a ver como los dragones de Benden se retiraban hacia las alturas de fuego, acompañados de excitados grupos de lagartos de fuego. Secándose a toda prisa, se quitó sus húmedos pantalones. No le tomó mucho tiempo ponerse sus prendas nuevas y embutirse las botas fabricadas especialmente para esta ocasión y acondicionadas para que resultaran calientes y adecuadas al vuelo. Su experiencia reciente le facilitó la tarea de colocar las riendas al impaciente dragoncito.

Y cuando ambos, Jaxom y Ruth, salieron de sus habitaciones, se sintió nuevamente asediado por la preocupación. ¿Qué pasaría si N'ton se hubiera equivocado? ¿Qué ocurriría si Lessa y F'lar decidieran esperar algunos meses más para ver si Ruth crecía? ¿Qué ocurriría si Ruth, que era un dragón pequeño, no tenía fuerzas suficientes para llevarle en vuelo? ¿Y si dejaba malparado a Ruth? Ruth canturreó animosamente:

No podrías dejarme malherido; eres mi amigo... y al decir esto hizo gestos afectuosos hacia Jaxom, echándole en la cara un aliento cálido y dulce.

Jaxom inhaló profundamente, buscando poder aquietar su agitado cuerpo. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que sobre las gradas del Fuerte había una multitud. ¿Por qué se había juntado tanta gente, precisamente hoy?...

No son muchos, dijo Ruth, y su voz expresó sorpresa cuando levantó la cabeza para ver la concurrencia. Y además, hay muchos lagartos de fuego que han venido a verme. Conozco a todos los aquí presentes hoy. Y tú también.

Jaxom comprobó que era cierto. Y al ver que su dragón aceptaba aquella asistencia tan numerosa, alzó los hombros y caminó hacia adelante animosamente.

Los principales invitados eran F'lar y Lessa, en su calidad de dragoneros mayores. F'nor, caballero del pardo Canth y compañero de la triste Brekke, también estaba presente, pero era un buen amigo de Jaxom. Y N'ton, por supuesto, estaba presente también, pero estaba claro que era debido a su calidad de Señor del Fuerte de Ruatha, que pertenecía al Weyr de Fort. El Maestro Robinton, en su calidad de Arpista de Pern, también estaba allí, y Jaxom tuvo la alegría de ver a su lado a Menolly, la hija del Arpista, que a menudo había sido su defensora. Pero a Jaxom le costaba admitir el derecho del Señor Sangel del Bole Meridional y del Señor Groghe de Fort para estar presentes, en representación de los Fuertes.

Al principio, Jaxom no pudo ver al Señor Lytol. Luego, Finder se adelantó para decirle algo a Menolly, y Jaxom descubrió a su tutor. Esperaba que Lytol miraría a Ruth de veras, al menos esta vez.

Cruzaron el patio y se detuvieron ante los escalones, Jaxom dejó descansar su mano derecha sobre el cuello de Ruth, vigoroso y graciosamente curvado, y se enfrentó enérgicamente a los jueces.

Extendiendo una mano al saludar a Ruth, Lessa sonrió a Jaxom mientras descendía los escalones para darle la bienvenida.

—Ruth ha engordado una barbaridad desde la primavera pasada, Jaxom —dijo ella con un tono animador y a la vez crítico—. Pero tú deberías comer más. Lytol, ¿es que Deelan nunca da de comer a esta criatura? ¡No es sino un montón de huesos!

A Jaxom le sorprendió comprobar que estaba más alto que Lessa, y que ahora ella debía alzar la cabeza para mirarle. Siempre había tenido la impresión de que Lessa era alta. Y mirar desde arriba a la Dama del Weyr de Benden resultaba embarazoso.

—Yo diría que aún le llevas ventaja a Felessan, pero cada vez que lo veo está más alto —añadió ella.

Jaxom empezó a balbucear una disculpa.

—Tonterías, Jaxom. Álzate en toda tu altura —dijo F'lar, acercándose hasta llegar junto a su compañera de Weyr. Su atención estaba fija en Ruth, y el dragón blanco alzó la cabeza ligeramente para poner sus ojos a la altura de los del caudillo del Weyr—. Has crecido varios palmos más, Ruth, de los que te hubiera dado en la Sala de Eclosión. Señor Jaxom, veo que te has portado bien con tu amigo. —Y el caudillo del Weyr de Benden dio un ligero retintín al título de amigo mientras su mirada iba del dragón a su caballero.

Jaxom hizo una mueca de disgusto, ante el ingrato recuerdo de su posición equívoca.

—Aunque no creo que vayas a alcanzar la estatura de nuestro buen Maestro Herrero, lo que me hace pensar que no cargarás más de la cuenta a Ruth durante el vuelo. —Y F'lar miró hacia los otros, detenidos sobre los escalones—. Ruth les lleva una cabeza de ventaja en estatura a las bestias de carrera. Y además, es más robusto.

—¿Qué envergadura tienen sus alas? —preguntó Lessa enarcando las cejas—. Jaxom, ¿quieres pedirle que las extienda?

A Lessa le hubiera sido muy fácil dirigirse directamente a Ruth, porque sabía hablar con cualquier dragón. En cuanto a Jaxom, estaba lo bastante emocionado para concederle el favor, y le pasó la petición a Ruth. Con los ojos brillantes de emoción, el dragón blanco se alzó sobre sus patas y extendió las alas, dejando ver el armazón de sus músculos a través del pecho y el lomo cubierto de las manchas propias de todos los dragones.

—Está perfectamente proporcionado —dijo F'lar, metiéndose bajo el ala para inspeccionar el lado interior de la ancha y transparente membrana—. Gracias, Ruth —añadió, al observar que el dragón blanco ladeaba cortésmente el ala—. Estoy seguro de que está impaciente por llevarte en vuelo.

—Sí, señor; porque es un dragón y todos los dragones vuelan.

La mirada con que F'lar le obsequió movió a Jaxom a preguntarse si su rápida respuesta no habría sido demasiado audaz. Cuando oyó la risa de Lessa, levantó la mirada hacia ella. Pero no era de él de quien se reía, ni de Ruth. Los ojos de Lessa miraban a su compañero de weyr.

F'lar, arqueando la ceja derecha le devolvió a ella la sonrisa. Y Jaxom se dio cuenta de que no se estaban fijando ni en él ni en Ruth para nada.

—Sí, los dragones vuelan; ¿verdad, Lessa? —preguntó con un suave tono de voz el caudillo del Weyr. Jaxom advirtió que había entre los dos un entendimiento mutuo.

Y entonces F'lar alzó la cabeza hacia las alturas de fuego, donde la dorada Ramoth, el bronce Mnementh y los dos pardos, Canth y Wilth, seguían demostrando el más vivo interés por la escena que se desarrollaba abajo en el patio.

—¿Qué dice Ramoth, Lessa?

Lessa hizo un gesto.

—Ya sabes que ella siempre ha sostenido que Ruth sabría estar en su puesto.

F'lar lanzó primero una mirada a N'ton, que contestó con una sonrisa, y luego a F'nor, que dio su asentimiento encogiéndose de hombros.

—Hay unanimidad, Jaxom, Mnementh no entiende por qué estamos dándole a la cosa tanta importancia. Monta enseguida, muchacho. —Y F'lar se adelantó como si fuera a ayudar a Jaxom a pasar una de sus piernas por el cuello del dragón blanco.

Jaxom se sentía dividido entre el goce de ver que el jefe de todo Pern se ocupaba de él y la indignación de que F'lar le creyera incapaz de montar sin ayuda.

Ruth intervino en aquel momento apartando sus alas y doblando su rodilla izquierda. Jaxom avanzó con ligereza sobre el miembro adelantado y se alzó adoptando la posición correcta entre las dos protuberancias del cuello del dragón. En un dragón adulto, estas protuberancias bastan para que el jinete que lo monte pueda mantenerse erguido durante un vuelo de rutina, pero Lytol había insistido en que Jaxom usara estribos de montar como medida de seguridad. Mientras Jaxom sujetaba las hebillas del estribo a las anillas de su cinto, miraba recelosamente hacia la multitud que le rodeaba. Pero no vio a nadie que diera señales de sorpresa o de desprecio por aquella precaución. Cuando estuvo listo para partir, la terrible frialdad de la duda volvió a dejarse sentir en su estómago. ¿Y si Ruth no podía...?

Captó la sonrisa de entendimiento en el rostro de N'ton y vio al Maestro Robinton y a Menolly que levantaban las manos y las mantenían alzadas con gesto de saludo. Y entonces F'lar alzó el puño sobre su cabeza, dando así la tradicional señal de emprender el vuelo.

Jaxom aspiró fuertemente.

—¡Ea, Ruth, a volar!

Sintió la contracción del músculo de Ruth cuando éste inició un gesto de agacharse a medias, toda la tensión a lo largo de su espalda, y el desplazamiento de la musculatura bajo sus pantorrillas en el momento en que las enormes alas se alzaron para aquel salto, el más importante de todos. Ruth prolongó su leve contracción hasta que empezó a elevarse, dando un poderoso impulso con sus fuertes patas traseras. La cabeza de Jaxom recibió una fuerte sacudida. Instintivamente, aseguró los estribos y luego se mantuvo lo más erguido que pudo, mientras el pequeño dragón se remontaba con sus potentes alas hacia lo alto, y pasaba ante la primera hilera de ventanas y las radiantes caras de los Señores, elevándose tan rápidamente hacia las alturas de fuego, que Jaxom sólo pudo ver la otra hilera de ventanas como una mancha confusa. Entonces los grandes dragones extendieron las alas en señal de ánimo a Ruth. Los lagartos de fuego revolotearon cerca de ellos, añadiendo al júbilo general sus voces plateadas. Jaxom confiaba en que todo este bullicio no espantara a Ruth y que los lagartos de fuego no se cruzarían en su trayectoria.

Les gusta vernos juntos por el aire. Ramoth y Mnementh están contentos de que estés por fin en mi lomo. Y yo también. ¿Estás más contento añora?

Aquella última pregunta, casi una queja, hizo que Jaxom sintiera un nudo de pena en la garganta. Abrió la boca para contestar, pero sintió que el sonido de su voz se desvanecía por la presión del aire contra su cara.

—Claro que estoy contento; siempre estoy contento contigo —dijo con alegría—. Estoy volando contigo, y eso era precisamente lo que quería. Ahora, todo el mundo se dará cuenta de que eres un dragón de verdad.

¡Estás dando gritos!

—Es que soy feliz. ¿Por qué no habría de gritar?

Soy el único que puede oírte, y además te oigo muy bien.

—Así ha de ser. Y esto me hace el hombre más feliz del mundo.

Estaban empezando a girar suavemente y Jaxom se echó hacia atrás, adaptando su postura a la curva y reteniendo el aliento. No es que no hubiera volado sobre un dragón infinidad de veces, antes de aquella ocasión. Pero hasta entonces sólo había sido un pasajero, encaramado,

por lo general, entre otros dos cuerpos adultos. Ahora, en cambio, sentía la intimidad de aquel vuelo como una sensación totalmente diferente, desconcertante, placentera y extraña, y por el momento, maravillosa.

Ramoth está diciendo que debes apretar más las piernas que cuando vas sobre corredores.

—Es que no quería molestar tu respiración. —Y Jaxom, diciendo esto, apretó las piernas estrechamente contra aquel cuello tibio y sedoso, animado por la seguridad que aquel apretón le proporcionaba.

Esto está mejor. No vas a herirme en el cuello. No me puedes herir; eres mi dragonero. Ramoth está diciendo que hemos de bajar. La voz de Ruth sonaba rebelde.

—¿Bajar nosotros? ¡Si parece que hayamos nacido en el aire!

Ramoth dice que no debo hacer demasiados esfuerzos. Pero llevarte no es ningún esfuerzo. Es lo que deseo hacer. Ella dice que debemos volar un poco más lejos cada día. Me parece una buena idea.

Ruth rectificó su plano de descenso y se fueron aproximando al patio desde el sudeste. La gente que iba por la carretera se paraba a mirarlos haciendo señales de júbilo. A Jaxom le parecía oír vivas y hurras, pero el viento rugía al pasar, de modo que era difícil oír bien todo aquello. Y los del patio se volvían para seguir la trayectoria por el aire. No había ventana del segundo y primer piso del Fuerte que no estuviera repleta de observadores.

—No les quedará más remedio que admitir que eres todo un dragón volador, Ruth.

La única cosa que Jaxom lamentaba era la brevedad obligada de aquel vuelo. Bien, sería un poco más largo cada día, ¿no? No habría Caída, fuego o niebla que le impidiera volar todos los días, sin dejar ni uno, cada vez más tiempo, cada vez más lejos de Ruatha.

Se sintió bruscamente lanzado hacia adelante y su pecho golpeó con violencia contra una protuberancia del cuello del dragón en el momento en que Ruth dio un brusco frenazo con las alas para posarse limpiamente en el mismo lugar que había dejado libre poco tiempo antes.

Lo lamento se excusó Ruth. Ya veo que hay cosas que tengo que aprender.

Jaxom se quedó sentado unos instante, saboreando el triunfo de su experiencia de hombre nacido para el aire. Se estaba dando friegas en el pecho mientras daba ánimos a Ruth. Y es que se había dado cuenta de que F'lar, F'nor y N'ton se acercaban a él con expresiones de aprobación. Pero, ¿por qué estaba, el Arpista tan pensativo? ¿Por qué fruncía el ceño el señor Sangel?

Los dragoneros dicen que sabemos volar. Y esta es la gente cuya palabra vale, le estaba diciendo Ruth.

Jaxom no podía explicarse en absoluto la expresión de la cara de Lytol. El rostro del Señor era una nube negra en la alegría de Jaxom por el reciente éxito. Eran muy grandes las esperanzas que tenía de que en un día como aquel, y luego en los siguientes, recibiría señales de aprobación, palabras amables por parte de su tutor.

Nunca olvida a Larth, iba diciendo Ruth en su tono de voz más suave.

—¿Lo ves, Jaxom? Ya te lo había dicho —gritó N'ton, mientras los tres dragoneros se colocaron junto al lomo de Ruth—. No hay ni una palabra negativa que decir.

—Excelente primer vuelo —dijo F'lar, deslizando su mirada sobre Ruth, sin duda en busca de alguna señal de agotamiento—. No se advierte en él ningún daño.

—Este tipo es capaz de girar sobre la punta de una de sus alas. Asegúrate de que sigues teniendo los estribos puestos, hasta que os hayáis acostumbrado el uno al otro —añadió F'nor, alzándose para atrapar el antebrazo de Jaxom.

Era el gesto de saludo entre iguales, y el detalle produjo enorme satisfacción a Jaxom.

—Has estado equivocado, Señor Sangel. —La voz de Lessa se abría paso claramente hasta llegar a Jaxom—. Nunca se ha dudado de que el dragón blanco pudiera volar. Lo único que hemos hecho ha sido retrasar el primer vuelo hasta estar seguros de que Ruth había llegado a su mayoría de edad.

F'nor hizo una inclinación de cabeza a Jaxom y N'ton le hizo un gesto, en tanto que F'lar alzaba la mirada como si indicara que era preciso ser paciente. Estos gestos de confianza hicieron que Jaxom se diera cuenta de que él, Jaxom de Ruatha, había sido admitido en una relación de igual a igual con los tres dragoneros más poderosos de Pern.

—Ahora ya eres un dragonero —le dijo N'ton.

—Así es —confirmó F'lar, frunciendo el ceño y alargando la pronunciación de las palabras—. Así es, pero no vayas a lanzarte por todo el mundo mañana mismo, ni intentes volar por el ínter. No por ahora. Espero que lo comprendas. ¡Muy bien! Debes hacer que Ruth practique el vuelo cada día. ¿Tienes alguna objeción respecto a estos entrenamientos, N'ton? —Y F'lar le comunicó las suyas a Jaxom—. Es preciso que esos músculos de las alas se fortalezcan gradualmente y con cuidado; de lo contrario, los someterás a un esfuerzo excesivo. He aquí el peligro. Puede llegar un momento en que necesites que el dragón vuele con gran rapidez o que tenga mucha capacidad de maniobra, y en tal caso, unos músculos débiles no darían el rendimiento necesario. ¿Oiste hablar de la tragedia de las Altas Estaciones alguna vez?

La expresión de F'lar era severa.

—Sí, señor; Finder me lo contó.

Y Jaxom no osó mencionar que Dorse y sus amigos, cuando se enteraron del incidente, no permitieron que Jaxom olvidara en lo sucesivo al caballero que había sido aniquilado contra la ladera de la montaña por haber sometido a un esfuerzo excesivo a su joven dragón.

—Tienes una doble responsabilidad, Jaxom; ante Ruth y ante tu Fuerte.

—Así es, señor; lo sé.

N'ton sonrió y dio una palmada en la rodilla de Jaxom.

—Me atrevería a afirmar, joven Señor Jaxom, que lo sabes hasta en su menor implicación.

F'lar, sorprendido por el tono de la advertencia, se volvió hacia el Caudillo del Weyr de Fort. Jaxom, observándole, contenía el aliento. ¿Es que los caudillos del Weyr hablaban sin considerar lo que decían? El Señor Lytol estaba siempre detrás de él, para juzgarle antes de que abriera los labios.

—No voy a detenerme a considerar el entrenamiento inicial de Jaxom, F'lar, pues no es preciso preocuparse por su sentido de la responsabilidad en estos casos. La tiene y bien fundamentada. —Y N'ton siguió con el tema—: Así pues, con vuestro permiso, voy a darle instrucciones de que vuele por el ínter cuando yo vea que está en condiciones de hacerlo. Y me parece —hizo un gesto hacia los dos Señores de los Fuertes, que conversaban con Lessa—, que cuanto menos publicidad demos a la fase de entrenamiento, mejor.

Jaxom podía sentir la ligera tensión en el aire cuando N'ton y F'lar cambiaron miradas significativas entre sí. Y de repente, Mnementh y Ramoth hicieron sonar su llamada estridente desde las alturas.

—Dan su consentimiento —dijo N'ton con voz suave.

F'lar sacudió la cabeza para apartar el rizo de los cabellos que caía sobre sus ojos.

—Está claro que Jaxom merece ascender a dragonero —dijo F'nor en el mismo tono persuasivo—. Y, a fin de cuentas, este es un asunto de la incumbencia del Weyr. Pero no son los Señores de los Fuertes los que van a decir la última palabra al respecto. Además, Ruth es un dragón de Benden.

—Aquí lo decisivo es la responsabilidad —dijo F'lar, mirando a ambos dragoneros con el ceño fruncido. Le dirigió una mirada a Jaxom, que no estaba del todo seguro de saber de qué estaban hablando, salvo de que la discusión giraba en torno a él y a Ruth—. Vaya, muy bien. Así pues, habrá que entrenarlo para volar por el ínter. Y si no es así, supongo que tú mismo lo intentarás por cuenta propia. ¿No es verdad, joven Jaxom, puesto que eres de la Sangre de Ruatha?

—¿Señor? —Jaxom apenas podía dar crédito a su buena suerte.

—No, F'lar. Jaxom nunca intentaría hacer una cosa así por cuenta propia —fue la réplica de N'ton, con un tono extraño de voz—. Y este es justamente el problema. Creo que Lytol ha cumplido demasiado bien con su cometido.

—Explícate —dijo F'lar con tono terminante.

F'nor alzó la mano, señalando, a modo de rápida advertencia y dijo:

—Aquí tenéis a Lytol en persona.

—Señor Jaxom, ¿os dignáis dejar a vuestro amigo en sus aposentos y uniros luego a nosotros en el Taller?

El Señor Tutor hizo una inclinación cortés ante cada uno de los presentes. En su cara, uno de los músculos hizo una repentina contracción mientras se volvía rápidamente hacia la grada. Podría haber dicho algo... si lo hubiera necesitado, pensaba en aquellos momentos Jaxom, mirando fija y gravemente las anchas espaldas del Tutor.

N'ton le dio otro golpecito en las rodillas y, cuando Jaxom miró al Caudillo del Weyr, este hizo un gesto con la cabeza:

—Eres un buen muchacho, Jaxom, y un buen jinete.

Después se acercó a los otros dragoneros.

—Supongo que en ningún caso os atreveríais a servir un vino de Benden en ocasión tan solemne como esta, ¿eh, Lytol? —Era la voz del Arpista la que se abría paso por el patio.

—¿Qué otra cosa se atrevería nadie a servir, Robinton? —preguntó, riendo, Lessa.

Jaxom les vio dirigir sus pasos hacia la escalera donde estaban las puertas del Taller. Dando todo un concierto de graznidos, los lagartos de fuego abandonaron su despliegue aéreo y descendieron hacia la entrada, pasando muy cerca de la alta figura del Arpista cuando se dirigían hacia el interior del Fuerte.

Lo ocurrido había puesto a Jaxom de excelente humor y dio a Ruth instrucciones de dirigirse hacia los aposentos de ambos. Y cuando su mirada recorrió las ventanas, vio a la gente que se iba retirando. En aquellos momentos sentía un vehemente deseo de que Dorse y todos sus compañeros hubieran estado presentes, que hubieran visto los golpecitos afectuosos de F'nor y oído como él, Jaxom, conversaba con los tres dragoneros más importantes de todo Pern. Dorse, en lo sucesivo, tendría que tener más cuidado ahora que Jaxom iba a ser autorizado a volar con Ruth por el ínter. A
buen seguro que Dorse nunca hubiera supuesto aquello. Ni siquiera él, pensaba Jaxom. ¿No había sido estupendo que N'ton lo hubiera sugerido? ¡Cuando Dorse se enterara, a buen seguro que tendría que comérselo crudo, que tragarse todo aquello!

Ruth parecía ir contestando todos estos pensamientos con una especie de canturreo insolente mientras entraba en el viejo establo y dejaba caer su hombro izquierdo para permitir que Jaxom desmontara.

—Ahora ya podemos volar e irnos de aquí, Ruth. Y también podremos volar por el ínter e ir donde nos convenga, por todo Pern. Has volado magníficamente y siento haber sido tan mal jinete sobre ti, golpeando sobre tus costillas. ¡Pero aprenderé a hacerlo mejor! ¡Ya verás!

Los ojos de Ruth chispeaban en su brillante azul afectuosamente cuando siguió a Jaxom al interior del weyr. Luego, Jaxom siguió contándole a Ruth qué maravilloso era girar sobre la punta del ala y todas las demás maniobras, mientras limpiaba el polvo depositado y la porquería que se había ido acumulando en el lecho de Ruth durante la noche anterior. El dragón se acostó dejando colgar la cabeza hacia Jaxom, en una sutil solicitud de caricias. Jaxom estaba complacido, pero en cierta manera reluctante a participar en celebraciones en las que el verdadero huésped de honor debía permanecer ausente.

Advertido por los graznidos de los lagartos de fuego, Robinton avanzó rápidamente hasta pegarse contra la hoja derecha de una de las grandes puertas metálicas. Luego se colocó las manos delante de la cara, a modo de protección. Demasiado frecuentemente se le había sorprendido en aquellas justas de lagartos de fuego por no tomar precauciones. Sin embargo, en general, y gracias a las enseñanzas de Menolly, los lagartos de fuego del Taller del Arpista tenían una conducta aceptable. Sonrió al oír la exclamación de sorpresa y desaliento de Lessa. Cuando oyó el aleteo de su paso, se quedó donde estaba y, una vez seguro, sintió que el barullo volvía a través del camino que iba hacia
la puerta. Oyó al Señor Groghe llamar a su pequeña reina Merga, y dar órdenes. Luego, su propio Zair le encontró y, reprendiéndole como si Robinton hubiera estado tratando de esconderse de él deliberadamente, el pequeño lagarto de fuego bronce se posó sobre su acolchado hombro izquierdo.

—¡Mira allá! ¡Hay un muchacho! —exclamó Robinton, golpeando al agitado bronce con los dedos. A modo de cariñosa respuesta, el lagarto rozó la mejilla del Maestro con la cabeza—. Yo no te dejé, deberías saberlo. ¿Volaste también con Jaxom?

Zair suspendió sus reproches y dio un graznido de felicidad. Luego encorvó el cuello para atisbar patio abajo. Curioso, Robinton se asomó hacia adelante para ver qué había atraído la atención de Zair y vio a Ruth avanzando hacia los viejos establos. Robinton dio un suspiro. Casi hubiera deseado que Jaxom no hubiese obtenido permiso para volar con Ruth. Tal como él mismo había anticipado, el Señor Sangel seguía muy decidido a evitar que el muchacho gozara de las prerrogativas de un dragonero. Y tampoco iba a ser Sangel el único de aquella generación mayor de Señores de los Fuertes que discutiría aquella licencia. Robinton se daba cuenta de que había obrado justamente al influir sobre Groghe en pro del muchacho, pero luego, Groghe había sido más astuto que Sangel. Además, él era dueño de un lagarto de fuego y eso le hacía asumir una actitud más condescendiente frente a Jaxom y a Ruth. Robinton no podía recordar si Sangel no había querido, o no había sido capaz de Impresionar a un lagarto de fuego. Debería preguntárselo a Menolly. Su reina, Beauty, debería estar empollando pronto. Era provechoso que su compañera tuviera un lagarto de fuego reina. Así, él podía colocar los huevos donde considerara que era del mayor provecho para todos.

Estuvo unos minutos más mirando, conmovido por lo que veía. Entre Jaxom y Ruth había como un aura de inocencia y vulnerabilidad, de dependencia y protección de uno al otro.

Jaxom había llegado al mundo en unas condiciones claramente desfavorables: arrebatado del cuerpo muerto de su madre, con su padre mortalmente herido en duelo, media hora más tarde. Y recordando lo que N'ton y Finder le habían explicado poco antes del vuelo de Jaxom, Robinton hubo de reprocharse no haber mantenido una vigilancia más cuidadosa sobre el muchacho. Y Lytol no era tan rígido como para rechazar su intervención, sobre todo tratándose del interés de Jaxom. Pero Robinton tenía demasiadas preocupaciones que pesaban sobre su tiempo y su pensamiento incluso considerando que Menolly y Sebell tenían su confianza y eran sus ayudantes fieles.

Zair frotaba la cabeza contra la barbilla del Arpista. Robinton soltó una risita contenida y dio un golpe a Zair.

Aquellos lagartos de fuego no tenían más de un brazo humano de longitud, y no eran tan inteligentes como los dragones, pero sí extremadamente agradables como compañeros, e incluso, a veces, útiles.

Ahora era mejor que se uniera a los demás y viera el modo de insinuar su idea a Lytol. El joven Jaxom sería una ayuda ideal para sus proyectos.

—¡Robinton! —la voz de F'lar llamándole sonó desde la puerta del recibidor menor del Fuerte. ¡Sube rápidamente! ¡Tu prestigio personal está en juego!

—¿Mi qué...? ¡Allá voy! —Y las largas piernas del Arpista le llevaron a toda prisa hacia la habitación, apenas acabada la frase. El Arpista no tuvo dificultad en adivinar de qué se trataba, viendo las sonrisas de los que se mantenían cerca de las botellas de vino añejo.

—¡Vaya! Creéis que me vais a poder coger ¿no? —gritó, haciendo gestos dramáticos en dirección al vino—. Pues bien estoy seguro de poder arreglármelas para conservar mi reputación aquí. Tan seguro como de que tú has marcado correctamente las botellas, Lytol.

Lessa rió y sacó una botella, exhibiendo su elección a los reunidos. Sirvió un vaso de aquel vino tan rojo y se lo tendió a Robinton. Bien consciente de que todos los ojos estaban fijos en

él, Robinton se acercó a la mesa con pasos lentos y jactanciosos. Sus ojos captaron la mirada de Menolly y recibió de ella una clara señal de que se sentía totalmente a sus anchas en medio de una sociedad tan prestigiosa. Ella, como el pequeño dragón blanco, estaba dispuesta a volar sola. Su camino, por cierto, había sido largo; una larga Revolución desde la muchacha insegura e insignificante que vivía en un Fuerte marino perdido. Y él debía hacer que se notara su presencia en el Taller del Arpista ahora y con la seguridad de que ella le ayudaría.

Robinton hizo toda la ceremonia propia de la degustación del vino, puesto que era lo que claramente se esperaba de él. Examinó el color a la luz del sol que afluía dentro de la estancia, aspiró profundamente su aroma y luego sorbió el líquido delicadamente, paladeando con ostentación el vino en su boca.

—Hummmmm. Bien, sí; no me parece difícil reconocer qué cosecha es esta —dijo arrogantemente.

—¿Y bien? —preguntó el Señor Groghe. Sus pulgares daban algunos tirones del cinturón y agitaba sus pies enfundados en las botas, dando muestras de impaciencia.

—¡No hay que beber nunca apresuradamente un vino!

—Aquí se trata de que, o sabes, o no sabes —dijo Sangel, con un bufido escéptico.

—Por supuesto que sé. Es cosecha pisada en Benden, hace once Revoluciones. ¿Es o no es así Lytol?

Robinton, consciente del silencio que reinaba en la habitación, se vio sorprendido por la mirada de Lytol. A buen seguro que aquel nombre no podía estar todavía disgustado porque Jaxom hubiera cabalgado el dragón pequeño, ¿o sí? No, la contracción del músculo había partido de su mejilla.

—Tengo razón —dijo Robinton, arrastrando las palabras y señalando con dedo acusador al Señor Tutor—. Y tú lo sabes, Lytol. Para ser exactos, este es el prensado posterior a cuando el vino ya está bien maduro. Además, se trata del primer embarco de Benden que te fue posible sacar con halagos del viejo Señor Raid, fundándote en la sangre de Ruatha que lleva Lessa. —Y alteró la voz para imitar el pesado tono de barítono de Lytol—: «La Dama del Weyr de Pern debe recibir vino de Benden cuando visita su antiguo Fuerte.» ¿Tengo o no tengo razón, Lytol?

—Desde luego la tienes, en todos los sentidos —admitió Lytol con algo que sonó sospechosamente a risita escondida—. En lo tocante a vinos, Maestro Arpista, eres infalible.

—¡Qué alivio! —exclamó F’lar, golpeando amistosamente al Arpista en un hombro—. Yo no hubiera podido sobrellevar la pérdida de una reputación como la tuya, Robinton.

—Es el vino adecuado para celebrar esta ocasión. Brindo por Jaxom, el joven Señor del Fuerte de Ruatha y orgulloso caballero de Ruth.

Robinton sabía que había incluido a un dragón en la solemnidad de sus palabras, pero no había manera de disimular el hecho de que, si bien Jaxom era Señor electo del Fuerte de Ruatha, era también e innegablemente un dragonero. El Señor Sangel se aclaró la garganta adecuadamente antes de tomar el sorbo de vino que la ocasión requería. Y el ceño que Lessa frunció hizo pensar que ella había hecho anteriormente otro brindis semejante.

Después de aclararse de nuevo la garganta, Sangel se lanzó al debate del modo que Robinton había esperado que lo hiciera.

—Pues bien; a este respecto, ha de haber algún acuerdo sobre hasta qué punto Jaxom es un dragonero joven. A mí se me dio a entender durante su gestación —y Sangel hizo un vago gesto con la mano hacia los establos— que aquella criaturita no iba a sobrevivir. Fue el único motivo por el que no hice protesta alguna en aquella época.

—No te desorientamos deliberadamente, Señor Sangel —empezó a decir Lessa con voz vacilante.

—No habrá problemas, Sangel —dijo F'lar diplomáticamente—. No tenemos escasez de dragones grandes en el Weyr. El no tiene necesidad de luchar.

—Tampoco tenemos escasez de hombres entrenados, de raza, que se puedan asentar en este Fuerte —dijo Sangel, adelantando agresivamente la mandíbula. «Ya sabía que el viejo Sangel tocaría este punto», pensó Robinton con alivio.

—No será con sangre de Ruatha —dijo Lessa, y sus ojos grises centelleaban—. La razón definitiva de mi renuncia a mi sangre cuando llegué a Dama del Weyr fue cederla al varón que quedara con sangre de Ruatha en las venas... ¡A Jaxom! Y mientras yo viva, no permitiré que Ruatha, de todos los Fuertes de Pern, sea el premio de los duelos de sangre continentales entre los hijos más jóvenes. Jaxom seguirá siendo Señor del Fuerte de Ruatha y nunca será un dragonero de combate.

—Es justo poner las cosas en claro —dijo Sangel, apartándose para evitar la helada mirada de Lessa—, pero admitirás que cabalgar dragones, sin perjuicio de las limitaciones que conlleva, puede ser peligroso, Dama del Weyr. Habrás oído hablar de lo sucedido en las Altas Extensiones...

—Las salidas de Jaxom montado se controlarán en todo momento —prometió F'lar. Y dirigió una mirada de advertencia a N'ton—. Nunca cabalgará para luchar contra las Hebras. Sería demasiado peligro.

—Bien; Jaxom es un muchacho responsable —dijo Lytol, interviniendo en el debate—, y ya le he advertido adecuadamente de sus responsabilidades.

Robinton vio el gesto de N'ton.

—¿Exceso de precaución, N'ton? —preguntó F'lar, tirándose del labio de arriba, mientras miraba a N'ton. También él se había dado cuenta de la expresión del Caudillo del Weyr Fort.

—Es posible —respondió N'ton cautamente, con una inclinación de cabeza a modo de disculpa hacia Lytol—. O es posible que hablar de inhibición sea más exacto. Nadie ha querido ofenderte, Lytol, pero hoy me he dado cuenta de que el muchacho se encuentra... aislado de los demás. Y tener su propio dragón es parte del remedio a este problema, estoy seguro. Y dado que no hay muchachos de su edad que hayan tenido ocasión de Impresionar a un lagarto de fuego, los muchachos del Fuerte no tienen idea exacta de sus problemas.

—¿Dorse ha vuelto a las andadas? —preguntó Lytol, tirándose del labio y mirando a N'ton.

—¿Entonces te das cuenta de la situación? —N'ton parecía aliviado.

—Por supuesto que no. Y esta ha sido una de las razones por las que yo mismo te he presionado, F'lar, para que permitas que el muchacho se lance al vuelo. Ello le haría posible visitar los Fuertes en que hay muchachos de su edad y rango.

—Pero, seguramente tienes adoptados —cortó Lessa, paseando la mirada por la sala, como si se hubiera pasado por alto la presencia de algunos jóvenes del Fuerte.

—Estaba a punto de convenir una adopción de media Revolución para Jaxom, cuando él Impresionó —y Lytol extendió una mano para indicar el final de dicho plan.

—No puedo soportar la idea de que Jaxom se vaya de Ruatha por motivos de adopción —dijo Lessa frunciendo el ceño. No, siendo el último del linaje.

—Yo tampoco —dijo Lytol— pero es preciso actuar recíprocamente en cuestiones de adopción.

—No lo es —respondió el Señor Groghe, dándole a Lytol unas palmaditas en el hombro—. Y de hecho, es una suerte que no sea así. Tengo un muchacho de la edad de Jaxom que ha de ser adoptado. Y es un alivio no tener que tomar a otro muchacho en compensación por él. Cuando veo lo que habéis hecho para volver a poner a Ruatha en marcha y hacerla próspera, Lytol, pienso que el muchacho podría aprender de ti a hacerlo correctamente. Es decir, si hubiera algo que retener cuando llegue a su mayoría de edad.

—Este es otro asunto que me gustaría discutir —dijo el Señor Sangel, dando unos pasos hacia F’lar y echando una mirada a Groghe en busca de apoyo—. ¿Qué hemos de hacer nosotros, los Señores de los Fuertes?

—¿Hacer? —preguntó F'lar, momentáneamente perplejo.

—Con los hijos menores —dijo Robinton suavemente—, para los que ya no hay más fuertes que regir en el Boíl Meridional, Fort, Ista e Igen... para nombrar a los Señores que tienen las mayores familias de hijos con futuro.

—El Continente Meridional... F'lar, ¿cuándo vamos a empezar a abrir el Continente Meridional —preguntó Groghe—. Toric, que se quedó en el Fuerte Meridional, quizá podría emplear a un muchacho o dos, fuertes, activos, enérgicos, ambiciosos, o quizás incluso a tres de ellos.

—Los Antiguos están en el Continente Meridional —dijo Lessa pensativa—. No pueden hacer mal allí, pues es una tierra protegida por los gusanos.

—No había olvidado donde están los Antiguos, Dama del Weyr —observó Groghe, alzando las cejas—. Es el mejor sitio donde pueden estar, pues allí no nos molestan. Hacen lo que quieren, sin hacer daño a la gente decente.

Había un laudable tono de crudeza en las palabras de Groghe, según notó Robinton, teniendo en cuenta cuánto había sufrido el Fuerte de Fort por la irresponsable conducta de T'ron, del Weyr de Fort.

—El caso es que el Meridional es de buenas dimensiones, incluso abandonado como está, así que no importa mucho que los Antiguos vuelen contra las Hebras o no, pues no suponen un perjuicio real hagan lo que hagan.

—¿Alguna vez te has quedado fuera de tu Fuerte durante la Caída de las Hebras? —preguntó F’lar al Señor Groghe.

—¿Yo? ¡No! ¿Te crees que estoy loco? Sólo me faltaría ser como esa pandilla de jovenzuelos que se pelean por la caída de un guante... Acaso creas que sólo pelean con los puños y que yo guardo todas las armas oxidadas, pero el hecho es que su barahúnda es tal que basta para llevarme al ínter o fuera... Ah, estoy de acuerdo contigo, Caudillo del Weyr —añadió Groghe sombríamente, y sus dedos ejecutaron una rápida danza sobre su ancho cinturón—. Sí, esto lo complica todo, ¿no? No estamos organizados para vivir sin Fuertes, ¿verdad? Toric no parece prepararse para aumentar sus retenciones en absoluto. Y hay que hacer algo con la gente joven, pero tampoco precisamente en mi Fuerte, ¿eh Sarigel?

—Si me permitís una sugerencia... —se apresuró a decir Robinton, al ver a F’lar vacilante. Este le pidió por señas que siguiera hablando, visiblemente agradecido por la interrupción del Arpista—. Bien; hace media Revolución, el quinto hijo del Señor Groghe, Benelek, tuvo una idea que mejoraba los aperos de la recolección. El Artesanado de Fort lanzó la idea de que Fandarel debería interesarse en esto. Y de hecho, el buen Maestro Herrero lo estaba. El joven Benelek fue a Telgar para una preparación especial y, según contó uno de las Altas Extensiones que se encontró con él, aquel muchacho tenía cualidades para la mecánica. En fin, para abreviar, ahora hay ocho hijos del Fuerte en el Taller del Herrero y ocho muchachos del Artesanado que dan muestras de igual talento para faenas de Herrería.

—¿Qué estás sugiriendo, Robinton?

—La torpeza requiere de manos inconscientes. Me gustaría ver un grupo especial de gente joven reclutado en todos los Artesanados y en todos los Fuertes, intercambiando ideas en vez de insultos.

Groghe gruñó.

—Lo que quieren es apropiarse tierras, no ideas. ¿Qué hay del Meridional?

—Esta solución seguramente se puede estudiar —dijo Robinton, respondiendo a la insistencia de Groghe tan despreocupadamente como le era posible—. Los Antiguos no van a vivir siempre.

—En verdad, Señor Groghe, de ninguna manera estamos en contra de ampliar los fuertes en el Meridional —dijo F'lar—. Precisamente lo importante...

—Es elegir el momento —Lessa terminó la frase cuando le vio vacilar. Y un extraño fulgor en sus ojos hizo pensar al Arpista que tenía también otras cosas decisivas que decir.

—No tendremos que esperar a que acabe esta Pasada espero —dijo Sangel de mala gana.

—No; sólo hasta que estemos en condiciones de no tener que recusar nuestras propias palabras —aclaró F'lar—. Si quieres recordarlo, sabrás que los Weyrs han acordado explorar el Continente Meridional...

—Los Weyrs acordaron deshacerse de las Hebras y también de la Estrella Roja —dijo Sangel, furioso ahora.

—F'nor, que está aquí, y Canth, todavía llevan en el alma los espantos que les infligió aquella Estrella —le recordó Lessa, indignada al ver que criticaban a los Weyrs.

—No deseaba ofenderos, Dama del Weyr, ni a ti, F'lar, ni a ti, F'nor —dijo Sangel, refunfuñando, sin ocultar el disgusto que le habían producido aquellas palabras.

—Todo ello sería otro motivo para considerar lo saludable de tener mentes jóvenes preparadas para descubrir nuevos modos de hacer las cosas —dijo Robinton, desviando cautamente las palabras del Señor Sangel.

A Robinton no acababa de gustarle la actitud de Sangel. Hacía poco había recordado a F'lar y a Lessa que los antiguos Señores de los Fuertes insistían en creer que los dragoneros podían, si ponían en ello toda su capacidad, carbonizar a las Hebras en su fuente, en la Estrella Roja, y acabar
así para siempre con la amenaza que mantenía a la gente pegada a los fuertes. Sin embargo, le parecía que el tema había sido evitado con la suficiente rapidez.

—Mi archivero, Maestro Arnor, se está volviendo ciego en su intento de descifrar Registros borrados. Y es eficiente, pero a veces creo que no sabe darse cuenta exacta de qué es lo que está salvando, y así es como, por ignorancia, copia mal palabras borrosas. Fandarel también ha hablado ya de este problema. Tiene la firme convicción de que algunos de los misterios procedentes de esos viejos registros son sólo fruto de malas copias. Si tuviéramos buenos copistas, que conocieran bien su oficio...

—Me gustaría que Jaxom se ocupara de preparar a algunos en este menester —dijo Lytol. —Esperaba que se lo sugirieras.

—No te vuelvas atrás en tu ofrecimiento de tomar a mi hijo, Lytol —dijo Groghe. —Bien, si Jaxom...

—No veo razón alguna para que no se tomen ambas medidas —dijo Robinton—. Tendríamos a muchachos de su misma edad y rango aquí, y Jaxom podría aprender a conocer el Fuerte, pero también aprendería técnicas con otros de diferente rango y procedencia.

—Después de la escasez, la fiesta de la abundancia —N'ton habló en voz tan baja que sólo Robinton y Menolly le oyeron—. Y hablando de fiestas, aquí está nuestro honorable invitado.

Jaxom se detuvo, vacilante, en el umbral, recordando lo suficiente los modales debidos a la concurrencia, para hacer una reverencia a los presentes.

—Ruth se ha acostado, ¿no, Jaxom? —preguntó Lessa amablemente, haciendo un gesto al muchacho para que se acercara a su lado.

—Sí, Lessa.

—Se han hecho algunos otros asentamientos, nobles compañeros —siguió diciendo ella, sonriendo al ver la mirada de preocupación de él.

—¿Conoces a mi hijo Horon, verdad? ¿Es de tu edad? —preguntó Groghe.

Jaxom asentía, temeroso.

—Bien; va a ser adoptado aquí, como compañero tuyo.

—Y quizás algunos otros muchachos —dijo Lessa—. ¿Qué te parece la idea?

Robinton observó como Jaxom abría los ojos con incredulidad mientras su mirada se dirigía de Groghe a Lessa y luego a Lytol, en quien se detuvo hasta que lo vio asentir solemnemente.

—Y cuando Ruth ya esté volando bien, ¿qué te parecería venir a mi Taller, a ver qué puedo enseñarte sobre Pern que Lytol no sepa? —le preguntó Robinton.

—Oh, señor —dijo Jaxom, volviendo a mirar a su tutor—. ¿De verdad me será permitido hacer todo eso? —había un auténtico alivio y alegría en la voz del muchacho.

WEYR DE BENDEN. PASADA PRESENTE, DECIMOTERCERA REVOLUCIÓN

La noche caía sobre el Weyr de Benden cuando Robinton ascendió por las escaleras que conducían al weyr de la reina, camino que ya había recorrido en muchas ocasiones anteriores, durante las pasadas trece Revoluciones. Hizo una parada suficientemente larga para tomar aliento y cambiar unas palabras con el hombre que venía inmediatamente detrás de él.

—Hemos calculado bien el tiempo, Toric. No sé de nadie que haya sido avisado de nuestra llegada, y a buen seguro que nadie preguntará a N'ton —dijo haciendo un gesto hacia el caudillo del Weyr de Fort al que se divisaba confusamente una vez cruzado el Cuenco en dirección a las iluminadas cavernas cocina.

Toric no le miraba. Tenía la mirada fija hacia lo alto, hacia la plataforma en la que el bronce Mnementh estaba sentado en cuclillas, esperando la llegada de nuevos huéspedes, con sus ojos brillantes chispeando en la escasa luz. El Zair de Robinton reaccionó agarrándose a la oreja del Arpista y rodeando y apretándole el cuello con su cola.

—No te hará daño, Zair —dijo Robinton, pero esperaba que el mensaje también satisfaría al hombre del Fuerte Meridional, cuyo rostro y actitud denotaban sorpresa.

—Es casi el doble de grande que cualquiera de los animales de los Antiguos —dijo Toric, con el tono de voz respetuosamente bajo—. ¡Y yo que creía que el Lioth de N'ton era grande!

—Creo que Mnementh es el bronce más grande que existe —dijo Robinton, y siguió subiendo los últimos escalones. Se sentía preocupado por aquella punzada en el pecho. Le había parecido que aquel descanso reciente e inesperado le aliviaría. Debía acordarse de hablarle al Maestro Oldive de ello.

—Buenas tardes, Mnementh —dijo al llegar al último escalón, haciendo una reverencia al gran bronce—. Me da la impresión de falta de respeto, pasar por aquí y no rendirle pleitesía —le dijo en un aparte a Toric—. Y este es mi amigo, Toric, al que Lessa y F'lar están esperando.

—Lo sé; ya les he dicho que has venido.

Robinton se aclaró la garganta. Nunca había esperado respuesta a sus cumplidos, pero siempre le había halagado en extremo que en tales ocasiones Mnementh le diera una respuesta. No obstante, no compartió con Toric el comentario del dragón. El hombre parecía y estaba ya lo bastante sereno.

Toric se adelantó rápidamente hacia el breve corredor, manteniendo a Robinton entre sí y el bronce Mnementh.

—Mejor será que te advierta —dijo Robinton, alejando cualquier tono de broma de su voz— de que Ramoth es más grande todavía.

La respuesta de Toric fue un susurro que se disolvió en jadeo a medida que el corredor se abría en la vasta cámara de roca que servía de vivienda a la reina de Benden. Esta dormía en su trono de piedra, cuyo respaldo en forma de cuña quedaba frente a los recién llegados, resplandeciendo en la luz dorada que iluminaba el weyr.

—Robinton, en verdad has vuelto sano y salvo —gritó Lessa, corriendo hacia él, con una amplia sonrisa que iluminaba su expresión—. ¡Y tan bronceado!

Para sorpresa y deleite del Arpista, ella le tendió los brazus, dándole un breve y totalmente inesperado abrazo.

—Debiera perderme más a menudo en la tormenta —pudo decir él en tono festivo, gesticulando lo más cómicamente que pudo y sintiendo latir su corazón en el pecho. ¡El cuerpo de Lessa había sido tan vibrante y ligero en contacto con el suyo!

—¡Más vale que no! —Ella le dirigió una mirada hecha de curiosidad, alivio y algo de ofensa. Luego, su expresivo rostro asumió una sonrisa más digna para el otro huésped—. Toric, sé muy bienvenido y recibe mi agradecimiento por haber rescatado a nuestro buen Maestro Arpista.

—No hice casi nada —dijo Toric, sorprendido—. Todo lo que ocurrió fue que tuvo un golpe de buena suerte, pura buena suerte. De no haber sido así, se hubiera ahogado en aquella tempestad.

—Por algo Menolly es hija de un Fuerte marino —dijo el Arpista, aclarándose la garganta mientras rememoraba aquellas terribles horas pasadas—. Ella fue quien nos mantuvo a flote. ¡Aunque hubo un momento en que no estuve del todo seguro de querer seguir con vida!

—Entonces, ¿no eres un buen marino, Robinton? —preguntó F'lar, soltando una risotada. Y tomó el brazo del Meridional al saludarle, dándole con la mano izquierda un afectuoso golpe.

Robinton se dio cuenta de repente de que su aventura había tenido repercusiones perturbadoras en este Weyr. Por ello sentía agrado y tristeza a la vez. Ciertamente, en el momento de la tormenta había estado demasiado ocupado con su revuelto estómago para pensar en algo más que en sobrevivir a la siguiente ola que se estrellaba contra su pequeño esquife. La habilidad de Menolly no le había permitido darse cuenta del grave peligro en que estaban todos ellos. Posteriormente, llegó a percatarse de su situación y se preguntó si Menolly había contenido su propio miedo para no
perder estima ante él. La muchacha había hecho acopio de sus dotes marineras y se las ingenió para salvar casi todo el cable roto por la ventisca, echar un ancla al mar y atarle a él al mástil cuando se sintió débil por las náuseas y el esfuerzo realizado durante la tormenta.

—No, F'lar, no soy un marinero —reconoció ahora Robinton, con un estremecimiento—. Todo eso se lo dejo a los que han nacido para desenvolverse en ese medio.

—Y sigue sus consejos —advirtió Toric algo rudamente. Y, volviéndose a los caudillos del Weyr—: Tampoco tiene sentido de la meteorología... Y por supuesto, Menolly no se dio

cuenta de la violencia de la Corriente Occidental en esta época del año. —Y diciendo esto, alzó los hombros para expresar su falta de recursos ante tamaña ignorancia.

—¿Fue por ello por lo que te viste arrastrado tan lejos del Continente Meridional? —preguntó F'lar, haciendo una señal a los recién llegados para que se sentaran a la mesa redonda dispuesta en el rincón de la enorme sala.

—Así es como me informaron —dijo Robinton, haciendo un gesto de resignación al recordar las largas explicaciones recibidas sobre corrientes, mareas, derivas y vientos. Sabía más de lo que nunca le hubiera preocupado saber sobre todos esos aspectos de la vida marinera.

Lessa, riéndose de su divertido tono de voz, escanció el vino.

—¿Te diste cuenta —preguntó él, haciendo girar el vaso entre sus dedos— de que no había una gota de vino a bordo?

—¡Oh, no! —gritó Lessa, fingiendo un cómico desmayo. Y la risa de F'lar vino a unirse a la de ella—. ¡Qué terrible deficiencia!

Entonces Robinton abordó el motivo de aquella visita.

—A pesar de lo ocurrido, fue un accidente afortunado. Hay, mis queridos Caudillos del Weyr, una cantidad mucho mayor del Continente Meridional por explorar, de la que jamás pudimos tener idea,—Y diciendo esto miró hacia Toric, que sacó el croquis que había copiado a toda prisa del mapa grande de su Fuerte. F'lar y Lessa sujetaron atentamente las esquinas del mapa para que quedara estirado.

Delante de ellos se extendía todo el Continente Septentrional con sus detalles, así como la porción conocida del Continente Meridional. Robinton señaló la península Meridional, en la que estaban el Weyr Meridional y el Fuerte de Toric. Luego hizo un gesto hacia la derecha e izquierda de la frontera, donde la línea de la costa y buena parte del interior, delimitada por dos ríos, habían sido detallados topográficamente.

—Al parecer, Toric no ha perdido el tiempo. Podéis ver cómo ha ido aumentando los conocimientos del terreno más allá de lo que pudo hacer F'nor durante su expedición al sur.

—Le pedí permiso a T'ron para continuar la exploración —la expresión del Meridional indicaba desprecio y disgusto—, pero me escuchó con poca atención y dijo que hiciera lo que quisiera siempre que el Weyr estuviera debidamente abastecido de venado y fruta fresca.

—¿Abastecido? —exclamó F'lar—. Sólo tenían que caminar unas pocas longitudes de dragón desde los weyrs, para encontrar y coger lo que necesitaran.

—A veces lo hacen. Pero casi siempre me parece más fácil hacer que mis hombres los abastezcan. Así no nos molestan.

—¿Os molestan? —había indignación en la voz de Lessa.

—Eso es lo que he dicho —contestó Toric, con un tono acerado; y se volvió hacia el mapa—. Mis hombres han podido penetrar hasta aquí en el interior. Es una marcha muy difícil. La jungla crece tan espesa que deja roma la cuchilla más aguda en una hora de camino. ¡Nunca vi tal vegetación! Sabemos que hay colinas cerca de aquí y una cordillera más lejos, allá atrás —y diciendo esto, golpeaba el área de referencia en el mapa—. Pero no me atrevo a imaginar que sea posible abrirse camino ahí, trecho a trecho. Por tanto, exploramos a lo largo de la

costa, encontramos estos dos ríos, y seguimos corriente arriba, hasta donde pudimos. El río del oeste termina en un lago liso y pantanoso; el del sudeste, en unas cataratas de seis o siete dragones de altura. —Y Toric se irguió, mirando la pequeña zona de terreno explorado con disgusto—. Me atrevería a afirmar que esa zona más al sur de esta línea es el doble de grande que el Boíl Meridional o Tillek.

—¿Y los Antiguos no están interesados en explorar lo que tienen? —F'lar encontraba aquella actitud desagradable, según pudo darse cuenta Robinton.

—No, Caudillo del Weyr, no lo están. Y, francamente, sin disponer de alguna vía de penetración más fácil a través de la vegetación —Toric golpeó la zona—, no tengo los hombres, ni mucho menos la energía para ocuparme de esto. Tengo toda la tierra que puedo retener ahora para proteger
mi pueblo de las Hebras.

Hizo una pausa. Aunque Robinton tenía una idea bastante acertada de cuál era la causa de su vacilación, el Arpista quería que los Caudillos del Weyr conocieran de primera mano lo que opinaba aquel dinámico Meridional.

Los dragoneros tampoco se ocupan de esta tarea casi nunca.

—¿Cómo? —estalló Lessa; pero F'lar le tocó el hombro.

—Me he preguntado por qué, Toric.

—¿Cómo se atreven? —siguió diciendo Lessa, mientras sus ojos grises centelleaban. Ramoth se revolvió sobre su lecho.

—Pues se atreven —dijo Toric, mirando nervioso hacia la reina. No obstante, Robinton pudo ver que la reacción de Lessa frente al delito de los Antiguos agradaba a aquel hombre.

—Pero... pero... —balbuceó indignada Lessa.

—¿Serías capaz de actuar, Toric? —preguntó F'lar, tranquilizando con mano firme a su compañera de weyr.

—Es algo que he aprendido —dijo—. Tenemos abundancia de lanzallamas; F'nor se aseguró de que quedaran bajo mi custodia. Mantenemos nuestros Fuertes libres de hierba y a las bestias las guardamos en los establos de piedra durante la Caída. —Y encogiéndose de hombros tímidamente,
hizo luego un ligero gesto ante la expresión de indignación de la Dama del Weyr—. No nos infligen ningún daño, Lessa, aunque tampoco nos hacen bien alguno. No te preocupes. Nos ocuparemos de ellos.

—Pero si no se trata de eso —dijo Lessa disgustada—. Son dragoneros, juramentados para realizar una labor de protección...

—Los enviaste al sur porque no lo eran —le recordó Toric—. Así que no pudieron ofender a nadie de aquí.

—Pero eso tampoco les da ningún derecho a...

—Ya te dije, Lessa, que no nos hacen ningún mal. ¡Nos las podemos arreglar muy bien sin ellos!

Una especie de desafío en la voz de Toric hizo contener el aliento a Robinton. El temperamento de Lessa era impulsivo.

—¿Hay algo que necesitéis del Norte? —preguntó F'lar, en una especie de disculpa indirecta.

—Esperaba que lo preguntases —dijo el meridional sonriendo—. Ya sé que no puedes poner tu honor en entredicho interfiriendo en los asuntos de los Antiguos del Sur. Tampoco quiero decir que tengas que hacerlo —se apresuró a añadir cuando vio que Lessa se disponía a protestar de nuevo—. Pero nos estamos quedando sin algunas cosas, como metal forjado para mi Herrería, y piezas de lanzallamas que, según dice, sólo Fandarel puede fabricar.

—Ya veré la manera de que las tengas.

—Y me gustaría que una joven hermana mía, Sharra, estudiara con el curandero de que me habló el Arpista, un tal Maestro Oldive. Estamos sufriendo algunas extrañas modalidades de fiebres y raras infecciones.

—Naturalmente, nos complacerá tenerla entre nosotros —dijo Lessa apresuradamente—. Y nuestra Manora es experta en brebajes e infusiones.

—Y además... —Toric vaciló un momento mirando a Robinton, el cual se apresuró a darle ánimos con una sonrisa y un gesto alentador— si hubiera algunos hombres y mujeres aventureros interesados en trabajar en mi Fuerte, creo que podría emplearlos sin que los Antiguos lo supieran. Me refiero a unos pocos, pues, aunque tenemos todo el espacio del mundo, hay gente que se queda sin alojamiento cuando, durante la Caída de las Hebras, no hay dragones en el cielo.

—Bueno, pues sí —dijo F'lar con más falta de entusiasmo que hizo que Robinton se pusiera a reír—. Creo que hay unas cuantas almas audaces que estarían dispuestas a seguirte.

—Bien. Si tengo lo necesario, podré estudiar la posibilidad de extenderme más allá de los ríos durante la próxima estación fría. —El alivio que experimentó Toric fue evidente.

—Creí que habías dicho que era imposible... —empezó a decir F'lar.

—Imposible no, sólo difícil —replicó Toric. Y añadió con una sonrisa—. Dispongo de unos cuantos hombres audaces capaces de continuar a pesar de las dificultades y quisiera saber qué es lo que hay por allí.

—Eso mismo queremos nosotros —dijo Lessa—. Además los Antiguos no estarán ahí para siempre.

—Este es un detalle que a menudo me da ánimos —replicó Toric—. Pero aun hay algo más... —Hizo una pausa, mirando con los ojos entrecerrados a los dos Caudillos del Weyr de Benden.

Hasta el momento, la audacia de Toric había divertido a Robinton. El Arpista estaba muy complacido del resultado de su presión para que pidiera justamente aquello que el Norte más necesitaba: un lugar donde enviar a aquellos hombres independientes y capaces que, sin embargo, no tenían posibilidades de conseguir fuertes en el Norte. Los modos del corpulento meridional eran una súbita novedad para los Caudillos del Weyr de Benden: no era ni servil ni evasivo, ni agresivo en sus demandas. Toric se había hecho independiente a fuerza de no tener ni dragoneros, ni Maestros Artesanos, ni Señores de los Fuertes a quienes recurrir. Y al haber

sobrevivido, se había convertido en una persona segura de sí misma que sabía bien lo que quería y cómo podía conseguirlo. Por eso se dirigía a F'lar y a Lessa como si ambos fueran sus iguales.

—Hay todavía un asunto —continuó—, que también quisiera dejar claro.

—¿Y bien...? —le apremió F'lar.

—¿Qué nos pasará a los meridionales, a mis hombres y a mí mismo, cuando el último de los Antiguos se haya ido?

—Yo diría que tendrá más de lo que permite el derecho a la retención —dijo F'lar lentamente, con un acento inconfundible al acabar la frase—, más de lo que has podido obtener de esa jungla.

—¡Bien! —Toric hizo un decisivo gesto de asentimiento con la cabeza, sin que su mirada dejara de apartarse por un momento de la de F'lar. Y luego, de repente, su cara, curtida por el sol, se distendió en una sonrisa—. Había olvidado hasta dónde podéis llegar los septentrionales. Envíame algunos más.

—¿Retendrán lo que han obtenido de la jungla? —preguntó Robinton rápidamente.

—Que retengan lo que tienen —replicó Toric con todo severo.

—Pero no me inundéis de gente. Tengo que introducirlos de contrabando cuando los Antiguos no se fijen.

—¿A cuántos puedes introducir de contrabando... cómodamente? —preguntó F'lar.

—Bueno, seis u ocho, la primera vez. Y luego, cuando ya tengamos fuertes, repetiremos la misma cantidad. —Hizo un gesto—. Los primeros construirán para sí mismos antes de que lleguen los demás. En el Sur hay muchísimo espacio.

—Esto es muy alentador porque yo mismo tengo planes para el Sur —dijo F'lar—. A propósito, Robinton, quería preguntarte hasta dónde llegasteis tú y Menolly por el este.

—Me gustaría poder darte la información que me pides. Sólo sé hasta dónde habíamos llegado cuando estalló la tormenta. El sitio más hermoso que jamás he visto, un semicírculo perfecto de playa de arena blanca, con una enorme montaña cónica en la lejanía, en el centro mismo de la ensenada.

—Pero volvisteis recorriendo la costa, ¿no? —insistió F'lar impaciente—. ¿Qué aspecto tenía todo aquello?

—Era tal como he dicho —respondió Robinton por decir algo—. Esto es todo lo que puedo decir... —Y lanzó una mirada a Toric, que reía silenciosamente ante su desgana—. Tuvimos que decidirnos entre navegar junto a la costa, cosa que a Menolly le parecía imposible, ya que no sabíamos cuál era la profundidad, o mantenernos en mar abierto, más allá de la Corriente Oriental que, evidentemente, nos hubiera llevado de nuevo a la ensenada. Era un lugar, repito de una gran belleza, pero me alegró poder alejarme de allí por algún tiempo. Y por eso, nunca estuvimos lo suficientemente cerca de tierra como para efectuar una buena exploración.

—Mala cosa... —F'lar parecía acongojado.

—Sí y no —replicó Robinton—. Nos llevó nueve días navegar de vuelta a lo largo de aquella costa. Esto significa una gran extensión de tierra a explorar por Toric.

—Estoy dispuesto. Y estaré listo cuando consiga los repuestos que necesito.

—¿Cómo trasportaremos lo que necesitas, Toric —preguntó F'lar—. No se te ocurra enviarlo a lomos de un dragón, aunque ésto sería lo mejor y más fácil, desde mi punto de vista.

Robinton soltó una risita e hizo un amplio gesto hacia los demás.

—En cuanto a eso, si por azar otra nave se viera desplazada de su ruta a causa de los vientos al sur del Fuerte de Ista... Tuve una breve conversación con el Maestro Idarolan no hace mucho, y me comentó lo malas que han sido las tormentas esta última Revolución.

—¿Fue así como tuviste la suerte de llegar al sur en primer lugar? —preguntó Lessa.

—¿Y de qué otro modo si no? —dijo Robinton, adoptando una expresión inocente—. Menolly estaba intentando enseñarme a navegar, cuando una tormenta estalló inesperadamente y nos llevó directamente al puerto de Toric. ¿No fue así, Toric?

—¡Si tú lo dices, Arpista!

MAÑANA EN EL FUERTE DE RUATHA,
Y EN EL TALLER DEL MAESTRO HERRERO EN EL FUERTE DE TELGAR,
PASADA PRESENTE, 15.5.9

Con una violencia que hizo temblar todas las tazas y platos, Jaxom descargó ambos puños sobre la pesada mesa de madera.

—¡Basta! —dijo, en medio de un silencio sepulcral.

Estaba de pie, con sus anchos y huesudos hombros hacia atrás a consecuencia del impacto que sus brazos habían recibido con los golpes descargados. Y repetía:

—¡Ya basta, ya basta!

No había gritado, y más tarde lo recordó con extraño placer, pero su voz había adquirido profundidad a causa de la furia largo tiempo contenida, y llegó claramente al fondo del Taller. El sirviente que traía otra jarra de klah caliente se detuvo confuso.

—Soy el Señor de este Fuerte —siguió diciendo Jaxom, fijando su mirada en Dorse, su hermano de leche—. Soy el caballero de Ruth. Y Ruth es sin lugar a dudas un dragón. —Jaxom miraba ahora a Brand, el jefe de los sirvientes, que había dejado caer la jarra por efecto de la sorpresa—. Y este dragón, como es habitual —y la mirada de Jaxom se dirigió rápidamente al rostro atónito e inexpresivo de Lytol—, sigue teniendo la misma excelente salud que tuvo desde el momento de su Eclosión. —Jaxom pasó por alto a los cuatro adoptivos, demasiado nuevos en el Fuerte de Ruatha para que empezaran a mofarse de él—. Y

así es —dijo directamente a Deelan, su madre de leche, cuyo labio superior se agitaba ante la inquietante conducta de su hijo adoptivo—. Sí; éste es el día en que voy al Taller del Herrero, donde, como todos sabéis, se me servirá con los alimentos y modales que corresponden a mis necesidades y a mi posición. Y por tanto —su mirada recorrió ahora los rostros que estaban alrededor de la mesa—, los temas de la conversación de esta mañana no necesitan ser aireados nuevamente en mi presencia. ¿He sido lo suficientemente claro?

Y, sin esperar respuesta, se alejó del Taller, aliviado de haber hablado por fin, aunque con algún remordimiento por haber perdido el control de sus nervios. Oyó a Lytol que le llamaba por su nombre pero, por una vez, dicha llamada no le obligó a obedecer.

Esta vez no sería Jaxom, aunque joven, Señor del Fuerte de Ruatha, quien se disculparía por su conducta. La enorme acumulación de incidentes parecidos a aquel y que él se había tenido que tragar o hacer como si no le concernieran por muchas razones lógicas, marginaba ahora toda consideración que no fuera poner distancias entre él y su odiosa posición, su tutor excesivamente razonable y concienzudo y aquel desagradable grupo de gente que confundía la intimidad diaria con la licencia sin control.

Ruth, husmeando el disgusto de su caballero, se acercó saliendo del viejo establo que era su weyr en el Fuerte de Ruatha. Las alas, aparentemente frágiles, del dragón blanco estaban semiextendidas mientras apresuraba su paso para prestar a su compañero cualquier clase de asistencia que necesitara.

Dando un suspiro que casi era un sollozo, Jaxom se encaramó a lomos de Ruth y lo azuzó a salir del patio en el preciso momento en que Lytol se presentaba ante las macizas puertas del Fuerte. Jaxom apartó su mirada de él, de modo que más tarde pudiera decir de modo verosímil que no había visto los gestos de despedida de Lytol.

Ruth aleteó fuertemente hacia lo alto, y su masa, más ligera, se lanzó con mayor celeridad que la de los dragones de talla corriente.

—Eres el doble de grande que los otros dragones. ¡El doble! ¡Y eres el mejor en todo !¡En todo! —Jaxom expreso su pensamiento con tal violencia, que Ruth emitió sones de protesta.

El dragón pardo y brillante que estaba de vigilancia los observó desde las alturas de fuego, y todos los lagartos de fuego del Fuerte se hicieron presentes en torno a Ruth, revoloteando, jaleando y graznando en una agitación llena de ecos.

Ruth se alejó de las alturas de fuego y apuntó hacia el ínter, dirigiéndose sin la menor vacilación hacia el lago de alta montaña sobre el Fuerte, sitio que se había convertido ahora en su retiro especial.

El frío penetrante del ínter, si bien fue un trayecto corto, calmó la furia de Jaxom. Empezó a temblar, porque sólo llevaba su túnica sin mangas, mientras Ruth se deslizaba descendiendo sin esfuerzo hacia el borde del agua.

—¡Es totalmente, extremadamente injusto! —iba diciendo, mientras se golpeaba con el puño derecho su propio muslo, tan fuerte que Ruth soltó un gruñido al sentir el impacto.

¿Qué te preocupa tanto hoy?, preguntó el dragón, mientras tomaba tierra con suavidad sobre la ribera.

—¡Todo...! ¡No... nada!

¿Quéee? Era lógico que Ruth deseara enterarse, y volvió la cabeza para mirar a su caballero.

Jaxom se deslizó desde aquel lomo blanco de piel suave, rodeó el cuello de su dragón con los brazos, y apretó aquella cabeza cuneiforme contra sí, para darse ánimos.

¿Cómo les dejas que te saquen de tus casillas?, preguntó Ruth, y sus ojos centellearon de afecto y sentimiento por los conflictos de su compañero de weyr.

—Es una buena pregunta —respondió Jaxom al cabo de un momento de reflexión—. Pero la cosa es que ellos saben bien cómo hacerlo... —y sonrió—. Aquí es justamente donde toda esa objetividad de que Robinton habla debería surtir sus efectos... pero no los surte.

El Arpista es honrado por su sabiduría.

La voz de Ruth sonaba insegura, y dicho tono hizo sonreír a Jaxom. Siempre le habían dicho que los dragones no eran seres dotados para entender los conceptos abstractos o las relaciones complejas. Pero con frecuencia, Ruth lo había sorprendido con observaciones que ponían en duda tales teorías, sobre los dragones. Los dragones, y Ruth en particular, según la opinión de Jaxom, podían percibir mucho más de lo que la gente los suponía capaces. Incluso Caudillos del Weyr como F'lar o Lessa, e incluso N'ton, se quedaban cortos en esta apreciación. Y al pensar en el Caudillo del Weyr de Fort, Jaxom recordó que tenía un motivo especial para acudir al Taller del Maestro Herrero aquella mañana. N'ton, que estaría allí para oír a Wansor, era el único caballero que, según creía Jaxom, estaría dispuesto a ayudarle.

—¡Cáscaras! —y Jaxom dio una furiosa patada a una piedra, observando los círculos concéntricos que formaba al chocar contra la superficie del lago, antes de hundirse en sus aguas.

A Robinton le gustaba utilizar la imagen de las ondas concéntricas para dar la idea de una acción que produce múltiples reacciones. Y Jaxom soltó un furioso bufido al preguntarse cuántas ondas de aquellas había ocasionado al precipitarse fuera del Taller. ¿Y por qué justamente esa mañana aquello había sido causa de preocupación para él?

La mañana había empezado como cualquier otra, con los comentarios tan vulgares y trillados de Dorse sobre los lagartos de fuego de tamaño superior al normal, con la usual pregunta de Lytol sobre la salud de Ruth —como si el dragón fuera a perderla durante la noche— y con la historia mil veces repetida de Deelan sobre los visitantes que se morían de hambre en el Taller del Maestro Herrero. A buen seguro que el tono maternal de Deelan había acabado por poner furioso a Jaxom, y sobre todo cuando aquella persona tan amada se dedicaba a acariciarlo una y otra vez en presencia de su celoso hijo, Dorse. Toda la tradicional estupidez a la que dedicaba tanto tiempo, y con la que comenzaba el día, cada día, en el fuerte de Ruatha. Entonces, ¿por qué precisamente hoy aquello había sido motivo para apartarse de allí con un brusco impulso, alejándose del Taller del que, en teoría, era Señor, de gente que, teóricamente, estaba sometida a su control y poder?

Y no había nada que fallara en Ruth. Nada.

No. Estoy bien, dijo Ruth, y añadió en tono lastimero: salvo que no tuve tiempo de bañarme.

Jaxom acarició los suaves pliegues de los párpados del dragón, sonriendo con indulgencia:

—Vaya, siento haberte echado a perder la mañana.

No; si no has sido tú. Voy a nadar en el lago. Aquí se está más tranquilo, dijo Ruth, mientras iba acariciando con el hocico a Jaxom. Y también para ti es mejor que te quedes.

—Así lo espero. —El miedo era una emoción desconocida para Jaxom, y se resentía de la vehemencia de sus sentimientos íntimos y de los que le habían llevado a tal punto de descontrol y furia—. Es mejor que me ponga a nadar. Tenemos que seguir nuestro camino hacia el Taller del Maestro Herrero, ya sabes.

Apenas había extendido Ruth las alas para iniciar el vuelo, cuando una nidada de lagartos de fuego apareció en el aire por encima de él, graznando impetuosamente y difundiendo en voz fuerte sus sensaciones de satisfacción por la inteligencia demostrada al haberle encontrado. Uno le hacía señales de que saliera, y esto fue otro motivo de resentimiento para él. ¿Así que seguían su pista, eh? Tendría que dar órdenes al respecto cuando regresara al Fuerte. ¿Quién se pensaban que era él, un niño de pañales, o quizás un Antiguo?

Dio un suspiro de sentimiento. Por supuesto, estarían preocupados por él, al verle salir violentamente del Fuerte, como lo había hecho aquella vez. Y no era que pudiera irse a otro lado que no fuera el lago. Ni que su vuelo con Ruth pudiera ocasionarle algún daño. Tampoco era posible que él y Ruth se fueran a algún sitio de Pern donde los lagartos de fuego no pudieran encontrarles.

Y ahora, su resentimiento volvía a cobrar fuerza, esta vez contra los necios lagartos de fuego. ¿Por qué, de entre todos los dragones, era justamente Ruth por quien los lagartos de fuego sentían una curiosidad insaciable? Cada vez que se desplazaban a algún punto de Pern, no tardaba en aparecer algún lagarto de fuego de la vecindad, ávido de ver en detalle al dragón blanco. Este detalle solía divertir a Jaxom porque los lagartos de fuego le daban a Ruth las ideas más increíbles sobre cosas que ellos recordaban y Ruth, luego, le pasaba toda esa información a él. Pero hoy, como ocurría con todo, la diversión se había transformado en irritación.

«Analiza. —Lytol era aficionado a darle instrucciones a él—. Piensa objetivamente. No vas a poder mandar sobre otros hasta que no puedas mandar sobre ti mismo, tener una visión más amplia de las cosas y saber mirar hacia adelante.»

Jaxom hizo un par de profundas inspiraciones como Lytol recomendaba hacer, antes de tomar la palabra, para tener tiempo de organizar mentalmente lo que estaba proyectando decir.

Ruth había planeado sobre las aguas azul oscuro del pequeño lago, y los lagartos de fuego habían trazado el perfil de su graciosa figura en vuelo. De repente, plegó sus alas y se sumergió. Jaxom, mirándolo, se estremeció pensando cómo podía Ruth gozar de aquellas aguas tan horriblemente frías, procedentes de los picos cubiertos de nieve de las Altas Extensiones. Durante el calor asfixiante de mediados de verano Jaxom encontraba aquellas aguas refrescantes, pero ¿ahora, cuando apenas había acabado de pasar el invierno? Volvió a estremecerse al pensarlo. Bien, si los dragones no sentían el frío, tres veces más intenso, del ínter, una inmersión en el agua helada del lago tampoco les debía importar demasiado.

Ruth salía a la superficie, y las olas chocaban contra la ribera a los pies de Jaxom. Este estaba perezosamente ocupado en despojar una rama de sus gruesos pinchos y lanzarlos uno tras otro a las ondas que iban acercándose. Bien, una onda de reacción a su acceso de aquella mañana había sido el envío de los lagartos de fuego para localizarle.

Otra cosa: la mirada de atónito espanto en el rostro de Dorse. Esto había ocurrido la primera vez que Jaxom se había enfrentado a su hermano de leche. Entonces sólo el pensamiento del disgusto de Lytol ante su pérdida del control había permitido a Jaxom dominarse. Dorse no

conocía mejor modo de divertirse que burlándose de la falta de estatura de Ruth, enmascarando sus maliciosas insinuaciones bajo la apariencia de peleas fraternales, y sabiendo perfectamente que Jaxom no se tomaría una revancha sin sufrir una reprimenda de Lytol por haber observado una conducta inconveniente a su rango y condición. Por otra parte, ya hacía mucho que Jaxom había pasado de la edad en que necesitaba los mimos de Deelan, pero una gratitud innata hacia ella por la leche que había sido su alimento tras su nacimiento prematuro le había impedido largo tiempo el pedirle a Lytol que la apartara.

Entonces, ¿por qué todo esto había estallado precisamente hoy?

La cabeza de Ruth emergió del agua, las muchas facetas de sus ojos reflejaban la mañana luminosa y soleada con tonos verdes y azules, claros y brillantes. Los lagartos de fuego, con la piel ennegrecida por la humedad, se lanzaban contra su lomo, rascándole porciones diminutas de suciedad con sus ásperas lenguas y salpicándole con el agua de sus alas.

El verde se giró para golpear su nariz contra uno de los dos azules y pegó al pardo con el ala para que trabajara mejor. A pesar suyo, Jaxom tuvo que soltar una carcajada al verle reprender a los demás. Era el verde de Deelan, tan parecido en sus modos a su madre de leche, que hizo recordar a Jaxom la máxima del Weyr según la cual no hay dragón que sea mejor que quien lo monta.

En este sentido, Lytol no le había hecho un mal servicio a Jaxom. Ruth era el mejor dragón de todo Pern. Si es que Ruth —y ahora Jaxom reconoció la oculta causa de su rebelión— llegaba a ser admitido como tal. Todo el disgusto de la mañana volvió, enturbiando la pequeña dosis de objetividad que había conseguido en la plácida orilla del lago. Ni él, Jaxom, Señor de Ruatha, ni Ruth, el descendiente blanco de la carnada de Ramoth, eran admitidos como lo que realmente eran.

Jaxom era Señor del Fuerte, pero sólo de nombre, pues era Lytol quien lo administraba, tomaba todas las decisiones y hablaba en las reuniones del Consejo de Ruatha. Jaxom todavía debía ser confirmado por los otros Señores de los Fuertes en su dignidad de Señor de Ruatha. Era una simple cuestión formal, pues no existía ningún otro varón en Pern que tuviera Sangre de Ruatha. Además Lessa, la otra persona con pura sangre de Ruatha, había renunciado al derecho de su sangre, a favor de Jaxom, en el momento del nacimiento de éste.

Jaxom sabía que nunca podría ser dragonero porque tenía que ser Señor del Fuerte de Ruatha. Y la única razón de que no fuera realmente Señor del Fuerte era que no podía subir a decirle a Lytol: «Ya tengo edad suficiente para hacerme cargo de la dignidad... ¡Adiós, y gracias!» Además, Lytol había trabajado demasiado duramente y durante bastante tiempo en pro de la prosperidad de Ruatha como para pasar a un segundo puesto ante un joven no experimentado. Lytol sólo vivía para Ruatha. Por ello había perdido mucho: primero, a su propio dragón; luego, a su pequeña familia, ante la codicia de Fax. Ahora, toda su vida estaba centrada en los campos de Ruatha, sus trigos, sus corredores, sus wherries, sus cosechas...

Así pues, en justicia, no le quedaba sino esperar a que Lytol, que gozaba de una vigorosa salud, muriera de muerte natural para poder iniciar él su mandato sobre Ruatha.

Pero Jaxom seguía el curso lógico de sus pensamientos: si Lytol se daba buena maña y hacía que el Fuerte de Ruatha no fuera objeto de disputa, ¿por qué no iban, él y Ruth, a ocupar su tiempo aprendiendo a ser un buen dragón y buen dragonero? Todos los dragones serían necesarios ahora que existía la posibilidad de una Caída de Hebras por sorpresa desde la Estrella Roja. ¿Para qué seguir merodeando por ahí con un lanzallamas, si podía combatir a las Hebras más efectivamente si a Ruth se le permitía mascar pedernal? Que Ruth tuviera la

mitad del tamaño de los otros dragones no significaba que no fuera en todos los demás sentidos un auténtico dragón.

Por supuesto que lo soy, dijo Ruth desde el lago.

Jaxom hizo un gesto. Había estado intentando reflexionar en silencio.

Oí tus sentimientos, no tus pensamientos, siguió Ruth sosegadamente. Estás confuso y no eres -feliz. Y salió del agua encorvado, para sacudir y secar sus alas, dirigiéndose, medio planeando, medio volando, hacia la orilla. Soy un dragón y tú eres mi caballero. No hay que pensar que alguien
pueda cambiar eso. Sé lo que eres. Yo soy lo que soy.

—Pero de nada nos sirve. No nos van a dejar ser lo que somos —se lamentó Jaxom—. Están presionándome para que sea cualquier cosa menos un dragonero.

Eres un dragonero. Y eres también, Ruth dijo esto despacio, como si lo estuviera intentando entender él mismo, eres un Señor del Fuerte. Eres estudiante con el Maestro Herrero y el Arpista. Eres amigo de Menolly, Mirrim, F'lessan y N'ton. Ramoth conoce tu .nombre. También Mnementh. Y todos ellos me conocen a mí. Has de ser un montón de gente a la vez. y esto es difícil.

Jaxom miró fijamente a Ruth, que dio una sacudida final a sus alas y las plegó con meticulosidad atravesándolas sobre el lomo.

Estoy limpio y me siento bien, dijo el dragón, como si aquello fuera a resolver todas las dudas personales de Jaxom.

—Ruth, ¿qué iba a hacer sin ti?

No sé... N'ton viene a verte. Había ido a Ruatha. El pequeño pardo que me sigue vio a N'ton.

Jaxom retuvo el aliento, nervioso. Confiaba en Ruth para saber de quién era aquel lagarto de fuego. El había visto al pardo con alguien en el Fuerte de Ruatha.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

A toda prisa, Jaxom se dispuso a montar sobre Ruth. Tenía una urgencia máxima en ver a N'ton y necesitaba con la misma urgencia conservar su favor. A buen seguro que el Caudillo del Weyr no tendría mucho tiempo libre para charlar.

Es que necesitaba mi baño, se disculpó Ruth. Llegaremos a tiempo.

Apenas Jaxom se hubo situado sobre su lomo, Ruth se alzó del suelo.

No vamos a hacer esperar a N'ton. Y antes de que Jaxom pudiera recordarle a Ruth que no debían ir por el intertiempo, ya estaban en él.

—Ruth, ¿qué pasará si N'ton se da cuenta de que hemos llegado ahora? —dijo Jaxom, hablando entre dientes mientras salían del ínter y entraban en el ardoroso sol de media mañana de Telgar, volando sobre el Taller del Maestro Herrero.

No preguntará.

Jaxom hubiera querido que Ruth no se mostrara tan seguro. Pero si era así, el dragón blanco no tendría por qué sufrir las reprimendas de N'ton. ¡Aplazar la entrevista era terriblemente peligroso!

Yo siempre sé adonde voy, siguió Ruth, imperturbable. Es algo que pocos dragones pueden decir.

Llegaron a la circunferencia de aterrizaje situada sobre el complejo del Taller del Maestro Herrero antes de que Lioth, el gran bronce de N'ton, irrumpiera por los aires, por encima de ellos dos.

—Nunca sabré cómo logras calcular el tiempo con tanta exactitud —iba diciendo Jaxom.

Bah, contestó Ruth quitándole importancia, oí cuando el pardo volvía a N'ton y no hice sino llegar a su vez.

Jaxom sabía que los dragones no saben reír, pero la reacción de Ruth esta vez fue algo tan parecido a la risa que la diferencia era prácticamente nula.

Lioth pasó lo suficientemente cerca de Jaxom y Ruth como para que el joven Señor viera en la expresión del rostro del caballero bronce, una sonrisa de contento. Jaxom creyó que Ruth había dicho que N'ton había estado primero en Ruatha. Luego se dio cuenta de que N'ton había levantado la mano y que llevaba algo que sólo podía ser la chaqueta de montar de Jaxom.

A medida que iban descendiendo en círculos, Jaxom vio que no eran los primeros en llegar. Contó hasta cinco dragones, incluyendo el bronce Golanth, de F'lessan, y el verde Path, de Mirrim, que les hizo una señal de saludo.

Ruth aterrizó suavemente sobre la pradera, delante del Taller del Maestro Herrero. Lioth lo hizo un momento después. Y cuando N'ton se deslizó del lomo del bronce, su lagarto de fuego pardo, Tris, hizo su aparición colocándose impertinentemente sobre el punto más alto del cuerpo de Ruth, graznando con aires de suficiencia.

—Decían dijo que habíais salido de viaje sin esto —comentó N'ton, tirándole la chaqueta a Jaxom—. Bueno, supongo que no te resientes del frío del modo como lo hacen mis viejos huesos. ¿O es que practicas técnicas de supervivencia?

—¡Ah, N'ton, vamos! ¿Tú también...?

—¿Qué significa «tú también», joven?

—Ya sabes...

—No, no sé nada. —La mirada de N'ton se hizo más insistente—. ¿O es que la charlatanería de Deelan esta mañana significaba algo?

—¿No viste a Lytol?

—No. No hice más que preguntar a la primera persona que vi en el Fuerte dónde estabas. Deelan estaba acongojada porque te habías ido de viaje sin tu chaqueta. —Y N'ton, burlonamente, hacía descender su labio inferior imitando los pucheros de Deelan—. No soporto a las mujeres que lloran

—al menos a mujeres de esa edad—, así que agarré la chaqueta, juré por el Huevo de mi dragón que te la embutiría por fuerza en el cuerpo, envié a Tris a buscar a Ruth, y aquí estamos. Dime ¿ha ocurrido algo imprevisto esta mañana? Ruth tiene buen aspecto.

Azorado, Jaxom apartó la vista de la inquisidora mirada que le dirigía el Caudillo del Weyr de Fort concediéndose a sí mismo algo más del tiempo necesario para embutirse la chaqueta.

—Les dije la verdad a todos los del Fuerte esta misma mañana.

—Ya le advertí a Lytol que esto no podía durar.

—¿Qué?

—¿Cuál fue la gota de agua que colmó el vaso? ¿La chachara de Deelan?

—¡Ruth es un dragón!

—Por supuesto que lo es —N'ton contestó con tal énfasis que Lioth volvió la cabeza para escuchar—. ¿Quién dice lo contrario?

—Ellos. En Ruatha. ¡En todas partes!... Dicen que no es mas que un lagarto de fuego de tamaño mayor que el normal. Y tú sabes que lo han dicho.

Lioth soltó un silbido. Tris retiró un ala, asustado. Pero Ruth gorjeaba complacido y los otros callaban.

—Ya sé que se ha dicho —contestó N'ton, asiendo a Jaxom por los hombros—, pero no hay un sólo dragonero que yo conozca que no haya enmendado la plana al charlatán... incluso terminantemente en alguna ocasión.

—Si tú lo consideras un dragón, ¿por qué no puede actuar como tal?

—¡Ya lo hace! —y N'ton miró con atención a Ruth, como si la criatura, de algún modo, hubiera cambiado en los últimos momentos.

—Quiero decir, como todos los dragones de combate.

—¡Ah! —N'ton hizo una mueca—. Con que eso es... Mira, muchacho...

—¿Es Lytol, no? El ha sido quien te ha dicho que no me dejes luchar contra las Hebras montado en Ruth. Y por eso no me dejas que enseñe a Ruth a mascar pedernal.

—No es eso, Jaxom.

—Entonces, ¿qué es? No hay sitio en Pern donde no podamos ir en un vuelo, directamente. Ruth es pequeño, pero más rápido que otros, gira con más rapidez en pleno vuelo, es menor la masa que tiene que desplazar...

—No es cuestión de habilidad, Jaxom —dijo N'ton, levantando algo la voz para que Jaxom pudiera oír bien lo que tenía que decirle—, se trata de qué es lo prudente.

—Más excusas.

—¡No! —La decidida negativa de N'ton cortó de raiz el rencor de Jaxom—. Volar con un dragón de combate durante la Caída de las Hebras es mortalmente peligroso, muchacho. No discuto tu valor, pero, desgraciadamente, por muy audaz que seas, por muy rápido y astuto que sea Ruth, serías un estorbo para un dragón de combate. No tienes la preparación, la disciplina...

—Si no es más que el entrenamiento...

N'ton cogió con fuerza a Jaxom por los hombros, para acabar con sus objeciones.

—No lo es. —N'ton aspiró profundamente—. Ya te dije que no se trata de las cualidades de Ruth o de las tuyas, sino sólo de lo que es aconsejable. Y Pern no se puede permitir perder a ninguno de los dos, ni a ti, joven Señor de Ruatha, ni a Ruth, que es único.

—¡Pero si no soy Señor de Ruatha! ¡Todavía no! Lytol lo es. Es él quien toma todas las decisiones... Y yo sólo escucho y bajo la cabeza como un wherry castigado por los rayos solares. —Y aquí Jaxom dejó de insistir en el tema, dándose cuenta de que estaba mezclando en sus palabras
una crítica a Lytol—. Quiero decir que ya me doy cuenta de que Lytol ha de arreglarse solo hasta que los Señores de los Fuertes me confirmen... y que yo, en realidad, no deseo que Lytol se vaya del Fuerte de Ruatha. Pero eso no ocurriría si yo fuera un dragonero. ¿Lo ves? —Pero cuando Jaxom vio la expresión de los ojos de N'ton, los hombros le bajaron en señal de derrota—. Lo ves, pero la respuesta sigue siendo no. Esto no haría sino traer complicaciones de otra clase, ¿no? Así que no me quedará más remedio que resignarme más tiempo, en espera de que algo pase mientras tanto. No soy ni dueño de mi cargo de Señor auténtico, ni tampoco un auténtico dragonero... nada real, exceptuando un problema para todos. ¡Un problema real para todos!

No para mí, dijo Ruth claramente y, para acentuar sus palabras, acarició a su jinete con el morro.

—No es que seas un problema, Jaxom, pero tienes uno a cuestas. —Las palabras de N'ton estaban llenas de serena simpatía—. Si fuera cosa mía, yo diría que para ti sería todo un mundo de felicidad lanzarte a volar y enseñar a Ruth a mascar pedernal. No habría otro Señor que pudiera competir contigo en conocimientos de primera clase.

Por un momento, Jaxom tuvo la esperanzadora impresión de que N'ton le estaba ofreciendo la oportunidad que tanto deseaba.

—He dicho que eso sería si yo pudiera tomar la decisión, Jaxom, pero ni es, ni puede ser así. —N'ton hizo una pausa antes de seguir— Pero... —y sus ojos buscaban la expresión de la cara de Jaxom— pero... esta cuestión es mejor que sea sometida a debate. Tienes edad suficiente para que te confirmen como Señor del Fuerte o bien para que te dediques a algo igualmente constructivo. Tengo intención de hablar con Lytol y F'lar, en apoyo tuyo.

—Lytol dirá que soy Señor del Fuerte, y F'lar dirá que Ruth no tiene suficiente envergadura para combatir.

—Y yo no diré nada si veo que actúas como un niño sin conocimiento...

Un bramido sobre sus cabezas interrumpió la conversación. Otros dos dragones estaban trazando círculos sobre ellos, para indicar que querían tomar tierra. N'ton les hizo señales de asentimiento y luego él y Jaxom se dirigieron hacia el Taller del Maestro Herrero. Cuando ya estaban a punto de entrar, N'ton le retuvo.

—No lo olvidaré, Jaxom; sólo que... —N'ton sonrió maliciosamente— ...sólo que, por amor del Primer Huevo, no dejes que nadie te pesque dándole pedernal a Ruth. ¡Y ten todo el cuidado del mundo cuando vayas!

Sumido en un estado de suave sobresalto, Jaxom fijó sus ojos en N'ton, mientras el Caudillo del Weyr saludaba a un amigo dentro del edificio. N'ton había entendido. Y la depresión de Jaxom cedió al instante.

Mientras cruzaba el umbral del Taller del Maestro Herrero vaciló, adaptando sus ojos a la oscuridad interior tras el brillante sol de aquella mañana de primavera. Absorto con sus propios problemas, había olvidado la importancia de la sesión que se iba a celebrar. El Maestro Arpista Robinton estaba sentado en la larga mesa de trabajo, despejada, para la ocasión, del montón de objetos desordenados que había usualmente sobre ella. F'lar, el Caudillo del Weyr de Benden, estaba a su lado.

Jaxom reconoció entre los presentes a otros tres Caudillos y al nuevo Maestro Ganadero Briaret. Más de la mitad de los presentes eran caballeros bronces, Señores de los Fuertes, jefes de herrerías y arpistas, a juzgar por el color de las túnicas, llevadas por hombres que él no reconoció en el primer momento.

Alguien estaba llamándole por su nombre en un susurro apremiante y áspero. Mirando a su izquierda, Jaxom vio que F'lessan y los otros estudiantes regulares se habían reunido cerca de la ventana más apartada, y que las muchachas estaban encaramadas en sus taburetes.

—Medio Pern está aquí —observó F'lessan, mientras se apretaba contra la pared trasera, para que pasara Jaxom.

Este hizo una inclinación de cabeza hacia los otros, que parecían mucho más interesados en observar a los que iban llegando.

—¿No te imaginabas que habría tanta gente interesada en las estrellas y los números de Wansor? —le decía en voz baja Jaxom a F'lessan.

—¿Qué? ¿Perder una oportunidad de cabalgar un lomo de dragón? —preguntó F'lessan con natural ingenuidad—. Yo mismo traje a cuatro de ellos.

—Ha habido un montón de gente que ha ayudado a Wansor a cotejar el material —aclaró Benelak con su habitual tono didáctico—. Y naturalmente quieren saber qué uso se ha hecho de su tiempo y de su esfuerzo.

—Seguramente no han venido por la comida —dijo F'lessan con una risita disimulada.

Jaxom se preguntaba: «¿Cómo es que ahora la observación de F'lessan no me molesta?»

—Tonterías, F'lessan —observó Benelek, que era demasiado formalista para darse cuenta de cuando alguien hacía un chiste—. La comida es muy buena aquí. Y tú comes bastante.

—Soy como Fandarel —dijo F'lessan—. Hago un uso eficiente de lo que es comestible. ¡Zas! Aquí le tenemos. —El joven caballero bronce hizo un gesto de asco—: ¿Es que nadie ha podido lograr que se cambiara de ropa?

—Como si la ropa tuviera importancia, para un hombre como Wansor —replicó Benelek en un tono de voz que desbordaba desprecio hacia F'lessan.

—Hoy y siempre, Wansor debería mostrarse aseado —dijo Jaxom—. Esto es lo que quiere decir F'lessan.

Benelek soltó un gruñido, pero no siguió con el tema. Y entonces F'lessan dio un codazo en las costillas de Jaxom para hacerle notar la reacción de Benelek.

Al cruzar la puerta, Wansor se dio cuenta de que el taller estaba lleno. Se detuvo y miró a su alrededor, primero tímidamente. Luego, al reconocer una de las caras presentes, movió la cabeza y sonrió dudoso. De todos lados le llegaban sonrisas de ánimo y murmullos de saludo, y gestos de que continuara avanzando hacia dentro.

—Bueno, mi, mi... ¿todos por mis estrellas? Mis estrellas, mis, mis... —Esta reacción produjo un murmullo de hilaridad en todo el taller—. Esto es muy agradable. No tenía yo idea... agradabilísimo. Robinton, estás aquí...

—¿Dónde si no iba yo a estar? La cara del Maestro Arpista, alargada, tenía la seriedad conveniente, pero a Jaxom le pareció ver que los labios del hombre se plegaban en un esfuerzo por evitar una sonrisa.

Y entonces Robinton guió, casi empujó, a Wansor hacia la plataforma situada al final del taller.

—Vamos, Wansor —dijo Fandarel, en su tono arrastrado.

—Ah, sí; lo siento tanto. No quería hacerte esperar. Ah, además está el Señor Asgenar. Qué amable por su parte haber venido. Y yo me pregunto: ¿N'ton está también aquí?

Wansor trazó un círculo completo. Siendo, como era, miope, tenía que mirar muy de cerca las caras de los presentes, en su deseo de localizar a N'ton.

—En verdad, tendría que estar aquí...

—Aquí me tienes, Wansor. —N'ton alzó el brazo para ser reconocido.

—Aaah — y la preocupación se borró de la redonda faz del «Herrero de Estrellas», como Menolly le había apodado, descaradamente pero con acierto—. Mi estimado N'ton, ven arriba. Has trabajado demasiado, vigilando y mirando en las horas más terribles de la noche... Ven, tienes que...

—¡Wansor! —Fandarel se alzó a medias para lanzar su rugido de mando—. No puedes ponerlos a todos arriba y que lo vigilen todo. Precisamente están aquí para ver qué objeto tenía su vigilancia. Ahora levántate de ahí y sigue adelante. Estás perdiendo el tiempo. Es pura ineficiencia.

Wansor iba murmurando protestas y disculpas a medida que avanzaba hacia la plataforma, situada a poca distancia. En verdad que, según observó Jaxom, parecía haber estado durmiendo metido en aquellas ropas. Probablemente no se había mudado desde la última Caída de las Hebras, a juzgar por la profundidad de las arrugas que se veían en la espalda de su túnica.

Pero no había nada improvisado en las cartas de posición astral que Wansor iba clavando ahora en la pared. ¿De dónde sacaría Wansor aquel color rojizo brillante con que marcaba la Estrella Roja, un color que casi traspasaba el papel? En su exposición oral no había habido

nada vacilante. Por respeto y consideración hacia Wansor, Jaxom intentó prestar la mayor atención, pero lo que escuchaba lo había oído ya anteriormente y su atención volvió inexorablemente al cañonazo de despedida de N'ton: «¡Que nadie te sorprenda dándole pedernal a Ruth!»

Como si él fuera tan loco. Y al llegar a este punto, Jaxom vaciló. Aunque conocía en teoría los porqués y los comos de enseñar a un dragón a mascar pedernal, también había aprendido en sus clases que un lie la teoría y la práctica podía ocurrir cualquier cosa. ¿Sería posible contar con la ayuda de F'lessan?

Miró hacia su amigo de la infancia, que había Impresionado un bronce dos Revoluciones antes. En su ingenuidad, Jaxom no tenía a F'lessan más que por un muchacho y por supuesto no le suponía la suficiente seriedad en lo tocante a sus responsabilidades de caballero bronce. Estaba agradecido de que F'lessan no le hubiera contado a nadie que Jaxom había tocado realmente el huevo de Ruth cuando estaba aún en la Sala de Eclosión. Por supuesto, esto hubiera sido una seria ofensa contra el Weyr. Era difícil que F'lessan considerara que enseñar a un dragón a mascar pedernal fuera algo que mereciera atención.

¿Y Mirrim? Jaxom dirigió su mirada hacia la muchacha. El sol de la mañana se reflejaba en su cabello castaño, desprendiendo resplandores dorados que no había percibido anteriormente. Y ella estaba embebida en las palabras de Wansor y no tenía oídos sino para ellas. Probablemente le daría a Jaxom argumentos en pro de evitar crear nuevos problemas al Weyr, y luego pondría a uno de sus lagartos de fuego tras él para estar segura de que no se incendiaría a sí mismo.

Jaxom estaba íntimamente convencido de que T'ran, el otro caballero bronce del Weyr de Ista, creía que Ruth era esencialmente un lagarto de fuego mayor de lo normal. No cabía esperar que su ayuda fuera mayor que la de F'lessan.

Benelek tampoco contaba. Ignoraba a los dragones y a los lagartos de fuego tanto como ellos a él. Se podría dar a Benelek un diagrama o una máquina, o incluso las piezas sueltas de una máquina encontrada en los viejos fuertes y weyrs, y pasaría días enteros intentando encontrar una explicación de lo que pudo ser o hacer. Generalmente, era capaz de hacer trabajar a una máquina, incluso si tenía que desmontarla totalmente para averiguar porque no funcionaba. Benelek y Fandarel se entendían perfectamente.

¿Y Menolly? Menolly era la persona indicada, si es que necesitaba a alguien, a pesar de su predilección por dar a todo lo que oía un sentido musical, manía que a veces era motivo de auténtico perjuicio. Pero tenía un talento que hacía de ella una excelente Arpista; de hecho, era la primera muchacha, que se recordara, que había llegado a serlo. Dejó reposar largamente la mirada sobre ella. Sus labios estaban vibrando ligeramente, y se preguntó si ella estaría ya poniendo música a las estrellas de Wansor.

—Las estrellas nos marcan el tiempo en cada Revolución y nos ayudan a distinguir una de otra —iba diciendo Wansor. Jaxom hubo de hacer un esfuerzo para dirigir de nuevo su atención hacia el que hablaba—. Fueron ellas quienes guiaron a Lessa en su valeroso viaje de vuelta a través del tiempo para traer a los Antiguos. —Wansor se aclaró la garganta al hacer esta alusión un tanto desafortunada a las dos facciones de dragoneros—. Y serán las estrellas quienes se constituyan en nuestras constantes guías en Revoluciones futuras. Tierras, mares, pueblos y lugares pueden cambiar, pero las estrellas están ya fijas en sus trayectorias y en ellas han de continuar.

Al oírle, Jaxom fue recordando ciertas conversaciones sobre una posible alteración del curso de la Estrella Roja con el objeto de alejarla de Pern. ¿Es que Wansor acababa de probar que esto era imposible?

Wansor siguió insistiendo en que una vez conocida la órbita básica y la velocidad de una estrella dada, era posible conocer su posición en los cielos, siempre que se calculara también el efecto de sus vecinas más próximas en cada momento.

—Así, nosotros no albergamos ninguna duda de que es posible predecir meticulosamente la Caída de las Hebras, según la posición de la Estrella Roja cuando está en conjunción con nuestras otras vecinas de los cielos.

A Jaxom le divertía observar que, cada vez que Wansor hacía una exposición básica, decía «nosotros», pero cuando hablaba para anunciar un descubrimiento, decía «yo».

—Creemos que tan pronto como esta estrella azul se vea liberada de la influencia de la amarilla en nuestro cielo de primavera y salte hacia el Alto Este, la Caída de las Hebras volverá a cumplir la regla que observó F’lar en tiempos pasados.

—Con esta ecuación —Wansor fue trazando a toda prisa las cifras en la pizarra, con lo que Jaxom volvió a darse cuenta de que, para ser una persona descuidada, sus anotaciones eran convencionalmente precisas—, podemos calcular conjunciones posteriores que afectarán a la Caída de las Hebras durante esta Pasada. De hecho, ahora podemos señalar la situación de diversas estrellas en el pasado y la que tendrán en cualquier momento del futuro.

Iba escribiendo ecuaciones a un ritmo furioso y explicando qué estrellas estaban afectadas y por qué ecuaciones. Luego se volvió; su cara redonda se había estabilizado en una expresión muy grave y seria.

—Nos es posible incluso predecir, basándonos en nuestros conocimientos, el momento exacto en que empezará la próxima Pasada. Por supuesto que esto se producirá dentro de tantas Revoluciones, que a ninguno de nosotros le causa hoy preocupación. Pero creo que es tranquilizador saberlo, a pesar de todo.

Risitas aisladas le hicieron parpadear y sonreír vacilantemente, como si se diera cuenta de haber dicho algo que sonara divertido.

—Además, hemos de asegurarnos de que nadie olvide, durante el largo Intervalo, esta época —dijo el Maestro Herrero Fandarel, con su voz de bajo que resultaba chocante a los presentes, aún habituados a la voz de tenor ligero de Wansor—. De esto es de lo que se trata en esta reunión, ya lo sabéis —añadió Fandarel, dirigiéndose a los reunidos.

Algunas Revoluciones antes, cuando la expectativa de vida de Ruth era corta, Jaxom había concebido una teoría particular, egocéntrica, según la cual las sesiones del Taller del Maestro Herrero habían sido iniciadas para darle a él un interés alternativo por la vida, para el caso de que Ruth muriera. La reunión ponía en evidencia la falsedad de tal teoría y Jaxom dio un bufido recordando aquel egocéntrico capricho.

Cuanta más gente en cada Fuerte y en los Weyrs supiera qué se hacía en cada uno de los Talleres por los Maestros Artesanos y los técnicos, menor sería la posibilidad de que los ambiciosos planes de preservar todo Pern de los ataques de las Hebras volvieran a malograrse.

Jaxom, F'lessan, Benelek, Mirrim, Menolly, T'ran, Piemur, varios posibles sucesores de los Señores de los Fuertes y los artesanos jóvenes más aventajados, formaban el núcleo de los

habituales alumnos en los Talleres del Herrero y del Arpista. Cada alumno aprendía a conocer las otras artesanías.

«La comunicación es esencial.» Este era uno de los lemas de Robinton. Siempre estaba diciendo: «Intercambiad información, aprended a conversar con tacto sobre cualquier tema, aprended a expresar vuestros pensamientos, aceptad los nuevos, examinadlos, analizadlos. Pensad objetivamente, pensad en el futuro.»

Jaxom dejó que su mirada recorriera la estancia, preguntándose cuántos de los reunidos podían aceptar todas las explicacioner de Wansor. Era cierto que, aun siendo tantos, muchos habían observado las estrellas cuando seguían y volvían a seguir sus pautas, noche tras noche, estación tras
estación, hasta que aquellas majestuosas reglas habían podido ser reducidas a los esclarecedores diagramas y cifras de Wansor.

Pero lo malo era que todo el mundo estaba ahora en aquella estancia porque deseaba escuchar ideas nuevas y aceptar nuevos pensamientos. Aquellos que necesitaban ser influidos eran los que no habían escuchado... por ejemplo, los Antiguos, ahora exiliados en el Continente Meridional.

Jaxom supuso que alguna clase de vigilancia discreta se habría mantenido sobre los acontecimientos de allí. N'ton había hecho, en cierta ocasión, una referencia indirecta al Fuerte Meridional. Los estudiantes tenían un mapa muy detallado de la tierra circundante al Fuerte y de algunas de las áreas cercanas, que indicaba que el Continente Meridional se extendía mucho más hacia los mares del sur de lo que nadie había supuesto cinco Revoluciones antes.

Durante una de sus conversaciones con Lytol, Robinton había dejado deslizar algo que hizo que Jaxom creyera que el Maestro Arpista había estado recientemente en las tierras del Sur. A Jaxom le divertía hacerse la pregunta de cuánto sabrían los Antiguos acerca de lo ocurrido en el continente. Habían tenido lugar algunos cambios obvios, como tendrían que admitir incluso los de mente más cerril, puesto que los tendrían a la vista. ¿Qué sabrían de las extensiones crecientes de bosques, causa de las protestas de los Antiguos, extensiones ahora protegidas por los gusanos horadadores que los granjeros habían intentado exterminar, pensando equivocadamente que eran su ruina, en lugar de verlos como un vehículo de prosperidad y de protección.

La atención de Jaxom se vio reclamada por el patear de pies y el batir de palmas. Se apresuró a añadir las suyas al aplauso general, preguntándose si se habría perdido algo realmente importante durante sus reflexiones. Ya se lo preguntaría a Menolly, más tarde. Ella sí que lo recordaría todo.

La ovación continuó lo suficiente para hacer que Wansor se sonrojara con complacido embarazo, hasta que Fandarel se levantó extendiendo sus brazos para pedir silencio.

Pero apenas Fandarel había abierto la boca para hablar, cuando uno de los observadores del Fuerte de Ista se empinó para pedir a Wansor que aclarara una anomalía concerniente a la posición del trío de estrellas conocido como Hermanas del Día. Pero antes de que Wansor pudiera responder, alguien más informó a aquel hombre de que no existía anomalía alguna, y así empezó una sutil argumentación.

—Sería maravilloso poder emplear las ecuaciones de Wansor para avanzar en el tiempo con seguridad —dijo F'lessan, como si meditara en voz alta.

—¡Aguafiestas! ¡No puedes ir hacia un tiempo que no ha sido! —respondió tajante Mirrim, que se adelantó así a la reacción de los demás—. ¿Cómo sabrías lo que pasa allí? ¡Acabarías en una roca, o entre la muchedumbre, o rodeado de Hebras! Ya es bastante peligroso retroceder en el tiempo, y al menos puedes controlar lo que ha ocurrido o quién estuvo allí. Incluso en tal caso, podrías provocar y provocarías grandes embrollos. ¡Olvídalo, F'lessan!

—Seguir adelante podría proporcionar consecuencias ilógicas —observó Benelek en su estilo sentencioso.

—Sería gracioso —dijo F'lassan—. Algo así como conocer lo que proyectan los Antiguos. F'lar está seguro de que van a hacer algo. Han estado demasiado callados allá abajo.

—Cierra el pico, F'lessan. Eso es asunto del Weyr —dijo Mirrim, con voz cortante, mirando con nerviosismo a su alrededor por temor de que algunos de los adultos hubieran oído por casualidad su indiscreta observación.

—¡Comunicaos! ¡Compartid vuestros pensamientos! —declamó F'lessan, volviendo al viejo lema de Robinton.

—Pero... hay una diferencia entre la comunicación y la chachara —dijo Jaxom.

F'lessan dedicó a su amigo de la infancia una mirada cuidadosa.

—Ya sabes que yo solía pensar que esta idea de colegial era buena. Ahora pienso que no ha hecho sino volvernos a todos unos charlatanes que no hacen nada. ¡Simples pensadores! —Y diciendo esto, entornó sus ojos, expresando su disgusto—. Hablamos y lo pensamos todo hasta la muerte. Pero nunca actuamos. Al menos, yo tengo que actuar primero y pensar luego cuando lucho contra las Hebras. —Dio una vuelta sobre sus talones y entonces anunció, radiante—: Ea, por ahí viene la comida. —Y empezó a avanzar a través de la muchedumbre hacia las puertas, donde unas bandejas
pesadamente cargadas se iban pasando de uno a otro, hacia la mesa central.

Jaxom sabía que las observaciones de F'lessan habían sido bastante generales, pero el joven Señor sentía agudamente el impacto de la mofa alusiva a la lucha contra las Hebras.

—¡Ese F'lessan! —decía Menolly a su oído—. Lo que quiere es que la gloria siga siendo cosa de sangre. Un poco de fanfarroneo... —Y sus ojos azul marino brillaron de risa cuando añadió—: ¡Y espera que le coja el hilo! —Luego dio un suspiro—. Pero lo malo es que no da la talla. Es de esos tipos que no piensan más allá de sí mismos. Pero tiene buen corazón. ¡Vamos! Es mejor que echemos una mano en lo de la comida.

—¡Actuemos! —El chiste de Jaxom recibió de Menolly una sonrisa de apreciación.

Había aspectos positivos en ambos puntos de vista. Así lo decidió Jaxom, mientras aliviaba a una mujer sobrecargada con una bandeja de humeantes rollos de carne; pero volvería a pensar sobre el tema más adelante.

La cocina del Maestro Herrero estaba preparada para atender a una reunión numerosa y además de los suculentos rollos de carne había bolas de pescado, pan cortado y los buenos quesos de la Alta Cordillera; y dos enormes ollas llenas de klah.

Mientras distribuía la comida a su alrededor, Jaxom se iba dando cuenta de que había otra cosa que le había molestado. Los restantes Señores de los Fuertes y Maestros Artesanos eran todos cordiales, preguntaban cortésmente por Ruth y Lytol. Todos ellos parecían muy bien

dispuestos a intercambiar bromas con él, pero no a discutir las teorías de Wansor. Jaxom pensaba, algo cínicamente, que quizá era debido a que no habían entendido lo que Wansor había dicho y les daba vergüenza dar muestras de tal ignorancia ante la gente más joven. Jaxom suspiró. ¿Llegaría el día en que él mismo tuviera edad suficiente para considerar las cosas en términos similares?

—Eh, Jaxom deja esto —F'lessan lo cogió por la manga—. Tengo algo que enseñarte.

Creyendo haber cumplido con su obligación, Jaxom empujó su bandeja sobre la mesa y siguió a su joven amigo al exterior. F'lessan siguió su marcha, sonriendo como un bobo, y luego giró sobre sus talones para señalar el tejado del Taller del Maestro Herrero.

El Taller era un edificio enorme, con unos tejados muy empinados. Ahora, el tejado ofrecía un panorama lleno de movimiento, vibrando de ruidos. Una verdadera feria de lagartos de fuego se colgaba de las grises molduras, graznando y rugiéndose unos a otros en grave conversación... una parodia perfecta del intento de diálogo que tenía lugar en el interior del edificio. Jaxom se puso a reír.

—Parece imposible que haya tantos lagartos de fuego mirando a la gente de dentro —dijo a Menolly, que acababa de darles alcance—. ¿Es que has adquirido una pareja más de crianza?

Pero ella, con los ojos llenos de lágrimas por un acceso de risa, lo negó.

—No tengo sino los diez, y salen por cuenta propia, a veces días enteros. No creo que pudiera mantener a más de dos, además de Beauty, mi reina. Siempre la llevo conmigo. Ya lo sabes. —Y volvió hacia él un rostro de expresión seria—. Están convirtiéndose en un problema. No mío, porque yo ya procuro que los míos se porten bien, sino de esos otros. —Y señaló hacia el tejado cubierto—. Son unos terribles chismosos. Apostaría a que la mayoría ni miran a la gente de dentro. Lo que les ha atraído son los dragones, y tu Ruth en particular.

—Allí donde vayamos Ruth y yo, siempre se junta esta multitud —dijo Jaxom, un poco amargado.

Menolly miraba hacia el valle donde estaba Ruth, echado en la soleada ribera del río con otros tres dragones y la usual compañía de dos de los lagartos de fuego encargados de atenderle.

—¿Le afecta eso a Ruth?

—No. —La sonrisa de Jaxom era ahora de tolerancia—. Yo incluso diría que le divierte. Le dan compañía cuando tengo que estar separado de él, debido a los asuntos del Fuerte. Dice que tienen toda clase de imágenes fascinantes y diferentes en sus mentes. Y le gusta mirarlas... lo hace muchas veces. Pero en ocasiones, eso le aburre... dice que se los lleven.

—¿Cómo es posible? —Menolly mostró bruscamente sus dudas—. No tienen mucha imaginación, en realidad. Sólo hablan de lo que ven.

—¿O quizá de lo que creen ver?

Menolly se detuvo a pensar en ello.

—Bueno, lo que ven, por lo general, es bastante de fiar. Yo sé de casos... —Pero se calló; pareció perder el hilo.

—No importa —dijo Jaxom—. Sería más duro de mollera que una puerta del Fuerte, si no me diera cuenta de que los Arpistas hacéis que el Sur siga activo. —Y diciendo esto, Jaxom se volvió en redondo para decirle algo a F'lassan, que no se veía por parte alguna.

—Voy a decirte algo, Jaxom —Menolly dejó caer solemnemente sus palabras—: F'lessan tenía razón. Algo está pasando allá abajo en el Sur. Alguno de los míos ha estado muy nervioso. Tengo la visión de un huevo aislado, pero no está en un weyr cerrado. Pensé que quizá mi Beauty había escondido otra nidada. A veces lo hace. Pero luego tuve la impresión de que lo que ella veía ya hacía tiempo que había ocurrido. Y Beauty no tiene más edad que Ruth, así que, ¿cómo pudo recordar algo que sucedió hace más de cinco Revoluciones?

—¿Te refieres a lagartos de fuego con pretensiones de haber encontrado el Primer Huevo? —preguntó Jaxom.

—La verdad, no puedo tomar a risa sus recuerdos. Conocen las cosas más extrañas. ¿Recuerdas que Grall de F'nor no quería ir a la Estrella Roja? Pues por este motivo, todos los lagartos de fuego están aterrorizados de la Estrella.

—¿No lo estamos todos?

—Ellos lo sabían, Jaxom, lo sabían antes de que el resto de Pern tuviera la menor idea.

Instintivamente, los dos se volvieron hacia el Este. Hacia la malevolente Estrella Roja.

—¿O sea? —preguntó Menolly crípticamente.

—¿O sea, qué?

—O sea que los lagartos de fuego tienen memoria.

—Ah, déjalo, Menolly. No puedes pedirme que crea que los lagartos de fuego pueden recordar cosas que los hombres no pueden retener.

—¿Puedes darme otra explicación? —preguntó Menolly agresivamente.

—No, pero eso no significa que no haya alguna. —Jaxom sonrió. Pero en seguida la sonrisa se transformó en alarma—. Dime, ¿qué pasaría si uno de esos seres de allá arriba fuera del Fuerte Meridional?

—No me preocupa. Los lagartos de fuego están fuera, por un lado. Y por el otro, sólo pueden visualizar lo que han entendido. —Y Menolly sonrió, una costumbre en la que Jaxom encontraba una agradable diferencia con respecto a las risitas de las muchachas del Fuerte—. ¿Puedes imaginarte las tonterías que alguien como T'kul podría hacer con las ecuaciones de Wansor? ¿Has visto por los ojos de los lagartos?

Los recuerdos personales que Jaxom tenía del Antiguo Caudillo del Weyr de las Altas Extensiones eran escasos. Pero había oído de labios de Lytol y de N'ton lo suficiente para saber que la mente del hombre estaba cerrada a todo lo nuevo. Claro que casi seis Revoluciones arreglándoselas solo en el Continente Meridional podían haber ampliado sus puntos de vista.

—Mira, no soy yo sola quien se preocupa —siguió diciendo Menolly—. Mirrim también lo hace. Y si alguien hoy día entiende a los lagartos de fuego, es Mirrim.

—Tú tampoco lo haces mal... para ser una simple Arpista.

—Bueno, gracias, mi Señor del Fuerte. —Y ella le hizo un saludo humorístico—. Mira, ¿quieres averiguar qué le están diciendo los lagartos de fuego a Ruth?

—¿No están hablando con el dragón verde de Mirrim? —Jaxom se resistía a tener algo que ver con los lagartos de fuego en aquel momento, fuera de lo absolutamente necesario.

—Los dragones no recuerdan las cosas. Ya lo sabes. Pero Ruth es diferente. Me he dado cuenta...

—Muy diferente...

Menolly había captado la nota amarga en la voz de él.

—¿Qué te ha hecho volver hoy? ¿O es que el Señor Groghe ha venido a ver a Lytol?

—¿El Señor Groghe? ¿Para qué?

Los ojos de Menolly brillaron diabólicamente y le hizo una seña a Jaxom para que se acercara más, como si alguien estuviera lo bastante cerca para oír lo que estaban diciendo.

—Creo que Lord Groghe está fantaseando contigo para esa tercera hija suya del demonio.

Jaxom soltó un gruñido de espanto.

—No te preocupes, Jaxorn. Robinton rechazó la idea. No te haría una mala pasada en esto. Por supuesto. —Menolly le miró con el rabillo de sus ojos risueños—. Si tienes a alguien más en perspectiva, ahora es el momento de decirlo.

Jaxom estaba furioso, no con Menolly, sino con las novedades que ella le comunicaba, pero le resultaba difícil separar a las noticias de su portadora.

—La única cosa que ahora no necesito es una esposa.

—¿Eh? ¿Andas cuidándote en este punto?

—¡Menolly!

—No pongas esta cara de espanto. Nosotras las Arpistas entendemos las debilidades de la carne humana. Y eres alto y guapo, Jaxom. Y Lytol es de esperar que te esté enseñando todas las artes...

—¡Menolly!

—¡Jaxom! —Menolly imitaba a la perfección el tono de él—. ¿Es que nunca te dejó Lytol que te divirtieras a tu manera? ¿O es que solamente piensas en ello? Sinceramente, Jaxom —el tono de ella se hizo acre y su expresión manifestó ahora impaciencia—, creo que entre Robinton, aunque le estimo, y Lytol, F’lar, Lessa y Fandarel, te han vuelto un eco pálido de todos ellos. ¿Y dónde queda Jaxom?

Antes de que él pudiera encontrar la respuesta adecuada a aquella impertinencia, Menolly le lanzó una mirada penetrante a través de sus ojos ligeramente cerrados.

—Dicen en verdad que el dragón es como quien lo cabalga. ¡Quizá por eso Ruth es tan diferente! —Y después de hacer aquella observación tan críptica, ella se levantó y regresó con los demás.

Jaxom estaba medio decidido a llamar a Ruth y marcharse si todo lo que iba a conseguir quedándose eran ofensas e indirectas. «¡Como un niño travieso!», la observación de N'ton volvía ahora a su memoria. Suspirando, volvió a tenderse en la hierba. No, no saldría de allí a toda prisa, huyendo de una escena desagradable por segunda vez en aquella mañana. No actuaría de forma inmadura. No daría a Menolly la satisfacción de dejarle entender que sus comentarios provocativos le habían causado la menor preocupación.

Fijó, complacido, la mirada río abajo, donde estaba jugando su querido compañero. ¿Por qué Ruth es diferente? ¿Es el dragón como el cabalgador? A buen seguro que, si Ruth era diferente, él lo sería también. Su nacimiento había sido tan irregular como el de Ruth: él, del cuerpo muerto de
su madre, y Ruth, de una cáscara de huevo demasiado dura para ser rota por un pico de mediano tamaño. Ruth era un dragón, pero no nacido en el weyr. Y él era Señor del Fuerte, pero no confirmado todavía en su rango.

Bien, pues entonces, probar lo uno sería probar lo otro, y bienvenida la diferencia.

—«¡Que nadie te atrape dándole pedernal a Ruth!», había dicho N'ton.

¡Pues bien, ese sería su primer objetivo!

FUERTE DE RUATHA, FUERTE DE FIDELLO
Y VARIOS PUNTOS DEL ÍNTER. 15.5.10 — 15.5.16

Durante los días que siguieron, Jaxom se dio cuenta de que una cosa era tomar la resolución de enseñar a Ruth a mascar pedernal y otra muy distinta encontrar la ocasión de hacerlo.

Era imposible encontrar una hora libre. Jaxom albergaba la falsa idea de que quizá N'ton había elaborado su plan de acuerdo con Lytol de modo que el tutor tuviera siempre en perspectiva actividades con que llenar los días del joven Señor.

Sin embargo, Jaxom no tardó en abandonar esta opinión. N'ton no era hombre de tretas, ni astuto. Examinando las cosas con lucidez, Jaxom debía reconocer que tenía su tiempo siempre ocupado: primero, los cuidados de Ruth, luego, las clases, las tareas del Fuerte y, en Revoluciones pasadas, las reuniones en otros Fuertes que, según Lytol, él debía visitar —si bien siempre como observador silencioso— para ampliar sus conocimientos sobre el gobierno de un Fuerte.

Lo que ocurría era simplemente que Jaxom no se había dado cuenta del alcance de sus implicaciones hasta el momento en que necesitó desesperadamente tiempo para sí, un tiempo del que no tuviera que dar explicaciones a nadie y que no estuviera comprometido de antemano.

El otro problema que no había considerado seriamente era que, fuera a donde fuera con Ruth, siempre aparecía un lagarto de fuego. Menolly había acertado llamándoles chismosos, y él no tenía intención de permitir sus intromisiones.

Hizo la prueba de llevar a Ruth a una montaña de las Altas Extensiones, en un sitio que había sido terreno de pruebas cuando él le estaba enseñándole a volar por el ínter. El lugar era desértico, sin otra vegetación que yerbajos de montaña medio cubiertos por la dura nieve. Le había estado dando instrucciones a Ruth mientras aún seguían en el aire y, hasta aquel momento, sin la compañía de lagartos de fuego. No había contado más de veintidós alientos cuando el verde de Deelan y el azul del mayordomo del Fuerte llegaron por encima de la cabeza de Ruth. Dieron agudos gritos de asombro y luego empezaron a quejarse de la ubicación del lugar.

Luego, Jaxom intentó dar con otros dos sitios no frecuentados tampoco, uno en las llanuras de Keroon y otro en una isla desierta más allá de la costa de Tillek. A ambos sitios fue seguido.

Al principio, esta vigilancia le sacaba de quicio y llegó a pensar en quejarse a Lytol. Pero el sentido común le decía que era difícil que Lytol se hubiera ocupado de pedirle al mayordomo o a Deelan que lanzaran a sus criaturas a vigilar a Jaxom. ¡Inútil esfuerzo! Y si trataba de contárselo a Deelan, ella se pondría a llorar a dar gemidos y a retorcerse las manos, y correría en seguida a contárselo a Lytol. Pero con Brand, el mayordomo, era diferente. Había llegado del Fuerte de Telgar dos Revoluciones antes, cuando el viejo mayordomo había dado pruebas de su incapacidad para controlar la lascivia de los adoptivos. Jaxom hizo una pausa. Brand entendería los problemas de un hombre joven.

Así, cuando Jaxom volvió al Fuerte de Ruatha, fue a entrevistarse con Brand en su oficina, y lo encontró instruyendo a algunos sirvientes sobre las depredaciones de las culebras de túnel en las dependencias de almacenamiento. Con gran asombro por parte de Jaxom, los sirvientes fueron despedidos .al instante, con la advertencia de que si no se presentaban con dos culebras de túnel muertas, habrían de pasarse sin comida durante unos cuantos días.

No es que Brand hubiera prescindido hasta entonces de la cortesía que debía a Jaxom, pero la manera rápida con que lo atendió lo dejó sorprendido, y necesitó dejar pasar uno o dos alientos antes de poder hablar. Brand se comportó con la misma deferencia que hubiera demostrado ante Lytol u otro visitante de alto rango. Jaxom recordó con algún embarazo sus accesos unas mañanas antes, y se quedó asombrado. No, Brand no era del tipo de los ceremoniosos. Tenía una mirada y una mano firmes, una voz segura y una actitud que era la que Lytol —Jaxom lo había escuchado de sus labios muchas veces— buscaba en aquel hombre tan digno de confianza.

—Brand, no me gusta que parezca que no puedo ir a lugar alguno sin la compañía de lagartos de fuego que son de este Fuerte. Se trata del verde de Deelan y, si no te molesta que lo diga, de tu azul. ¿Es que todo esto es realmente necesario?

La sorpresa de Brand fue auténtica.

—A veces —siguió insistiendo Jaxom—, hay gente a la que le gusta ir solo de camino, totalmente solo. Y, como tú sabes, los lagartos de fuego son los mayores chismosos del mundo. Es posible que se lleven alguna impresión equivocada... ya sabes a qué me refiero.

Brand lo sabía, pero si aquello le divertía o sorprendía, lo disimulaba muy bien.

—En verdad te pido disculpas, Señor Jaxom. Ha sido un descuido, te lo aseguro. Ya sabes lo nerviosa que solía ponerse Deelan cuando tú y Ruth empezasteis a volar por el ínter, y los lagartos de fuego os siguieron como una medida de seguridad. Hace tiempo que debía haber cambiado las disposiciones al respecto.

—¿Desde cuándo soy yo Señor Jaxom para ti, Brand?

Brand hizo una ligera inclinación de cabeza, anticipando mayores disculpas.

—Como ha observado el Señor Lytol, eres ya suficientemente mayor para ser confirmado en tu rango, Señor Jaxom, y nosotros... —Brand sonrió con una soltura libre de inhibiciones— nosotros debemos actuar de acuerdo con ello.

—Ah, bien, sí, gracias. —Jaxom se las arregló para salir de la oficina de Brand sin perder la compostura, y se dirigió a toda prisa al primer recodo del corredor.

Allí se detuvo, reflexionando sobre las implicaciones de aquella entrevista. «Edad suficiente para ser confirmado en tu rango...» Y Lord Groghe, que pensaba en casarlo con su hija. Seguramente el hábil Señor del Fuerte no haría eso si tuviera alguna duda de que Jaxom iba a ser confirmado en su rango. La perspectiva alarmaba y fastidiaba ahora a Jaxom, en tanto que un día antes le hubiera satisfecho enormemente. Una vez fuera oficialmente Señor de Ruatha, toda su esperanza de volar con alas de combate se desvanecería. Y él no deseaba ser Señor de Ruatha... al menos no por ahora. Y ciertamente tampoco le gustaba verse ligado a una mujer que no había sido elegida por él.

Hubiera debido decirle a Menolly que no tenía inconveniente en aceptar a ninguna de las chicas del Fuerte cuando ello le viniera en gana. No se trataba de imitar los ejemplos más obscenos de los adoptados. No quería adquirir la reputación de libertino que tenía Meron, o aquel desatinado Señor de Laudey, a quien Lytol había enviado de vuelta a su Fuerte nativo con alguna excusa de circunstancias en la que nadie creía realmente. Estaba muy bien que el Señor del Fuerte engendrara unos cuantos bastardos, pero era otra cosa muy distinta adulterar la sangre del Fuerte mezclándola con otras líneas. Fuera como fuese, tendría que encontrar una muchacha agradable que le diera la coartada que necesitaba, y entonces podría aprovechar el tiempo para cosas más importantes.

Jaxom se alejó del muro encogiéndose de hombros inconscientemente. La deferencia que Brand había tenido con él había sido bastante estimulante. Ahora que pensaba en ello, recordó otras muestras de cambio de actitud hacia él, algo que sus preocupaciones sobre el pedernal no le habían
dejado ver hasta el momento.

De repente, se daba cuenta de que Deelan no le había estado importunando en el desayuno para que comiera más de lo que necesitaba, y de que Dorse había estado inexplicablemente ausente durante los últimos días. Tampoco las observaciones matinales de Lytol habían sido precedidas por preguntas sobre la salud de Ruth; más bien se habían referido a los asuntos del día que se estaba iniciando.

La noche que regresó del Taller del Maestro Herrero, Lytol y Finder habían estado muy interesados en aprender lo referente a las estrellas de Wansor, y aquel tema había consumido toda la velada. Si los adoptivos y otros habían guardado un silencio inusual, Jaxom lo atribuyó únicamente a su interés en el debate. Lytol, Finder y Brand no habían tenido dificultad en hacer uso de sus palabras.

A la mañana siguiente no había habido tiempo más que para una taza de klah y un rollo de carne, pues iban a caer Hebras a lo largo de los cultivos de primavera, al sudoeste, y tenían una larga cabalgada en perspectiva.

Debía haberme explicado hace meses, pensaba Jaxom, cuando iba entrando en sus aposentos particulares.

Se había convenido que Jaxom no sería molestado cuando se estuviera ocupando de Ruth, una intimidad que sólo ahora empezaba a valorar. Por lo general, Jaxom se ocupaba de su dragón aceitando su piel y acicalándolo por la mañana temprano o a última hora de la tarde. Iba de caza con Ruth cada cuatro días, pues el dragón blanco necesitaba comer con más frecuencia que los grandes. Los lagartos de fuego del Fuerte solían acompañar a Ruth, jugando con él. La mayoría daba de comer diariamente a sus animales domésticos, pero la necesidad de comida fresca de animales recién muertos o cazados por quien los comía era algo de lo que los lagartos de fuego no se habían desacostumbrado del todo, y se había decidido no interferir en la manifestación de este instinto. Los lagartos de fuego eran criaturas extrañas y, aunque no había ninguna duda de que estaban realmente relacionados con la Eclosión, estaban sujetos a repentinos ataques y miedos, y desaparecían, a menudo durante largos períodos de tiempo. Cuando volvían, actuaban como si nunca se hubieran ido, excepto para transmitir algunas imágenes bastante indignantes.

Jaxom supo que Ruth estaba listo para cazar. Oía la impaciencia de su compañero de Weyr por salir. Riendo, Jaxom vistió la pesada chaqueta de montar y se calzó las botas mientras le preguntaba cortésmente qué clase de comida deseaba.

Wherry, un wherry jugoso, de montaña, y no estos correosos, y Ruth subrayó su repugnancia por esto último, soltando un bufido.

—Tus palabras suenan a hambre —dijo Jaxom, entrando en el weyr del dragón y acercándosele.

Ruth colocó con suavidad la nariz sobre el pecho de Jaxom, y su aliento se introdujo a través de la pesada chaqueta de montar. Luego caminó hacia las pesadas puertas metálicas que daban al patio del establo y las abrió empujándolas con sus patas delanteras.

Alertados por los pensamientos de hambre de Ruth, los lagartos de fuego del Fuerte se acercaron en enjambre, con ansiosa impaciencia.

Jaxom montó sobre Ruth y le dirigió hacia las alturas. El viejo dragón pardo de vigilancia les deseó buena caza desde las alturas de fuego y su caballero les saludó con la mano.

Desde que el Fuerte pagaba diezmos, los seis Weyrs de Pern cuidaban de sus propios rebaños y bandadas que servían de comida a los dragones. Nunca hubo ningún Señor de los Fuertes que tuviera nada que objetar a que un Caballero diera de comer ocasionalmente a su dragón más allá de su territorio.

Como Jaxom era Señor del Fuerte y tenía técnicamente el derecho de hacer lo que quisiera dentro de las fronteras de Ruatha, la caza de Ruth era básicamente un asunto de cortesía. Lytol no había necesitado dar instruciones a Jaxom para que su animal saciara su apetito de modo que nadie resultara perjudicado.

Aquella mañana, Jaxom le dio a Ruth las coordenadas de una zona de ricos pastos en la que, según Lytol, había wherries machos que estaban siendo cebados para la matanza de primavera.

El pastor estaba fuera, en su cabalgadura, cuando Jaxom y Ruth aparecieron, y saludó al joven Señor educadamente contestando a las preguntas de éste sobre su salud, los progresos que había hecho la manada y los índices de puesta de las aves.

—Hay una cosa que me gustaría deciros para que la transmitierais al Señor Lytol —empezó a decir aquel hombre, y Jaxom captó resentimiento en su manera de hablar—. He pedido un

huevo de lagarto de fuego una y otra vez. Estoy en mi derecho como habitante del Fuerte, y además lo necesito. No puedo criar debidamente huevos de wherry si los gusanos agujerean y rompen las cascaras. Hay cuatro o cinco de cada nidada que se pierden, se los comen las serpientes y cosas parecidas. Los lagartos de fuego las mantendrían a raya. Lo hacen para tus hombres del Fuerte del Lago del Calvero y otros con quienes he hablado. Los lagartos de fuego son criaturas bastante ágiles, Señor Jaxom, y siendo un servidor del Fuerte desde hace doce Revoluciones, estoy en mi derecho. Palón, del Lago del Calvero, ha conseguido ya un lagarto de fuego, y sólo lleva en su puesto diez Revoluciones.

—No puedo imaginarme por qué te han desairado así, Tegger. Ya veré qué puedo hacer para remediarlo. No tenemos ninguna nidada, pero haré lo que pueda en cuanto haya alguna en perspectiva.

Tegger dio las gracias con amargura y luego sugirió a Jaxom que cazara entre la manada de machos que estaba pastando en los lejanos confines de los prados. Necesitaba apoderarse de la manada más próxima para sacrificarla y en cambio un dragón de caza corría lo equivalente a siete días más de los machos.

Jaxom le dio las gracias y Ruth gorjeó su gratitud, espantando al corredor de Tegger, que se encabritó.

Era poco probable que Tegger Impresionara a un lagarto de fuego, pensó Jaxom mientras saltaba sobre el lomo de Ruth.

Ruth asintió:

Ese hombre ha tenido un huevo alguna vez. Y la cría se fue al inter y no regresó nunca.

—¿Cómo sabes eso?

Los lagartos de fuego me lo han contado.

—¿Cuándo?

Cuando ocurrió. Acabo de recordarlo.

Ruth parecía estar muy satisfecho de sí mismo. Me cuentan muchas cosas interesantes cuando no estás conmigo.

Sólo entonces advirtió Jaxom que las usuales escoltas de lagartos de fuego no estaban cerca de ellos, ni siquiera ahora que Ruth estaba cazando. Nunca había pretendido que Brand eliminara del todo la presencia de los lagartos de fuego.

Ruth preguntó con voz lastimera si podía empezar la caza, porque tenía hambre. Así lo hicieron, continuando su marcha hacia el área sugerida y Ruth dejó apear a Jaxom en una colina cubierta de hierba con una buena vista de la zona de caza, donde él pudo instalarse cómodamente. Apenas había iniciado Ruth el vuelo cuando apareció una escuadrilla de lagartos de fuego, que aterrizaron cautamente para esperar la invitación del dragón a unírsele una vez acabada la caza.

Algunos dragones se tomaban tiempo para seleccionar su comida, volando en picado hacia la manada para dispersarla y aislar a los más cebados. Tampoco Ruth se decidió inmediatamente sin dejarse influir por el conocimiento de Jaxom de que Tegger no apreciaría los vvherries

que pudieran perderse. Fuera como fuera, el dragón blanco mató la primera vez en un diestro vuelo en picado, rompiendo el largo cuello del ave al bajar.

Ruth dejó que los felices lagartos de fuego royesen los huesos y mató por segunda vez, comiendo con su delicadeza habitual. La manada no había hecho más que aposentarse en el lejano extremo de la pradera, cuando se lanzó inesperadamente a la caza de la tercera.

Ya te dije que tenía hambre, dijo Ruth en un tono de disculpa tan manifiesto que Jaxom hubo de reírse y le dijo que se atracara con todo lo que quisiera.

No me estoy atracando, replicó Ruth, reprochándole suavemente que pudiera pensar tales cosas de él. Es que estoy muy hambriento.

Jaxom observó a los lagartos de fuego en plena comilona, y se preguntó si alguno de ellos procedía de Ruatha. Ruth replicó inmediatamente que habían venido de una zona cercana a aquélla.

Vaya, pensó Jaxom. Lo único que he conseguido ha sido evitar que los lagartos de fuego de Ruatha nos siguieran. Pero con sólo que uno de ellos supiera algo, el resto parecía compartir ese conocimiento, así que tendría que seguir ocultando sus actividades de la vista de los animales. Jaxom sabía que un dragón requiere tiempo para mascar y digerir el pedernal, para que éste produzca sus mejores efectos. Los dragoneros empezaban a dar de comer a sus bestias la piedra algunas horas antes de la prevista Caída de las Hebras. ¿Con qué antelación debería tragar Ruth la suficiente piedra para poder producir el aliento de fuego en el momento oportuno? Esa era la pregunta. Tendría que ir con cuidado. Los dragones varían en capacidad y velocidad de preparación y cada caballero debe averiguar por sí mismo las capacidades de su animal. ¡Si él hubiera podido preparar a Ruth en un Weyr y aprovechar la experiencia de un maestro!...

Bien, no representaba ningún problema. El viejo dragón de vigilancia tenía que abastecerse, así que habían enormes cantidades de pedernal en las alturas de fuego. Y estaba claro que Ruth no necesitaría tanta como un dragón de los grandes.

Pero el problema seguía siendo: ¿cuándo? Aquella mañana, Jaxom disponía de tiempo libre porque Ruth tenía que cazar y no era común llevar a un dragón recién comido al ínter. Además, toda aquella abundante comida caliente echaría a perder el vientre de cualquier dragón en el frío del ínter.

Por tanto, Jaxom tendría que buscar el tiempo necesario para llevar directamente a Ruth en vuelo al Fuerte de Ruatha. Aquella tarde la emplearía entera en inspeccionar los pastos de primavera y, si era cierto que Lytol preparaba para él la confirmación de su nombramiento de Señor del Fuerte, no podría evitar estar presente en tal ocasión.

Ocioso, Jaxom se preguntaba si los Señores de los Fuertes habrían planteado alguna vez la posibilidad de que intentara imitar las maneras de su tiránico padre. A buen seguro que se pondrían a hablar sobre Estirpes y pureza de sangre, pero ¿no habían estado un poco nerviosos cuando Fax se puso a hablar de sangre? ¿O quizás estaban contando con la influencia de la sangre de su madre? Todos estaban realmente bien dispuestos a hablar de su Señora Madre Gemma con él, pero habían hecho lo posible por encontrar otro tema de conversación cada vez que él mencionaba a su padre, por quien no se había dolido nadie. ¿Acaso temían que él imitara las ideas agresivas de su padre? ¿O es que era pura cortesía evitar el tema poco delicado de la actuación de los ya fallecidos? En cuanto a los vivos, en términos destructivos, estaban bien claro que ninguno de ellos aceptaba limitaciones en el tema.

Jaxom iba jugando con la idea de conquista. ¿Qué tal resultaría si él redujera a Nabol, o dado que el Fuerte de Fort era demasiado grande como botín, a Tillek? O quizá Cron, aunque el hijo mayor del Señor Nessel, Kern, le era simpático, demasiado para arrebatarle algo que era suyo por derecho. ¡Cascaras!, buen tipo era él para hablar de conquistas, si ni siquiera era capaz de controlar su propio destino y el de su dragón.

Ruth, caminando pesadamente como un pato, con su vientre lleno y prominente, y soltando pesados eructos, se dirigía hacia su caballero. Se colocó en la extensión de hierba calentada por el sol, y empezó a lamerse los talones. Tenía la costumbre de ir siempre muy limpio.

—¿Puedes volar estando como una boa? —preguntó Jaxom, cuando Ruth hubo acabado de limpiarse.

Ruth volvió la cabeza, y sus ojos brillaron con reproche.

Puedo volar en todo momento. El aliento del dragón era ahora bastante carnoso y dulce. Vuelves a tener preocupaciones.

—Quiero que seamos un dragón y un dragonero como es debido, que luchemos contra las Hebras llevándome tú en tus lomos y echando fuego.

Pues entonces, hagámoslo. Las palabras de Ruth respiraban una fe inconmovible. Soy un dragón y tú eres mi dragonero... Veamos ¿dónde está el problema?

—Bueno, es que, vayamos donde vayamos, los lagartos de fuego nos vienen detrás.

Ya le dijistes a aquel hambrón de azul —tal era la identificación de Ruth respecto a Brand— que no debían seguirnos. Y no vinieron aquí.

—Pero vinieron otros, y ya sabes cómo cotorrean los lagartos de fuego. —Y entonces Jaxom recordó los comentarios de Menolly—. ¿Qué están pensando ahora estos?

Llevan las barrigas repletas. Los wherries eran jugosos y tiernos. Muy buena comida. No recuerdan otra mejor en muchas Revoluciones.

—¿Se irían, si se lo mandases?

Ruth soltó un bufido. Los ojos le chispeaban ligeramente, más de diversión que de preocupación.

A buen seguro que se preguntarían de qué pasaba y vendrían a ver. Pero si quieres, se lo digo. Es posible que nos dejen en paz el tiempo suficiente.

—Ellos tienen más curiosidad que buen sentido. Bueno, como Robinton dice continuamente, hay siempre una solución para cada problema. Y habrá que ver la manera de encontrarla.

A la vuelta al Fuerte de Ruatha, la digestión de Ruth se hizo ruidosa. Todo lo que deseaba el dragón era subir en espiral hasta alguna roca calentada por el sol y tumbarse a dormir, y puesto que el dragón de vigilancia pardo estaba lejos de su puesto de servicio, Ruth se posó en aquel sitio.

Jaxom esperó en el Gran Patio hasta que vio a Ruth firmemente instalado, y entonces fue en busca de Lytol.

Posiblemente Brand le habría hablado a Lytol de la petición de Jaxom, pero el Señor Tutor no dio la menor señal de que hubiera sido así. Saludó a Jaxom con su habitual reserva y le animó a comer rápidamente, pues ambos tenían un largo camino que recorrer en sus monturas. Tordril y uno de los adoptivos de más edad que vivían bajo la protección y vigilancia de Lytol los acompañarían.

El Maestro Agricultor Ándemon había enviado una nueva semilla que había desarrollado para obtener un alto rendimiento, una clase de cereal de crecimiento rápido. Los campos Meridionales, infestados de gusanos y plantados con este cereal, habían dado una cosecha especialmente sana, resistente a las tormentas, capaz de sobrevivir a largos períodos de sequía. Ándemon quería averiguar cómo resistiría el cereal expuesto al clima, más lluvioso, del norte.

Muchos de los hombres más viejos eran tercamente reacios a probar algo nuevo. «Tan tradicionalistas como los Antiguos», era la frase que Lytol empleaba al respecto. Pero, de una u otra manera, siempre se las arreglaba para salirse con la suya. Por ejemplo, Fidelio, que había poseído el Fuerte en el que estaban sembrando, sólo había pasado dos Revoluciones allí. Los hombres que le habían precedido habían muerto en una Caída mientras estaban siguiendo la pista a
unos wherries salvajes.

Así fue como, tras una rápida comida, los expedicionarios se pusieron en camino montando a uno de los corredores especialmente alimentados, que podía aguantar todo un largo día de verano sin cansarse. Aunque Jaxom solía encontrar aburrido aquello de pasarse horas para cruzar el territorio, puesto que podía volar por el ínter sobre Ruth en unos pocos alientos, las cabalgadas ocasionales le divertían. Y un día como este, con la primavera en el aire y seguro en su certeza de que seguía teniendo la estimación de Lytol, pudo gozar de la marcha.

El Fuerte de Fidelio estaba situado en el noroeste de Ruatha, sobre una llanura al fondo de la cual se divisan las montañas de Crom. Cuando llegaron a la llanura, el lagarto de fuego azul que iba sobre el brazo de Tordril lanzó un chillido de saludo, y despegó para trazar un círculo aéreo de introducción a un pardo que probablemente estaba mirando a Fidelio y se dedicaba a vigilar a los visitantes.

Inmediatamente, los dos lagartos de fuego centellearon en el ínter.

Tordril y Jaxom intercambiaron una mirada, sabedores de que una copa de klah de bienvenida y algunos dulces les esperaban en el Fuerte. La cabalgada les había abierto a ambos el apetito.

Fue Fidelio en persona quien salió a escoltarles en la última parte del trayecto. Iba montado en una fuerte bestia de carga, y su vestidura de verano brillaba con fuerza entre las aberturas de la ruda y remendada piel de invierno. Su Fuerte, en el que se le dio la bienvenida de manera grave y discreta, era pequeño y estaba bien administrado. Sus servidores, inclusive los del último poseedor, se habían congregado para atender a los visitantes.

—Tiene un buen cocinero —dijo Tordril en un aparte a Jaxom, al dirigirse los tres jóvenes hacia la comida, colocada en el amplio Taller sobre una mesa—. Y una hermana endemoniadamente bonita —añadió cuando la esbelta muchacha se acercó a ellos portando una humeante fuente de klah.

Jaxom tuvo que admitir que era bonita cuando la miró de cerca por primera vez. La verdad es que Tordril descubría a las chicas más bellas. Brand no debería perderla de vista cuando se aventurara fuera del Fuerte hasta las cabañas de los trabajadores de debajo del puente.

No obstante, una muchacha tan bonita como aquella sólo tuvo una tímida sonrisa para Jaxom, no para Tordril y, aunque el futuro Señor de Ista trató de entablar conversación con ella, no obtuvo sino cortas respuestas, reservando su sonrisa para Jaxom. Y sólo se apartó de su lado cuando su hermano se unió a ellos para decir que probablemente hubiera sido mejor sembrar los campos, o que el camino de vuelta al Fuerte iba a ser largo y oscuro.

—Me pregunto si la hubiera conquistado tan rápidamente de haber sido yo el Señor de Ruatha —dijo Tordril a Jaxom, mientras ambos inspeccionaban sus arreos de montar, antes de ponerse en marcha.

—¿Que yo la he conquistado? —Jaxom miraba fijamente a Tordril, atónito—. Sólo estábamos charlando.

—Bueno, podría ser tuya la próxima vez que... bueno, que tengas ocasión de charlar con ella. ¿O es que a Lytol le molestaría que hubiera unos cuantos media-sangre por aquí? ¡Mi padre dice que eso es lo que tiene pendientes de un hilo a los que son de pura sangre! Debe de ser cosa fácil para ti, con Lytol entre los hijos del Weyr y no demasiado rígido en este sentido.

Al llegar a este punto, Lytol y Fidelio se unieron a ellos, pero el envidioso comentario de Tordril había dirigido los pensamientos de Jaxom hacia un objetivo muy fructífero. ¿Cuál era el nombre de ella? ¿Corana? Bien, Corana podía ser muy útil. No había más que un solo lagarto de fuego en el Fuerte de la llanura y, si Ruth podía disuadir a aquella criatura de que les siguiera...

Cuando volvieron al Fuerte, a última hora de aquella noche, Jaxom escaló sigilosamente hasta las alturas de fuego y se llevó un saco lleno de pedernal de las reservas del ardo, en tanto que el viejo dragón vigilante y su caballero balizaban su corto vuelo nocturno para estirar las alas.

A la mañana siguiente le preguntó a Lytol, como por casualidad, si creía que Fidelio tendría suficiente con la semilla que le habían llevado. Los campos de aquella gente parecían ser bastante grandes. Lytol miró por un momento hacia la sala, con los párpados entrecerrados, y luego decidió que quizás otro medio saco podía ser necesario. La expresión de Tordril reflejó sorpresa, envidia y —Jaxom se dio cuenta— cierto respeto por lo plausible de lo dicho, Lytol pidió, como correspondía, medio saco de semilla de lindemon sacado de los almacenes cerrados de Brand, y Jaxom lo cogió y lo preparó para transportarlo.

Ruth, totalmente satisfecho después de una buena comida, quería saber si había algún lago agradable cerca del fuerte. A Jaxom le pareció que el río era lo bastante ancho, como para que un dragón respetable se pudiera bañar, aunque nunca habían ido allí a practicar los deportes acuáticos. Se las arreglaron para despegar sin que nadie viera un segundo saco que colgaba de las tiras de combate de Ruth. Y aunque los lagartos de fuego se mezclaron con ellos siguiendo su juego habitual, y girando a su alrededor mientras Ruth se remontaba por los aires, no encontraron a ninguno de ellos en el fuerte de la Meseta.

El propio Fidelio se hizo cargo de la semilla adicional, dándoles las gracias tan ceremoniosamente que Jaxom se sintió algo avergonzado de su pretexto.

—No quise hablar de ello estando presente el Señor Tutor, Señor Jaxom, pero el campo que he destinado para estas semillas es bastante grande, y quiero cuidarme de que tengas un buen viaje de vuelta que justifique la opinión del Señor Lytol respecto a mí. ¿Podrías encargarte de las bebidas? Mi esposa... «¿Sólo su esposa?»

—Serán bienvenidas. La mañana es fugaz. Y le dio unos golpecitos afectuosos a Ruth al desmontar, siguiendo a Fidelio al interior del Fuerte. Le gustó notar que el Taller principal estaba tan ordenado como lo había estado para su esperada visita anterior. Corana no se encontraba presente, pero la esposa de Fidelio, en estado de avanzada gestación, no pareció creerse del todo lo de su vuelta casual.

—Hay alguien más que ha ido al río, al sitio en que forma una isla, para coger mimbres, Señor Jaxom —dijo, mirándole con coquetería mientras servía un klah caliente—. Sobre tu espléndido dragón, no es más que un corto paseo, mi Señor.

—Y bien, ¿por qué el Señor Jaxom habría de sentirse interesado por ver a la gente coger mimbres? —preguntó Fidelio; pero no recibió ninguna respuesta directa.

Una vez cumplidas las formas sociales, Jaxom dirigió a Ruth hacia las alturas, trazó un círculo saludando a Fidelio y luego cruzó el ínter hacia la montaña, lejos del alcance de la vista de cualquier fuerte. El lagarto de fuego pardo les siguió.

—¡Cascaras! Ruth, dile que se pierda de vista.

Inmediatamente, el pardo empezó a alejarse.

—Bien, ahora te podré enseñar a masticar pedernal.

Ya sé.

—Crees que sabes. He estado suficiente tiempo con dragoneros para saber que no es tan fácil como parece a primera vista.

Ruth soltó una especie de gruñido cuando Jaxom sacó un trozo de pedernal del tamaño de su enorme puño.

—Bien, ahora piensa en tu otro estómago.

Ruth bajó los ojos al aceptar el pedernal. El ruido que hizo al masticarlo le asustó. Se le abrieron los ojos de par en par, y eso hizo a Jaxom exclamar:

—¿Has de hacer todo ese ruido?

Bueno, es roca. Parpadeó, cerrando los ojos mientras tragaba trabajosamente. Estoy pensando en mi otro estómago, le dijo a Jaxom antes de que se lo volviera a recordar. Más tarde, Jaxom había de jurar que no pudo oír otra cosa que los fragmentos masticados y tragados por el dragón, a medida que descendían por su gaznate.

Ambos seguían sentados, mirándose mutuamente, en espera de lo que iba a ocurrir a continuación.

—Supongo que eructarás.

Ya sé. Ya sé cómo eructar. Pero no puedo.

Entonces Jaxom le ofreció cortésmente otro pedazo de generoso tamaño de pedernal. Esta vez la masticación no sonó de modo tan perceptible. Ruth tragó; luego pareció descansar mejor sobre sus patas.

¡OOOOH!

Apenas proferida esta exclamación mental, un trueno retumbó e hizo que Ruth dirigiera una rápida mirada a su blanco vientre. Se le abrió la boca. Dando un grito de susto, Jaxom se hizo a un lado justo en el momento en que un débil resplandor de llama apareció en el hocico del dragón blanco. Ruth retrocedió de un salto con tal brusquedad, que sólo le salvó de caer de espaldas el entronque de su cola con su vientre.

Creo que necesito más pedernal para hacer una llama que valga la pena.

Jaxom le ofreció algunos fragmentos pequeños. Ruth hizo de su labor de masticado tarea rápida. Y más rápida todavía fue la erupción de gas que se desencadenó.

Esto ya va mucho mejor dijo con satisfacción.

—No serviría de gran cosa contra las Hebras.

Ruth abrió la boca para recibir más pedernal. El que había traído Jaxom se estaba acabando, pero fue suficiente para que Ruth trazara un círculo de cenizas por entre los yerbajos de las rocas más próximas.

—No creo que hayamos llegado al máximo.

Y tampoco hemos quemado ninguna Hebra.

—Es que no estamos aún preparados para hacer eso. Pero hemos comprobado que puedes mascar pedernal.

Nunca lo dudé.

—Yo tampoco, Ruth —Jaxom dio un profundo suspiro—, pero vamos a necesitar montones de pedernal hasta que aprendas la manera de mantener una erupción continua.

Ruth tenía un aspecto tan desolado que Jaxom hubo de apresurarse a consolarlo acariciándole las crestas de sus ojos y la parte superior de la cabeza.

—Tenían que habernos permitido que te prepararas como es debido con los otros compañeros del Weyr. Es injusto que no sea así. Siempre lo dije. Ahora no puedes evitar tener dificultades en la prueba. Pero, ¡por el Primer Huevo! juntos acabaremos por salimos con la nuestra.

Ruth se dejó consolar, y luego tomó la palabra, más seguro ya de sí mismo:

Vamos a trabajar más duramente. Eso es todo. Pero la cosa sería más fácil si tuviéramos más pedernal. El pardo Wilth no usa mucho ya. Es demasiado viejo para masticarlo.

—Por eso es un dragón de vigilancia.

Jaxom vació el saco de los restos de pedernal, lo ató, y lo anudó en su cinturón. A fin de cuentas, no había necesitado cuerda para las tiras de combate. Estaba a punto de decirle a Ruth que debían ir directamente a Ruatha cuando pensó que sería mejor afianzar su coartada para futuras ocasiones.

No tuvo dificultad en encontrar a los cortadores de mimbre cerca de la isla del río, y Corana salió a su encuentro ansiosa. Era muy bonita, pensó, con el delicado rubor de su piel y sus

ojos redondos y verdosos. Su pelo negro se escapaba de las trenzas que rodeaban su rostro y se adhería a sus mejillas en húmedas ondas.

—¿Han habido Hebras? —preguntó ella, abriendo sus ojos verdes con gesto de alarma.

—No. ¿Por qué?

—Es que huelo a pedernal.

—Vaya; son estas ropas de montar. Las uso habitualmente durante la Caída. Supongo que el olor se ha pegado a ellas. No me había dado cuenta de eso.

Aquello era algo con lo que él no había contado, y comprendió que tendría que hacer algo para evitarlo.

—Estuve volando para traerle algunas semillas más a tu hermano.

Ella le dio las gracias afectuosamente por haberse tomado tantas molestias por un Fuerte tan pequeño como el de ellos. Luego adoptó una actitud tímida. Jaxom casi disfrutó con ello y le hizo cambiar de tema, insistiendo en su deseo de ayudar a la recogida de mimbres.

—Este Señor del Fuerte desea saber cómo hacer todo lo necesario para sus colonos —dijo, para silenciar las protestas de ella.

En realidad, él se estaba divirtiendo. Cuando hubieran recogido un buen manojo, le ofreció, lo llevaría a casa a lomos de Ruth, pero ella debería acompañarle en el viaje. Corana sentía auténtico temor ante esta posibilidad, pero él le aseguró que no volarían por el ínter, ya que ella no estaba vestida para resistir el frío. Jaxom le arrebató un par de besos antes de que Ruth trazara un círculo y tomara tierra con sus pasajeros en el Fuerte. Y él decidió que de una manera u otra, Corana no sería por más tiempo sólo un pretexto.

Cuando la hubo depositado a ella y dejado los mimbres, dirigió a Ruth por el ínter al lago de la montaña.

Aunque no estaba de humor para tomar un baño frío, se daba cuenta de que sería mejor limpiar bien todo lo que oliera a pedernal antes de volver a Ruatha.

Y no fue fácil hacerlo; tomó tiempo eliminar con arena el olor de la hermosa piel de Ruth.

Luego, Jaxom tuvo que secar su camisa impregnada y sus pantalones, tendiéndolos al sol sobre los arbustos.

Para entonces, el sol ya hacía rato que había pasado su cénit y él había empleado en todo aquello mucho más tiempo del que podía justificar por su visita a Corana. Tuvo, pues que correr el riesgo de regresar a Ruatha por el intertiempo, llegando cuando estaba el sol aún en el lado matinal de los cielos. Pero se olvidó de incluir un detalle en sus cálculos, y estuvo a punto de costarle el éxito de su aventura. Estaba ya comiendo cuando su dragón dejó oír una llamada dirigida a él, una llamada urgente.

—¡Es Ruth! —explicó, saltando de su asiento en la mesa, y salió corriendo a través del Taller hacia el corredor que comunicaba con sus aposentos.

Me arde el estómago, empezó a contarle Ruth, en medio de una terrible agitación.

—¡Cascaras! son las piedras —contestó Jaxom, mientras descendía a toda prisa por el desierto camino del Taller—. Sal con los lagartos de fuego. Ve donde Wilth suele despegar.

Ruth no estaba seguro de poder volar en tal estado.

—¡Qué tontería! Tú puedes volar en cualquier momento.

Ruth debía vomitar con su segundo estómago, pero fuera del weyr. Era posible que Lytol les siguiera para ver qué angustiaba al dragón y luego sacara el tema, durante la comida de Jaxom.

No puedo moverme. Siento un enorme peso que me oprime en medio del cuerpo.

—Es que vas a vomitar la ceniza del pedernal. Los dragones no podéis retenerla en el estómago, no os pasa para adentro. Tiene que volver a salir.

Siento como si fuera a...

—¡Pero no en el weyr, Ruth, te lo ruego!

Apenas unos segundos después, Ruth lo miró con expresión de disculpa. En medio del suelo del weyr, había un pequeño montón de algo que parecía arena húmeda, gris y parduzca, despidiendo humo.

Ahora me siento mucho mejor, dijo Ruth en voz muy baja.

—¿Oyes acercarse a Lytol? —preguntó Jaxom, porque su corazón latía tan fuertemente tras la carrera emprendida, que su golpeteo era todo lo que podía oír.

Salió a toda prisa por las puertas metálicas y entró en el patio de cocinas a coger una pala y un cubo.

—Si puedo sacar todo esto a tiempo de evitar que el olor se extienda...

Trabajó todo lo rápidamente que pudo, y por suerte aquello cupo en un solo cubo. Era como si Ruth no hubiera mascado el suficiente pedernal ni para una Caída de Hebras de media hora. Jaxom sacó el cubo de allí y esparció arena dulce por el suelo.

—¿Nada de Lytol? —preguntó, algo sorprendido.

No.

Jaxom suspiró profundamente aliviado, dándole golpecitos de aliento a Ruth. En lo sucesivo, se aseguraría de que Ruth vomitara en lugar seguro.

Cuando volvió a su sitio en la mesa, Jaxom no dio explicación alguna —ni se la pidieron—; otro ejemplo más del nuevo respeto de que era objeto por parte de sus allegados.

La noche siguiente, él y Ruth hurtaron todo el pedernal que el dragón podía llevar, en el sitio más lógico: las minas de pedernal de Crom. Durante la expedición aparecieron media docena de lagartos de fuego, y Ruth simplemente los fue despachando a medida que aparecían.

—No les dejes que nos sigan.

No hacían sino homenajearnos. Es que les gusto.

—No hay nada como ser popular.

Ruth suspiró.

—¿Es demasiado pedernal? —preguntó Jaxom, que no deseaba sobrecargar a la bestia.

¡Claro que no! Soy muy fuerte.

Jaxom dirigió a Ruth por el ínter con destino al desierto de Keroon. Allí había mar para darse un baño y suficiente arena dulce para eliminar la pestilencia a pedernal. Y el sol era lo bastante caliente para secar sus ropas en un instante.

MAÑANA EN EL TALLER DEL ARPISTA, FUERTE DE FORT.
TARDE EN EL WEYR DE BENDEN.
ULTIMA HORA DE LA TARDE EN EL TALLER DEL ARPISTA, 15.5.26

Antes de que Jaxom pudiera regresar al Fuerte de la Meseta, se produjo otra Caída de Hebras.

Al parecer, tenía más éxito con Corana que en sus esfuerzos por hacer que Ruth mantuviera una llama como era debido. La garganta del dragón blanco estaba casi quemada de retener los eructos cuando aparecían de repente lagartos de fuego en el momento más inoportuno.

Jaxom estaba seguro de que hasta el último habitante del Fuerte de Kerron los había visto. Con frecuencia la paciencia de Ruth era puesta a prueba y sólo contaban con seis horas de tiempo para que su ausencia en Ruatha no se la considerara excepcional. Y aquello los cansaba, según pudo comprobar Jaxom al caer dormido en la cama aquella noche, exhausto y frustrado.

Para empeorar más las cosas, tenía que ir al Taller del Maestro Arpista al día siguiente con Finder, ya que el Arpista de Ruatha se había inscrito para aprender cómo usar las ecuaciones estelares de Wansor. En realidad, todos los Arpistas debían dominar aquello, o al menos otra persona además del Señor del Fuerte, para poder hacer una comprobación a fondo de la Caída de las Hebras.

El Taller del Maestro Arpista formaba parte del complejo de residencias que se extendían por el interior y exterior del Fuerte de Fort. Cuando Jaxom y Finder, ambos montados sobre Ruth, irrumpieron por los aires sobre el Taller del Arpista, se encontraron con un verdadero caos.

A su alrededor, los lagartos de fuego descendían en picado dando alaridos en un arrebato de agitación. El dragón vigilante de las alturas de fuego del Fuerte de Fort estaba alzado sobre sus patas traseras, mostrando las garras, agitando las alas en toda su longitud y rugiendo de ira.

¡Furiosos! ¡Están furiosos!, exclamó Ruth, en su inimitable rugido de tenor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Finder al oído de Jaxom.

—Que Ruth dice que están furiosos.

—¿Furiosos dices? ¡En mi vida he visto a un dragón tan furioso como éste!

Lleno de temores, Jaxom dirigió a Ruth hacia el patio del Taller del Arpista. Había tanta gente corriendo en todas direcciones, y tantos lagartos de fuego zigzagueando descontrolados por el lugar, que le costó trabajo encontrar un sitio despejado para posarse.

Apenas había aterrizado cuando una bandada de lagartos de fuego danzó sobre él emitiendo gritos y proyectando agitadas sensaciones que Ruth comunicó a Jaxom, aunque éste no consiguió entenderlas —tanto menos, cuanto que él las recibía de segunda mano, a través de Ruth—. Se dio cuenta de que aquellas eran las bestias de Menolly, enviadas para localizarle.

—¡Ya estás aquí! ¿Te llegó mi mensaje? —Menolly venía a la carrera, saliendo del Taller y dirigiéndose hacia ellos, tirando de sus atavíos de vuelo, mientras corría— Hemos tenido que ir al Weyr de Benden. Han robado el huevo de la reina.

Se encaramó sobre el lomo de Ruth, detrás de Finder, disculpándose por abrumarle con su peso y dándole a Jaxom órdenes de seguir adelante en la marcha.

—¿Somos demasiados sobre Ruth? —preguntó Menolly, preocupada al ver que el dragón blanco parecía vacilar antes de despegar.

Nunca.

—¿Quién robó el huevo de Ramoth? ¿Cómo? ¿Cuándo? —preguntó Finder.

—Fue hace media hora. Están llamando a todos los bronces y a las otras reinas. Van a ir al Meridional a obligarles a devolver el huevo por la fuerza.

—¿Cómo saben que fueron ellos? —preguntó impaciente Jaxom.

—¿Quiénes si no otros necesitarían robar un huevo de reina?

Luego, toda la conversación quedó en suspenso cuando Ruth penetró delicadamente en el ínter. Irrumpieron en el aire por encima de Benden, y de repente tres llameantes bronces se dirigieron como flechas hacia ellos. Ruth soltó un chillido y volvió al Ínter, surgiendo por encima del lago y gritando a sus posibles atacantes al máximo que daba su voz.

¡Soy Ruth. Soy Ruth. Soy Ruth.

—Este ha pasado bien cerca —dijo Finder, tragando saliva. Sus manos iban dando nerviosos pellizcos a los brazos de Jaxom.

Casi habéis rozado el borde de una de mis alas. ¡Soy Ruth!, dijo Ruth. Y añadió: Se han disculpado, en un tono de voz más calmado, dirigido a su caballero. Pero giró la punta de su ala para verla de cerca.

Menolly se disculpó.

—Olvidé decirte que teníamos que llegar chillando quienes éramos. Pensarías que al menos Ruth pasaría sin ser desafiado...

A medida que iba hablando, aparecían más dragones. Se dirigían con trompeteos a los tres bronces que custodiaban las alturas. Los recién llegados trazaban círculos cada vez más estrechos para aterrizar cerca de una muchedumbre reunida en torno a la entrada de la Sala de Eclosión. Jaxom, Finder y Menolly empezaron a caminar a lo largo del cuenco para unirse a ellos.

—Jaxom, ¿has visto alguna vez a tantos dragones juntos? —Menolly iba mirando a su alrededor, hacia el invadido Weyr, lleno hasta rebosar por la muchedumbre, hacia los dragones posados sobre los bordes de sus weyrs, todos ellos con las alas extendidas, listos para volar al instante—. Oh, Jaxom ¿qué pasaría si los dragones llegaran a combatir entre ellos? —El terror que reflejaba su tono de voz fue el eco de sus propios sentimientos, un eco perfecto.

—Estos locos Antiguos deben estar desesperados —dijo Finder amargamente.

—¿Cómo han podido tolerar semejante latrocinio a cara descubierta? —inquirió Jaxom—. Ramoth nunca abandona una nidada.

«No, al menos, desde el momento en que F'lessan y yo desordenamos sus huevos», añadió para sí, sintiéndose culpable.

—F'nor nos ha traído noticias —dijo Menolly—. Ha dicho que ella había ido a comer. La mitad de los lagartos de fuego de Benden estaban en la Sala. Siempre están ahí...

—Con uno o dos del Weyr Meridional que estuvieran allí, no hay duda alguna —añadió Finder.

Menolly afirmó con la cabeza.

—Esto es lo que ha dicho F'nor. De esa forma los Antiguos habrían podido saber que Ramoth no estaba. F'nor dijo que ella había acabado de matar cuando los tres bronces aparecieron, pasados los dragones vigilantes... Quiero decir, ¿por qué el dragón vigilante iba a disputar con los dragones bronce? Se metieron en el túnel superior de la Sala de Eclosión, Ramoth dio un alarido inmenso y se fue al ínter. Lo siguiente que ocurrió fue que los tres bronces salieron volando desde la entrada superior. Habían oído gritar a Ramoth. Ella salió a la carga de la Sala de Eclosión, pero ellos ya estaban en el ínter cuando ella aún no había logrado alzar del suelo ni la longitud de una de sus alas.

—¿Es que no enviaron dragones tras ellos?

—¡Ramoth sí fue! Con Mnementh, pero un aliento detrás de ella. De modo que no sirvió de nada.

—¿Por qué no?

—Los bronces fueron por el intertiempo.

—Y ni siquiera Ramoth supo a qué cuándo.

—Exactamente. Mnementh inspeccionó el Weyr Meridional y el Fuerte, y la mitad de las playas calientes.

—Ni siquiera los Antiguos serían tan estúpidos como para llevarse un huevo de reina directamente al Meridional.

—Pero a buen seguro que los Antiguos no saben —añadió Finder, fatigado por aquel asunto—, que sabemos que se llevaron el huevo.

Al llegar a este punto de la conversación, se encontraron ya en los límites de la muchedumbre, donde los dragoneros de los otros Weyrs, los Señores de los Fuertes y los Maestros Artesanos ya se habían reunido. Lessa seguía en el borde de su weyr. F'lar estaba a su lado, junto con Fandarel y Robinton, y los dos últimos tenían una expresión preocupada y nerviosa.

N'ton, por su parte, se había detenido a medio camino bajo los escalones, hablando gravemente y con gestos de disgusto a otros dos caballeros bronce. Algo apartadas a un lado estaban las tres mujeres restantes del Weyr de Benden, y otras mujeres que debían ser jinetes de las reinas de los otros Weyrs. El ambiente de ofensa y frustración era opresivo. Ramoth dominaba toda la escena, paseando arriba y abajo por delante de la Sala de Eclosión, y deteniéndose de vez en cuando para atisbar los huevos que quedaban en las ardientes arenas. Agitaba su cola, dando azotes y lanzaba rugidos de enfado, impidiendo oír los debates que seguían produciéndose por encima de ella.

—Es peligroso llevarse un huevo por el ínter —dijo alguien delante de Jaxom y de Menolly.

—Supongo que podría resultar, si el huevo fuera bueno y estuviera caliente, y no hubiera recibido ningún golpe.

—Deberíamos montar y expulsar a esos Antiguos del Weyr.

—¿Y dejar que los dragones luchen entre sí? Eres tan malvado como los mismos Antiguos.

—¡Pero no podemos tolerar que los dragones roben nuestros huevos-reina! Esta es la peor afrenta que Benden jamás hubo de sufrir de los Antiguos. Y yo insisto en que hay que hacérselo pagar.

—El Weyr Meridional está desesperado —dijo Menolly en voz baja a Jaxom—. Ninguna de sus reinas ha llegado a ser consorte. Los bronces se van muriendo, y no tiene ningún verde joven.

En aquel preciso instante, Ramoth dio un grito de lamento, alzando bruscamente la cabeza en dirección a Lessa.

No hubo dragón en todo el Weyr que no contestara a aquel grito, ensordeciendo a los humanos. Jaxom pudo ver a Lessa apoyada en el reborde, con una mano tendida hacia la desesperada reina. Luego, debido a que su cabeza sobresalía bastante por encima de la gente y además miraba precisamente en aquella dirección, Jaxom pudo ver algo oscuro que aleteaba en la Sala de Eclosión. Oyó un grito de pánico contenido.

—¡Mira! ¿Qué es eso? ¡En el terreno de crianza!

Sólo los que estaban cerca de él oyeron la exclamación o vieron hacia dónde señalaba. Todo lo que pudo pensar fue que si los bronces Meridionales se estaban muriendo realmente, los Antiguos aprovecharían la confusión para intentar robar también un huevo de bronce.

Se puso inmediatamente en marcha, seguido por Menolly y por Finder, pero un repentino acceso de debilidad le obligó a detenerse. Algo parecía estar minando sus fuerzas, pero Jaxom no tenía ni idea de qué podría ser aquella extraña debilidad.

—¿Qué te ocurre, Jaxom?

—Nada.

Jaxom apartó las manos de Menolly, que le había cogido del brazo, empujándola hacia la Sala al tiempo que gritaba:

—¡Los huevos, los huevos!

Su exclamación quedó ahogada por un rugido de Ramoth, que expresaba desconcierto y nerviosismo.

—¡El huevo! ¡El huevo-reina!

En aquel momento, Jaxom empezaba a recobrarse de su inexplicable vértigo y llegaba a la Sala de Eclosión, mientras todos los presentes miraban aliviados al huevo-reina, que ahora estaba nuevamente seguro entre las patas delanteras de Ramoth.

Un lagarto de fuego en un acceso de audaz curiosidad, pudo introducirse la longitud de un ala dentro de la Sala pero el rugido de furia de Ramoth lo puso rápidamente en fuga.

La gente aliviada, empezó a parlotear mientras retrocedía, saliendo de la Sala de Eclosión hacia la zona en que la arena no era tan incómoda bajo sus pies. Algunos sugirieron que era posible que el huevo sólo hubiera rodado, pero Ramoth siguió creyendo que había sido sustraído. Y eran demasiados los que habían visto el sitio vacío en el que la ausencia del huevo-reina era demasiado patente. Además, ¿qué había pasado con aquellos tres extraños bronces que habían salido precipitadamente por la alta entrada de la Sala? Nada estaba claro. Más probable era la idea de que
los Antiguos hubieran reflexionado sobre aquel robo y que, ellos también, dudaran ante la posibilidad de lanzar a unos dragones contra otros.

Lessa se había quedado en la Sala, intentando persuadir a Ramoth de que la dejara ver si el huevo había sufrido algún daño. No tardó en llegar a toda prisa, saliendo de la Sala y dirigiéndose a F'lar y a Robinton.

—Es el mismo huevo, pero más antiguo y fuerte. Ahora está a punto para la Eclosión. Hay que traer a las muchachas.

Por tercera vez en aquella mañana, el Weyr de Benden se hallaba en un estado de gran excitación... más afortunado, más feliz, pero sumergido en un gran caos. Jaxom y Menolly procuraban mantenerse fuera del camino, pero lo suficientemente cerca para oír lo que ocurría.

—Fuera quien fuera el que se llevó este huevo, lo guardó consigo al menos diez días o más —oyeron decir a Lessa, disgustada. Y añadió—: Esto no puede quedar así.

—Ese huevo está de nuevo aquí y está seguro —dijo Robinton, tratando de calmarla.

—¿Es que somos unos cobardes para pasar por alto esta afrenta? —preguntó ella a los otros dragoneros, sin hacer caso de las palabras tranquilizadoras de Robinton.

—Si ser valiente —Robinton recalcó «valiente» con tono de burla— equivale a una lucha de dragón contra dragón yo prefiero ser un cobarde.

El furor de Lessa se calmó visiblemente.

Dragón contra dragón. Las palabras iban repitiéndose entre la multitud presente. La idea rebotaba obsesivamente en la mente de Jaxom y pudo sentir que Menolly, a su lado, rechazaba las implicaciones de un conflicto de aquel tipo.

—El huevo estuvo ya el suficiente tiempo en algún cuando para que lo pudieran acercar a la sensibilidad de la Eclosión —siguió diciendo Lessa, con el temor reflejado en el rostro—. Es probable que haya sido manipulado por sus raptores. Podría haber sido suficientemente influido para que la cría no fuera Impresionada aquí.

—Nadie ha podido probar nunca hasta qué punto un huevo está influido por el contacto previo a la Eclosión —dijo Robinton, con su tono de voz más persuasivo—. O al menos, eso es lo que me habéis oído decir muchas veces. Por mucho que haga el raptor sobre el huevo mientras eclosiona no puedo concebir que sus manejos puedan aprovecharle o dañar al huevo.

La multitud de dragones reunidos seguía aún muy tensa, pero el primer .impulso de alzarse en vuelo y lanzarse a destruir el Weyr Meridional se había enfriado considerablemente con la devolución del huevo, aunque dicha devolución seguía siendo un verdadero misterio.

—Bien; está claro que no podemos seguir siendo tolerantes —dijo F’lar, mirando hacia arriba, a los dragones vigilantes—, ni confiar en la indestructibilidad de inviolabilidad de la Sala de Eclosión, de cualquier Sala de Eclosión. —Se apartó nerviosamente el pelo de la frente—. ¡Por el Primer Huevo! Tienen muchas agallas al intentar robar uno de los huevos de Ramoth.

—El primer paso para asegurar este Weyr contra todo peligro es expulsar a todos estos chismosos lagartos de fuego —dijo Lessa acaloradamente—. Son una pandilla de enredones, peores que los inútiles.

—No todos, Lessa —repuso Brekke, avanzando hacia la Dama del Weyr—. Algunos de ellos vienen aquí con propósitos genuinos y nos prestan una gran ayuda.

—Dos estaban haciendo ese papel —dijo Robinton sobriamente.

Menolly dio unas palmadas en la espalda de Jaxom, recordándole que los lagartos de fuego del Taller del Arpista, inclusive los suyos, estaban prestando una gran ayuda.

—A mí no me importa —dijo Lessa a Brekke, y miró a su alrededor, hacia los reunidos, buscando a los lagartos de fuego—. No quiero verlos por aquí. No es justo que Ramoth se vea incomodada por esas bestias desagradables. Hay que hacer algo para que se queden en su lugar.

—¡Márcalos con sus propios colores! —respondió Brekke con presteza—. Márcalos, y enséñales a decir su nombre y origen como lo hacen los dragones. Son muy capaces de adquirir educación. Al menos, los que vinieron enviados a Benden con una orden.

—Que te informen a ti, Brekke, o a Mirrim —sugirió Robinton.

—Basta con que los mantengas alejados de Ramoth y de mí —y al decir esto, Lessa miró a Ramoth y luego a su alrededor—. Y que alguien traiga el wherry que Ramoth no se comió. Donde mejor puede estar es en su panza. Más tarde nos ocuparemos de debatir detalladamente esta violación de nuestro Weyr.

F'lar ordenó que algunos dragoneros trajeran el wherry, y dio las gracias cortésmente al resto de los reunidos por la rápida respuesta a sus solicitudes. Luego, pidió a algunos de los Caudillos de los Weyrs y a Robinton que se unieran a él en el weyr de arriba.

—No hay ningún lagarto de fuego a la vista —dijo Menolly a Jaxom—. Ya le dije a Beauty que se mantuviera lejos. Me respondió con tal pánico que temblaba hasta el último de sus huesos.

—Eso mismo le pasa a Ruth —dijo Jaxom mientras cruzaban el Cuenco en dirección al dragón—. Casi se ha puesto gris.

Ruth estaba más que espantado y temblaba de horror.

Hay algo que va mal. Algo no está bien, le dijo a su caballero. Y añadió: No me siento bien. Ruth se levantaba sobre sus patas traseras, y luego se apoyaba de nuevo sobre las cuatro, haciendo crujir las alas.

—¿Te han herido en un ala?

No. En el ala, no. Algo no marcha bien en mi cabeza.

—¿Es porque todos los lagartos de fuego se han marchado? ¿O por lo del huevo de Ramoth?

Ruth le respondió que habían sido ambas cosas y ninguna de ellas. Todos los lagartos de fuego estaban espantados y le recordaban algo que le asustaba a él.

—¿Recordar? ¡Bah!

A Jaxom le desesperaban los lagartos de fuego y sus memorias asociativas, así como su ridículo aspecto cuando hacían sufrir al sensible Ruth.

—¿Jaxom?

Era Menolly, que volvía de las Cavernas Inferiores para compartir con él el puñado de rollos de carne que había logrado de los cocineros.

—Finder dice que Robinton quiere que yo vuelva al Taller del Arpista y les comunique a ellos y al Fuerte de Fort lo que ha ocurrido. Además tengo que empezar a marcar a mis lagartos de fuego. ¡Mira!

Señaló hacia el límite del Weyr y hacia las Piedras Estelares.

—El dragón de vigilancia está masticando pedernal. ¡Oh, Jaxom!

—Dragón contra dragón. —Y él se puso a temblar violentamente.

—Jaxom, no es posible que se llegue a esto —dijo ella con voz ahogada.

Ninguno de los dos pudo acabar sus rollos de carne. En silencio, montaron sobre Ruth, que se los llevó por los aires.

A medida que iba subiendo los escalones que conducían al weyr de la reina, Robinton seguía el hilo de sus pensamientos a la mayor velocidad con que lo había hecho nunca. Era demasiado lo que iba a depender de lo que ocurriera ahora —todo el futuro curso del planeta,

si era correcta la lectura de las reacciones que él había hecho—. El sabía más de lo que debiera respecto a las condiciones del Weyr Meridional, pero sus conocimientos de nada le habían servido en una jornada como la que acababa de transcurrir. Se reprochaba a sí mismo su exceso de ingenuidad, tan cerril y obtuso como cualquier dragonero en su creencia-superstición en la inviolabilidad de los Weyrs y en que una Sala
de Eclosión era intocable.

Era verdad que había recibido advertencias de Piemur, pero no había dado a la información el valor que tenía. No obstante, a la luz de lo ocurrido en aquella jornada, debió haber llegado a la lógica conclusión de que los Meridionales, desesperados, emprenderían aquel aventurado intento de revivir su Weyr con la sangre de una nueva reina.

Incluso en el caso de haber llegado a aquella conclusión, Robinton pensó con tristeza que él no hubiera sido capaz de persuadir a Lessa y a F'lar de que aquello era lo que los Meridionales planeaban. Los Caudillos del Weyr habrían tenido la lógica reacción de burla ante una idea tan ridicula.

Pero ahora no había nadie que riera. Nadie en absoluto.

Era extraño que tanta gente hubiera supuesto que los Antiguos aceptarían su exilio con humildad, quedándose dócilmente en su continente. No habían sido objeto de violencia durante su acomodación, sólo en sus esperanzas de futuro. T'kul debió ser el desencadenante de todo aquello... T'ron había perdido todo su vigor e iniciativa después del duelo con F'lar.

Por otra parte Robinton tenía motivos para estar seguro de que las dos mujeres del Weyr, Merika y Mardra, no habían tenido nada que ver en el plan; no les hubiera gustado verse depuestas por una joven reina y su jinete. ¿Había sido una de ellas quien había devuelto el huevo?

No, pensaba Robinton. Había tenido que ser alguien que conociera a fondo el Weyr de Benden y su Sala de Eclosión... o alguien que tuviera la increíble buena suerte y la habilidad de entrar y salir de la caverna por el ínter. Y Robinton, pensando en esto, revivía por momentos el tremendo terror que había experimentado mientras el huevo permanecía perdido. Dio un respingo al recordar la furia que Lessa había demostrado. Y aún seguía dispuesta a sublevar a los dragoneros septentrionales.

Era totalmente capaz de seguir posesa de la increíble dosis de locura que había dominado los acontecimientos de la mañana. Y si ella seguía pidiendo venganza contra los culpables meridionales, podría desencadenarse un desastre tan tremendo para todo Pern como lo había sido la primera Caída de las Hebras.

El huevo había sido devuelto. Debía valorar este hecho, pues estaba claro que no todos los meridionales habían tenido parte en aquella odiosa acción. Algunos Antiguos seguían honrando el viejo código de conducta. No había duda de que al menos uno de ellos había sido lo suficientemente intuitivo como para adivinar la acción punitiva que se emprendería contra los criminales, y había deseado, tan fervientemente como Robinton, evitar una confrontación de tal alcance.

—Este es en verdad un momento bien negro —dijo alguien con voz profunda y triste.

El Arpista se volvió, agradecido del apoyo que le brindaba el Maestro Herrero. Los sólidos rasgos de Fandarel estaban marcados por la pena y, por primera vez, Robinton se dio cuenta de que la edad ablandaba los rasgos de aquel hombre, amarilleándole los ojos.

—Una perfidia así merece castigo. ¡Y sin embargo, no se puede aplicar!

La idea de dragones en lucha contra otros dragones hirió de nuevo la mente de Robinton con su huella de terror.

—Sería demasiado lo que se perdería —le dijo a Fandarel.

—Ellos ya habían perdido todo lo que tenían al ser enviados al exilio. A menudo me he preguntado cómo es que no se rebelaron contra eso en ocasiones anteriores.

—Lo han hecho ahora. Han tomado venganza.

—Una venganza que acarreará otras venganzas. Amigo mío, es preciso que nos mantengamos ahora más alerta que nunca. Temo que Lessa se muestre poco razonable y menos reflexiva. Ya le ha ocurrido otras veces; se ha dejado dominar por la emoción, perdiendo el sentido común. —El Herrero señaló el refuerzo de cuero en el hombro de Robinton donde solía posarse su lagarto de fuego, Zair—. ¿Dónde está tu amiguito ahora?

—En el Weyr de Brekka, con Grall y Berd. Necesitaba que volviera al Taller del Arpista con Menolly, pero se negó.

Y el Herrero sacudió nuevamente su cabeza gris, en movimientos tristes y lentos, mientras los dos hombres penetraban en la Cámara del Consejo.

—Yo no tengo un lagarto de fuego, pero todo lo que sé de estas criaturas es bueno. Nunca se me ocurrió que pudieran constituir una amenaza para alguien.

—¿Me apoyarás por lo tanto en este punto, Fandarel? —preguntó Brekke, que había entrado detrás de ellos, en compañía de F'nor—. Lessa está fuera de sí. Ciertamente puedo entender su nerviosismo, pero no se le puede permitir que perjudique a todos los lagartos de fuego a causa del desaguisado cometido por sólo unos pocos.

—¿Desaguisado? —preguntó F'nor, furioso—. Procura que Lessa no oiga que a aquello le llamas desaguisado. ¿Desaguisado? ¿Así llamas nada menos que al robo de un huevo-reina?

—Bien... la parte del lagarto de fuego sí lo fue... quiero decir, penetrar en la Cala de Ramoth como han hecho tantos otros desde que los huevos fueron puestos. —Brekke habló con mayor retintín de lo que solía, y la rigidez en los ojos y boca de F'nor hizo pensar a Robinton que aquella pareja no estaba de acuerdo—. Los lagartos de fuego no tienen el sentido de lo que está bien y de lo que no lo está.

—Pues tendrán que aprenderlo... —empezó a decir F'nor, poniendo más calor en sus palabras que discreción.

—Me temo que nosotros, que no tenemos dragones —Robinton intervino apresuradamente para evitar que aquel suceso agrietara el nexo entre los dos amantes—, hemos tenido en demasiada consideración a nuestros pequeños amigos, cargando con ellos adonde quiera que íbamos, dotándolos como padres a un hijo tardío y permitiéndoles demasiadas libertades de conducta. No obstante, una posible actitud más restringida hacia los lagartos de fuego en nuestro medio es un asunto de menor consideración en las órdenes del día.

F'nor había suavizado su irritación. Ahora inclinaba la cabeza en dirección al Arpista.

—Supongamos que el huevo no hubiera sido devuelto, Robinton...

Sus hombros se agitaron en un movimiento convulso mientras su entrecejo se fruncía, como tratando de eliminar todo recuerdo de aquella escena.

—Si el huevo no hubiera sido devuelto —respondió Robkiton implacablemente—, los dragones hubieran combatido unos contra otros.

Fue diciendo estas palabras espaciadamente, poniendo toda la intensidad y disgusto que podía en su tono de voz.

Pero F'nor sacudió la cabeza, negando aquella posibilidad:

—No, no hubiera pasado eso, Robinton. Fuiste prudente...

—¿Prudente? —La palabra, lanzada como un escupitajo por la furibunda Dama del Weyr, fue cortante como un cuchillo.

Lessa estaba en la entrada de la Sala del Consejo. Su cara, lívida de cólera reflejada aún las emociones de aquella mañana.

—¿Prudente? —insistió Lessa—. ¿Te parece prudente dejarlos escapar después de haber cometido un crimen semejante? ¿Dejarlos planear traiciones aún mayores que ésa? ¿Cómo pude llegar a pensar que era necesario ayudarles a mejorar? ¡Cuando recuerdo que apelé ante el excrecente de T'ron para que viniera a ayudarnos!... ¿Ayudarnos?... ¡El se ayuda a sí mismo! ¡Por mi huevo-reina! ¡Si pudiera ahora anular los efectos de mi estupidez...!

—Tu estupidez está en continuar con este malhumor —dijo el Arpista fríamente, sabedor de que lo que tenía que decir ante los Caudillos de los Weyrs y los Maestros Artesanos reunidos en la Sala del Consejo bien podría sacarles a todos de quicio—. El huevo ha sido devuelto...

—Sí, y cuando yo...

—Eso era lo que querías hace media hora o hace una hora, ¿verdad? —fue Robinton quien hizo la pregunta, elevando la voz con tono imperativo—. Querías que devolvieran el huevo. Para conseguir este fin estabas en tu derecho de enviar a unos dragones contra otros, y nadie podía oponérsete. Pero el huevo ha sido devuelto. ¿Acaso quieres enfrentar a los dragones como revancha? Ah, no, Lessa. No tienes ningún derecho a obrar así. No como revancha. Si crees que necesitas la revancha para satisfacer a tu reina y a tu furia, piensa esto: fueron ellos quienes fracasaron. No tienen ese hueco. Sus acciones han puesto a todos los Weyrs en guardia, y por tanto jamás podrán salirse con la suya por segunda vez. Han perdido su única oportunidad, Lessa. Su única esperanza de revivir a sus bronces moribundos ha fracasado. Han sido descubiertos, y sus planes desbaratados. Y ahora están enfrentados a nada. No tienen futuro, ni esperanza alguna. No puedes hacerles nada peor, Lessa. Así, al haber sido devuelto el huevo, ya no tienes derecho alguno a los ojos del resto de Pern para hacer nada más.

—Tengo el derecho de vengar esta afrenta que se me ha hecho, a mí y a mi reina. Y ¡a mi Weyr!

—¿Afrenta? —Robinton soltó una risa que sonó como un breve ladrido—. Mi querida Lessa: esto no ha sido ninguna afrenta. ¡Ha sido un homenaje de lo más elevado!

Su inesperada carcajada, así como su asombrosa interpretación sumergieron a Lessa en el silencio.

—¿Cuántos huevos-reina fueron puestos en la pasada Revolución? —preguntó Robinton a los otros Caudillos de Weyr—. Y en Weyrs que los Antiguos conocían mejor que el de Benden. No; ¡querían una reina de la nidada de Ramoth! Es decir, lo mejor que Pern puede producir. —Robinton, en aquel momento, prefirió no continuar con su argumentación—. Vamos, Lessa —dijo, con gran simpatía y compasión—. Todos estamos transtornados por este terrible acontecimiento. Ninguno de nosotros está en situación de pensar con claridad... —Se pasó la mano por la cara, sudoroso por el esfuerzo que había hecho para calmar los ánimos de la mayoría de los presentes—. Nos estamos dejando llevar por las emociones. Y tú has provocado este estallido, Lessa.

Y tomando del brazo a aquella mujer desconcertada que no ofrecía resistencia, la condujo hacia su silla, sentándola en ella con gran deferencia y cuidado.

—Imagino que la reacción de Ramoth te ha dejado algo trastornada. Pero ahora ella está más calmada, ¿no es verdad?

Lessa, desconcertada, seguía mirando fijamente a Robinton con los ojos y la boca abiertos de par en par. Finalmente, asintió con la cabeza, cerrando la boca y humedeciéndose los labios.

—Esto te ayudará a encontrarte mejor —dijo Robinton, sirviéndole una taza de vino.

Aún perpleja por la desconcertante actitud de él, Lessa apenas bebió algo de la taza.

—Además, te ayudará a darte cuenta de cuál es la peor catástrofe que puede asolar nuestro mundo: la lucha de los dragones entre sí.

Lessa dejó la taza, derramando el vino sobre la mesa de piedra.

—Tú... con tus inteligentes argumentos... —dijo señalando a Robinton y saltando de su asiento como accionada por un resorte—. Tú...

—Tiene razón, Lessa —dijo F’lar, desde la entrada, donde había estado siguiendo el desarrollo de la escena. Luego penetró en la habitación y se dirigió hacia la mesa junto a la cual Lessa estaba sentada—. La única causa que justificaba que invadiéramos el Meridional era la búsqueda del huevo, que era nuestro. Una vez devuelto, todo Pern se hubiera vuelto contra nosotros, de haber seguido buscando venganza. —Al decir esto se dirigió a ella, pero su mirada había pasado por todos y cada uno de los Caudillos de los Weyrs y Maestros Artesanos, observando sus reacciones-. Una vez los dragones se han lanzando unos contra otros, y sea cual sea el motivo que los haya impulsado —su gesto descartó cualquier objeción sobre el tema—, nosotros, los dragoneros de Pern, perdemos el resto de Pern.

Mientras hablaba, lanzó sobre Lessa una mirada larga y dura que ella le devolvió con una helada violencia. Entonces, él se dirigió directamente a los reunidos en la sala:

—Deseo de todo corazón que hubiera habido cualquier otra solución aquel día en Telgar, para T'ron y T'kul. La medida adecuada parecía ser enviarlos al Continente Meridional. Dejándolas allí se podía lograr que Pern superara los daños sufridos.

—No, sólo nosotros, sólo Benden. —Las palabras de Lessa estaban cargadas de amargura—. ¡Se trata de T'ron y Mardra que están intentando volver contigo y conmigo!

—Mardra no ayudará a que una reina la deponga —dijo Brekke, que no se apartó cuando Lessa giró sobre sus talones.

—Brekke tiene razón, Lessa —dijo F'lar, colocando la mano sobre el hombro de Lessa—. A Mardra no le gustaría la competencia.

Robinton podía ver cómo la presión de los dedos del Caudillo del Weyr blanqueaba sus nudillos, aunque Lessa parecía no darse cuenta.

—Tampoco a Merika, la Dama del Weyr de T'kul —dijo D'ram, el Caudillo del Weyr de Istan—, y la conozco lo suficiente como para estar seguro.

Robinton, más que cualquier otro de los presentes, creía que el Antiguo sentía más agudamente todos aquellos acontecimientos. D'ram era un hombre honesto, leal y franco. Se había visto obligado a apoyar a F’lar contra los de su propia Época. Con este apoyo había influido sobre R'mart y G'narish, también Caudillos de Weyrs Antiguos, para pactar con el Weyr de Benden en el Fuerte de Telgar.

Robinton pensaba, a la vista de todo aquello, que eran muchas las corrientes de fondo y las presiones sutiles que se daban en aquella Sala. Fuera quien fuera el que había concebido la idea de raptar el huevo-reina, probablemente no hubiera tenido éxito con su estratagema, pero sí había logrado minar la firme solidaridad de los dragoneros.

—No tengo palabras para expresar lo mal que me sienta todo esto, Lessa —continuó diciendo D'ram, moviendo la cabeza—. Cuando lo oí, no lo pude creer. Y sigo sin poder entender para qué diablos serviría una acción semejante. T'kul es más viejo que yo. Su Salth no podría cubrir a una reina de Benden. Por este motivo, ninguno de los dragones del Sur podría cubrir a una reina de Benden.

El confuso comentario de D'ram hizo tanto como las agudas observaciones de Robinton para aliviar las tensiones de la Sala del Consejo. Sin darse cuenta, D'ram había apoyado el argumento de Robinton de que, en realidad, se había hecho un cumplido al Weyr de Benden.

—Por tanto, para cuando la nueva reina estuviera ya en edad de hacer su vuelo de apareamiento —añadió D'ram, como si acabara de darse cuenta de ello—, sus bronces es probable que ya estuvieran muertos. Ocho dragones del Meridional han fallecido durante la pasada Revolución. Todos los sabemos. De modo que el intento de robar el huevo fue vano... —Y al decir esto, su rostro adquirió una trágica expresión de lástima.

—No ha sido en vano —dijo Fandarel, con voz grave por la tristeza de sus palabras—. Y si no, mira lo que ha ocurrido con nosotros, que hemos sido amigos y aliados durante... ¿cuántas Revoluciones han sido?... Vosotros, dragoneros —y su dedo índice les señaló—, estuvisteis a punto de lanzar a vuestros animales contra los viejos animales del Meridional. —Fandarel movió la cabeza lentamente de un lado a otro—. Esta ha sido una jornada terrible, terrible de veras. Y lo siento por todos vosotros.

Su mirada se detuvo por largo tiempo en Lessa. Y añadió:

—Pero creo que lo siento más por mí mismo y por Pern, si vuestra furia no se enfría y vuestro buen sentido no vuelve a aparecer, os dejaré ahora mismo.

Y con gran dignidad se inclinó ante cada uno de los Caudillos de los Weyrs y sus mujeres, ante Brekke, y por último ante Lessa, intentando retener su mirada. Al no conseguirlo, dio un breve suspiro y salió de la sala.

Fandarel había comprobado claramente lo que Robinton deseaba que Lessa oyera y entendiera: Que los dragoneros estaban en grave peligro de perder el control sobre el Fuerte y el Artesanado si dejaban que su agravio e indignación se apoderara de ellos.

La opinión general era que ya se había hablado demasiado, dentro de la vehemencia del momento, frente a aquellos señores reunidos en el Weyr durante la crisis. Si no se iba a tomar ninguna otra medida, ahora que el huevo había sido devuelto, ninguno de los Señores o Maestros Artesanos podria criticar a Benden.

Pero, ¿quién iba a convencer a aquella terca de Lessa, que seguía sentada allí bufando de furia y decidida a seguir en su catastrófico plan vengativo? Por primera vez en su larga Revolución de Maestro Arpista de Pern, Robinton sentía que le faltaban las palabras. ¡Ya era suficiente que hubiera perdido el favor de Lessa! ¿Cómo hacerla entrar en razón?

—Fandarel me ha recordado que los dragoneros no pueden permitirse las querellas privadas sin que por ello se produzcan repercusiones de largo alcance —dijo F'lar. Y añadió—: En una ocasión permití que la agresión se impusiera al sentido común. Y hoy hemos visto a qué tipo de fatales resultados ha conducido mi tolerancia.

D'ram levantó la vista y miró fijamente a F’lar, sacudiendo luego la cabeza con fuerza. Se produjeron murmullos de rechazo por parte de los otros dragoneros, para los cuales F’lar había actuado con toda honorabilidad durante el suceso de Telgar.

—Tonterías, F’lar —dijo Lessa, saliendo de su impasibilidad—. Aquello no fueron combates de tipo privado; aquel día tenías que luchar contra T'ron para mantener unido a Pern.

—¡Y hoy no puedo luchar contra él o contra los otros meridionales, porque si lo hiciera no mantendría unido a Pern!

Lessa se quedó mirando fijamente a F’lar durante un largo intervalo, y luego se encogió de hombros aceptando, no sin resistencia, aquella distinción.

—Pero... si el huevo no eclosiona, o si la pequeña reina recibe algún daño...

—Si tal cosa ocurre, está claro que revisaremos la situación —le prometió F’lar, alzando la mano derecha para hacer honor a lo dicho.

Robinton, por su parte, rogaba con todo fervor a los cielos para que la pequeña cría del huevo viniera al mundo sin dificultad, fuerte y vigorosa, aunque por otra parte temía que ocurriera lo peor. Durante la Eclosión, debería obtener alguna información que le permitiera aplacar la furia de Lessa y salvaguardar el comprometido honor de F’lar.

—Ahora debo volver con Ramoth —anunció Lessa—. Ella me necesita.

Y diciendo esto, salió rápidamente de la sala, pasando ante los dragoneros, que se apartaron respetuosamente cediéndole el paso.

Robinton miró la taza de vino que le había servido a Lessa, la tomó y vació su contenido de un solo trago. Le temblaba la mano y, mientras levantaba la taza, su mirada se encontró con la de F’lar.

—Todos nosotros podríamos tomar una taza —dijo F’lar, indicando a los demás que acudieran, mientras Brekke, acerándose a toda prisa, empezó a servir a los presentes—. Esperaremos hasta la Eclosión —siguió diciendo el Caudillo del Weyr de Benden—. No creo

que sea preciso advertiros de que todos vosotros toméis medidas para evitar sucesos de este tipo.

—Ninguno de nosotros tiene nidadas que estén consolidándose en estos momentos, F'lar —repuso R'mart, del Weyr de Telgar—, ¡y ninguno de nosotros tiene reinas de Benden!

Al decir esto miró al Arpista, y en sus ojos se percibió un ligero guiño.

—Y si ocho de sus animales murieron en la pasada Revolución, tengo por seguro que ahora hay doscientos cuarenta y ocho dragoneros de más y tan sólo cinco bronces. ¿Quién devolvió el huevo?

—El huevo ha sido devuelto. Eso es lo importante —dijo F'lar, dejando su taza medio vacía al primer trago—. Aunque le estoy profundamente agradecido a ese caballero.

—Podríamos averiguarlo —dijo N'ton tranquilamente.

F'lar sacudió la cabeza:

—No estoy seguro de querer saberlo. Ni creo que necesitemos saberlo... al menos hasta que ese huevo eclosione una reina viva.

—Fandarel tiene mano en el asunto —dijo Brekke, moviéndose con ligereza para volver a llenar las tazas—. Si no, mira lo que les ha ocurrido a aquellos de nosotros que han sido amigos y aliados durante muchas Revoluciones. Esto es lo que yo lamento más que ninguna otra cosa. —miró a todos los presentes uno por uno—. También lamento la actitud contra los lagartos de fuego sólo porque unos pocos, que no hicieron sino guardar lealtad a sus amigos, tuvieron parte en este engañoso asunto. Ya sé que tengo mis manías —añadió torvamente—, pero tengo muchos motivos para estar agradecida a nuestros pequeños amigos. Y me gustaría que, en lo que a ellos se refiere, también se impusiera el sentido común.

—Tendremos que actuar con mucho tacto en este asunto, Brekke —dijo F'lar—, pero estoy de acuerdo con tu punto de vista. Se han dicho muchas cosas esta mañana en el calor de la discusión, pero nada de eso ha de prevalecer.

—Así lo espero. De veras —dijo Brekke—. Berd sigue diciéndome que los dragones llamearon a los lagartos de fuego.

Robinton dejó escapar una exclamación de sorpresa:

—Zair me dio la misma noticia antes de que le enviara a vuestro Weyr. Pero aquí no hubo ningún dragón que echara fuego...

Y diciendo esto, miró a los otros Caudillos de los Weyrs, algunos de los cuales manifestaron su conformidad con la observación de Brekke, en tanto otros expresaban su preocupación por una ocurrencia tan poco probable.

—Todavía no —dijo Brekke, señalando significativamente hacia el weyr de Ramoth.

—Entonces debemos asegurarnos de que la reina ya no está preocupada por la presencia de lagartos de fuego —respondió F’lar, mientras su mirada recorría toda la sala, buscando el apoyo general—. De momento —añadió, alzando una mano para contener las protestas que estaban surgiendo—, lo mejor que pueden hacer si son listos es no dejarse ver u oír por ahora. Ya sé que han sido útiles, y algunos están demostrando ser muy dignos de confianza como

mensajeros. Y sé que muchos de vosotros los tenéis. Pero dirigidlos a Brekke si es absolutamente necesario enviarlos aquí.

Y miró directamente a Robinton.

—Los lagartos de fuego no van donde no son bien recibidos —dijo entonces Brekke. Y añadió con una sonrisa irónica, al objeto de sacarle la acritud a su comentario—: En todo caso, ellos están asustados ahora, en cualquier sitio.

—Así pues, ¿no debemos hacer nada hasta que el huevo haya eclosionado? —preguntó N'ton.

—Nada, excepto reunir a las muchachas halladas en la Búsqueda. Lessa las necesitará aquí lo más pronto posible, para que Ramoth se acostumbre a su presencia. Nos volveremos a reunir todos para la Eclosión, Caudillos de los Weyrs.

—¡Por una buena Eclosión! —brindó D'ram, con un entusiasmo que fue sinceramente secundado por todos los presentes.

Robinton había tenido la esperanza de que F'lar le retuviera mientras los demás se marchaban. Pero F'lar estaba hablando con D'ram y Robinton se dio cuenta con tristeza que le agradecerían que se fuera. Le reprimía estar a mal con los Caudillos del Weyr, y se sentía decepcionado mientras se dirigía a la entrada del Weyr. Claro que F'lar había apoyado su solicitud de que se deliberase. Cuando llegó a la última vuelta del corredor, vio la masa del bronce Mnenenth en la cornisa, y vaciló, resistiéndose de repente a acercarse al compañero de Ramoth.

—No te enojes así, Robinton —dijo N'ton, colocándose a du lado y tocándole el brazo—. Has sido muy clarividente y sabio al hablar como lo has hecho, y probablemente eres el único capaz de poner freno a la insensatez de Lessa. Y F'lar lo sabe muy bien. —N'ton sonreía burlonamente—. Pero todavía tiene que enfrentarse a Lessa.

—Maestro Robinton —la voz de F'nor era baja, como si no deseara ser oído—, por favor, reúnete conmigo y con Brekke en mi weyr. Y tú, N'ton, también, a menos que tengas prisa en volver al Weyr de Fort.

—Por supuesto; dispongo de todo el tiempo que necesites —replicó el joven caballero bronce con alegre compla-
:encia.
—Brekke estará satisfecha.

Entonces se dirigieron al segundo paso del camino que c:ruzaba el Cuenco, donde reinaba un silencio poco natural, a excepción del eco de los gruñidos y gemidos de Ramoth, en la Sala de Eclosión. Sobre su cornisa, Mnementh balanceaba constantemente su enorme cabeza, de modo que ninguna parte del saliente escapaba a su vigilancia.

Pero apenas aquellos hombres entraron en el weyr, fueron asaltados por cuatro lagartos de fuego histéricos, que hubieron de ser tranquilizados con caricias frente a su temor de que un dragón les echara sus llamas, temor que, al parecer, se había generalizado entre ellos.

—¿Qué es esta enorme oscuridad que me producen las imágenes de Zair? —preguntó Robinton mientras acariciaba a su pequeño bronce en un intento de apaciguarlo. Zair estaba temblando, y cada vez que los agradables golpecitos del Arpista se detenían, el bronce empujaba con vehemencia
la mano negligente.

Entre tanto, Berd y Grall se encaramaron a los hombros de F'nor, apretándose fuertemente contra su mejilla, con los ojos brillantes de ansiedad y temblando todavía frenéticamente.

—Cuando estén más tranquilos, Brekke y yo vamos a intentar aclarar todo este asunto. Tengo la impresión de que están recordando algo.

—¿No será algo así como la Estrella Roja? —preguntó N'ton. Y ante esta alusión tan poco afortunada, Tris, que hasta el momento había estado echado tranquilamente sobre su antebrazo, empezó a batir las alas y los otros se estremecieron de espanto.

—Lo siento. Cálmate, Tris.

—No, no es nada de eso —dijo F'nor—. Es sólo algo... algo que ellos recuerdan.

—Ciertamente sabemos que se comunican instantáneamente entre sí, y al parecer se transmiten cualquier cosa vista o sentida como experiencia fuerte —dijo Robinton, escogiendo las palabras a medida que expresaba sus pensamientos—. O sea, que esto podría ser la prueba de una reacción masiva. Pero, ¿qué lagarto o lagartos de fuego han captado eso? En todo caso, ni Berd, ni Grall, ni ninguna otra criatura de las de Meron podrían haber sabido por alguien de su propia especie que... bien, ya sabéis qué... era peligroso para ellos. Por tanto, la cuestión es: ¿cómo lo supieron hasta el punto de ponerse histéricos? ¿Cómo pudo ser algo que ellos recordaban?

—Los animales corredores parecen conocer la forma de evitar un terreno movedizo... —sugirió N'ton.

—Cosa de instinto —ponderó Robinton—. Podría serlo.

—Y luego movió la cabeza—. No, evitar un terreno movedizo no es lo mismo que un miedo instintivo: es algo general.

La E-S-T-R-E-L-L-A R-O-J-A —deletreó— es específica.

—Los lagartos de fuego tienen esencialmente las mismas facultades que los dragones. Pero los dragones, sin embargo, no tienen memoria.

—Lo que nos permite esperar fervientemente —dijo F'nor, alzando la vista hacia el techo— que puedan olvidar por completo lo que ha ocurrido hoy.

—Ah; Lessa no tiene esa carencia —dijo Robinton, con un profundo suspiro.

—Tampoco es una estúpida, Maestro Arpista —dijo N'ton, afirmando su respeto por el portador del título mencionido—. Tampoco F’lar lo es. Están preocupados. Ambos consideran y agradecen tu intervención de hoy.

Luego, N'ton se aclaró la garganta y miró al Maestro Arpista directamente a los ojos:

—¿Sabes quién se llevó el huevo?

—Yo había oído que se estaba tramando algo. Yo sabía algo que resulta obvio para cualquiera que cuente mis Revoluciones, y es que los Meridionales y sus dragones se hacen lentos con la edad y eso les desespera. Yo sólo he tenido la experiencia de Zair. —Robinton hizo una pausa, sintiendo el pasmoso revivir de unos deseos que él creía olvidados ya—. Se encogió de

hombros y encontró un guiño de comprensión en los ojos de N'ton. —Esto me permite valorar las presiones que los dragones pardos y bronces pueden ejercer sobre sus caballeros. Para esto serviría incluso un verde bien dispuesto, lo bastante joven para ser contado...

Y al decir esto, miró interrogativamente a los dos dragoneros.

—No podrán seguir ejerciendo tales presiones a partir de hoy —dijo F'nor con énfasis—. Si se hubieran dirigido a uno de los Weyrs... a D'ram, por ejemplo —dirigió una mirada a N'ton en busca de apoyo—, quizás un verde hubiera ido, aunque sólo fuera para evitar un desastre. Pero me pregunto: ¿qué sacaban con intentar solventar sus problemas raptando un huevo? —dijo, frunciendo el ceño.

—¿Qué sabes, Robinton, de lo que está ocurriendo en el Weyr Meridional? Yo te di todos los mapas que había hecho cuando estuve calculando tiempos en el Sur.

—Francamente, sé algo más sobre los acontecimietos en el Fuerte. Hace poco me llegó un mensaje del Piemur, según el cual los dragoneros habían sido últimamente más discretos de lo que es habitual en ellos. Normalmente, no se mezclaban mucho con los colonos, siguiendo en eso el patrón de su propia Época, pero se permitían algunas idas y venidas en el Weyr. Pero esto cesó de repente; ya no se permitió a los colonos que permanecieran cerca del Weyr, por ningún motivo. Tampoco se volaba mucho. Piemur me dijo que los dragones fueron vistos a una altura media y que, entonces pasaron al ínter. No hubo círculos, ni travesías; fueron directamente al ínter.

—Calculando el tiempo... —dijo F'nor pensativamente.

Zair daba suspiros lastimosos, y Robinton lo consolaba. El animal volvía a introducir en su imaginación la escena de los dragones incendiando a los lagartos de fuego, la nada negra y la visión repentina de un huevo.

—¿Conseguísteis esa imagen de vuestros amigos? —preguntó Robinton, aunque su expresión perpleja hacía la pregunta innecesaria. Le insistió a Zair para que aclarara más la imagen y le diera una idea de dónde estaba el huevo, pero no logró sacarle nada que no fuera la impresión de llamas y terror.

—Me gustaría que tuviera algo más de sentido común —dijo Robinton, conteniendo su irritación. Era torturante no poder averiguar nada más por lo limitado de la percepción del lagarto de fuego.

—Es que siguen desmoralizados —dijo F'nor—. Probaré con Grall y Berd más tarde. Me pregunto si Menolly está consiguiendo los mismos resultados. Sería bueno que se lo preguntaras cuando vuelvas al Taller del Arpista, Maestro Robinton. Con diez lagartos de fuego, es posible que ella obtenga mucha más información.

Robinton asintió mientras se levantaba, pero tenía una última pregunta en la cabeza:

—N'ton, ¿no estabas entre los bronces que fueron al Weyr Meridional a ver si el huevo había sido llevado allí?

—Sí, estuve. Pero el Weyr estaba desierto. No había ni siquiera un dragón viejo. Estaba totalmente desierto.

—Sí, eso es lo que después debió ocurrir, ¿verdad?

Cuando Jaxom y Menolly, montados sobre Ruth, ascendieron en el aire por encima del Fuerte de Fort, Ruth llamó por su nombre al dragón vigilante e inmediatamente se vieron rodeados por un enjambre de lagartos de fuego. Aquella invasión casi impedía avanzar a Ruth, de modo que tuvo que descender unas cuantas longitudes para dar espacio a sus alas. Cuando tomó tierra, los lagartos de fuego aletearon su alrededor y alrededor de sus caballeros acosándolos con ansiedad.

Menolly trató de tranquilizarlos, cuando los lagartos de fuego se colgaron de su vestimenta y se le enredaron en su cabello. Dos de ellos estaban intentando sentarse en la cabeza de Jaxom, algunos habían enrollado sus colas en torno a su cuello, mientras otros daban frenéticos aletazos en un esfuerzo por mantenerse a la altura de sus ojos.

—¿Qué diablos les pasa?

—Están aterrorizados. Hay dragones que respiran fuego y se lo echan encima —le gritó Menolly—. Pero ninguno de nosotros os hace eso, bobos. Lo único que tenéis que hacer es manteneros alejados de los Weyrs durante algún tiempo.

Algunos arpistas, atraídos por el jaleo, se acercaron a rescatarlos, bien alejando físicamente a los lagartos de fuego de Jaxom y de Menolly, o bien regañando severamente, de uno en uno, a los que les miraban.

Cuando Jaxom quiso alejar a los que molestaban a Ruth, el dragón le dijo que no se preocupara, que él mismo se ocuparía de calmar su agitación. Estaban asustados simplemente porque recordaban haber sido alcanzados por el fuego de los dragones, y, dado que los arpistas estaban pidiendo a gritos noticias de Benden, Jaxom decidió dejar que Ruth se ocupara de los lagartos de fuego.

Los arpistas habían recibido algunas imágenes muy distorsionadas de los lagartos de fuego que habían vuelto, aterrorizados, al Taller del Arpista: Benden estaba lleno de inmensos dragones, que despedían fuego con su aliento, listos para el combate y Ramoth actuaba como un vigilante enloquecido por la sangre. Además, de las curiosas imágenes del huevo-reina solitario en la arena. Pero lo que más había atemorizado a los arpistas había sido la visión de los dragones llameando sobre los lagartos de fuego.

—Los dragones de Benden no llamearon, a ningún lagarto de fuego —dijeron a la vez Jaxom y Menolly.

—Pero los lagartos de fuego deben mantenerse lejos de Benden, a menos que se les envíe, ya sea a Brekke o a Mirrim —añadió Menolly con seguridad—, y tenemos que marcar a todos los que parezcan arpistas con colores de arpista.

Jaxom y Menolly fueron anunciados en el interior del Taller del Arpista, y se les sirvió vino y sopa caliente. Aunque ninguno de los dos se la pudo tomar caliente, pues apenas les hubieron servido llegaron algunos hombres del Fuerte pidiendo noticias.

Menolly volvió a contar casi todo lo sucedido, pues ella era la arpista más capacitada. El respeto de Jaxom por la muchacha iba en aumento al escucharla, evocando las emociones del día con voz fluctuante, apropiada a cada una de las partes de su relato, sin desorbitar nada de lo que él sabía que había pasado. Uno de los arpistas mayores, mientras consolaba al lagarto de fuego azul que llevaba en su brazo, iba asintiendo con la cabeza, como si encontrara bien el uso que ella había hecho de los trucos de los arpistas.

Cuando Menolly cesó de hablar, un respetuoso murmullo de agradecimiento se extendió por toda la sala. Luego, los que habían escuchado empezaron a hablar comentando las noticias, preguntándose quién habría devuelto el huevo cómo y por qué. Cuestiones que seguían siendo el tema principal que preocupaba a los reunidos. ¿Cómo iban a protegerse los Weyrs? ¿Los Fuertes principales estaban en peligro? ¿Hasta dónde podían llegar los Antiguos, si habían robado un huevo de Benden? Se había recibido información reciente sobre ciertos hechos, insignificantes en sí mismos,
pero altamente sospechosos en su conjunto.

Los arpistas opinaban que todo aquello debía ser comunicado al Weyr de Benden. Aquella misteriosa escasez de las minas de hierro, por ejemplo. ¿Y qué ocurría con las muchachas que eran evacuadas sin que se supiera adonde? ¿No sería que los Antiguos buscaban algo más que huevos de dragón?

Menolly se abrió paso, separándose de los reunidos, y le hizo una seña a Jaxom para que la siguiera.

—He hablado hasta quedarme seca —le dijo con un profundo suspiro, conduciéndole corredor abajo hacia el inmenso departamento de copias en el que montones de registros eran transcritos antes de que su contenido se perdiera para siempre. De repente aparecieron los lagartos de Menolly y ella les indicó que aterrizaran sobre una de las mesas.

—Todos vosotros estáis a punto de llevar el último modelo de lagartos de fuego.

Ella se puso a revolver en el cajón de la mesa.

—Ayúdame a encontrar el blanco y el amarillo, Jaxom. Esta lata está seca.

Y diciendo esto, tiró la lata con fuerza a una papelera del rincón.

—¿Y cuál es tu diseño para los lagartos de fuego?

—Veamos... este de aquí es blanco. Azul de arpista con azul brillante de oficial, separados por blanco y enmarcados con el amarillo del Fuerte de Fort. Esta debería ser la coloración adecuada para marcarlos, ¿no te parece?

Jaxom estuvo de acuerdo, y ella le pidió ayuda para sujetar a los lagartos de fuego por el cuello de modo que se mantuvieran quietos. Pero esta misión se veía dificultada porque los animales parecían desear mirarle a él directamente a los ojos.

—Si tratan de decirme algo, no logro captar el mensaje —le dijo Jaxom a Menolly, mientras soportaba pacientemente por quinta vez la mirada expresiva de los animales.

—Sospecho —dijo Menolly, hablando de modo inconexo mientras aplicaba cuidadosamente los colores— que tienes... sujétalo aún, Jaxom... el único... dragón en Pern... que... no está... sujétalo... tontamente asustado. Ruth... después de todo... no mastica pedernal...

Jaxom suspiró al ver que la súbita popularidad de Ruth iba a echar por tierra sus planes privados. Además de lo poco que le gustaba hacer aquello, iba a tener que calcular el tiempo, porque si los lagartos de fuego no sabían a qué cuándo iban, no le podrían seguir. Aquello le recordó su antiguo errar por el Taller del Arpista.

—Esta mañana he empezado la tarea de comprender las ecuaciones de Wansor...

—Hummmm, sí —dijo Menolly, haciéndole una mueca por encima de un lagarto de fuego azul que se revolvía—. Esto parece cosa de Revoluciones atrás. Bueno, sólo vamos a parchear de blanco a Únele y te lo pasaré. También he conseguido algunos mapas de la temporada de invierno-verano, que probablemente habrás visto ya que has estado ayudando en ello. Piemur todavía no ha trazado muchos.

Un lagarto de fuego azul entró, dando zumbidos, en la sala de pintura, y gorjeó con alegría cuando vio a Jaxom.Es el azul del hombre grueso, dijo Ruth desde fuera.

—Sólo tengo un lagarto azul y ya lo hemos pintado. ¿No es así? —preguntó Menolly sorprendida, mirando a los otros.

—Es de Brand. Es mejor que yo vuelva al Fuerte de Ruatha. Debería haber regresado hace horas.

—Bueno, no seas loco y encuéntrate a ti mismo cuando vuelvas —dijo ella riendo—. Esta vez has estado ocupado por motivos legítimos.

Dominando una risita, Jaxom atrapó el rollo de mapas que ella le lanzó. Ella no podía saber cuáles eran sus intenciones. Y él era demasiado sensible a las observaciones casuales de ella. Señal de conciencia culpable.

—¿O sea, que serás mi coartada ante Lytol?

—¡Siempre, Jaxom!

Al volver al Fuerte de Ruatha, Jaxom tuvo que repetir toda la historia ante un auditorio tan atónito, ansioso y aliviado como los arpistas y los Señores del Fort. Sin darse cuenta se encontró usando los mismos giros que Menolly cuanto tiempo tardaría ella en hacer una balada de aquel suceso.

Al acabar, ordenó que todo el que tuviera un lagarto de fuego lo marcara con los colores de Ruatha: marrón con cuadros rojos, y con bandas en negro y blanco.

Cuando acabó de organizar esta tarea se dio cuenta de que Lytol seguía sentado en su pesada silla, acariciándose el labio superior con una mano, y con los ojos fijos en algún punto indefinido del suelo.

—¿Lytol?

El Señor Tutor volvió al presente con un esfuerzo, y frunció el entrecejo mirando a Jaxom. Luego, suspiró.

—Siempre tuve el temor de que este conflicto derivara en una lucha de dragones contra dragones.

FUERTE DE RUATHA Y FUERTE MERIDIONAL, 15.5.27 — 15.6.2

El día empezó en el Fuerte con el envío de lagartos de fuego con mensajes para todos los Fuertes más pequeños y para los grupos de trabajo, ordenando que todo lagarto de fuego fuera

adecuadamente marcado y advertido individualmente sobre los riesgos de acercarce a cualquier Weyr.

Algunos de los colonos granjeros más próximos habían ido llegando durante la mañana para confirmar las irregulares noticias que los lagartos de fuego habían dado. Esto tuvo ocupados durante toda la jornada a Lytol, Jaxom y Brand.

Al día siguiente se esperaba una Caída de Hebras. Así ocurrió, precisamente en el momento en que Lytol había predicho que ocurriría. Ello causó a éste gran placer y a los colonos una fuerte sensación de seguridad.

Jaxom, con la mejor voluntad, se colocó en su puesto, con la gente que utilizaba el lanzallamas, para evitar que alguna Hebra escapara de los dragones del Weyr de Fort. Jaxom pensó, divertido que probablemente en la próxima Caída de Hebras él estaría en el aire, cabalgando a un Ruth que exhalara fuego.

Al tercer día de ocurrido el robo del huevo, Ruth se sintió hambriento y quiso ir de caza. Pero los lagartos de fuego llegaron con tales ganas de acompañarle, que sólo mató una vez y se comió todo el animal, incluidos los huesos y la piel.

No voy a matar para ellos le dijo Ruth a Jaxom, con tal fiereza, que éste se preguntó si Ruth sería capaz de llamear a los lagartos de fuego.

—¿Qué ocurre? Creí que te gustaban. —Jaxom salió al sncuentro de su dragón, sobre la pendiente de hierbas, y empezó a acariciarlo con suavidad.

Me recuerdan haciendo algo que no recuerdo haber hecho. Que no hice. Los ojos de Ruth resplandecían con chispas rojas.

—¿Qué recuerdan que hiciste?

No lo he hecho. Había una cierta inseguridad temerosa en el tono de Ruth. Sé que no lo he hecho. Insistió una vez más: No podría hacer una cosa así... Soy un dragón. Soy Ruth. ¡Soy de Benden! Sus últimas palabras expresaban angustia.

—¿Qué recuerdan, Ruth? Tienes que contármelo.

Ruth inclinó la cabeza, como si quisiera ocultar aquello, pero volvió la mirada a Jaxom, gimiendo lastimeramente:

No me llevé el huevo de Ramoth. Sé -que no lo hice. Estuve allí, junto al lago, todo el tiempo, contigo. Yo lo recuerdo. Tú lo recuerdas. Ellos saben dónde estuve. Pero, de algún modo, también recuerdan que yo me llevé el huevo de Ramoth.

Para evitar caerse, Jaxom tuvo que agarrarse al cuello de Ruth. Luego hizo varias inspiraciones muy profundas.

—Muéstrame las imágenes que ellos te han dado, Ruth.

Y Ruth lo hizo. Las proyecciones se hacían cada vez más claras y vividas, a medida que Ruth se calmaba en respuesta a los ánimos que le daba su caballero.

Esto es lo que recuerdan, dijo finalmente, dando un profundo suspiro de alivio.

Jaxom se propuso a sí mismo pensar con lógica, y dijo en voz alta:

—Los lagartos de fuego sólo pueden decir lo que han visto. Y tú dijiste que ellos se acuerdan. ¿Sabes cuándo recuerdan haberte visto llevándote el huevo de Ramoth?

Podría llevarte a ese cuándo.

—¿Estás seguro?

Hay dos reinas... me han molestado más que las otras porque recuerdan mejor.

—Pero no recordarían por la noche, cuando las estrellas ya se han apagado, ¿verdad?

Ruth, oyéndole, sacudió la cabeza:

No. Los lagartos de fuego no son lo bastante grandes para ver las suficientes estrellas.... Entonces fue cuando recibieron las llamas. Los bronces que guardan el huevo masticaban pedernal. No quieren que ningún lagarto de fuego esté cerca de ellos.

—Eso es inteligente por su parte.

A ningún dragón le gustan ya los lagartos de fuego. Y si supieran lo que los lagartos de fuego recuerdan de mí, tampoco yo les gustaría..

—Entonces también será verdad que tú eres el único dragón que escuchará a los lagartos de fuego, ¿no es cierto?

Aquella deducción no fue muy del agrado, ni de Ruth, ni de Jaxom.

—Pero ¿por qué, si el huevo ya ha vuelto al Weyr de Benden, los lagartos de fuego siguen molestándote con ese tema?

Porque siguen sin recordar que yo haya ido.

Jaxom pensó que era mejor sentarse. Esta última declaración le provocaba una gran cantidad de reflexiones. No, se contradijo. F'lessan tenía razón: Pensamos y hablamos de cosas hasta la saciedad. Se preguntó si también Lessa y F'nor se habían visto poseídos por aquella irracional compulsión en el momento de tomar sus decisiones. Pero Jaxom, finalmente, decidió que era mejor no pensar tampoco en aquel asunto.

—Estás seguro de saber al cuándo que tenemos que ir? —volvió a preguntarle a Ruth.

Dos reinas se elevaron, aleteando y zumbando alegremente; una de ellas fue lo bastante atrevida para posarse sobre el brazo de Jaxom, mientras sus ojos resplandecían de alegría.

Ellos lo saben. Yo lo sé.

—Bien; me alegro de verlos dispuestos a llevarnos. Deseo fervientemente que hayan visto las estrellas.

Jaxom hizo otra inspiración profunda, y luego saltó sobre el cuello de Ruth y le ordenó que lo llevara a casa.

Una vez tomada la decisión de actuar, era asombroso lo fácil que le resultaba ponerse en marcha, sobre todo si no pensaba más en ello. Dispuso sus arreos de montura árabe, la cuerda, y un atavío de pieles para cubrir el huevo. Cortó algunos rollos de carne, se despidió de Brand y se precipitó fuera del Taller, contento de tener a mano la excusa de su supuesto idilio con Corana.

Más tiempo le costó lograr que Ruth se revolcara en el negro cieno de fondo del delta del río Telgar, pero Jaxom se las arregló para convencer a su compañero de Weyr de que un blanco era demasiado visible en la negra noche tropical, y a plena luz del día dentro de la Sala de Eclosión, donde habían pensado mantenerse en la negrura de la sombra.

A juzgar por las imágenes que Ruth había recibido de las dos reinas, Jaxom supuso que los Antiguos habían llevado el huevo hacia atrás en el tiempo, pero que lo habían alojado en el sitio más lógico y adecuado para esconder un huevo, es decir, en las arenas calientes de un viejo volcán que eventualmente se convertiría en un Weyr Meridional, en el momento adecuado.

El ya había memorizado las posiciones de las estrellas de la noche meridional, de modo que probablemente podría decir en qué cuándo estaba, con el error de una o dos Revoluciones. Debería tener muy en cuenta la bravata de Ruth en cuanto a saber siempre en que cuándo estaba.

Los lagartos de fuego llegaron en enjambre al delta, y ayudaron entusiasmados a embadurnar la blanca piel de Ruth con el pegajoso limo negro. Jaxom también se puso en las manos y la cara, y en las partes brillantes de su vestido. Las pieles ya eran lo bastante negras.

En cierto modo, Jaxom no estaba del todo seguro de que aquello le estuviera ocurriendo a él, de que él pudiera verse involucrado en semejante aventura. Pero no le quedaba otro remedio. Se veía avanzando, predestinado, hacia un acontecimiento inevitable, y nada le podía detener ya. Por tanto,
montó a Ruth tranquilamente, confiando como no lo había hecho antes en las habilidades de su dragón. Luego, hizo dos profundas inspiraciones.

—¡Tú sabes en que cuándo, Ruth. Es mejor que vayamos allá!

Fue sin duda el salto más largo y frío que había dado en su vida. Tenía una ventaja sobre Lessa, o al menos así lo esperaba. Pero eso no evitaba que el salto fuera espantosamente oscuro, ni aliviaba aquel silencio que era una ruidosa presión en sus oídos, ni podía alejar el frío, evitando que le golpeara los huesos. No podía volver ya con el huevo, así que tendría que tomar algunas medidas para calentarlo.

Ahora estaban sobre un mundo oscuro, húmedo y cálido, que olía a vegetación lujuriante y a frutos ligeramente marchitos. Por un momento, Jaxom tuvo la confusa sensación de que aquello era un sueño solar de los lagartos de fuego. Pero había algo en la misteriosa ruta que Ruth, recorría tan silenciosamente como le era posible, una parte del céfiro nocturno, que la hacía real e inmediata. Entonces vio el huevo, una mancha luminosa allí abajo, ligeramente a la derecha de la cabeza de Ruth, que oteaba el panorama.

Jaxom le hizo volar un poco más lejos para poder ver el extremo este del Weyr, el punto por el que quería entrar a la mayor velocidad posible, a primera hora del amanecer. Entonces le dijo a Ruth que cambiara y pareció que no hubiera existido el tiempo pasado en el ínter.

Una vez que el sol naciente empezó a calentarles las espaldas. Ruth inició repentinamente un vuelo bajo y rápido por encima de los bronces y de sus adormecidos caballeros. Un rápido

vuelo en picado; Ruth agarró el huevo con sus firmes patas delanteras, aspiró al máximo y, antes de que los atónitos bronces pudieran ponerse en pie, el pequeño dragón blanco ya tenía el suficiente aire para volver a ir por el ínter. Ruth estaba aún a la longitud de un ala por encima del Weyr cuando salieron del ínter, una Revolución después de la zambullida de Ruth a la salida del sol.

Apenas le quedaban fuerzas en las patas delanteras y en las alas para dejar caer el huevo cuidadosamente sobre las cálidas arenas.

Jaxom se apresuró a descender del cuello de su dragón para comprobar el huevo, por si tenía alguna rajadura. Pero le pareció que estaba en perfecto estado. De hecho, seguía siendo lo suficientemente duro y aún estaba caliente. Cogió arena con sus manos enguantadas y la fue echando sobre el huevo. Era arena aún caliente por el sol. Hecho esto, se detuvo, al igual que Ruth, para tomar aliento.

—No debemos detenernos mucho tiempo. Es posible que ellos lo intenten día tras día. Deben saber que no podemos llevarnos el huevo lejos de una vez.

Ruth asintió con la cabeza. Su respiración aún no se había regularizado. De pronto se quedó escuchando tenso, hasta que Jaxom inició la alarma.

Dos lagartos de fuego, un dorado y un bronce, los estaban vigilando desde el borde del Weyr. Durante la breve visión que Jaxom tuvo de ellos, antes de que huyeran, no vio cintas de colores en torno a sus cuellos.

—¿Los conocemos?

No.

—¿De dónde son esas dos reinas?

Me mostraron el cuándo. Eso es todo lo que necesitabas.

Jaxom se sintió despojado de su frágil orientación, y pensó que había sido un estúpido al no pedirles que se quedaran.

Hay pedernal, dijo Ruth, y señales de llama. Los bronces echaron llamas a los lagartos de fuego, aquí. Hace ya tiempo. La señal se está cubriendo de yerbajos.

«Dragones contra dragones»; la aprensión roía la conciencia de Jaxom. No se sentía seguro allí. Sólo se sentiría seguro en el momento en que depositaran el huevo en Benden, cuando finalmente lo tuvieran allí, en su lugar adecuado.

—Vamos, Ruth, hemos de dar otro salto... No nos conviene quedarnos aquí.

Con decisión, soltó el lazo de la cuerda que rodeaba su cintura y empezó a hacer una burda bolsa con su manta de piel. Ruth se hubiera cansado menos si hubiera sujetado el huevo entre sus patas traseras. Acababa de terminar la bolsa cuando oyó un fuerte crujido.

—¡Ruth! ¿No irás a echar llamas sobre los dragones?

—No, claro que no. Pero, ¿se me acercarán si me ven echando llamas?

Jaxom estaba lo bastante intranquilo para no protestar. Cuando Ruth tuvo el buche lleno, lo llamó y, poniendo el huevo en la bolsa, ató la cuerda sobre los hombros de Ruth, equilibrando el peso y procurando que no le molestara. Empezó a comprobar los nudos otra vez y, entonces, sintió una fuerte sensación de peligro y montó inmediatamente.

—Volveremos cinco Revoluciones más tarde a Keroon, a nuestro sitio allí. ¿Conoces el cuándo?

Ruth pensó un momento y luego dijo que sabía cuándo.

En el ínter, Jaxom se preguntó si estaba dando los saltos de tiempo demasiado largos para mantener el huevo caliente. En la actualidad, no había eclosionado antes de que él se fuera. Quizás hubiera debido esperar para saber si el huevo había eclosionado debidamente: eso les hubiera dado la pauta para calcular los saltos adelante. Incluso era posible que hubiera matado a la pequeña reina en su intento por salvarla. Su mente vacilaba al compás del ínter y de las paradojas. La acción más importante, devolver el huevo-reina, estaba ya en marcha. Y los dragones no habían luchado contra los dragones.

Al menos, todavía no.

El calor febril del desierto de Keroon caldeó su vacilante espíritu tanto como su cuerpo. Bajo el barro negro, Ruth tenía el aspecto de una sombra fantasmal.

Jaxom soltó la cuerda y dejó bajar el huevo hasta la arena. Ruth le ayudó a taparlo. Era ya media mañana, y no faltaba mucho tiempo para la hora en que el huevo debía estar de vuelta, pero había al menos seis Revoluciones de diferencia.

Ruth preguntó si se podía lavar el lodo en el mar, pero Jaxom le dijo que tendría que esperar hasta que hubieran devuelto el huevo sano y salvo. Entonces, nadie sabría quién lo había hecho, nadie debía conocer nada de la empresa, y la manera más segura de que así fuera era evitar se viera su blanca piel.

¿Por los lagartos de fuego?

Sí, el tema había preocupado a Jaxom, pero creía haber encontrado la solución:

—No sabían quién había devuelto el huevo aquel día. No había ninguno de ellos en la Sala de Eclosión, así que no sabrán de algo que no han visto.

Y Jaxom decidió no seguir preocupándose del asunto. Se sentía muy cansado y se apoyó en el tibio costado de Ruth. Iban a descansar un momento y dejar que el huevo se calentara al sol de media mañana, antes de emprender aquel último y difícil salto.

La cuestión era que debían colocarse de modo que pudieran aterrizar justamente dentro de la Sala de Eclosión, donde el arco de la entrada descendía bruscamente, tapando la vista de cualquiera que mirara desde el Cuenco al interior de la Sala. De hecho, en el lugar opuesto al que había ocupado la mirilla y la rendija que F'lessan y él habían usado muchas Revoluciones antes.

Era una suerte que Ruth fuera lo suficientemente pequeño para arriesgarse a pasar por el ínter dentro de la Sala, pero además aquella había sido su propia Sala de Eclosión, de manera que su instinto al respecto era en él innato. Por otra parte, había vivido lo suficiente para poder fanfarronear con buena razón de que siempre sabía cuándo estaba yendo.

Incluso en las ardientes llanuras desiertas de Kerson había algunos ruidos. Eran producidos por el arrastrarse de infinidad de insectos, las ardientes brisas que movían las hierbas ya muertas, serpientes que escarbaban en la arena, el rumor distante del agua de la playa...

El cese súbito de estos ruidos podía convertirse en algo tan notable como el estampido de un trueno, y así fue que la extrema paz y un cambio de presión de aire durante un minuto sacaron a Jaxom y a Ruth de su soñolencia, alarmándolos.

Jaxom miró a lo alto, esperando que los dragones de bronce aparecieran y reclamaran su premio. El cielo, por encima de ellos, estaba claro y ardiente. Miró a su alrededor, y entonces vio el peligro: la neblina plateada de las Hebras que descendían a lo largo del desierto. Se dirigió a toda prisa hacia el huevo. Ruth estaba a su lado, y ambos lo sacaron de la arena, empujándolo dentro de la bolsa, intentando desesperadamente apreciar el borde conductor de la Caída, con el temor de que los cielos estuvieran llenos de dragones en lucha.

Por más prisa que se dieron en asegurar la preciosa carga para que Ruth la pudiera tomar en vuelo, no tuvieron la suficiente rapidez y el borde conductor de la Caída de las Hebras cayó siseando sobre la arena, a su alrededor, en el momento en que Jaxom alcanzaba el cuello de Ruth y le dirigía hacia lo alto.

Ruth, soltando su aliento de llamas, enfiló las alturas intentando abrirse un camino lo bastante lejos del suelo para ir por el ínter.

Una cinta de fuego cortó la mejilla de Jaxom, alcanzando su hombro derecho a través de la túnica, su antebrazo y su muslo. Sintió más que oyó el rugido de dolor de Ruth, que se perdió en la oscuridad del ínter.

De algún modo, Jaxom pudo mantener la atención fija en dónde y cuándo debían estar. Finalmente, estaban en la Sala de Eclosión. Ramoth rugía fuera. Ruth no pudo reprimir totalmente un grito de dolor, cuando la arena ardiente rozó la parte herida de su pata trasera. Y Jaxom se mordió los labios para contener el dolor, mientras luchaba con la cuerda.

Había tan poco tiempo, y la tarea de aflojar la bolsa llevaba siglos... Ruth bajó el huevo a la arena, pero rodó por la leve pendiente desde el rincón de sombra donde se hallaban. No pudieron esperar. Ruth saltó hacia el alto techo y pasó al ínter.

¡Los dragones no lucharían contra los dragones!

Para Jaxom no fue ninguna sorpresa ver que Ruth salía del ínter por encima del lago junto a la montaña. Estaba demasiado preocupado por su dragón para tener en cuenta el cuándo relativo en aquel momento. Ruth se quejaba del dolor de su pata y pie, y todo lo que deseaba era calmar los efectos del fuego de las Hebras. Jaxom bajó de su cuello, y empezó a echar agua sobre la sudorosa piel gris, dándose a todos los demonios al recordar que el yerbal más próximo estaba en el Fuerte de Ruatha. Ah, era tan listo, tan inteligente, que nunca se le había ocurrido que uno de ellos dos pudiera resultar herido y necesitar aquellas hierbas.

El agua fría del lago sirvió para mitigar la picazón de las quemaduras de las Hebras, pero a Jaxom le preocupaba la posibilidad de que el barro le produjera una infección a su amigo. A buen seguro que hubiera podido usar algo menos peligroso que limo del río. No se atrevió a restañar las heridas con arena: hubiera sido demasiado doloroso para Ruth, y además era posible que frotando metiera aún más el maldito lodo dentro de las heridas.

Por primera vez en muchos días, Jaxom lamentó la total ausencia de los lagartos de fuego, que le hubieran podido ayudar a limpiar a su dragón. Una vez más, tuvo ocasión de preguntarse cuándo, ya pasado el mediodía, estaban ellos.

Es el día después de la tarde en que nos -fuimos, le anunció Ruth, y añadió: Yo siempre sé cuándo estoy. —Lo dijo con un orgullo plenamente justificado—. Tengo una terrible picazón a lo largo del costado izquierdo. Has dejado algo de lodo ahí.

Jaxom usó arena para limpiar el resto de la piel de Ruth, logrando ignorar cómo aquello le escocía en sus heridas. Se sentía terriblemente fatigado y dolorido cuando Ruth se decidió a admitir que ya estaba lo suficientemente limpio para darse un chapuzón en la parte honda del lago. Los borbotones de agua que envolvían sus empapados tobillos recordaron a Jaxom el día, aún cercano, de su rebelión.

—Bien —dijo con una autocompasiva sonrisa—. Entre otras cosas, hemos tenido que combatir en vuelo.

Y una funesta muestra había quedado como evidencia patente sobre sus pieles.

No estábamos prestando, que digamos, la debida atención al peligro de 'las Hebras, recordó Ruth, con un dejo de reproche en la voz. Ahora ya sé cómo es. Y en la próxima ocasión, lo haremos mucho mejor. Soy más rápido que cualquiera de los otros dragones mayores. Puedo girar sobre mi cola y puedo ir al Ínter a una sola longitud del suelo.

Jaxom le dijo a Ruth, con entusiasmo y gratitud, que era sin duda el animal mejor dotado, más rápido y más inteligente de todo Pern, al norte y al sur. Los ojos de Ruth centellearon de placer y empezó a nadar hacia la playa, con las alas extendidas para que se le secaran.

Estás cogiendo frío y tienes hambre, sufres una herida y yo tengo daño en una pata. Vamonos a casa.

Jaxom sabía que aquéllo era lo más prudente; tenía que buscar hierbas silvestres para ponerlas sobre la pata de Ruth y sobre sus propias heridas. Pero las incisiones habían sido innegablemente causadas por las Hebras. ¿Cómo, en nombre del Primer Huevo, iba a explicar todo aquello a Lytol?
¿Por qué explicar nada?, preguntó Ruth. Lo único que hicimos fue lo que teníamos que hacer.

—Vaya, piensas con lógica, ¿eh? —replicó Jaxom con una carcajada, y le dio una palmada a Ruth en el cuello antes de que éste lo alzara. Y, no sin cierta vacilación y aprensión, le pidió a Ruth que lo llevara a casa.

El dragón-vigilante canturreó un saludo, y sólo media docena de lagartos de fuego, todos ellos con los colores del Fuerte, se alzó en vuelo para escoltar a Ruth hasta el patio del weyr.

Uno de los sirvientes llegó a toda prisa, saliendo de la cocina, con los ojos dilatados por la excitación.

—Señor Jaxom, ha habido una Eclosión. El huevo de la reina ha eclosionado. Se le envió a buscar, pero nadie pudo encontrarle.

—Tenía otros asuntos pendientes. Id a traerme algunas hierbas silvestres.

—¿Hierbas silvestres? —El sirviente abrió los ojos desconcertado.

—Sí, hierbas silvestres. Estoy quemado por el sol.

Muy contento por los muchos recursos de que disponía, aunque aún estaba temblando en sus ropas mojadas, Jaxom vio a Ruth cómodamente instalado en su weyr, con su pata herida debidamente apoyada. A Jaxom le causaba dolor la túnica sobre sus hombros, pues las Hebras le habían acertado justo debajo del músculo, llegándole a la muñeca y continuando en una larga herida muslo abajo.

Un tímido roce sobre la puerta de la vivienda principal anunció el retorno increíblemente rápido del sirviente. Jaxom entreabrió la puerta para coger el jarro de jugo de hierbas silvestres, procurando que nadie viera las heridas de las Hebras.

—Gracias. Además querría algo caliente para comer. Sopa, klah, cualquier cosa de las que están al fuego.

Jaxom cerró la puerta, se enrrolló una toalla de baño y se fue a ver a Ruth. Esparció un puñado del preparado de hierbas silvestres sobre la pata de su dragón, y sonrió ante el gesto de alivio de Ruth, pues el ungüento le hizo efecto inmediatamente.

Jaxom compartió aquel alivio mientras se embadurnaba las propias heridas. Benditas, benditas hierbas silvestres. Nunca más se olvidaría de recoger aquellas verdes matas llenas de pinchos, de las que se obtenía aquel bálsamo increíble. Se miró al espejo mientras se trataba de disimular el corte de su cara. Le quedaría una cicatriz de un dedo de larga. No tenía remedio. Y ahora, si podía apaciguar la cólera de Lytol...

—¡Jaxom!

Lytol penetró en la habitación, tras haber llamado a la puerta demasiado enérgicamente.

—Te has perdido la Eclosión en el Weyr de Benden y...

Al ver a Jaxom, Lytol se detuvo a la mitad de su camino tan en seco que dio un balanceo hacia atrás sobre sus talones. Jaxom llevaba sólo una toalla de baño, y las marcas en sus hombros y su cara eran totalmente visibles.

—Así pues, el huevo eclosionó con toda normalidad, ¿no? Bien... —respondió Jaxom, cogiendo su túnica con una indiferencia que no respondía a sus emociones—. Yo... —y se detuvo,, tanto porque la voz se le ahogaba al ponerse la túnica, como porque había estado a punto de explicar con su acostumbrada ingenuidad su pintoresco trabajo nocturno. Pero se resistía a ello. Posiblemente Ruth tenía razón y sólo habían hecho lo que tenían que hacer. Era algo así como un asunto privado suyo y de Ruth. Podría decirse que su acción era el reflejo de su deseo inconsciente de expiar la violación de la Sala de Eclosión de Ramoth cuando era un muchacho. Se pasó la camisa sobre la cabeza con una mueca de dolor al rozar el tejido en su mejilla.

—Había oído en Benden —dijo entonces— que les preocupaba la cuestión de si eclosionaría después de todo ese ir y venir por el ínter.

Lytol se acercó despacio a Jaxom, con la mirada fija en la cara del joven, implorándole una respuesta.

Jaxom se puso la túnica, se ajustó el cinturón y luego frotó las hierbas silvestres en el interior del corte una vez más. No sabía qué decir.

—Ah, Lytol, ¿te importaría echar una ojeada a la pata de Ruth? Mira a ver si la he curado convenientemente.

Jaxom se quedó esperando, mirando tranquilamente a Lytol. Se dio cuenta, con tristeza de lo inevitable de aquel momento de reserva, de que los ojos de Lytol se ensombrencían por la emoción. ¡Le debía tanto a aquel hombre, y más en aquel momento...! Se asombró de haber pensado en alguna vez que Lytol era un hombre frío, duro y sin sentimientos.

—Hay un truco para eludir las Hebras —dijo serenamente Lytol— que hubiera sido mejor que le enseñaras a Ruth, señor Jaxom.

—Te agradecería que me lo explicases, Señor Lytol...

MAÑANA EN EL FUERTE DE RUATHA, 15.6.2

—Vine a anunciarte que tenemos invitados, Señor Jaxom: el Maestro Robinton, N'ton y Menolly están arriba; acaban de volver de la Eclosión. Pero primero, veamos cómo sigue Ruth.

—¿No fuiste a Benden para la Eclosión? —preguntó Jaxom.

Lytol negó con la cabeza mientras caminaba hacia el weyr de Ruth. El dragón blanco se disponía a iniciar una bien merecida siesta. Lytol le hizo una cortés reverencia antes de mirar de cerca las bien untadas cicatrices.

—Lo lavaste antes en el lago, supongo —Lytol miró el pelo mojado de Jaxom—. Ese agua es lo suficientemente pura y las hierbas silvestres le han sido aplicadas a tiempo. Volveremos a controlarle dentro de pocas horas. Pero creo que está bastante bien.

La mirada de Lytol se dirigió de nuevo a las heridas de Jaxom, bastante elocuentes.

—No vi ningún motivo para excusarte ante nuestros invitados. —Dio un suspiro—. Da las gracias a que arriba está N'ton, y no F'lar. Supongo que Menolly sabía a qué te dedicabas.

—No le dije a nadie lo que intentaba hacer, Señor Lytol —dijo Jaxom con cierta frialdad.

—Finalmente has aprendido discreción. —El Señor Tutor vaciló, mientras su mirada recorría la figura de su pupilo—. Ah, bueno; lo mejor será que le pida a N'ton que te tome para la práctica del aprendizaje del Weyr... es algo más seguro y, además, estarás con otros. Robinton adivinará lo que has estado haciendo, pero se enteraría de todos modos, hiciéramos lo que hiciéramos para evitarlo. Vamos, pues; no van a hacerte pasar demasiado mal rato por tus torpezas. Y no será porque merezcas otra cosa que un golpe de vara por haber querido hacer esta prueba con Ruth. Y precisamente ahora, en un momento en que el orden cae deshecho en pedazos...

—Quiero pedirte disculpas por haberte afligido, Señor Lytol...

El hombre concentró su ataque en otro sagaz escrutinio:

—No me has afligido, Señor Jaxom. Tengo presentes todas tus disculpas. Debiera haberme dado cuenta de que necesitabas probar las habilidades de Ruth. Quisiera que tuvieras unas

cuantas Revoluciones más de edad y que las cosas estuvieran dispuestas de tal modo que pudiera dejarte al frente del Fuerte.

—Yo no deseo hacerme cargo del Fuerte ni ocupar tu puesto, Señor Lytol...

—De todos modos, no creo que me permitieran dejar mi puesto ahora, Jaxom, y supongo que ya te enterarás por ti mismo. Vamos, nuestros invitados llevan ya demasiado rato esperando.

N'ton estaba frente a la puerta del taller menor de Ruatha, el que se utilizaba cuando los invitados pedían privacidad para sus debates. El caballero bronce echó una ojeada al rostro de Jaxom y gruñó. Ante esta reacción, el Maestro Robinton se agitó en su silla. En sus cansados ojos se reflejó la sorpresa, y a Jaxom le pareció que también expresaba cierta aprobación.

—¡Has sido alcanzado por las Hebras, Jaxom! —gritó Menolly, con expresión de susto y alarma—. ¿Cómo pudiste correr ese riesgo en este momento? —le preguntó. Ella, que tanto se había burlado de él porque reflexionaba en lugar de actuar, ahora daba muestras de enojo.

—Yo debí haber imaginado que lo intentarías, joven Jaxom —dijo N'ton, dando un suspiro de cansancio y con una sonrisa lastimosa—, era inevitable que acabaras por escaparte, pero tu cálculo del tiempo es malísimo.

A Jaxom le hubiera gustado decirle que, a la hora de la verdad, su cálculo del tiempo había sido impecable. Pero N'ton siguió hablando:

—¿Ruth está herido?

—Sólo recibió un impacto en el muslo y la pata —replicó Lytol—. Y ha recibido un buen tratamiento.

—De veras que apruebo tus planes, Jaxom —dijo Robinton, en un tono inusualmente solemne—. Me refiero a volar sobre Ruth con los otros dragones. Pero debo aconsejarte que te lo tomes aún con paciencia.

—Yo diría que ha sido ahora cuando ha aprendido a montar debidamente a Ruth, Robinton. Con mis otros aprendices del Weyr, —N'ton interrumpió inesperadamente su discurso, ganándose la gratitud de Jaxom—. Sobre todo si es lo bastante loco, o lo bastante valiente, para intentarlo en solitario y sin guía.

—Dudo que Benden nos diera su aprobación —dijo Robinton, moviendo negativamente la cabeza.

—Yo sí la doy —replicó Lytol, con voz firme y expresión decidida—. Yo soy el guía del Señor Jaxom, y no F'lar, ni Lessa. Que ella se ocupe de sus propios asuntos. El Señor Jaxom está a mi cargo. Con los aprendices del Weyr de Fort es poco probable que corra grandes riesgos. —Lytol miró a Jaxom con orgullo—. Y estará de acuerdo en no someter su enseñanza a prueba sin consultárnoslo. ¿Estás dispuesto a cumplir con esto, Señor Jaxom?

Jaxom se encontraba en un estado de ánimo lo suficientemente relajado para darse cuenta de que los Caudillos del Weyr de Benden no serían consultados al respecto. Por ello aceptó unas condiciones que, en realidad, hubieran podido ser menos estrictas. Inclinó la cabeza, y se vio asaltado por emociones contradictorias: El ver que todos habían aceptado lo obvio y lo rutinario le divertía, pues, habiendo logrado tanto, se veía reducido al nivel de un simple aprendiz.

Sin embargo, sus experiencias en Keroon habían evidenciado cuánto le quedaba aún por aprender sobre el modo de combatir a las Hebras si quería mantener intactas su piel y la de su dragón.

A todo esto, N'ton había estado mirando a Jaxom con gran atención, frunciendo el entrecejo de tal modo que, durante un momento, Jaxom se preguntó si N'ton habría adivinado de algún modo lo que él y Ruth estaban haciendo realmente cuando fueron atacados por las Hebras. Si se enteraban de ello alguna vez, Jaxom se vería coartado por limitaciones adicionales a las que ya sufría.

—Creo que necesito otra promesa tuya, Jaxom —dijo el caballero bronce—. No más cálculos de tiempo. Ya has estado haciéndolo demasiado últimamente. Lo adivino en tus ojos.

Lytol, perplejo, examinó la cara de su pupilo más de cerca.

—No corro peligro cuando monto a Ruth, N'ton —dijo Jaxom, aliviado al verse acusado de una transgresión menor de la que esperaba—. Ruth siempre sabe cuándo está.

N'ton admitió aquella habilidad, respondiendo con impaciencia:

—Es posible. Pero el peligro está en la mente del caballero. Una señal de tiempo que haya pasado desapercibida puede poner a ambos, caballero y montura, en apuros. Acercarse demasiado a sí mismo en el tiempo subjetivo es peligroso. Además, es agotador tanto para el dragón como para el dragonero. No es necesario que lo hagas, joven Jaxom. Ya tendrás suficiente tiempo para todo lo que necesitas hacer.

Las palabras de N'ton le hicieron revivir la inexplicable debilidad que había sentido en la Sala de Eclosión. ¿Era posible que en aquel preciso momento?...

—No creo que te hayas dado cuenta, Jaxom —empezó a decir Robinton, anticipándose a los pensamientos de Jaxom— de hasta qué punto es crítica la situación de Pern en este momento. Y deberías saberlo.

—Si te refieres a lo del robo del huevo, Maestro Robinton, y a lo cerca que estuvimos de que los dragones lucharan entre ellos, yo estaba en el Weyr de Benden aquella mañana.

—¿De veras? —Robinton, levemente sorprendido, movió la cabeza como si se reprochara haberlo olvidado—. Entonces podrás figurarte, viendo el humor de Lessa... lo que hubiera pasado si aquel huevo no hubiera eclosionado debidamente...

—Pero el huevo fue devuelto, Maestro Robinton —Jaxom estaba perplejo: ¿por qué seguía Lessa de tan mal humor?

—Sí —replicó el Arpista—. Al parecer, nadie en el Meridional llegó al extremo de ignorar las consecuencias del robo. Pero Lessa no se ha calmado.

—Se ha agraviado al Weyr de Benden, a Ramoth y a Lessa —dijo N'ton.

—¡Los dragones no pueden luchar contra los dragones! —Jaxom estaba aterrorizado—. ¡Por eso fue devuelto el huevo!

Si el peligro corrido por él y por Ruth había sido inútil...

—Nuestra Lessa es mujer de fuertes emociones, Jaxom; y la venganza es una de las más desarrolladas en ella. ¿Recuerdas cómo llegaste a ser Señor aquí? —La expresión de Robinton dejó traslucir lo que lamentaba recordar a Jaxom su origen—. No estoy infravalorando a la Dama del Weyr de Benden cuando digo esto. Su resistencia ante los peligros más increíbles es digna de alabanza. Pero su tenacidad al insistir en lo de sus agravios podría tener efectos desastrosos para todo Pern. Hasta el momento, el sentido común se ha impuesto, pero este equilibrio aún sigue siendo frágil, frágil de veras.

Jaxom asintió a estas palabras, inclinando la cabeza. Se dio cuenta de que nunca iba a admitir su participación en todo aquello, y se sintió aliviado por no haber confesado su aventura a Lytol. Nadie debía saber que había sido él, Jaxom, quien había devuelto el huevo. Y Lessa menos que nadie. Le dio una orden silenciosa a Ruth, que contestó soñoliento que se sentía demasiado cansado para hablar a nadie de nada, y luego le preguntó si iba a dejarlo dormir.

—Sí —dijo Jaxom, en respuesta a Robinton—. Me doy perfecta cuenta de lo necesaria que es la discreción.

—Hay otro suceso —Robinton cambió la expresión de su cara, expresando preocupación, mientras buscaba la palabra adecuada—, un suceso que pronto formará parte de nuestros problemas —y miró a N'ton—: Es D'ram.

—Creo que tienes razón, Robinton —dijo el caballero bronce—. Es poco probable que siga siendo Caudillo del Weyr, si Fanna fallece.

—¿Si qué?... Me temo que deberíamos decir cuándo. Y, según el Maestro Oldive me ha contado, cuanto antes suceda, mejor será.

—No sabía que Fanna estaba enferma —dijo Jaxom, pensando con tristeza que la reina de Fanna, Mirath, se suicidaría cuando la Dama del Weyr muriera. La muerte de una reina conmovería a todos los dragones... y también a Lessa y a Ramoth.

La cara de Lytol adquirió una pálida expresión, como solía ocurrir cada vez que algo le recordaba la muerte de su propio dragón.

Jaxom se tragó el resto del orgullo y el temor que había sentido ante la perspectiva de tener que recibir enseñanzas como un aprendiz del Weyr. No volvería a correr el riesgo de que Ruth fuera herido.

—Fanna se ha ido desmejorando gradualmente —dijo Robinton—. Es una enfermedad agotadora a la que nada parece detener. El Maestro Oldive está en Ista con ella.

—Sí, su lagarto de fuego me llamará cuando esté lista para partir. Quiero estar a disposición de D'ram —dijo N'ton.

—Lagartos de fuego, sí... hummm... —dijo Robinton pensativo—. Otro tema problemático en el Weyr de Benden —mientras hablaba miraba a su bronce, colgado tranquilamente de su hombro—. Sin Zair, en aquella Eclosión, me sentí como desnudo ¡os doy mi palabra! —Miró fijamente a su soñoliento bronce, y luego a Tris, el de N'ton, que reposaba con los ojos semicerrados, sobre el brazo del caballero—. ¡Vaya! Ya se han tranquilizado.

—Ruth está aquí —dijo N'ton, acariciando a Tris—. Ellos se sienten seguros cuando está él.

—No, no es eso —dijo Menolly, deteniendo su mirada en el rostro de Jaxom—. Estando Ruth aquí, también se sentían preocupados. Pero aquella inquietud se les ha pasado. ¡Ya no sufren

visiones del huevo! —y al decir esto, miró a su pequeña reina—. Supongo que es comprensible. Ha eclosionado y está sano. Sea lo que fuere lo que les preocupaba, no ha ocurrido. ¿O es que... —de repente, miró fijamente a Jaxom— ...O es que ha sucedido?

Jaxom expresó sorpresa y confusión.

—¿Les preocupaba la Eclosión del huevo, Menolly? —preguntó Robinton—. Es una lástima no poder contarle a Lessa lo preocupados que han estado todos ellos. Eso podría devolverles su afecto.

—Creo que ya es hora de que se haga algo con los lagartos de fuego —dijo Menolly gravemente.

—Querida niña... —replicó Robinton desconcertado.

—No aludo a los vuestros, Maestro Robinton. Han dado pruebas de ser extremadamente útiles. Pero mucha gente lo da por supuesto y no se toma la molestia de entrenarlos —soltó una extraña risa—. Jaxom puede atestiguarlo. Se reúnen donde quiera que vaya Ruth hasta que se ve obligado a marcharse al ínter por sus excesivas atenciones. ¿No es así, Jaxom?

Había algo extraño en su mirada, que lo dejó intrigado.

—Yo diría que generalmente no le molesta, Menolly —replicó él fríamente, estirando las piernas por debajo de la mesa—, pero todo el mundo necesita tiempo para sí mismo, ya sabes.

Lytol lanzó un bufido, dando a entender a Jaxom que Brand había tenido unas palabras con el Tutor, con respecto a Corana.

—¿Por qué? ¿Por haber masticado pedernal? —preguntó N'ton, sonriente.

—¿Fue eso lo que estuvistes haciendo con tu... tiempo, Jaxom? —le preguntó Menolly, con los ojos muy abiertos, aparentemente sin malicia.

—Eso lo dices tú.

—¿Es que los lagartos de fuego te crean problemas? —preguntó Robinton—. Quiero decir, con su predilección por la compañía de Ruth.

—Bueno, señor —contestó Jaxom—, vayamos donde vayamos, no hay lagarto de fuego en los alrededores que no se acerque a ver a Ruth. Por lo general, no son un estorbo, pues suelen distraer a Ruth mientras yo estoy ocupado con los asuntos del Fuerte.

—¿Y... no le contarían el motivo por el que estaban preo:upados? ¿O conocías esas imágenes? —preguntó Robinton, inclinándose hacia adelante, ansioso por oír la respuesta de Faxom.

—¿Te refieres a los lagartos de fuego atacados con llamas? ¿La nada negra y el huevo? Ah, sí, al final han vuelto frenético a Ruth con esas tonterías —dijo Jaxom, mirando ceñudamente a su amigo como si le hubiera enojado con su pregunta, y procurando no mirar en la dirección de Menolly—.Pero eso parece haber pasado ya. Es posible que estas molestias tuvieran algo que ver con el asunto del huevo robado. Ahora que ya ha eclosionado no están ni mucho menos tan nerviosos como antes, y dejan a Ruth dormir de nuevo.

—¿Dónde estabas cuando el huevo eclosionó? —Menolly le disparó la pregunta con tal rapidez que Robinton y N'ton la miraron con sorpresa.

—Bueno... —Jaxom soltó una risa, tocándose la mejilla herida—. Intentaba quemar a las Hebras.

Su rápida respuesta provocó una silenciosa confusión en Menolly, mientras Robinton, Lytol y N'ton se interesaban por aquel aspecto de sus andanzas relacionado con su audacia imprudente. Sufrió la reprimenda, aliviado porque aquello evitaba que Menolly le molestara. Después de todo, ella acabaría sospechando. Le hubiera gustado decirle la verdad pues, de toda la gente de Pern, ella era la única persona en la que él podía confiar, sobre todo ahora que consideraba más prudente dejar que todos los demás creyeran que había sido un dragonero del Meridional quien había devuelto el huevo. Aunque él hubiera preferido poder contarle a alguien lo que había hecho.

Les sirvieron comida, y continuaron con el debate, discutiendo acerca de si los lagartos de fuego eran más útiles que perjudiciales hasta que Jaxom hizo notar que todos los que estaban sentados a la mesa estaban de acuerdo. Lo único que necesitaban era encontrar el modo de apaciguar a Lessa y a Ramoth.

—Ramoth olvidará pronto su agravio —dijo N'ton.

—Pero Lessa no, y yo debería tener poderosas razones, sin ningún género de dudas, para decidirme a enviar a Zair al Weyr de Benden.

Mientras N'ton y Lytol apoyaban con firmeza al Arpista, Jaxom se dio cuenta de que había algo extraño en aquel hombre, un tono raro en su voz, cuando mencionaba a Benden o a las Dama del Weyr. Robinton no estaba preocupado sólo por que Lessa hubiera prohibido los lagartos de fuego en Benden.

—Hay otro aspecto de este asunto que me da mucho que pensar —dijo Robinton—. Este asunto ha hecho que la atención de todo el mundo se centre en el Meridional.

—¿Y por qué es eso un problema? —preguntó Lytol.

Robinton sorbió brevemente su vino, aplazando su respuesta mientras saboreaba la bebida:

—Precisamente porque los recientes acontecimientos han hecho que todo el mundo se dé cuenta de que ese enorme continente está poblado sólo por un puñado de individuos.

—¿Ah, sí?

—Conozco a algunos inquietos Señores de los Fuertes, cuyos talleres están repletos de gente, y cuyas cabanas están atiborradas. Y los Weyrs, en lugar de proteger la inviolabilidad del Continente Meridional, fueron reclutados para forzar su entrada en él. ¿Qué se puede argumentar para evitar que los Señores de los Fuertes tomen la iniciativa y reivindiquen algunas zonas del continente?

—Que no habría suficientes dragones para proteger un área tan vasta, eso es —dijo Lytol—. Los Antiguos seguramente no podrían evitarlo.

—La verdad es que no necesitan dragoneros en el Meridional —dijo Robinton despacio Lytol le miró fijamente, alarmado por sus palabras.— Es verdad —continuó—. Esa Zona está totalmente minada por los gusanos. Los comerciantes me han contado que prácticamente

ignoran las Caídas. El Fuerte de Toric puede proteger a todo el mundo, y en él todos los productos están a cubierto.

—Llegará un tiempo en que tampoco se necesitarán dragoneros en el Norte —dijo N'ton, aumentando con sus palabras el susto de Lytol.

—Los dragoneros siempre serán necesarios en Pern, mientras haya Hebras —Lytol reafirmó su convicción dando un fuerte golpe con el puño sobre la mesa.

—Al menos mientras vivamos —dijo Robinton conciliador—. Pero hubiera deseado menos interés por el Meridional. Piénsalo bien, Lytol.

—¿Es esta otra de tus profecías, Robinton? —preguntó Lytol, con una nota amarga en su voz y una expresión de envidia en su rostro.

—Es mucho más constructivo mirar hacia el futuro que hacia el pasado —respondió Robinton, alzando su puño cerrado—. Los hechos estaban en mi mano, pero las olas me impedían ver el agua.

—¿Has estado a menudo en el Continente Meridional, Maestro Arpista?

Robinton miró largamente a Lytol con expresión meditabunda:

—Así es. Y ha sido discretamente, te lo aseguro. Hay cosas que es necesario haber visto para poderlas creer.

—¿Qué cosas?

Robinton acariciaba descuidadamente a Zair y miraba hacia afuera, por encima de la cabeza de Lytol, a algún punto distante.

—Pensad que hay veces en que mirar hacia el pasado puede servir de algo —dijo, volviéndose hacia el Señor Tutor—. ¿Te has parado a pensar en que nosotros, todos nosotros, procedemos originariamente del Continente Meridional?

La expresión de sorpresa de Lytol ante el giro tan inesperado de la conversación se confundió con su ceño meditabundo.

—Sí, eso parecen indicar las anotaciones más antiguas que tenemos.

—A menudo me he preguntado si no las hay más antiguas, enmoheciéndose en alguna parte, en el Meridional.

Lytol soltó un bufido ante aquella idea:

—Enmohecerse es precisamente la palabra adecuada. No habrá quedado nada de ellas, después de tantas miles de Revoluciones como han pasado.

—Aquellos antepasados nuestros conocían procedimientos para templar los metales, que los hacían resistentes a la herrumbre y al desgaste del uso. Los platos encontrados en el Weyr de Fort, los instrumentos, como aquel catalejo de larga distancia que tanto fascina a Wansor y a Pandar el... Yo no creo que el tiempo haya borrado todos los rastros de la existencia de un pueblo tan inteligente.

Jaxom dirigió una mirada a Menolly, reclamando su atención sobre detalles que ella había pasado por alto. Los ojos de ella brillaban de excitación. Sabía algo que el Arpista no había mencionado. Jaxom miró entonces al Caudillo del Weyr y se dio cuenta de que N'ton lo sabía todo al respecto.

—El Continente Meridional fue cedido a los Antiguos que eran disidentes —dijo Lytol con lentitud.

—Y ellos han roto con la parte del contrato que les correspondía respetar —dijo N'ton.

—¿Es eso motivo para que nosotros rompamos con la nuestra? —preguntó Lytol, echando los hombros hacia atrás y mirando ceñudo al Caudillo del Weyr y al Arpista.

—Ellos sólo ocupan una delgada franja de tierra junto al Mar Meridional —dijo Robinton, con los suaves modales habituales en él—. No han sabido ejercer ninguna actividad en otra parte.

—¿Has estado ya explorando el Meridional?

—Prudentemente, prudentemente.

—Y... ¿nadie pudo descubrir esas prudentes intrusiones?

—No —respondió Robinton con rapidez—, pero pronto las haré públicas. No quiero que cualquier aprendiz de tres al cuarto o cualquier pequeño colono de los expulsados recorra esas tierras sin control y destruya lo que debe ser preservado, sólo porque no ha tenido el talento suficiente para entender qué tenía entre manos.

—¿Qué has descubierto hasta ahora?

—Antiguos trabajos de minería, realizados con un material ligero como el aire, pero tan duradero que ha resistido hasta hoy en tan perfecto estado como el día en que fue colocado en las galerías. Herramientas impulsadas por quién sabe qué mecanismos, y piezas que ni siquiera el diestro Benelek puede montar.

Hubo un largo silencio que Lytol rompió con un bufido:

—¡Arpistas! Los Arpistas están para instruir a la juventud.

—Y sobre todo, y en primer lugar, para preservar nuestra herencia.

FUERTE DE RUATHA, WEYR DE FORT, FUERTE DE FIDELLO, 15.6.3 — 15.6.17

Jaxom estaba disgustado porque las tretas de Lytol no habían logrado sacarle al Arpista más datos sobre sus exploraciones en el Meridional. Y cuando, a causa de la fatiga, empezó a resultarle difícil mantener los ojos abiertos, se le ocurrió que Robinton, en realidad, había tenido éxito al conseguir el apoyo de Lytol y en mantener el deseo de N'ton de que el interés por el Meridional no disminuyera.

El último pensamiento que tuvo Jaxom antes de dormirse fue que el Arpista merecía su admiración por sus métodos evasivos. No era raro que no hubiera opuesto resistencia al entrenamiento de Jaxom con N'ton cuando vio que Lytol estaba a su favor. El Arpista necesitaba que aquel hombre mayor estuviera al frente de los destinos de Ruatha. Enseñar a Ruth a masticar pedernal hacía que el joven Señor no albergara deseos de ocupar el puesto que detentaba Lytol en el Fuerte.

A la mañana siguiente, Jaxom estaba seguro de que no hubiera podido moverse durante la noche. Todo él estaba rígido, la cara y el hombro le picaban fuertemente por el impacto de las Hebras y eso le recordó la herida sufrida por Ruth.

Sin tener en cuenta sus propias condiciones físicas abandonó las pieles que lo cubrían y, revolviendo en el bote de hierbas silvestres mientras iba saliendo, se dirigió al weyr de Ruth. El débil rumor que oyó al llegar le indicó que el dragón blanco seguía sumido en un profundo sueño. Parecía que tampoco se había movido, pues su pata seguía en la misma posición que la víspera. Esto facilitó a Jaxom la tarea de untar con una nueva capa de hierbas el borde de la herida. Entonces, se le ocurrió que él y Ruth quizá tendrían que esperar hasta haber sanado antes de poder unirse a los aprendices en el Weyr de Fort.

Pero Lytol no estuvo de acuerdo. El motivo de que Jaxom se trasladara al Weyr de Fort era evitar que fuera blanco de nuevos ataques y que aprendiera a cuidar de su dragón y de sí mismo durante la Caída de las Hebras. Si había tenido dificultades por no haberse escondido con la suficiente rapidez, se lo merecía. Y así fue como, tras tomar su desayuno Jaxom voló sobre Ruth hacia el Weyr.

Por suerte, dos de los muchachos que estaban aprendiendo allí eran casi de su misma edad, dieciocho Revoluciones, aunque a Jaxom no le hubiera importado ser mayor que los demás mientras pudiera preparar adecuadamente a Ruth. Tuvo que reprimir su insidiosa necesidad de explicar las heridas de Ruth con el motivo que realmente las había producido. Se refugiaba en el conocimiento de que él había realizado más cosas de las que ellos podían imaginar. Un pobre consuelo el suyo.

Su primer problema en la clase de los aprendices del weyr fue evitar las molestias que le producían a Ruth la infinidad de lagartos de fuego que se colocaban sobre él. Apenas había ahuyentado a un grupo, aparecía otro, con gran disgusto y exasperación de K'nebel, el maestro de los aprendices del weyr.

—¿Ocurre esto todo el día y dondequiera que estés? —preguntó, irritado, a Jaxom.

—Más o menos, sí. Es que ellos... bueno, acuden. Sobre todo desde... lo que pasó en el Weyr de Benden.

K'nebel expresó su disgusto dando bufidos, mientras asentía a lo que estaba escuchando.

—No me gusta dar crédito a esos rumores de que los dragones llamearon a los lagartos de fuego, pero no podrás lograr jamás que Ruth se ponga en marcha a menos que los lagartos de fuego lo dejen en paz. Y si no lo hacen, alguno de ellos se verá llameado.

Jaxom, entonces, dispuso que Ruth alejara a los lagartos de fuego tan rápidamente como fueran llegando. Pasó un buen rato antes de que Ruth pudiera estar en paz. Y cuando esto ocurrió, fue en parte porque todos los lagartos de fuego de la vecindad ya habían pasado por allí, y en parte porque Ruth demostró la suficiente firmeza como para que el resto de la clase matinal transcurriera sin interrupciones.

A despecho de todos estos problemas, K'nebel mantuvo a los aprendices del weyr trabajando hasta que llegó la llamada para la comida de mediodía. Jaxom fue invitado a compartirla y, en señal de reconocimiento a su rango, se le colocó en la larga mesa reservada para los dragoneros mayores.

La charla estuvo dominada por las continuas especulaciones sobre la devolución del huevo y sobre cuál de los jinetes de la reina lo había devuelto.

Las discusiones le sirvieron a Jaxom para reafirmarse en su decisión de seguir manteniendo su silencio. Advirtió de todo ello a Ruth, pero, al parecer, innecesariamente, pues el dragón blanco estaba más interesado en masticar pedernal y en evitar a las Hebras que en los sucesos pasados.

Los lagartos de fuego que le rodeaban habían perdido ya su anterior nerviosismo. Su principal preocupación era ahora la comida, y a continuación su propia piel, pues con la llegada del tiempo cálido habían empezado a cambiarla y estaban aquejados de picores. Las imágenes que le ofrecieron a Ruth ya no resultaban alarmantes.

Desde que estaba ocupado en el Weyr de Fort por las mañanas, Jaxom tuvo que abandonar las clases en los talleres del Arpista y del Herrero. Eso suponía que no tendría que soportar la manía de Menolly de hacerle preguntas, lo cual le agradaba.

Además, le divertía de veras el hecho de que Lytol le dejara algunas horas libres por las tardes. Su obligación consistía en viajar con Ruth, al Fuerte de la Meseta para ver cómo iba creciendo el nuevo cereal.

Corana estaba en el fuerte aquellos días, pues la esposa de su hermano estaba a punto de dar a luz. Cuando ella se interesó amablemente por el estado de las heridas de Jaxom, él no abusó de la opinión que ella se había formado de que las había recibido en una auténtica Caída, protegiendo al Fuerte de las Hebras. Ella le dio las gracias por esta protección de forma tal que le hizo sentirse avergonzado y a la vez, satisfecho. A él le hubiera gustado que tales elogios hubieran sido merecidos por una acción verídica. Pero no pudo enfadarse cuando, en la languidez que siguió a su placer mutuo, ella hizo algunas referencias a los lagartos de fuego y le preguntó si alguna vez había tenido ocasión de encontrar una nidada durante su combate con las Hebras.

—Todas las playas del Norte están valladas —le dijo él y, notando su disgusto, añadió—: Pero por supuesto, hay montones de playas desiertas en el Continente Meridional.

—¿Podrías ir volando en tu Ruth sin que los Antiguos lo supieran?

Estaba claro que Corana no sabía mucho de los acontecimientos más recientes, lo cual era un alivio para Jaxom, que ya se empezaba a aburrir de la preocupación del Weyr al respecto.

Volar sobre Ruth facilitaba bastante aquel asunto, sobre todo porque no soliviantaba a los lagartos de fuego forasteros, pues, al parecer, había hecho amistad con todos ellos.

—Supongo que podría.

Lo que hizo vacilar a Jaxom era la dificultad de planificar una ausencia lo suficientemente larga para permitirle llegar al Meridional.

Corana interpretó mal sus palabras y, una vez más, él se sentía demasiado benigno y agradecido para corregirla.Cuando él y Ruth volaban hacia casa desde la Meseta, Jaxom

pensó que las consecuencias de su reciente arrebato inicial, seguían produciéndose. Por fin, había logrado que Ruth tuviera una preparación adecuada y, aunque no se hubiera hecho cargo del Fuerte, al menos ahora disfrutaba de muchas de las prerrogativas de un Señor del Fuerte.

Sonrió, saboreando las dulzuras de Corana. A juzgar por la cálida bienvenida de la hermana de ésta, supuso que el Fuerte de la Meseta no tendría nada que objetar a la llegada de sangre no totalmente pura. El éxito en aquella área le favorecería a los ojos de los Señores de los Fuertes. Pensó en llevar a Corana al Fuerte, pero finalmente decidió no hacerlo. Le parecía que esto no sería justo para con los adoptivos y causaría preocupaciones a Branad y Lytol. Además, teniendo a Ruth podía ir y venir a su antojo y a la velocidad que quisiera. Por otra parte, si se llevaba a Corana a sus aposentos, ella requeriría de él más atención de la que estaba dispuesto a prestarle, a costa de Ruth.

La tercera tarde que fue al Fuerte de la Meseta, la mujer de Fidelio estaba de parto, y Corana estaba demasiado aturdida para hacer otra cosa que pedirle perdón por la confusión y excitación reinantes. El preguntó si querían que viniera el médico del Fuerte, pero Fidelio dijo que uno de sus hombres, que era hábil en aquellos menesteres, había asegurado que su esposa no tendría problemas en aquel
trance.

Jaxom hizo todos los comentarios que correspondían al caso, y luego se fue, sintiéndose ligeramente inquieto por aquel obstáculo imprevisto en el camino de sus proyectos.

¿Por qué te ríes?, le preguntó Ruth mientras volvían al Fuerte.

—Porque soy un tonto, Ruth, soy un tonto.

No creo que lo seas. Ella hace que te sientas bien, y no como un tonto.

—Por eso soy un tonto ahora, dragón bobo. Fui allá con la esperanza... bueno, esperando sentirme bien, y ella está demasiado ocupada. Y apenas hace siete días no hubiera imaginado que estaría tan contento de verla y de estar junto a ella. Por eso soy un tonto ahora, Ruth.

Siempre te querré, replicó Ruth, que sentía que aquella era la respuesta que Jaxom necesitaba.

Este, en un gesto afectuoso, acarició el cuello de su dragón, pero no pudo evitar sentir cierta desaprobación por su autoconfianza. Cuando volvió al Fuerte se encontró con otro obstáculo. Lytol le informó de que el resto de la nidada de Ramoth eclosionoría probablemente al día siguiente, y Jaxom tendría que hacer acto de presencia en Benden. El Señor Tutor miró las heridas curadas de Jaxom, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Intenta, si puedes, mantenerte fuera de la vista de los Caudillos del Weyr. Con una ojeada se darían cuenta de lo que ha pasado —dijo Lytol; y añadió—: No tiene sentido propagar tus tonterías.

Jaxom pensaba que la herida le daba una apariencia más madura, pero le prometió a Lytol que se mantendría bien distante de Lessa y de F'lar.

A Jaxom le gustaban mucho las eclosiones, sobre todo cuando Lytol no estaba presente. Se sentía culpable por ello, pero sabía que en cada Eclosión el doloroso recuerdo del dragón de Lytol, Larth, torturaba a aquel hombre.

Las noticias de la inminente Eclosión llegaron al Weyr de Fort mientras Jaxom realizaba un vuelo inclinado durante las prácticas de Caída del aprendizaje del weyr. Terminó la maniobra, se excusó ante el Instructor, y se llevó a Ruth por el ínter hacia Ruatha, a fin de poder vestirse adecuadamente. Lytol, con el Rocky de Menolly, lo alcanzó en aquel mismo momento y le pidió que recogiera a Menolly, pues Robinton ya estaba en el Weyr de Ista con el dragón y el caballero del Taller del Arpista.

Jaxom aceptó la petición con cortesía, pues no encontró ninguna excusa para negarse. Bien, la sacaría a toda prisa del Taller y la llevaría al Weyr tan rápidamente que no le quedaría tiempo para hacer preguntas.

Cuando llegaron al taller del Arpista, Ruth le gritó su nombre al dragón vigilante de las alturas de fuego. Jaxom empezó a ponerse furioso. Habían suficientes dragones del Weyr de Fort en la pradera como para tomar la mitad del Taller. ¿Por qué Menolly no había solicitado a cualquiera de ellos?

Estaba decidido a que no tuviera ninguna oportunidad de sermonearle, y le pidió a Ruth con urgencia que les dijera a sus lagartos de fuego que él había llegado y estaba esperando en la pradera. Apenas había dado forma a estas palabras en su mente, cuando Menolly salió del camino del porche en dirección a él. Sobre su cabeza revoloteaban en círculos Beauty, Rocky y Diver. Ella empezó a ponerse su chaquetilla de montar, jugando distraídamente con algo que se pasaba de una mano a otra.

—Baja, Jaxom —ordenó imperiosamente—. No puedo hacerlo si me das la espalda.

—¿Hacer qué?

—¡Esto! —y ella, alzando una mano, le enseñó un pequeño pote—. ¡Baja!

—¿Por qué?

—No seas pesado. Estás perdiendo tiempo. Es para cubrir la cicatriz. ¿No querrás que Lessa y F’lar la vean, verdad? ¿Ni querrás que hagan preguntas capciosas? ¡Baja!, o llegaremos tarde. Y se supone que no has de calcular tiempo, ¿o sí? —añadió como último comentario, al ver que él seguía vacilando no del todo seguro de su altruismo.

—Tengo el pelo cepillado.

—Olvídalo y échalo hacia atrás —dijo ella, indicándole cómo hacerlo, mientras desenroscaba la tapa del pote—. Conseguí que Oldive hiciera una pequeña cantidad sin esencias. Así. Solo necesita unos toques.

Se lo aplicó a la cara, repasando luego la marca que había quedado en la muñeca, por encima del guante.

—¿Lo ves? Se absorbe. —Se quedó mirándole con expresión crítica—. Sí, este es el truco. Nadie podría saber nunca que has sido acertado. —Luego se rió entre dientes—. ¿Qué opina Corana de tu herida?

—¿Corana?

—No me mires tan indignado. Súbete a Ruth. Vamos a llegar tarde. Ha sido muy inteligente por tu parte, Jaxom, que hayas cultivado a Corana. Entre los dos, y con vuestros talentos, podríais haber hecho un buen Arpista.

Jaxom montó en su dragón, furioso con ella, pero decidido a no caer en su trampa. Era muy propio de su estilo decir tales cosas, para que él se ofendiera. Muy bien; no tendría el éxito que buscaba.

—Gracias por recordar el ungüento, Menolly —dijo él, cuando pudo controlar su voz.

—Hay que evitar que Lessa se moleste ahora y yo tengo que estar necesariamente en esta Eclosión.

—Tienes razón.

Su tono de voz era un tanto extraño, pero él no tuvo tiempo de reflexionar sobre eso, pues Ruth se los llevó hacia lo alto y, sin esperar más instrucciones, por el ínter hacia el Weyr de Benden. No, él estaba decidido a no dejarse engañar. Pero era terriblemente astuta, esta chica Arpista.

Ruth salió del ínter medio silabeando: ...uth, soy Ruth, soy Ruth...

Con lo cual hizo recordar algo a Jaxom, que torció el cuello para mirar al hombro izquierdo de Menolly.

—No te preocupes. Estarán a salvo en el Weyr de Brekke.

—¿Todos ellos?

—¡Cascaras, no, Jaxom! Solamente Beauty y los tres bronces. Es posible que ella se aparee pronto y que los muchachos no la dejen sola un momento. —Y Menolly volvió a reír entre dientes.

—¿Está toda la nidada comprometida?

—¿Qué? ¿Cuentas los huevos antes de que hayan sido puestos? ¡No, en absoluto! —El comentario de Menolly tenía un tono crítico.

—¿Por qué? No querrás uno, ¿o sí?

—Para mí no.

Menolly se puso a reír ante la réplica de Jaxom, y él gruñó. Bien, que se riera si quería.

—¿Para qué querría yo un lagarto de fuego? —siguió diciendo él para tranquilizarla—. Le prometí a Corana que intentaría conseguirle uno. Ha sido muy... amable conmigo, ya sabes.

Se sintió recompensado al oír que Menolly se atragantaba de la sorpresa. Entonces ella le golpeó en la espalda con el puño cerrado, y él se apartó un poco.

—¡Déjame, Menolly! Tengo otra herida en ese hombro. —Habló con mayor furia de la que quería expresar, y luego se maldijo a sí mismo por haberle recordado el tema que él evitaba mencionar.

—Lo siento mucho, Jaxom —dijo ella, con tal arrepentimiento, que él se sintió ablandado—. ¿Cuántas heridas recibiste?

—En la cara, el hombro y el muslo.

Ella le cogió por el otro hombro:

—¡Escucha! Están redoblando los tambores. Y mira, hay candidatos penetrando en la Sala de Eclosión. ¿Podemos entrar volando?

Jaxom dirigió a Ruth al interior pasando por la entrada de arriba de la Sala. Los bronces conducían a los visitantes a la Sala, y cuando Ruth entró, la mirada de Jaxom se dirigió inmediatamente al lugar cerca del pórtico adonde él y Ruth se habían trasladado para devolver el huevo. Al recordarlo, no pudo reprimir un repentino sentimiento de orgullo.

—Estoy viendo a Robinton, Jaxom, allá en la cuarta fila. Junto a los colores de Istan. ¿Te importaría sentarte con nosotros?— Había una súplica en el tono de su voz y un ligero énfasis que intrigó a Jaxom. ¿A quién no le gustaría sentarse con el Maestro Arpista de Pern?

Ruth se colocó en un ángulo cerca de la gradería, se agarró al borde con las garras y se agachó para que Menolly y Jaxom pudieran descender.

Mientras Jaxom arreglaba su túnica antes de sentarse, observó detenidamente al Maestro Robinton. Pudo entender entonces la súplica de Menolly. El Arpista parecía cambiado. Había saludado ceremoniosamente a Jaxom y Menolly, dedicando una sonrisa a su Ayudante y dando un afectuoso
golpe a Jaxom; pero había vuelto a sus pensamientos que, a juzgar por su expresión, debían ser tristes.

El Maestro Arpista de Pern tenía la cara alargada, por lo general móvil, de expresiones y reacciones rápidas. Ahora, mientras observaba a los jóvenes aspirantes avanzando por las arenas calientes de la Sala, su rostro se tornó duro, sus ojos hundidos se oscurecieron por la fatiga y la preocupación y la piel de sus mejillas y de su mentón se arrugaba. Su aspecto era el de un anciano, cansado y ausente.

Jaxom, desconcertado, desvió rápidamente la mirada, evitando la de Menolly, ya que sus pensamientos debían ser demasiado evidentes para la muchacha Arpista, que en aquel momento le observaba.

¿Viejo, el Maestro Robinton? Cansado, preocupado, sí; pero, ¿envejecido? Un frío vacío asaltó a Jaxom por dentro. ¿Quedaría Pern privado del humor y del saber del Maestro Arpista? Incluso era difícil verlo sin su clara intuición y su ávida curiosidad. Y el resentimiento sustituyó a la sensación de pérdida cuando Jaxom se encontró a sí mismo, leal a los principios de Robinton, intentando racionalizar aquella oleada de reflexiones.

Una urgente llamada de tambores volvió a atraer su atención a la Sala de Eclosión. Había estado en suficientes eclosiones para darse cuenta de que la presencia de Ramoth, cuando no había un huevo-reina, era inusual. Además su actitud era intimidadora. El no hubiera osado enfrentarse a sus rojos y brillantes ojos o a las arremetidas de su cabeza, con la que empujaba hacia delante a los candidatos que iban llegando.

En lugar de dispersarse de modo que pudieran acercarse por separado a los huevos, que ya se balanceaban, los muchachos formaban un apretado grupo, como si de este modo fueran a tener mayores posibilidades de librarse de sus atenciones.

—No los envidio —dijo Menolly a Jaxom en voz baja.

—¿Los dejará Impresionar, señor? —preguntó Jaxom al Arpista, olvidando momentáneamente sus pensamientos sobre la mortalidad de aquel hombre.

—¿Pensabas que iría mirándolos de uno en uno para ver si olían a Weyr Meridional, verdad? —contestó el Arpista, con un ligero tono divertido en la voz.

Jaxom lo miró, y se preguntó si no había algún fallo en la iluminación, pues veía que el Arpista gesticulaba burlonamente, más de lo acostumbrado.

—No estoy seguro de que me preocupara mucho una investigación sobre el asunto ahora —añadió, alzando la ceja izquierda.

Menolly tosía, y los ojos le bailaban. Jaxom suponía que habrían estado recientemente en el Meridional, y se preguntaba qué habrían descubierto durante la estancia.

«¡Cascaras!», pensó, poseído por un repentino pánico que le hizo sudar. Los del Sur sabían que ninguno de ellos había devuelto el huevo. ¿Y si Robinton había averiguado eso?

Un murmullo de disgusto en la Sala de Eclosión produjo tal reacción entre los reunidos que Jaxom desvió rápidamente la atención hacia ellos. Uno de los huevos se abrió, pero Ramoth se había colocado sobre él, protegiéndolo, y ninguno de los candidatos se atrevió a acercarse. Mnementh bramaba desde la cornisa exterior, y dentro los bronces tocaban los tambores. Ramoth alzaba la cabeza, tendiendo sus alas, radiantes de oro y verde, y gorjeando una respuesta desafiante. Los otros bronces contestaron en tonos conciliadores, pero el bramido de Mnementh era claramente un
mandato.

Ramoth está muy disgustada, le dijo Ruth a Jaxom. El dragón blanco se había retirado discretamente a un rincón soleado junto al lago del Cuenco, pero su ausencia no le impidió saber lo que ocurría dentro de la Sala.

Mnementh le dice que está haciendo tonterías. Los huevos han de eclosionar; la nidada debe ser Impresionada. Entonces no tendrá que preocuparse más de ellos. Estarán seguros con los hombres.

El canturreo de los bronces se hizo más intenso, y Ramoth, aún protestando ante el inevitable ciclo de la vida, fue distanciándose a pasos lentos de los huevos. Al verla, uno de los muchachos mayores, que habían encabezado valientemente la primera fila, le hizo una solemne reverencia y luego dio unos pasos hacia el huevo partido del que estaba saliendo un joven bronce, gimiendo mientras trataba de mantener el equilibrio sobre sus temblorosas patas.

—Ese muchacho tiene buena presencia de ánimo —dijo Robinton, que había estado observando la escena, aprobando con una inclinación de cabeza. Y añadió—: Esa cortesía es justo lo que Ramoth necesitaba. Los movimientos de sus ojos se aquietan y está retrayendo las alas. ¡Bien... bien!...

Siguiendo aquel ejemplo, dos más de los candidatos mayores hicieron una inclinación ante Ramoth y se dirigieron rápidamente hacia los huevos que habían empezado a agitarse violentamente con los esfuerzos de la Eclosión al intentar romper los cascarones. Aunque las siguientes reverencias fueron grotescas o demasiado parcas, Ramoth se fue apaciguando, aunque emitió curiosos pequeños ladridos cuando cada uno de los dragoncitos hizo su Impresión.

—Mira, ¡ha conseguido el bronce! ¡Lo merecía! —dijo Robinton, aplaudiendo a la pareja recientemente unida, que ahora se dirigía hacia la entrada de la Sala.

—¿Quién es ese muchacho? —preguntó Menolly.

—Es uno del Fuerte de Telgar. Ha adquirido la figura y el color del viejo Señor... y sus dotes.

—El joven Kirnety del Fuerte de Fort ha conseguido otro bronce —informó Menolly entusiasmada—. Ya te dije que lo haría.

—He estado equivocado antes de ahora y lo volveré a estar de nuevo, mi querida niña. La infalibilidad sería una lata —replicó el Maestro Robinton tranquilamente—. ¿Hay aquí muchachos de Ruatha, Jaxom?

—Dos, pero no los puedo distinguir desde este ángulo.

—Es una Eclosión de buen tamaño —dijo Robinton—. Hay abundancia de donde escoger.

Jaxom observó a cinco muchachos que habían rodeado un gran huevo cubierto de manchas verdes. Contuvo el aliento cuando la cabeza del pequeño dragón emergió, volviéndose a mirar a cada uno de los muchachos mientras se sacudía los fragmentos de caparazón del cuerpo.

—Y muchos muchachos desilusionados —dijo Jaxom, cuando el pequeño dragón pardo avanzó, pasando a los cinco candidatos, y salió a las arenas, canturreando lastimeramente, mientras agitaba la cabeza de un lado a otro. «¿Qué hubiera pasado —pensó Jaxom, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas— si Ruth no me hubiera encontrado conveniente?» Casi todos los candidatos habían salido ya de la Sala cuando él liberó a Ruth de aquel caparazón tan duro.

El pequeño dragón se cayó de bruces, y su nariz se enterró en la arena cálida. Se alzó, estornudó y volvió a gritar. Ramoth dio un grito de advertencia, y los muchachos que estaban junto a ella se retiraron a toda prisa. Uno de cabellos oscuros y piernas largas, con unas rodillas huesudas y cubiertas de cicatrices, estuvo a punto de caer sobre el pequeño pardo. Logró mantenerse en pie sacudiendo violentamente los brazos, empezó a retroceder y luego se detuvo, mirando fijamente al dragón. La Impresión se produjo.

Fue aquí. Tú estabas allí. Ahora estamos juntos, dijo Ruth, en respuesta a la emoción de Jaxom ante aquella escena.

Y Jaxom hubo de parpadear para contener las lágrimas que asomaron a sus ojos ante aquella reañrmación del nexo que le unía con Ruth.

—Todo va a terminar pronto —dijo Menolly, con voz lastimera—. ¡Me gustaría tanto que durara más!

—Yo diría que nos hemos pasado toda una tarde en esto —afirmó Robinton, señalando a Ramoth.
La reina miraba ahora con expresión iracunda a las parejas que iban saliendo, balanceándose de lado a lado.

—¿Crees que ahora que todos han eclosionado y han sido Impresionados su. humor mejorará? —preguntó Menolly.

—Y el de Lessa también. —Los labios de Robinton se crisparon—. Sin duda que, una vez que Ramoth pueda ser convencida de que ha de comer, ambas serán más benévolas.

—Eso espero.

La respuesta de Menolly fue en voz baja y anhelante, y a Jaxom le pareció que no estaba destinada a ser oída por Robinton, pues el Arpista se había vuelto para mirar hacia el fondo de las gradas, evidentemente buscando a alguien.

Sin embargo, Robinton la había oído, y dedicó a su Ayundante una cálida sonrisa.

—Es una lástima que no podamos aplazar este encuentro hasta que se haya producido la feliz restauración.

—¿No podré acompañarte?

—¿Para protegerme, Menolly? —Y el Arpista la cogió por un hombro, sonriendo afectuosamente—. No. Es una reunión privada, y no puedo desentonar incluyéndote en ella.

—Pero él sí puede ir... —Menolly señaló a Jaxom con el pulgar, mirándole resentida.

—Puedo... ¿qué?

—¿Es que no te ha dicho Lytol que se ha convocado un encuentro después de la Impresión? —preguntó el Arpista—. Ruatha debe asistir.

—No te podrían excluir en tu calidad de Maestro Arpista —dijo Menolly en voz baja.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —preguntó Jaxom, sorprendido por aquella actitud defensiva tan poco habitual en ella.

—Por que tu brillo se ha apagado...

—Ya basta, Menolly. Te agradezco tu preocupación, pero todas las cosas tienen que pasar, en la plenitud del tiempo. Mi mente no es ni sanguinaria, ni servil. Una vez Ramoth haya matado, tampoco tendré miedo de luchar contra un dragón. —Robinton le dio cariñosamente una palmada en el hombro.

La reina se dirigió hacia el exterior de la Sala y, mientras la observaban, emprendió el vuelo.

—¡Mira! Se va a comer —dijo el Arpista—. Ya no tengo nada que temer.

Menolly le dirigió una mirada larga y sardónica:

—Todo lo que deseo es poder estar contigo. Eso es todo.

—Ya lo sé... ¡Ah, Fandarel! —El Arpista se levantó gesticulando para atraer la atención del corpulento Maestro Herrero—. Ven, Señor Jaxom; tenemos asuntos que ventilar en la Cámara del Consejo.

Ese debía ser por el que Lytol le había insistido en que asistiera a la Eclosión. Pero ¿Lytol no tendría que estar allí, si el encuentro era tan importante como había dicho Menolly? A Jaxom le halagó la confianza de su tutor.

Los dos Maestros se encontraron en las gradas de abajo, se unieron a otros Maestros Artesanos que hacían inclinaciones de cabeza, saludando con mayor solemnidad de la que era habitual en una sesión de Eclosión. La insinuación de Menolly de que aquel iba a ser un encuentro poco usual, parecía confirmarse. Jaxom se asombró nuevamente de que Lytol no estuviera presente. Había estado de acuerdo, y Jaxom lo sabía, en apoyar a Robinton.

—Por un momento, pensé que Ramoth iba a impedir la Impresión —dijo Fandarel, saludando a Jaxom con una inclinación de cabeza—. Veo que me has abandonado a cambio de tu pasatiempo favorito, ¿eh, muchacho?

—Simple entrenamiento, Maestro Fandarel. Todos los dragones deben aprender a masticar pedernal.

—¡Por mi alma! —exclamó el Maestro Minero Nicat—. Nunca hubiera pensado que viviría lo suficiente para hacer esto.

Jaxom captó la expresión de advertencia del Maestro Arpista cuando estaba a punto de replicar con cierto enojo, justo a tiempo de volver a pensar su respuesta.

—Ruth es muy bueno en esos menesteres, gracias.

—Uno olvida a veces el paso del tiempo, Maestro Nicat —dijo Robinton con suavidad—, y que el crecimiento y la madurez también se dan en los que aún recordamos como niños. ¡Ah, Andemon!, ¿cómo te encuentras hoy?

El Arpista indicó al Maestro Granjero que se uniera a ellos, mientras caminaban por las arenas calientes.

Nicat se colocó detrás de Jaxom, riendo entre dientes.

—¿Enseñar al pequeño blanco a masticar pedernal? ¿No será esa la causa por la que algunas de nuestras reservas parecen haber disminuido por la mañana?

—Maestro Nicat, estoy entrenando en el Weyr de Fort, y tengo todo el pedernal que Ruth necesita allí mismo.

—¿Entrenando en el Weyr de Fort, dices? —La sonrisa de Nicat se ensanchó y su mirada cayó como un látigo sobre la mejilla de Jaxom—. ¿Con dragoneros, eh, Señor Jaxom?

Fue solamente la entonación que puso en aquel título... Nicat miró delante de sí, a los escalones que iban al weyr de la reina y a la cornisa donde Mnementh solía colocarse.

El bronce había ido a ver a su reina comer en la pradera de abajo. Jaxom buscó la blanca piel de Ruth junto al lago, y sintió la presencia mental de su dragón.

—Una buena Eclosión, con una pequeña dificultad para los principiantes, ¿eh? —dijo Nicat con ánimo de charla.

—¿Enviaste a tus muchachos a la Sala hoy? —preguntó Jaxom cortésmente.

—Sólo a uno esta vez. Dos muchachos ya habían ido a Telgar, a la última Eclosión, así que no hubo quejas. Aunque, si tienes una nidada de huevos de lagarto de fuego que se te está estropeando, yo no diría que no a una pareja.

La mirada de Nicat era franca, y ciertamente no sería ningún problema si Jaxom decidiera enseñar a Ruth a masticar pedernal y tuviera los sacos suficientes en las minas.

—En este momento no tenemos ninguna, pero nunca se puede saber cuando se encuentra una nidada.

—Sólo lo digo por si acaso. Son los peores enemigos para las siniestras y ruinosas culebras de túnel, por no hablar de la inteligencia que requiere descubrir bolsas de gas que nosotros ni siquiera olemos. Y a esas bolsas es a lo que dedicamos casi todas nuestras excavaciones actualmente.

El Maestro Minero parecía, por sus palabras, deprimido y preocupado. Jaxom se preguntó qué había en el ambiente aquellos días, qué producía aquella atmósfera general de ansiedad y tristeza.

Siempre le había caído bien el Maestro Nicat y, durante sus lecciones en la Mina, había adquirido respeto por aquel Maestro Artesano bajo y vigoroso, que tenía la cara cubierta de manchas negras procedentes de su trabajo de aprendiz bajo el suelo.

Mientras iban subiendo los escalones de piedra que conducían al Weyr de la reina, Jaxom volvió a desear no haber hecho a N'ton la promesa de no calcular tiempos. Tenía demasiadas gestiones que hacer durante el día para arriesgar una escapada por el ínter a las playas del Meridional, aunque a Ruth le habría complacido localizar una nidada.

Le hubiera gustado satisfacer al Maestro Nicat y encontrar también un huevo para Corana. Tampoco estaría mal favorecer al desafortunado Tegger, que ya debía haber aprendido cómo criar un lagarto de fuego. Pero no había manera, tenía las horas del día tan ocupadas que no podía realizar un viaje al Meridional precisamente ahora.

En el preciso momento en que llegaron a la entrada, un dragón bronce apareció rugiendo por encima de las Piedras Estelares. El dragón vigilante respondió. Y Jaxom observó que todos se habían detenido, escuchando aquel cambio de saludos. ¡Cascaras, pero qué nerviosos eran los de Benden! Se preguntó quién acababa de llegar.

El caudillo del Weyr de Ista, le informó Ruth.

¿D'ram? No era raro que los otros Caudillos del Weyr asistieran a las eclosiones, si bien, por lo general, a menos que hubiera una inminente Caída de Hebras en su propia área, venían especialmente a Benden. Jaxom ya había reconocido a N'ton, R'mart del Weyr de Telgar, G'narish de Igen, y T'bor de las Altas Extensiones, entre los reunidos. Luego recordó la conversación del Maestro Arpista sobre la Dama del Weyr de D'ram, Fanna. ¿Es que ella estaba peor?

Cuando llegaron a la Sala del Consejo, Nicat se apartó de él. Jaxom fijó su mirada en Lessa, sentada en la pesada silla de piedra de la Dama del Weyr, con expresión ceñuda, y se dirigió rápidamente a un rincón de la sala. A aquella distancia, los sagaces ojos de ella no podrían distinguir la cicatriz en su cara.

El Arpista había dicho que aquel no iba a ser un encuentro largo. Jaxom observó a los artesanos formar en fila, a los otros Caudillos de los Weyrs y a los Señores de los Fuertes mayores, pero no vio a ninguna de las Damas del Weyr, ni a ningún Lugarteniente, salvo a Brekke y F'nor.

D'ram llegó acompañado de F'lar y de un hombre más joven al que Jaxom no reconoció, aunque llevaba los colores de un Lugarteniente. Si a Jaxom le había trastornado el envejecimiento del Maestro Arpista, más le asombró el cambio experimentado en la apariencia de D'ram. Aquel hombre parecía haberse hundido en la pasada Revolución, y haberse convertido en un ser hosco, seco y frágil. El andar del Caudillo del Weyr de Istan era vacilante, y sus hombros caídos.

Lessa se levantó, con gesto rápido y gracioso, y salió al encuentro del de Istan, con las manos extendidas y una expresión inesperadamente compasiva. A Jaxom le pareció que ella había estado totalmente inmersa en sus reflexiones. Pero ahora, toda su atención se centraba en D'ram.

—Estamos todos reunidos, tal como pediste, D'ram —dijo Lessa, llevándole a la silla contigua a la suya y sirviéndole una taza de vino.

D'ram dio las gracias por el vino y por la bienvenida. Tomó un sorbo, pero, luego en lugar de sentarse, se volvió para dirigirse a los reunidos. Jaxom pudo ver entonces, en su rostro, las arrugas de la fatiga y los surcos de vejez.

—La mayoría de vosotros ya conocéis mi situación y la enfermedad de Fanna... —dijo, con voz baja y vacilante. Se aclaró la garganta e inspiró profundamente—. Deseo dimitir de mi cargo de Caudillo del Weyr de Istan. A ninguna de nuestras reinas les falta compañero, pero no tengo ánimos para seguir por más tiempo. Mi Weyr está de acuerdo. G'dened —D'ram señaló a uno de los hombres que le habían acompañado— ha ejercido las funciones de Caudillo durante las diez últimas Revoluciones, montado en su Barnath. Debía haber dimitido antes, pero... —sacudió la cabeza, sonriendo tristemente, y añadió—: —Esperábamos que la enfermedad pasara. —Alzó los hombros con esfuerzo—. Caylith es la reina de más edad y Cosira es una buena Dama del Weyr. Barnarth ya ha cubierto en vuelo a Caylith y ha habido una Eclosión fuerte y prolífica que les ha servido de prueba. —Vaciló, mirando fatigado a Lessa—. Era costumbre en la Época Antigua, cuando un Weyr se quedaba sin caudillo, dejar libre el primer vuelo de apareamiento de la reina en dicho Weyr a todos los jóvenes bronces. De este modo se podía elegir justamente a un nuevo caudillo. Yo me permito ahora invocar esta vieja costumbre.

Dijo todo esto en un tono casi beligerante, y no obstante su tono respecto a Lessa era suplicante.

—Entonces debe estar muy seguro del Barnath de G'dened —dijo R'mart, del Weyr de Telgar, en un tono de disgusto que se impuso a los murmullos de asombro.

G'dened, con una amplia sonrisa, intentaba no ser el blanco de todas las miradas.

—Deseo para Ista el mejor Caudillo —dijo D'ram ceremoniosamente, pesaroso por el comentario de R'mart sobre el vuelo de prueba—. G'dened, a mi juicio, ha probado su competencia; pero deberá probarla ante todos los presentes.

—Eso es hablar como es debido. —F'lar se levantó, alzando las manos para pedir silencio—. No pongo en duda que G'dened tiene grandes posibilidades, R'mart, pero la oferta de D'ram es excesivamente generosa en este momento crítico. Informaré a todos mis caballeros bronces, pero yo, por mi parte, sólo dejaré participar a aquellos cuyos dragones aún no hayan tenido la oportunidad de aparearse con una reina. No creo que sea justo crearle tantos inconvenientes a Barnarth ahora. ¿Qué os parece?

—¿Caylith no es una reina procedente de Benden? —preguntó el Señor Gorman, del Fuerte de Keroon.

—No; es miembro del séquito de Mirath. Pirath es la reina criada en Benden.

—¿Caylith es una reina Antigua?

—Caylith es reina de Istan —dijo F'lar rápidamente, con tono firme.

—¿Y G'dened?

—Yo nací en la Época Antigua —dijo éste con voz tranquila, pero la expresión con la que miró al Señor Gorman no tenía nada de amable.

—O sea, que es hijo de D'ram —afirmó el Señor Warbret de Ista, dirigiéndose directamente al Señor Gorman, como si tal cualidad fuera a destruir la tácita objeción del Señor del Fuerte.

—Gran hombre y gran estirpe —replicó Gorman, sin alterarse en absoluto.

—Es su caudillaje lo que está en cuestión, no su estirpe, —dijo F'lar—. La costumbre es buena...

Jaxom oyó claramente murmurar a alguien que aquella era la única costumbre buena de los Antiguos de la que él había oído hablar, y confió en que aquellos murmullos no se hubieran oído demasiado.

—D'ram quedaría en su derecho de seguir en el Weyr en espera del liderazgo —continuó F'lar, dirigiéndose a los Maestros Artesanos y a los Señores de los Fuertes—. Yo, por mi parte, le agradezco mucho su oferta y la buena disposición del Weyr de convocar al vuelo de apareamiento.

—Yo, todo lo que quiero es el mejor caudillo para mi Weyr —repitió D'ram—. Esta es la única manera de estar seguro de que Ista lo consigue. La única manera, la única adecuada.

Jaxom, conteniendo sus ganas de aplaudir aquellas palabras, echó una ojeada por toda la sala buscando reacciones favorables en los presentes. Al parecer, todos los Caudillos de los Weyrs estaban de acuerdo. Era lógico, pues cualquiera de sus caballeros podía resultar beneficiado por aquella propuesta.

Jaxom creía que el Barnath de G'dened cubriría a Caylith de un modo u otro. Así se demostraría que los Antiguos más jóvenes estaban hechos de buena madera. Nadie podría decir nada en contra del Caudillo de Ista una vez éste se hubiera sometido a la prueba de una competición.

—He manifestado cuál es la intención de Ista —dijo D'ram, elevando su cansada voz sobre el murmullo de las conversaciones—. Es voluntad de mi Weyr. Y ahora, debo volver. Señores, Maestros, Caudillos de los Weyrs, todos los presentes...

Hizo una rápida inclinación de cabeza a todos los reunidos, y una reverencia más ceremoniosa ante Lessa, que se levantó, le tocó el brazo en señal de simpatía y le cedió el paso.

Para sorpresa y desconcierto de Jaxom, todo el mundo se levantó cuando D'ram salió, pero el Caudillo del Weyr de Ista mantuvo la cabeza baja. Jaxom se preguntó si se habría dado cuenta del gesto espontáneo de respeto general, y sentía un nudo en su garganta.

—Yo también me despediré, a no ser que se me necesite —dijo G'dened, haciendo una solemne reverencia ante los Caudillos de Benden y luego ante los otros Caudillos.

—¿G'dened? —Al pronunciar su nombre, Lessa incorporó todo tipo de preguntas.

El hombre sacudió lentamente la cabeza.

—Informaré a todos los Weyrs cuando Caylith esté dispuesta para el vuelo. —Y siguió a D'ram a toda prisa.

Cuando el sonido de sus pasos se perdió en el corredor, empezaron a surgir voces. Los Señores de los Fuertes no estaban seguros de aprobar tal innovación. Los Maestros Artesanos al parecer, estaban divididos, si bien Jaxom se inclinaba a creer que Robinton había sabido de antemano la decisión de D'ram y que era neutral al respecto. Los Caudillos de los Weyrs expresaron su total aprobación.

—Espero que Fanna no fallezca hoy —oyó Jaxom que comentaba uno de los Maestros Artesanos con su vecino—. Una muerte ocurrida durante una Eclosión es mala señal.

—Además estropearía la fiesta. Me pregunto qué fuerza tiene el bronce de G'dened. Si ahora un caballero bronce de Benden entraba en Istan...

Al oír hablar de la fiesta, Jaxom sintió que su estómago ronroneaba por falta de alimento. Se había levantado temprano para su entrenamiento, como siempre, y sólo había tenido tiempo para vestirse convenientemente en su Fuerte. Así pues, empezó a deslizarse hacia la salida. Siempre podría obtener un rollo de carne o un pan dulce de alguna de las mujeres de las Cavernas Inferiores, y con ello calmar el hambre.

—¿Esto es todo lo que había que hablar en el encuentro? —preguntó el Señor Begamon del Fuerte de Nerat. Su voz rasposa cayó en un momentáneo silencio. Después continuó malhumorada—: ¿Es que los Weyrs todavía no se han enterado de quién se llevó el huevo? ¿Ni de quién lo devolvió? ¡Esto es lo que suponía que íbamos a escuchar hoy!

—El huevo fue devuelto. Señor Begamon —dijo F’lar, y tendió la mano a Lessa, instándola a levantarse.

—Ya sé que fue devuelto. Yo estaba aquí cuando ocurrió. También estuve cuando eclosionó.

F'lar, llevando a Lessa, cruzó la sala.

—Esta es otra Eclosión, Señor Begamon —dijo F'lar—. Una ceremonia feliz para todos nosotros. Habrá vino abajo.

Y los dos Caudillos del Weyr salieron de la sala.

—No lo entiendo. —Begamon se volvió, confuso, hacia el hombre que tenía a su lado—. Creí que hoy sabríamos algo nuevo.

—Tú sí —dijo F'nor, llevando a Brekke tras él—. Supiste que D'ram dimitía como Caudillo del Weyr de Ista.

—Eso no es asunto mío. —Begamon iba disgustándose cada vez más con las respuestas que oía.

—Eso es más asunto tuyo que cualquier especulación relacionada con el asunto del huevo —dijo F'nor, mientras salía de la sala con Brekke.

—Creo que esta es la única respuesta que vas a conseguir —le dijo Robinton a Begamon, con una triste sonrisa en el rostro.

—Pero... ¿Es que no van a hacer nada al respecto? ¿Van a dejar que los Antiguos los ofendan de este modo sin hacer nada?...

—A diferencia de los Señores de los Fuertes —explicó N'ton, avanzando hacia sus oyentes—, los dragoneros no pueden permitirse dar libre curso a sus pasiones u honores a costa de su principal deber, que es proteger a todo Pern de los ataques de las Hebras. Esta es la ocupación más importante de los dragoneros, Señor Begamon.

—Vamos, Begamon —dijo el Señor Groghe del Fuerte de Fort, cogiéndolo del brazo—. Es asunto del Weyr, y no nuestro, ya lo sabes. No podemos interferir. No debemos. Saben lo que están haciendo. Y el huevo fue devuelto... Mal asunto, lo de la esposa de D'ram. Me ha disgustado verlo marchar Es muy sensible... F'lar no lo dijo, pero este debe ser vino de Benden.

Jaxom vio al Señor Groghe escrutando las caras de los que le rodeaban.

—Ah, Arpista. ¿El vino debe ser de aquí, de Benden?

El Arpista asintió, y salió de la Sala del Consejo en compañía de los dos Señores, mientras Begamon seguía protestando por la falta de información. Jaxom los siguió, pues la sala iba quedando desierta. Y cuando llegó a la base de las gradas del Weyr, Menolly se le acercó de repente.

—Bien, ¿qué ha pasado? ¿Le hablaron finalmente?

—¿Quién tenía que hablar con quién?

—¿F'lar y Lessa, se dirigieron al Arpista?

—No había motivo para que lo hicieran.

—Pero sí lo había para que no lo hicieran. Bien, ¿qué sucedió?

Jaxom suspiró, como pidiéndole un poco de paciencia, mientras revisaba mentalmente lo que había ocurrido.

—D'ram vino para preguntar... no, para informar de que iba a dimitir como Caudillo del Weyr de Ista...

Menolly asintió, animándole a seguir su relato, como si todo aquello no fuera nuevo para ella.

—Dijo que iba a invocar una costumbre de los Antiguos para dejar abierto a todos los bronces el vuelo de apareamiento de la reina.

Los ojos y la boca de Menolly se abrieron de par en par, con una expresión de sorpresa.

—Esto los tiene que haber puesto en vilo. ¿Hubo protestas?

—Sí, por parte de los Señores de los Fuertes —Jaxom sonrió—. Por parte de los Caudillos de los Weyrs, no. Excepto R'mart, que hizo una observación, de pasada, sobre G'dened: dijo que, dado su gran vigor, no habría quien compitiera con él.

—No conozco a G'dened, pero sé que es hijo de D'ram.

—Eso no siempre es significativo.

—Es verdad.

—D'ram siguió diciendo que deseaba el mejor Caudillo para Ista, y que éste era el mejor procedimiento para conseguirlo.

—Pobre D'ram...

—Querrás decir «pobre Fanna».

—No, pobre D'ram. Pobres de nosotros. Era un Caudillo muy fuerte. ¿Y el Maestro Robinton, no dijo nada? —Menolly dejó de lado sus reflexiones sobre D'ram, para ocuparse de asuntos más importantes para ella.

—Habló con Begamon.

—¿Y con los Caudillos de los Weyrs, no?

—No tenía motivo. ¿Por qué?

—Bueno... han sido amigos tan íntimos durante tanto tiempo... y son injustos al respecto. El tenía que haberse explicado. Los dragones no pueden luchar contra los dragones.

Jaxom asintió calurosamente. Su comentario fue coreado por un ruido en su estómago tan audible que Menolly lo miró fijamente. Jaxom se sintió dividido entre el embarazo y la diversión ante tal traición interna.

Finalmente triunfó la risa y, aunque pidió disculpas a Menolly, él pudo darse cuenta de que aquel incidente había triturado su sentido del ridículo.

—Vamos. No puedo obtener sentido común de ti hasta que no hayas gozado de una buena comida.

La comida no era lo más importante de las fiestas de la Eclosión ni lo más memorable. Los dragoneros se mostraron muy moderados. Jaxom no intentó adivinar hasta qué punto había influido la dimisión de D'ram o el robo del huevo. Prefirió no pensar más en todo aquello. Se sentía incómodo en compañía de Menolly, pues tenía el presentimiento de que ella sabía que había sido él quien había devuelto el huevo. El hecho de que ella no dijera nada sobre sus sospechas aún le preocupaba más, porque se daba cuenta de que ella lo hacía a propósito para dejarle en la incertidumbre. Tampoco tenía especial interés en compartir una mesa con F'lessan y Mirrim, pues podían darse cuenta de sus cicatrices de Hebras. Benelek no era para él una compañía agradable en ningún momento, y a buen seguro no hubiera estado a gusto tomando asiento en las mesas principales, a las que su rango le daba derecho.

A Menolly se la había llevado Oharan, el Arpista del Weyr, y los oyó cantar. Si hubiera sido música nueva se hubiera quedado con ellos, solo por formar parte de algún grupo. Pero los

Señores de los Fuertes estaban pidiendo sus canciones favoritas, y lo mismo hacían los orgullosos padres de
los muchachos que habían Impresionado.

Ruth estaba gozando con la emocionante fiesta de los dragones recientemente eclosionados, pero echó de menos los servicios de los lagartos de fuego.

No les gusta estar encerrados en el Weyr de Brekke, le dijo a su caballero. ¿Por qué no pueden salir? Ramoth está dormida y tiene la tripa llena. Ni siquiera se daría cuenta...

—No estés tan seguro de eso —le contestó Jaxom levantando la vista hacia Mnementh, que estaba sobre la cornisa de la reina, con sus brillantes ojos fijos en el otro lado del cada vez más oscuro Cuenco del Weyr.

Finalmente, Jaxom y Ruth se fueron de la fiesta tan pronto como la cortesía les permitió hacerlo.

Mientras iban trazando círculos hacia el Fuerte de Ruatha, Jaxom empezó a preocuparse por Lytol. Su tutor quedaría muy trastornado, cuando Fanna muriera y la reina se suicidara. Hubiera querido no tener que llevar la noticia de la dimisión de D'ram. Sabía que Lytol tenía un gran respeto al Antiguo. Se preguntó cuál sería la reacción de Lytol ante el asunto del vuelo de apareamiento.

Lytol no hizo sino gruñir, mover enérgicamente la cabeza, y preguntar a Jaxom si se había debatido algo más respecto al asunto del robo del huevo. Ante el relato de Jaxom sobre la queja del Señor Begamon, Lytol emitió otro gruñido desganado y despectivo. Luego preguntó si había huevos de lagarto de fuego disponibles. Dos colonos más le habían pedido huevos con insistencia. Jaxom dijo que le preguntaría a N'ton por la mañana.

—Teniendo en cuenta el mal olor de los lagartos de fuego, me pregunto quién los necesita —observó el Caudillo del Weyr de Fort, al día siguiente, cuando Jaxom le transmitió el recado—. O quizá por eso, precisamente, por lo que hay tanta demanda... Todos están convencidos de que nadie más los va a necesitar, y por eso ahora los piden. No, no tengo ninguno... Pero quería hablar contigo. El Weyr de Fort vuela mañana con el Weyr de las Altas Extensiones durante la Caída más septentrional. Si fuera sobre Ruatha, te pediría que te unieras al ala de aprendices del Weyr. Pero, tal como están las cosas, creo que es mejor que no lo haga. ¿Lo comprendes?

Jaxom asintió, pero dio a entender a N'ton que podría combatir con Ruth la próxima vez que las Hebras cayeran sobre Ruatha.

—Lo discutí con Lytol —dijo sonriente N'ton, cuyos ojos centelleaban—. El razonamiento de Lytol es que estarías muy arriba sobre la tierra, y nadie en Ruatha se daría cuenta de que el Señor del Fuerte estaba arriesgando su vida; por tanto, nada de ello se sabría en Benden.

—Arriesgo mi vida y mi cuerpo mucho más en Tierra con la cuadrilla del lanzallamas.

—Es muy probable, pero seguimos sin desear que alguien le cuente la verdad a Lessa y a F'lar. He recibido un buen informe tuyo de K'nebel. Ruth es todo lo que me dijiste que podría ser: rápido, inteligente y desacostumbradamente veloz en el aire. —N'ton volvió a sonreír—. Entre tú y yo; K'nebel dice que la pequeña bestia cambia la dirección con la cola. Su principal preocupación es que algunos llegen a creer que sus dragones pueden hacer lo mismo, con lo cual tendríamos montones de caballeros accidentados.

Así fue como, a la mañana siguiente, mientras el Weyr combatía la Caída de las Hebras, Jaxom buscó a Ruth y se dirigieron hacia el lago para darse un buen chapuzón y nadar.

Los lagartos de fuego limpiaron las crestas del cuello de Ruth y Jaxom lavó cuidadosamente la cicatriz de su pierna. De repente, el dragón blanco empezó a sollozar. Alarmándose, Jaxom miró a su alrededor y vio que los lagartos de fuego habían suspendido sus trabajos. Todos tenían las cabezas alzadas, como si estuvieran oyendo algo que Jaxom no podía oír.

—¿Qué pasa, Ruth?

La mujer se está muriendo.

—Llévame de vuelta al Fuerte, Ruth. Date prisa.

Los dientes de Jaxom rechinaron cuando la ropa mojada rozó su cuerpo en el frío del ínter. Luego, miró hacia el dragón vigilante en las alturas de fuego. Era muy extraño, pero la bestia estaba tranquilamente tomando el sol, y se podía suponer que estaba enterado de la noticia de la muerte.

Es que ahora todavía no está muriendo, dijo Ruth.

A Jaxom le tomó un momento darse cuenta de que Ruth, actuando por propia iniciativa, había retrocedido en el tiempo a poco antes de que los lagartos de fuego les avisaran junto al lago.

—Prometimos no viajar en el tiempo, Ruth. —Jaxom podía darse cuenta de las circunstancias, pero no le gustaba la idea de faltar a su palabra, fuera por el motivo que fuera.

Fuiste tú quien lo prometió. Yo no. Lytol te necesitará a tiempo.

Ruth dejó a Jaxom en el patio, y el joven Señor se lanzó escaleras arriba hacia la sala principal. Sorprendió al sirviente que estaba barriendo el comedor, preguntándole por el paradero de Lytol.

El sirviente creía que el Señor Lytol estaba con el Maestro Brand. Jaxom sabía que Brand guardaba vino en su oficina, pero entró en la despensa, cogió un pellejo de vino y dos tazas, y avanzó a zancadas hacia la sala interior, subiendo los escalones de dos en dos. Empujando la pesada puerta con sus fuertes hombros, accionó la aldaba con el codo derecho y continuó, sin detener apenas su marcha, corredor abajo hacia las habitaciones de Brand.

En el preciso instante en que abría la puerta de golpe, el pequeño lagarto de fuego azul de Brand iniciaba aquella misma pose de atención que había alertado a Jaxom en el lago.

—¿Qué ocurre, Señor Jaxom? —gritó Brand, poniéndose en pie.

El rostro de Lytol mostró su desaprobación por aquel modo ineducado de presentarse, e iba a comenzar a hablar cuando Jaxom señaló al lagarto de fuego.

El azul había vuelto rápidamente a sentarse sobre sus patas, abrió las alas e inició el estridente y fuerte ulular característico de los lagartos de fuego. El rostro de Lytol perdió todo su color, y entonces los presentes oyeron los gritos, igualmente penetrantes pero más profundos, del dragón vigilante y de Ruth, anunciando ambos el paso de un dragón reina.

Jaxom sirvió vino en una taza y se la tendió a Lytol.

—No sirve para evitar el dolor, ya lo sé —dijo en tono brusco—, pero te puedes emborrachar lo suficiente para no oír ni recordar nada.

COMIENZOS DEL VERANO, TALLER DEL ARPISTA Y FUERTE DE RUATHA, 15.7.3

La primera advertencia que recibió Robinton, le llegó de Zair. El lagarto de fuego había despertado repentinamente de un profundo sueño matinal al sol, en la cornisa de la ventana, y voló al hombro de Robinton, enrollando firmemente la cola en torno al cuello del Arpista.

Robinton no quiso rechazar a su amigo, pero intentó aliviar la presión de la cola, que le producía una fuerte sensación de ahogo. Zair frotaba su mejilla contra la del Arpista, canturreando.

—¿Qué diablos te pasa?

En aquel preciso momento, los dragones de las alturas de fuego se alzaron sobre sus patas traseras y rugieron. Un dragón apareció a media altura, respondiendo a las llamadas antes de iniciar un círculo para tomar tierra.

Alguien golpeó la puerta abriéndola inmediatamente, sin que mediara cortesía alguna. Robinton estaba a punto de iniciar una reprimenda cuando, al volverse en redondo sobre su silla, vio a Menolly, que llevaba a Beauty aferrada a su hombro, mientras Rocky, Diver y Poli ejecutaban un baile aéreo en torno a la muchacha.

—Aquí están, F'lar y Mnementh —gritó ella.

—Acabo de darme cuenta, querida. ¿Por qué estás asustada?

—¿Asustada? No estoy asustada. Estoy nerviosa. Es la primera vez, desde que robaron el huevo, que Seden acude a ti.

—Entonces sé amable y dile a Silvina que traiga algunos panes dulces para comer con nuestro klah. Aún —añadió suspirando— es demasiado temprano para ofrecer vino.

—No es demasiado temprano en Benden —dijo Menolly al salir de la sala.

Robinton volvió a suspirar tristemente, mirando hacia el portal, que estaba desierto. Se había lamentado de la marginación del Taller del Arpista en el Weyr de Benden. Lo había hecho a su manera. Pero ahora intentaba apartar todo aquello de su pensamiento. No había habido ninguna señal de disgusto en la respuesta de Mnementh al saludo del dragón vigilante.

Entonces, ¿qué había traído a F'lar a Benden? Y, lo más importante, ¿venía el Caudillo del Weyr con el conocimiento de Lessa? ¿Y con su consentimiento?

Mnementh había aterrizado ya. F'lar estaría cruzando a zancadas la pradera. Robinton empezó a sentir una gran impaciencia, una impaciencia mayor en aquel último recorrido de la que había sentido durante las cuatro semanas de frialdad entre el Weyr y el Taller.

Robinton se levantó y avanzó hacia la ventana en el preciso instante en que F'lar entró en el patio interior. Caminaba con grandes zancadas, pero era su modo habitual de caminar, así que no parecía tener ninguna prisa especial. Entonces, ¿por qué motivo había venido al Taller?

F'lar habló con un viajero que estaba cargando a un animal corredor. Los lagartos de fuego se habían congregado en el tejado. Robinton vio cómo F'lar levantaba la cabeza y los miraba.

El Arpista dudó, por un momento, si debía pedirle a Zair que se fuera mientras F'lar estuviese presente. No tenía sentido exteriorizar resentimientos en aquellos momentos.

F'lar ya había entrado en el Taller. Por la ventana abierta, Robinton pudo oír la voz del Caudillo del Weyr y la pausa que precedía a una respuesta. ¿Silvina? No, era más probable que fuera su Ayudante, pensó sonriendo para sí, que esperaba al Caudillo del Weyr. Sí, no se equivocaba. Podía oír las voces de Menolly y de F'lar, que iban subiendo ya las escaleras. Los tonos de las voces no denotaban ninguna alteración. ¡Buena chica! ¡Bien hecho!

—Ah, Robinton. Menolly me informa de que sus lagartos de fuego denominan a Mnementh como «el más grande» —dijo F’lar, con una leve sonrisa en su rostro, al entrar en la sala.

—Son parcos para conceder halagos, F'lar —replicó Robinton, cogiendo la bandeja de Menolly, que se retiró, cerrando la puerta. Aunque su ausencia no evitaría que ella supiera lo que se iba a hablar, no con Beauty pegada a Zair.

—No hay problemas en Benden, ¿no? —le preguntó Robinton al Caudillo del Weyr, ofreciéndole una taza de klah.

—No, no hay problemas. Pero hay un misterio que creo que podrías resolvernos.

—Si me es posible, lo haré de buen grado —dijo el Arpista, invitando a F'lar a sentarse.

—No podemos encontrar a D'ram.

—¿A D'ram?

—Sí. Está vivo. Lo sabemos. Pero ignoramos dónde está.

—Seguramente Ramoth podría localizar a Tiroth.

F'lar negó con la cabeza:

—Quizá debí haber dicho cuándo está.

—¿Cuándo? ¿D'ram viajó en el tiempo a algún sitio? Quiero decir, ¿a algún momento?

—Es la única explicación. Y no podemos entender cómo pudo haber retrocedido. Retrocedido a su propia Época. No creemos que Tiroth tenga tanta fuerza. Viajar en el tiempo, ya lo sabes, es agotador, tanto para el dragón como para su caballero. Pero D'ram se ha ido.

—Seguramente, era de esperar —dijo Robinton lentamente, con su atención centrada en ais posibilidades del cuándo.

—Sí, era de esperar.

—¿Pero puede haber ido al Weyr Meridional?

—No. Ramoth no tendría dificultad en localizarle allí. Y G'dened retrocedió una buena distancia antes de la Caída de las Hebras en Ista, pensando que D'ram se habría quedado donde están sus recuerdos.

—El Señor Warbret ofreció a D'ram una de aquellas calas del Sur de la isla de Ista. Parecía agradable. —Como F'lar negara bruscamente esta idea, el Arpista añadió—: Sí, era bastante agradable.

F'lar se levantó inquieto, dando zancadas por la Sala, y volviéndose de nuevo al Arpista.

—¿No tienes idea de dónde ha podido ir ese hombre? Tú lo trataste mucho. ¿No puedes recordar nada?

—En los últimos días casi no hablaba. Sólo se quedaba sentado, cogiendo la mano de Fanna. —Robinton tragó saliva. A pesar que estaba acostumbrado a aceptar la mortalidad, la devoción de D'ram por su Dama del Weyr y su dolor silencioso por la muerte de ella llenaron de lágrimas los ojos del Arpista—. Le ofrecí mi hospitalidad por medio de Groghe y Sangel. Me figuro que podría haber ido a alguna parte de Pern y ser bien acogido. Está claro que prefiere la compañía de sus recuerdos. ¿Hay algún motivo para averiguar dónde está?

—No, salvo nuestra natural preocupación por él.

—Oldive dijo que estaba totalmente en posesión de sus facultades mentales, F'lar, si es eso lo que te preocupa.

F'lar hizo una mueca, y se echó hacia atrás con brusquedad un rizo de su cabello que invariablemente le caía sobre los ojos cuando estaba nervioso.

—Francamente Robinton, es Lessa. Ramoth no puede encontrar a Tiroth. Lessa está segura de que ya ha retrocedido lo suficiente en el tiempo como para suicidarse sin darnos un disgusto. Está en el carácter de D'ram hacerlo de esa forma.

—Bueno, es una opinión suya —dijo Robinton con suavidad.

—Ya sé, ya sé. Y nadie tiene motivos para creerla, pero Lessa está muy preocupada. D'ram puede haber dimitido, Robinton, pero sus conocimientos y sus opiniones eran valiosos y merecían estima. Precisamente ahora más que nunca. Le necesitamos urgentemente... necesitamos tenerlo con nosotros.

Por un momento, Robinton consideró la posibilidad de que D'ram se hubiera dado cuenta de esto y deliberadamente se hubiera puesto, con Tiroth, fuera del alcance de todos. Pero rechazó la idea: D'ram hubiera servido a Pern y a los dragoneros en cualquier ocasión.

—Es posible que simplemente necesite tiempo para superar su dolor, F’lar.

—Estaba agotado por las atenciones que le dedicaba a Fanna. Ya lo sabes. Es posible que también estuviera enfermo, y ¿quién iba a ocuparse de él? Ambos estamos preocupados.

—Dudo en sugerirte esto, pero ¿ha hecho Brekke la prueba con los lagartos de fuego, con los suyos y los del Weyr de Ista?

Una contracción apareció en el gesto preocupado de la boca de F'lar.

—Ah, sí. Ella ha insistido. Pero no ha tenido suerte. Los lagartos de fuego necesitan instrucciones para ir por el intertiempo, exactamente igual que los dragones.

—No quise decir exactamente que se les enviara. Quiero decir que se les pida que recuerden a un dragón bronce solitario.

—¿Pedir a esas criaturas que recuerden? —F'lar soltó una carcajada de incredulidad.

—Lo digo en serio, F'lar. Tienen una buena memoria y se puede aprovechar. Por ejemplo: ¿cómo pudieron los lagartos de fuego haber sabido que la Estrella Roja...?

Pero al llegar aquí fue interrumpido por un grito de protesta de Zair, que se lanzó tan rápidamente del hombro de Robinton que le llenó el cuello de arañazos.

—¡Yo mencionaré esto en su presencia! —dijo Robinton, pasándose la mano por la herida—. Lo que quiero decir, F'lar, es que todos los lagartos de fuego sabían que la Estrella Roja era peligrosa y no podía ser alcanzada, antes de que F'nor y Canth intentaran ir allá. Si puedes hacer que un lagarto de fuego ate cabos cuando mencionas a la Estrella Roja, dicen que recuerdan que tuvieron miedo de ella. ¿Ellos? ¿O son sus antepasados, cuando nuestros antepasados intentaron por primera vez ir allí?

F'lar lanzó sobre el Maestro Arpista una mirada larga e inquisitiva.

—Esta no es la primera de sus memorias, que ha demosirado ser absolutamente fidedigna —siguió diciendo Robinton—. El Maestro Andemon cree totalmente posible que estas criaturas puedan recordar acontecimientos poco corrientes que uno de ellos haya vivido o sentido. El instinto siempre juega un papel primordial en los animales. ¿Y por qué no también en sus memorias?

—No estoy seguro de entender qué vas a hacer para conseguir que está... esta memoria de los lagartos de fuego sirva para encontrar a D'ram, donde quiera que haya ido.

—Es sencillo. Pídeles que recuerden si han visto a un dragón solitario. Es un acontecimiento bastante extraño como para que llame la atención... y se grave en el recuerdo.

A F'lar no le acababa de convencer el procedimiento.

—Bien; creo que podemos pedirle a Ruth que se lo pregunte.

—¿A Ruth?

—Cuando no había un solo lagarto de fuego que no estuviera mortalmente asustado de los otros dragones, todos se agruparon en torno a Ruth. Y Jaxom me ha contado que hablan con su blanco donde quiera que le encuentran. Habiendo tantos, ¡alguno habrá que recuerde lo que le pedimos!

—Si pudiera aliviar los miedos de Lessa, yo llegaría a olvidar mi antipatía por esos supuestos.

—Confío en que recordarás esto que dices —dijo Robinton, sonriendo para suavizar la crítica.

—¿Vendrás conmigo al fuerte de Ruatha?

En aquel momento, Robinton recordó las quemaduras de las Hebras que había sufrido Jaxom. Por supuesto, ya debían estar curadas. Pero no podía recordar si N'ton había discutido lo de la preparación de Jaxom en el Weyr de Benden.

—¿No tendríamos que averiguar si Jaxom está en el Fuerte?

—¿Por qué no habría de estar? —preguntó F'lar, ceñudo.

—Porque es frecuente que esté por los alrededores, inspeccionando la zona, o en el Taller de Fandarel, con los otros jóvenes.

—Ya veo. —F'lar apartó la mirada del Arpista, y se asomó a la ventana, mirando al vacío—. No. Mnementh dice que Ruth está en el Fuerte. Como ves, dispongo de mi propio mensajero —añadió F’lar con una sonrisa.

Robinton pensó que Ruth le diría a Jaxom que Mnementh había hablado de él. Hubiera querido tener tiempo para enviar a Zair con un mensaje a Ruatha, pero no tenía ningún pretexto y, por supuesto, ningún deseo de comprometer la gestión de F'lar.

—Más digno de confianza que el mío, y de mayor alcance que el corto hilo de Fandarel. —Robinton se puso la chaqueta gruesa y el yelmo que usaba para los vuelos—. A propósito de Fandarel; él ya tiene sus propias líneas que llegan hasta las minas de Crom, ya lo sabes. —Al salir, hizo un gesto a F'lar para que le precediera.

—Sí, ya sé. Este es otro motivo más para localizar a D'ram.

—¿Tú crees? —dijo F'lar, sin poder contener la risa ante la sutil pregunta del Arpista. Robinton deseó vehementemente que aquella visita enmendara la relación entre ambos.

—¿No ha estado también Nicat de visita en tu casa, Robinton? ¿Para ir al sur, a esas minas?

—¿Las que Toric ha estado explorando?

—Pensé que lo sabrías.

—Sí, sé que Nicat está preocupado por el asunto de las minas. Las vetas se están haciendo muy pobres en mineral. Fandarel está mucho más preocupado que Nicat; necesita metales de la mejor calidad.

—Una vez hayamos dejado penetrar a los gremios en el Sur, los Señores de los Fuertes presionarán para entrar...

Al decir esto, F'lar bajó instintivamente la voz, aunque el patio que cruzaban en aquel momento estaba vacío.

—El Continente Meridional es lo suficientemente vasto como para apoderarse de todo el Norte y aplastarlo. ¿Por qué nosotros, sólo hemos tocado sus bordes, F'lar? ¡Por el Gran Huevo! —Robinton se dio una palmada en la frente—. ¡Hablar de lagartos de fuego y de memorias asociativas! ¡Eso es! Ahí es donde ha ido D'ram.

—¿Adonde?

—Al menos, yo creo que allí es donde puede haber ido.

—¡Habla, hombre! ¿Adonde?

—Pero creo que el problema sigue siendo cuándo. Y Ruth sigue siendo nuestra clave.

Les quedaban sólo unas cuantas longitudes de dragón para llegar hasta donde estaba Mnementh, en la pradera. Zair revoloteaba por encima de la cabeza de Robinton, chillando ansiosamente, muy lejos del dragón bronce. Se negó a descender sobre los hombros de Robinton, a pesar de que el Arpista le había indicado que aterrizara.

—Voy a Ruatha, con el dragón blanco, con Ruth. Únete allí a nosotros allí, criatura boba, si no quieres ir montado sobre mis hombros.

—Mnementh no entiende a Zair —dijo F'lar.

—Me temo que este sea el otro camino que todavía hay que recorrer —dijo Robinton.

Una expresión de enfado apareció en los ojos del caballero bronce.

—No ha habido ningún dragón que llameara a un lagarto de fuego.

—No aquí, Caudillo del Weyr, no aquí. Pero todos ellos recuerdan haberlo visto. Y los lagartos de fuego solamente pueden contar lo que ellos o uno de ellos han visto de veras.

—Entonces, vayamos a Ruatha y averigüemos si algún lagarto de fuego ha visto a D'ram.

Así que, los lagartos de fuego todavía eran seres amables, pensó tristemente Robinton, mientras se encaramaba sobre el lomo de Mnementh para sentarse detrás de F'lar. Deseó que Zair no se hubiera mostrado tan cauteloso con Mnementh.

Jaxom y Lytol estaban ya en las escaleras del Fuerte cuando Mnementh rugió su nombre al dragón vigilante y empezó a trazar círculos para aterrizar en el amplio patio. Mientras se saludaban, Robinton miró la mejilla de Jaxom para ver si las cicatrices de las Hebras eran aún visibles. Sin embargo, no pudo ver la menor señal, y llegó a preguntarse si no se habría equivocado de mejilla. Tuvo la esperanza de que Ruth también se hubiera curado. Por supuesto, F'lar estaba tan preocupado con el asunto de D'ram, que no se daría cuenta de si Ruth o Jaxom tenían alguna herida.

—Ruth me ha dicho que Mnementh ha preguntado por él, F'lar —informó Jaxom—. Confío en que todo ande bien.

—Ruth posiblemente pueda ayudarnos a encontrar a D'ram.

—¿Encontrar a D'ram?... ¿Así que aún no...? —Jaxom hizo una pausa y miró ansiosamente a Lytol, que balanceaba la cabeza con el ceño fruncido.

—No, pero ha retrocedido en el tiempo a algún momento —dijo Robinton—. Yo he pensado que quizá si Ruth se lo pide a los lagartos de fuego, ellos se lo contarán.

Jaxom se quedó mirando al Arpista, que se preguntó por qué el muchacho le miraba tan perplejo y, lo que era más extraño, tan asustado. A Robinton tampoco se le escapó la rápida ojeada de Jaxom a F'lar, ni su gesto de tragar nerviosamente.

—Recuerdo haberte oído comentar que los lagartos de fuego le contaban cosas a Ruth con frecuencia —Robinton siguió hablando como al azar, dándole tiempo a Jaxom para recuperarse de su desconcierto. ¿Qué sería lo que preocupaba al muchacho?

—¿Dónde? Es posible. Pero ¿cuándo. Maestro Robinton?

—Tengo la intuición de que sé dónde fue D'ram. ¿Sería de alguna utilidad si lo dijera?

—No estoy seguro de entender —dijo Lytol, mirando a uno y a otro—. Bien, ¿qué es todo eso? —Lytol había estado guiando a sus visitantes al interior del Fuerte hacia su pequeña sala privada. Sobre la mesa, había vino y algunas tazas, además de queso, pan y fruta.

—Bien —dijo Robinton, mirando el pellejo de vino—, voy a explicaros...

—Y acabarás seco, te lo aseguro —dijo Jaxom, avanzando a zancadas hacia la mesa para servir el vino—. Es vino de Benden, Maestro Robinton. Del mejor, para nuestros distinguidos visitantes.

—El muchacho está madurando, Lytol —dijo F'lar, cogiendo la taza y alzándola en gesto de aprobación hacia Lytol.

—El muchacho ya ha madurado —replicó Lytol, con un leve gruñido—. Y ahora, respecto a esos lagartos de fuego...

Zair apareció a media altura, dando chillidos, planeó hacia los hombros de Robinton, enrollando su cola apretadamente en torno al cuello del Arpista, y volvió a chillar en tono nervioso una vez estuvo seguro de que Robinton no había sufrido daño alguno al montar al «más grande».

—Dispensa —dijo Robinton, y calmó a Zair hasta que se calló.

Luego empezó a explicarle a Lytol su teoría de que los lagartos de fuego compartían una serie de conocimientos comunes que explicarían su temor. Se aclaró la garganta y señaló hacia el Este como pasando por alto las extravagancias de su bronce. Los lagartos de fuego eran capaces de comunicar emociones fuertes, como evidenciaba la llamada de Brekke a Canth aquella noche fatal. Habían tenido aquella disputa sobre el huevo de la reina y todos habían estado muy nerviosos hasta que el huevo eclosionó adecuadamente. Parecía que recordaban la visión del huevo junto a una negra nada, y que también recordaban haber sido víctimas de las llamas de los dragones.

En varias ocasiones, Jaxom había contado que los lagartos de fuego le habían explicado a Ruth cosas increíbles que, según decían, recordaban haber visto. Y si todo aquel despliegue de curioso talento de los animales no era sino el sueño de criaturas estúpidas —tuvo que aplacar a un Zair ultrajado—, podía ser probado con la cooperación de Ruth.

D'ram, al parecer, se había ido por iniciativa propia, en un momento en que Ramoth no llegaba a alcanzar las intenciones de su dragón. Todo aquello disgustaba a Ramoth y a Lessa, a quienes preocupaba que D'ram estuviera corriendo algún riesgo. A pesar de su dimisión como Caudillo del Weyr, Pern seguía necesitándole y seguía reservándole su puesto. En ningún caso se quería perder el contacto con él.

—Y bien —siguió diciendo Robinton—, ha habido ocasiones, en Revoluciones recientes... —Se aclaró la garganta, miró a F'lar esperando su aprobación y al recibir la correspondiente inclinación de cabeza, continuó—: ...ocasiones en que me he aventurado hacia el Sur. En una

de ellas, Menolly y yo nos vimos apartados de nuestro itinerario por los fuertes vientos, lejos hacia el Este, en donde fuimos a parar, en busca de descanso, a una hermosa cala. Las arenas eran blancas, los árboles, de fruta roja, abundantes, y las aguas de la caverna rebosantes de peces de cola amarilla, y peces blancos del tamaño de un dedo. El sol era tibio y había un riachuelo, que brotaba a poca distancia en el interior, de aguas tan dulces como el vino. —Miró anhelante hacia su taza. Con una carcajada, Jaxom volvió a llenársela—. Se lo conté a D'ram, aunque he olvidado por qué. Tengo suficientes motivos para creer que se lo describí lo bastante bien para que un dragón de las habilidades de Tiroth pudiera encontrar el camino.

—D'ram no desearía ocasionar problemas allí —dijo Lytol lentamente—. Iría cuando los Antiguos no estuvieran en el Sur. Un salto atrás de diez o doce Revoluciones no sería exigir demasiado a Tiroth.

—Hay un aspecto, Robinton, que quizá complique las cosas —dijo F'lar—. Si estas criaturas pueden recordar acontecimientos importantes que les ocurrieron a sus antecesores —había un tono escéptico en su voz—, entonces ninguno de los lagartos de fuego que hay aquí podría tener los datos que necesitamos. No tienen antepasados en esta área. —F'lar señaló a Zair—. El es de la Eclosión que Menolly trajo de más abajo del Fuerte Marino del Semicírculo, ¿verdad?

—Los lagartos de fuego de todas partes se reúnen en torno a Ruth —dijo Robinton, mirando al joven Señor en espera de que apoyara sus palabras.

—F'lar ha dado en el clavo —dijo Jaxom.

—No, si vas a esa cala, Jaxom. Estoy seguro de que la fascinación que todos los lagartos de fuego sienten por Ruth funcionará también allí.

—¿Es que quieres que vaya al Continente Meridional?

Robinton notó la incredulidad y el repentino interés que expresaban los ojos de Jaxom. ¡Vaya!, el muchacho había descubierto que volar sobre un dragón que respirara fuego no era suficiente para sentirse satisfecho de la vida.

—No quiero que nadie vaya al Meridional —replicó F'lar—, puesto que... forma parte de nuestro acuerdo. Pero no veo otra manera de encontrar a D'ram.

—La cala está muy lejos del Weyr Meridional —dijo Robinton con suavidad—, y ya sabemos que los Antiguos no se aventuran lejos del Weyr.

—Se aventuraron bastante lejos del Weyr no hace mucho, ¿no? —dijo F'lar con una gran vehemencia en la voz y un furioso brillo en sus ojos color ámbar.

Robinton vio con desilusión que las diferencias entre el Taller del Arpista y el Weyr de Benden sólo habían sido aparentemente superadas.

—Señor Lytol —siguió diciendo el Caudillo del Weyr de Benden—. Soy remiso en este punto. ¿Nos concedes tu permiso para enrolar a Jaxom en esta búsqueda?

Lytol sacudió la cabeza y miró a Jaxom.

—Es algo que sólo a él corresponde decidir.

Robinton vio que F'lar asumía las implicaciones que aquello comportaba, y dirigió a Jaxom una mirada larga y penetrante. Luego sonrió:

—¿Cuál es tu respuesta, Señor Jaxom?

Con encomiable aplomo, pensó Robinton, el joven inclinó la cabeza.

—Es para mí motivo de orgullo poder ayudar, Caudillo del Weyr.

—¿No tendrás ningún mapa del Continente Meridional en este Fuerte, verdad? —preguntó F'lar.

—En realidad, sí. —Y Jaxom añadió una explicación apresurada—: Fandarel nos dio algunas sesiones de cartografía en este mismo Taller.

Los mapas, no obstante, estaban incompletos. F'lar los reconoció, pues eran copias de la primera exploración que hizo F'nor en el Continente Meridional, cuando el Lugarteniente de Benden había devuelto la primera nidada de Ramoth diez Revoluciones antes para que una durara, cuando la siguiente Caída de las Hebras aún no se hubiera producido; una empresa de éxito parcial.

—Tengo mapas más precisos de la costa —dijo Robinton como al azar, escribiendo una nota a Menolly que luego sujetó al broche del collar de Zair. Envió al pequeño bronce de regreso al Taller del Arpista con el ruego de que no olvidara su recado.

—¿Traerá él los mapas aquí? —preguntó F'lar, escéptico y casi confiado—. Brekke y F'nor también intentan convencerme de su utilidad.

—Sospecho que, tratándose de algo tan importante como los mapas, Menolly convencerá con halagos al dragón-vigilante para que la traiga a ella. —Robinton suspiró; tenía que haberse acordado de insistir en que ella enviara los mapas por medio del lagarto de fuego. No debía desaprovecharse ninguna oportunidad.

—¿Has viajado mucho en el tiempo, Jaxom? —preguntó F'lar de repente.

El sonrojo cubrió la cara de Jaxom. Alarmado, Robinton vio la delgada línea de la cicatriz destacando en la mejilla sonrojada. Por suerte el Caudillo del Weyr no podía ver ese lado de la cara de Jaxom.

—Bueno, señor...

—Vamos, muchacho. No conozco a ningún dragonero que no haya empleado el truco de estar en el tiempo. Yo, lo único que deseo comprobar con exactitud es el sentido del tiempo que tiene Ruth. Hay dragones que no lo tienen en absoluto.

—Ruth siempre sabe cuándo está —replicó Jaxom con orgullo—. Yo diría que tiene la mejor memoria de tiempo en todo Pern.

F'lar estuvo considerando aquello largo rato. Luego preguntó:

—¿Alguna vez has probado a dar saltos largos?

Jaxom afirmó lentamente, parpadeando y mirando a Lytol, cuya cara seguía impasible.

—¿No has tenido vacilaciones en el salto? ¿No te has quedado más de lo debido en el ínter?

—No, señor. Es fácil ser exacto si se da el salto por la noche.

—No estoy seguro de entender demasiado bien tu razonamiento.

—Son las ecuaciones estelares que estableció Wansor. Creo que estabas en aquella sesión en el Taller del Herrero...

El joven se perdía en incertidumbres, hasta que F'lar captó lo que quería decir y alzó la mirada sorprendido:

—Si elaboras la posición de las estrellas dominantes del cielo, podrás situarte a ti mismo con más precisión.

—Si saltas de noche —añadió el Maestro Arpista, que nunca había pensado en dar aquel uso a las ecuaciones de Wansor.

—Nunca se me había ocurrido hacer eso —dijo F'lar. —Hay un precedente —observó Robinton, sonriendo irónicamente—, y en tu propio weyr, F'lar.

—Lessa usó las estrellas de la tapicería para traer a los Antiguos, ¿verdad?

Jaxom, evidentemente, lo había olvidado y también, a juzgar por la repentina y cómica consternación de su cara, había olvidado que su alusión a los Antiguos no era muy acertada.

—No podemos ignorarlos, ¿verdad? —dijo el Caudillo del Weyr, con más tolerancia de la que Robinton había pensado—. Bien, existen y no se les puede ignorar. Vayamos ahora al problema que nos ocupa, Robinton. ¿Cuánto tiempo supones que tardará tu lagarto de fuego?

A través de la ventana del Fuerte llegó un griterío, tan obviamente de lagartos de fuego, que todos corrieron a la ventana.

—Ha sido Menolly —dijo Robinton a Jaxom en voz baja—. Están aquí, F'lar.

—¿Quién? ¿Menolly y el dragón vigilante?

—No, señor —dijo Jaxom con tono de voz victorioso—: Zair, la reina de Menolly y sus tres bronces. Llevan mapas sujetos con correas a sus lomos.

Zair entró volando, chillando con una mezcla de enfado, preocupación y confusión, seguido por los cuatro lagartos de Menolly. La pequeña reina, Beauty, empezó a burlarse de todos ellos dando vueltas por la habitación. Robinton atrajo con facilidad a Zair hasta su brazo. Pero Beauty mantuvo a sus bronces en movimiento, fuera del alcance de todos, en tanto que F'lar, sonriendo sardónicamente, y Lytol, sin expresión alguna, observaban los intentos de Robinton y de Jaxom por hacerlos descender.

—Ruth, ¿serías tan amable de decirle a Beauty que se comporte y venga a posarse sobre mi brazo? —gritó Jaxom, cuando vio que sus vanos intentos por atraer a la pequeña reina empezaban a tomar proporciones de ridículo frente a quienes estaba intentando impresionar.

Beauty dejó escapar un chillido de asombro, pero de inmediato se posó sobre la mesa. Reprendió a Jaxom furiosamente porque no le quitaba el mapa y siguió monologando cuando

los bronces se posaron tímidamente, sin plegar por completo las alas para que los libraran de sus cargamentos.

Una vez liberados de sus bultos, los bronces salieron por la ventana. Beauty obsequió a todos los presentes con una arenga final, y luego, dando un respingo con la cola, se perdió de vista. Zair emitió una especie de grito de disculpa y escondió la cara en el cabello de Robinton.

—Bien —dijo éste, cuando el silencio se impuso en la habitación—. Volvieron pronto, ¿no?

F'lar soltó una carcajada:

—Volver, sí han vuelto. Pero la entrega de lo que traían ya es otra cuestión. Me disgustaría mucho tener que luchar tanto para recibir todos los mensajes que se me enviaran.

—Esto ha ocurrido porque Menolly no estaba aquí —dijo Jaxom—. Beauty no sabía en quién podía confiar, ya sabes. —Y añadió rápidamente—: Nadie ha querido ofenderte, F'lar.

—Aquí está el que yo necesito —dijo Robinton, desenrollando uno de los mapas. Indicó a los otros que desenrollaran los que tenían. Al poco rato, los mapas estaban ya extendidos en orden sobre la mesa.

—Podría pensar —dijo Lytol suavemente— que has sido dispersado en todas direcciones, Maestro Robinton.

—Oh, no se debe a mí, señor —replicó el Arpista con ingenio—. Los colonos del mar fueron muy útiles aquí, aquí y aquí. —E iba señalando las partes occidentales, en las que se veía el trazado de una intrincada línea costera—. Todo esto es obra de Idarolan y de los capitanes que le llevaban informes.

Hizo una pausa, jugando con la idea de explicar cuántas de las exploraciones de Idarolan habían sido asesoradas por los lagartos de fuego de las tripulaciones.

—Toric y sus colonos, por supuesto. —Y siguió hablando, decidiéndose a no darle demasiado relieve al asunto, por el momento—, tienen perfecto derecho a explorar su territorio. Han detallado esta zona...

Su mano se deslizó a lo largo de la península que formaban Fuerte Meridional y el Weyr, y de las considerables zonas del territorio al otro lado.

—¿Dónde están esas minas de las que Toric se está ocupando?

—Aquí. —El dedo de Robinton descendió señalando el pie de la colina, muy tierra adentro, y ligeramente al Oeste del asentamiento.

F'lar meditó sobre la ubicación, dejando deslizar los dedos a lo largo del mapa de amplias proporciones hasta donde estaba señalado el Weyr.

—¿Y dónde está esa cala vuestra?

Robinton señaló hacia un lugar que estaba a la misma distancia del Weyr Meridional que Ruatha de Benden.

—Es en esta área. Hay unas cuantas calas a lo largo de la costa. No podría decir exactamente cuál de ellas era, pero está en esta zona más o menos.

F'lar le dijo que sus datos eran demasiado generales, y alegó que sólo con ellos un dragón no podría tomar la dirección exacta que necesitaría para ir por el ínter.

—El centro de la cala es el cono de una vieja montaña, perfectamente simétrica. —Robinton recalcó con gestos su descripción—. Zair estaba conmigo, y podría darle a Ruth una idea del sitio.

Robinton giró ligeramente la cabeza, y le hizo a Jaxom una discreta seña.

—¿Podría Ruth tomar instrucciones de un lagarto de fuego? —preguntó F'lar a Jaxom, frunciendo el ceño ante sus dudas sobre la posible confianza de la fuente de información.

—Ya lo ha hecho —respondió Jaxom. Robinton captó el brillo de alegría en los ojos del muchacho, y empezó a preguntarse dónde habrían llevado los lagartos de fuego al dragón blanco. ¿Lo sabría Menolly?

—¿Qué es esto? —preguntó F'lar de repente—. ¿Una conjura para devolverles a los lagartos de fuego el buen olor?

—Creí que cooperaríamos en la aventura de localizar a D'ram —replicó Robinton, en tono de amable reproche.

F’lar dio un bufido y se inclinó a estudiar los mapas. La cooperación, pensó Robinton, sería por parte de Ruth. Y el resultado dependería en definitiva de si los lagartos de fuego del Meridional se sentían atraídos hacia el dragón blanco, o no.

Si no ocurría nada de eso, Jaxom estuvo de acuerdo en intentar prudentes saltos en el tiempo hacia atrás, en la cala... si, puntualizó F'lar, Jaxom era capaz de encontrar la cala.

El tema de la memoria de los lagartos de fuego fue de nuevo objeto de discusión. F'lar no estaba dispuesto a ceder, a menos que los dragones dijeran lo contrario y afirmaran de aquellas pequeñas criaturas eran capaces de recordar. Sus relatos podían ser imaginarios, resultado de sus sueños solares e inconsistentes. A esto, Robinton replicó que la imaginación se basaba en la memoria, sin la una, no era posible la otra.

La tarde se acercaba a su fin, animada por el retorno de los adoptivos al Fuerte, tras un día de campo en compañía de Brand.

F'lar se dio cuenta de que había ido mucho más lejos de lo que pretendía cuando salió de Benden. Advirtió a Jaxom que tuviera cuidado al viajar en el tiempo, y que no corrieran riesgo alguno ni él ni su dragón.

Si no localizaban la cala, no debía desperdiciar tiempo y energías. Debía volver. Por el contrario, si encontraba a D'ram, debía anotar el sitio y el tiempo, y volver inmediatamente a Benden para darle las coordenadas a F'lar.

F'lar no deseaba turbar a D'ram en su aflicción innecesariamente, y si Jaxom evitaba que le viera, sería mucho mejor.

—Creo que puedes confiar en que Jaxom actuará discretamente —dijo Robinton, observando al joven con el rabillo del ojo—. Ya ha demostrado su discreción.

Robinton se sorprendió por el desconcierto de Jaxom ante aquel simple cumplido. Astutamente, empezó a enrollar los mapas haciendo el ruido suficiente para evitar que los otros fijaran su atención en el apunte del joven caballero. Robinton le aconsejó a Jaxom una buena noche de sueño,
un buen desayuno y que informara al Taller del Arpista inmediatamente cuando encontrara una pista. Luego, Robinton y F'lar salieron del Fuerte. Y cuando el Caudillo del Weyr y Mnementh llevaron al Arpista de vuelta a su Taller, Robinton se superó a sí mismo en sus ofrecimientos y cumplidos. Las necesidades de Pern habían devuelto al Caudillo del Weyr de Hender al Taller. Aquello suponía un paso adelante.

Mientras Robinton despedía a F'lar y al bronce Mnementh que se dirigían hacia las alturas de fuego, apareció Beauty burlándose de Zair que, como de costumbre, se encaramó al hombro del Arpista. Zair no contestó al graznido de ella, lo que hizo que Robinton sonriera irónico. Menolly debía estar ansiosa por enterarse de los sucesos, de aquella tarde. No era lo suficientemente atrevida para molestarle, pero no evitó que Beauty importunara a su bronce. Buena chica, Menolly; valía su peso en oro. El esperaba que aceptaría viajar con el joven Jaxom. No había hablado de la participación de ella delante de Lytol, puesto que ya hacía tiempo que F'lar le había hecho comprometerse al más estricto secreto sobre sus viajes al Meridional. Zair no hubiera sido suficiente ayuda para que Jaxom encontrara la cala, pero con Menolly, que había estado con él en aquella tormentosa expedición, y con sus lagartos de fuego como refuerzos, no tendría ninguna clase de dificultades. Y en todo caso, cuanta menos gente supiera de esto, mejor.

Al día siguiente, el Arpista informó a Jaxom de las nuevas posibilidades de éxito, y éste experimentó alivio y sorpresa.

—Joven Jaxom, no es cosa para que deba ser discutida que Menolly y yo hayamos estado explorando gran parte de la zona Sur. De hecho, aquel viaje no estaba planeado.

Menolly se rió entre dientes:

—Ya te dije que habría tormenta.

—Gracias. Desde entonces, he tenido en cuenta tus conocimientos meteorológicos, como bien sabes.

Hizo una mueca, al recordar los tres días de mareos sufridos a causa de la tormenta, y a una Menolly desesperada, colgada del timón de su frágil nave.

No quiso abrumarlos con más consejos. Les instó a que se llevaran la suficiente comida de las cocinas y les deseó que pudieran enviar un informe favorable.

—¿Sobre el paradero de D'ram? —preguntó Menolly, con ojos inquietos—, ¿o sobre la utilidad de los lagartos de fuego?

—Sobre ambos, por supuesto, muchacha. ¡Pero, iros ya!

Había decidido no interpelar a Jaxom sobre su fuerte reacción a viajar en el tiempo y discreción posterior. Cuando le había comunicado a Menolly sus intenciones de enviarla a ella y a sus lagartos de fuego a acompañar a Jaxom, también había reaccionado de modo inesperado. El le preguntó, casualmente, qué era lo que la divertía tanto, pero ella sólo había sacudido la cabeza, sofocada por la risa.

Ahora, mientras observaba a Ruth remontarse hacia el cielo trazando círculos, por encima del Fuerte, volvió a pensar en sus interrelaciones. Muy naturales, ciertamente una gran controversia por el liderazgo, pero nada que excediera de más relaciones entre viejos amigos. Y no es que Menolly, se dijo a sí mismo inmediatamente, no pudiera ser una excelente Señora del Fuerte para Jaxom, si ambos estuvieran sinceramente unidos. Era aquello, precisamente..., pero el Arpista se reprochó a sí mismo haberse puesto a pensar en eso, y volvió a ocupar su mente en los áridos temas referentes al manejo de la nave, que había estado dejando de lado por demasiado tiempo.

DEL TALLER DEL ARPISTA AL CONTINENTE MERIDIONAL. ATARDECER EN EL WEYR DE BENDEN, 15.7.4

Mientras Ruth se remontaba desde la pradera, Jaxom experimentó una fuerte sensación de alivio y excitación, al mismo tiempo que la habitual tensión que le asaltaba cada vez que hacía un salto largo por el ínter. Beauty y Diver estaban encaramados a los hombros de Menolly, con las colas enrolladas en torno a su cuello. El había dejado sitio en su hombro a Poli y Rocky, ya que los cuatro habían acompañado al Arpista y a Menolly en aquel viaje inicial.

A Jaxom le hubiera gustado preguntar qué había sucedido cuando navegaron en el mar Meridional. El barco estaba en buenas manos, pues Menolly, que se había criado en un Fuerte Marino, era buena navegante. Pero él había visto en sus ojos un brillo de desafío, y aquello le había inhibido de hacer preguntas. Además, dudaba si ella le habría contado algo al Arpista acerca de sus sospechas sobre la parte que él había tenido en la devolución del huevo.

Primero, fueron por el ínter hacia el cabo de Nerat, volviendo a trazar círculos mientras Menolly y sus lagartos de fuego se concentraban en imaginarse la cala a lo lejos, hacia el Sudeste. Jaxom hubiera querido retroceder en el tiempo a la noche anterior, y se había pasado horas trabajando para fijar las posiciones estelares en el Hemisferio Meridional. Menolly y Robinton lo gobernarían, a menos que él consiguiera trazar una imagen lo suficientemente vivida de la cala a partir de la información de Menolly y de los lagartos de fuego.

Para desconcierto de Jaxom, Ruth anunció que podía ver claramente adonde debía ir.

Menolly hace unas imágenes muy claras, añadió.

A Jaxom no le quedó otra opción que pedirle que iniciara el salto.

La calidad del aire fue la primera impresión que tuvo Jaxom de su nuevo paradero: era más suave, más límpido, menos húmedo. Ruth se dirigió hacia la pequeña cala, manifestando el gozo que le producía la expectativa de un buen chapuzón en el agua.

El sol se reflejaba en el pico de la montaña que les servía de referencia, y que aparecía distante, serena y desacostumbradamente simétrica.

—Había olvidado lo hermoso que es todo esto —dijo Menolly, susurrando en su oído.

La transparencia del agua hacía totalmente visible el fondo arenoso de la cala, aunque Jaxom estaba seguro de que tenía bastante profundidad. Vio el brillante reflejo de las colas amarillas y los rápidos movimientos de los «dedos blancos» en las aguas claras. Delante de ellos se alzaba, en forma de perfecta media luna, una cala de arenas blancas, árboles de todos los tamaños, con frutos amarillos y rojos, que formaban una zona de sombra.

Mientras Ruth descendía hacia la playa, Jaxom pudo ver un denso bosque que se extendía sin interrupción hasta una hilera de pequeñas colinas, que culminaban en aquella espléndida montaña. Justamente detrás de la cala a ambos lados, habían otras pequeñas bahías, quizá no tan simétricamente dispuestas, pero igualmente tranquilas y vírgenes.

Ruth se detuvo aleteando hacia atrás sobre las arenas, y apremió a sus pasajeros a descender, porque quería darse un baño.

—Adelante, pues —dijo Jaxom, dándole una palmada en el hocico afectuosamente. Luego, al ver al dragón blanco chapoteando torpemente en las aguas marinas, ansioso por zambullirse, hubo de reírse de él.

—Estas arenas están tan calientes como las de las Salas de Eclosión —dijo Menolly, mientras alzaba los pies rápidamente y dirigía sus pasos hacia la zona de sombra.

—No están tan calientes —dijo Jaxom, siguiéndola.

—Mis pies son sensibles —contestó ella, sentándose en la orilla. Miró a un lado y a otro, y luego hizo un gesto—: Ni la menor señal, ¿eh?

—¿De D'ram?

—No. Me refiero a los lagartos de fuego —contestó, mientras abría la bolsa de las provisiones—. Es probable que estén durmiendo la siesta tras su desayuno. Ya que estás de pie, ve a ver si hay algunas frutas rojas maduras en aquellos árboles de allí, ¿quieres, Jaxom? Los rollos de carne dejan la boca seca.

Jaxom encontró fruta madura como para alimentar a todo un Fuerte. Se llevó toda la que pudo cargar, porque sabía lo aficionada que era Menolly a la fruta.

A todo esto, Ruth seguía disfrutando en el agua, zambulléndose y saliendo a la superficie, para volver a sumergirse entre grandes chapoteos y ondulaciones del agua, mientras los lagartos de fuego le animaban con chillidos.

—La marea está baja todavía —dijo Menolly, mientras mordía una fruta roja, quitando el hueso y exprimiendo la pulpa para sacarle el jugo.

—¡Esto es celestial! ¿Por qué será que todo lo Meridional sabe tan bien?

—Porque está prohibido, supongo. ¿Es que la marea influye en la aparición de los lagartos de fuego?

—No, que yo sepa. Es Ruth, si acaso, quien influye.

—¿Así que tendremos que esperar a que se den cuenta de que Ruth está aquí?

—Es lo más fácil.

—¿Sabemos con certeza que hay lagartos de fuego en esta parte del Sur?

—Oh, sí. ¿No te lo dije? —Y Menolly simuló lamentarlo—. Vimos a una reina apareándose, y casi pierdo a Rocky y a Diver por ella. Beauty estaba furiosa.

—¿Hay algo más que no me hayas dicho y yo debiera saber?

Menolly sonrió:

—Necesito que la vieja memoria se refresque por asociación. Ya sabrás lo que haga falta cuando llegue el momento.

Jaxom decidió que los dos podrían seguir jugando a aquel juego de palabras, y le devolvió la sonrisa, mientras cogía una fruta roja para comérsela. El ambiente era tan cálido que tuvo que quitarse la chaqueta de montar y el yelmo.

Ruth seguía gozando de su plácido y prolongado baño mientras los lagartos de fuego de Menolly revoloteaban a su lado, divirtiendo a su paciente público con el espectáculo.

El calor aumentó. Las arenas blancas reflejaban los rayos solares y la temperatura subió incluso en los rincones que estaban a la sombra. El agua clara y la diversión de los animales fue demasiado para Jaxom, que perdió todo interés por seguirlos mirando. Se desató las botas, se despojó de sus pantalones, se quitó la camisa y corrió hacia el agua. Enseguida, antes de que él se hubiera alejado una longitud de dragón de la playa, Menolly estaba chapoteando a su lado.

—Sería mejor que no tomáramos tanto el sol —le dijo ella—. La última vez sufrí unas tremendas quemaduras. —Hizo un gesto al recordarlo—. Me quedé pelada como una serpiente de túnel.

Ruth salió a la superficie a su lado, despidiendo chorros de agua y sacudiéndosela a golpes de ala. Solícito, extendió la cola para ayudarles cuando la pareja se atragantó y rompió a toser a causa de la que habían tragado.

El cuerpo de Menolly estaba mejor formado que el de Corana, observó Jaxom cuando salieron del agua, felices y fatigados del baño con Ruth. Ella era de piernas más largas, no tan redondeada de caderas y un tanto plena de pecho, pero sus movimientos tenían una gracia que fascinó a Jaxom más de lo que la cortesía permitía. Cuando él la miró, ella se había puesto los pantalones y la sobretúnica, dejando sus esbeltos brazos expuestos a la luz del sol, mientras se le secaba el pelo. A él le gustaban más las muchachas con el pelo largo, pero, con todos los viajes a lomos de dragón que hacía Menolly, era comprensible que ella lo llevara siempre corto, lo suficientemente corto para que le cupiera bajo el yelmo.

Comieron juntos una fruta amarilla que Jaxom nunca había probado. Su sabor suave se mezcló con el de la sal que él tenía aún en la boca.

Ruth salió del agua, sacudiendo sobre Jaxom y Menolly la que había quedado en su piel.

El sol quema, dijo cuando los dos protestaron por la inesperada ducha. Vuestra ropa se secará rápidamente. Siempre ocurre así en Keroon.

Jaxom miró por un instante a Menolly, pero estaba claro que ella no se había dado cuenta del significado de la observación. Estaba sacudiéndose la arena húmeda, molesta por aquella ducha que le había salpicado la ropa y los brazos.

—No es la humedad lo que molesta —le dijo Jaxom a Ruth, mientras se limpiaba la cara antes de volver a echarse—. Es la arena.

Ruth se cubrió con un buen montón de arena seca, y los lagartos de fuego, dando gritos de fatiga, se acurrucaron a su lado.

Jaxom pensó que uno de los dos se quedaría despierto para ver si los lagartos de fuego del lugar respondían también al atractivo del dragón blanco. Pero el ejercicio, combinado con la comida, el sol y el límpido aire de la cala eran demasiadas cosas a la vez.

Una suave llamada de Ruth le despertó:

No os mováis. Tenemos visita.

Jaxom estaba a su lado, con la cabeza apoyada en su mano izquierda. Abriendo lentamente los ojos, miró directamente al cuerpo moteado de sombras de Ruth.

Contó hasta siete lagartos de fuego, cuatro verdes, dos dorados y un azul. Ninguno de ellos llevaba marcas pintadas en el cuello, ni tampoco cintas. Mientras los observaba, llegó un pardo y aterrizó junto a uno de los dorados. Los dos intercambiaron roces de nariz, y luego alzaron la vista hacia Ruth, que estaba tendido sobre la arena, con su cabeza a la altura de la de ellos. Ruth tenía uno de sus ojos entreabiertos.

Beauty, que había dormido al otro lado de Ruth, caminó cuidadosamente a lo largo del lomo del dragón blanco, devolviendo los cumplidos a los extraños.

—Pregúntales si recuerdan haber visto a un dragón bronce —le dijo Jaxom mentalmente a Ruth.

—Ya lo he hecho. Intentan recordar. Les gusto. No habían visto nunca nada como yo.

—Ni lo volverán a ver.

A Jaxom le divertía el delicioso tono de su dragón. Y a Ruth le complacía gustar tanto.

Hace ya mucho tiempo existió un dragón, un dragón bronce, y un hombre que paseaba de un lado a otro de la playa. Nadie le molestó. No se quedó mucho tiempo allí —añadió Ruth, un poco como apéndice a su pensamiento.

Y bien, ¿qué significaba aquello?, se preguntó Jaxom temeroso. Una de dos: o daban con él, o él y Tiroth se suicidarían.

—Pregúntales si recuerdan algo más referente a hombres —dijo Jaxom a Ruth—. Quizá han visto a F’lar con D'ram.

Los lagartos de fuego se pusieron tan nerviosos que Ruth levantó la cabe/a de la arena, sus ojos abiertos y centelleantes, empezaron a dar vueltas, alarmados. Con estos movimientos, Beauty perdió el equilibrio sobre el dragón y cayó, perdiéndose de vista. Luego, entre furiosos aleteos y graznidos de disgusto, recuperó su puesto.

Recuerdan a hombres. ¿Pero por qué no recuerdo yo esas cosas?

—¿Y a dragones?

Al hacer la pregunta, Jaxom contuvo un punto de alarma, preguntándose cómo diablos los Antiguos podían saber que él y Menolly estaban allí. Su sentido común se reveló: no lo podían saber.

Sintió que le tocaban un brazo, y se sobresaltó.

—Jaxom —le dijo Menolly en un susurro—, averigua cuándo estuvo D'ram aquí.

No hay dragones. Pero sí muchos hombres, contestó Ruth.

Y añadió que los lagartos de fuego estaban demasiado excitados para recordar nada sobre un hombre y un dragón.El no entendió qué estaban recordando. Al parecer, cada uno tenía sus recuerdos. Estaba confuso.

—¿Saben que estamos aquí?

No os han visto. Sólo me han mirado a mí. Pero no sois los hombres que ellos dicen. El tono de Ruth indicaba que estaba tan perplejo como Jaxom por aquel mensaje.

—¿No puedes hacer que vuelvan al tema de D'ram?

No..., respondió Ruth, en un tono que denotaba tristeza y disgusto. Todo lo que quieren recordar es a hombres. No a los míos, sino a los suyos.

—Quizá si me levanto, se darán cuenta de que soy un hombre.

Lentamente, Jaxom se fue incorporando, haciendo una discreta señal a Menolly para que se levantara también. Lo que los lagartos de fuego necesitaban era la perspectiva adecuada.

No eres de los hombres que ellos recuerdan, dijo Ruth cuando los lagartos de fuego alzaron el vuelo asustados al ver a las dos figuras levantarse sobre la arena. Trazaron un círculo, a una distancia prudente, y luego desaparecieron.

—Llámalos, Ruth. Tenemos que averiguar dónde está D'ram.

Ruth guardó silencio por unos momentos, menguando la rapidez de rotación de sus ojos. Luego movió la cabeza y le contó a su caballero que se habían ido para recordar a sus hombres.

—No podían referirse a los meridionales —dijo Menolly, que había recibido algunas imágenes de sus amigos—. Esta montaña aparece como fondo de sus imágenes. —Se volvió en aquella dirección, pero no pudo ver la montaña debido a los árboles—. Y no mencionaron a Robinton ni a
mí misma, cuando la tormenta nos trajo aquí. ¿Recordaron un barco, Ruth? —le preguntó Menolly al dragón blanco, y luego miró a Jaxom en busca de una respuesta.

Nadie me pidió que les preguntara por un barco, dijo Ruth en tono lastimero. Pero sí dijeron que habían visto a un hombre y a un dragón.

—¿Recordarías si... si Tiroth se hubiera ido al ínter, Ruth?

¿Por sí mismo? ¿Hasta el fin? Sí, no recordaban tristeza. Yo sí recuerdo tristeza. Recuerdo a Mirath muy bien. El tono de las palabras del dragón blanco era triste, y Jaxom se apresuró a consolarlo.

—¿Qué dice?, —preguntó Menolly ansiosamente, sin oír a Ruth.

—Ruth cree que no. Y además, ningún dragón dejaría que su dragonero se hiciera daño a sí mismo. D'ram no puede suicidarse mientras Tiroth esté vivo. Y Tiroth no lo hará mientras viva D'ram.

—¿Cuándo? —dijo Menolly alterada—. Seguimos sin saber cuándo.

—No, no lo sabemos. Pero sí que D'ram estuvo aquí lo bastante para que los lagartos de fuego le recordaran. Si proyectó quedarse aquí, como debe haber hecho, habrá tenido que construir alguna clase de refugio. En esta parte del planeta suele llover. Y están las Hebras...

Jaxom se dirigió hacia la linde del bosque para probar su teoría. Empezó a gritar:

—¡Eh, Menolly! Las Hebras sólo han caído durante las últimas quince Revoluciones. Eso no sería un salto demasiado largo para Tiroth. Ellos avanzaban en el tiempo a intervalos de veinticinco Revoluciones. Apostaría cualquier cosa a que su cuándo es ese, antes de las Hebras. D'ram ya ha tenido suficientes Hebras para varias vidas.

Jaxom se abrió camino por la arena, hacia donde estaba su ropa, y siguió hablando mientras se iba vistiendo. Tenía la sensación de que sus especulaciones iban por buen camino.

—Yo diría que D'ram ha retrocedido unas veinte o veinticinco Revoluciones. Primero lo comprobaré. Si vemos alguna señal de D'ram o de Tiroth, volveremos directamente, te lo prometo.

Se encaramó sobre el lomo de Ruth, sujetándose el yelmo y ordenando a toda prisa al dragón blanco que remontara el vuelo.

—¡Jaxom, espera! ¡No corras tanto!...

Las palabras de Menolly se confundieron con el ruido de las alas de Ruth. Jaxom sonrió al verla corriendo por la arena, desesperada.

Se concentró en el momento del tiempo a que había deseado saltar: poco antes del amanecer, con la Estrella Roja al Este, a lo lejos, un resplandor pálido, malévolamente rosado, se disponía a descolgarse sobre un Pern ajeno a toda sospecha.

Pero a Menolly le quedaba aún un recurso. Jaxom sintió una cola enroscándose en su cuello mientras le decía a Ruth que se trasladara por el intertiempo.

El momento le pareció inacabable, suspendido en la fría nada del ínter. Sintió cómo aquel temblor de frío penetraba en su piel y sus huesos, hasta hacía poco calientes por el tibio sol, y se dio ánimos a sí mismo para la dura prueba. Luego, se encontró fuera, en el frío amanecer, con el rosado resplandor de la Estrella Roja, aún baja en el horizonte.

—¿Puedes sentir a Tiroth, Ruth?

Jaxom no podía ver nada en la luz crepuscular de aquel nuevo día, a tantas Revoluciones antes de su nacimiento.

Está durmiendo, y el hombre también. Están aquí.

Con una alegría que le desbordaba, Jaxom le ordenó a Ruth que volviera con Menolly. Jaxom imaginó el sol sobre los bosques, y eso fue lo que vio cuando Ruth irrumpió de vuelta al ahora, por encima de la cala.

Por unos momentos, no pudo ver a Menolly en la playa. Luego, Beauty y los otros dos bronces —Rocky era el que le había acompañado— aparecieron a su lado. Beauty iba plagando el aire de comentarios malhumorados, mientras Diver y Poli chillaban nerviosamente.

Entonces apareció Menolly saliendo del bosque, se puso en jarras y se quedó observándolo. El no necesitó ver su cara para darse cuenta de que estaba furiosa. Ella siguió mirándolo furiosamente, mientras Ruth se tendía en la arena, cuidando de no tirarla sobre la muchacha.

—¿Y bien?

Menolly era muy bonita, pensó Jaxom, con aquellos ojos brillantes, tal como los tenía ahora, pero también había algo en ella que lo intimidaba.

—D'ram estaba entonces. Veinticinco Revoluciones hacia atrás. Usé la Estrella Roja como referencia.

—Me alegro de que usaras algo constante. ¿Te das cuenta de que has salido de este tiempo durante horas enteras?

—Sabías que estaba muy bien. Enviaste a Rocky conmigo.

—Eso no sirvió de nada. Fuiste tan lejos que Beauty no lo pudo localizar. ¡No teníamos ni idea de dónde estabas! —Abrió los brazos de par en par con un gesto de exasperación—. Podías haber coincidido con aquellos hombres que los otros lagartos de fuego habían visto. ¡Hubieras podido calcular mal y no haber vuelto jamás!

—Lo siento, Menolly, de veras que sí —Jaxom efectivamente se mostraba arrepentido, aunque sólo fuera para evitar la afilada lengua de ella.

—Pero no pude recordar cuando nos fuimos, así que me aseguré de que no nos duplicáramos al volver.

Ella se apaciguó un poco:

—No necesitabas ser tan cauto. He estado a punto de enviar a Beauty en busca de F'lar.

—¡Estabas trastornada!

—Exacto. —Ella dio un salto y cogió su ropa, embutiéndose la chaqueta y colocándose el yelmo—. Por casualidad he encontrado los restos de un cobertizo cerca de un arroyo, allí atrás —dijo ella mientras le lanzaba el equipaje. Saltando hábilmente sobre el lomo de Ruth, miró a su alrededor buscando a sus lagartos de fuego, que habían desaparecido.

—Otra vez se han ido.

Hizo una llamada, y Jaxom se encogió para escapar del revoloteo de alas que se formó sobre su cabeza. Menolly colocó a Beauty y Poli sobre sus hombros, a Rocky y Diver sobre los de Jaxom, y se dispusieron a partir.

Cuando surgieron sobre el Weyr de Benden, Ruth canturreó su nombre. Los lagartos de fuego de Menolly chillaron expresando inseguridad.

—Quisiera tener el valor de llevaros al weyr de la reina, pero no sería muy prudente. ¡Más vale que os vayáis con Brekke!

Cuando ya se iban, el dragón vigilante soltó un rugido de furia, extendió sus alas y arqueó el cuello, mientras los ojos le brillaban con un rojo furioso. Atónitos, Menolly y Jaxom se volvieron, y vieron una manada de lagartos de fuego que se dirigían como flechas hacia ellos.

—Nos han venido siguiendo desde el Meridional, Jaxom. ¡Oh, diles que regresen!

La manada, de repente, empezó a alejarse.

Sólo querían ver de dónde veníamos, le dijo Ruth a Jaxom en tono preocupado.

—No me hubiera importado en el Fuerte de Ruatha, pero aquí es diferente.

No volverán, dijo Ruth tristemente. Se han asustado.

Para aquel entonces, la alarma del dragón vigilante había revuelto por completo el Weyr.

Consternados, Jaxom y Menolly vieron que Mnementh se levantaba en su cornisa. Oyeron el bramido de Ramoth y, antes de que hubieran aterrizado en el Cuenco, la mitad de los dragones se habían unido a aquel griterío. Los perfiles inconfundibles de Lessa y de F'lar aparecieron en la cornisa, cerca de Mnementh.

—Estemos atentos a lo que ocurra ahora —dijo Jaxom.

—Pero no nos mostremos como portadores de buenas noticias, eso no. Hay que concentrarse en todo eso.

—Estoy demasiado harto de concentrarme en todo.

La respuesta le salió a Jaxom con mayor vehemencia de la que hubiera querido. Le picaba la piel, quizá por la arena o quizá por el exceso de sol, pero se sentía incómodo.

Tengo mucha hambre, dijo Ruth, mirando anhelante y sin esperanza de ver satisfechos sus deseos, hacia el vallado terreno de matar del Weyr.

Jaxom gruñó:

—No voy a dejar que caces aquí, Ruth.

Dio una palmada a su amigo para darle ánimos y, viendo que F'lar y Lessa les estaban esperando, se sujetó los pantalones, se colocó la túnica y le indicó a Menolly que lo mejor era ir a su encuentro.

No habían dado apenas tres pasos, cuando Mnementh giró su cabeza en forma de cuña hacia F'lar, y luego el Caudillo del Weyr le dijo algo a Lessa. Los dos Caudillos de Benden empezaron a descender los escalones, mientras F'lar le indicaba a Jaxom que dejara ir a Ruth al terreno de matar.

Mnementh es un amigo amable, dijo Ruth. Quizá podría comer aquí. Estoy muy hambriento.

—Deja que Ruth se vaya —le gritó F’lar a Jaxom, a través del patio—. ¡Está deprimido!

Así era. Jaxom vio que Ruth estaba deprimido de veras. Y él empezaba a sentirse de igual forma, ahora que la excitación de sus pesquisas se iba calmando. Aliviado, indicó al dragón blanco que se dirigiera hacia el terreno.

Mientras él y Menolly iban andando hacia los Caudillos del Weyr, sintió una repentina debilidad en sus rodillas y se apoyó en Menolly. Por unos instantes, ella le tomó por el brazo.

—¿Qué le pasa, Menolly? ¿Está enfermo? —preguntó F'lar, avanzando a zancadas para ayudarle.

—Es que ha dado un salto hacia atrás de veinticinco Revoluciones para encontrar a D'ram, y está exhausto.

Pocos minutos después, Jaxom sintió un vacío total. Restableció el contacto con el aquí y el ahora cuando alguien mantuvo una redoma de olor desagradable bajo su nariz.

Los humos del recipiente despejaron su mente, haciéndole retroceder ante el mal olor. Se dio cuenta de que estaba sentado en los escalones del weyr de la reina, mientras F'lar y Menolly sujetaban su cuerpo. Manora y Lessa estaban delante de él, y todo el mundo le miraba con inquietud.

Un agudo alarido le hizo saber que Ruth había matado y, curiosamente, de inmediato se sintió mejor.

—Bebe esto, despacio —le ordenó Lessa, acercándole una taza caliente.

Era una sopa enriquecida con jugo de carne y condimentada con hierbas, a la temperatura justa para ser bebida. Dio un par de largos tragos y abrió la boca para hablar, pero Lessa le hizo imperiosos gestos de que siguiera bebiendo.

—Menolly nos ha contado los detalles más sobresalientes —dijo la Dama del Weyr, haciendo un gesto de disgusto—. Pero tú desapareciste el tiempo suficiente para asustar a Menolly y hacerla abandonar su ingenio arpista. ¿Cómo llegaste a la conclusión de que él se había ido veinticinco Revoluciones hacia atrás? No respondas aún; bebe. Tú eres diáfano y si hubieras recibido algún daño a causa de esta escapada descabellada, yo no hubiera sabido nada de ello por Lytol. —Y al decir esto, ella miró a su compañero de Weyr—: Sí, he estado muy preocupada por lo de D'ram, pero no hasta el punto de arriesgar ni un ápice la piel de Ruth para encontrarle. Ni tampoco me gusta demasiado ver que los lagartos de fuego están involucrados en este asunto. —Mientras hablaba daba golpecitos con un pie, y su mirada iba de Menolly a Jaxom. Luego añadió—: Sigo pensando que esos animales son la peste. Se arremolinan donde no se les necesita. ¿Se trata de la manada no marcada que vino siguiéndonos desde el Meridional? No puedo dar mi aprobación a eso.

—Bueno, no puedo evitar que sigan a Ruth —dijo Jaxom, demasiado fatigado para guardar la debida moderación—. ¡Pero no creas que no lo he intentado!

—Estoy segura de que ha sido así, Jaxom —dijo Lessa, ahora en un tono más conciliador.

Una serie de espantados chillidos de wherry se oyeron claramente en el terreno de matar. Vieron a Ruth, que se abalanzaba para capturar a la segunda pieza.

—En verdad es habilidoso —observó Lessa con aprobación—. No tiene necesidad de aniquilar a un rebaño para escoger luego. ¿Puedes tenerte en pie, Jaxom? Creo que lo mejor será que te hagas a la idea de pasar la noche aquí. Envía a uno de esos liantes lagartos de

fuego tuyos al Fuerte de Ruatha, Menolly, y dile a Lytol que a Ruth todavía le llevará tiempo digerir lo que ha comido, y que yo no voy a permitir que este muchacho se arriesgue por el ínter, fatigado hasta no saber dónde está y montando a un dragón cansado y saciado.

Jaxom se puso en pie:

—Ahora estoy perfectamente, gracias.

—No cuando te quedas apoyado en esa pared —dijo F'lar con un bufido, pasando uno de sus brazos en torno a Jaxom—. Vamos arriba, al Weyr.

—Voy a traer una comida adecuada —prometió Manora, y se volvió para salir—. Ven a ayudarme, Menolly. Y de paso envías tu mensaje.

Menolly vaciló, evidentemente deseosa de quedarse con Jaxom.

—No voy a comérmelo, muchacha —dijo Lessa, haciendo salir a Menolly—. Y mucho menos a echarle sermones ahora que está hecho polvo. Lo dejaré para otro momento. Vamos al Weyr, mientras tú avisas a Ruatha.

Jaxom se sentía obligado a rechazar su ayuda, pero ellos estaban convencidos de que la necesitaba; de modo que cuando llegaron a la parte más alta de la escalera del Weyr, se doblegó lastimosamente ante su apoyo. Mnementh lo miró con gesto amable mientras Lessa y F’lar le conducían al interior del Weyr.

Esta no era la primera vez que Jaxom estaba allí, y mientras se dirigían hacia un rincón de la estancia, se preguntó si siempre iba a entrar en el Weyr de Ramoth consumido por la culpa. ¿Se daría cuenta Ramoth de sus pensamientos? Los brillantes ojos de ella se movían despreocupadamente, sin ninguna señal de agitación. Luego, él se encontró delicadamente instalado en una silla, y le llevaron un soporte para los pies. Lessa le extendió una piel por encima, murmurando algo sobre la conveniencia de evitar enfriamientos después de haber hecho un esfuerzo, y luego se puso tensa, fijando su mirada en él. Le puso la mano bajo la barbilla y le hizo
volver ligeramente la cabeza. Luego recorrió la línea de la cicatriz de las Hebras con su dedo.

—¿Dónde te hicieron esto, joven Señor Jaxom? —preguntó ella bruscamente. Sus ojos le impedían a Jaxom apartar la mirada de ella.

F'lar, alertado por el tono de voz, volvió a la mesa con el vino y las tazas que había cogido del mueble de la pared.

—¿Le han hecho qué? ¡Oh! Este joven ha entrenado a su dragón para masticar pedernal, pero no para esquivar.

—Pensé que habíamos decidido que Jaxom se quedaría en el Fuerte de Ruatha.

—Yo creí que habías dicho que no le reprenderías —replicó F'lar, haciéndole una seña a Jaxom.

—Bueno, no en cuanto a viajar en el tiempo... Pero esto...

—Miró a Jaxom con expresión de disgusto, y añadió—: Esto es... totalmente diferente.

—¿Lo es, Lessa? —preguntó F'lar, en un tono que molestó a Jaxom. Era un tono que lo excluía del tema—. Me parece recordar a una muchacha que necesitaba desesperadamente llevar en vuelo a su reina.

—Volar no era peligroso. Pero el de Jaxom podría serlo.

—Está claro que Jaxom ha aprendido una lección. ¿No es así? Me refiero a esquivar.

—Sí, señor. N'ton me puso con los aprendices del Weyr de Fort.

—¿Por qué no se me informó? —preguntó Lessa.

—El entrenamiento de Jaxom es responsabilidad de Lytol, y no tenemos ninguna queja al respecto. En cuanto a Ruth, yo diría que también está bajo la protección de N'ton. ¿Cuánto tiempo hace de eso, Jaxom?

—No mucho, señor. Le pregunté a N'ton porque... bueno... —Al llegar aquí, la conciencia de Jaxom tropezó con su facilidad de palabra. Sobre todo, Lessa no debía sospechar que él tenía parte en la devolución del maldito huevo.

Esta vez fue F'lar quien le sacó de apuros:

—¿Es porque Ruth es un dragón y los dragones deben luchar contra las Hebras con pedernal? ¿Es eso? —Y, dirigiéndose a Lessa, añadió—: ¿Qué esperabas? El tiene Sangre de Ruatha, igual que tú. Lo único que ha de hacer es conservar su piel y la de Ruth intactas.

—Todavía no hemos volado en un ataque contra las Hebras —admitió Jaxom, dándose cuenta al hablar de cuánto resentimiento había en su voz.

F'lar le dio un golpecito amistoso en el hombro:

—Es un muchacho sano, Lessa, deja de molestarle. Si ya ha corrido una vez ese riesgo, es poco probable que se arriesgue a hacerlo de nuevo. ¿Hirieron a Ruth?

—¡Sí! —La respuesta de Jaxom expresó toda la angustia de aquella experiencia.

La reacción de F'lar fue soltar una carcajada, mientras su dedo señalaba a Lessa, que seguía mirando a Jaxom:

—¡Ahí lo tienes! Esa es la mejor fuerza de disuasión del mundo. Ruth no fue muy herido, ¿no es así? No puedo decir que recientemente te haya visto con tanta frecuencia...

F'lar miró hacia el terreno de matar como si estuviera llamando al dragón blanco.

—No —dijo Jaxom rápidamente, y F'lar volvió a sonreír ante el alivio que había en su réplica—. Ya está curado del todo. Sólo se le ve la cicatriz. En la pata izquierda.

—No puedo decir que todo esto me agrade —intervino Lessa.

—Te hubiéramos consultado, Dama del Weyr —empezó decir Jaxom, aunque no era totalmente sincero—, pero era demasiado el apuro de aquel preciso momento...

—Bueno ...—empezó a decir ella.

—Bueno... —repitió F'lar—. La verdad es que no es cosa tuya, Lessa; pero Jaxom debe comprender lo horrible que sería que cayera gravemente herido precisamente ahora. No podemos permitirnos tener inutilizado a un importante del Fuerte.

—Me doy cuenta de ello, señor.

—Y me temo que tampoco sería prudente acelerar tu confirmación en el cargo del Señor del Fuerte.

—No deseo que Lytol tenga que dimitir, señor. En ningún momento.

—Tu lealtad te honra, pero yo puedo darme cuenta y entender tu ambigua posición. No es fácil tener paciencia, amigo mío, pero puede valer la pena.

Una vez más, Jaxom se sintió molesto por la mirada que Lessa y F'lar intercambiaron.

—Ya has dado pruebas hoy de ser un hombre de recursos —siguió diciendo el Caudillo del Weyr, en tono jovial, como si se diera cuenta de lo molesto que estaba Jaxom—, aunque, créeme, si yo hubiera sabido que eras tan maduro, hubiera sido más explícito en mis indicaciones. —La expresión de F'lar era severa, pero Jaxom se encontró a sí mismo sonriendo aliviado—. Veinticinco Revoluciones hacia atrás... —añadió el Caudillo del Weyr, a la vez aterrado e impresionado.

Lessa soltó un bufido.

—Fueron tus saltos, Lessa, los que me dieron la idea —confesó Jaxom, y al ver la expresión perpleja de ella, continuó-—: Recuerda que ibas avanzando en saltos de veinticinco Revoluciones cuando trajiste a los Antiguos a nuestra época. Así que me pareció probable que D'ram hubiera retrocedido este intervalo. Le quedaba suficiente tiempo por delante antes de que empezara la Pasada, de modo que no tendría que preocuparse por las Hebras.

F'lar asintió, en un gesto de aprobación, y Lessa se mostró algo más conciliadora.

Ramoth volvió la cabeza hacia la entrada.

—Llega tu comida —dijo Lessa sonriendo—. Dejaremos de hablar hasta que hayas terminado. Ruth te lleva la delantera. Según dice Ramoth, ya ha derribado su tercer wherry.

—No te preocupes por un ave, ni por tres o cuatro —dijo F'lar, pues Jaxom había dado un respingo ante el relato de la voracidad de su Ruth—. El Weyr puede abastecer de la suficiente comida.

Menolly entró. Su respiración era fatigosa debido al esfuerzo de la subida y, a juzgar por las huellas de sudor que se veían en su rostro, también por la prisa con que la había hecho. Lessa, al ver las bandejas comentó que con tal cantidad de alimentos se podía dar de comer a toda una escuadrilla de dragones de combate. Menolly replicó que Manora había dicho que ya casi era la hora de cenar, y que podrían hacerlo en el weyr.

Si alguien le hubiese dicho a Jaxom aquella mañana que disfrutaría de un cómodo ágape con los Caudillos del Weyr de Benden, él hubiera enviado a paseo a quien se lo hubiera dicho. A pesar de las seguridades de Mnementh y de Ramoth, que estaban a su favor, no quería sentarse tranquilamente a comer sin saber que estaba haciendo a Ruth. Por ello, Lessa le permitió ir hasta la cornisa para ver desde allí al dragón blanco solazándose junto al lago.

Cuando Jaxom volvió a ocupar su sitio en la mesa, se sintió debilitado y se concentró en dar buena cuenta de las carnes asadas con las que restaurar sus perdidas energías.

—Vuelve a contarme que dijeron aquellos lagartos de fuego sobre los hombres —rogó F'lar, después de comer, mientras permanecían aún en torno a la mesa.

—No siempre es posible hacer que los lagartos de fuego den explicaciones —dijo Menolly, mirando primero a Jaxom para ver si él deseaba responder.

—Cuando Ruth les preguntó si recordaban haber visto hombres, se pusieron tan nerviosos que sus imágenes perdieron toda coherencia. En realidad —Menolly hizo una pausa, contrayendo las cejas en un gesto de concentración—, las imágenes eran tan variadas que no vi gran cosa.

—¿Por qué eran tan variadas? —preguntó Lessa interesada, a pesar de su temporal aversión a los lagartos de fuego.

—Por lo general, cada grupo se manifiesta con una imagen específica...

Jaxom suspiró inquieto; esperaba que ella no llegara a tal extremo de insensatez como para aludir a las imágenes del huevo.

—Se hacían eco de la caída de Canth desde la Estrella Roja. Mis amigos volverán a menudo con imágenes bastante buenas. Creo que mutuamente reforzarán las imágenes de los sitios en que han estado.

—¡Hombres! —exclamó F’lar pensativamente, y añadió—: Podrían referirse a hombres de cualquier otra zona del Meridional. Es un continente enorme.

—¡F'lar! —La voz de Lessa era aguda y amenazadora—: Tú no estás explorando el Continente Meridional. Y me atrevo a sugerir la idea de que, si hubiera hombres allí, en alguna parte, seguramente se hubieran aventurado lo bastante hacia el Norte como para ser vistos en un momento u otro. Vistos por F'nor, cuando estaba en el Sur, o por los grupos de Toric. Habrían señales de ellos, desde luego señales diferentes de éstas tan discutibles captadas por algunos lagartos de fuego.

—Tienes toda la razón, Lessa. —dijo F'lar, adoptando tal aire de pesar, que Jaxom se dio cuenta, por primera vez, de que la condición de Caudillo del Weyr de Benden y de Primer Dragonero de Pern podría no ser tan envidiable como él había creído hasta aquel momento.

Últimamente, había empezado a comprender, que las cosas no eran lo que parecían. Todas tenían su lado oculto. Puedes creer que tienes lo que quieres a tu alcance, pero, pensando detenidamente, te das cuenta de que eso nunca es totalmente cierto.

Así había sucedido con el aprendizaje de su dragón a masticar pedernal, él creyó haber llegado a su meta y, en cierto sentido, había sido así. Pero ahora se veía obligado a entrenarse en serio con los aprendices del Weyr de N'ton, lo cual era una buena cosa, aunque no agradable para Jaxom... o sea, se trataba de volar alto con una escuadrilla del Weyr de Fort, de modo que sus colonos ni siquiera sabrían que él estaba allí.

—El problema, Jaxom es que nosotros —F'lar se señaló a sí mismo, luego a Lessa y después hacia todo el Weyr— tenemos otros planes respecto al Meridional, antes de que los Señores de los Fuertes empiecen a parcelarlo para sus hijos menores. —Se apartó el cabello de la cara—. Aprendimos la lección de los Antiguos, que fue muy valiosa. Yo sé lo que le sucede a un Weyr al cabo de un Intervalo Largo.

F'lar le dedicó una amplia sonrisa a Jaxom:

—Hemos tenido muchísimo trabajo protegiendo el territorio diseminándolo de gusanos. Durante la próxima Pasada de la Estrella Roja, todo el Continente Septentrional —y el Caudillo del Weyr, hizo un amplio gesto con las manos— será infestado. De este modo quedará protegido contra los estragos de las Hebras. Y si los Fuertes pensaron que los dragoneros eran innecesarios, a buen seguro que cuando esto ocurra tendrán mayor razón para pensarlo.

—A la gente siempre se siente mejor viendo a los dragones llamear a las Hebras —respondió rápidamente Jaxom, en un arranque de lealtad hacia ellos. Sin embargo, a juzgar por la expresión del rostro de F'lar, el Caudillo del Weyr no necesitaba de esta confirmación.

—Es cierto, pero también lo es que yo preferiría que los Weyrs ya no dependieran de la generosidad de los Fuertes, y si dispusieran de suficiente territorio propio...

—¡Eres tú quien quiere el Meridional!

—No todo.

—No, solamente la mejor parte —dijo Lessa con firmeza.

ULTIMAS HORAS DE LA MAÑANA EN EL WEYR DE BENDEN, PRIMERAS HORAS DE LA MAÑANA EN EL TALLER DEL ARPISTA Y MEDIODÍA EN EL FUERTE DE FIDELLO, 15.7.5

Jaxom y Ruth pasaron la noche en un Weyr desocupado, pero Ruth estaba tan incómodo en aquel lecho de dragón adulto, que Jaxom enrolló sus pieles y, con ellas, rodeó a su montura.

Jaxom era consciente de que estaba renunciando a una comodidad, a la que no le hubiese gustado renunciar.

—Ya sé que debes estar deshecho de fatiga, Jaxom, pero es preciso que te levantes. —La voz de Menolly penetró a través de aquella confortable oscuridad—. Además, te va a doler el cuello si sigues durmiendo en esas condiciones.

Jaxom cuando abrió los ojos pensó que Menolly estaba cabeza abajo, Beauty estaba precariamente colgada con sus patas traseras sobre el hombro de la muchacha, sus garras delanteras quedaban por debajo del seno de Menolly. Jaxom sintió que Ruth se estaba moviendo.

—¡Jaxom, despierta! Te he traído todo el klah que puedas beber. —Mirrim avanzó hasta su línea de visión—. F'lar está impaciente por partir, y quiere que antes Mnement hable con Ruth.

Menolly le hizo un gesto solemne a Jaxom, volviéndole la espalda a Mirrim para disimular su acción.

Jaxom refunfuñó porque nunca había tenido claro quién sabía lo que había de mantenerse en secreto o lo que se podía difundir.

Volvió a refunfuñar porque el cuello se le había puesto rígido de veras.

Ruth entreabrió un ojo, mirando a su caballero con disgusto:
Estoy cansado y necesito dormir.

—No; no puedes seguir durmiendo. Mnementh quiere hablar contigo.

¿Por qué no habló conmigo anoche?

—Porque hoy probablemente ya no recordaría nada.

Ruth alzó la cabeza y giró uno de sus ojos hacia Jaxom:

Mnementh sí lo recordaría. Es el dragón más grande de todo Pern.

—Le tienes simpatía porque te dejó cazar a tu gusto en su terreno de matar. Pero quiere hablar contigo, así que es mejor que vayas. ¿Estás despierto?

Puedo hablar contigo. No estoy soñando. Estoy despierto.

—Estás muy pesado hoy —le dijo Jaxom. Con un poderoso impulso saltó de su improvisado lecho. Mientras recogía las pieles esparcidas a su alrededor, casi cayó sobre la mesa donde Menolly y Mirrim, cortésmente, le habían dejado un sitio.

El olor del klah era muy agradable, y les dio las gracias a las muchachas.

—¿Qué tiempo es?

—Media mañana en el tiempo de Benden —dijo Menolly. Su rostro era inexpresivo, pero los ojos le brillaron al acentuar ligeramente las dos últimas palabras.

Jaxom gruñó. Luego todos pudieron oír los chasquidos, gruñidos y rumores de Ruth, al estirar todo su cuerpo preparándose para la jornada.

—¿Cuándo recibiste esas heridas de las Hebras, Jaxom? —preguntó Mirrim, con su habitual estilo directo. Inclinándose sobre él, ella siguió el borde de la cicatriz con un ligero roce de su dedo, apretando los labios con patente desaprobación.

—Estaba enseñándole a Ruth a masticar pedernal... Fue en el Weyr de Fort —añadió esto último tras hacer una pausa malintencionada, al ver que ella iniciaba el gesto de ir a reprenderle.

—¿Lo sabe ya Lessa? —preguntó Mirrim, dándole un particular acento a la última palabra.

—Sí —respondió Jaxom, como queriendo decir: «que se lo trague, si puede». Pero Mirrim no iba a dejar cabos por atar.

—Pues entonces no tengo en mucha estima al maestro de aprendices de N'ton —dijo ella, resoplando de disgusto—, que permite que recibas tales cicatrices.

—No es culpa suya —farfulló Jaxom, con la boca medio llena de pan.

—¿Lytol se puso furioso? No deberías correr esos riesgos.

Jaxom negó vigorosamente con la cabeza. En aquel momento, deseó fervientemente que Menolly no hubiera llevado con ella a Mirrim.

—Bueno, yo es que, la verdad, no veo de qué diablos te va a servir todo esto. No puedes esperar combatir con Ruth.

Jaxom se atragantó:

—También voy a combatir con Ruth, Mirrim.

—Ya lo ha hecho —observó Menolly, señalando las cicatrices de las Hebras—. Pero ahora, cierra la boca y deja a este hombre comer en paz.

—¿Has dicho hombre? —La voz de Mirrim adquirió un tono irónico, y miró fríamente a Jaxom.
Menolly dio un grito de desesperación:

—¡Si Path no sale pronto en vuelo, Mirrim, no vas a llevarte bien con nadie!

Sorprendido, Jaxom dirigió una mirada a Mirrim, que se estaba sonrojando visiblemente.

—Vaya, vaya. ¡Path está lista para aparearse! Esto ayudará a aclarar algunas de tus ideas de grandeza. —Ante aquel signo de debilidad en ella, él no pudo evitar crecerse—: ¿Ha mostrado Path alguna preferencia? ¡Ja! ¡Mira como se sonroja! ¡Nunca pensé que llegaría el momento en que perdiera el habla! Y pronto perderás algo más. Espero que éste sea el vuelo de apareamiento más salvaje que se haya visto jamás en Benden, desde la primera vez que Mnementh cubrió a Ramoth.

Ante esto, Mirrim estalló. Sus ojos brillaban de furia, y había cerrado apretadamente los puños:

—¡Al menos, mi Path será cubierta en vuelo! ¡Esto ya es más de lo que tú podrás hacer nunca, con ese bicho blanco que tienes!

—¡Mirrim! —El agudo grito de Menolly hizo que la muchacha se estremeciera, pero no llegó a tiempo para evitar la violenta reacción que iba surgiendo en la mente de Jaxom. El se quedó mirando fijamente a Mirrim, intentando encontrar palabras con que replicar a su osadía.
—Estás demasiado confiada en ti misma, Mirrim —dijo Menolly—. Creo que es mejor que te vayas.

—Puedes apostar a que eso es lo que voy a hacer. Y no me preocupa que tengas que largarte de este Weyr, Menolly. De veras que no me preocupa.

Y Mirrim salió corriendo de la Sala.

—¡Cascaras y caparazones! Será un alivio que su verde vuele para aparearse. Y podría incluso ser hoy, dada la reacción de Mirrim —dijo Menolly en tono despectivo, casi riendo entre dientes ante la conducta de su amiga.

Jaxom tragó saliva, intentando combatir la sequedad de su boca. Estaba controlando fuertemente su intensa reacción emocional, por el bien de Ruth. Miró disimuladamente al dragón blanco, y vio a su amigo extendiendo las alas y las patas. Jaxom confió en que el

dragón habría estado demasiado soñoliento para percatarse de la conversación. Luego, se volvió hacia Menolly:

—¿Sabes algo sobre... —señaló a Ruth con una violenta sacudida de cabeza— ... que yo no sepa?

—¿Quieres decir respecto a Path? —Deliberadamente, Menolly había ignorado su seña—. Bueno, si nunca hubieses visto la reacción de un jinete ante un dragón desafiante. Mirrim te ha dado el ejemplo clásico.

Path es un dragón adulto, dijo Ruth pensativamente. Jaxom soltó un gruñido, tapándose la cara con una mano. Debiera haber sabido que Ruth no solía distraerse.

Menolly le daba imperiosos golpecitos en la mano, pidiéndole una explicación con la mirada:

—¿Te gustaría volar con Path? —le preguntó Jaxom a Ruth, mientras su mirada se encontraba con la de Menolly.

¿Por qué tengo yo que volar con ella? La he dejado atrás en todas las carreras en que volamos en Telgar. No es tan rápida como yo en el aire.

Jaxom le repitió a Menolly exactamente lo que Ruth le había dicho, y al hacerlo intentó imitar la perpleja tonalidad de Ruth en lo que le fue posible.

Menolly se partía de risa:

—¡Quisiera que Ruth lo hubiera dicho en presencia de Mirrim! ¡Eso le hubiera bajado los humos!

Mnementh quiere hablar conmigo, dijo Ruth respetuosamente, alzando la cabeza y volviéndose hacia la cornisa de Mnementh.

—¿Sabes algo de Ruth que yo no sepa? —preguntó Jaxom en un violento susurro, agarrando la mano de Menolly para acercarla más a él.

—Ya lo has oído, Jaxom. —Los ojos de Menolly brillaban de regocijo—. Lo que ocurre es, simplemente, que a él no le interesan los dragones. No al menos de esa manera, por ahora.

Jaxom apretó con fuerza la mano de ella.

—Trata de pensar con lógica, Jaxom —dijo ella, inclinándose hacia él—. Ruth es pequeño, está madurando más lentamente que otros dragones.

—Quieres decir que es posible que nunca llegue a madurar lo bastante para aparearse, ¿no?

Menolly le miró sin pestañear, y él escudriñó sus ojos, en busca de compasión o evasión, pero no encontró ninguna de las dos cosas.

—Jaxom. ¿Lo pasas bien con Corana, no?

—Sí, así es.

—Estás disgustado. No creo que tengas motivos. Nunca he oído una palabra que me hiciera pensar que tuvieras preocupaciones. Lo único que pasa es que Ruth es poco corriente.

Ya le he dicho a Mnementh lo que quiere saber. Ahora ya se van, dijo Ruth. ¿Te parece que podría darme un baño en el lago?

—Bueno, ¿es que no tuviste bastante con bañarte ayer en la cala? —Jaxom se sintió aliviado al encontrarse a sí mismo en tranquila conversación con su dragón.

Esto fue ayer, respondió Ruth, con tono sereno y equilibrado. Desde entonces he comido y dormido sobre superficies polvorientas. Y tú también necesitas un baño, según me parece.

—Muy bien, muy bien —respondió Jaxom—. Haz como quieras. Pero no dejes que Lessa te vea con ningún lagarto de fuego, ¿eh?

¿Y cómo voy a limpiarme el lomo como es debido?, preguntó Ruth en tono de suave reproche. Y bajó de su lecho de piedra.

—¿Qué le pasa? —preguntó Menolly, en voz alta, dedicándole una sonrisa a Jaxom.

—Quiere que le froten los lomos.

—Voy a enviarte a mis amigos, Ruth, cuando estés junto al lago. Lessa no se enterará.

Ruth hizo una pausa en su marcha hacia la entrada del weyr, y alzó la cabeza, evidentemente meditando. Luego, arqueó el cuello y avanzó confiado.

Sí, Mnementh se ha ido y Ramoth con él. No van a saber que voy a darme un verdadero baño con lagartos de fuego que froten las crestas de mis lomos como corresponde.

Jaxom no pudo evitar echarse a reír ante aquella comedida satisfacción en el tono de la voz de Ruth.

—Siento haberte indispuesto con Mirrim, Jaxom, pero no podía subir hasta este nivel sin Path. Y sin ella.

Jaxom bebió un largo trago de klah:

—Supongo que si Path está de malhumor, habrá que disculparla.

—Mirrim siempre lo está, de un modo o de otro —dijo Menolly, con un tono de voz acre.

—¿Cómo?

—Que Mirrim, por lo general, da muestras de una conducta ofensiva.

Un pensamiento repentino hizo que Jaxom interrumpiera súbitamente a la muchacha Arpista.

—¿Verdad que tú no crees que Mirrim se deslizase dentro de la Sala antes de aquella Eclosión? Ya sé que ella jura que no fue así, pero también sé que se suponía que ella no Impresionaría...

—¡Ni un ápice más de lo que suponían de ti! ¡Por todos los cielos, Jaxom!, ¿no voy a poder correr el riesgo de disgustarte? Yo no creo que intentara influenciar a Path dentro del huevo. Ella tenía ya a sus lagartos de fuego, y estaba satisfecha con ellos. ¿Quién no lo estaría, teniendo a tres? Pero además, seguramente sabrás lo furiosa que se puso Lessa después de la

Impresión de Path. Bueno, pues nadie dijo entonces que hubiera visto a Mirrim deslizándose hacia la Sala, y a buen seguro que hubieran podido hacerlo. Mirrim puede ser intrigante, falta de tacto, difícil y exasperante, pero no es retorcida. ¿Es que no estabas en la Eclosión? Bueno, ¡pues yo sí! Path fue con paso vacilante hacia el sitio donde Mirrim estaba sentada, con el corazón clamando y rehuyendo a todos los candidatos de la Sala, hasta que F'lar se vio obligado a admitir que Path estaba buscando a alguien de entre los espectadores.

Menolly se encogió de hombros:

—Al final, ese alguien resultó ser Mirrim. Era muy extraño, pues sus lagartos de fuego no habían emitido ni un graznido de reproche. No; creo que su relación de compañeros era muy... bueno, destinada a ser como la que hay entre tú y Ruth. No fue igual en absoluto que en mi adquisición de Poli. ¡Como si yo necesitara otro lagarto de fuego! —Y ella hizo un gesto, como lamentándolo, y añadió—: Pero ocurrió que su cascara se rompió en el preciso momento en que se lo pasé a ese niño manitorpe del señor Groghe. Nunca me lo ha reprochado, y la criatura obtuvo un verde. ¡Hubiera sido un derroche un bronce en manos de aquel mocoso!

Jaxom señaló con el dedo a Menolly:

—¡Estás disimulando algo! ¿Qué es lo que ocultas? ¿Qué es lo que sabes de Ruth que yo no sepa?

Menolly miró a Jaxom directamente a los ojos:

—No sé nada, Jaxom. Pero según tú mismo me has contado, a los pocos minutos Ruth celebró la noticia del inminente apareamiento de Path con todo el entusiasmo de un aprendiz del Weyr al que le hubieran pedido que cambiara los cestos de brasas.

—¿Pero esto no significa...?

—No significa nada. Por tanto, no te pongas a la defensiva. Ruth está madurando con retraso. Eso es todo lo que tienes que pensar... sobre todo con Corana cerca de ti.

—¡Menolly!

—¡No pierdas el control! Vas a perder las energías ganadas en el descanso de esta noche. ¡Estabas tan debilitado! —Y ella le colocó la mano sobre el brazo, dándole un apretón—: No estoy haciendo súplicas en favor de Corana. Sólo estoy comentando, aunque es posible que tú no percibas la diferencia.

—¡Estoy pensando que el Fuerte de Ruatha no es asunto del Arpista! —dijo él, apretando los dientes para evitar usar las palabras que hubiera querido.

—Tú, Jaxom, caballero del blanco Ruth, vosotros dos sois asunto del Arpista. Pero no tú, Jaxom, en tu calidad de Señor de Ruatha.

—Estás volviendo a hacer diferencias.

—Así es, Jaxom. —La voz de ella tenía un tono serio, pero sus ojos brillaban—. Cuando Jaxom influye en lo que ocurre en Pern, se convierte en asunto del Arpista.

Jaxom se quedó mirándola fijamente, todavía intrigado por su silencio sobre el tema del huevo y su devolución. Luego, captó una extraña expresión de advertencia en sus ojos. Por

algún motivo que él no alcanzaba a comprender, ella no le pedía que confirmara aquella aventura.

—Es que eres varias personas a la vez, Jaxom —siguió diciendo ella, seriamente—: eres el Señor de un Fuerte que no puede limitarse a lo que es, el caballero de un dragón poco corriente, y un joven que no está del todo seguro de quién o qué debería ser. Ya sabes que puedes ser todo esto y más, sin que ello signifique que seas desleal con nadie, ni contigo mismo.

Jaxom soltó un bufido:

—¿Quién habla ahora? ¿El Arpista, o Menolly la Entrometida?

Menolly dio un respingo, y torció la boca en un gesto lastimero que no era ni sonrisa, ni negativa:

—En parte el Arpista, porque hay muchísimas cosas que no puedo considerar sin pensar como Arpista, pero algunas veces como ahora habla Menolly supongo que porque no quiero que te disgustes. Sobre todo, después de lo que hiciste ayer.

La calidez de su sonrisa no ofrecía dudas.

El enjambre de los lagartos de fuego de ella bajó en picado hacia el interior del Weyr. Jaxom contuvo su disgusto ante aquella interrupción, pues hubiera preferido que Menolly continuara hablando de aquella manera desacostumbradamente expansiva. Pero los lagartos de fuego estaban visiblemente nerviosos y, antes de que Menolly pudiera tranquilizarlos lo suficiente para que encontraran el camino de salida, Ruth entró en el Weyr, con los ojos chispeándole en miríadas de colores.

D'ram y Tiroth están aquí, y todo el mundo está muy nervioso.

Y diciendo esto, Ruth levantó el morro, para que Jaxom lo acariciara. Jaxom así lo hizo, y luego frotó suavemente los párpados de su amigo, húmedos aún por el baño.

Mnementh está muy satisfecho de sí mismo.

Ruth dijo esto último con un cierto deje de ofensa.

—Bueno, Mnementh no hubiera podido traer a D'ram y a Tiroth de vuelta sin tu ayuda, Ruth —replicó Jaxom firmemente, y luego añadió—: ¿Verdad, Menolly?

Yo no hubiera podido encontrar a D'ram y a Tiroth sin ayuda de los lagartos de -fuego, recalcó graciosamente Ruth, y tú pensaste en retroceder veinticinco Revoluciones.

Menolly dio un suspiro. No había podido oír el último comentario de Ruth.

—De hecho, les debemos más a aquellos lagartos de fuego meridionales.

—Eso es precisamente lo que Ruth ha dicho...

—Los dragones son honestos —dijo Menolly, respirando pesadamente y levantándose—. Vamos, amigo mío, tú y yo debemos regresar a nuestros propios lugares. Ya hemos hecho lo que nos mandaron hacer. Y lo hemos hecho bien. Probablemente, ésta es toda la satisfacción que podemos tener. —Y al decir esto, le miró a él con regocijo—: ¿Es así, o no? —Y recogió

su equipaje, añadiendo—: Y ésta, por supuesto, es la mejor manera de terminar ciertos asuntos. ¿No es verdad?

Y ella deslizó su brazo por el suyo, atrayéndole hacia sí y sonriendo de un modo casi maquinal, que, no obstante, disipó el resentimiento que él había empezado a sentir.

Cuando salieron a la cornisa, pudieron ver la gran actividad que había en torno al Weyr de la reina, al que se iban acercando masivamente todos los Caballeros y las mujeres de las Cavernas Inferiores, para saludar a D'ram y a su bronce.

—Debo admitir que es bastante agradable irse de Benden viendo a todos tan dispuestos a aceptar un cambio —dijo Menolly, mientras Ruth les llevaba, a ella y a Jaxom, hacia las alturas.

Jaxom quería dejar a Menolly en el taller del Arpista y luego volver a casa. Tan pronto como Ruth se hizo anunciar por el dragón vigilante, situado en las alturas de fuego, Zair y una pequeña reina que llevaba las cintas del Arpista se unieron a ellos, sujetándose precariamente con sus garras al cuello de Ruth.

—Este es el Kimi de Sebell. ¡Y está de vuelta!

La voz de Menolly tenía un tono exultante, que Jaxom no le había oído nunca anteriormente.

El dragón vigilante dice 'que el Arpista quiere vernos. Y Zair también, le comunicó Ruth a Jaxom. Se refiere también a mí, añadió Ruth, con un placentero tono de sorpresa.

—¿Y por qué no iba a querer verte el Arpista, Ruth? Está seguro de darte la confianza que mereces.

Jaxom dijo esto sintiendo aún, en el fondo, algo de resentimiento, mientras golpeaba afectuosamente el arqueado cuello de Ruth. El dragón volvió la cabeza para buscar un espacio donde aterrizar en el patio.

El Maestro Robinton y un hombre con el galón de Maestro sobre los hombros bajaban a zancadas los peldaños del Taller. Robinton extendió los brazos y pudo abarcar a ambos, a Menolly y a Jaxom, con un entusiasmo que casi azaró a éste. Luego, para la total sorpresa de Jaxom, el otro Arpista arrancó a Menolly del abrazo de Robinton y la hizo girar, una y otra vez, besándola sonoramente.

En lugar de oponerse a este recibimiento de su amiga, los lagartos de fuego iniciaron espectaculares juegos aéreos, juntando sus cuellos y plegando sus alas. Jaxom sabía que los lagartos de fuego reinas difícilmente acceden a tener contacto táctil con otras reinas, pero Beauty y Kimi estaban tan contentas y tolerantes como Menolly y aquel hombre. Jaxom miró al Arpista para ver cuál era su reacción ante tantos excesos, y se quedó perplejo al ver al Maestro Robinton sonriendo con discreto placer. Su expresión se alteró rápidamente cuando se dio cuenta de la mirada de Jaxom.

—Ven, Jaxom. Menolly y Sebell tienen noticias de algunos meses que intercambiar, y yo deseo oír tu versión del descubrimiento de D'ram.

Mientras Robinton guiaba a Jaxom hacia el Taller, Menolly dio unos gritos y logró soltarse a tirones de los brazos de Sebell, aunque Jaxom pudo ver que sus dedos siguieron enlazados en los de él, mientras ella se dirigía con pasos vacilantes hacia Robinton:

—¿Maestro?

—¿Qué? —Robinton se vio afectado por un acceso de debilidad.

—¿Es que Sebell no puede ordenar una medición de tu tiempo tras una larga ausencia?

Jaxom sintió placer al ver a Menolly atrapada por la incertidumbre y la confusión. Sebell sonreía.

—Oye primero lo que él tiene que contarte, muchacha —dijo Robinton, más amablemente—. Voy a hacer que se porte admirablemente con Jaxom.

Mirando de nuevo a la pareja, mientras Robinton le acompañaba hacia el Taller, Jaxom vio que sus brazos se unían en torno a sus cinturas y que sus cabezas se juntaban. Sobre ellos, los lagartos de fuego hacían espirales, siguiéndoles mientras caminaban lentamente hacia la pradera más allá del Taller del Arpista.

—¿Fuiste tú quien trajo de vuelta a D'ram y a Tiroth? —le preguntó el Arpista a Jaxom.

—Yo los encontré. Los Caudillos del Weyr de Benden los trajeron esta mañana, tiempo de Benden.

Robinton se quedó dudando, y su pie estuvo a punto de no encontrar el escalón superior de la escalera por la que conducía a Jaxom hacia sus propias habitaciones.

—Estaban allí. Pero, ¿dentro mismo de aquella cala? Justo como había sospechado.

—A veinticinco Revoluciones hacia atrás.

Y, sin más interrupciones, Jaxom volvió a contar su aventura desde el inicio. Su oyente se mostró más atento a su relato de lo que lo habían hecho Lessa y F'lar, de modo que Jaxom empezó a encontrar placer en aquel desacostumbrado papel.

—¿Hombres?

El Arpista, que había permanecido estirado en su silla, con uno de sus pies sobre la mesa, lo retiró repentinamente al final del relato. Sus talones golpearon el pavimento de piedra:

—¿Habían visto a hombres?

Por unos instantes, Jaxom se había quedado atónito. Mientras que el Maestro Arpista había reaccionado casi como si hubiera esperado aquellas noticias, los Caudillos del Weyr habían dado muestras de alarma y escepticismo.

—Siempre he dicho que nosotros vinimos del Continente Meridional —dijo el Arpista, más para sí mismo que para Jaxom. Luego indicó a Jaxom que continuara.

Este obedeció, pero pronto se dio cuenta de que sólo parte de la atención del Arpista se centraba en su narración, aunque el hombre asentía con la cabeza y hacía preguntas ocasionales.

El relato de Jaxom terminó con el retorno de él y de Menolly al Weyr de Benden, sin omitir su agradecimiento a Mnementh por permitir que Ruth comiera. Y luego quedó en silencio,

preguntándose cómo hacerle una pregunta al Arpista, pero vio que Robinton fruncía el ceño seguramente a causa de sus reflexiones privadas.

—Vuelve a contarme lo que los lagartos de fuego dijeron sobre aquellos hombres —preguntó el Arpista, inclinándose hacia adelante y apoyando los codos sobre la mesa, con los ojos fijos en Jaxom. Sobre sus hombros, Zair soltó una nota de lamento.

—No dijeron mucho, Maestro Robinton. ¡Este es el problema! Se pusieron muy excitados, y lo que decían tenía poco sentido. Menolly, probablemente, podría contarte más que yo, pues tenía consigo a Beauty y a los tres bronces, pero...

—¿Qué dijo Ruth?

Jaxom se encogió de hombros, aunque sabía, y ello le disgustaba, que sus respuestas a medias no eran lo que se esperaba de él.

—Dijo que las imágenes eran demasiado borrosas, incluso las que tenían de los hombres, de sus hombres. Y que nosotros, Menolly y yo, no éramos de aquella clase de nombres.

Jaxom alcanzó el cucharón de klah para aliviar la sequedad de su boca. Llenó cortésmente una taza para el Arpista, que la vació a medias, ausente, sumido en sus pensamientos.

—Hombres —volvió a decir el Maestro Robinton, alargando la última consonante, y terminando con un chasquido de la lengua. Se acurrucó, haciendo un movimiento tan rápido que Zair dio un chillido, y tuvo que agarrarse con las zarpas para no perder el equilibrio—. Hombres; y hace tanto tiempo, que las imágenes que los lagartos de fuego retienen son ya muy vagas. Es algo muy interesante; de veras que es muy interesante.

El Arpista empezó a pasear por la habitación, apartando a Zair, que chilló, protestando.

Jaxom miró por la ventana a Ruth, que estaba tomando el sol en el patio, con los lagartos de fuego del lugar formando un enjambre a su alrededor. Escuchó descuidadamente el coro, preguntándose por qué se detenían tan frecuentemente en la Balada, ya que él no detectaba discrepancias en sus armonías.

La brisa que llegaba hasta la ventana era agradable, suave y veraniega, y ello le hizo recordar su tierra natal. Entonces, la mano de Robinton se apoyó en su hombro.

—Has obrado muy bien, muchacho, pero ahora lo mejor sería que volvieras a Ruatha. Estás medio dormido. Me parece que el salto por el tiempo te ha quitado más energías de las que crees.

Cuando el Maestro Robinton le acompañaba hacia el patio, le hizo explicar de nuevo la conversación con los lagartos de fuego. Esta vez, el Arpista hizo marcados signos de asentimiento con la cabeza en cada pasaje, como si con ello se asegurara de recordar con exactitud.

—El que hayas encontrado a D'ram y a Tiroth sanos y salvos, Jaxom, es lo menos importante de todo este asunto. Quiero decir, que yo ya sabía que obraba adecuadamente cuando os metí en esto, a ti y a Ruth. No te sorprenda, pues, si te hablo más de este asunto, con el permiso de Lytol, por supuesto.

Dándole un afectuoso apretón en el brazo, Robinton retrocedió un paso para permitir que Jaxom montara en Ruth, mientras los lagartos de fuego chillaban de disgusto por el final de la

visita de su amigo. Y cuando Ruth, obedientemente, tomó altura, Jaxom saludó con la mano a la figura cada vez más pequeña del Maestro Arpista.

Luego, Jaxom miró hacia abajo, hacia el río, en dirección a Menolly y Sebell. Estaba disgustado consigo mismo por su interés en saber dónde estaban, y cuando los localizó se irritó, pues la intimidad de sus actitudes le probó que gozaban de una relación de la que él no había tenido la menor idea.

No regresó directamente al Fuerte de Ruatha. Lytol no lo esperaba en un momento determinado. Por ello, cuando vio que no había ningún lagarto de fuego que pudiera descubrir su falta, le pidió a Ruth que le llevara al Fuerte de la Meseta. Mientras gozaba de la cariñosa compañía de Ruth, llegó a preguntarse si el dragón blanco no conocería su mente mejor aún de lo que él mismo la conocía.

Era casi mediodía en el Oeste de Pern, cuando Jaxom se preguntó qué haría para atraer la atención de Corana sin que hasta el último sirviente del Fuerte se enterara de su visita. La necesidad que sentía de ella era tan fuerte que llegaba a irritarle.

Ya viene, avisó Ruth, apartando una de sus alas de modo que Jaxom pudo ver a la muchacha que salía del Fuerte y caminaba en dirección al río. portando un cesto que se balanceaba en uno de sus hombros. ¡Difícilmente se daría coincidencia más oportuna! Le dijo a Ruth que se dirigiera a la orilla del río, donde las mujeres del Fuerte solían hacer su colada.

El río no es muy profundo, advirtió Ruth. Pero hay una enorme roca al sol donde podré encontrarme cómoda y cálidamente.

Y antes de que Jaxom pudiera contestarle, empezó a planear, descendiendo hacia el río y sobrevolando las rápidas y turbulentas aguas que cruzaban por entre traicioneras rocas hacia el tranquilo remanso donde se hallaba aquella enorme piedra.

Ladeándose sutilmente para no enredar sus alas en el tupido ramaje de los enormes árboles que bordeaban el río, Ruth aterrizó suavemente sobre la enorme y pelada roca.

Ya viene, repitió, encogiendo el hombro para facilitar aJaxom su descenso a tierra.

Pero, de repente, Jaxom se vio asaltado por conflictivos deseos y dudas. Las exaltadas observaciones de Mirrim volvieron a sonar en su mente. Ruth, desde luego, ya había rebasado la edad en que normalmente se aparean estos animales, y no obstante...

Ya viene. Ella es buena para ti. Y si ella es buena para ti, también lo es para mí, dijo Ruth. Y añadió: Ella hace que te sientas feliz y relajado, y eso es bueno. Y el sol, aquí, me hace sentirme cálido y contento. Vamos.

Atónito por la energía que había en el tono de su compañero de Weyr, Jaxom miró fijamente a Ruth. Vio que sus ojos centelleaban con afecto, en tonalidades azules y verdes que denotaban una satisfacción que contrastaba claramente con la energía de su voz.

En aquel momento, Corana llegaba al último recodo del camino que llevaba a la ribera del río, y pudo ver a Jaxom. Dejó caer el cesto, derramando el lino, y corrió a abrazarle estrechamente besándole el rostro y el cuello con un placer no inhibido, de forma que Jaxom se vio envuelto en todo aquello tan de repente que no pudo pararse a considerar nada. Una vez juntos, avanzaron hacia el suave musgo que alfombraba el terreno más allá de las rocas, fuera del alcance de la vista desde la ribera, y de la de Ruth.

Corana deseaba y ansiaba fuertemente satisfacer todos los deseos frustrados en su anterior visita al Fuerte. Y las manos de él tocaron la suave piel de ella, sintiendo su cuerpo apretado contra el suyo, mientras se preguntaba en un instante si ella hubiera estado tan bien dispuesta para amarle si no hubiera sido Señor de Ruatha. ¡Pero qué importaba eso! ¡El era su amante! y, por el momento, se entregó sin mayores reservas.

Y en el preciso momento en que se abandonó a la situación, tan profundamente que casi rayaba el dolor, fue consciente, de un suave contacto y supo, con una sensación de alivio que aumentó su valor, que Ruth estaba unido a él como siempre.

FUERTE DE RUATHA, FUERTE DE FIDELLO. CAÍDA DE HEBRAS, 15.7.6

No era fácil tener secretos con un dragón propio. El único momento adecuado para que Jaxom pudiera pensar en algo de forma que Ruth no lo supiera era por la noche, muy tarde ya, cuando su amigo estaba bien dormido. O por la mañana, cuando se despertaba antes que Ruth.

Pocas veces había necesitado ocultar sus pensamientos a Ruth, lo cual complicaba e inhibía mucho más el proceso. Pero además, el ritmo de vida de Jaxom, regido por el ahora agobiante entrenamiento con la escuadrilla de los aprendices del Weyr, ayudando a Lytol y a Brand a poner el Fuerte en marcha y en plena actividad veraniega, así como las excursiones al Fuerte de la Meseta, hacía que Jaxom cayera dormido tan pronto se cubría con las pieles de su lecho, tapándose con ellas los hombros.

Por las mañanas, era frecuente que Tordril u otro de los adoptivos le sacara de la cámara, justo a tiempo para cumplir con sus compromisos.

No obstante, el problema de la madurez de Ruth ocupaba la mente de Jaxom en momentos poco oportunos, incluso durante sus caminatas, por lo que debía eliminarlo de raíz, antes de que su dragón percibiera señales de ansiedad en él.

Por dos veces en el Weyr de Fort, y para agudizar el problema, una provocativa verde había despegado en vuelo, perseguida por todos los pardos y azules que se habían sentido capaces de alzarse en vuelo hacia ella. La primera vez, Jaxom se encontraba en pleno entrenamiento y sólo llegó a darse cuenta de ello cuando se halló por encima y más allá de la escuadrilla de aprendices. Esto distrajo su atención de repente, apartándola de aquellos, aunque Ruth, despreocupadamente, continuó la maniobra de la escuadrilla. Jaxom tuvo que agarrarse a las correas de combate para permanecer en su lugar.

La segunda vez, Jaxom y Ruth estaban en tierra cuando los gritos de apareamiento de la verde espantaron al Weyr. Los otros aprendices del Weyr eran lo suficientemente inmaduros para estar interesados, pero el mestro de aprendices miró a Jaxom durante un largo rato. De repente, Jaxom se dio cuenta de que, al parecer, K'nebel estaba preguntándose si Jaxom y Ruth iban a unirse a los que esperaban que la verde se lanzara.

Jaxom se sintió poseído por tal cúmulo de emociones, ansiedad, vergüenza, expectación, vacilación y terror, que Ruth se quedó parado, extendiendo las alas con alarma.

¿Qué es lo que te tiene trastornado?, preguntó Ruth, que permanecía en tierra, curvado el cuello para ver a su caballero, y con los ojos centelleando en rápida respuesta a las emociones de Jaxom.

—Estoy bien, estoy bien —dijo Jaxom a toda prisa, mientras acariciaba la cabeza de Ruth deseando desesperadamente preguntarle si deseaba cubrir al verde, y ansiando en su fuero interno que no fuera así.

Con un gruñido de desafío, la verde se lanzó al vuelo. Los azules y los pardos lo hicieron después, mientras ella repetía su desafío. Más rápida y más ligera que cualquiera de sus posibles compañeros, con una agilidad que se veía aumentada por su disposición sexual, logró distanciarse notablemente antes de que el primer macho hubiera podido despegar. Y entonces, todos salieron tras ella.

En el terreno de matar, todos los caballeros se unieron formando un grupo junto al jinete del verde. A gran velocidad, tanto la desafiante como los perseguidores se convirtieron en unas manchas en el cielo. Los caballeros, corriendo y tropezando, se dirigieron hacia las Cavernas Inferiores, a la cámara allí reservada.

Jaxom no había asistido nunca a una lucha de apareamiento de dragones. Tragó saliva, intentando humedecer su garganta reseca. Sintió que su corazón y su sangre se atascaban, y que le poseía una tensión que por lo general sólo experimentaba cuando sentía el esbelto cuerpo de Corana apretado contra el suyo.

De repente, se preguntó qué dragón habría cubierto a Path, la verde de Mirrim, y cuál sería su caballero...

Una mano sobre su hombro lo asustó haciéndole gritar.

—Bien, si Ruth no está dispuesto a volar, seguro que tú sí lo estás, Jaxom —dijo K'nebel, y elevó la vista hacia los distantes escuadrones en el aire—. Siempre el apareameinto de una verde puede ser conflictivo. —La expresión de K'nebel denotaba comprensión. E hizo un gesto con la cabeza hacia
Ruth—: ¿No le interesaba? No; bueno, ¡dale tiempo! Lo mejor es que te mantengas al margen. El apareamiento ha terminado por hoy, en alguna parte. Sólo he tenido que procurar que los más jóvenes sigan ocupados en otro lugar mientras esta verde es cubierta.

Entonces, Jaxom se dio cuenta de que el resto de la escuadrilla se había dispersado. Dando una palmada de ánimo a Ruth en el lomo, K'nebel se dirigió con paso decidido hacia su bronce, montándolo ágilmente, y dándole prisas para que se pusiera en camino hacia su weyr.

Jaxom pensó en las bestias que estaban en el aire. Involuntariamente, pensó también en sus caballeros, en la habitación interior, unidos a sus dragones en la emocionante lucha que se resolvía, fortaleciendo la fusión y los nexos entre dragones y caballeros.

Jaxom pensó en Mirrim. Y en Corana. Dando un gruñido, se lanzó de un salto sobre el cuello de Ruth, escapando de la atmósfera emocional del Weyr de Fort, e intentando así alejarse de su repentino descubrimento de lo que, probablemente, siempre había sabido sobre los caballeros, pero que sólo aquella mañana había asimilado verdaderamente.

Deseó ir al lago para sumergirse en sus frías aguas y conseguir que el impacto helado sacudiera su cuerpo y congelara la tortura de su mente. Pero Ruth, en vez de llevarle en aquella dirección, le llevó hacia el Fuerte de la Meseta.

—¡Ruth! ¡Al lago! ¡Llévame al lago!

Es mejor para ti que ahora te quedes aquí, fue la asombrosa respuesta de Ruth, y añadió: El lagarto de fuego dice que la muchacha está en el campo de arriba.

Una vez más, Ruth había tomado la iniciativa, deslizándose hacia un campo en el que ondulaba el grano joven, de un color verde brillante bajo el sol del mediodía. Allí estaba Corana, ocupada en espantar a gritos a los tenaces reptiles que se criaban en los límites del campo y amenazaban con estropear toda la cosecha.

Ruth aterrizó en el estrecho margen que había entre el grano y el muro. Corana, mientras se recuperaba de la sorpresa por aquella inesperada visita, le hizo un saludo de bienvenida. En lugar de salir corriendo hacia él, como solía hacer, empezó a alisarse los cabellos y a enjugarse el sudor
que cubría su rostro.

—Jaxom —empezó a decir a medida que él avanzaba con largos pasos hacia ella, incrementando la urgencia a medida que se le acercaba—, querría que no...

Pero él silenció aquella reprimenda un tanto inoportuna con un beso, y sintió algo duro contra su costado. La atrajo hacia sí con su brazo derecho, y encontró el molesto azadón, que cogió con la mano izquierda, arrojándolo lejos de ambos.

Corana hacía esfuerzos para liberarse, como si no hubiera estado preparada para la reacción que él había tenido. Pero él la apretó aún más hacia sí, intentando contener los impulsos que surgían en su interior hasta que ella pudiera corresponderle. Ella olía a tierra y a sudor. Su cabello, que cubría la cara de Jaxom mientras él la besaba en la garganta, olía también a sol y a sudor, y todos estos olores aún le excitaban más.

En alguna parte del fondo de su pensamiento había un dragón hembra verde chillando su desafío. En algún lugar, demasiado cerca de sus deseos, estaba aquella visión de los dragoneros en una Sala interior, esperando, con un nerviosismo que competía con el suyo propio, a que la verde hubiera sido cubierta por el más rápido, el más fuerte o el más ágil de sus perseguidores.

Pero era a Corana a quien él tenía ahora en sus brazos, y era Corana quien ahora empezaba a corresponderle. Ambos estaban sobre el cálido suelo de una tierra humedecida por el suave escarbar de los codos y las rodillas de Jaxom. Mientras el sol le calentaba, él intentó borrar el recuerdo de aquellos caballeros que casi tropezaban en dirección a la Sala interior, y la ridicula burla de un dragón hembra verde en vuelo de apareo.

El no resistió ni rehusó el contacto mental de Ruth, y lo que siguió a continuación alivió el torbellino de su cuerpo y de su mente.

A la mañana siguiente, Jaxom fue incapaz de ir a la práctica de los aprendices del Weyr.

Lytol y Brand habían salido temprano, calbalgando hacia una propiedad distante en compañía de los adoptivos, de modo que nadie le hizo preguntas sobre su presencia. Y cuando salió del Fuerte por la tarde, dirigió a Ruth hacia el lago, y restregó y restregó a su dragón hasta que éste le preguntó tímidamente qué le ocurría.

—Te quiero, Ruth. Eres mío. Te quiero —dijo Jaxom con toda el alma, para después añadir, con su alegre confianza habitual, que se veía capaz de hacer cualquier cosa por su amigo—. Te quiero —repitió, hablando entre dientes; y saltando del lomo de Ruth se zambulló en las heladas aguas del lago tan hondo como pudo.

Me parece que tengo hambre, dijo Ruth, mientras Jaxom luchaba con la presión del agua y la ausencia de aire en sus pulmones.

Eso, seguramente, sería un buen motivo de diversión, pensó Jaxom mientras salía a la superficie casi sin aliento.

—Hay un pequeño Fuerte en el Sur de Ruatha, donde se están engordando wherries.

Debe ser un bonito espectáculo.

Jaxom se secó a toda prisa, se embutió las ropas y las botas, poniéndose distraídamente la toalla húmeda del baño sobre los hombros, montó en Ruth y lo dirigió hacia las alturas, y luego por el Ínter hacia el Fuerte Meridional.

Se dio cuenta de su insensatez en el momento en que el mortal estremecimiento helado del ínter solidificó la humedad en torno a su cuello. Aquella tontería, a buen seguro que le costaría un enojoso e incómodo constipado.

Ruth cazó con su habitual destreza. Los lagartos de fuego, que a juzgar por sus cintas de colores, eran del lugar, se dispusieron, al parecer invitados por el dragón blanco, a compartir su festín.

Jaxom observaba, más libre ahora para reflexionar mientras Ruth seguía concentrado en la caza y la comida.

Jaxom no estaba del todo satisfecho de sí mismo. Se sentía descontento y confuso por el modo en que había hecho uso de Corana. Le mortificaba el hecho de que ella parecía haber aceptado lo que había sido, tenía que admitirlo, un placer violento. Sus relaciones, antes de placer inocente, estaba ahora en cierto modo enturbiada.

Ahora, no estaba del todo seguro de querer seguir siendo su amante, y aquella situación añadía una nueva carga de culpabilidad en él. Había, eso sí, un punto a su favor: le había ayudado a terminar el surco que su inoportuna llegada había interrumpido. De ese modo, ella no tuvo dificultades con Fidelio por haber interrumpido su tarea. El grano joven era importante. Pero no debió haber tomado a Corana del modo en que lo había hecho. No había excusas para una actitud como aquella.

A ella le gustaba muchísimo, dijo Ruth. Y Jaxom dio un respingo:

—¿Cómo lo sabes?

Cuando estás con Corana, sus emociones son tan intensas como las tuyas. Así que también puedo sentirla a ella. Cuando no sucede así, no la puedo oír. Había más resignación que pesar, en el tono de las palabras de Ruth. Como si se sintiera aliviado de la limitación de aquel contacto.

Mientras hablaba, Ruth se sentía muy lleno tras haber devorado dos \vherries sin dejar casi nada para los lagartos de fuego. Jaxom observó cómo el color de los brillantes ojos de su amigo palidecía lentamente pasando del rojo del hambre a un violeta oscuro y finalmente al azul de la satisfacción.

—¿Te gusta lo que oyes? ¿Nuestro amor? —le preguntó Jaxom, decidiendo bruscamente airear sus preocupaciones.

Sí. Y a ti también. Es bueno para ti. Me gusta porque es bueno para ti.

Jaxom saltó a sus pies, abatido por la frustración y la culpa:

—Pero, ¿es que tú no lo quieres para ti mismo? ¿Por qué estás siempre preocupado por mí? ¿Por qué no cubriste a aquella verde?

¿Por qué te preocupa eso? ¿Por qué debía haber cubierto a la verde?

—Porque eres un dragón.

Soy un dragón blanco. Los azules, los pardos y, en ocasiones, algún bronce cubren a las verdes.

—Hubieras podido cubrirla, Ruth.

No lo deseé. Vuelves a estar disgustado. Te he disgustado. Y Ruth extendió el cuello, rozando suavemente la cara de Jaxom con su nariz, a modo de disculpa.

Jaxom enlazó con sus brazos el cuello de Ruth, apretando su frente contra aquella piel suave, de picante olor a especias, concentrándose en lo mucho que quería a su Ruth, su tan poco corriente Ruth, el único dragón blanco de todo Pern.

Sí, soy el único que ha existido en Pern, dijo Ruth, animado, moviendo el cuerpo para poder acercar más a Jaxom al círculo de su pata delantera. Soy el dragón blanco. Tú eres mi caballero. Estamos juntos.

—Sí —dijo Jaxom, dándose por vencido—, estamos juntos.

Un estremecimiento se apoderó de él, y estornudó. ¡Cascaras!, si estornudaba de ese modo en el Fuerte, le obligarían a tomar alguna de aquellas horribles medicinas que Deelan le endosaba a todo el mundo. Se cerró la chaqueta, anudándose la toalla de baño, ahora ya seca, en torno a su cuello y pecho y, montando a Ruth, le indicó que volvieran al fuerte lo más rápidamente posible.

Pudo escapar a la medicina únicamente porque se mantuvo lejos del alcance de Deelan, quedándose en sus aposentos particulares. Hizo divulgar que estaba ocupado en una tarea que le había encargado Robinton, y que no la interrumpiría para ir a cenar.

Tenía la esperanza de que sus estornudos cederían al anochecer. Lytol seguramente lo visitaría, lo que le hizo recordar que si no encontraba una buena excusa para justificar sus ocupaciones de aquella tarde, Lytol podría crearle dificultades.

De hecho, Jaxom había deseado poner por escrito sus observaciones sobre aquella hermosa cala, que mostraba el cono del centro de la alta montaña, claramente patente en su curva. Usando el lápiz de carboncillo suave que el Maestro Bendarek había inventado para escribir sobre papel, Jaxom se concentró en su proyecto.

Era mucho más fácil, pensó, trabajar con aquellas herramientas que con una mesa de arena. Los inevitables errores, pues su recuerdo de la cala no era del todo preciso, se podían borrar con un poco de savia de árbol de madera suave, siempre que tuviera cuidado de no raspar demasiado la superficie del papel.

Había realizado un respetable mapa de la cueva de D'ram, cuando un golpe en la puerta interrumpió su concentración. Dio un violento bufido antes de que pidieran permiso para entrar. Su voz no parecía demasiado afectada por la congestión de su cabeza.

Lytol entró, saludó a Jaxom y se acercó a la mesa, desviando cortésmente la mirada de lo que había sobre la misma.

—¿Ha comido hoy Ruth? —preguntó—. Es que N'ton me envía para recordarte que las Hebras caen en el Norte y que podrías volar con la escuadrilla. ¿Ruth tendrá suficiente tiempo para hacer la digestión, verdad?

—Estará bien —replicó Jaxom, poniéndose nervioso y sintiendo lo inevitable de la perspectiva de combatir contra las Hebras desde el lomo de Ruth.

—¿Ya has completado el entrenamiento con los aprendices del Weyr?

O sea que Lytol se había dado cuenta de su ausencia de aquella mañana en el Weyr. Jaxom captó una débil nota de sorpresa en la voz de su tutor.

—Bueno, se puede decir que he aprendido todo lo que necesito saber, dado que no voy a volar regularmente con la escuadrilla de combate. He estado haciendo este croquis de la cueva de D'ram. Allí le encontramos. ¿Qué te parece? —Y ofreció la hoja a Lytol.

Para satisfacción de Jaxom, la expresión de Lytol cambió, mostrando curiosidad e interés mientras miraba el croquis y el diagrama.

—¿Tu reproducción de la montaña es exacta? ¡A buen seguro que es el mayor volcán de todo Pern! ¿Has conseguido una perspectiva correcta? ¡Magnífico! ¿Y esta área?

Lytol trazó con la mano un amplio arco por el espacio situado detrás de los árboles que Jaxom había dibujado cuidadosamente, reproduciendo su posición a lo largo de la boca de la cueva tan exactamente como pudo recordarlos.

—El bosque se extiende hasta las colinas bajas, pero nos quedamos en la playa, por supuesto...

—¡Magnífico! Uno se da cuenta de por qué el Arpista recordaba el sitio tan claramente.

Con visible desgana, Lytol volvió a dejar la hoja en la mesa de Jaxom.

—El dibujo da una idea muy pobre del sitio real —dijo este a su tutor, elevando la voz en las sílabas finales. No era la primera vez que Jaxom sentía pesar por la aversión de Lytol a montar el lomo de un dragón, en algunas de las excursiones más importantes.

Lytol obsequió a Jaxom con una corta sonrisa, moviendo la cabeza:

—Este es un motivo suficiente, montar un dragón, estoy seguro. Pero no te olvides de avisarme cuando tengas intención de volver allá. —Y diciendo esto, Lytol le deseó buenas noches, dejándolo un tanto sorprendido. ¿Acaso Lytol le estaba dando un permiso indirecto para volver a la cala? ¿Por qué?

Jaxom se puso a examinar el boceto, preguntándose si realmente había dibujado correctamente los árboles. Sería agradable volver allí. Por ejemplo, después de la Caída de las Hebras, si el combate no fatigaba demasiado a Ruth...

Me gustaría nadar más allá del olor a pedernal, en aguas de la cala, dijo Ruth soñoliento.

Echando la silla hacia atrás, Jaxom pudo ver el bulto blanco de Ruth sobre su lecho, con la cara vuelta hacia él aunque los ojos del dragón estaban cerrados.

De veras que me encantaría.

—Y además podríamos averiguar algo más sobre aquellos hombres de los que hablaron los lagartos de fuego.

Sí, pensó Jaxom, aliviado por disponer de un objetivo definido, sería muy interesante. Ni F'lar ni Lessa le habían prohibido volver a la cala. Además estaba lo bastante lejos del Fuerte Meridional para que no hubiera ningún peligro de comprometer a los Caudillos del Weyr. Por otra parte, si podía enterarse de más cosas sobre aquellos hombres, le haría un favor a Robinton. Incluso era posible que pudiera encontrar una nidada en algún sitio a lo largo de la costa. Posiblemente era en eso en lo que Lytol pensaba cuando le dio aquel permiso indirecto. ¡Pues claro! ¿Como no se había dado cuenta hasta ahora?

Se había calculado que la Caída de las Hebras se produciría a la mañana siguiente, justo pasadas nueve horas. Aunque Jaxom no iba a estar en su posición habitual con los lanzallamas, fue despertado temprano por un sirviente que le llevó una bandeja de klah y unos rollos de carne para su comida del día.

Jaxom sentía la cabeza pesada, una tirantez en la garganta y una sensación de malestar general. En su fuero interno, se maldijo a sí mismo por la imprevisión de aquel momento, que iba a hacer de su primer encuentro bélico con las Hebras algo muy incómodo. ¿Qué diablos le había impulsado a zambullirse en las aguas de un lago helado, e ir luego por el ínter, medio empapado.

Mientras se vestía, estornudó varias veces. Eso le despejó la nariz, pero le aumentó el dolor de cabeza. Se puso la ropa de más abrigo, la túnica más gruesa, pantalones y revestimientos extra en las botas.

Cuando salió de sus aposentos, en compañía de Ruth, se ahogaba de calor. Los colonos estaban en el patio, montados en animales corredores, revisados los lanzallamas y el equipo. El dragón vigilante y los lagartos de fuego del Fuerte estaban masticando pedernal en las alturas. Jaxom miró a Lytol, que se encontraba en el escalón superior de la entrada del Fuerte, y le hizo un gesto de saludo, que Lytol respondió antes de seguir dando órdenes para el inminente combate.

Jaxom volvió a estornudar, con un impulso que le echó hacia atrás.

¿Estás bien? Los ojos de Ruth centellearon con más rapidez, a causa de la preocupación.

—Para ser un maldito loco que ha atrapado un resfriado, sí, estoy muy bien. Pongámonos en marcha. Estoy ahogándome dentro de estas pieles.

Ruth obedeció, y Jaxom se sintió reconfortado cuando el viento refrescó el sudor de su cara. Hizo que Ruth volara hacia el Weyr, dado que aún disponían de mucho tiempo.

Jamás volvería a cometer la locura de volar por el ínter, estando mojado.

Probablemente, lo mejor que podía hacer era cambiar a un vuelo más ligero una vez llegara a Fort. Ya se sentiría lo bastante acalorado cuando tuvieran que luchar contra las Hebras. No obstante, el Weyr estaba situado en lo alto de las montañas, más alto aún que el Fuerte Ruatha lo cual hizo que no sintiera demasiado calor cuando tomaron tierra.

Siguiendo las instrucciones que en su fuero interno había preparado, Jaxom se llevó a Ruth para abastecer el saco de pedernal, dirigiéndose ambos a los almacenes situados sobre el Cuenco para estos fines. Ruth empezó a masticar pedernal, preparando así su segundo estómago para llamear. Con un buen comienzo, tendría una llama estable, fácil de reactivar en la lucha por medio del pedernal adicional que llevaba en el saco.

Mientras Ruth estaba masticando, Jaxom se sirvió un gran vaso de humeante klah, esperando que le hiciera revivir. Se sentía muy mal, y la nariz le goteaba continuamente.

Por fortuna, el ruido de tantos dragones como allí había, masticando pedernal, disimulaba sus estornudos. Si aquella no hubiera sido realmente la primera vez que luchaba junto a Ruth, Jaxom quizás hubiera vacilado en seguir adelante con la empresa. Pero se convenció a sí mismo, pensando
que, dado que los aprendices volarían indudablemente tras las otras escuadrillas en los límites de la Caída de las Hebras, era posible que él pudiera evitar tener que ir frecuentemente al ínter, aunque quizá tuviera que hacerlo. De esa forma no correría el riesgo de que su resfriado se agravara. No quería imaginarse lo que podía ocurrir si estornudaba en el preciso instante en que Ruth tuviera que entrar en el ínter para huir de las Hebras.

N'ton y Lioth aparecieron sobre las Piedras de la Estrella. Lioth bramó en petición de silencio, mientras el Caudillo del Weyr alzaba el brazo. Las cuatro reinas del Fort flanqueaban al enorme bronce, y aunque más alargadas que él, su magnificencia sólo quedaba realzada a los ojos de Jaxom
por su brillantez. Los dragones, situados en todas las cornisas del Weyr, escucharon las silenciosas órdenes de Lioth, formándose luego las escuadrillas.

Jaxom, aunque innecesariamente, comprobó las correas de combate que lo mantenían firme en su silla de montar, sobre el cuello de Ruth.

Vamos a cabalgar con la escuadrilla de la reina, le dijo Ruth a su caballero.

—¿Todos los aprendices del Weyr? —preguntó Jaxom, pues no había oído decir nada a K'nebel sobre un cambio de posición.

No, solamente nosotros.

Ruth parecía complacido, pero Jaxom no estaba del todo seguro de la veracidad de aquel honor.

El jefe de los aprendices, apercibido de la vacilación de Jaxom, le hizo una breve señal para que se colocara en la posición que le correspondía. Así fue como Jaxom dirigió a Ruth hacia lo alto, en dirección a las Piedras de la Estrella. Cuando Ruth aterrizó limpiamente al lado izquierdo de Selianth, la reina más joven de Fort, Jaxom se preguntó si aparentaba estar tan desorientado como él se sentía, empequeñecido por el dragón dorado.

Lioth volvió a bramar y los Caudillos del Weyr despegaron de las Piedras de la Estrella, descendiendo lo suficiente para dejar sitio a la escuadrilla antes de elevarse en vuelo, en un aleteo vigoroso en dirección al cielo. Ruth no necesitaba espacio alguno para despegar, por lo que se quedó suspendido unos instantes antes de tomar su posición junto a Selianth. El jinete

de ésta, Prilla, blandía un puño en señal de ánimo. Ruth le dijo entonces a Jaxom que Lioth le estaba dando orden de ir al ínter para salir al paso de la Caída de las Hebras.

Cuando sobrevolaron las áridas colinas del norte de Ruatha, Jaxom se encontró a sí mismo experimentando una excitación que, hasta entonces, nunca había sentido montando a Ruth. Las escuadrillas de dragones de combate se desplegaron hacia lo alto y alrededor de su inferior nivel de
posición en el escuadrón de la reina. El cielo parecía estar plagado de dragones, todos dirigiéndose hacia el Este. Y la escuadrilla más elevada iba a ser la primera en entrar en contacto con la inminente Caída de las Hebras.

Jaxom contenía los mocos, furioso porque sus condiciones de salud amortiguarían aquel triunfo personal: ¡Jaxom, Señor del Fuerte de Ruatha, iba a volar en su dragón blanco contra las Hebras! Entre sus piernas, podía sentir el cuerpo de Ruth ronroneando por el gas acumulado, y se preguntó si aquella sensación era en algún sentido análoga a su propio estado de enfriamiento y pesadez de cabeza.

En una repentina aceleración, la escuadrilla más elevada avanzó, y Jaxom ya no tuvo ocasión para especular cuando observó que el claro firmamento se tornaba gris, anunciando así la proximidad de las Hebras.

Selianth quiere que me quede por encima de ella en todo momento, para que su lanzallamas no me alcance, dijo Ruth, con su tono mental apagado mientras retenía su aliento de fuego. Entonces alteró su posición, y todas las escuadrillas empezaron a avanzar.

La película gris se tornaba ahora visiblemente en la lluvia plateada de las Hebras. Chorros de llamas alcanzaban su plenitud en el cielo cuando los dragones de vanguardia chamuscaban a su viejo enemigo, convirtiéndolo en polvo.

El nerviosismo de Jaxom había decrecido, gracias a los interminables ejercicios que realizaron con los aprendices del Weyr y por la fría lógica del cálculo de precauciones. ¡Hoy, él y Ruth no volverían con quemaduras de Hebras!

La escuadrilla de la reina se abrió paso en dirección a tierra para volar por debajo de la primera oleada de dragones, listos para destruir cualquier fragmento que hubiera podido eludir las primeras llamas.

Volaban a través de manchas de fino polvo, residuo de las crespadas Hebras. Girando en redondo, la escuadrilla de la reina volvió sobre sus pasos, y en aquel momento Jaxom pudo observar una estría plateada. Azuzando hacia lo alto a un Ruth dispuesto a todo, Jaxom oyó cómo su dragón blanco advertía a otros que se alejaran, antes de que ambos se encontraran y destruyeran las Hebras con un estilo propio. Jaxom se preguntó con orgullo si alguien más habría notado el ahorro que Ruth hacía de su mortal llama: la usaba en su justa medida, no más de lo necesario. Y acarició el cuello de su amigo, sintiendo el placer que Ruth encontraba en ello.

Luego, ambos recibieron la orden de situarse en otra tangente, mientras la escuadrilla de la reina se dirigía hacia una densa concentración de Hebras, esquivando para ello el vuelo de una escuadrilla oriental.

A partir de aquel momento, y durante toda la Caída de las Hebras, Jaxom ya no tuvo tiempo para reflexionar. Empezó a darse cuenta del ritmo que exigía el plan seguido por la escuadrilla de la reina. Ahí estaba Margatta sobre su dorado Luduth, el dragón que parecía tener un extraño sentido para los más pesados de aquellos residuos, que podían escaparse incluso a la

escuadrilla más densa. Cada vez que eso ocurriera, las reinas estarían bajo la plateada lluvia, destruyéndola.

Jaxom tenía cada vez más claro que su puesto en la escuadrilla de la reina no era ni un beneficio, ni una protección. Los dragones dorados podían cubrir mucho más espacio, pero no tenían tanta facilidad de maniobra como Ruth. El mantenía continuamente su posición elevada, a pesar de lo cual el pequeño dragón blanco podía saltar, dentro de la formación en «V» de la reina, de un costado al otro, aportando su ayuda allí donde fuera necesaria.

De repente, las Hebras dejaron de caer. Las zonas altas del firmamento se mostraban ahora limpias de la grisácea niebla. La escuadrilla que volaba más alto empezó a trazar círculos de descenso, iniciando la fase final de la defensa: un vuelo a bajo nivel que facilitaba a las tropas de tierra la localización de toda posible huella de las Hebras sobre el terreno.

La excitación del combate se dejó sentir en Jaxom, y su desajuste físico empezó a manifestarse: sentía su cabeza como si fuera el doble de grande de lo que era, así como si sus ojos estuvieran llenos de incontables telarañas, que le escocían y dolían. El pecho le oprimía y sentía áspera su garganta. La enfermedad iba incrementándose ahora, poco a poco. Había sido una insensatez combatir contra las Hebras en ese estado. Y para colmo de las desdichas, ni siquiera tenía sensación de éxito personal, después de cuatro horas de dura y peligrosa labor. Se sentía totalmente deprimido y deseaba ansiosamente que le fuera permitido retirarse con Ruth. Pero había deseado tanto volar con una escuadrilla de combate, que ahora debía llevar hasta el final el ejercicio iniciado. Y cumpliendo con su deber, siguió en su puesto por encima de las reinas.

La gran reina dice que tenemos que irnos dijo Ruth de repente, antes de que la tropa de tierra nos vea.

Jaxom miró hacia abajo, a Margatta, y la vio hacer una señal de despedida. No pudo evitar sentir una sensación de ofensa ante aquel gesto. Y no es que esperara un coro de alabanzas, pero la verdad era que él y Ruth se habían desenvuelto lo bastante bien como para tener derecho a algún gesto de aprobación. ¿O es que habían errado en algo? La cabeza le dolía y tenía fiebre, y le era imposible recapacitar en tal estado. No obstante, obedeció, y haciendo cambiar a Ruth la dirección de vuelo para dirigirse hacia el Fuerte, vio a Selianth elevarse en su dirección. Prilla alzó su puño derecho haciendo girar su brazo sobre el hombro, significando así su agradecimiento por la buena labor realizada.

Su reconocimiento alivió el disgusto de Jaxom.

Hemos luchado bien, y no ha habido Hebra que nos pasara, dijo Ruth satisfecho. Me sentía muy a gusto manteniendo mi llama.

—Has estado maravilloso, Ruth. Has combatido tan inteligentemente, que no tuvimos que ir al ínter ni una sola vez. —Jaxom palmeó suave y afectuosamente el cuello extendido de Ruth—. ¿Tienes aún gas por exhalar?

Jaxom sintió la tos de Ruth, así como los estremecimientos que agitaban ligeramente todo su cuerpo.

Ya no hay llamas, pero me gustaría mucho poder librarme de la ceniza del fuego. Este pedernal es el mejor que jamás he masticado.

Ruth se mostraba tan orgulloso de sí mismo, que a pesar de su malestar general, Jaxom tuvo que reírse, sintiendo que su propio espíritu se veía ensalzado por la satisfacción de su amigo.

Además, resultaba en cierto modo confortante encontrar el Fuerte casi vacío, con sólo unos cuantos sirvientes. Los otros combatientes estaban a horas de distancia de las recompensas que él, en cambio, podía disfrutar ahora. Mientras Ruth bebía largos y profundos tragos en el pozo del patio, Jaxom le pidió a un sirviente que le trajera algo de comida caliente y un recipiente con vino.

Cuando Jaxom entró en sus aposentos para quitarse sus ropas de combate, ahora malolientes, pasó junto a su mesa de trabajo y, viendo su boceto de la cala, recordó su promesa de la noche anterior. Durante un rato, recordó el ardiente sol que brillaba en aquella cala. Bastaría para quitarle el frío de los huesos y secar la humedad de su cabeza y de su pecho.

Me gustaría nadar en el agua, dijo Ruth.

—¿No estás cansado, verdad?

Estoy cansado, pero me gustaría nadar en la cala, y luego tenderme en la arena. Y a ti también te haría bien.

—Me pondría como a un polluelo salido del cascarón —dijo Jaxom, mientras se despojaba de sus ropas de combate.

Se estaba poniendo nuevas pieles de montar cuando el sirviente, golpeando nerviosamente sobre la puerta abierta, llegó con la comida. Jaxom le indicó con un gesto la mesa de trabajo, y luego le ordenó que se llevara las ropas que se había quitado para que fueran lavadas y bien aireadas.

Empezó a beber el vino caliente, soplando al sentir la picazón del calor en la boca, cuando se dio cuenta de que aún pasarían horas antes de que Lytol volviera al Fuerte y, por tanto, no podría informar a su tutor de sus intenciones. Pero no necesitaba esperar. Podía ir allí y regresar antes de que Lytol hubiera vuelto. Y pensando en ello soltó un gruñido. La cala estaba a medio camino al otro lado del mundo, y el sol, que él esperaba que alejaría con su calor la enfermedad de su cuerpo, ya estaría bastante bajo ahora, sobre el horizonte de la cala.

Y seguirá bastante tiempo lo suficientemente caliente, dijo Ruth. Yo, la verdad, tengo ganas de ir allí.

—¡Iremos, iremos! —exclamó Jaxom, tragando el último sorbo de vino caliente y acercándose el pan tostado y el queso.

No sentía hambre. De hecho, el olor de la comida le producía náuseas. Enrolló una de las pieles de dormir, para que no le llegara arena a su piel, se colgó el paquete del hombro y salió de sus aposentos. Le dejaría recado al sirviente. No, eso no bastaba. Jaxom volvió corriendo a su mesa de
trabajo, mientras el paquete le golpeaba las costillas. Escribió una nota a toda prisa, dirigida a Lytol, y la dejó sujeta entre el tabón y el plato, en un sitio bastante visible.

¿Cuando nos vamos?, preguntó Ruth, dando muestras de impaciencia por lavarse y revolcarse en las arenas calientes.

—¡Ya estoy, ya estoy! —gritó Jaxom mientras recorría las cocinas, cogiendo algunos rollos de carne y queso. Era posible que más tarde tuviera hambre.

El cocinero jefe estaba haciendo un asado, y el olor volvió a provocarle náuseas.

—Batunon, he dejado un mensaje para el Señor Lytol en mi habitación. Pero si lo ves antes que yo, dile que me he ido a la cala, a bañarme con Ruth.

—¿Es que las Hebras ya han desaparecido del cielo? —preguntó Batunon, con el cucharón suspendido sobre el asado.

—Ya están hechas polvo. Y yo me voy a quitar el mal olor de la piel.

El matiz amarillo en los centelleantes ojos de Ruth estaba lleno de reproches, pero Jaxom no hizo ningún caso y se encaramó al cuello del dragón, sujetando las correas de combate, que lógicamente también necesitarían ser lavadas y soleadas.

Se encontraron en el aire con tal rapidez que Jaxom se alegró de haber llevado los arreos con él. Ruth logró moverse en el más mínimo espacio antes de que ambos se vieran transportados al ínter.

UNA CALA EN EL CONTINENTE MERIDIONAL 15.7.7 — 15.8.7

Jaxom se levantó sintiendo que algo mojado se deslizaba desde su frente hacia su nariz. Molesto, lo apartó a un lado.

¿Te sientes mejor? La voz de Ruth denotaba una inquietud que dejó perplejo a su caballero.

—¿Mejor, dices?

Aún medio dormido, Jaxom intentó incorporarse por sí solo sobre uno de sus codos, pero no pudo mover la cabeza, que le pareció como sujeta por una cuña.

Brekke dice que te quedes acostado.

—Quédate en la cama, Jaxom —ordenó Brekke.

El sintió la mano de Brekke sobre su pecho, impidiendo que se incorporara.

Desde donde él estaba, podía oír un goteo de agua en alguna parte, cerca de allí. Luego, otra tela mojada, esta vez fresca y aromatizada con perfume, le fue colocada sobre la frente. Pudo sentir dos largas tablas acolchadas, a ambos lados de la cabeza, que le iban desde las mejillas hasta los hombros, con el propósito de evitar que moviera la cabeza de un lado a otro. Se preguntaba qué había pasado. ¿Qué hacía Brekke allí?

Has estado muy enfermo, dijo Ruth, dejando traslucir su preocupación en el tono de voz. Me has tenido muy preocupado. Llamé a Brekke. Ella es enfermera. Y fue ella quien me escuchó. No podía dejarte. Vino con F'nor, montada en Canth. Y luego, F'nor fue a buscar a la otra.

—¿He estado enfermo mucho tiempo? A Jaxom le desconcertaba pensar que había necesitado a dos enfermeras. Esperaba que aquella «otra» no fuera Deelan.

—Varios días —respondió Brekke, aunque Ruth parecía pensar que había sido más tiempo—. Te pondrás bien enseguida. La fiebre ya ha pasado.

—¿Sabe Lytol dónde estoy?

Jaxom abrió entonces los ojos, encontrándose con que los tenía tapados por compresas, e intentó quitárselas. Pero vio una serie de manchas bailando ante sus ojos y, soltando un gruñido, apretó los párpados.

—Ya te dije que te quedaras quieto. Y que no abrieras los ojos ni intentaras quitarte la venda —dijo Brekke, dándole un golpecito en la mano—. Lytol ya lo sabe. F'nor se encargó de comunicárselo de inmediato. Yo misma me cuidé de ello cuando se desencadenó la fiebre. A Menolly también le ha pasado.

—¿Menolly? ¿Cómo pudo coger mi resfriado? Ella estaba con Sebell.

Había alguien más en la habitación, pensó, porque Brekke no podía hablar y reír al mismo tiempo. Ella empezó a explicar tranquilamente que no había tenido un resfriado. Su enfermedad había sido lo que los meridionales llamaban «cabeza de fuego», cuyos primeros síntomas eran parecidos a los del catarro.

—Pero voy a ponerme bien, ¿verdad?

—¿Sientes alguna molestia en los ojos?

—La verdad es que no siento deseos de abrirlos de nuevo.

—¿Ves manchas? ¿Como si estuvieras mirando al sol fijamente?

—Eso es.

Brekke le dio unos golpecitos en el brazo.

—Eso es normal, ¿no, Sharra? ¿Cuánto tiempo suele durar todo esto?

—Tanto como el dolor de cabeza. Manten los ojos cerrados, Jaxom.

Sharra hablaba despacio, casi arrastrando las palabras, pero su voz suave tenía un deje agradable que hizo preguntarse a Jaxom si su aspecto se correspondería con su voz. Tuvo sus dudas. Al fin y al cabo, aún no podía saberlo.

—No se te ocurra mirar a tu alrededor. Todavía tienes jaqueca, ¿verdad? Bueno, manten los ojos cerrados. Hemos dejado la estancia tan a oscuras como hemos podido, pero el daño de tus ojos podría ser irreparable si, precisamente ahora, no tienes cuidado con ellos.

Jaxom sintió que Brekke le ajustaba las vendas y entonces le preguntó:

—¿Menolly también se puso enferma?

—Sí, pero el Maestro Oldive nos ha comunicado que está respondiendo bastante bien a las medicinas, —dijo Brekke, y añadió—: Claro que ella no ha combatido contra las Hebras, ni ha ido al ínter, circunstancias que en tu caso, agravaron la enfermedad.

Jaxom gruñó:

—Cuando fui al ínter ya estaba resfriado y no creo que empeorase por ello.

—Sí, con un catarro no pasa nada, pero es una «cabeza de fuego» —aclaró Sharra—. Por favor, Brekke, esto ya está listo.

Jaxom sintió una caña en sus labios.

Brekke le dijo que sorbiera por ella, ya que no debía levantar la cabeza para beber.

—¿Qué es? —preguntó Jaxom, balbuceando con la caña en su boca.

—Zumo de frutas, —respondió Sharra tan pronto como Jaxom empezó a sorber cautelosamente—. Sólo es zumo de frutas, Jaxom, pues justamente ahora necesitas líquido en tu cuerpo. La fiebre te ha dejado totalmente seco.

El zumo estaba frío, y su sabor era tan suave que no pudo imaginar de qué fruta procedía. Pero era exactamente lo que necesitaba: ni lo suficiente agrio como para irritar la sequedad de su boca y su garganta, ni lo suficiente dulce como para provocar náuseas en su vacío estómago. Lo bebió rápidamente y pidió más.

Brekke le dijo que ya tenía bastante, y que lo que debía hacer era intentar dormir un poco.

—¡Ruth! ¿Estás bien?

Ahora que ya has vuelto en ti, comeré. No iré lejos, no lo necesito.

—¿Ruth?

Alarmado ante la idea de que su dragón se hubiera olvidado de sí mismo, Jaxom, inconscientemente, trató de levantar la cabeza. El dolor fue increíble.

—Ruth está muy bien, Jaxom —dijo Brekke con voz severa, después de que sus manos le hubieran empujado por los hombros, dejándole acostado de nuevo—. Ruth ha estado rodeado de lagartos de fuego y se ha bañado regularmente, mañana y tarde. Pero no se ha separado de tu lado más de dos longitudes de dragón. Yo me he ocupado de él a todos los efectos.

Jaxom gruñó, olvidando totalmente que Brekke podía hablar a cualquier dragón.

—F'nor y Canth han cazado por él, porque no hubiera abandonado tu cabecera por nada del mundo. Así que el pobre Ruth está en la piel y los huesos... ¡ni más ni menos como tú! Ahora se pondrá a cazar; la espera no le ha perjudicado. Y tú has de dormir.

No tenía otra opción, y sospechaba, a medida que se iba durmiendo, que había bebido algo más que zumo de frutas.

Cuando despertó, se sentía descansando e inquieto, pero recordaba que no debía mover la cabeza. Empezó a recordar confusamente que había tenido frío y calor.

Recordaba con claridad haber llegado a la cala, tambaleándose hasta la sombra, y haberse desmayado a los pies de un árbol de fruta roja, mientras se esforzaba en alcanzar un racimo de aquella fruta, con un ansiado deseo de que su líquido calmara su sed y su garganta. Debió haber sido entonces cuando Ruth se dio cuenta de que estaba enfermo.

A duras penas podía rememorar las visiones febriles de Brekke y de F'nor, aunque recordaba su discusión con ambos para que le llevaran a Ruth. Suponía que habrían construido alguna clase de Fuerte provisional como refugio. Sharra había dicho algo al respecto.

Extendió el brazo izquierdo lentamente, lo levantó y lo bajó, sin llegar a tocar más que el borde de la cama. Después extendió el brazo derecho.

—¿Jaxom? —La voz de Sharra llegó soñolienta a sus oídos—. Ruth se durmió demasiado pronto para poder avisarme. ¿Tienes sed?

No parecía estar pesarosa por haberse quedado dormida. Hizo un pequeño gesto de desagrado al tocar la compresa ya seca.

—No abras los ojos.

Le quitó la venda, y Jaxom oyó cómo la introducía en un líquido y la escurría. Se estremeció al sentir el contacto sobre su piel, y tanteándola con la mano se llevó la venda hacia la frente, primero suavemente y luego con mayor seguridad.

—¡Oye, no duele nada!

—¡Ssssh! Brekke está dormida y se despierta muy fácilmente. —La voz de Sharra había bajado de tono, mientras sus dedos cerraban los labios de Jaxom.

—¿Por qué no puedo mover la cabeza de un lado a otro?

—Jaxom trató de que su voz no descubriera lo perplejo que se sentía.

La atenuada risa de Sharra le animó de nuevo.

—Hemos colocado dos tablas que acuñan tu cabeza para que no la puedas mover, ¿recuerdas?

Ella le llevó las manos a las tablas, apartándolas luego ligeramente.

—Gira la cabeza de lado a lado; pero sólo un poco. Si tu piel ya no se resiente, puede que haya pasado lo peor de la «cabeza de fuego».

Con lentitud, giró la cabeza de derecha a izquierda. Y luego volvió a hacerlo con más seguridad.

—¡No me duele. De verdad que no me duele!

-¡Oh, no; no lo hagas! —Sharra sujetó su muñeca cuando intentaba alcanzar la compresa—. He dejado encendida la lámpara de noche. Espera, le pondré una pantalla. Cuanta menos luz haya, mejor.

Jaxom la oyó manipular con la pantalla.

—¿Ya está bien?

—Sólo te permito intentarlo —dijo ella, dándole un deje especial a la última palabra, mientras sujetaba la mano que él tenía sobre la venda—, porque es la hora de la noche en que no hay luna y no puedes recibir ningún daño. Si vieras el menor rayo de luz, tápate los ojos al instante.

—¿Es peligroso?

—Puede serlo. —Lentamente, ella empezó a plegar la venda.

—¡No veo nada!

—¿Ni luz, ni manchas?

—No. Nada.

Algo había estado oscureciéndole la visión, pues ahora po-

día ver confusos perfiles.

—Tenía la mano puesta frente a tu nariz, por si acaso —dijo ella.

Jaxom pudo distinguir el oscuro bulto del cuerpo de Sharra a su lado. Debía estar de rodillas. Poco a poco, su visión iba mejorando, a medida que pestañeaba y sacaba incrustaciones de arena de sus párpados.

—¡Tengo los ojos llenos de arena!

—Un momento...

De repente, empezó a caerle agua suavemente en los ojos. Parpadeó furiosamente, quejándose a gritos.

—Te dije que guardaras silencio. Vas a despertar a Brekke. Y la pobre está deshecha. Bueno, ¿te limpia esto de arena?

—Ah, sí, ahora veo mucho mejor. No llegué a imaginar que pudiera pasar por estos apuros.

—¿Ah, sí? ¡Y yo que creía que habías preparado todo esto a propósito!

Jaxom tomó la mano de Sharra y se la llevó a los labios, reteniéndola con toda la fuerza que le permitía su débil estado, ya que ella había intentado rechazar el beso y retirar la mano.

—¡Gracias!

—Te pondré la venda de nuevo... —dijo ella, con un indisimulado tono de reproche en su voz.

Jaxom reía para sus adentros, contento de haberla desconcertado. Sólo lamentaba la falta de luz. Aunque pudo ver que era esbelta. Y su voz, a pesar de su austeridad, parecía joven. ¿Sería su cara tan encantadora como su voz?

—Por favor, tómate todo el jugo —dijo ella, mientras Jaxom sentía la caña contra sus labios—. Ahora, un buen descanso y ya habrá pasado lo peor.

—¿Eres médico?

Jaxom estaba desfallecido. Su voz parecía tan joven... Hubiera asegurado que era una adoptiva de Brekke.

—Pues claro. ¿No habrás pensado que podían confiar la vida del Señor del Fuerte de Ruatha a una aprendiza? He tenido muchas experiencias en mis intentos de salvar a la gente de la «cabeza de fuego».

La sensación de estar flotando, ya familiar en él, y producida por el jugo de fellis, le inundaba de tal forma que no hubiera podido contestarle, por muy urgentes que hubieran sido sus preguntas.

Para su disgusto, cuando despertó a la mañana siguiente, fue Brekke quien contestó a su llamada. No parecía muy cortés preguntar dónde estaba Sharra. Y tampoco podía pedirle la información a Ruth, pues Brekke podría darse cuenta. Pero era evidente que Sharra le había hablado a Brekke sobre su despertar a media noche, porque su voz sonó más ligera, casi alegre, al saludarle. Para celebrar su recuperación, Brekke le permitió tomar un vaso de klah suave y una taza de pan dulce mojado.

Advirtiéndole que mantuviera los ojos cerrados, le cambió las vendas, aunque esta vez no eran tan densas, pues cuando abrió cautelosamente los ojos, pudo distinguir zonas de luz y de sombra a su alrededor.

Al mediodía, le permitieron sentarse y tomar la ligera comida que Brekke había llevado. Pero incluso esta escasa actividad le dejó exhausto. No obstante, se quejó arrogantemente cuando Brekke le ofreció algo más de bebida.

—¿Con fellis? ¿Es que queréis que me pase la vida durmiendo?

—Bah, ya recuperarás el tiempo perdido. Te lo asegure —replicó ella.

Su observación le dejó perplejo, mientras se preparaba para volver a dormir.

Al día siguiente, siguió buscando el modo de eludir las restricciones que le habían sido impuestas. Pero cuando Sharra y Brekke le sentaron en el banco para poder cambiar las sábanas de la cama, se encontró tan débil después de algunos minutos de estar sentado, que sintió un gran alivio cuando pudo volver a acostarse.

Aquella noche, le sorprendió la voz de N'ton, que llegaba de la habitación de al lado.

—Tienes mucho mejor aspecto, Jaxom —dijo N'ton, caminando lentamente hasta la cama—. Lytol se sentirá aliviado. Pero, si alguna vez —y aquí, la dura voz de N'ton se hizo eco de su inquietud— intentas combatir a las Hebras estando enfermo como estabas, bueno, yo... yo... ¡te dejaré a merced de Lessa!

—No creí tener más que un ligero costipado —replicó Jaxom, golpeando nerviosamente los abultamientos que se formaban en su colcha—, y además, era mi primera Caída de Hebras montando a Ruth...

—Ya comprendo —dijo N'ton, hablando ahora con un tono de voz menos cargado de reproches—. No podías saber que tenías una «cabeza de fuego». Le debes la vida a Ruth ya sabes. F'nor dice que Ruth tiene más sentido común que mucha gente. La mitad de los dragones de Pern no hubieran sabido qué hacer si su caballero hubiera estado delirando. Se hubieran quedado completamente desorientados ante la confusión de las mentes de sus dragoneros. No, tú y Ruth estáis excelentemente considerados en Benden. ¡Muy, pero que muy bien! Ahora, concéntrate únicamente en la manera de recuperar tus energías. Y cuando ya te sientas más fuerte, D'ram ha dicho que estará encantado de hacerte compañía y enseñarte algunas de las cosas interesantes que encontró cuando estuvo aquí.

—¿No le importó que Ruth y yo le siguiéramos?

—No. —N'ton se mostró realmente sorprendido por la pregunta de Jaxom—. No, muchacho. Creo que lo que le sorprendió fue que se le considerara perdido, y le agradó ver que aún se le necesitaba como dragonero.

—¡N'ton! —Brekke le llamaba con voz enérgica.

—Me dijeron que podía quedarme mucho rato.

Jaxom pudo oír cómo los pies de N'ton se movían en el suelo mientras se levantaba.

—Volveré de nuevo, lo prometo.

Jaxom oyó a Tris quejarse, mientras trataba de mantener el equilibrio sobre el hombro de N'ton.

—¿Cómo está Menolly? ¿Se recupera? Dile a Lytol que lamento mucho haberle causado molestias.

—Ya lo sabe, Jaxom. Y Menolly está ya mucho mejor. También he ido a verla. Tenía un ligero brote de «cabeza de fuego», más leve que el tuyo. Sebell reconoció los síntomas casi inmediatamente, y llamó a Oldive. De todos modos, no tengas prisa por levantantarte y descansa.

Por más satisfecho que estuviera por la visita de N'ton, Jaxom se sintió aliviado por lo corta que había sido. Sentía un ligero mareo y empezaba a dolerle la cabeza.

—Brekke, ¿podría tener una recaída?

—Está con N'ton, Jaxom.

—¡Sharra! Me duele la cabeza.

No pudo evitar que su voz fuera vacilante. La fría mano de ella tocó sus mejillas.

—No tienes nada de fiebre, Jaxom. Lo único que te pasa es que te cansas muy pronto. Ahora, duérmete.

Aquellas sensatas palabras, dichas con su voz, amable y rica, fueron para él una canción de cuna y, aunque deseaba seguir despierto, se le cerraron los ojos. Los dedos de ella le dieron un masaje en la frente, y luego descendieron hasta su cuello, suavizando dulcemente toda la tensión, mientras su voz le incitaba suavemente a que se durmiera. Y así lo hizo.

Una brisa fresca y húmeda le despertó al amanecer, y se movió, molesto, para taparse las piernas y ponerse boca arriba, pues había estado durmiendo sobre el vientre, envuelto en la ligera sábana. Tras haberse instalado mejor, no sin dificultad, intentó volver a dormirse, pero no pudo conseguirlo. Volvió, pues, a abrir los ojos, mirando más allá de las descorridas cortinas del aposento.

La sorpresa le arrancó una exclamación, alzándose, y dándose cuenta de repente, de que sus ojos ya no necesitaban vendas, que veía perfectamente.

—¿Jaxom?

Volviendo la cabeza, vio la alta figura de Sharra que se deslizaba de la hamaca y percibió la longitud de su oscuro cabello que descendía en cascada sobre sus hombros, sombreándole la cara.

—¡Sharra!...

—¿Cómo están tus ojos, Jaxom? —preguntó ella con voz susurrante y preocupada, dirigiéndose rápidamente a la cama.

—Ya tengo bien los ojos, Sharra —contestó él, cogiéndole la mano y reteniéndola entre las suyas, mientras la forzaba a colocarse donde el pudiera verle la cara.

—Oh, no, no te vayas... —dijo él cuando ella trató de escapar de su retención—. He estado esperando para ver qué aspecto tienes.

Y con la mano libre, él apartó el cabello que le cubría el rostro.

—¿Y bien? —preguntó ella, en un tono de orgulloso desafío, encogiendo inconscientemente los hombros y echándose hacia atrás el cabello.

Sharra no era bonita. El ya se lo había figurado. Sus facciones eran demasiado irregulares, su nariz era demasiado larga en relación con el rostro y, a pesar de que su mentón estaba bien formado, era demasiado firme para ser bello. Pero su boca tenía una deliciosa curvatura, contraída en el lado izquierdo por el intento de contener la sonrisa de la que se hacían eco sus profundos ojos.

Lentamente, arqueó su ceja izquierda, divertida por la inspección a que la sometía.

—¿Y bien? —volvió a preguntar.

—Ya sé que no estarás de acuerdo conmigo, pero creo que eres hermosa. —Y contuvo el segundo intento de ella por liberar la mano y levantarse—. Debes saber que tienes una voz maravillosa.

—He intentado cultivar eso —respondió ella.

—Pues lo has conseguido.

Presionó su mano, atrayéndola aún más hacia sí. Para él era de enorme importancia adivinar su edad.

Ella soltó una risita suave, agitando los dedos que él tenía firmemente cogidos:

—Ahora déjame ir, sé buen chico.

—No soy ni bueno ni chico.

El tono de voz de Jaxom hizo desaparecer la expresión divertida en la cara de ella. Le devolvió la mirada firmemente, y luego le obsequió con una sonrisa.

—Es verdad: no eres ni bueno ni chico. Has estado muy enfermo, y mi tarea —ella acentuó esta palabra ligeramente cuando él liberó su mano— es hacer que te encuentres bien de nuevo.

—Cuanto antes, mejor.

Jaxom estaba tendido de espaldas, sonriéndole. Pensó que debería tener aproximadamente la misma altura que él. Le intrigaba saber si serían capaces de mirarse a los ojos, de frente.

Ella le dirigió una mirada larga, levemente expectante, y luego, encogiéndose de hombros, se separó de él, recogiéndose el cabello al tiempo que salía de aquella sala.

Aunque ninguno de los dos volvió a mencionar la conversación mantenida al amanecer, a partir de aquel momento Jaxom encontró más fácil aceptar de buen grado las limitaciones impuestas por la convalecencia.

Comió lo que le sirvieron sin queja alguna, se tomó las medicinas que le administraron, y obedeció las órdenes que le dieron de guardar total reposo.

Pero había una preocupación que le tenía atenazado, hasta que finalmente se la confesó a Brekke.

—Cuando estaba febril, Brekke, ¿notaste si... yo... quiero decir, que si yo...?

Brekke sonrió, y le dio un golpecito afectuoso en la mano.

—Nunca damos la menor importancia a esos desvarios. Por lo general, son tan incoherentes que, en conjunto, no tienen el menor sentido.

Pero en la voz de ella había algo que lo dejó preocupado.

«Tan incoherentes que, en conjunto, no tienen el menor sentido...» Eso significaba que había balbuceado las obsesiones de su mente. No le preocupaba el hecho de que Brekke hubiera dicho algo sobre aquel condenado huevo de reina. Pero, ¿y si Sharra había oído los «desvarios tan incoherentes»...? Ella era del Fuerte Meridional. ¿Dejaría de tener en cuenta aquellos «desvarios incoherentes» suyos referentes al condenadamente maldito huevo duro de cascara?

Aquello lo dejó intranquilo. ¡Qué mala suerte caer enfermo cuando tenía que guardar un secreto a toda costa! Estuvo preocupado hasta que volvió a dormirse y, a la mañana siguiente, volvió a apoderarse de él la misma obsesión, pero se forzó a sí mismo a estar alegre mientras le hablaban del
baño de Ruth en compañía de los lagartos de fuego.

Ahí viene, dijo Ruth repentinamente, con voz atónita. Y es D'ram quien lo trae.

—D'ram trae... ¿a quién? —preguntó Jaxom.

—¡Sharra! —dijo Brekke, llamándola desde la otra sala—, han llegado nuestros invitados. ¿Eres tan amable de salir a su encuentro hasta la playa?

Ella entró rápidamente en la habitación de Jaxom, alisándole la sábana de la cama y mirándole atentamente el rostro.

—¿Tienes la cara limpia? ¿Y qué tal tus manos?

—¿Quién diablos viene que te tiene sobre ascuas? ¿Quién es, Ruth?

El también está contento de verme. La voz de Ruth denotaba sorpresa, así como el placer que sentía.

Jaxom se quedó sin enterarse, y, todo lo que pudo hacer fue mirar fijamente, atónito, mientras Lytol entraba a grandes pasos en la habitación.

Lytol tenía el rostro tenso y pálido bajo el yelmo de vuelo. No se había preocupado de aflojarse la chaqueta durante el tramo que había recorrido desde la playa, por lo que se habían formado gruesas gotas de sudor sobre su frente y sobre su labio superior. Se detuvo en el umbral de la puerta, mirando a su pupilo.

De repente se volvió hacia el exterior, para aclararse nerviosamente la garganta, despojarse de su yelmo y sus guantes, y desabotonarse la chaqueta, quedando ligeramente sorprendido cuando Brekke apareció detrás suyo para recoger sus arreos. Brekke al pasar junto al lecho de Jaxom para salir de la habitación, le miró intensamente sin que él pudiera llegar a descifrar lo que ella había intentado comunicarle.

Dice que él está llorando, le informó Ruth, y que no te vayas a sorprender ni a incomodarle. Al llegar aquí, Ruth hizo una pausa. ¿Piensa ella que Lytol está curado también? ¡Pero si Lytol no ha estado enfermo!

Jaxom no tuvo tiempo de meditar sobre aquella complicada reflexión, pues su tutor ya había recuperado la compostura y se volvía hacia él.

—¡Qué calor hace aquí, en comparación con Ruatha! —dijo Jaxom, esforzándose por romper el silencio.

—Necesitas un poco de sol, muchacho —sentenció Lytol, al mismo tiempo.

—Aún no puedo levantarme de la cama.

—La montaña es tal como tú la dibujaste.

Ambos, volvieron a hablar a la vez, contestando cada uno a los comentarios del otro.

Era demasiado para Jaxom, que acabó por reír a carcajadas, haciéndole señas a Lytol de que se sentara a su lado en la cama. Y sin dejar de reír, Jaxom tomó el brazo de Lytol sujetándolo con firmeza, intentando así disculparse por todas las preocupaciones que le había causado. De repente se vio ofuscado por el rudo abrazo de su tutor. Su espalda cayó de golpe cuando Lytol lo soltó.

A Jaxom también le saltaban las lágrimas de los ojos, ante aquella inesperada demostración de afecto. Hasta entonces, Lytol había puesto mucho cuidado en ocuparse de su protección, pero a medida que Jaxom había ido creciendo, se preguntaba cada vez más si realmente Lytol le tenía afecto.

—Creía que te había perdido.

—Soy más difícil de perder de lo que piensas.

Jaxom no pudo evitar dar muestras de contento porque realmente Lytol tenía una sonrisa en el rostro, la primera que él podía recordar.

—Te has quedado en la piel y en los huesos —dijo Lytol en su tosco estilo acostumbrado.

—Esto pasará. Me dejan comer todo lo que quiero —contestó Jaxom—. ¿Te preocupa algo?

—No he venido a hablar de comida. He venido a verte. Y voy a decirte esto, joven Señor Jaxom: creo que lo mejor que puedes hacer es volver con el Maestro Herrero para que te dé más lecciones de dibujo. En tu boceto, no colocaste con exactitud los árboles a lo largo de la cueva. Aunque reconozco que la montaña está muy bien dibujada.

—Yo ya sabía que los árboles estaban mal dibujados, señor; era una de las cosas que tenía previsto comprobar en su momento. Sólo cuando volví aquí, todo se aclaró en mi cabeza.

—Ya lo entiendo. —Y Lytol soltó una risa ronca.

—Dame noticias del Fuerte.

Jaxom sentía una repentina curiosidad por conocer aquellos pequeños detalles que en otro tiempo le habían fastidiado.

Siguieron hablando tan amistosamente que Jaxom estaba sorprendido. Le hubiera gustado seguir enfermo y diligentemente atendido en compañía de Lytol, por primera vez desde aquella ocasión en que, por descuido, había Impresionado a Ruth. Pero todo aquello ya había pasado. Y si algo bueno había resultado de su enfermedad, era el acercamiento de Lytol que, en aquellos momentos era tan importante como nunca Jaxom hubiera podido imaginar en los años de su pubertad.

Brekke entró, sonriendo en tono de disculpa.

—Lo siento, Señor Lytol, pero es que Jaxom se fatiga muy fácilmente.

Lytol se levantó obedientemente, mirando temeroso a Jaxom.

—Brekke, Lytol ha hecho tal distancia a lomos de dragón que no queda más remedio que permitir que se...

—No, muchacho, yo puedo volver. —La sonrisa de Lytol dejó atónita a Brekke—. No me gustaría ponerte en peligro.

Y diciendo esto, volvió a sorprender a Brekke, al abrazar a Jaxom con intenso afecto, antes de salir de la habitación dando zancadas.

Brekke se quedó mirando a Jaxom, que se encogió de hombros, queriéndole indicar que podía dar la interpretación que quisiera a la conducta de su tutor. Y ella salió rápidamente para acompañar a los visitantes de vuelta a la playa.

Se ha alegrado mucho de verte, dijo Ruth. Está sonriendo.

Jaxom estaba tendido de espaldas, moviendo los hombros dentro de las tablas para estar más cómodo. Cerró los ojos, sonriendo para sí irónicamente. Había conseguido que Lytol viera su espléndida montaña.

Lytol no fue el único en ir a ver la montaña, además de Jaxom. El Señor Groghe llegó a la tarde siguiente, refunfuñando por el excesivo calor reinante, y gritándole a su pequeña reina que no se perdiera con todos aquellos forasteros y procurara no mojarse demasiado, pues a él no le hacía ninguna gracia tener que volver sobre un lomo mojado.

—Oí decir que te habías puesto enfermo por eso de la «cabeza de fuego», igual que la chica del Arpista —dijo el Señor Groghe, balanceándose hacia la cama de Jaxom con un vigor que produjo una momentánea fatiga en el convaleciente.

Más enervante fue el escrutinio a que le sometió el señor Groghe. Jaxom tuvo la seguridad de que aquel hombre estaba contándole las costillas, por el largo rato que estuvo mirándoselas.

—¿Brekke, es que no puedes alimentarlo mejor? Creí que eras un médico de altos vuelos. ¡Este muchacho está hecho un desastre! No puede seguir así. Tengo que decirte que elegiste un bello lugar para caer enfermo. Tendrás que prestarme atención ya que he bajado hasta aquí. Si no, no hubiera valido la pena venir. Hum, sí, tendrás que prestarme atención. —Groghe señaló a Jaxom con la barbilla adelantada y volvió a fruncir el entrecejo—. ¿O ya lo habías hecho antes de caer enfermo?

Jaxom se dio cuenta de que el Señor Groghe, con aquella visita totalmente inesperada, perseguía probablemente varios objetivos: Uno, confirmar a los Señores de los Fuertes que el Señor de Ruatha seguía en el mundo de los vivos, en contra de cualquier rumor al respecto. El otro objetivo intranquilizó un tanto a Jaxom, porque le hizo recordar claramente la observación que había hecho Lessa en su momento sobre que necesitaba «la mejor parte de ello».

Cuando Brekke recordó al fanfarrón y genial Señor del Fuerte, con todo el tacto posible, que no era conveniente que fatigara al enfermo, Jaxom estuvo a punto de soltar un grito de alegría.

—No te preocupes, ya volveré, no temas —dijo el Señor Groghe, saludándole alegremente desde la puerta. Y añadió—: Un sitio maravilloso. Te envidio.

—¿Pero es que todo el mundo en el Norte sabe mi paradero? —preguntó Jaxom, cuando vio entrar de nuevo a Brekke.

—Fue D'ram quien lo trajo —dijo ella, suspirando pesadamente y frunciendo el ceño.

—D'ram tenía que haberse informado mejor —dijo Sharra, mientras se dejaba caer sobre el banco y se abanicaba con una rama de árbol, dando muestras de exagerado alivio ante la partida del Señor—. Este hombre es lo suficientemente pesado para arruinar la salud de los sanos, y con mayor
facilidad, la de un convaleciente.

—Tengo la impresión —siguió diciendo Brekke, ignorando las observaciones de Sharra— de que los Señores de los Fuertes necesitaban alguna prueba de la curación de Jaxom.

—Ha mirado a Jaxom como un pastor mira a su rebaño. ¿Le enseñaste los dientes?

—No dejes que la apariencia del Señor Groghe te desconcierte, Sharra —dijo Jaxom—. Su mente ha llegado a tener la misma agudeza que la del Maestro Robinton. Y si D'ram fue quien lo trajo, seguro que F'lar y Lessa sabían que iba a venir. Pero no creo que les guste que vuelva por aquí de
nuevo... o que ande merodeando por estos parajes.

—Si Lessa permitió al Señor Groghe que viniera, tendrá que oír mi opinión al respecto, puedes estar seguro —replicó Brekke, apretando los labios en señal de desaprobación—. No es visitante agradable para un convaleciente. Además, ya es hora de que sepas, Jaxom, que has estado enfermo durante dieciséis días, y con fiebre...

—¿Cómo? —Jaxom se incorporó bruscamente en la cama—. Pero... pero...

—La «cabeza de fuego» es una enfermedad peligrosa para una persona adulta —explicó Sharra, mirando a Brekke, que confirmó lo dicho con una inclinación de cabeza—. Por poco te mueres.

—¿De veras? —Jaxom, espantado se llevó la mano a la cabeza.

Brekke volvió a asentir con un gesto.

—Sí. Y si te parece que te estamos obligando a pasar por una recuperación muy lenta, suponemos que ahora comprenderás los motivos.

—¿De veras estuve a punto de morir? —Jaxom apenas daba crédito a aquellas noticias.

—Por tanto, vamos a ir despacio para asegurarnos de tu recuperación. Pero bueno, creo que ya es hora de que te traigan algo de comer —dijo Brekke, saliendo de la habitación.

—¿De veras estuve a las puertas de la muerte? —le preguntó Jaxom a Sharra.

—Me temo que sí. —Ella parecía más divertida que preocupada por la reacción de él—. Pero lo importante es que no moriste.

Inconscientemente, ella dirigió su mirada hacia la playa, suspirando de alivio. Su rostro trazó una breve sonrisa, pero Jaxom se dio cuenta de que algún recuerdo oscurecía sus expresivos ojos.

—¿Quién murió de «cabeza de fuego», que te pone tan triste, Sharra?

—Nadie que tú conozcas, Jaxom, y nadie que yo haya conocido muy bien. Es solamente... sólo que no hay médico que soporte fácilmente la pérdida de un paciente.

Jaxom no pudo sacarle ni una palabra más sobre el tema, y cesó de intentarlo al ver que aquella muerte le había afectado a ella de forma tan importante.

A la mañana siguiente, maldiciendo con furia la debilidad de sus piernas, Jaxom fue ayudado a llegar a la playa por Brekke y Sharra. Ruth apareció caminando rápidamente arenas arriba, de un modo casi peligroso, debido a la alegría que sentía al ver a su amigo. Brekke tuvo que mandarle seriamente a Ruth que se detuviera, para evitar que derribara a Jaxom, que andaba aún con pasos inseguros.

Los ojos de Ruth pestañearon con preocupación, y lanzó un canturreo de disculpa mientras estiraba la cabeza muy cuidadosamente en dirección a Jaxom. Con cierto temor, le saludó rozándole con el morro. Jaxom enlazó con los brazos el cuello de su amigo, y Ruth tensó los músculos, para sostener el peso de su cuerpo, ronroneando de satisfacción.

Unas lágrimas corrieron por las mejillas de Jaxom, y se apresuró a enjugárselas en la suave piel del dragón. ¡Querido y maravilloso Ruth! Un súbito pensamiento asaltó la mente de Jaxom: Si yo hubiera muerto de «cabeza de fuego»...

No te ocurrió, dijo Ruth. Te quedaste aquí. Y ahora eres más fuerte que antes. Cada día lo serás más, y nadaremos y tomaremos el sol, y será estupendo.

Ruth estaba tan exaltado que Jaxom tuvo que calmarlo con palabras y caricias, hasta que Brekke y Sharra insistieron en que era mejor que se sentara antes de que se cayera. Le habían dispuesto una estera de ramas entrelazadas bajo un tronco inclinado sobre tierra, lejos de la playa para evitar un exceso de exposición al sol. Le ayudaron a llegar hasta el improvisado colchón. Ruth se estiró de modo que su cabeza descansara al lado de Jaxom, mientras sus ojos brillaban de emoción.

F'lar y Lessa llegaron al mediodía, después de la corta siesta de Jaxom. El quedó sorprendido al ver que Lessa, a pesar de su irritabilidad manifestada en otras ocasiones, era una visitante calmada, tranquila y de voz suave.

—Tuvimos que dejar que el Señor Groghe viniera aquí en persona, Jaxom, aunque estoy segura de que no te agradó la visita. Corría el rumor de que habías muerto, y también Ruth. —Lessa se encogió de hombros expresivamente—: las malas noticias no necesitan mensajeros.

—Al Señor Groghe le interesaba más saber dónde estaba yo que cómo estaba, ¿verdad? —preguntó Jaxom.

F'lar asintió con la cabeza, y le sonrió:

—Por eso hicimos que D'ram lo trajera. El dragón vigilante del Fuerte de Fort es ya demasiado viejo para localizar una ubicación que el Señor Groghe le haya dado de memoria.

—También traía a su lagarto de fuego consigo —dijo Jaxom.

—Esas criaturas entrometidas —interrumpió Lessa, con sus ojos centelleando de disgusto.

—Sí, esas criaturas entrometidas, pero fueron ellas quienes llegaron, muy ágilmente, a tiempo de salvar la vida de Jaxom, Lessa —dijo Brekke con firmeza.

—De acuerdo, a veces son útiles. Pero, en lo que a mí se refiere, sus buenos servicios no compensan sus malas costumbres.

—La pequeña reina del Señor Groghe puede ser inteligente —siguió diciendo Brekke—, pero no lo suficiente para conseguir por sí misma que él vuelva aquí.

—Ese no es el problema —dijo F'lar, haciendo un gesto—. Ahora ha visto esta montaña y la utilidad de este territorio.

—Y nuestros derechos aquí son prioritarios —replicó Lessa con decisión—. No me preocupa la cantidad de hijos que Groghe quiera establecer en él; los dragoneros de Pern tienen preferencia. Y Jaxom puede ayudar.

—Jaxom aún tiene que dejar pasar algún tiempo antes de poder hacer algo que valga la pena.

La suave irrupción de Brekke en la conversación hizo preguntarse a Jaxom si él había malinterpretado la sorpresa en el rostro de Lessa.

—No te preocupes. Estoy pensando en algún procedimiento para poner coto a la ambición de Groghe —añadió F'lar.

—Cuando uno empiece, los otros le seguirán —dijo Brekke pensativamente—. Y no se lo puedo reprochar. Esta parte del Continente Meridional es mucho más hermosa que nuestra colonia originaria.

—Tengo grandes deseos de acercarme más a esa montaña —dijo F'lar, señalando con la cabeza en dirección Sur—. Jaxom, ya sé que no has podido estar muy activo estos días, pero ¿sabes cuántos de los lagartos de fuego que rodean a Ruth son meridionales?

—No son del Weyr Meridional, si es eso lo que te preocupa —dijo Sharra.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lessa.

Sharra se encogió de hombros:

—No se dejan manejar. Se van al ínter cada vez que alguien se les acerca. Es Ruth quien les fascina, no nosotros.

—No somos su gente —dijo Jaxom—. Ahora que puedo ir con Ruth, veré si logro averiguar algo sobre ellos con su intervención.

—Me gustaría que lo hicieras —dijo Lessa—, y que si hay algunos del Weyr Meridional... — Y dejó la frase sin acabar.

—Creo que sería conveniente que dejáramos descansar a Jaxom —dijo Brekke.

F'lar, riendo entre dientes, indicó a Lessa que le precediera:

—¡Estamos hechos unos buenos visitantes! Venimos a ver a alguien, y no le dejamos hablar.

—Últimamente, no he hecho nada que merezca la pena comentar —Jaxom lanzó una mirada feroz sobre Brekke y sobre Sharra—. Cuando volváis, lo haré.

—Si ocurre alguna cosa interesante, haz.que Ruth hable con Mnementh o con Ramoth.

Brekke y Sharra salieron con los Caudillos del Weyr, y Jaxom sintió un profundo alivio por el respiro que esto le daba.

Podía oír a Ruth, que hablaba con los dos dragones de Benden, y rió entre dientes .cuando oyó que el dragón le decía a Ramoth con firmeza que no habían lagartos de fuego del Weyr Meridional entre sus nuevos amigos. Jaxom se preguntó a sí mismo como no se le había ocurrido antes indagar sobre las relaciones de Ruth. Dio un suspiro. Últimamente no había tenido ocasión de entregarse a muchas reflexiones, excepto sobre su reciente roce con la muerte, y este detalle ocupaba su mente de un modo demasiado obsesivo. Sería mucho mejor para él que se dedicara a investigar enigmas vivientes.

Tenía varios en qué pensar. Y el más preocupante seguía siendo lo que hubiera podido revelar durante sus delirios. La réplica de Brekke al respecto no le había parecido garantía suficiente. Intentó forzar sus pensamientos hacia el pasado, hacia aquellos momentos, pero todo lo que recordaba era un calor y un frío atroces, y pesadillas vividas, pero confusas.

Reflexionó sobre la visita de su tutor. ¡Así que Lytol le apreciaba! ¡Cascaras! ¡Había olvidado preguntarle a Lytol por Corana! Debía haberle enviado algún mensaje. A buen seguro que ella había oído hablar de su enfermedad. Y eso no le facilitaba romper aquella relación. Después de conocer a Sharra, ya no podía seguir con Corana. Tenía que acordarse de preguntarle a Lytol.

¿Qué había dicho durante el acceso de fiebre? ¿Cómo hablaban los enfermos aquejados de fiebre? ¿Con medias palabras confusas? ¿Con frases enteras? A lo mejor, no había realmente motivo de preocupación sobre lo que él hubiera podido decir durante la fiebre.

No le gustaba la súbita aparición del Señor Groghe para investigar sobre su estado. Y si no hubiera sido por su enfermedad, el Señor Groghe nunca hubiera sabido nada de aquella parte del Meridional. Al menos, no hasta que los dragoneros quisieran que lo supiera.

¡Y aquella montaña! Tenía una forma demasiado peculiar para ser olvidada. Cualquier dragón sería capaz de encontrarla. Pero, ¿lo harían? A menos que el dragonero tuviera una imagen muy clara, el dragón no siempre veía con la suficiente exactitud como para saltar al ínter. ¿Y con una imagen de segunda mano? D'ram y Tiroth lo habían hecho a partir de la descripción del Maestro Robinton. Pero D'ram y Tiroth tenían una gran experiencia.

Jaxom necesitaba sentirse bien. Necesitaba acercarse más a la montaña. Ser el primero. ¿Cuánto tiempo tardaría aún en recuperarse?

Al día siguiente, lo dejaron nadar un rato, un ejercicio del que Brekke dijo que tonificaría sus músculos, pero que además sirvió para evidenciar que no los tenía afectados.

Exhausto, apenas se encontró sobre su estera cerca de la playa, cayó profundamente dormido.

Le despertó un golpecito de Sharra. Soltó un grito y se incorporó, mirando a su alrededor.

—¿Qué te ocurre, Jaxom?

—¡Un sueño! ¡Una pesadilla!

Tenía la seguridad de que algo no iba bien. Y luego vio a Ruth, estirándose, semidormido, con el morro casi tocando a sus pies. Al menos una docena de lagartos de fuego se acurrucaban sobre él y a su alrededor, dando bruscos respingos a consecuencia de sus propios sueños.

—Bien, ya estás despierto. ¿Qué es lo que iba mal?

—Ese sueño, tan vivido... y ahora, todo se difumina. Querría haberlo recordado.

Sharra colocó una mano fría sobre su frente. El la alejó:

—No tengo fiebre —dijo, convencido.

—No, ya veo que no. Pero, ¿dolor de cabeza?, ¿manchas?

Impaciente y disgustado, él negó con la cabeza. Luego, dio un suspiro y sonrió disculpándose ante ella:

—¿Estoy de malhumor, eh?

—Raramente. —Ella sonrió, tendiéndose luego sobre la arena, a su lado.

—Si cada día nado un poco más que el anterior, ¿cuánto tiempo voy a tardar en recuperarme?

—¿Qué te hace estar tan nervioso?

Jaxom sonrió, señalando con la cabeza en dirección a la montaña.

—Quiero llegar allí antes de que lo haga el Señor Groghe.

—Oh, creo que lo conseguirás muy fácilmenthe. —La expresión de Sharra era de niña traviesa—. A partir de ahora, cada día estarás más fuerte. Nosotros, lo que no queremos es precisamente que hagas progresos demasiado rápidos. Es preferible que pasen algunos días más a que sufras una recaída y vuelvas a pasar por todo lo anterior.

—¿Una recaída? ¿Cómo sabría que he recaído?

—Eso es fácil. Manchas y dolores de cabeza. Te ruego que procures evitarnos eso, Jaxom.

La súplica que se reflejaba en sus ojos azules era auténtica, y a Jaxom le complació pensar que iba dirigida a él, a Jaxom, no al paciente. Y sin apartar su mirada de la de ella, asintió con la cabeza, recibiendo en premio su suave sonrisa.

F'nor y D'ram llegaron a última hora de aquella tarde, vestidos con ropas de combate. Sus dragones iban cargados con sacos de pedernal.

—Caerán Hebras mañana —le dijo Sharra a Jaxom, al captar su interrogativa mirada.

—¿Hebras?

—Caen sobre todo Pern y han caído sobre esta cala tres veces desde que estás enfermo. De hecho, desde el mismo día en que enfermaste. —Ella sonrió, divertida ante la consternación de él—. Ha sido un inmenso placer ver a los dragones en el cielo. Todo lo que tuvimos que hacer fue mantener libre el área del refugio. Los gusanos se ocupan de lo demás. —Y sonrió entre dientes—. Tiroth se queja de que no le parece estar luchando de veras si no persigue la Caída hasta el final. Espera a ver a Ruth en acción. Ah, sí; no hay nada que pueda evitar que él salga cada vez a combatir. Brekke está atenta a lo que él va diciendo y, por supuesto, Tiroth y Canth son los que dan las instrucciones. ¡Está tan orgulloso de sí mismo cuando te protege!

Mientras oía la explicación de Sharra, Jaxom luchaba contra las confusas emociones que lo dominaban, entre las que la tristeza era la más fuerte.

—Tú te encontraste con las Hebras, por el camino. Una vez se ha sido dragonero, ya no se puede olvidar ni siquiera en el delirio de la fiebre. Te has lamentado de la llegada de las Hebras y no podías ni siquiera levantarte de la tierra.

Por suerte, ella estaba mirando a los dragones que planeaban para aterrizar sobre la playa, porque Jaxom estaba seguro de que su respuesta hubiera sido confusa.

—El Maestro Oldive dice que nosotros los seres humanos tenemos también instintos, ocultos en lo más profundo de nuestras mentes, a los cuales respondemos automáticamente. De este modo pudiste reaccionar ante la Caída de las Hebras, aun estando enfermo. Ruth es un caso semejante. Me preocupé mucho de él después de cada Caída, y me aseguré de que los lagartos de fuego habían sacado toda la pestilencia a pedernal de su piel.

Luego, ella saludó con la mano a F'nor y a D'ram, que subían ya por la playa, soltando sus arreos de combate. Canth y Tiroth ya se habían desprendido de los sacos de pedernal y, con las alas extendidas, chapoteaban con gruñidos de placer en el agua tibia. Ruth se acercó por el agua para unirse a ellos. Un gran enjambre de lagartos de íuego gorjeó por encima de los tres dragones, gozosísimo de tal compañía.

—¡Tienes buen color, Jaxom, y mucho mejor aspecto! —dijo F'nor, cogiendo al joven del brazo a modo de saludo.

D'ram inclinó la cabeza, en mudo acuerdo con las palabras de F'nor. Y Jaxom consciente de sus obligaciones respecto a ambos dragoneros, balbuceó su gratitud.

—Voy a decirte algo, Jaxom —dijo F'nor agachándose—: Hemos observado gustosamente el trabajo de tu compañero durante el vuelo. Es un soberbio artista de los que actúan y cambian de lugar rápidamente. Ha combatido tres veces más Hebras de lo que podría soportar su compañero más grande. ¡Lo has entrenado muy bien!

—Supongo que yo no podré empezar mañana a combatir a las Hebras, ¿no?

—No por algún tiempo todavía —respondió F'nor con firmeza—. Ya sabes como te encuentras, Jaxom —siguió diciendo, mientras se dejaba caer a su lado, sobre el colchón de ramas—. Yo sentí lo mismo que tú cuando fui herido y no me dejaban combatir. Pero ahora, tu única responsabilidad con el Fuerte y el Weyr es ponerte en forma. ¡Lo suficientemente en forma para echarle una buena ojeada a este territorio! Te envidio por esta oportunidad, Jaxom. ¡De veras que sí!

La sonrisa de F'nor era, en efecto, envidiosa e ingenua.

—No he tenido tiempo de volar lejos, ni siquiera después de las Hebras, estando aquí. El bosque se extiende un buen trecho hacia ambos lados. —Y F'nor hizo un amplio gesto con el brazo—. Ya lo verás. ¿Quieres que te traiga material escrito la próxima vez que venga por aquí? Así podrás hacer un archivo. Es posible que no luches contra las Hebras durante bastante tiempo, Jaxom, pero trabajarás tan duramente como para considerarlo un placer.

—Sólo estás diciendo que... —balbuceó Jaxom, sorprendido por la amargura de su propia voz.

—Sí, porque necesitas algo en que ocuparte, ya que no puedes hacer lo que más te agradaría —dijo F'nor. Tendió su brazo y asió el de Jaxom—. Lo entiendo, Jaxom. Ruth ha estado pasando un informe completo a Canth. Lo siento. Es mal asunto para ti, pero Ruth se preocupa cuando te ve inquieto. ¿O es que no lo sabías? —añadió, entre dientes.

—Te agradezco lo que intentas hacer, F'nor —dijo Jaxom.

En aquel momento, Brekke y Sharra surgieron de entre los árboles. Brekke caminaba rápidamente hacia su compañero de Weyr. En contra de lo que Jaxom esperaba, ella no abrazó al caballero pardo. Pero la manera como le miró, el modo suave y casi vacilante con que ella apoyó la mano sobre el brazo de él, eran más elocuentes del amor que existía entre los dos que cualquier otra demostración de bienvenida.

Un poco azorado, Jaxom volvió la cabeza y vio a Sharra mirando a Brekke y a F'nor. En el rostro de ella había una expresión peculiar, que se borró en el momento en que se dio cuenta de que Jaxom estaba mirándola.

—Bebida para todos —dijo en tono festivo, tendiéndole una jarra a D'ram, mientras Brekke servía a F'nor.

Fue una agradable reunión. Comieron en la playa, y Jaxom pudo superar su preocupación por la Caída de las Hebras de la mañana siguiente.

Los tres dragones se acomodaron en las arenas aún calientes, sobre las huellas dejadas por la marea alta. Sus ojos centelleaban como luces en la oscuridad, más allá del resplandor del fuego.

Brekke y Sharra cantaron una de las tonadas de Menolly, acompañadas por el tono de bajo profundo de D'ram.

Cuando Brekke se dio cuenta de que la cabeza de Jaxom se inclinaba hacia un lado, él tuvo que aceptar la orden de volver al refugio. Y se fue a dormir, apartando la cara del calor del fuego, acunado por las voces de los cantores.

La excitación de Ruth lo despertó, y miró sin entender que pasaba hasta que oyó la voz del dragón.

¡Las Hebras!

Ruth iba a combatirlas en compañía de D'ram y su dragón Tiroth, y del Canth de F'nor.

Jaxom apartó la sábana de su cama, se puso los pantalones y salió rápidamente del refugio, en dirección a la playa.

Brekke y Sharra estaban ayudando a los dos dragoneros a cargar a sus bestias con los sacos de pedernal. Con los cuatro lagartos de fuego en el suelo a sus pies, Ruth estaba ocupado en masticar junto a la pila de pedernal de la playa, apartado de los demás.

El amanecer acababa de romper por el Este. Jaxom atisbo por entre la luz mortecina, esforzándose por ver la delgada capa de las Hebras. Las tres Hermanas del Amanecer titilaban con inesperado resplandor en lo alto, sobre su cabeza, dejando en una pálida insignificancia el brillo de las otras estrellas matinales del Oeste.

Aquello hizo fruncir el entrecejo a Jaxom. No se había fijado antes en lo brillantes que eran, en lo cercanas que parecían. En Ruatha no eran sino puntos luminosos confusos, aunque visibles; puntos en el horizonte del Sudeste al amanecer.

Decidió que tenía que acordarse de preguntarle a F'nor si podía disponer de un visor de distancia, y si Lytol le enviaría sus ecuaciones estelares y sus mapas. Luego, Jaxom se apercibió de la ausencia de los enjambres de lagartos de fuego meridionales que normalmente perseguían a Ruth noche y día.

—¡Jaxom!

Brekke lo había visto.

Los dos dragoneros hicieron un gesto de saludo y subieron a sus monturas. Jaxom comprobó que Ruth tenía suficiente pedernal en su buche, acarició a su amigo y elogió su disposición de volar hacia las Hebras sin la compañía de su caballero.

Estoy recordando todos los entrenamientos que nos enseñaron en el Weyr de Fort. Tengo la ayuda de Canth, D'ram y Tiroth. Brekke, además, no me pierde de vista. Nunca había hecho caso de ninguna mujer, antes de ahora. ¡Pero Brekke es estupenda! Está triste, también, pero Canth dice que es bueno para ella escucharnos. Ella sabe que nunca está sola.

Estaban ya todos de cara al Este, donde se veía el brillo de la Estrella Roja, redonda y de un rojo anaranjado intenso. Una película plateada parecía flotar delante de ella, y F'nor, alzando la mano, llamó a Ruth para que iniciara el vuelo.

Canth y Tiroth saltaron poderosamente hacia lo alto, batiendo sus alas con poderosos golpes mientras se elevaban. Ruth ya estaba en el aire y les llevaba ventaja, avanzando en cabeza con esfuerzo. Detrás de él, se presentaron cuatro lagartos que quedaron tan empequeñecidos a su lado como él mismo al lado de Canth y Tiroth.

—¡No salgas al paso de las Hebras tú solo, Ruth! —gritó Jaxom.

—No lo hará —dijo Brekke, con los ojos radiantes—. Pero es lo bastante joven para querer ser el primero. Y además, les ahorra un gran esfuerzo a los dragones más viejos. Pero es mejor que entremos.

Y como un solo hombre, los tres se detuvieron para echar una última ojeada a sus defensores, y luego se metieron rápidamente dentro del refugio.

—No vas a ver mucho —le dijo Sharra a Jaxom, que se había quedado junto a la puerta abierta.

—Querría comprobar si las Hebras se meten dentro de este verdor.

—No van a poder. Nuestros dragoneros son hábiles.

Jaxom sintió que la piel de la espalda empezaba a hormiguearle, y dio un fuerte respingo.

—No vayas a coger un resfriado —dijo Sharra. Y, cogiendo una camisa de su habitación, se la alcanzó a él.

—No tengo frío. Estaba pensando en las Hebras y en este bosque.

Sharra hizo un gesto de desdén.

—Se me olvidaba que eres del Norte, criado en un Fuerte. En los bosques meridionales, las Hebras no pueden hacer más que arrancar o agujerear las hojas. Todo está infestado de gusanos. Y, si quieres saberlo, eso es lo primero que F'nor y D'ram han hecho: comprobar y asegurarse de que toda esta zona está bien infectada ¡Y lo está!

Hemos dado con las Hebras, le comunió Ruth con voz exaltada. Estoy volando bien. Yo tengo que hacer pasadas en «V», mientras que Canth y Tiroth pasan por el Este y el Oeste. Estamos altos. Los lagartos de fuego también llamean bien. ¡Allá, Berd! ¡Estáis muy cerca! ¡Meer, ponte del lado de fuera! ¡Tulla, ayúdale! ¡Voy allá, voy allá! ¡Voy bajando! ¡Llameo! ¡Estoy protegiendo a mi amigo!

Brekke buscó la mirada de Jaxom, y le sonrió.

—Está haciendo un reportaje de primera mano, de modo que todos sepamos lo bien que vuela. —Los ojos de ella se desenfocaron, empezó a parpadear—. A veces veo la Caída a través de los ojos de tres dragones. No sé dónde estoy mirando... ¡La cosa va bien!

Más tarde, Jaxom no hubiera podido decir qué comió o bebió. Cuando Ruth reanudó su monólogo, Jaxom centró toda su atención en lo que su dragón le decía, mientras miraba una y

otra vez a Brekke, cuyo rostro reflejaba la intensa concentración que requería escuchar a los tres dragones y a los cuatro lagartos de fuego.

De pronto, el comentario de Ruth se detuvo y Jaxom boqueó respirando con dificultad.

—Está muy bien; no están persiguiendo a las Hebras a través de la Caída —dijo Brekke—. Sólo lo necesario para nuestra seguridad. Benden volará contra las Hebras mañana por la tarde sobre Nerat. F'nor y Canth no deberían hacer ningún esfuerzo excesivo hoy.

Jaxom se incorporó tan bruscamente que tiró su banco al suelo. Farfulló una disculpa, lo volvió a levantar y salió a zancadas en dirección a la playa. Cuando llegó a la arena, se quedó mirando hacia el Oeste y distinguió claramente la distante película de las Hebras.

Otro estremecimiento le sacudió, y manoseó nerviosamen-te su cabello en la nuca. La cala detrás de él, generalmente tranquila y de olas suaves, estaba ahora agitada por una gran actividad. Los peces se sumergían, saltaban a la superficie y, chapoteando violentamente, volvían a sumergirse, como si padecieran algún dolor.

—¿Qué les pasa? —le preguntó a Sharra, que se había reunido con él.

—Los peces obtienen una buena alimentación después de las Hebras. Por lo general, son capaces de limpiar la cala a tiempo para que nuestros dragones se bañen cuando vuelvan. ¡Mira! ¡Allí vienen todos! ¡Ya vuelven!

Ha sido una buena Caída. Ruth estaba jubiloso, y a la vez descontento: ¡Pero no vamos a perseguirla! Canth y Tiroth han dicho que una vez pasado el gran río no hay más que tierra baldía y pedregosa, y que es estúpido derrochar llamas sobre algo que no puede ser alcanzado por las Hebras... ¡Oooooh!

Sharra y Jaxom se echaron a reír cuando el pequeño dragón blanco soltó un chorro de llamas que casi le quemó el hocico, pues estaba en mal ángulo de vuelo. Lo modificó al instante, continuando su planeo hacia abajo en el ángulo correcto.

En el preciso momento en que los dragones aterrizaron, las aguas se calmaron. Ruth estaba fanfarroneando de que no había necesitado volver a llenar su buche de pedernal, diciendo que ahora ya sabía cuánto tenía que coger para que le durara toda la Caída. Canth volvió la cabeza hacia el pequeño blanco, en un gesto de divertida tolerancia.

Tiroth bufaba y, una vez aliviado de su saco de pedernal, inclinó la cabeza a D'ram y luego se metió en el agua.

De repente, el aire se llenó de lagartos de fuego que revoloteaban impacientemente por encima de Tiroth. El viejo bronce alzó la cabeza hacia el cielo, bufó de nuevo y, dando un fuerte suspiro, se lanzó al agua. Los lagartos de fuego descendieron, tirando puñados de arena sobre él, y se pusieron a rascar su piel con las patas. Los ojos de Tiroth, que miraban hacia el agua, se encendieron a poca distancia sobre la superficie, formando un arco iris subacuático.

Canth rugió, y cuando salió chapoteando la mitad del enjambre dejó a Tiroth para ayudarle. Ruth observó a sus amigos, parpadeó, se balanceó ligeramente y se metió en el agua a cierta distancia del bronce y el pardo.

Cuatro lagartos de fuego, provistos de cintas, se separaron de los dragones grandes y empezaron a rascar al pequeño blanco.

—Voy a ayudarte, Jaxom —dijo Sharra.

Rascar la piel a un dragón para sacarle el mal olor del pedernal era siempre una tarea fatigosa. Y aunque Jaxom sólo tenía que rascar un costado de Ruth, tuvo que apretar los dientes en su esfuerzo por acabar la tarea.

—Ya te dije que no te excedieras, Jaxom —dijo Sharra, con voz cansada por el esfuerzo de rascar la cola de Ruth, dándose cuenta de que Jaxom estaba apoyado sobre el costado del dragón. Hizo un imperioso gesto en dirección a la playa—: ¡Apártate! Ya te traeré algo de comer. ¡Estás más blanco tú que él!

—¡No voy a estar nunca en forma, si no me muevo!

—Deja ya de farfullar cosas incomprensibles...

—¡Y no me vengas ahora con aquello de que lo haces por mi bien!

—¡No, es por el mío! ¡Es que no quiero tener que cuidarte cuando tengas una recaída!

Y ella lo miró tan furiosamente que él se irguió y empezó a caminar para salir del agua.

Aunque no estaba lejos de su improvisado lecho entre los árboles, sentía las piernas pesadas y las iba arrastrando por el agua. Se echó en el suelo, dando un suspiro de alivio y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, alguien lo zarandeaba, y vio a Brekke mirándolo, confusa.

—¿Cómo te sientes ahora?

—¿Estaba durmiendo?

—Humm... ¿Otra vez malos sueños?

—No, sueños interesantes. Sólo que todo estaba desenfocado.

Jaxom sacudió la cabeza como queriendo borrar la pesadilla. Se dio cuenta de que era mediodía. Ruth estaba dormido a su izquierda. A la derecha, lejos, pudo ver a D'ram descansando sobre las patas delanteras de Tiroth. No había ni rastro de F'nor ni de Canth.

—Quizá tienes hambre —dijo Brekke, ofreciéndole el plato de comida y el jarro que había llevado.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —Jaxom estaba asqueado de sí mismo. Estiró los hombros, sintiendo que sus músculos estaban rígidos por el ejercicio de rascar a su dragón.

—Algunas horas. Te ha hecho bien.

—He soñado cosas horribles. ¿Será a causa de la «cabeza de fuego»?

Brekke parpadeó, y luego frunció el ceño pensativa:

—Yo también lo estaba pensando. He soñado más de lo que suelo hacerlo normalmente. Quizá sea exceso de sol.

En aquel momento, Tiroth despertó, rugió, y se abrió paso hasta su dragonero, al que salpicó de arena. Brekke respiró dificultosamente y se levantó a toda prisa, con la mirada fija en el viejo bronce, que sacudía el cuerpo para quitarse la arena y extendía las alas.

—Brekke, tengo que irme —gritó D'ram—. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo. ¡Ve en seguida! —respondió ella, levantando la mano en gesto de despedida.

Fuera lo que fuera lo que había despertado a Tiroth, puso nerviosos a los lagartos de fuego, que empezaron a dar vueltas y a zambullirse, mientras chillaban roncamente.

Ruth alzó la cabeza, los miró soñoliento y volvió a apoyarla en la arena, indiferente a aquella excitación. Brekke volvió a mirar al dragón blanco, frunciendo las cejas con curiosidad.

—¿Qué sucede Brekke?

—Los bronces del Weyr de Ista están sangrando su caza.

—¡Oh, cascaras y caparazones! —la sorpresa inicial de Jaxom era ahora disgusto ante la propia debilidad. Había creído que le permitirían asistir a aquel vuelo de apareamiento. Le hubiera gustado vitorear a G'denend y a Barnath.

—Ya me enteraré —dijo Brekke en tono tranquilizador—. Canth estará allí, así como Tiroth. Ya me lo contarán todo. Pero ahora, ¡come!

Y cuando Jaxom, maldiciendo todavía su infortunado estado, obedeció, se dio cuenta de que Brekke volvía a mirar fijamente a Ruth.

—¿Qué pasa con Ruth?

—¿Con Ruth? ¡Nada! Está orgulloso de haber volado contra las Hebras él solo,... y ahora está demasiado cansado para preocuparse por algo.

Ella se levantó y, cuando ya se iba, Berd y Grall aterrizaron sobre sus hombros, murmurando en voz baja mientras ella se perdía dentro del umbroso bosque.

AMANECER EN EL TALLER DEL ARPISTA.
MEDIA MAÑANA EN EL WEYR DE ISTA.
MEDIA TARDE EN LA CALA DE JAXOM, 15.8.28

En la oscuridad de la madrugada, Robinton fue despertado por Silvina.

—Maestro Robinton, ha llegado un mensaje del Weyr de Ista. Los bronces están sangrando su caza. Caylith va a salir pronto en vuelo. Te necesitan allí.

—Oh, sí; gracias, Silvina.

Parpadeó bajo el resplandor de los puntos de luz que ella había avivado.

—Tú, por casualidad, no me habrás traído... —Vio el jarro humeante junto a su cama—. ¡Qué buena mujer! ¡Mi agradecimiento será infinito!

—Eso es lo que dices siempre —contestó Silvina, hablando entre dientes, mientras salía de la habitación para seguir con su rutina de cada madrugada.

Se vistió a toda prisa para evitar el frío del amanecer. Zair se encaramó a su puesto habitual en el hombro de su amo, y empezó a dar suaves chillidos cuando Robinton descendió por el corredor.

Silvina le esperó junto a las macizas puertas de hierro, provista de una antorcha que daba cierta luz al oscuro vestíbulo superior. Hizo girar la rueda que accionaba el mecanismo, y la gran barra se separó del techo y del suelo. El dio el impulso necesario para abrir la enorme puerta, y quedó sorprendido por un repentino dolor en su costado.

Entonces, Silvina le dio su cítara, bien protegida contra el intenso frío del ínter.

—Ciertamente espero que Barnarth cubra a Caylith —dijo ella—. Mira, ahí viene Drenth.

El Arpista vio al dragón pardo aleteando hacia atrás para aterrizar, y salió corriendo escaleras abajo. Drenth estaba nervioso, y sus ojos resplandecían en la noche con un brillo rojo y naranja.

Robinton saludó al dragonero, se detuvo para colgarse la cítara a la espalda y luego, tendiendo la mano para asir la de D'fio, se encaramó al lomo del pardo.

—¿Cómo va la apuesta —le preguntó el caballero.

—Bueno, Arpista. Barnath es un buen animal. Cubrirá a Caylith. Aunque... —y un cierto tono de duda impregnó la voz de aquel hombre— aunque los cuatro bronces que N'ton permite que probemos son bestias fuertes y jóvenes, y están bastante ansiosas por entrar en liza. Podrían haber sorpresas. Apuesta por quien quieras, que cualquier elección tiene posibilidades.

—Me gustaría poder apostar, pero no es eso lo que me corresponde hacer.

—Bueno, si quisieras pasarme las monedas, Maestro Robinton, yo juraría por la cascara de Drenth que eran mías.

—¿Tanto después como antes del vuelo? —preguntó Robinton, con ganas de bromear, y con ánimo de apostar aunque sólo les estaba permitido a los jinetes.

—Soy dragonero, Maestro Robinton —dijo D'fio ásperamente—, y no uno de esos traidores meridionales.

—Y yo soy el Maestro Arpista de Pern —dijo Robinton. Pero dio un golpecito en la espalda de aquel hombre, apretando una moneda en la mano—. Barnath, por supuesto. Y por favor, que nadie se entere.

—Como desees, Maestro Robinton —dijo D'fio, con tono complacido.

Alzaron el vuelo sobre la negra sombra de las rocas del Fuerte de Fort. Bajo la oscuridad del cielo, ahora menos intensa; aunque sin luna en aquella hora y estación, todo era difícilmente distinguible.

Sintió la tensión en la espalda de D'fio, y contuvo fuertemente la respiración cuando traspasaron el ínter y aparecieron bruscamente en el Weyr de Ista, mientras Drenth gritaba su nombre al dragón vigilante.

Robinton protegió sus ojos del brillo del sol, que caía oblicuamente sobre el agua. Cuando miró hacia abajo, vio el apocalíptico medio pico del Weyr de Ista, la roca negra, como un dedo gigante que señala hacia un cielo brillante y azul.

Ista era el más pequeño de los Weyrs, y alguno de sus efectivos de dragones construían weyrs en el bosque que rodeaba la base. Pero la ancha llanura situada más allá del cono estaba poblada por multitud de dragones bronce, y sus caballeros se apelotonaban muy próximos a la reina dorada, que estaba agachada sobre su pieza sorbiéndole la sangre del cuerpo. A distancia segura de este espectáculo, un abundante grupo de gente se mantenía a la espectativa.

Drenth empezó a planear en aquella dirección, y Zair se lanzó al vuelo desde el hombro de Robinton, deseoso de unirse a los otros lagartos de fuego en una demostración aérea con la que desahogaban su nerviosismo.

Robinton se dio cuenta de que aquellas pequeñas criaturas se mantenían a distancia de los dragones. Al final, los lagartos de fuego volvieron a aparecer en los weyrs.

D'fio desmontó, y envió a su pardo a que se diera un baño en las frías aguas de la bahía, más abajo de la llanura del weyr. Los otros dragones no incluidos en el vuelo se preparaban también para el baño en la Isla de Ista.

Caylith saltó del suelo hacia el rábano de bestias en el corral del Weyr. Cosira la siguió, manteniendo un fuerte control sobre su joven reina, para evitar que se tragara la carne y luego estuviera demasiado pesada para emprender aquel vuelo de apareamiento, el más importante de todos.

Robinton contó hasta veintiséis bronces que rodeaban el terreno de matar, brillando bajo la luz del sol, con los ojos enrojecidos por el nerviosismo, las alas medio extendidas y los cuerpos en tensión para saltar hacia lo alto en el momento en que la reina remontara el vuelo. Todos ellos eran jóvenes, tal como F'lar había recomendado, casi del mismo tamaño, y no apartaban ni por un momento sus brillantes ojos del objeto de su interés.

Caylith soltaba profundos gruñidos mientras sorbía la sangre del animal muerto. Echó la cabeza hacia atrás, rugiendo despectivamente en dirección a la hilera de los bronces.

De repente, el dragón vigilante rugió su desafío, e incluso Caylith se volvió a mirar.

Como flechas, dos bronces llegaron volando sobre el mar procedentes del sur.

En el mismo momento en que Robinton se dio cuenta de que aquellas bestias debían haber volado al nivel del mar para llegar hasta el Weyr sin ser detectados, se apercibió también de que se trataba de bestias más viejas: sus hocicos eran grises y sus cuellos eran más anchos. Eran meridionales. Dos de los bronces de los Antiguos. Debían ser T'kul con Salth, y quizá B'zon con Ramith.

Robinton empezó a correr hacia el terreno de matar, hacia las posibles parejas de la reina, pues aquella era obviamente la meta de los dos bronces que llegaban desde el Meridional.

El cálculo del tiempo de los dragoneros había sido perfecto, pensó Robinton, y luego vio a otros dos que se aproximaban al lugar de aterrizaje de los bronces: la figura rechoncha de D'ram, y el cuerpo inclinado de F'lar.

T'kul y B'zon saltaron de sus bestias. Los dragones dieron un último salto para colocarse en fila con los otros bronces, que vitoreaban y saludaban a los recién llegados. Robinton en su fuero interno, rogaba que ninguno de los caballeros de los bronces actuara primero y pensara después. La mayoría
de ellos eran tan jóvenes que no hubieran reconocido a T'kul ni a B'zon. Pero D'ram y F'lar sí los reconocerían.

Robinton sintió como el corazón le latía con fuerza y un extraño dolor le produjo una mueca y le hizo moderar momentáneamente el paso. B'zon estaba frente a él, con el rostro sonriente. Tocó el brazo de T'kul, y el Antiguo Caudillo del Weyr de las Altas Extensiones eludió la rápida mirada del Arpista. T'kul no le consideró una amenaza, y se volvió hacia los dos Caudillos del Weyr.

D'ram fue el primero en alcanzar a T'kul:

—¡Loco! Esto es para bestias jóvenes. Vas a matar a Salth.

—¿Qué otra alternativa nos has dejado? —preguntó B'zon, mientras F'lar y Robinton se colocaban a ambos lados de los dos meridionales. En la voz de aquel hombre había un tono histérico—. Nuestras reinas son demasiado viejas para realizar un vuelo. Y no hay verdes que alivien la labor de
los machos. Así que debemos...

Caylith bramó cuando se apartó del cuerpo, ya sin sangre, del animal, y medio corriendo, medio volando, desperdigó el rebaño, enganchando con una de sus garras delanteras a otra víctima por el flanco y arrastrándola con ella.

—¿D'ram, fuiste tú quien declaró este vuelo abierto, no? —preguntó T'kul, con voz dura. Sus facciones eran delicadas a pesar de estar tostado por el sol del Meridional. Miró alternativamente a D'ram y a F'lar.

—Sí, yo fui. Pero tus bronces son demasiado viejos, T'kul. —Y D'ram hizo un gesto señalando a los impacientes dragones jóvenes. La diferencia entre ellos y los dos más viejos era patéticamente obvia.

—Salth está muriéndose, de todos modos. Déjale que salga en vuelo. Fui yo quien tomó la decisión, D'ram, cuando lo traje aquí.

T'kul se quedó mirando fijamente a F'lar, y la amargura y el odio eran en él tan vivos, que Robinton contuvo el aliento.

—¿Por qué devolviste el huevo? ¿Cómo lo encontraste? —La desesperación calaba por momentos en el frío orgullo de T'kul.

—Si hubieras venido a nosotros, te hubiéramos ayudado —dijo F'lar tranquilamente.

—O yo —dijo D'ram, sintiéndose impotente ante la situación de su antiguo conocido.

Ignorando a F'lar, T'kul lanzó sobre el Caudillo del Weyr de Istan una larga y burlona mirada. Luego, encogiéndose de hombros, volvió la cabeza hacia B'zon haciéndole señal de avanzar. F'lar iba directamente hacia los otros caballeros bronces.

El Caudillo del Weyr de Benden abrió la boca para hablar, movió la cabeza en señal de asentimiento y dio un paso a un lado. Los caballeros meridionales dieron unos pocos hacia adelante justo a tiempo. Caylith, levantando su morro sangriento, pareció dar muestras de ser más dorada que nunca. Sus ojos resplandecían en infinidad de colores.

Dando un fiero alarido, se lanzó hacia arriba. Barnath fue el primer dragón que despegó del suelo tras ella y, para sorpresa de Robinton, Salth de T'kul salió detrás del bronce de Istan.

T'kul retrocedió hacia F'lar. El triunfo que reflejaba su cara era un insulto. Luego se precipitó al lado de Cosira.

La Dama del Weyr estaba esforzándose al máximo para mantener el contacto mental con su reina, y no se dio cuenta de que eran G'dened y T'kul los que la estaban guiando hacia sus aposentos para que esperara el resultado de aquel vuelo.

—Va a matar a Salth —murmuró D'ram, con el rostro entristecido.

La opresión en el pecho que Robinton seguía sintiendo, le impidió dar ánimos a aquel hombre angustiado.

—¡Y B'zon también! —D'ram agarró el brazo de F'lar—. ¿No hay nada que podamos hacer para evitarlo? ¿Dos dragones?

—Si hubieran venido a nosotros... —empezó a decir F'lar, colocando su mano, a manera de consuelo, sobre la de D'ram—. Pero los caballeros Antiguos siempre tomaron. Ese fue su error de partida.

Y la expresión de su rostro se endureció.

—Y siguen tomando —dijo Robinton, intentando calmar el disgusto de D'ram—. Han tomado lo que necesitaban del Norte, de todo él. De aquí, de allí. Lo que les gustaba. Muchachas jóvenes, material, piedra, hierro, joyas. Han estado cometiendo pillaje clandestinamente, desde el mismo momento en que fueron enviados al exilio. Tengo informes sobre ello. Ya se los he pasado a F'lar.

—¡Si hubieran preguntado! —F'lar miró arriba hacia los dragones en vuelo, que ahora eran sólo manchas que desaparecían de la vista.

—¿Qué está pasando? —El Señor Warbret del Fuerte de Ista se dirigía hacia ellos a toda prisa—. Aquellos dos últimos eran viejos, o yo no sé de dragones tanto como creía.

—El vuelo de apareamiento era abierto —replicó F’lar, pero Warbret estaba mirando el ansioso rostro de D'ram.

—¿Para los dragones viejos? ¡Yo creí que fijaste en la convocatoria que sólo serían dragones jóvenes que no hubieran tenido la oportunidad de cubrir a una reina anteriormente! Por mi parte, no entiendo eso de tener otro Caudillo del Weyr viejo. No tengo intención de ofenderte, D'ram. Pero el cambio disgusta a los Señores. —Y miró hacia el cielo—. ¿Cómo van a mantener el ritmo contra los más jóvenes? ¡Es una carrera agotadora!

—Tienen derecho a probar —dijo F'lar—. Mientras esperamos el resultado, ¿qué tal un poco de vino, D'ram?

—Sí, sí, vino, señor Warbret... —D'ram recobró su compostura lo suficiente para indicar al Señor del Fuerte que lo acompañara hacia el salón de la caverna. Indicó también a los otros invitados que lo siguieran, pero sus pasos eran lentos y pesados.

—No te preocupes, D'ram. Aquel dragón ha salido muy rápidamente en vuelo —dijo el Señor Warbret, mientras golpeaba el hombro de D'ram para darle ánimos—, pero tengo toda la fe del mundo depositada en G'dened y Barnarth. ¡Excelente joven! Y un dragón espléndido. Además, se emparejó con Caylith anteriormente, ¿verdad? Y esto siempre significa algo, ¿o no?

Mientras Robinton respiraba aliviado al ver que el Señor del Fuerte malentendía la preocupación de D'ram, F'lar fue respondiendo a las preguntas:

—Sí, Caylith tuvo treinta y cuatro huevos de su primera nidada con Barnath. Tú no quieres que una reina joven se exceda en su puesta, pero sus eclosiones eran sanas y fuertes. No ponía ningún huevo-reina, pero esto ocurre a menudo cuando un Weyr tiene suficientes reinas. El nexo de un emparejamiento previo puede ser un factor importante a pesar de la capciosidad de una reina, pero nunca se sabe.

Robinton se dio cuenta de que los sirvientes del Weyr parecían estar algo tensos mientras atendían a los visitantes. Se preguntó cuántos habrían identificado a los meridionales. Esperaba que ninguno exteriorizaría sus sospechas delante del Señor del Fuerte.

El Salth de T'kul debía haber cubierto en vuelo a su reina docenas de veces. Debía de ser tan astuto como viejo, muy bien, pero toda su inteligencia no serviría de nada si no podía atrapar a la reina en los primeros minutos del vuelo. Simplemente, no tendría la facultad de detenerse bruscamente que tenían los dragones más jóvenes, y posiblemente tampoco la velocidad de arranque necesaria para capturarla. Volaba contra unas bestias muy fuertes.

Robinton sabía con qué cuidado había seleccionado N'ton a los cuatro caballeros bronces que se presentaban de Fort. Cada uno de ellos había sido Lugarteniente durante varias Revoluciones; eran hombres curtidos en las Caídas, y que habían montado sobre fuertes dragones. Por su parte, F'lar había escogido como contendientes de Benden a hombres muy capaces de regir un Weyr. Robinton tenía que reconocer también que Telgar, Igen y las Altas Extensiones habían hecho los honores al Weyr de D'ram con hombres de los buenos. Ista era el más pequeño de los seis Weyrs, y necesitaba
de una gente unida.

Bebió su vino, en espera de que su costado dejara de dolerle, preguntándose qué habría causado aquella enervante opresión. Bien, el vino curaba muchos males. Esperó hasta que D'ram volvió la cara, y entonces le llenó de nuevo la taza, captando al hacerlo la mirada de aprobación de F'lar.

La gente del Weyr empezó a detenerse junto a la mesa, saludando a D'ram y al Señor Warbret. El placer que sentían al ver a su antiguo Caudillo de Weyr fue un alivio para D'ram, que respondió con sonrisas y frases corteses. Parecía nervioso, pero cualquiera hubiera atribuido su estado a una comprensible preocupación por el resultado del vuelo.

En cuanto a Robinton, no cesaba de pensar en su propio enigma: las amargas palabras de T'kul referentes al huevo. «¿Por qué lo devolviste? ¿Cómo lo encontraste?» ¿Acaso T'kul no

sabía que había sido alguien del Meridional quien había devuelto el huevo? Y pensando en ello el Arpista se puso furioso. No había sido ningún meridional quien había devuelto el huevo, pues seguramente que T'kul ya hubiera descubierto al culpable.

Robinton deseaba fervientemente que ninguno de los dos dragones viejos muriera en el intento de cubrir a la joven reina. ¡Igual que los Antiguos, que añadían una nota amarga a lo que sólo debía ser una ocasión gozosa! La vida en el Weyr Meridional no era tan insoportable como para que T'kul permitiera a sangre fría que su dragón cortejara a la muerte antes que continuar allí.

Robinton conocía bien el Weyr; su situación, en aquel pequeño valle, era inmejorable, una considerable ventaja para T'kul, comparado con el sombrío Weyr de las Altas Extensiones. Era un salón inmenso y bien construido, en el centro de un patio de losas al que ninguna Hebra podía afectar porque no tenía hierba. Había comida al alcance de la mano, bestias salvajes en abundancia para alimentar a los dragones, además de abundante agua cristalina y la única obligación de los dragoneros era la de un pequeño Fuerte en la costa.

Entonces, Robinton recordó el reciente odio contra F'lar en los ojos de T'kul. Era la malicia y la terquedad lo que había llevado al exilio al antiguo Caudillo del Weyr de las Altas Extensiones, y sentía odio contra un lugar que él no había elegido.

Las reinas podían ser demasiado viejas para volar, pero eso sólo había ocurrido recientemente, pensó Robinton, y los bronces no podían encontrarse en una situación tan difícil. Ellos también estaban envejeciendo, y no necesitaban tanto el apareamiento, de modo que sus urgencias a buen seguro podían ser refrenadas.

Pero además estaba el hecho de que a T'kul no le era imprescindible haber ido al Meridional con Mardra, T'ron y los otros Antiguos, obstinados y rencorosos. Podía haber aceptado el liderazgo de Benden, haber reconocido que los Artesanados y los Fuertes habían adquirido derechos por ellos mismos durante las cuatrocientas Revoluciones desde la última Pasada, y haber tomado en propia mano sus asuntos y su Weyr, de acuerdo con lo anterior.

Si alguno de los Meridionales hubiera actuado honorablemente, solicitando la ayuda de los otros Weyrs, él estaba seguro de que la iniciativa hubiera tenido éxito. No tenía ninguna duda de la sinceridad de D'ram, y éste hubiera presionado para que ellos hicieran sus peticiones. El mismo lo hubiera hecho, ¡por el Huevo que lo hubiera hecho!

Volvió a pensar en la peor conclusión que podían tener los acontecimientos del día. ¿Qué le ocurriría a T'kul si Salth hubiera llevado su propio vuelo al último extremo? El Arpista suspiró profundamente, ante el desagrado que le producía considerar aquella posibilidad, pero era mejor que lo hiciera.

La posibilidad significaba que... Robinton miró hacia los aposentos de la Dama del Weyr.

T'kul llevaba un cuchillo al cinto. Todo el mundo lo llevaba. Robinton sintió cómo le latía el corazón. El sabía que no era lo adecuado, pero ¿no debería sugerirle a D'ram que alguien se quedara en el Weyr de la reina en caso de haber dificultades? Tendría que ser alguien no implicado en el vuelo de apareamiento. Cuando el dragón de un hombre moría, éste podía enloquecer, perder totalmente la razón. Una visión del odio de T'kul asaltó instantánea y vividamente la mente del Arpista.

Robinton gozaba de muchas prerrogativas, pero la de entrar en los aposentos de una Dama del Weyr cuyo dragón estaba apareándose no era una de ellas. No obstante...

Robinton parpadeó. F'lar ya no estaba sentado a la mesa. El Arpista echó una ojeada por toda la caverna, pero no vio la alta figura del Caudillo del Weyr de Benden. Se levantó, esforzándose por aparentar que su paseo era algo fortuito, y se las arregló para hacer un gesto amistoso con la cabeza
a D'ram y a Warbret mientras se acercaba a la entrada. El Arpista de Istan le salió entonces al paso.

—F'lar se ha llevado a dos de nuestros caballeros más fuertes con él, Maestro Robinton. —El hombre señaló con la cabeza en dirección a los aposentos de la Dama del Weyr—. Tiene miedo de que haya problemas.

Robinton asintió con la cabeza, respirando aliviado ante estas palabras. Luego se detuvo:

—¿Cómo lo hizo? No vi a nadie subiendo los escalones.

Baldor hizo una mueca.

—Este Weyr está plagado de túneles antiguos y entradas desconocidas. Esto no hará que el problema se solucione —añadió, señalando hacia los invitados de la caverna—, ¿verdad?

—Desde luego que no, claro que no.

—Pronto nos enteraremos de lo que está ocurriendo —dijo Baldor, dando un suspiro de preocupación—. Nuestros lagartos de fuego nos lo contarán.

—Es verdad.

Y Zair, encaramado a su hombro, graznó al pardo de Baldor.

Robinton se sintió algo aliviado por aquellas precauciones, y, dando media vuelta, se dirigió otra vez hacia la mesa. Llenó de nuevo su taza y la de D'ram. No era vino de Benden pero, en definitiva, no era despreciable, aunque un poco dulce para su gusto. ¿Por qué sería que aquellas felices ocasiones normalmente parecían pasar con mucha rapidez, y en cambio aquel día no acababa nunca?

El dragón vigilante bramó un sonido temible, desdichado. ¡Pero no era un sonido agudo! ¡No era un clamor de muerte! Robinton sintió que los músculos de su pecho se relajaban. Pero su alivio fue apresurado pues todo un enjambre de rumores de preocupación empezó a flotar en el ambiente de la caverna.

Varias personas pertenecientes al Weyr salieron a toda prisa, mirando hacia lo alto, al dragón vigilante azul, que tenía las alas extendidas.

Zair canturreó suavemente, pero Robinton no sintió que le comunicara nada concreto. El pequeño bronce no hacía sino repetir los confusos pensamientos del dragón.

—Uno de los bronces debe haberse debilitado —dijo D'ram tragando nerviosamente, y su rostro se veía gris a pesar de lo tostado que estaba. Dirigió una preocupada mirada a Robinton.

—Apostaría que es uno de los más viejos —dijo Warbret, complacido por encontrar una justificación a su postura.

—Es muy probable que tengas razón —dijo Robinton diplomáticamente—, pero el vuelo fue declarado abierto, así que había que admitirlos.

—¿No están alargando mucho el asunto? —preguntó Warbret, mirando con el entrecejo fruncido hacia el cielo, que apenas se veía desde la mesa.

—Oh, yo creo que no —replicó Robinton, con lo que esperó pareciera un gesto despreocupado—. Aunque a veces parece que sea así. Yo creo que eso es porque el resultado de este vuelo en especial tendrá importantes consecuencias para el Weyr. Caylith, al menos, está haciendo que los bronces se
den una buena carrera por ella.

—¿Crees que habrá un huevo de reina esta vez? —preguntó ansiosamente Warbret.

—Yo nunca cometería la equivocación de contar los huevos tan pronto, Señor Warbret —dijo el Arpista, tratando de mantener su actitud lo más amable posible.

—Sí, claro. Quiero decir que, para Barnarth, eso sería todo un logro, ¿o no? Quiero decir, que su reina pusiera un huevo dorado en este vuelo.

—Así sería, por supuesto, si... Barnath logra cubrirla.

—Seguro, Maestro Arpista, que él lo conseguirá. ¿Qué se ha hecho de tu sentido de la justicia?

—Está en su sitio habitual. Pero dudo de que Caylith esté en situación de pensar en justicias, precisamente ahora.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando Zair, con los ojos amarillos de disgusto, soltó un alarido terrorífico mirando al Arpista. Mnementh se lanzó al aire justo encima del Cuenco, rugiendo alarmado.

Robinton se había incorporado, y corría, mirando a su alrededor, en busca de Baldor. El arpista de Istan estaba también alertado. El y cuatro caballeros altos empezaron a correr a toda prisa hacia el Weyr.

—¿Qué pasa? —preguntó Warbret.

—Quédate ahí —gritó Robinton.

El aire se había llenado repentinamente de dragones, rugiendo y gritando, preocupados únicamente de evitar colisiones, mientras volaban muy bajo en círculos, sin caballeros y descontrolados. Robinton hizo uso de sus largas piernas con tanta rapidez como le fue posible, sin preocuparse del violento dolor de su cadera, que alivió un poco hundiendo la palma de la mano en su carne. La pesadez que sentía en el pecho pareció empeorar. Le cortaba la respiración, impidiéndole correr.

Zair empezó a gemir sobre la cabeza de Robinton, proyectando la imagen de un dragón que caía y de hombres en lucha. Por desgracia, el pequeño bronce no podía proyectar la información que más necesitaba Robinton: ¿Qué dragones? ¿qué hombres? F'lar debía estar implicado, o Mnementh no estaría allí.

El inmenso bronce estaba aterrizando en el Weyr de la reina, sobre la cornisa, impidiendo la entrada a los hombres de Baldor. Se apretaron contra la muralla, intentando evitar las frenéticas pasadas de sus anchas alas.

—¡Mnementh! ¡Escúchame! ¡Déjanos pasar! Vamos a ayudar a F'lar. ¡Escúchame!

Robinton subió lanzado por los escalones, dejó atrás a Baldor y su gente y agarró la punta de un ala. Sintió un fuerte tirón en los pies, y Mnementh lo empujó hacia atrás, volviendo la cabeza hacia el Arpista con un rugido. Sus grandes ojos centellearon con un amarillo violento.

—¡Escúchame, Mnementh! —gritó el Arpista—. ¡Déjanos pasar!

Zair voló hacia el dragón bronce, aullando todo lo que daban de sí sus pulmones.

Ya escucho. Salth ya no está. ¡Ayudad a F'lar!

El gran dragón bronce plegó las alas y alzó la cabeza, y Robinton hizo una señal a Baldor para que pasara. El mismo necesitó un momento para tomar aliento.

Cuando Robinton volvió para entrar en el pasillo, con la mano apretando aún su costado, Zair salió zumbando delante de él, dando gritos que ahora eran de aliento. El Arpista se preguntó, por un momento, si la diminuta criatura creía que él solo había apartado de su paso al gran bronce. Robinton sentía únicamente gratitud hacia el dragón bronce por haberlo escuchado.

Cuando entró, Robinton pudo oír ruidos de lucha en el interior de la cámara nocturna de la Dama del Weyr. La cortina que cubría la puerta fue súbitamente arrancada de sus anillas, y dos cuerpos en lucha saltaron hacia afuera, al largo pasillo.

¡Eran F’lar y T'kul!

Baldor y dos de sus ayudantes estaban muy cerca, detrás de ellos, intentando separarlos. En la habitación más alejada, encerrados y en contacto con sus bestias, estaban el resto de los caballeros bronces y la Dama del Weyr, ajena al combate.

Alguien se había desmayado sobre el suelo. Quizá fuera B'zon, pensó, mientras la escena se reflejaba en su mente por una décima de segundo.

Pero lo que captó la atención de Robinton fue que F’lar no tenía ningún cuchillo en la mano. Su mano derecha sujetaba fuertemente la muñeca derecha de T'kul, esforzándose por mantener el largo cuchillo de éste —no de hoja larga, sino de desollar— lejos de su cuello. Sus dedos empezaban a hundirse en los tendones de la muñeca de T'kul, intentando abrirle la mano o inutilizarle los nervios. La mano de F’lar mantenía el brazo izquierdo de T'kul lejos y bajo su costado. T'kul se contorsionaba salvajemente. El brillo de sus ojos enrojecidos evidenció a Robinton que aquel hombre estaba fuera de sí. Tal como se debía haber previsto, pensó Robinton.

Uno de los hombres de Baldor intentaba entregarle un cuchillo a F’lar, pero éste estaba demasiado ocupado luchando por sujetar la mano izquierda de T'kul.

—Te voy a matar, F’lar —dijo T'kul, entre dientes, esforzándose por bajar su mano derecha y acercando la hoja cada vez más al cuello del caballero bronce—. Te voy a matar como tú mataste a mi Salth. ¡Como nos mataste! ¡Te voy a matar!

Sonaba como una cantinela acompañando a los golpes acentuados por los arrebatos de violencia de T'kul que, en ocasiones, gritaba desde lo más profundo de su locura.

F’lar contenía el aliento. El esfuerzo por mantener distante aquel cuchillo se reflejaba en los tendones de su cuello, y en la tensión de los músculos de su rostro, de sus piernas y de sus muslos.

—¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar, como debería haber hecho T'ron! ¡Te voy a matar, F'lar!

La voz de T'kul era más rabiosa, a medida que la punta del cuchillo se acercaba a su objetivo.

Repentinamente, F'lar dio un violento impulso a su pierna izquierda y, retorciéndola sobre la pierna izquierda de T'kul, sacó el pie de un tirón de debajo del enloquecido Antiguo, haciéndole perder el equilibrio.

Dando un alarido, T'kul cayó hacia adelante sobre F'lar, el cual le hizo girar rompiéndole la mano izquierda, y manteniendo la suya firmemente cerrada sujetando la muñeca derecha de T'kul. El Antiguo dio una patada que acertó a F'lar de lleno en el estómago. Aunque el caballero bronce no soltó la mano del cuchillo, se vio doblado en dos, sin aire para respirar.

Una segunda patada de T'kul golpeó sus pies, haciéndole caer. F'lar se sintió perdido cuando T'kul logró liberar la mano que portaba el cuchillo y se abalanzó sobre él. Pero F'lar logró zafarse girando sobre sí mismo con una agilidad que dejó atónitos a todos los presentes, y volviendo a incorporarse antes de que T'kul iniciara su próximo ataque. En el intervalo, F'lar tuvo tiempo suficiente para agarrar el cinturón con el cuchillo que le ofrecía Baldor.

Los dos luchadores quedaron frente a frente. Robinton supo, por la hosca determinación que reflejaba el rostro de F'lar en aquel momento que, muerta ya la bestia de aquel hombre, el Caudillo del Weyr de Benden acabaría con su enemigo. Si podía.

Robinton no albergaba dudas sobre la habilidad de F'lar como luchador. Pero T'kul no era un enemigo corriente, poseso como estaba por la locura a causa de la muerte de Salth. Aquel hombre, de unas veinte Revoluciones más de edad que el otro, tenía a F'lar a su alcance, y una hoja más larga y afilada en sus manos. F'lar tendría que esquivar aquella hoja el tiempo suficiente para que la energía de T'kul empezara a disminuir.

Un grito de horror salió de la habitación de la Dama del Weyr, seguido de un alarido penetrante. Aquello bastó para desviar la atención de T'kul. F'lar, que estaba listo para aprovechar cualquier debilitamiento en la atención de su enemigo, se lanzó sobre T'kul con el brazo del cuchillo bajo y, antes de que el Antiguo pudiera detener el golpe, la cuchillada de F'lar le subió por las costillas hasta el corazón. T'kul, con los ojos desorbitados cayó muerto a sus pies.

F'lar respirando con dificultad, cayó de rodillas mientras recuperaba el aliento. Fatigosamente, se tocó la frente con el dorso de la mano izquierda, y todas las líneas de su cuerpo reflejaron el decaimiento que estaba experimentando

—No podías hacer otra cosa, F'lar —le dijo Robinton en voz baja, deseando tener suficiente fuerza para sacar a F'lar de su postración.

De los aposentos de la Dama del Weyr fueron llegando los rechazados pretendientes, aturdidos por su participación en el vuelo de apareamiento. Salieron en masa, y Robinton no pudo saber quién de ellos se había quedado con la Dama del Weyr en calidad de compañero y era ahora el nuevo Caudillo de Ista.

Una súbita e inexplicable debilidad se apoderó del Arpista. No podía respirar. Ni siquiera tenía fuerzas para acallar a Zair, que estaba chillando presa del más violento de los nerviosismos. El dolor de su costado se había extendido a su pecho, y lo sentía como si tuviera una pesada roca sobre él.

—¡Baldor!

—¡Maestro Robinton!

El Arpista de Istan corrió a su lado. Su rostro expresaba horror y consternación mientras ayudaba a Robinton a llegar al banco más próximo.

—Estás gris. ¡Tus labios! Están azules. ¿Qué te pasa?

—Gris, eso es lo que siento. ¡Mi pecho! ¡Vino! ¡Necesito vino!

La habitación empezó a oprimir al Arpista. No podía respirar. Sintió los gritos, sintió el pánico en el aire, y trató de dominarse y controlar la situación. Unas manos le empujaron hacia abajo, y luego le aplastaron imposibilitándole totalmente la respiración. Hizo un esfuerzo para serenarse.

—Dejadme. Voy a ayudarle a respirar.

Vagamente, Robinton identificó aquella voz como la de Lessa. ¿Cómo era que ella estaba allí? Luego se sintió empujado contra alguien, y empezó a respirar mas fácilmente, si pudiera descansar, dormir...

—¡Que salga todo el mundo del Weyr! —ordenó Lessa.

Arpista, Arpista, escúchanos. Escúchanos ahora. Arpista, no duermas. Quédate con nosotros. Te necesitamos. Te queremos. Escúchanos.

Aquellas voces de su mente le eran desconocidas. Hubiera querido que se callaran y le permitieran pensar en el dolor de su pecho y en el sueño que tan desesperadamente buscaba.

Arpista, no pudes irte. Debes quedarte. Arpista, te queremos.

Aquellas voces le intrigaban. No las conocía. No eran Lessa ni F'lar quienes hablaban. Eran voces profundas, insistentes, y no las escuchaba con sus oídos. Eran voces de su mente que no había modo de ignorar. Deseó que lo dejaran sólo para poder dormir. Estaba tan cansado... T'kul había resultado ser demasiado viejo para hacer volar su dragón o ganar una lucha. Y él era más viejo que T'kul, que ahora dormía en la muerte. Si aquellas voces le dejaban dormir, estaba tan cansado...

No puedes dormir aún, Arpista. Estamos contigo. No nos dejes. Arpista, ¡debes vivir! Te queremos.

¿Vivir? Por supuesto que iba a vivir. ¡Qué voces más tontas! Sólo estaba cansado. Necesitaba dormir.

Arpista, Arpista, no nos abandones. Arpista, te queremos. No te vayas.

Las voces no eran altas, pero insistían una y otra vez en su mente. Eso era. No dejaban que su mente se librara de su presencia.

Alguien más, fuera de él, llevó algo a sus labios.

—Maestro Robinton, debes intentar tragar esta medicina. Debes hacer un esfuerzo. Te aliviará el dolor.

Aquella voz sí era reconocible. Era Lessa. Y estaba trastornada. Por supuesto que lo estaba, después de que F'lar había tenido que matar a un caballero, y todo el asunto del robo del huevo, y con Ramoth tan alterada.

Arpista, obedece a Lessa. Debes obedecer a Lessa, Arpista. Abre la boca. Debes intentarlo.

Podía ignorar a Lessa. Podía sorber algo de la taza con los labios, y luego escupir aquella pildora de sabor amargo que se estaba deshaciendo en su lengua; pero le era imposible ignorar a aquellas voces insistentes. Se dejó meter el vino en la boca, y se tragó la pildora con él. Al menos, tenían la amabilidad de darle vino, no agua, que hubiera sido indigno de un Arpista de Pern. Nunca hubiera podido tragar agua con aquel dolor en el pecho.

Algo pareció cerrarse dentro de él. Ah, aquel dolor de pecho. Se estaba aliviando, como si se hubiera aflojado un apretado nudo que oprimiera su corazón. Suspiró aliviado. Uno no se daba plena cuenta de la ausencia de dolor, pensó.

—Toma un sorbo de vino, Maestro.

Y volvió a sentir la taza en sus labios. Vino, sí, eso completaría su curación. El vino siempre le había reanimado. Pero seguía necesitando dormir. Estaba tan cansado...

—¡Toma otro!

Debes dormir más tarde. Debes escucharnos y quedarte. ¡Arpista, escucha! Te queremos. Debes quedarte.

Aquella insistencia empezaba a molestarle.

—¿Cómo se las arregló este hombre para poder llegar aquí?

Era la voz de Lessa, sonando con mayor violencia de la que nunca le había oído. ¿Por qué sonaba como si ella estuviera llorando? ¿Lessa llorando?

Lessa está llorando por ti. Tú no quieres que ella llore. Quédate con nosotros, Arpista. No te puedes ir. No te dejaremos irte. Lessa no debe llorar.

No, era verdad, Lessa no debía llorar. Robinton no creía en realidad que ella llorara. Abrió sus ojos, haciendo un esfuerzo, y la vio inclinada ante él. ¡Y estaba llorando! Las lágrimas le caían por las mejillas sobre la mano de él, que estaba abierta y con la palma hacia arriba, como si quisiera recibirlas.

—No debes llorar, Lessa. No quiero que llores.

¡Por el Gran Huevo!, estaba perdiendo el control de su voz. Se aclaró la garganta. Pero eso no importaba.

—No intentes hablar, Robinton —dijo Lessa, conteniendo los sollozos—. Descansa. Tienes que descansar. Oldive llegará enseguida. Le dije que viajara en el tiempo. Descansa. ¿Quieres más vino?

—¿Alguna vez lo he rechazado? —Pensó qué tenía la voz muy débil.

—Nunca —Lessa reía y lloraba a la vez.

—¿Quién ha estado sermoneándome? Decían que no me dejarían irme. Haz que me dejen descansar, Lessa. ¡Estoy tan cansado!

—Oh, Maestro Robinton, por favor.

—¿Por favor qué?

Arpista, quédate con nosotros. Lessa va a llorar.

—Oh, Maestro Oldive, ¡por aquí!

Esta vez era de nuevo Lessa, que se apartó de su lado. Robinton trató de retenerle.

—¡No hagas esfuerzos! —Ella le ayudó a echarse, pero se quedó con él.

¡La buena Lessa! Incluso cuando se disgustaba con ella, no disminuía su amor en lo más mínimo. Todo lo contrario, porque ella se enfadaba con mucha frecuencia, y la furia la hacía estar más hermosa.

—Ah, Maestro Robinton. —La voz suave de Oldive le hizo abrir los ojos—. ¿Otra vez el dolor de pecho? Di que sí con la cabeza; prefiero que no hagas el esfuerzo de hablar.

—Ramoth dice que siente un gran dolor y está muy cansado.

—¿Eh? Conviene que el dragón también escuche.

El Maestro Oldive estaba colocando fríos instrumentos sobre su pecho y sobre su brazo. A Robinton le hubiera gustado protestar.

—Sí, ya sé que están fríos, mi querido Arpista, pero son necesarios. Y ahora, escúchame: tu corazón ha hecho un sobreesfuerzo. Eso era el dolor de pecho. Lessa te dio una pildora que te alivió momentáneamente el dolor. El peligro inmediato ha pasado. Ahora quiero que intentes dormir. Vas
a necesitar mucho reposo, mi buen amigo. Un buen tiempo de descanso.

—Diles que se callen y me dejen dormir.

—¿Quién ha de callarse? —La voz de Oldive era suave, y Robinton se disgustó un poco, pues sospechaba que Oldive no creía en las voces que lo habían mantenido despierto—. Toma, ten esta pildora y un sorbo de vino. Ya sé que nunca rechazas el vino.

Robinton sonrió débilmente. Qué bien lo conocían Oldive y Lessa.

—Son Ramoth y Mnementh quienes le hablan, Oldive. Han dicho que ha estado a punto de irse... —y la voz de Lessa se quebró en la última palabra.

¿Así que he estado a punto de irme?... ¿Es eso lo que se siente cuando se está cerca de la muerte? ¿Como si se estuviera muy cansado?

Ahora te quedarás, Arpista. Te dejaremos dormir. Pero estaremos contigo. Te queremos.

¿Son dragones quienes me hablan? ¿Dragones quienes me protegen de la muerte? Qué amables son, pues no deseaba morir todavía. Hay tanto por hacer, tantos problemas por resolver. Ha habido uno en mi mente... sobre dragones, también...

—¿Quién cubrió a Caylith?

¿Lo dijo en voz alta? Ni siquiera oyó su propia voz.

—¿Oíste lo que dijo, Oldive?

—Sí, algo sobre Caylith.

—No creía que se preocuparía de eso en un momento como este. —La voz de Lessa sonó esta vez como solía, algo bronca—. Barnath cubrió a Caylith, Robinton. Pero ahora, ¿vas a dormir?

Duerme, Maestro. Nosotros estaremos atentos.

El Arpista hizo una profunda inspiración, llenando de aire sus pulmones, y se relajó plácidamente, cayendo en un profundo sueño.

ATARDECER EN LA CALA DE JAXOM Y ULTIMA HORA DE LA TARDE EN EL WEYR DE ISTA, 15.8.28

Sharra estaba enseñando a Brekke y a Jaxom un juego infantil en la arena, con guijarros y palos, cuando Ruth, que dormía a cierta distancia de donde estaban ellos, en compañía de los lagartos de fuego, despertó de repente.

Avanzó un poco, se sentó y, estirando el cuello, emitió un largo y penetrante lamento que indicaba que un dragón había muerto.

—¡Oh, no! —exclamó Brekke, reaccionando tan sólo un instante antes que Jaxom—. Salth se ha ido.

—¿Salth? —Jaxom se preguntó quién era.

—¡Salth! —el color desapareció de la cara de Sharra—. ¡Pregúntale a Ruth como fue!

—Canth le ha dicho que estaba intentando cubrir a Caylith en vuelo, y su corazón estalló —respondió Brekke. Sus hombros se encogieron en un nuevo gesto de dolor ante una tragedia intensamente recordada.

—¡El loco! Debió darse cuenta que los dragones jóvenes eran más rápidos y más fuertes que el viejo Salth.

—¡Eso le está bien empleado a T'kul! Y no trates de regañarme, Brekke. —Los ojos de Sharra relampaguearon cuando Brekke quiso reprenderla—. Recuerda que he tenido que vérmelas con T'kul y con el resto de esos Antiguos. Y que no son como vuestros dragoneros del Norte, en absoluto... ¡Son gente imposible! ¡Podría contarte cada cosa... Si T'kul estaba lo bastante loco como para llevar a su bronce a cubrir a una joven reina, con la competencia que había por el caudillaje del Weyr de Istan, entonces es que merece perder a su bestia. Lo siento. Son palabras duras para vosotros Brekke, Jaxom, pero es que yo sé qué clase de gente son esos meridionales. ¡Y vosotros no!

—Yo pensaba que habrían problemas más tarde o más temprano, exiliándoles de esa manera —dijo Brekke lentamente—, pero...

—Por lo que he oído, Brekke —dijo Jaxom, intentando borrar la desolación de la cara de ella—, esa era la única manera de actuar con ellos. No estaban haciendo honor a sus responsabilidades frente a la gente que les había sido confiada. Eran voraces, y sus diezmos rebasaban lo establecido. Además... —y sacó a la luz su argumento más decisivo— además he oído a Lytol criticar muchas veces a esos dragoneros.

—Ya lo sé, Jaxom, ya sé todo eso. Pero ten en cuenta que salieron de su propio tiempo para salvar a Pern...

Jaxom se preguntó si ella se daría cuenta de que estaba apretándose las manos hasta el punto de tener los nudillos blancos.

—Para salvar a Pern, sí, pero luego exigieron que recordáramos eso cada vez que respirábamos en su presencia —dijo Jaxom, rememorando con toda claridad la manera arrogante y presuntuosa con que T'ron había tratado a Lytol.

—Ignoramos a los Antiguos —dijo Sharra, encogiendo los hombros—, y solucionamos nuestros propios asuntos. Mantenemos nuestro Fuerte limpio y verde, encerramos en corrales a nuestros animales durante la Caída, y luego hacemos un rápido recorrido con los lanzallamas para asegurarnos de que los gusanos han cumplido con su tarea.

—¿Pero es que ellos no salen cuando hay una Caída? —preguntó Brekke sorprendida.

—Si, una y otra vez. Si les apetece o si sus dragones están demasiado alterados.

El desprecio de Sharra era tajante. Pero luego se dio cuenta de la expresión de desánimo en las caras de sus interlocutores continuó hablando:

—Vamos, lo que ha ocurrido no ha sido culpa de los dragones, eso es lo que quiero decir. Y tampoco creo que lo sea de sus caballeros. Lo que yo pienso es que al menos deberían intentar actuar como lo que son. Se puede asegurar que la mayoría de los Antiguos se quedó en el Norte. Son sólo unos pocos los que están dando a los dragoneros una reputación tan pobre en el Meridional. Todavía... si pudiésemos encontrarnos a mitad del camino... les echaríamos una mano.

—Creo que debería ir —dijo Brekke, levantándose y mirando hacia el Oeste—. T'kul es ahora medio hombre. Y yo sé lo que se siente en estos casos...

Su voz fue apagándose y su rostro perdió todo su color. Mirando fijamente hacia el Oeste, sus ojos se fueron agrandando hasta que un grito de horror estalló en sus labios.

—¡Oh, no!

Se llevó la mano a la garganta, y volvió la palma hacia afuera, como si rechazara un ataque.

—Brekke ¿qué te pasa? —Sharra saltó a su lado, rodeándola con sus brazos.

Ruth empezó a sollozar, empujando el codo de Jaxom en busca de seguridad.

Ella tiene mucho miedo. Está hablando con Canth. Es muy desgraciada. Es terrible. Hay otro dragón que está muy débil. Canth está con él. Ahora es Mnementh el que está hablando. ¡T'kul está luchando con F'lar!

—¿T'kul luchando con F'lar? —Jaxom perdió el equilibrio y se apoyó en el lomo de Ruth.

Los lagartos de fuego manifestaban su nerviosismo volando en picado, chillando con tal violencia que Jaxom tuvo que pedirles silencio agitando los brazos hacia ellos.

—Es horrible, Jaxom —dijo Brekke—. Tengo que irme. Han de darse cuenta de que T'kul no es responsable de lo que hace. ¿Por qué no le dan más poderes? ¡Alguien debe tener algo de cabeza en Ista! ¿Qué hace D'ram? Voy a buscar mi equipo de vuelo.

Y volvió corriendo al refugio.

—Jaxom —Sharra se volvió hacia él, con una mano alzada, pidiéndole protección—. T'kul odia a F'lar. Siempre lo ha culpado de todo lo que sucedía en el Meridional. Ahora que T'kul se ha quedado sin su dragón, enloquecerá. ¡Matará a F'lar!

Jaxom acercó hacia sí a la muchacha, preguntándose cuál de ellos dos necesitaba más protección. ¿Tkul intentaba matar a F'lar? Le pidió a Ruth que escuchara con toda su atención.

No oigo nada. Canth está en el ínter. Sólo oigo jaleo. Ramnoth llega...

—¿Aquí?

No, donde están ellos. Los ojos de Ruth adquirieron un color púrpura de preocupación. No me gusta esto.

—¿Qué, Ruth?

—Oh, por favor, Jaxom, ¿qué dice? Estoy terriblemente espantada.

—Y él también. Y yo.

Brekke volvió por el bosque, con su equipo de vuelo en una mano, y en la otra su pequeño paquete de medicamentos, reforzadamente cerrado para evitar que cayera su contenido. Se detuvo justo antes de pisar la arena, parpadeó, y frunció el ceño con rabia e impaciencia.

—¡No puedo ir allí! Canth tiene que quedarse con Ramiith, el de B'zon. No podemos perder dos bronces en un día.

Y miró a su alrededor por la playa, como si lo que veía pudiera ofrecerle la solución a su problema. Se mordió el labio inferior, y luego exclamó desesperada.

—¡Tengo que irme!

Pero otra mala noticia afectó a Brekke y a Jaxom, al mismo tiempo que Ruth bramaba de miedo.

—¡Robinton!

Brekke vaciló, y hubiera caído si Sharra y Jaxom no hubieran acudido a sujetarla.

—¡Oh, no! ¿Es Robinton? ¿Cómo?

El Maestro Arpista.

—¿Está muerto? —gritó Sharra.

El Maestro Arpista está muy enfermo. Pero no le dejarán irse. Tendrá que quedarse, como hiciste tú.

—Te llevaré, Brekke. Sobre Ruth. Sólo tengo que coger mis arreos de montar.

Las dos mujeres intentaron retenerle.

—No puedes volar aún, Jaxom. ¡No puedes ir por el Inter!

El temor que reflejaban los ojos de Brekke era ahora por él.

—No puedes hacer eso, Jaxom —dijo Sharra, moviendo la cabeza con los ojos implorantes—. El frío del ínter... y todavía no estás lo suficientemente restablecido... ¡Por favor!...

Temen por ti, dijo Ruth, y su voz sonó confusa. Temen mucho. No sé por qué no es bueno que me montes, pero es así.

—Tiene razón, Jaxom, sería un desastre —dijo Brekke, y relajó todo su cuerpo, sintiéndose derrotada. Fatigada, se llevó la mano a la cabeza y se quitó el yelmo, ahora innecesario.

—No debes ir por el ínter hasta dentro de otro mes o seis semanas más. Si lo haces, te arriesgas a tener dolores de cabeza para el resto de tu vida, y es posible que te quedes ciego...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jaxom, furioso por que le habían ocultado aquella limitación, y frustrado por no poder ayudar ni a Brekke ni al Arpista.

—Lo sé —dijo Sharra, volviendo su rostro hacia Jaxom—. Uno de los dragoneros del Meridional tuvo «cabeza de fuego». No sabíamos los peligros de ir por el ínter. Primero se quedó ciego. Luego, enloqueció del dolor de cabeza... y murió. Y su dragón también.

Su voz se apagó, recordando la tragedia, y sus ojos se empañaron de lágrimas.

Jaxom se quedó mirándola, perplejo:

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?

—No había motivos para hacerlo —respondió Sharra, sin apartar su mirada de la de él, en un mudo ruego de comprensión.

—Cada día te pones más fuerte. Para cuando te dieras cuenta de las limitaciones que existen, quizá ya no sería necesario decírtelo.

—¿Otras cuatro o seis semanas? —Fue recalcando las palabras, consciente de que estaba apretando los puños y de que los músculos de su mandíbula le dolían por el esfuerzo de controlar su furia.

Sharra afirmó con la cabeza, lentamente, y su rostro estaba desprovisto de toda expresión.

Jaxom aspiró profundamente, forzándose a controlar sus emociones.

—Esto pone las cosas muy mal, de veras, porque es precisamente ahora cuando necesitamos un dragonero.

Miró a Brekke. La cabeza de ella estaba ligeramente vuelta hacia el Oeste. Jaxom pudo sentir la urgencia que tenía por estar allí donde se la necesitaba y, el esfuerzo por controlarse ante la patética llamada de Canth pidiendo ayuda.

—¡Tenemos un dragonero! —exclamó él, gritando—. Ruth, ¿llevarías a Brekke a Ista sin que yo vaya?

A Brekke la llevaría donde fuera. Y el pequeño dragón blanco alzó la cabeza. Sus ojos centellearon rápidamente mientras anvazada hacia Brekke.

La cara de ella perdió repentinamente la expresión de tristeza y de impotencia.

—¡Oh, Jaxom! ¿De veras me dejarías?

El se sintió más que recompensado por la abrumadora gratitud que había en aquella pregunta, hecha casi sin aliento.

La tomó del brazo, llevándola a toda prisa hasta el costado de Ruth.

—Debes partir... si el Maestro Robinton...

Jaxom no pudo terminar la frase, pues el pánico ante aquel pensamiento ahogó la voz en su garganta.

—Oh, gracias, Jaxorn. Gracias, Ruth.

Brekke empezó a atar torpemente la correa de su yelmo. Luchó con su chaqueta, hasta que pudo meter los brazos por las mangas, y sujetó el cinturón de montar en su sitio. Cuando estuvo lista, Ruth inclinó su lomo para que Brekke montara, y luego volvió la cabeza para asegurarse de que estaba bien sentada.

—Enviaré a Ruth de vuelta en cuanto llegue, Jaxom... ¡No dejéis que se venga! ¡No le permitáis dormir! —Las dos últimas frases iban dirigidas a una mente muy distante de allí.

Nosotros no permitiremos que se vaya, dijo Ruth, acariciando suavemente el hombro de Jaxom con su hocico. Luego se incorporó, llamando a su amigo y a Sharra. Cuando sólo estaba a un ala de altura sobre las olas, hizo un gesto de despedida.

—¿Jaxom?

La voz de Sharra era tan insegura que él se volvió hacia ella, preocupado.

—¿Qué puede haber pasado? T'kul no puede haber estado tan loco para atacar también al Arpista.

—Si yo le conozco bien, el Arpista puede haber intentando detener la pelea. ¿Tú conoces al Maestro Robinton?

—Lo que conozco de él —dijo ella, mordiéndose el labio inferior y suspirando profundamente, en un esfuerzo por controlar sus temores— es a través de Piemur y de Menolly. Lo he visto, por supuesto, en nuestro Fuerte, y además le he oído cantar. Es un hombre maravilloso. ¡Oh, Jaxom ¡Todos esos meridionales se han vuelto locos ¡Locos! ¡Están enfermos, enajenados, perdidos!

Y ella apoyó su cabeza sobre el hombro de él, rendida ante su propia angustia. Tiernamente, él la apretó contra sí.

¡Vive!

La seguridad con que habló Ruth se manifestó débil pero clara en su mente.

—Ruth dice que él vive, Sharra.

—Debe seguir viviendo, Jaxom. ¡Debe hacerlo! ¡Debe hacerlo!

Los puños de ella le golpeaban el pecho con insistencia.

Jaxom la tomó de las manos, haciendo que las abriera y sonriendo a aquellos brillantes ojos.

—Vivirá. Estoy seguro de que vivirá, si nosotros lo creemos.

Jaxom percibió intensamente, en aquel momento tan poco adecuado, el vibrante cuerpo de Sharra pegado al suyo. Podía sentir el calor de ella a través de su delgada blusa. Se apretaba contra los de él, mientras sentía la fragancia de su cabello perfumado por el sol y una flor que se había colocado sobre la oreja.

La atónita expresión que había en su cara, le dijo que ella, también ella, se daba cuenta de la intimidad de sus posiciones; y que, por primera vez desde que él la había conocido, estaba confusa. El alivió la presión que ejercía sobre sus manos, dispuesto a soltarlas si era necesario. Sharra no era Corana, no era una simple muchacha del Fuerte, obediente a su Señor. Sharra no era una compañera de lecho para un capricho pasajero del deseo. Era demasiado importante para él, y no quería arriesgarse a destruir aquella relación con una demostración a destiempo. Y él también se dio cuenta de que Sharra pensaba que sus sentimientos hacia ella procedían de una natural gratitud por los cuidados que le había dispensado. El había tenido en cuenta aquella posibilidad en su fuero interno, pero había decidido que era equivocada. Eran demasiadas las cosas que le gustaban de ella, des:le el sonido de su maravillosa voz hasta el contacto de sus manos; manos que él ansiaba que lo acariciaran. Había aprendido muchas cosas de ella durante aquellos días, pero sentía una gran curiosidad por saber mucho, mucho más.

La reacción de ella ante los meridionales le había sorprendido. Era frecuente que ella le sorprendiera. Parte del atractivo que ejercía sobre él era debido justamente a que rara vez adivinaba lo que ella diría, o cómo lo diría.

De repente, él deshizo aquel abrazo y, rodeando ligeramente los hombros de ella, la llevó hacia las esteras donde ambos habían estado jugando a un juego infantil. Puso ambas manos sobre sus hombros, y la empujó suavemente hacia el suelo.

—Es posible que tengamos que esperar mucho, Sharra, antes de saber con certeza que el Arpista está bien.

—¡Me gustaría que todo hubiese sido un error! Si ese T'kul ha dañado a nuestro Arpista...

—¿Y si ha dañado a F'lar?

—No conozco a F'lar, pero naturalmente me entristecería mucho saber que había sido herido por T'kul. —Distraídamente, ella dobló las piernas, sentándose a su lado, tan cerca de él que sus hombros casi se tocaban—. En cierto sentido, F'lar tenia que luchar contra Tkul. Después de todo, fue él quien envió a los Antiguos al exilio, así que también él debía ponerle fin.

—¿Y acabar matando a T'kul?

—O siendo muerto por él.

—Eso sería llevar demasiado lejos las cosas —replicó Jaxom, con mayor vehemencia de la que hubiera querido, ante el desinterés con que ella trataba el destino de F'lar—, asesinar al Caudillo del Weyr de Benden. ¡El es Pern!

—¿De veras?

Sharra deseaba ser convencida:

—No lo he visto nunca...

Hay muchos dragones aquí, y mucha gente, le comunicó Ruth, con su tono aún débil pero claro. Sebell viene. Menolly no puede.

—¿Te está hablando Ruth? —preguntó Sharra ansiosamente, inclinándose hacia adelante y cogiendo el brazo de Jaxom. El puso su mano sobre la de ella, pidiéndole silencio con aquel gesto.

Ella se mordió el labio inferior y escrutó la cara de Jaxom, que intentó tranquilizarla con enfáticos asentimientos de cabeza.

Los lagartos de fuego de Menolly están aquí. El Arpista está durmiendo. El Maestro Oldive también está con él. Ellos esperan fuera. No le dejaremos irse. ¿Tengo que volver ahora contigo?

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Jaxom, aunque sabía bien quiénes eran.

Lessa y F'lar. El hombre que atacó a F'lar está muerto.

—T'kul está muerto. Y F'lar, ¿no está herido?

—Pregúntale qué le pasa al Arpista —susurró Sharra.

Jaxom quería saberlo también, pero se produjo una larga pausa antes de que Ruth contestara, y el pequeño dragón dio la impresión de estar confuso.

Mnementh dice que Robinton estaba herido en el pecho y que quería dormir. El vino le ha confortado, Mnementh y Ramoth sabían que no dormiría. Iba a irse. ¿Puedo volver ahora?

—¿Te necesita Brekke?

Hay muchos dragones aquí.

—¡Ven a casa, amigo mío!

¡Allá voy!

—¿Tiene el pecho herido? —repitin Sharra, cuando Jaxom le contó lo que había dicho Ruth. Ella frunció el entrecejo.

—Podría ser el corazón. El Arpista ya no es un hombre joven, y trabaja mucho. —Miró a su alrededor, buscando a sus lagartos de fuego—. Podría enviar a Meer...

—Ruth dice que hay un montón de gente y de dragones en Ista en este momento. Creo que es mejor que esperemos.

—Ya sé. —Y Sharra dio un largo suspiro. Cogió un puñado de arena y la dejó resbalar entre sus dedos. Luego le sonrió a Jaxom.

—Ya sé cómo esperar, pero eso no significa que me guste hacerlo.

—Sabemos que está vivo, y F'lar... —Jaxom echó una rápida ojeada hacia ella.

—No quise dar a entender que no respetaba a tu Caudillo del Weyr, Jaxom. Quiero que sepas que...

Jaxom rió: había conseguido picarla. Ella dejó escapar una exclamación de fastidio, y le tiró el puñado de arena, pero él se agachó y la arena pasó sobre sus hombros, para caer finalmente sobre las suaves olas que rozaban la playa.

Barrida la arena por la siguiente ola, no quedó rastro en el agua. Había una falacia en la analogía hecha por el Arpista, pensó Jaxom, divertido por aquel pensamiento irrelevante.

Meer y Talla empezaron a chillar de repente, los dos con las cabezas vueltas hacia la zona Oeste de la cala. Alzaron las alas y se agacharon, listos para saltar al aire.

—¿Qué pasa?

Los dos lagartos de fuego se calmaron tan rápidamente como se habían alertado. Meer empezó a acicalarse un ala, como si un momento antes no hubiera estado sobresaltada.

—¿Viene alguien? —preguntó Sharra, volviéndose a Jaxom asustada.

Jaxom se puso de pie de un salto, mirando hacia arriba.

—No. No habrían reaccionado de esta forma si fuera Ruth quien viniera...

—Debe de ser alguien que conocen.

Aquella posibilidad le parecía tan remota a Sharra como a Jaxom.

—¡No viene volando!

Ambos oyeron el ruido de algo grande que avanzaba por el bosque hacia aquel punto. Una maldición entre dientes les indicó que el visitante era humano, pero la cabeza que asomó entre el espeso follaje era innegablemente la de un animal. El cuerpo al que pertenecía la cabeza era el del animal corredor más pequeño que Jaxom había visto en su vida.

Los juramentos apagados se fueron transformando en palabras inteligibles.

—Deja ya de echarme las ramas en la cara, dragón para carnada, nariz de cuerno, pies planos, trozo de piel. ¡Bueno, Sharra, así que aquí es donde te habías metido! ¡Ya me lo contaron, pero empezaba a tener mis dudas! Oí que habías estado enfermo, Jaxom. ¡Ahora no lo pareces!

—¿Piemur?

Aunque la visita del joven Arpista era la menos probable de todas, no había ninguna duda ante aquel tipo peculiar, de figura baja y compacta, que descendía alegremente por la playa.

—¡Piemur! ¿Qué haces por aquí?

—Buscándote, por supuesto. ¿Tienes idea de cuántas Calas a lo largo de esta tierra de nadie responden a la descripción que me dio el Maestro Robinton?

—Bueno, ¡el Weyr está organizado! —le dijo F'lar a Lessa en voz baja, cuando se unió a ella en la antecámara del weyr que había sido evacuado a toda prisa para que el Maestro Arpista de Pern pudiera ser acomodado en él—. El Maestro Oldive no quiere que se le mueva ni siquiera para trasladarlo hasta el Fuerte de Ista. El médico y Brekke están ahora con él en la alcoba interior, mientras duerme, tendido en la cama. Zair está apoyado sobre él, y sus brillantes ojos no se apartan del rostro de su amigo ni un solo instante.

Lessa tenía la mano extendida, pues necesitaba del contacto de su compañero de Weyr. Empujó una silla junto a la suya, le dio un breve beso y se sirvió una taza de vino.

—D'ram ha organizado a la gente del Weyr. Ha enviado a los bronces más viejos para que ayuden a Canth y a F'nor a traer a Ramilth. El pobre viejo sólo vivirá unas pocas Revoluciones más... si B'zon vive.

—¡Sólo falta otra muerte hoy!

F'lar sacudió la cabeza.

—No, sólo está profundamente dormido. Hemos conseguido que los caballeros bronces, disgustados, se emborrachen como aprendices de vinateros y, por lo que parece, Cosira y G'dened están... tan ocupados que no tienen ni idea de que otra cosa ha ocurrido en Ista.

—Eso está bien —contestó Lessa, con una sonrisa de oreja a oreja.

F'lar le acarició la mejilla, devolviéndole la sonrisa.

—Bien, ¿cuándo volverá a levantarse Ramoth, corazón?

—¡Ya te lo comunicaré! —Y al ver a F'lar mirar en dirección a la alcoba interior, añadió—: ¡Se pondrá muy bien!

—¿No era Oldive el que ponía peros a su completa recuperación?

—¿Cómo iba a ser él? ¿Con todos los dragones de Pern escuchándole? Bueno, eso... —Hizo una pausa, mientras reflexionaba—... era totalmente inesperado. Yo sé que los dragones le llaman por su nombre, pero... ¿comunicándose?

—Más increíble me resultó a mí ver a Brekke llegar sobre Ruth, ¡y sola!

—¿Por qué no? —preguntó Lessa, un tanto ofendida—. ¡Ella siempre fue jinete! Y siempre ha tenido una relación muy especial con los dragones, desde el mismo día en que perdió a Wirenth.

—No puedo entender que pudieras ofrecer a Ramoth en una situación parecida. Pero ahora no trates de imponerme tus opiniones, Lessa. Esto ha sido una cortesía de Jaxom. Brekke me dijo que él no sabía hasta aquel momento que no podía volar por el ínter. Debe haber sido un descubrimiento muy desagradable para él, y ha hecho honor al prestigio de que goza actuando tan generosamente.

—Sí, ya veo lo que quieres decir. Además, es un alivio tenerla aquí. —Lessa miró hacia la cortina, y suspiró—. Yo podría llegar a encontrar casi agradables a los lagartos de fuego, después de un día como hoy.

—¿Qué es lo que ha producido este cambio? —F'lar se quedó mirándola sorprendido.

—Yo no he dicho que haya cambiado. He dicho que, casi casi, podría. —Lessa miró a Brekke dirigir a Grall, a Berd llevándole cosas, y a aquel pequeño bronce de Robinton—. Estas criaturas pueden enloquecer si sus amigos son heridos, pero éste sólo se arrodilló allí, observando la cara de Robinton y canturreando hasta que creí que se quedaría en los huesos. No quiero decir que su actitud no me contagiara a mí misma. Cuando pienso...

Y Lessa perdió el control, con la cara cubierta de lágrimas.

—No pienses en eso, corazón. —F'lar apretó su mano—. No ocurrió.

—Cuando Mnementh me llamó, creo que no me moví con mucha rapidez; prácticamente me tiré desde la cornisa sobre la espalda de Ramoth. Ya fue bastante la angustia que sentí al intentar llegar aquí antes de que T'kul tratara de matarte, pero encontrar a Robinton... Si hubieras matado a T'ron
en el fuerte de Telgar...

—¡Lessa! —Y él apretó sus dedos tanto, que ella gimió—. El Fidranth de T'ron estaba muy vivo en el Fuerte de Telgar. No podía ocasionar su muerte; no importaba la afrenta que T'ron me hubiera infligido. En cambio a T'kul lo podía matar incluso con placer. Aunque admito que faltó muy poco para que fuera él quien me matara a mí. Nuestro Arpista no es el único que se está haciendo viejo.

—No. Gracias a la bondad infinita también lo son los Antiguos que han quedado del Meridional. Y ahora ¿qué vamos a hacer con ellos?

—Yo iré al Meridional y me haré cargo del Weyr —dijo D'ram. Había entrado, silencioso y cansado, mientras ellos hablaban—. Yo, después de todo, soy un Antiguo... —Suspiró profundamente—. De mí aceptarán lo que no soportarían de ti, F'lar.

El Caudillo del Weyr de Benden vaciló, aunque la oferta era tentadora.

—Ya sé que querrías, D'ram, pero si va a rebasar...

D'ram alzó la mano para interrumpir el resto de la frase.

—Estoy más en forma de lo que pensaba. Aquellos días de tranquilidad en la cala han hecho un milagro. Necesitaré ayuda...

—¡Tendrás toda la que te podamos prestar!

—Te tomo la palabra. Necesitaré algunos verdes, preferiblemente el de R'mart en Telgar, o el de G'narish en Igen, pues no se debe ahorrar ninguno en este momento. Si ellos también son Antiguos, será más fácil para los Meridionales. Necesitaré dos bronces más jóvenes, y suficiente azules y pardos para formar dos escuadrillas de combate.

—Los dragoneros del Meridional no han luchado contra las Hebras durante Revoluciones —dijo F'lar con suficiencia.

—Ya lo sé. Pero ya es hora de que lo hagan. Eso les dará a los dragones que se marquen una meta y la fuerza para alcanzarla. Y a sus caballeros, esperanza y una tarea a la que dedicarse. —El rostro de D'ram estaba serio—. Me he enterado por B'zon de cosas que me preoucupan. He estado tan ciego...

—La culpa no ha sido tuya, D'ram. Mía fue la decisión de enviarles al Meridional.

—Respeté esa decisión porque era la adecuada, F'lar. Cuando... cuando Fanna murió... —Las palabras le salieron todas de golpe— yo hubiera debido irme a un Weyr del Meridional. No hubieía sido desleal a ti si lo hubiera hecho y hubiera sido...

—Lo dudo —dijo Lessa, furiosa de que D'ram se acusara a sí mismo—, después de que T'kul intentara robar el huevo reina...

Y ella expresó con gestos su condena de la acción de aquel hombre.

—Si se hubiera venido a ti...

La dureza de la expresión de Lessa no cambió:

—Dudo de que T'kul hubiera venido —dijo lentamente.

Una expresión de disgusto atravesó sus móviles faccio-nes, e hizo un gesto de fastidio antes de mirar de nuevo a D'ram. Esta vez, su expresión era de arrepentimiento.

—Y probablemente yo le habría enviado al infierno, pero tú... —y señaló con el dedo a D'ram— no lo hubieras hecho. Y me imagino que F'lar hubiera sido también más tolerante. —Ella le sonrió a su compañero de Weyr—: No estaba en la naturaleza de T'kul eso de suplicar —siguió diciendo, ahora más animada—. ¡Ni tampoco en la mía olvidar! ¡Jamás les perdonaré a los meridionales que hayan robado el huevo de Ramoth! ¡Cuando pienso que me

llevaron al extremo de desear enfrentar a unos dragones contra otros! ¡Eso no lo podré olvidar jamás!

D'ram se levantó.

—¿No estás conforme, Dama del Weyr, con mi ofrecimiento de ir al Meridional?

—¡Por el Gran Huevo, no! —dijo atónita, y luego movió la cabeza—: No, D'ram. Creo que eres sabio y bueno, más generoso de lo que yo hubiera sido jamás. ¡Vamos! ¡Aquel idiota de T'kul hubiera podido matar a F'lar hoy!... No, debes ir. Tienes toda la razón al suponer que ellos te aceptarán. No creo que me haya dado nunca verdadera cuenta de lo que puede estar pasando en el Meridional. ¡Tampoco lo necesité!

Añadió estas últimas palabras como un ingenuo reconocimiento de sus propias limitaciones.

—¿Entonces puedo invitar a otros caballeros a que se unan a mí? —D'ram la miró prmero a ella, y luego a F'lar.

—Pídeselo a todos los que necesites de Benden, excepto a F'nor. No sería justo pedirle a Brekke que volviera al Meridional.

D'ram asintió con la cabeza:

—Creo que los otros Caudillos de los Weyrs nos ayudarán. Este asunto afecta al honor de todos los dragoneros. Y... —F'lar interrumpió su discurso y se aclaró la garganta—. Y no queremos que los Señores de los Fuertes se hagan cargo precipitadamente de los terrenos del Meridional cuando nosotros no podemos mantener el orden en los Weyrs.

—Ellos nunca... —empezó a decir D'ram, frunciendo el ceño indignado.

—Pueden perfectamente. Por otras razones muy válidas... para su modo de pensar —replicó F'lar—. Ya sé —hizo una pausa para recalcar su seguridad— que los Meridionales, bajo las órdenes de T'kul y T'ron, nunca permitieron que los Señores de los Fuertes extendieran sus fortalezas ni una sola longitud de dragón. La colonia de Toric ha estado creciendo constantemente en las últimas Revoluciones, gracias a la gente que ha llegado: artesanos descontentos, unos cuantos jóvenes hijos de Señores sin esperanza de obtener tierra en el Norte. Todos han sido muy cautos, para no alarmar a los Antiguos.

F'lar se levantó paseando inquieto.

—Eso no es del dominio público...

—Yo sabía que habían comerciantes del norte al sur —dijo D'ram.

—Sí, es parte del problema. Los comerciantes hablan, y así se ha extendido la información de que hay mucha tierra en el Sur. De acuerdo que en parte puede ser exageración, pero tengo motivos para creer que el Contienente Meridional es tan grande como este, y además está protegido contra las Hebras por los gusanos. —Hizo una nueva pausa, frotando su dedo índice con su pulgar, rascándose, distraídamente bajo la barbilla—. Ahora D'ram, los dragoneros elegirán sus tierras por primera vez. En el próximo Intervalo no habrá ningún dragonero que necesite de la donación de un Fuerte o un Artesanado. Tendremos nuestras propias tierras y yo, por mi parte, no pediré jamás vino, pan o carne a nadie.

D'ram escuchó, al principio con sorpresa, y luego con un atisbo de placer en sus cansados ojos. Se encogió de hombros y, con una breve inclinación de cabeza, miró al Caudillo del Weyr de Benden directamente a los ojos.

—Puedes confiar en mí, F'lar, para asegurarte el Meridional para estos fines. ¡Unos grandes fines! ¡Por el Primer Huevo es una idea soberbia! ¡Esta maravillosa tierra convertida en un territorio de dragoneros!

F'lar cogió del brazo a D'ram, para reafirmar su confianza en él. Luego, su rostro se distendió en una leve sonrisa.

—Si no te hubieras presentado voluntario para ir al Meridional, D'ram, te lo hubiera sugerido yo. Eres el único hombre capaz de controlar ia situación. ¡Y no te envidio!

D'ram sonrió ante la confianza del Caudillo del Weyr de su expresión se hizo más franca.

—He estado afligido por mi compañera de Weyr, como corresponde. Pero yo sigo vivo. Me gustó estar en aquella cala, pero no bastaba. Sentí un gran alivio cuando viniste a buscarme y me mantuviste ocupado, F'lar. No sería una respuesta abandonar la única clase de vida que he conocido. Y no podría. «Los dragoneros alzan el vuelo cuando las Hebras están en el cielo.»

Y volvió a suspirar, inclinando la cabeza respetuosamente ante Lessa. Luego, dando media vuelta con agilidad, se alejó a zancadas del Weyr, con paso firme y orgullosa prestancia.

—¿Crees que sabrá salir del paso, F'lar?

—Es la persona que sabrá sacar mejor partido de la situación, mejor que cualquier otro... excepto, quizá, F'nor. Pero a él no se lo puedo pedir. ¡Y tampoco a Brekke!

—¡Creo que no! —dijo ella, con voz aguda y algo llorosa, como si lamentara su aspereza, y corrió a abrazarle. El rodeó su cuerpo con los brazos, acariciando su cabello con mirada ausente.

Hay muchas arrugas en su rostro, pensó Lessa, arrugas en las que ella no había reparado antes. Los ojos de él estaban tristes, y sus labios apretados, por la preocupación que sentía por D'ram. Pero los músculos de su brazo eran tan fuertes como siempre, y su cuerpo, ágil y curtido por la vida activa que llevaba. Estaba en la suficiente buena forma como para salvar su piel del ataque de un loco. La
debilidad sólo había asustado a F'lar en una ocasión. Justamente después de un combate a cuchillo en Telgar, en el que había recibido una herida de lenta curación, y había enfermado con fiebre. Entonces, delegó algunas de sus funciones en F'nor y T'gellan en Benden, y a N'ton y R'mart en Pern, e incluso en la propia Lessa.

Sensible ante su profunda necesidad de él, Lessa abrazó a F'lar con fuerza.

Ante este súbito arranque de ella, él sonrió y las arrugas del cansancio se borraron de su rostro.

—Estoy contigo, corazón, no te preocupes.

El la besó, con suficiente vigor para no dejarle ninguna duda sobre su vitalidad.

El sonido de los talones de unas botas, avanzando rápidamente por el corto pasillo, los interrumpió. Sebell, con el rostro congestionado por la carrera, entró apresuradamente en la sala, moderando su andar ante un gesto de Lessa indicándole que se tranquilizara.

—¿Está bien del todo?

—Ahora está durmiendo, pero míralo tú mismo, Sebell —replicó Lessa, señalando hacia la cortina del dormitorio.

Sebell se balanceó sobre sus talones, deseoso de comprobar el estado de su maestro, pero a la vez temeroso ante la posibilidad de molestarlo.

—Sigue adelante, hombre —F'lar le indicó que siguiera avanzando—. Pero no hagas ruido.

Dos lagartos de fuego aletearon dentro de la sala, chillando al ver a Lessa, y luego desaparecieron.

—No sabía que tenía dos reinas.

—No las tengo —dijo Sebell, mirando para averiguar adonde habían ido—. La otra es de Menolly. No tenía permiso para venir.

Y su gesto les hizo adivinar a los dos Caudillos de Weyr el modo en que Menolly había reaccionado ante aquella prohibición.

—Diles que vuelvan. ¡No me como a los lagartos de fuego! —dijo Lessa, moderando su irritación—. No sabía bien qué le fastidiaba más, si los propios lagartos de fuego, o la forma en que la gente reaccionaba ante ella cada vez que aparecía uno. —El pequeño bronce de Robinton ha dado muestras hoy de cierto sentido común. Así que dile a la reina de Menolly que vuelva. ¡Ella creerá lo que el lagarto de fuego vea!

Sonriendo con gran alivio, Sebell levantó el brazo. Las dos reinas entraron, y sus enormes y brillantes ojos centellearon de nerviosismo. Una de ellas, Lessa no supo cuál, pues eran muy parecidas, gorjeó de agradecimiento. Entonces Sebell, con gran cuidado de no romper su armonía y hacerlas chillar, avanzó con exagerada lentitud hacia la habitación del enfermo.

—¿Sebell va a hacerse cargo del Taller del Arpista? —preguntó Lessa.

—En realidad, podría hacerlo perfectamente.

—Si este hombre hubiera tenido el buen sentido de delegar más funciones en Sebell antes de esto...

—Eso es en parte culpa mía, Lessa. Benden le ha pedido mucho al Taller del Arpista.

F'lar se sirvió una taza de vino, mirando a Lessa para ver si también quería beber, y le sirvió otra taza cuando la vio asentir con la cabeza. Luego, hicieron un brindis.

—¡Vino de Benden!

—¡El que le mantuvo vivo!

—¿Perderse una copa de vino? ¡Ese no sería Robinton! —Y ella bebió rápidamente para aliviar la opresión que sentía en la garganta.

—Y aún ha de beber mucho más.

Fue la tranquila voz del Maestro Oldive la que se oyó. Se deslizó hacia la mesa. Su silueta ofrecía un curioso aspecto, pues sus brazos y piernas eran demasiado largos en proporción a su torso, hasta que su espalda se hizo visible por su joroba. Con rostro apuesto y sereno se sirvió una taza de vino, admirando su rico color carmesí antes de levantar la taza, como había hecho Lessa, y bebérselo.

—Tal como dijiste, esto le mantuvo vivo. ¡Es curioso que el vicio de un hombre le conserve la vida en el cuerpo!

—¿El Maestro Robinton se pondrá bien?

—Sí, con cuidados y reposo. Se ha recuperado bien. Su pulso y su corazón laten ya de modo regular, aunque lentamente. No se le debe alterar con ninguna preocupación. Ya le advertí repetidamente que redujera sus actividades, pero no me hice ilusiones de que me hiciera caso. Sebell, Silvina y Menolly han hecho todo lo posible por ayudar, pero luego Menolly se ha puesto enferma... ¡Y hay tanto que hacer por el Taller y por Pern!

Oldive sonrió. Su rostro alargado se iluminó amablemente y, tomando la mano de Lessa, la colocó sobre la de FTar.

—Ya no podéis hacer más aquí, Caudillos del Weyr. Sebell esperará que Robinton despierte para tranquilizarlo diciéndole que todo va bien en el Taller. Brekke y yo, y la buena gente de este Weyr, nos ocuparemos de cuidar al Maestro Arpista. Vosotros dos también necesitáis descansar. Volved a vuestro Weyr. Hoy ha sido un día muy duro para todos. ¡Marchaos! —Y al decir esto, les empujó suavemente hacia el pasillo—. ¡Marchaos ahora!

Les hablaba como si fueran niños tercos, pero Lessa estaba lo suficientemente cansada para obedecerle y lo bastante preocupada para desoír las objeciones que veía asomar en los ojos de F'lar.

No vamos a dejar al Arpista solo, dijo Ramoth mientras F'lar ayudaba a Lessa a montar en su reina. Nos quedamos con él.

Todos nosotros estamos con él, dijo Mnementh, y sus ojos adquirieron lentamente una expresión de sosiego.

EN EL FUERTE DE LA CALA, 15.8.28 — 15.9.7

Jaxom y Sharra le contaron a Piemur los acontecimientos del Weyr de Ista. Cuando le dieron la noticia de la enfermedad del Arpista, el joven criticó duramente las insensateces de su maestro, sus imprevisiones, sus estúpidas lealtades y esperanzas altruistas, dejando atónitos a sus oyentes, hasta que vieron las lágrimas deslizándose por las mejillas de Piemur.

En aquel momento volvió Ruth, ahuyentando a la bestia corredora de Piemur hacia el bosque. Piemur tuvo que llamar con halagos a su animal, al que humorísticamente había puesto el nombre de Estúpido, para que volviera a salir del bosque.

—En realidad no es estúpido —dijo Piemur, enjugándo-se el sudor y las lágrimas del rostro—. Sabe que a ti —Piemur señaló con el dedo a Ruth— te gusta esa clase de comida.

Y comprobó el nudo de la cuerda con la que había asegurado a Estúpido al tronco de un árbol.

No me lo comería, replicó Ruth. Es pequeño y no muy rollizo.

Jaxom, riendo, le dio el mensaje a Piemur, que sonrió e hizo una inclinación de gratitud ante Ruth.

—Me gustaría que Estúpido pudiera entender esto —dijo Piemur, dando un suspiro—. Pero es difícil para él hacer distinciones entre dragones amigos y dragones hambrientos. Tal como están las cosas, su tendencia a desaparecer en la espesura más cercana cada vez que nota a un dragón en las cercanías, me ha salvado la piel muchas veces. Ya sabéis que se supone que no estoy haciendo lo que realmente estoy haciendo. Pero lo más importante es que se supone que no me cogerán haciéndolo.

—Sigue —urgió Jaxom, cuando Piemur se detuvo para comprobar el efecto de su misteriosa declaración—. No nos habrías dicho todo eso si no pensaras aclararlo. ¿Dijiste que habías estado buscándonos?

Piemur sonrió:

—Entre otras cosas.

Se estiró en la arena, gruñendo y haciendo todo un espectáculo para encontrar una postura cómoda. Tomó la taza de zumo de frutas que Sharra puso a su alcance, bebió a grandes tragos su contenido y la devolvió para que se la llenara de nuevo.

Jaxom miró al joven pacientemente. Ya estaba acostumbrado a los modos de Piemur desde los días que habían pasado juntos en el Taller del Maestro Fandarel y en el del Arpista.

—¿Nunca te preguntaste por qué dejé las clases, Jaxom?

—Menolly me dijo que te habían trasladado a otro lugar.

—A todos los lugares —replicó, haciendo un amplio gesto con el brazo y chasqueando los dedos con énfasis hacia el sur. ¡Apostaría que he visto más de este planeta que cualquier otro ser viviente... incluyendo a los dragones!

Hizo un decisivo gesto de afirmación con la cabeza para que los otros se dieran cuenta de que debían sentirse impresionados.

—No es que haya... —Hizo una pausa para recalcar su expresión— que haya recorrido todo este Continente Meridional, ni que lo haya atravesado, pero conozco detalladamente todos los lugares en que he estado. Señaló a sus desgastadas botas—. Estaban nuevas, hace cosa de cuatro semanas, cuando me puse en camino hacia el Este. ¡Ah, si estas botas pudieran hablar!... —Miró de reojo al pensativo Jaxom—. Una cosa, Señor Jaxom, es recorrer tranquilamente un territorio, viéndolo todo desde una cierta altura, y otra muy diferente, te lo aseguro, andar a trompicones por él, atravesándolo y rodeándolo. Es entonces cuando uno sabe donde ha estado.

—¿Lo sabe F'lar?

—Más o menos —replicó Piemur con una sonrisa—, aunque apostaría que más bien menos. Ya ves, hace casi tres Revoluciones que Toric empezó a comerciar en el Septentrional con algunas buenas muestras de mineral de hierro, cobre y latón, que como habrás oído por las quejas de Fandarel, están empezando a escasear allí. A Robinton le pareció conveniente investigar las fuentes de abastecimiento de Toric. Y fue lo suficientemente práctico como para enviarme a mí... ¿Estás seguro de que se va a poner bien del todo? ¿No estarás ocultándome algo?

El nerviosismo de Piemur recortaba ahora sus insolentes maneras.

—Tú sabes tanto como nosotros, tanto como Ruth —Jaxom hizo una pausa para preguntarle a su dragón—. Y Ruth dice que él está durmiendo. Y también que los dragones impedirán que se vaya.

—¿Que los dragones impedirán que se vaya? ¡Ojalá que eso no lo eche todo por tierra! —Piemur movió la cabeza de un lado a otro—. No quiero decir que esto me sorprenda —añadió con su jovialidad acostumbrada—. Los dragones saben quiénes son sus amigos. Pero, bueno, como iba diciendo, el Maestro Robinton decidió que sería muy conveniente para nosotros que supiéramos algo más del Meridional, dado que tiene la sensación de que F'lar le ha echado el ojo a este continente para el próximo Intervalo.

—¿Cómo sabes tanto sobre lo que piensan F'lar y Robinton? —le preguntó Sharra.

Piemur agitó un dedo en dirección a ella.

—Eso es algo que yo sé, pero que tú debes adivinar. Estoy en lo cierto, ¿no es así, Jaxom?

—No sé cuáles son los planes de F'lar, pero apostaría que no es el único interesado en el Meridional.

—¡Muy bien dicho! Pero es el único que importa, ¿lo entiendes?

—No, francamente, no lo entiendo —respondió Sharra—. Mi hermano es Señor del Fuerte... Bueno, lo es —añadió acalorada cuando Piemur quiso contradecirla—, o debería serlo si su Fuerte hubiera sido reconocido por los Señores de los Fuertes del Septentrional. El se arriesgó estableciéndose en el Sur con F'nor, cuando éste retrocedió en el tiempo. Y nadie más se atrevió a probar. Se asentó con los Antiguos y ha hecho un Fuerte bonito, grande, y libre de Hebras. Nadie puede arrebatarle su derecho a retener lo que tiene...

—¡Y no seré yo quien lo intente! —dijo rápidamente Piemur—, pero... Toric atrajo a mucha gente nueva procedente del Septentrional, y sólo él podrá retener el Fuerte. Que nadie ha visto. Excepto yo. solo él puede retener y trabajar tanto. Pero aún queda mucho del Continente Meridional. Yo he recorrido Pern en todo su ancho, desde Tillek hasta Nerat, por todo el continente, ¡y aún no he recorrido todo su largo!

El tono de Piemur había cambiado bruscamente, pasando de la ironía a la admiración.

—¿Ves?, había esta bahía, y la playa de enfrente, todo ello escondido en la zona tórrida. Estúpido y yo estuvimos luchando contra unas endiabladas arenas durante dos días. Yo sólo tenía el agua imprescindible para volver por el mismo camino que habíamos hecho, ya que creía que la arena no tardaría en ceder su puesto a una tierra decente... Primero envié a Farli hacia la lejana playa, y luego, hacia la entrada de la bahía, pero sólo me trajo más arena. Tuve que aceptarlo y optar por retroceder. Pero —se volvió hacia sus oyentes— ya veis, probablemente hay tanta tierra más allá de esta bahía como la que yo he recorrido desde el

Fuerte de Toric, ¡y todavía no he llegado a dar la vuelta completa! Toric no podría retener ni la mitad de lo que he visto. Y esto es tan sólo el lado Oeste. Me ha llevado tres semanas llegar desde Toric hasta aquí por el Este, y además tuvimos que hacer parte del camino nadando. ¡Un buen nadador, este Estúpido! ¡Tan voluntarioso como un nuevo día y sin una sola queja! Cuando pienso lo cuidadoso que era mi padre dándole de comer a su corredor, y sólo el mejor forraje, y lo que Estúpido llega a hacer con el doble de trabajo y por propia iniciativa...

Piemur se interrumpió, expresando tal desigualdad con un movimiento de cabeza.

—¡Bueno! —exclamó, volviendo alegremente a su relato—. He estado explorando, tal como me dijeron que hiciera, y me he encaminado en esta dirección, como también me dijeron, sólo que esperaba llegar aquí mucho antes ¡te doy mi palabra! Pero estoy cansado, y nadie sabe todavía lo que tendré que viajar hasta llegar adonde voy.

—Creí que era aquí adonde venías.

—Sí, pero tengo que seguir adelante... por ahora. —Alzó la pierna izquierda, y su cara se distorsionó en un gesto de dolor—. ¡Cascaras, no podré dar ni un paso más durante un buen rato!... Esta pierna me ha quedado inútil medio, ¿verdad, Sharra?

Aún tenía alzada la pierna cuando se giró sobre la arena para ver a Sharra, la cual le estaba mirando muy preocupada. Con agilidad, ella desató los trapos, que parecían haber sido parte de la capa de Piemur, y dejó al descubierto una cicatriz grande pero recién curada.

—No puedo seguir caminando más de esta forma, ¿verdad que no, Sharra?

—No, no creo que puedas, Piemur —dijo Jaxom, examinando detalladamente la herida curada—. ¿No crees, Sharra?

Ella miró a uno, y a otro, y empezó a mover la cabeza. Mientras sus ojos parpadeaban.

—No, claro que no. La herida necesita un baño de agua salada y caliente, y mucho sol, y tú eres un terrible bribón Piemur. Tanto como que no eres un Arpista avisado. ¡Llegarías a escandalizar a cualquier Fuerte sensible!

—¿Has tomado notas de tus viajes? —preguntó Jaxom, vivamente interesado y casi envidioso por la libertad de que gozaba Piemur.

—¿Si he tomado notas? —Piemur bufó de modo deliberado—. ¡Casi todo lo que acarrea Estúpido son notas! ¿Por qué crees que llevo andrajos? Pues porque no tengo sitio para llevar más ropas.

Bajando su tono de voz, se inclinó súbitamente hacia Jaxom:

—¿Supongo que no tendrás alguna de las hojas de Bendarek aquí abajo, ¿verdad? Hay una serie de...

—Tengo muchas. E instrumental de dibujo también. ¡Vamos!

Jaxom se había incorporado, y Piemur escasamente rezagado y cojeando ligeramente, le siguió hasta el refugio. Jaxom no había tenido la menor intención de mostrarle sus intentos de cartografiar los terrenos inmediatos. Pero había olvidado que los agudos ojos del joven Arpista no perdían detalle, hasta que Piemur descubrió el fajo de hojas pulcramente unidas; y

sin apenas pedir permiso, lo abrió. Al poco rato empezó a asentir con la cabeza, murmurando algo para sí.

—Has estado aprovechando el tiempo, ¿verdad? —Piemur sonrió, apoyando así el cumplido indirecto al trabajo de Jaxom—. ¿Has usado a Ruth como medida? Es bastante exacto. Yo le he enseñado a mi reina, Farli, a medir su vuelo. Cuento por segundos; vigilo cuándo llega al final de la carrera y recuento la distancia en segundos. Y luego, cuando estoy cartografiando, lo transformo en cifras. N'ton comprobaba las medidas dos veces cuando trabajaba conmigo, por eso sé que su exactitud es bastante razonable, siempre que se tenga en cuenta el factor viento.

Soltó un silbido al reparar en una enorme pila de hojas sin usar.

—Quizá las necesite para cartografiar lo que he recorrido. Si me echaras una mano...

—Tienes que descansar esa pierna, ¿no? —Jaxom mantuvo su rostro inexpresivo. Pero cuando Piemur captó sorpresivamente su mirada, los dos estallaron en carcajadas, hasta que Sharra, uniéndose a ellos, quiso compartir la broma.

Los días siguientes pasaron muy agradablemente para los tres, empezando por las buenas noticias de Ruth en cuanto a la mejoría del estado de salud del Arpista.

La primera mañana, dándose cuenta de que Estúpido había acabado con todo el verde del suelo de aquella área, Piemur preguntó si había algún prado cerca de allí. Así fue como Jaxom y Piemur volaron con Ruth hacia las praderas del río que estaban al Sur y al Este de la cala, a unas cuantas horas de vuelo tierra adentro.

Ruth ayudó de buen grado a recoger el grano alto y ondulante que Piemur calificó como un buen forraje, capaz incluso de poner al pobre Estúpido en condiciones. Ruth le dijo entonces a Jaxom que nunca había visto a un corredor con mayor aspecto de hambriento.

—No lo estamos engordando para ti —dijo Jaxom, riendo.

Es amigo de Piemur. Piemur es amigo mío. Y yo no me como a los amigos de mis amigos.

Jaxom no pudo evitar repetir estos raciocinios a Piemur que, partiéndose de risa, dio a Ruth unos golpes con el mismo afecto con que se los daba a Estúpido.

Ataron media docena de pesados fardos de hierba y los cargaron sobre Ruth. Una vez en el aire, Piemur le preguntó a Jaxom si ya había estado en el pico.

—No puedo volar por el ínter —Jaxom no se preocupó de ocultar su frustración ante Piemur.

—Tienes toda la razón, no puedes. ¡No con «cabeza de fuego»!

Jaxom parpadeó ante la inequívoca conformidad de Piemur.

—¡No te preocupes! Puedes llegar allí enseguida.

Y Piemur miró de reojo hacia el simétrico pico, cubriéndose los ojos con una mano.

—Parece cercano, pero está a varios días de viaje, quizá cuatro o cinco. Un país salvaje, me parece. Y tú tienes que... —Hizo una pausa para darle a Jaxom un golpecito en la espalda y

casi le dejó sin aliento— ...que ponerte primero en forma. Te oí respirar con dificultad mientras cortabas la hierba.

—¿No sería más fácil traer a Estúpido aquí y dejarlo pacer? Aquí no hay dragones merodeando, excepto Ruth. ¡Y no quiere comerse a Estúpido!

—Una vez haya visto animales salvajes, no volverá. Es demasiado estúpido para saber que está mucho más seguro conmigo, que tengo un dragón que le trae comida, en vez de comérselo a él.

Estúpido estaba contento con aquella contribución a su dieta, y canturreaba con placer a medida que iba masticando y consumiendo la hierba apilada.

—¿Qué inteligencia tiene Estúpido? —preguntó Sharra, mientras acariciaba el áspero cuello de la criatura, de color oscuro.

—No es tan astuto como Farli, pero en realidad tampoco es tonto. Sería más justo decir que es limitado. Y dentro de sus limitaciones, es bastante brillante.

—¿Por ejemplo? —preguntó Jaxom, que nunca había tenido un buen concepto de las bestias corredoras.

—Bueno. Por ejemplo, puedo enviar a Farli diciéndole que vuele, por el tiempo que sea, en la dirección que le he señalado, que aterrice y coja cualquier cosa que vea en el suelo. Por lo general, trae hierbas o ramas de arbustos, y a veces alguna piedra o arena. Puedo enviarla a que busque agua. Eso fue lo que me trajo complicaciones en la Gran Bahía. Farli había encontrado agua, así que Estúpido y yo nos lanzamos detrás de sus huellas. Yo no le había especificado que se tratara de agua potable —Piemur se encogió de hombros, y empezó a reír—, pero Estúpido y yo teníamos que ir a pie, y él es excesivamente ágil caminando por tierra. Me salvó varias veces de hundirme en el lodo y en las arenas movedizas. Y también es lo bastante listo para encontrar la ruta más fácil con una rápida ojeada. Y es bueno para encontrar agua... agua potable. De modo que debí haberle escuchado cuando no quiso cruzar las arenas camino de la Gran Bahía. El sabía que allí no había agua potable, aunque Farli había insistido en que sí la había. Pero aquella vez, confié más en Farli. De manera general, entre los dos hacen una guía digna de confianza. Así que formamos una especie de equipo, Farli, Estúpido y yo... Esto me recuerda que he encontrado un nido de lagartos de fuego reinas. Estaba a unas cinco...

Farli dio un chillido...

—...Bueno, es posible que fuera a unas seis o siete calas más atrás. Me parece que perdí la pista, pero ella se acordará dónde... en caso de que alguien quiera alguno. Ya sabéis que si los lagartos de fuego verdes no fueran tan estupidos como son, todo el mundo querría tener uno. Pero son criaturas sencillamente inútiles.

Sharra sonrió:

—Recuerdo el día en que encontré mi primer nido en la arena. No conocía las diferencias entre verdes y dorados. Me quedé observando el nido... durante días enteros. No le dije nada a nadie. Iba a Impresionarlos todos...

—¿Cuatro o cinco? —preguntó Piemur, soltando una carcajada.

—Seis, de hecho. Sólo que no me di cuenta de que había una culebra de arena, que había llegado al nido mucho antes de que yo lo encontrara.

—¿Cómo es que las culebras de arena no consiguen huevos de reina? —preguntó Jaxom.

—La madre nunca está lejos del nido —dijo Sharra—, y enseguida localizaría el túnel de la culebra y la mataría. —Se estremeció al hablar—. Odio a las serpientes más de lo que aborrezco a las Hebras.

—Son dos cosas bastante parecidas, ¿no? —preguntó Piemur—, salvo en lo referente a la dirección del ataque.

Y señaló con ambas manos, una hacia abajo, y la otra hacia arriba, a una imaginaria víctima.

Durante las horas calurosas del día, Jaxom, Sharra y Piemur empezaron a pasar sus notas, medidas y bocetos de primera hora a mapas más detallados y en regla. Piemur quería entregar el informe lo antes posible a Sebell, o a Robinton o a F'lar, si así se lo indicaban.

Cuando el calor disminuyó, llevando a Estúpido de animal de carga y a Ruth de guía, los tres amigos emprendieron el camino hacia el nido de Piemur. En él habían veintiún huevos, todos muy endurecidos después de uno o dos días.

Cuando ellos llegaron, el lagarto de fuego salvaje había ido a aperearse, así que pudieron excavar los huevos, envolverlos cuidadosamente y sujetarlos al lomo de Estúpido. Jaxom le pidió a Ruth que avisara a Canth de que tenían huevos de lagarto de fuego.

Canth dice que seguramente llegarán mañana, replicó Ruth. El Arpista ha comido bien.

Ruth les había ido contando todas las noticias con periodicidad. Era tan real como si estuvieran en la misma habitación con el enfermo, aunque sin tener que oírle quejarse, según observó Piemur.

Volvieron al refugio de la cala a través del bosque y seleccionaron algunos de los frutos de los árboles que estaban cerca de los claros, pues si llegaba F'nor a buen seguro agradecería algo de fruta fresca para llevarse al Weyr de Benden.

—¿Puedes estar por aquí cuando llegue F'nor? —preguntó Jaxom al joven Arpista.

—¿Por qué no? El sabe lo que he estado haciendo. Ya ves, Jaxom, cuando te das cuenta de lo bello que es este continente, te preguntas por qué nuestros antepasados se fueron al Norte...

—Quizá porque el Meridional era una zona demasiado grande para protegerla del fuego de las Hebras hasta que los gusanos fueron sembrados —sugirió Sharra.

—¡Buena explicación! —Y Piemur hizo un gesto irónico—. Estas notas antiguas no nos aclaran nada; dejan de lado los detalles más importantes. Por ejemplo: se les decía a los granjeros que vigilaran los gusanos del Norte, pero no se les explicaba por qué. O el hecho de dejar desierto el Continente Meridional y no decir por qué. Aunque si entonces habían la mitad de los terremotos que hoy, nadie, ni yo tampoco, les puede achacar una falta de sentido común. Cuando iba de camino hacia la Gran Bahía yo mismo estuve a punto de morir en un terremoto. Del miedo, casi perdí a Estúpido. De no haber sido porque Farli no le quitaba ojo, nunca me hubieran encontrado, ni a ese idiota tampoco.

—También hay terremotos en el Norte —dijo Jaxom—, en Crom y en las Altas Extensiones, y a veces en Igen y en las llanuras de Telgar.

—Pero no como los que yo he vivido —dijo Piemur, moviendo la cabeza mientras recordaba—. No como estos, en que la tierra desaparece bajo tus pies, y reaparece a dos pasos de ti a la altura de medio dragón por encima de tu cabeza.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Hace tres meses? ¿Cuatro?

—¡Eso es!

—La tierra sólo tembló en el Meridional, ¡pero fue bastante impresionante!

—¿Has visto alguna vez un volcán salir del océano y vomitar rocas de fuego y cenizas a su alrededor? —preguntó Piemur.

—No, pero tampoco estoy segura de que tú lo hayas visto, Piemur —dijo Sharra, mirándolo con recelo.

—Yo sí, y N'ton estaba conmigo. Tengo un testigo.

—Pues no creas que no le voy a preguntar.

—¿Dónde fue, Piemur? —preguntó Jaxom, fascinado.

—Te lo enseñaré en el mapa. N'ton ha vuelto a aquel sitio. La última vez que nos vimos me dijo que el volcán había dejado de echar fuego, y había formado una isla a su alrededor tan simétrica como... esta montaña nuestra.

—Hubiera preferido verlo con mis propios ojos —dijo Sharra, escéptica.

—Me ocuparé de que lo veas —replicó el Arpista con buen humor—. ¡Este es un buen árbol!

Y, saltando por el aire, se agarró a la rama más baja y trepó limpiamenthe por ella. Empezó a separar las ramas, hasta llegar al fruto rojo, que cogió y dejó caer cuidadosamente en las manos expectantes de Jaxom y Sharra.

Sólo habían tenido que caminar dos horas para llegar al nido de los lagartos de fuego. Pero tardaron casi el triple para volver al refugio, abriendo una estrecha senda a través de una gruesa capa de baja vegetación.

Jaxom empezó a darse cuenta de la dificultad del viaje de Piemur mientras se deslizaba entre aquellos arbustos pegajosos. Le dolían los hombros y, cuando salieron de la espesura, cerca del refugio, tenía las espinillas arañadas por las ramas y los dedos de los pies pelados.

Jaxom había perdido ya todo sentido de la orientación.

Pero Piemur lo tenía aún imperturbable, y con ayuda de Ruth y de los tres lagartos de fuego, pudo mantener la incursión en línea recta, en dirección a su objetivo.

Una vez hubieron llegado, sólo el orgullo de Jaxom le impidió derrumbarse en la cama y dormir, después de lo acontecido durante el día. Piemur había decidido nadar un rato para eliminar los restos del sudor y Sharra estaba ocupada con el pescado que serviría de cena, así que Jaxom hizo un

esfuerzo por seguir en pie.

Esta pudo haber sido la razón por la que, según pensó más tarde, tuvo aquellos sueños tan reales, cuando al final pudo arrastrarse hasta la cama y dormir. La montaña humeante que vomitaba fuego, cenizas y rocas ardientes presidió el sueño que estaba plagado de ríos de gente que corría. Jaxom vivió aquel sueño como una pesadilla, ya que él también formaba parte de aquella gente que huía a toda prisa, y parecía que algo les impedía correr con la rapidez suficiente. Aquel río incandescente que se derramaba sobre la falda de la montaña amenazaba engullirle, y él no podía evitar que sus piernas corrieran tan lentamente.

—¡Jaxom! —Piemur tuvo que sacudirle para que despertara—. Estás hablando en sueños, y vas a despertar a Sharra.

Piemur calló un instante y, a la escasa luz del crepúsculo, el murmullo de las quejas de Sharra se hizo claramente audible.

—Quizá debiera... Parece como si ella tuviera también un mal sueño.

Piemur empezó a deshacerse de las pieles de dormir, cuando oyeron que Sharra daba un profundo suspiro para caer luego en un sueño más tranquilo.

—No debí haber hablado de aquel volcán, reviví aquella erupción, y creo que he soñado con ella —sondeó Piemur confundido—. Quizá se deba al exceso de pescado y fruta. Creo que hubiera sido mejor que no comiese absolutamente nada anoche.

Y, dando un suspiro, volvió a ponerse cómodo.

—¡Gracias, Piemur!

—¿Por qué? —preguntó éste en medio de un bostezo.

Jaxom se volvió, encontró una postura cómoda y volvió a caer, en un sueño sin pesadillas.

El bramido de Ruth los despertó a la mañana siguiente.

—Llega F'nor —dijo Jaxom, que había oído el mensaje de Ruth.

F'nor viene con otros, añadió Ruth.

Jaxom, Sharra y Picmur habían llegado ya a la cala cuando surgieron en el aire cuatro dragones. Uno de ellos, visiblemente mayor que los otros, era el pardo Canth. Chillando por la sorpresa, los lagartos de fuego que se habían agrupado en torno a Ruth desaparecieron repentinamente, quedando tan solo Meer, Talla y Farli.

Es Piemur, oyó Jaxom decir a Ruth, que se dirigía a Canth. Entonces F'nor empezó a hacer señales bruscas, dando palmadas con los brazos alzados sobre la cabeza, en señal de victoria.

Canth dejó a su caballero en la arena. Y rugiendo una orden a los otros dragones, se lanzó feliz al agua, uniéndoseles luego Ruth apresuradamente.

—Me alegro de verte, Piemur —gritó F'nor, liberándose de sus arreos de vuelo mientras caminaba directamente hacia los demás—. Empezaba a preguntarme si de verdad te habías perdido.

—¿Perdido? —Piemur pareció ofenderse—. Este es el problema que tenéis siempre los dragoneros. ¡No calculáis las distancias en el suelo! Lo tenéis demasiado fácil. ¡Arriba, arriba y en marcha! Una señal de despedida y ya estáis donde queríais llegar. Nada de esfuerzos —Hizo un sonido de desaprobación con la garganta—. Ahora ya sé dónde he estado. Lo conozco prácticamente al dedillo.

F'nor sonrió al joven Arpista, golpeándole la espalda con tal fuerza que Jaxom se sorprendió al ver que Piemur no se inmutaba.

—Vas a divertir a tu jefe con el relato completo y bien aderezado de tus andanzas...

—¿Vas a enviarme con el Maestro Robinton?

—Todavía no. ¡Es él quien viene a ti! —y F'nor señaló hacia el suelo.

—¿Qué?

F'nor rebuscó en su cinturón, hasta sacar una hoja doblada:

«Aquí tienes el motivo por el que hoy he venido. Y no dejes que me olvide de los huevos de lagarto de fuego, ¿quieres?»

—¿Qué quiere decir? —Jaxom, Sharra y Piemur se agruparon en torno al caballero pardo, que hizo todo un espectáculo al desplegar la hoja.

—Esto... es un Taller para el Maestro Arpista, que será construido en esta cala.

—¿Aquí? —preguntaron los tres a coro.

—¿Cómo va a llegar hasta aquí? —preguntó Jaxom—. A buen seguro que no se le permitirá volar por el ínter.

Jaxom no pudo evitar una expresión de envidia en su voz. F'nor le hizo un guiño.

—El Maestro Idarolan ha puesto su bajel más grande y rápido a disposición del Maestro Arpista. Menolly y Brekke lo acompañarán. Viajando por mar no hay nada que pueda molestar o preocupar al Arpista.

—Pero se puede marear —observó Jaxom.

—Sólo si fuera en un barco pequeño —F'nor los miró con expresión solemne—. Bien. Pongámonos en acción inmediatamente. He traído herramientas, y contamos con una ayuda extraordinaria. —Y señaló a los tres aprendices de Weyr que se habían unido a ellos—. Vamos a ampliar este refugio, y
haremos de él un pequeño Fuerte adecuado para el visitante —dijo, mirando su plano—. Necesitaré que todo esto quede totalmente limpio de maleza...

—Y entonces freirás al Arpista bajo este sol tan intenso —señaló Sharra.

—¿Decías?...

Sharra le quitó la hoja, mirándola con el ceño fruncido, con expresión crítica.

—¿Un pequeño Fuerte? ¡Esto es un Fuerte inmenso! —dijo—, y no corresponde en nada a este continente. Además —y se dejó caer en la arena, recogiendo un fragmento de concha con el que empezó a hacer otro boceto—, en primer lugar, yo no lo construiría donde está el viejo refugio; hay
mares violentos demasiado cerca de la cala, como los de aquí... Hay una altura con árboles de fruta madura que la tapan, allá... —dijo, señalando hacia el Este del refugio.

—¿Arboles maduros? ¿Para que se los coman las Hebras?

—¡Dragoneros...! Estamos en el Meridional, y no en el Norte. Esto está infestado de gusanos. Las Hebras, aquí, queman una hoja cada semana, más o menos, y por eso la planta se cura por sí misma. Además, se acerca la estación calurosa y, creedme, necesitaréis tanto verde a vuestro alrededor como sea posible, para poder estar frescos. Queréis construir separado del suelo, sobre pilares. Aquí hay abundancia de roca de arrecife para los cimientos. Lo que necesitáis son ventanas grandes, no estos estrechos tragaluces, ¡que entre la brisa con facilidad! Muy bien, les podéis poner protectores,
si queréis, pero yo he vivido toda mi vida en el Meridional y sé cómo se debe construir aquí. Necesitáis ventanas y corredores directos por el interior, para facilitar la entrada de aire...

A medida que hablaba, iba delineando el Fuerte con trazos lo suficientemente intensos para que quedaran impresos en la arena seca.

—Y para abastecer a tanta gente, se necesita una cocina al aire libre. Brekke y yo hemos hecho casi todos los asados aquí, en pozos hechos en la piedra. —Y señaló hacia un lugar de la cala—. Además, con la cala tan cerca de la puerta, no necesitáis cuarto de baño.

—No tienes nada que objetar si instalamos tuberías de agua, ¿verdad?

—No, sería más práctico que sacarla del río. Sólo hay que poner otro grifo en la zona de la cocina, y también uno en la casa. Quizá incluso un tanque cerca del fogón, de modo que también podamos tener agua caliente...

—¿Algo más, señor arquitecto? —F'nor estaba más divertido y admirado, que burlón.

—Ya te comunicaré lo que se me vaya ocurriendo —replicó ella con dignidad.

F'nor le sonrió, y miró su dibujo, frunciendo el ceño.

—No estoy del todo seguro de si al joven Arpista le agradará tener tanto verdor a su alrededor. Ya sé que eres hombre acostumbrado a estar fuera durante la Caída de Hebras...

—Así es el Maestro Robinton —dijo Piemur—. Sharra tiene razón cuando habla del calor y de situar el edificio aquí. Siempre podemos talar el bosque, F'nor, pero no puedes volverlo a plantar tan fácilmente.

—De acuerdo. Ahora, vosotros tres, Br'efi, K'van, M'tok, dejad a vuestros dragones. Pueden nadar y tomar el sol con Ruth y Canth. No se les necesitará hasta que hayamos talado algo de bosque. K'van, pásame tu saco. ¿Habéis traído las hachas, no?

F'nor fue distribuyendo las herramientas, ignorando los farfúlleos de Piemur sobre cruzar días enteros de bosque sólo para acabar talando uno.

—Sharra, llévanos a tu lugar favorito. Talaremos algunos de estos árboles y los usaremos de andamios.

—Son lo bastante firmes —dijo Sharra, e inmediatamente inició la marcha.

Sharra estaba en lo cierto en lo tocante a la resistencia de los árboles. F'nor señaló el sitio propuesto para hall y los árboles que debían ser cortados; pero fue mucho más fácil decirlo que hacerlo. Las hachas no parecían morder la madera, sino que más bien rebotaban en ella. F'nor, sorprendido, murmuró algo sobre hachas romas y trajo su piedra de afilar. Una vez conseguido un afilado conveniente, a costa de cortarse un dedo, volvió a probar con algo más de éxito.

—No entiendo —dijo, mirando los cortes del tronco—. Esta madera no debería ser tan dura. Es un bosque de frutales, y no un duro bosque septentrional. Bueno, ¡hay que talar como sea, muchachos!

Al llegar el mediodía, el único que no tenía las manos llenas de ampollas era Piemur, que estaba acostumbrado a talar. Pero más desmoralizadores aún eran los escasos progresos: sólo se habían talado seis árboles.

—¿No será por falta de esfuerzo, eh? —dijo F'nor, secándose el sudor de la frente—. Bueno, veamos que nos ha preparado Sharra para comer. ¡Huele bien!

Se tomaron un rato para ir a nadar, antes de que la comida estuviera lista. El agua salada les escocía en las ampollas, y Sharra les aplicó unas hierbas.

Tras la comida consistente en pescado hervido y raíces asadas, F'nor les ordenó afilar las hachas. Pasaron el resto de la tarde cortando ramas, y luego pidieron a los dragones que apilaran las maderas. Sharra limpió la maleza y, con ayuda de Ruth, llevó roca negra de arrecife para marcar los pilares de los cimientos.

En cuanto F'nor volvió con sus colaboradores al Weyr para pasar la noche, Jaxom y Piemur cayeron exhaustos en la arena, para levantarse sólo en el momento de comer la cena que Sharra les sirvió.

—Quisiera adelantar la vuelta de inspección por la Gran Bahía —murmuró Piemur, conteniendo el dolor que le producía mover los hombros a un lado y otro.

—Es para el Maestro Robinton —dijo Sharra.

Jaxom miró sus ampollas pensativo.

—Al paso que vamos, tardará meses en poder venir aquí.

Sharra se apiadó de sus músculos doloridos y les frotó con un ungüento aromático que producía un agradable calor en las partes lastimadas. A Jaxom, le agradó ver que ella había pasado más rato dando masajes a su espalda que a la de Piemur. Se había alegrado de ver al joven Arpista y le fascinaban los apuntes y mapas que estaba haciendo de sus viajes, pero hubiera deseado que Piemur tardara un día más, o dos, en llegar al campamento. No había forma de que él pudiera acaparar la atención de Sharra, habiendo un tercero allí.

Pero una tuvo menos oportunidades a la mañana siguiente. Sharra los despertó para anunciarles que F'nor había llegado con más operarios.

Jaxom debió haber recelado ante lo afable de la expresión de ella, y las voces y órdenes que oyó fuera del refugio. Pero el panorama que se presentó ante sus ojos, cuando él y Piemur, con movimientos rígidos, salieron del refugio, le cogió totalmente desprevenido.

La cala, el claro, el cielo... todo estaba lleno de dragones y de hombres. Tan pronto un dragón era liberado de su carga, despegaba para que otro aterrizara. Las aguas de la cala estaban llenas de dragones, chapoteando. Ruth se había quedado en el extremo Este, con la cabeza levantada hacia el cielo bramando bienvenida tras bienvenida. Al mismo tiempo, todo un enjambre de lagartos de fuego gorjeaba sobre el techo del refugio.

—¡Abrásalo!, ¿has visto eso? —Piemur llamó a Jaxom a su lado. Luego rió entre dientes y se frotó las manos: —Una cosa es segura: hoy no talamos.

—¡Jaxom, Piemur!

Ambos se volvieron al oír el alegre saludo de F'nor, y vieron al caballero pardo avanzando a zancadas hacia ellos. Pegados a sus talones venían el Maestro Herrero Fandarel, el Maestro de Bosques Bendarek, N'ton y, a juzgar por los galones de sus hombros, un jefe de escuadrilla de Benden. Jaxom creyó que era T'gellan.

—¿Te di los dos bocetos anoche, Jaxom? No los puedo encontrar... Ah, ¡aquí están!

Y F'nor señaló las hojas que estaban sobre la mesita: el dibujo original de Brekke, y las variaciones que había sugerido Sharra. El caballero pardo recogió las hojas y se las enseñó a los Maestros Artesanos.

—Bueno, mirad, Fandarel, Bendarek: esta es la idea que tenemos...

Actuando a una, los dos hombres tomaron las hojas de las manos de F'nor y las inspeccionaron cuidadosamente, primero una, y luego la otra. Ambos movieron la cabeza lentamenle de un lado a otro, en un gesto de desaprobación.

—No es muy completa, F'nor, pero es aceptable como base —dijo el corpulento Herrero.

—El Caudillo del Weyr R'mart me concedió suficientes caballeros para traer árboles duros y de buena madera para las estructuras —le dijo Bendarek al Herrero.

—Tengo las tuberías del agua y otras instalaciones, los metales para hacer un buen fogón, y los equipamientos, cocina, complementos, ventanas...

—El Señor Asegnar insistió en que trajera canteros. Si hay que hacer buenos cimientos y buenos suelos, hay que poner bien los materiales...

—Pero lo primero es corregir este proyecto, Maestro Bendarek...

—Totalmente de acuerdo. Es un tipo de vivienda bastante bonito, pero no es en absoluto adecuado para todo un Maestro Arpista de Pern.

Y los dos Maestros Artesanos se concentraron tanto en la ampliación de los bocetos que, olvidando a los otros ocupantes de la habitación, se precipitaron a la mesa que Jaxom había instalado para sus mapas. Piemur dio un salto hacia adelante y rescató su bolso de anotaciones y bocetos. El Maestro de Bosques, ignorando aquella interferencia cogió una hoja en blanco, sacó algunos útiles de escritura de un bolsillo, y empezó a trazar líneas, haciendo un boceto de lo que tenía en la mente. El Herrero, cogiendo otra hoja, empezó a su vez a plasmar sus ideas.

—La verdad, Jaxom —dijo F'nor, con los ojos brillándole de contento—, es que todo lo que hice fue preguntarles a F'lar y a Lessa si podía disponer de algunos ayudantes más. Lessa me lanzó una mirada severa; F'lar me dijo que podía reclutar tantos caballeros como necesitara. Y al amanecer, los alrededores del Weyr estaban plagados de dragones, y habían acudido la mitad de los Maestros Artesanos de Pern. Lessa debió decírselo a Ramoth, que, por lo que se ve, se lo dijo a todo el mundo...

—Les diste la excusa que necesitaban, F'nor —dijo Piemur, mirando el intensísimo tráfico que había en la playa, en otro tiempo muy tranquila, las cadenas formadas por los caballeros y artesanos que iban apilando las cargas que traían los dragones sobre los lugares destinados para ello.

—Sí, ya lo sé, pero no esperaba tal respuesta. ¿Cómo decirles que no podían venir?

—Me parece —dijo Sharra, que se había unido a ellos— que todo esto es un homenaje al Maestro Arpista.

Su mirada se encontró con la de Jaxom, dándose cuenta de que él había captado sus recelos respecto a la invasión de aquella su cala, privada y pacífica.

Entonces, Jaxom vio que F'nor lo estaba vigilando, y logró esbozar una débil sonrisa.

—Las ampollas de ayer van a tener ocasión de curarse, me figuro. ¿Verdad, Piemur?

Piemur asintió con la cabeza, mientras los músculos de sus mandíbulas se movían ostensiblemente observando la actividad de la playa.

—Lo mejor será que vaya en busca de Estúpido. Toda esta confusión probablemente lo ha espantado, y ha huido al fondo del bosque. ¡Farli! —Y levantó el brazo, llamando a su lagarto de fuego, que descendió en picado desde la techumbre—. Busca a Estúpido, Farli. ¡Llévame con él!

El lagarto de fuego miró desde su hombro izquierdo y gorjeó, y Piemur se alejó a zancadas en aquella dirección sin volver la vista atrás.

—Ese joven ha estado demasiado tiempo solo —dijo F'nor.

—Sí.

—¿Sabes algo de sus sentimientos? —preguntó F'nor, sonriendo ante la parca respuesta de Jaxom. Le dio unas palmaditas en la espalda—. Yo no permitiría que esto me influyera, si estuviera en tu lugar, Jaxom. Con la cantidad de ayudantes que tenemos, este Fuerte estará listo dentro de muy poco tiempo. Y volverás a tener la paz y tranquilidad de antes.

—¡Idiotas! —exclamó Sharra de repente.

Jaxom, evitando la burlona expresión de F'nor, miró hacia ella. Ella había escuchado a medias la conversación entre los dos Maestros.

—¡Ahora ha llegado el momento de aclararlo con ellosl —Y sus puños se cerraron con exasperación, mientras avanzaba a zancadas hacia los dos Artesanos—. Maestros, tengo que llamaros la atención sobre algo que evidentemente habéis descuidado. Este es un territorio muy caluroso. Vosotros dos estáis acostumbrados a los inviernos fríos y a las lluvias heladas.

Y si construis este Fuerte basándoos en vuestro plano, la gente se sofocará con el calor del verano, que ya casi está encima. Pues bien, donde yo vivo, en el Fuerte Meridional, construimos las paredes gruesas para evitar que el calor y el frío entren. Las construcciones las hacemos separadas del suelo, de modo que el aire circule por debajo y conserve el fresco interior. Hacemos muchas ventanas, y anchas, y veo que habéis traído gran cantidad de cerradores metálicos, Maestro Fandarel, como para abastecer a una docena de Fuertes. Sí, ya lo sé, pero las Hebras no caen todos los días, y el calor, sí. Y ahora...

F'nor produjo un sonido intermitente con sus dientes.

—Su modo de hablar me recuerda a Brekke. Si actúa como mi compañera de Weyr cuando está de este humor, prefiero irme a otra parte. Y tú —F'nor le dio un golpecito a Jaxom en el pecho— puedes indicarnos un lugar para ir de caza. Hay comida suficiente, pero como tú eres de hecho el Señor del Fuerte residente, eres tú quien decide, en tu papel de anfitrión, si se ha de servir carne asada...

—Voy a buscar mis arreos de volar —dijo Jaxom, con tal tono de alivio que los tres dragoneros soltaron una carcajada.

Jaxom se puso rápidamente unos pantalones largos sobre los cortos que había estado llevando para nadar y tomar el sol. Se echó la chaqueta por los hombros, y se unió a los tres caballeros en la puerta de la salita.

—Creo que podemos montar en el lado izquierdo de la cala, cerca de Ruth —dijo F'nor.

Algo zumbó en el oído de Jaxom y, agachándose instintivamente, miró hacia atrás, viendo a Meer que se acercaba revoloteando y sujetando un trozo de roca negra de arrecife con sus patas delanteras. Jaxom oyó cómo Sharra le daba las gracias a su lagarto de fuego por su pronto retorno.

Salió a toda prisa antes de que ella pudiera pensar en darle algún recado. F'nor llevaba cuerdas para cazar para cada uno de ellos, que revisó y se enrolló sobre los hombros. Mientras hacían su camino entre las pilas de maderas distribuidas en razón de sus longitudes y anchuras, los hombres saludaban a los caballeros y le preguntaban a Jaxom cómo se sentía.

Antes de que hubieran terminado aquel breve paseo hasta el extremo de la cala, Jaxom había identificado a hombres de todos los Weyrs, excepto de Telgar, que esperaba una Caída de Hebras aquel día, y a representantes de cada uno de los Artesanados de Pern, casi todos del rango de Ayudantes y de otros más altos.

Aislado como había estado durante tantas semanas, a Jaxom no se le había ocurrido que su enfermedad pudiera haberse convertido en tema de interés en los Weyrs Artesanados y Fuertes. Se sentía tan molesto como agradecido, pero nada de aquello evitaba que se sintiera molesto a causa de la violación, por bienintencionada que fuera, de su privacidad y paz en la cala.

¿Cómo le había llamado F'nor? ¿Señor del Fuerte residente? Pensando en ello se estremeció, en el preciso instante en que Ruth, empapado, aterrizó con suavidad a su lado.

¡Tanta gente! ¡Tantos dragones! ¡Qué jaleo! Los ojos de Ruth centelleaban de nervisismo y contento.

El dragón blanco, empequeñecido ahora por dos grandes bronces y por otro dragón casi tan grande como ellos, estaba tan contento con todo aquel barullo que Jaxom no pudo seguir de malhumor.

Riendo, le dio a Ruth un afectuoso palmotazo en el lomo, y saltó sobre su cuello. Los otros caballeros habían montado también, así que alzó el brazo y, cerrando el puño, lo agitó dando la señal para ascender.

Aún reía cuando hubo de sujetarse rápidamente, pues Ruth se lanzó como una flecha hacia lo alto, dejando a las bestias de más peso en tierra mientras él estaba en el aire.

Ruth, cortésmente, trazó círculos hasta que los otros llegaron a su altura, y luego, dirigiéndose hacia el Sudeste, encabezó la expedición.

Fue hacia los prados contiguos al río, que habían descubierto él y Sharra. Los wherries y las bestias de carrera iban generalmente allí, aproximadamente a media mañana, para refrescarse en el agua y el cieno fresco. Había suficiente espacio abierto para que los dragones mayores pudieran maniobrar, permitiendo que sus caballeros hicieran buenos blancos.

Seguramente los rebaños estarían pasando por los prados del río, en una zona donde el terreno se plegaba en pendientes que iban desde los árboles hasta la misma orilla formando una serie de riberas en las que las sucesivas estaciones de lluvias habían imposibilitado que los árboles echaran raíces.

La hierba era abundante allí, pero pronto se secaría, cuando el calor la quemara, hasta convertirla en heno.

Lo mejor es que cacemos por separado. F'nor nos pide que cacemos un wherry grande. Ellos intentarán conseguir un macho por persona. Eso será suficiente por hoy.

—Y si no resulta —replicó Jaxom— siempre podremos ir a buscar un pescado grande.

De hecho a Jaxom no le desagradaba aquella posibilidad. Nunca había tenido ocasión de usar una cuerda con arpón, pero... había localizado un wherry, uno estupendo y de gran tamaño, que arrastraba su cola mientras caminaba majestuoso detrás de sus crías.

Jaxom tensó las piernas en torno al cuello de Ruth, y tomó el pesado lazo de cuerda entre sus manos. Le indicó el wherry a Ruth, que volvió la cabeza obedientemente a punto. Entonces Ruth se lanzó hacia abajo, con las alas plegadas a la espalda para no dificultar a Jaxom el lanzamiento de su arma y, con las patas recogidas, llegó casi a rozar la hierba del prado.

Jaxom estaba inclinado hacia delante sobre Ruth, y echó el lazo diestramente sobre la cabeza grande y fea del wherry.

El animal retrocedió, y su gesto, muy útil para el cazador, tensó el lazo corredizo. Jaxom espoleó a Ruth con los talones, y el dragón se lanzó hacia lo alto. Dando un diestro tirón, Jaxom le partió limpiamente el cuello al wherry.

Jaxom comprobó que era una pieza pesada, cuando al sostenerla, tiró de sus brazos hasta casi descoyuntárselos. Ruth participó en el esfuerzo, cogiendo la cuerda con su pata delantera.

F'nor te felicita por tan buena presa. Dice que espera cazar otra igual.

Jaxom guió a Ruth al otro extremo de la pradera, lejos de los otros cazadores. Allí, dejando caer suavemente la carga, Ruth tomó tierra y Jaxom empezó a sujetar la presa sobre su lomo.

Se lanzaron de nuevo al aire, a tiempo para ver a T'gellan persiguiendo sañudamente a un macho que se le había escapado en su primer intento. F'nor y N'ton llevaban colgadas sus presas de caza. F'nor agitó el brazo triunfalmente mientras, acompañado de N'ton, trazó un círculo para volver ya hacia la cala. Ruth les siguió y Jaxom vio a T'gellan, que esta vez tuvo éxito en su lanzamiento, aunque con dificultades ya que se habían visto obligado a remontarse para evitar la linde del bosque, y casi se le enredó entre los árboles la presa que llevaba colgando.

Una buena y rápida caza, lo que significaba que pronto olvidarían aquella pequeña excitación. Y sin duda tendrían que volver a cazar a la mañana siguiente.

Jaxom no acababa de creer que toda aquella gente pudiera acabar el nuevo Fuerte del Arpista en un día. Quizá podrían salir en busca del gran pez al día siguiente.

El viaje de ida, no les había llevado mucho tiempo, sin embargo el retorno les pareció mucho más largo, cargados como iban. En el centro de la arboleda un espacio despejado y grande. En el mismo momento en que Jaxom se preguntaba cómo diablos se las habían arreglado aquellos hombres para talar los árboles necesarios, vio a un dragón levantar un árbol del suelo, cogiéndolo por las raíces, y llevarlo hasta la playa de la próxima cueva al Este, donde el árbol fue limpiamente apilado sobre los demás. Ruth y él se acercaron a la construcción y Jaxom vio que los pilares de roca negra de arrecife estaban ya colocados, y algunas vigas de madera preparadas y cortadas en la forma debida, maderas duras que había traído el Maestro Bendarel y que ahora eran aseguradas en su posición. Además, se había abierto un amplio camino, que trazaba una graciosa curva, y se había volcado arena de los sacos de pedernal transportados a lomos de dragón. Otros trabajadores, a un lado del claro, estaban ocupados en diversas tareas: serrando, aplanando, clavando, instalando; y mientras tanto, otra fila de hombres cargaban roca negra de arrecife desde unas pilas situadas en el exterior de la cueva.

En el extremo este, Jaxom pudo ver que se habían cavado pozos para instalar hornos de fundición de metales, y que se estaban empezando a encender los fuegos. Se habían colocado mesas a la sombra, en las cuales Jaxom vio apilados montones de frutas rojas, naranjas y verdes.

Ruth planeó sobre el claro, aterrizando suavemente. Dos hombres que estaban junto a los hornos de fundición corrieron en ayuda de Jaxom, al ver que estaba descargando el wherry.

Ruth se apartó inmediatamente del camino, para dejar que Jaxom pudiera dirigir la descarga de los otros animales cazados, que colgaban balanceándose de las cuerdas de caza de los dragones mayores.

F'nor, quitándose los arreos de montar, avanzó lentamente hacia Jaxom, mirando de reojo al brillante resplandor de la arena mientras supervisaba la actividad que se desarrollaba en aquella cala, en otro tiempo tranquila. Dio un profundo suspiro, y movió la cabeza en un gesto de inesperada satisfacción.

—Sí, todo saldrá muy bien —dijo, más a sí mismo que a Jaxom. Luego, se volvió sonriente, y cogió a Jaxom por los hombros—. Sí, harán la transición fácilmente.

—¿Transición?

—Los dragones volverán al territorio, al Fuerte. ¿Qué exploraciones has podido hacer por todo este terreno?

—A las cuevas, hasta llegar a aquellos prados del río, y anteayer, con Piemur, algo del interior más cercano.

Como si fueran uno sólo, los dos hombres se volvieron hacia el cono del volcán, que se alzaba a lo lejos medio oculto por las nubes.

—Sí, es algo que en cierto modo atrae a la vista, ¿no es así? —F'nor sonrió—. Serás el primero en llegar, Jaxom. De hecho, yo preferiría que fuese así, siempre que tú y Piemur empezarais una exploración en regla, con esto como meta básica. Sí, esto te gusta, ¿verdad? Mejor para ti y para Piemur. Y ahora, antes de que se me olvide, ¿dónde está el nido de lagartos de fuego de que me hablaste?

—Hay veintiún huevos, y me gustaría quedarme cinco, si se me permite...

—¡Pues no faltaba más!

—Han de ser llevados a Ruatha.

—Al anochecer...

—¿Sabes?, es curioso. —Jaxom giró la cabeza de un lado a otro para mirar a su alrededor.

—¿El qué?

—Generalmente, hay un montón de lagartos de fuego por aquí. Y ahora no veo más que unos cuantos. Y todos llevan bandas.

FUERTE DE FORT, WEYR DE BENDEN, EN EL FUERTE DE LA CALA Y EN EL MAR A BORDO DE LA HERMANA DEL ALBA, 15.10.1 — 15.10.2

Cuando los tres lagartos de fuego se hubieron saludado, los tres hombres, sonriendo ante el entusiasmo demostrado por sus amigos, se sentaron cómodamente en torno a la mesa situada en la pequeña habitación del Fuerte de Fort en en que el Señor Groghe celebraba sus encuentros privados.

Sebell había asistido a estos encuentros con frecuencia, pero nunca como portavoz de su Artesanado, ni tampoco habiendo convocado el Señor Groghe al Caudillo del Weyr de Fort, con motivo de un asunto de cierta importancia.

—No sé cómo debo empezar —dijo el Señor Groghe mientras servía el vino.

Sebell pensó que aquel era un modo bastante bueno de empezar, sobre todo teniendo en cuenta que el Señor del Fuerte les había honrado sirviéndoles vino de Benden.

—Quizá sea una metedura de pata. Bien... el problema es éste... yo apoyé a F'lar cuando combatió contra T'ron. —Groghe le hizo una señal con la cabeza al Caudillo del Weyr de Fort—. ...porque sé que tenía razón. Era acertado enviar al exilio a aquellos malhechores,

donde no pudieran seguir haciendo mal alguno. Y mientras los Antiguos estaban en el Weyr Meridional, tenía sentido dejarlos solos, tanto tiempo como ellos nos habían dejado a nosotros, lo que hicieron en la mayoría de los casos.

El Señor Groghe miró primero a N'ton y luego a Sebell.

Ambos hombres tenían noticias de que se habían producido estragos ocasionales en el Fuerte de Fort, hechos que sólo podían ser atribuidos a los Antiguos disidentes, y asintieron con la cabeza reconociendo aquel hecho.

El Señor Groghe se aclaró la garganta y apoyó las manos sobre su grueso vientre.

—El asunto es que la mayoría de ellos han muerto ya o están a punto de morir. No van a ser ya ningún problema. Y D'ram, en su condición de algo así como un representante de F'lar, está llevando a los dragones de los otros Weyrs, para volver a hacer de aquel un Weyr adecuado, combatir a las Hebras y todo eso. ¡Yo, todo esto lo apruebo! —Y obsequió al Arpista y al Caudillo del Weyr con largas y significativas miradas—. Hum, bien, todo esto no está mal, ¿verdad? Proteger el Meridional contra las Hebras! El objetivo principal, cuando el Weyr Meridional esté de nuevo en marcha, es que el Sur sea una tierra segura. Pues bien, sé que hay un Fuerte establecido allí. Es el del joven Toric. No desearía interferir en su propiedad. ¡De ningún modo! Se lo ha ganado. Pero un Weyr que funcione bien puede proteger bastante más que un pequeño Fuerte, ¿no es verdad?

Y fijó su mirada en N'ton, que procuró mantener una actitud de cordial interés, forzando al Señor Groghe a continuar sin ayuda alguna.

—Bien, humm, el problema es que preparas a un grupo de jóvenes cazadores para que sepan como colonizar adecuadamente y esto es lo que quieren hacer. ¡Colonizar! ¡Se dedican a disputar entre ellos! De poco sirve favorecerlos. Hay que favorecer a otros, mientras ellos se pelean y se entregan
a sus disputas. ¡Abrásalo! Todos necesitan Fuertes de su propiedad.

Y diciendo esto, el Señor Groghe golpeó con el puño sobre la mesa, para recalcar sus palabras.

—No puedo seguir parcelando mi tierra ni debo hacerlo, y estoy colonizando cualquier terreno que no sea simple roca. No puedo expulsar de aquí a hombres que me han sido confiados, como lo fueron sus padres, abuelos y bisabuelos. No sería justo, por mi parte. Y además no quiero echarlos sólo para complacer a mis parientes. El asunto es que mientras los Antiguos estaban en el Meridional, nadie hubiera soñado con sugerirlo. Pero es el hombre de F'lar, y lo convertirá en un Weyr como es debido, para que puedan haber más propiedades. ¿O es que eso no es posible allí?

El Señor Groghe miró al Arpista y al Caudillo del Weyr como desafiándoles a que le contradijeran.

—Hay gran abundancia de terrenos sin propietario en el Meridional, ¿no es verdad? Nadie sabe en realidad que extensión hay. Pero oí decir al Maestro Pescador Idarolan que uno de sus barcos tardó varios días en recorrer la línea de la costa. Hum, sí, bueno...

De repente, empezó a reír entre dientes, y su regocijo se convirtió en una tremenda hilaridad que sacudió el enorme cuerpo del Señor del Fuerte. La risa le impedía hablar, y en su impotencia, señalaba con el dedo primero a uno y luego a otro, intentando explicar por gestos lo que sus carcajadas le impedían expresar con palabras.

N'ton y Sebell, perplejos, intercambiaron una sonrisa y se encogieron de hombros, incapaces de adivinar qué era lo que divertía a Groghe o qué era lo que les intentaba decir. Aquella tremenda hilaridad fue cediendo poco a poco, dejando al Señor Groghe tan debilitado que tuvo de enjugarse las lágrimas de sus ojos.

—¡Bien preparados! ¡Así es como estáis vosotros dos! ¡Bien preparados!

Respiró dificultosamente, golpeándose el pecho con el puño para detener sus risotadas. Estuvo largo rato tosiendo y luego, tan bruscamente como había empezado a reír, se puso serio.

—No puedo ofenderos a ninguno de vosotros. No lo voy a hacer. Tampoco puedo revelar por las buenas los secretos del Weyr. Tenéis que comprenderlo. Hacedme un favor: contádselo a F'lar, Recordadle que es mejor atacar que defenderse. ¡Como si no lo supiera! Me parece —y el Señor Groghe se tocó el pecho con el dedo pulgar— que lo mejor que puede hacer es estar preparado... y pronto. Hay problemas. Todo el mundo en Pern sabe que el Maestro Arpista va al Meridional a recobrarse de su enfermedad. Todo el mundo le desea al Maestro Robinton la mejor suerte. Pero todos empiezan a pensar en ese Continente Meridional que ahora ya no está cerrado.

—El Meridional es demasiado grande para estar bien protegido contra las Hebras, que siguen cayendo allí —dijo N'ton.

El Señor Groghe asintió con la cabeza, farfullando que eso ya lo sabía.

—El asunto es que la gente cree que se puede vivir sin Fuertes y sobrevivir a la Caída de las Hebras. —Los ojos del Señor del Fuerte se achicaron, mientras miraba a Sebell—. ¡Esa muchacha vuestra, Menolly, lo hizo! Oí decir a Toric que tuvo muy poca ayuda de los Antiguos durante las Caídas.

—Dime, Señor Groghe —preguntó Sebell, con tono tranquilo—. ¿Has estado alguna vez afuera durante una Caída?

El Señor Groghe se estremeció ligeramente:

—Una vez. Oh, bueno, sí, me hago cargo de tu punto de vista, Arpista: apaciguar un camino que separa a los muchachos de los hombres. —Hizo un claro gesto afirmativo con la cabeza—. Esa es mi idea: ¡separar a los muchachos de los hombres! —Miró a N'ton, y su mirada tenía un aire astuto, aunque su expresión seguía siendo benévola—. ¿O es que los Weyrs no quieren que los muchachos estén separados?

N'ton se rió, ante la sorpresa del Señor.

—Ya es hora de que separemos algo más que a los muchachos, Señor Groghe.

—¿Eh?...

—Le pasaremos tu mensaje a F'lar hoy mismo.

Y el jefe del Weyr de Fort alzó su copa ante el Señor del Fuerte, como un signo de su promesa.

—No he podido expresarme más claramente... ¿Qué nuevas hay, Maestro Sebell, del Maestro Robinton?

Los ojos de Sebell brillaban divertidos.

—Está pasando cuatro días fuera del Fuerte de Ista, descansando con tranquilidad.

—¡Ja!

El Señor Groghe dio a entender que no se lo creía.

—Bien, me han dicho que está tranquilo —replicó Sebell.

—¿Se va a aquel pequeño refugio en el que está encerrado el joven Jaxom, no?

—¿Encerrado? —Sebell miró al Señor Groghe con un horror burlesco—. No está encerrado. Sólo se le ha prohibido que vuele por el ínter durante cierto tiempo.

—Y está en aquella cala. ¡Perfecto! ¿Dónde, exactamente?

—En el Meridional —contestó Sebell.

—Hum. Muy bien, ¿no quieres hablar? ¡No hablarás! No te culpo. Un hermoso sitio. Y ahora, dejemos eso, y comunícale a F'lar lo que he dicho. No pienses que seré el último, pero esto sería una ayuda para ser el primero. Ayúdale a él, y ayúdame a mí. ¡Malditos hijos míos que me están llevando a la bebida!

El Señor del Fuerte se levantó, y los dos jóvenes le imitaron.

—Dile a tu Maestro que he preguntado por él cuando le veas la próxima vez, Sebell.

—Así lo haré, señor.

La pequeña reina del Señor Groghe, Merga, canturreó ante el Kimi de Sebell y el Tris de N'ton mientras los tres hombres caminaban hacia la puerta de salida. El mensaje que captó Sebell fue que el Señor Groghe estaba muy complacido con la entrevista.

Ninguno de los hombres hizo comentario alguno hasta que hubieron llegado abajo, descendiendo por la amplia rampa que iba del patio del Fuerte de Fort hasta la carretera principal y pavimentada del complejo del Fuerte.

—¿Qué ha resultado?

Entonces, N'ton oyó la risa satisfecha y suave de Sebell.

—Ha resultado, N'ton, ha resultado.

—El Señor del Fuerte está pidiendo permiso a los Caudillos del Weyr para ir al Meridional.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —N'ton parecía perplejo.

Sebell le sonrió abiertamente a su amigo.

—¡Por el Huevo, también ha resultado contigo! ¿Tienes tiempo para llevarme al Weyr de Benden? El Señor tiene razón. Puede ser el primero, aunque lo dudo, conociendo los métodos del Señor Gorman, pero en todo caso no será el último.

—¿Qué es lo que ha resultado conmigo, Sebell?

La sonrisa de Sebell se hizo más amplia y sus ojos pardos brillaron.

—Ahora estoy bien entrenado en no revelar los secretos importantes, amigo.

N'ton hizo un gesto de impaciencia y de disgusto, y se detuvo en medio del empolvado pavimento.

—Explícate, o no vendrás conmigo.

—Si está muy claro, N'ton. Vamos, reflexiona mientras me llevas a Benden. Si no has averiguado qué es lo que quiero decir, te lo diré cuando lleguemos. Tendré que informar a F'lar, de todos modos.

—¿El Señor Groghe también, eh?

F'lar se quedó mirando a los dos jóvenes de modo reflexivo.

Acababa de regresar de combatir a las Hebras sobre Keroon, y de una inesperada entrevista después de la Caída con el Señor Gorman, amenizada por los diversos ruidos producidos por la larga y perpetuamente goteante nariz del Señor.

—¿Ha habido Caído de Hebras sobre Keroon hoy? —preguntó Sebell y, cuando F'lar asintió con un gesto amargo, el joven Maestro Artesano le sonrió a N'ton.

—¡El Señor Groghe no fue el primero!

Demostrando visiblemente la irritación que sentía, F'lar arrojó sus guantes de montar sobre la mesa.

—Pido disculpas por esta irrupción, cuando debes estar deseando reposar, Caudillo de Weyr —dijo Sebell—, pero si el Señor Groghe ha pensado en aquellas tierras desérticas del Meridional, hay otros que también lo han hecho. Así que ha sugerido que sería mejor que estuvieras sobre aviso.

—¿Sobre aviso, eh? —F'lar apartó el rizo de sus cabellos que le tapaba los ojos, y se sirvió sonriente una copa de vino. Pero, recordando sus deberes de cortesía, les sirvió también a N'ton y Sebell.

—Señor, este asunto no está aún fuera de nuestras manos.

—Hay un montón de gente sin propiedades, que desean acudir en enjambres al Meridional, ¿y el asunto no está aún fuera de nuestras manos?

—¡Pero primero han de pedir permiso a Benden!

F'lar estaba bebiendo su vino, y casi se ahogó de la sorpresa.

—¿Pedirle permiso a Benden? ¿Cómo se entiende eso?

—El Maestro Robinton se está encargando de ello —dijo N'ton, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Excúsame, pero me parece que no te sigo bien —dijo F'lar, sentándose, mientras se limpiaba las gotas de vino que tenía en los labios—. ¿Qué tiene que hacer el Maestro Robinton, que, según creo, está cómodo y seguro en el mar, con Groghe, Gorman, y quién sabe quienes más que deseen terrenos en el Meridional para sus muchos hijos?

—Señor, ¿sabes que yo he sido enviado por todo el Norte y Sur de Pern por el Maestro Arpista? Pues bien: últimamente he tenido que cumplir dos importantes tareas que han excedido mis deberes habituales. La primera ha consistido en sondear el ambiente que hay en cada uno de los Fuertes pequeños, en lo tocante a los deberes del Fuerte respecto al Weyr. En segundo lugar, he tratado de reforzar la creencia de que todo el mundo en Pern debe mirar al Weyr de Benden.

F'lar parpadeó, movió la cabeza como si tratara de aclarar sus ideas, y luego se inclinó hacia Sebell:

—Sigue. Eso es muy interesante.

—Sólo el Weyr de Benden podía valorar los cambios que se habían producido en el Fuerte y el Artesanado durante el Intervalo Largo, porque sólo Benden había cambiado con las Revoluciones. Tú, en tu calidad de Caudillo del Weyr de Benden, salvaste a Pern de las Hebras cuando ya nadie creía que volverían a caer. Y tú también protegiste a tu Tiempo de los excesos de los Antiguos, que no podían aceptar los cambios graduales de los Fuertes y los Artesanados. Fuiste tú quien hizo respetar los derechos de ambos contra tu propia gente, y exiliaste a aquellos que no contaron contigo para el liderazgo.

—Hum, nunca oí decir tales cosas respecto a ese asunto —dijo F'lar.

Para regocijo de N'ton, el Caudillo del Weyr de Benden hizo una mueca, en parte de embarazo, pero sobre todo de complacencia por aquella alusión.

—¡Y así es como el Meridional acabó siendo acotado!

—No precisamente acotado —dijo F'lar—. La gente de Toric siguió yendo y viniendo por allí. —Y sonrió al recordar las repercusiones actuales de aquellas libertades.

—Vinieron hasta el Norte, es cierto, pero los comerciantes o cualquier otro sólo fueron al Meridional con el permiso del Weyr de Benden.

—¡Yo no recuerdo haber dicho esto en el Fuerte de Telgar el día en que luché contra T'ron! —F'lar hizo esfuerzos para recordar claramente lo que había ocurrido aquel día, pero sólo lograba recordar una boda, un combate y una Caída de Hebras.

—La verdad es que no lo dijiste con tantas palabras —replicó Sebell—, pero solicitaste y recibiste el apoyo de otros tres Caudillos de los Weyrs y de todos los Señores de los Fuertes y Maestros Artesanos.

—¿Y el Maestro Robinton interpretó esto en el sentido de que Benden da todas las órdenes referentes al Meridional?

—Más o menos —admitió cautelosamente Sebell.

—Pero no con tantas palabras, ¿eh, Sebell? —preguntó F'lar, percibiendo inmediatamente la tortuosa mente del Arpista.

—Sí, señor. Este parecía ser el camino a seguir, considerando tus propios deseos de asegurarte parte del Continente Meridional para los dragones, durante el próximo Intervalo.

—No tenía ni idea de que el Maestro Robinton había tomado tan en serio una observación casual mía.

—El Maestro Robinton siempre ha tenido muy en cuenta todo lo referente a los Weyrs.

Sombríamente, F'lar pensó en el doloroso alejamiento que se había producido desde la intervención del Arpista el día en que fue robado el huevo. Pero una vez más, aunque no pareció ser así en su momento, el Arpista había actuado favoreciendo los intereses de Pern. Si Lessa hubiera llevado a cabo su idea de lanzar a los dragones del Norte contra las pobres bestias del Meridional...

.—Tenemos una gran deuda con el Maestro Arpista.

—Sin los Weyrs... —Sebell extendió las manos a lo ancho, queriendo indicar que no existía ninguna otra opción.

—No todos los Fuertes estarían de acuerdo con eso —dijo F'lar—. Se continúa pensando que si los Weyrs no destruyen a la Estrella Roja, es porque el final de las Hebras supondría el final de su dominio en Pern. ¿O acaso el Maestro Robinton ha logrado cambiar esta idea?

—El Maestro Robinton no tuvo que hacerlo —dijo Sebell, con una sonrisa—, no después de que F'nor y Canth intentaran llegar a la Estrella Roja. La idea es que los dragoneros alzan el vuelo cuando las Hebras están en el cielo.

—¿No es acaso algo sabido —F'lar intentaba suprimir el desprecio en el tono de su voz—, que los meridionales rara vez se han animado a volar contra las Hebras?

—Esto, como sabes, es ahora un hecho conocido. Pero, señor, me parece que no te das cuenta de que una cosa es pensar, en estar desprotegido durante una Caída, y otra muy distinta es vivirlo.

—¿Ha sido ese tu caso? —preguntó F'lar.

—Lo ha sido —dijo Sebell, con expresión solemne—, hubiera preferido, más que ninguna otra cosa, haber estado dentro de un Fuerte. —Se encogió de hombros—. Ya sé que sería cuestión de cambiar las costumbres adquiridas en los primeros años de mi vida, pero yo, definitivamente, prefiero estar en un refugio durante la Caída. Y para mí, esto equivale a la protección de los dragones.

—Así que, en definitiva, ¿el problema de los meridionales me vuelve a caer encima?

—¿Cuál es ahora el problema de los meridionales? —preguntó Lessa, que entraba en el Weyr en aquel preciso instante—. Creí que estaba claro que nosotros tenemos privilegios sobre el Meridional.

—Ese —F'lar rió entre dientes— parece que no es el problema. En absoluto. Y gracias al Maestro Robinton.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —dijo ella, saludando con una inclinación de la cabeza a Sebell y a N'ton, para mirar luego con dureza a su compañero de Weyr, en espera de una respuesta.

—Simplemente, que parte del Continente Meridional abriremos para los hijos más jóvenes del Norte que no tienen propiedad, antes de que ellos mismos se conviertan en uno.

—Ya os vi hablando. Francamente, me preguntaba cuándo saldría este tema, ahora que hemos tenido que intervenir nuevamente en la acción de los Antiguos.

Lessa aflojó su cinturón de montar, y suspiró.

—Me gustaría estar mejor informada. ¿Es que Jaxom no ha aprovechado el tiempo, allá abajo en la cala?

Sebell extrajo un voluminoso paquete de su túnica.

—En realidad, ha estado trabajando. Es posible que esto te aclare algo las ideas, Lessa.

Con aire de sereno triunfo, Sebell desplegó las hojas cuidadosamente dispuestas de una enorme carta de navegación, que tenía aún varias partes en blanco. Una línea de costa claramente perfilada que se expandía ocasionalmente hacia el interior, con áreas coloreadas y áreas sombreadas. En las márgenes había anotadas fechas y los nombres de los que habían revisado las diversas secciones. El saliente de tierra señalado en Punta Nerat estaba lleno de anotaciones, y era tan conocido del Caudillo del Weyr como el Weyr y el Fuerte Meridional. A ambos lados de esta frontera había una increíble extensión de tierra, limitada al Oeste por un amplio desierto de arena a ambos lados de una enorme bahía. Al Este, más lejos aún de la influencia del Meridional, aparecía una línea de costa aún más larga que bajaba bruscamente hacia el Sur, señalada en su punto más oriental por el perfil de una montaña alta y simétrica, y de una cala pequeña de forma estrellada.

—Esto es lo que conocemos del Continente Meridional —dijo Sebell, tras un largo intervalo en el que los dragoneros se quedaron mirándolo—. Como ves, todavía no hemos logrado cartografiar toda la costa, y mucho menos el interior. Y hacer todo esto nos ha costado tres Revoluciones enteras de discretas observaciones.

—¿Quién se ha encargado de ellas? —preguntó Lcssa, ahora profundamente interesada.

—Mucha gente: yo mismo, N'ton, los colonos de Toric; pero la mayoría del trabajo ha corrido a cargo de un joven Arpista llamado Piemur.

—Así que eso es lo que le ocurrió cuando cambió su voz —dijo Lessa sorprendida.

—Según la escala de este mapa —dijo F'lar lentamente—, podríamos situar el Norte de Pern en la mitad occidental de la Bahía.

Sebell colocó su pulgar izquierdo sobre la protuberancia, y apoyó el resto de la mano, con los dedos desplegados, sobre la parte Oeste del mapa.

—Este sector podría ser ocupado fácilmente por los Señores de los Fuertes. —Oyó la nerviosa respiración de Lessa, y le sonrió, extendiendo la mano derecha sobre la parte Este—. Pero esta parte, me ha dicho Piemur que es la mejor del Meridional.

—¿Cerca de la montaña? —preguntó Lessa.

—¡Sí, cerca de la montaña!

Piemur, dirigiendo a Estúpido mientras Farli trazaba círculos sobre su cabeza, volvió a salir del bosque en el momento en que la oscuridad caía sobre la cala. Balanceando en la mano una ristra de fruta madura, la tiró al suelo, a los pies de Sharra.

—¡Ahí tienes! Hay que prepararla para servirla por la mañana —dijo, con una sonrisa de tanteo en el rostro, mientras se ponía en cuclillas—. Estúpido no fue el único que se asustó de la chusma de esta mañana. —Se secó muy ceremoniosamente la frente—. No había visto a tanta gente desde... la
última reunión a la que asistí en el Cuenco Meridional. ¡Hace ya dos Revoluciones! ¡Llegué a creer que nunca se irían! ¿Volverán mañana?

Jaxom sonrió ante la lastimera pregunta, y asintió con la cabeza:

—Yo no tuve mucha más suerte que tú, Piemur. Me fui porque tenía que cazar. Y entonces seguí por aquella senda hacia abajo, y me pasé la tarde aparejando una red de pescar. —Hizo un gesto, señalando la siguiente cala.

Piemur asintió con la cabeza.

—Gracioso, esto de no tener necesidad de estar entre la gente. Me sentía como si no pudiera respirar, con tantas personas usando las mismas reservas de aire. Y esto es ni más ni menos que una locura. —Miró a su alrededor, hacia los negros bultos de provisiones que se apilaban en la cala—. No estamos apretados en un Fuerte, con los ventiladores en marcha —sacudió la cabeza—. Y yo, Piemur, el Arpista, un hombre sociable, ahora doy media vuelta y huyo de la gente... ¡con más rapidez de lo que lo hizo Estúpido!

Soltó un bufido, y luego una risotada.

—Si os hace sentiros mejor, os diré que yo también me sentí algo abrumada —dijo Sharra—. Gracias por la fruta, Piemur. Es que... aquella multitud se comió todo lo que teníamos. Creo que ha quedado algo de werry asado, y algunas costillas del macho.

—Podría comerme a Estúpido, pero estaría demasiado correoso.

Piemur dio un suspiro de alivio, y se acomodó sobre la arena.

Sharra rió disimuladamente, y fue a buscarle algo de comer.

—No me gusta que haya mucha gente aquí —le dijo Jaxom a Piemur.

—Ya sé qué quieres decir —dijo el joven Arpista sonriendo—. Jaxom, ¿te das cuenta de que he estado en sitios en los que ningún hombre había estado antes? He estado en sitios que me han producido un tremendo espanto, y en otros he tenido dificultades para irme por lo hermosos que eran. —Dio un suspiro de resignación—. Bueno, yo llegué allí primero.

De repente se incorporó, señalando hacia el cielo.

—¡Allí están! ¡Ah, si tuviera un aparato de mirar a distancia!

—¿Quiénes son?

Y Jaxom miró hacia donde señalaba Piemur, esperando ver dragoneros.

—Son las llamadas Hermanas del Alba. Sólo se las ve en el crepúsculo y al amanecer, desde aquí abajo, y mucho más altas desde el vuelo. ¡Mira esos tres puntos tan brillantes! ¡Las he usado de guía muchas veces!

Jaxom difícilmente las hubiera perdido de vista, pues las tres estrellas resplandecían con una luz casi constante. Y se preguntó cómo no las había visto antes.

—Pronto se apagarán —dijo Piemur—, A menos que salga una de las lunas. Y entonces las volverás a ver poco antes del amanecer. Debo preguntarle a Wansor sobre ellas, cuando lo vea. Son cuerpos celestes que no actúan propiamente como estrellas. ¿El Astrónomo ha sido llamado para ayudar a construir el Fuerte del Arpista?

—Es uno de los pocos que no —replicó Jaxom—. ¡Animo, Piemur! Tal como han trabajado hoy, no tardarán mucho en terminar el Fuerte. ¿Y qué decías de las Hermanas del Alba?

—No actúan propiamente como estrellas. ¿Nunca te has fijado?

—No, aunque hemos estado en la mayor parte de los crepúsculos y ciertamente en bastantes amaneceres.

Piemur señaló con varios ademanes de su brazo derecho hacia las Hermanas del Alba.

—La mayoría de las estrellas cambian de posición. Ellas, no cambian.

—Seguro que sí. En Ruatha, son casi invisibles en el horizonte.

Piemur negó con la cabeza.

—Son de posición constante. Eso es lo que quiero decir. En cada estación que he pasado aquí, han estado siempre en el mismo lugar.

—¡No puede ser! ¡Es imposible! Wansor dice que las estrellas tienen rutas en el cielo, igual que..-

—Pues están fijas. Siempre están en la misma posición.

—Y yo te digo que eso es imposible.

—¿Qué es imposible? No os tratéis a berridos —dijo Sharra, que volvía con una fuente llena de comida y un pellejo de vino colgado de sus hombros. Le dio la comida a Piemur, y llenó las copas de los presentes.

Piemur rió a carcajadas, mientras cogía una costilla de macho.

—Bueno, voy a enviarle un mensaje a Wansor. ¡Y le diré que tienen una conducta malditamente extraña en unas estrellas!

Un cambio de viento despertó al Maestro Arpista. Zair graznó suavemente, sobre la almohada, más arriba de la oreja de Robinton. Un toldo protector había sido colocado sobre la cabeza del Arpista para protegerlo del sol, pero había sido el calor y la falta de aire lo que le había despertado.

Había una novedad: nadie le estaba velando. Aquel respiro en la vigilancia le agradó. Le había complacido la preocupación que todos demostraban, pero a veces tantas atenciones llegaban casi a sofocarlo. Y al final, su impaciencia había llegado al máximo. No tenía elección. Estaba demasiado débil y cansado para resistirse a las medicaciones. Hoy debían hacerle otra observación sobre su mejoría, y la hacían dejándolo solo. Se sintió bien en su soledad. Delante de él, la hoja de medicación se balanceaba, y podía oír la vela mayor tras él, a popa, runruneando por la ausencia de
viento.

Las suaves olas parecían ser lo único que daba impulso al navio. Olas con rizos de espuma en sus crestas, que tenían un ritmo hipnotizante, y tuvo que sacudir la cabeza enérgicamente para romper aquella fascinación. Levantó la vista y sólo vio agua por todas partes. Era normal. No verían tierra durante días enteros, ya lo sabía, aunque el Maestro Idarolan había dicho que iban a una buena velocidad en su ruta hacia el Sudeste, ahora que habían entrado en la Gran Corriente Del Sur.

El Maestro Pescador estaba tan complacido con la expedición como cualquiera de sus acompañantes. Robinton resopló, divertido. Al parecer, todo el mundo estaba sacando provecho de su enfermedad.

Bueno, bueno —Robinton se reprendió a sí mismo—, no te amargues la vida. ¿Por qué pasarse tanto tiempo preparando a Sebell, si no para que se hiciese cargo del Taller cuando fuera necesario?

Solamente, pensó Robinton, que nunca había esperado que eso ocurriera. Se preguntó si Menolly le informaba fielmente de los mensajes diarios de Sebell. Podía ocurrir que ella y Brekke se hubieran puesto de acuerdo para mantenerlo al margen de cualquier problema serio que surgiera.

Zair rozó su cabeza con la de él. Era la mejor reserva de buen humor que podía tener un ser humano. El lagarto de fuego sabía, con un instinto que superaba a su propio sentido del entorno, cuál era el clima emocional de los que rodeaban a Robinton.

Le hubiera gustado poder superar su languidez y emplear el tiempo del viaje en hacerse cargo de los asuntos del Artesanado, ocuparse de las canciones que tenía en la mente para escribir, y de todos aquellos proyectos que la presión de las preocupaciones inmediatas había ido posponiendo una y otra vez.

Pero Robinton no tenía ambiciones en aquel momento. Se sentía satisfecho de estar en la cubierta del veloz navio del Maestro Idarolan, y de no hacer nada. Las Hermanas del Alba, con aquel bello nombre las llamaba Idarolan, le recordaron que tenía que pedir aquella tarde que le prestaran el aparato de mirar a distancia del Marino.

Había algo extraño en esas Hermanas del Alba. Eran visibles en el cielo, más altas que lo que debieran estar, al amanecer y también al anochecer. Claro que no le permitirían levantarse al amanecer para observarlas. Pero podría hacerlo al ponerse el sol. El no creía que las estrellas actuaran así normalmente. Tenía que acordarse de escribirle una nota a Wansor.

Sintió que Zair se movía. Le oyó graznar un saludo complacido, antes de oír unos pasos suaves detrás de él. La imaginación de Zair pensó en Menolly.

—No te acerques a mí tan sigilosamente —dijo, con más displicencia de la que hubiera querido.

—Pensé que estabas dormido.

—Lo estaba. ¿Qué otra cosa voy a hacer durante todo el día? —dijo, sonriendo para quitarles petulancia a sus palabras.

Ella sonrió, y le ofreció una copa de jugo de fruta mezclado con un poco de vino. Sabía que era más conveniente que el vino solo.

—Parece que estás mejor.

—¿Parezco mejor? ¡Estoy tan quisquilloso como un viejo abuelo! ¡Debes estar cansada de mi malhumor!

Ella se dejó caer a su lado, poniendo su mano sobre el antebrazo de él.

—Estoy contenta de que puedas enojarte —dijo.

Robinton se sintió perplejo al ver el brillo de las lágrimas en los ojos de la muchacha.

—Mi querida Menolly... —empezó a decir, colocando su mano sobre la de ella.

Ella apoyó la cabeza sobre la colchoneta, y apartó su cara de la de él, mirando hacia otro lado. Zair graznó preocupado, y sus ojos empezaron a centellear con mayor rapidez. Beauty saltó al aire por encima de la cabeza de Menolly, graznando con una ruidosa angustia. Robinton dejó su copa sobre la mesa, incorporándose sobre uno de sus codos, y se inclinó solícito hacia la muchacha.

—Menolly, yo estoy bien. Me levantaré y caminaré uno de estos días, según dice Brekke —el Arpista se tomó la libertad de acariciarle los cabellos—. ¡No llores, no llores ahora!

—Es una tontería mía, ya lo sé, porque te estás poniendo bien, y ya cuidaremos de que no vuelvas nunca a hacer esfuerzos inncesarios...

Menolly se enjugó los ojos con el dorso de la mano, y sollozó.

Su actitud tenían un encanto infantil. Su cara, que ahora estaba sucia por el llanto, se volvió de repente tan vulnerable, que Robinton sintió latir su corazón con más fuerza por el asombro. El le sonrió tiernamente, apartando con una caricia los cabellos que cubrían su rostro. Sujetando su mejilla, se la besó. Y él sintió la mano de ella apretando convulsivamente su brazo, la sintió apretándose contra sus labios en un impulso que hizo que los dos lagartos de fuego empezaran a hacer zumbidos. Posiblemente fue aquella reacción de sus amigos o su propia perplejidad lo que le hizo endurecerse, pero Menolly se apartaba ahora de él.

—Lo siento —dijo ella, inclinando la cabeza y encogiendo los hombros.

—Yo también, mi querida Menolly —dijo el Arpista, cuando pudo hablar.

En aquel momento se dolió de su edad, de la juventud de ella, de lo mucho que la amaba, del hecho de no haberse atrevido, y de la debilidad que le había llevado a admitir todo esto. Ella se volvió, dándole la espalda, y sus ojos reflejaban la intensidad de su emoción.

El liberó su mano, vio el dolor en los ojos de ella, y con una simple presión de sus dedos se dio por enterado de todo lo que ella hubiera querido decir. Luego suspiró, cerrando los ojos para no ver los de ella, llenos de afecto. De repente se sintió agotado por aquel intercambio de sentimientos que se había producido en un instante. Tan rápido como una Impresión, pensó, y tan duradero. El siempre había intuido la peligrosa ambivalencia de sus sentimientos hacia aquella muchacha, educada en un Fuerte Marino, y cuyo talento él había desarrollado.

Sintió la ironía de tener que admitir ante sí mismo y ante ella todo eso, en un momento tan terrible como aquél. Pensó que había sido una torpeza por su parte no haberse dado cuenta de la intensidad y calidad de los sentimientos de Menolly hacía él. Y sin embargo, ella le había parecido bastante satisfecha con Sebell. Seguramente, gozaban de una profunda relación emocional y física. Robinton había hecho todo lo que estaba en su mano para asegurar aquello. Sebell era el hijo que él nunca había tenido. ¡Tanto mejor así!

—Sebell... —empezó a decir él, pero se detuvo cuando sintió los dedos de ella cerrarse sobre los suyos.

—Yo te amé a ti antes, Maestro.

–Tú has sido para mí como una hija —dijo él, esforzándose por creerlo. Y apretó los dedos de ella en un brusco acceso, que interrumpió incorporándose sobre los codos, volvió a coger la copa que había dejado y tomó un largo trago.

Luego, se sintió capaz de sonreírle, a despecho del agudo dolor que sentía en la garganta por lo que nunca podía haber pasado. Y ella logró esbozar una sonrisa en respuesta a su gesto.

Zair voló hacia lo alto, más allá del toldo de protección solar, aunque Robinton no pudo imaginar por qué la proximidad del Maestro Pescador había espantado a la criatura.

—Bien, ¿ya estás despierto? ¿Has descansado, mi buen amigo? —preguntó el Maestro Marino.

—Eres precisamente la persona a quien yo necesitaba ver aquí, Maestro Idarolan. ¿Has podido ver las Hermanas del Alba en la penumbra del atardecer? ¿O es que mi vista se ha deteriorado junto con el resto de mi persona?

—Bah, tus ojos no han perdido nada en absoluto, Maestro Robinton. Ya he enviado un mensaje al Maestro Wansor al respecto. Te confieso que nunca he llegado tan lejos en mis navegaciones por estas aguas Meridionales, y por tanto nunca había observado el fenómeno hasta ahora. Pero creo que realmente hay algo especial en las posiciones de estas tres estrellas.

—Si se me permite quedarme levantado esta tarde hasta después de que oscurezca —el Arpista miró significativamente a Menolly—, ¿me dejarías usar tu aparato de mirar a distancia?

—Por supuesto que sí, Maestro Robinton. Y tendré en cuenta tus observaciones. Ya sé que has tenido mucho tiempo para estudiar las ecuaciones del Maestro Wansor. Es posible que, entre los dos podamos encontrar alguna explicación de esta conducta errática de los astros.

—Nada me complacería más. Y mientras tanto, acabemos el juego que hemos empezado esta mañana. Menolly, ¿tienes a mano el tablero?

EN EL FUERTE DE LA CALA
EL DÍA DE LA LLEGADA DEL MAESTRO ROBINTON, 15.10.14

Con la ayuda de tantas y tan hábiles manos, la construcción del Fuerte de la Cala sólo tardó once días en estar acabada, a pesar de que los canteros se opusieron al apresurado proceso de secado de la obra endurecida. Otros tres días se emplearon en acabar los interiores. Lessa, Manora, Silvina y Sharra cavilaron largo tiempo, cambiando una y otra vez la posición de los muebles, hasta que finalmente lograron lo que les pareció un empleo efectivo de los regalos que les llovieron de todos los fuertes, artesanados y cabañas.

—No eficiente —le dijo Sharra a Jaxom con una sonrisa maliciosa—, pero sí efectivo.

La voz de Sharra empezó a adquirir un tono que era una mezcla de paciencia y orgullo. Se había pasado el día desempaquetando, lavando y arreglando las cosas.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó a Piemur, al ver su cara y sus manos cubiertas por nuevos arañazos.

—Ha estado haciendo las cosas a su modo —respondió Jaxom, aunque también él tenía marcas en el cuello y la frente.

Al haber ya suficiente personal para construir el Fuerte, N'ton, F'nor y F'lar, cuando encontraron el momento, se reunieron con Piemur y con Jaxom al objeto de documentarse mejor sobre las tierras adyacentes a la Cala.

Piemur, presuntuosamente, le explicó a F'lar que los dragones tenían que estar en un sitio primero, para poder volver allí por el ínter. O, al menos, obtener una visualización lo suficientemente exacta de alguien que hubiera estado allí. Pero él, con sus dos pies, y Estúpido con sus cuatro, tenían que haber llegado primero, para que los dragoneros pudieran seguirles.

Los dragoneros ignoraron aquellas observaciones, un tanto disparatadas, pero la actitud de Piemur estaba empezando a fastidiar a Jaxom.

Sin prefijar el método de actuación, se establecieron campamentos provisionales a un día de vuelo de dragón del Fuerte de la Cala, formando un amplio abanico en torno a él. Cada campamento consistía en un refugio de ladrillo de pequeño tamaño, y en un bunker de piedra para resguardar en él los repuestos de emergencia y las pieles para dormir. De común acuerdo, construyeron otro campamento a dos días de vuelo en dirección a la montaña.

La prohibición a Jaxom de volar por el ínter le iba a ser levantada en breve. Sólo tenía que esperar, le comunicó F'lar, a que el Maestro Oldive le hiciera un examen médico final. Y dado que el Maestro Oldive llegaría pronto al Fuerte de la Cala para comprobar el restablecimiento de Jaxom, éste no tendría que esperar mucho tiempo.

—Y si yo puedo ir por el ínter, Menolly también podrá —dijo Jaxom.

—¿Por qué has de esperar a que Menolly pueda? —preguntó Sharra, con un dejo en la voz que Jaxom deseó que fuera provocado por los celos.

—Es que fue ella y el Maestro Robinton quienes primero encontraron esta cala, ya lo sabes. —Y al decir esto, Jaxom no miraba hacia la cala, sino hacia la omnipresente montaña.

—Por mar —dijo Piemur, reflejando su escaso entusiasmo por aquel modo de transporte.

—Tengo que admitir, Piemur —dijo Sharra, después de mirarlo durante un buen rato—, que los pies se usaron antes que las alas y la vela. Pero yo, por mi parte, me alegro de que existan otros medios para trasladarse de un sitio a otro. Y no es ninguna desgracia usarlos.

Y dicho esto, ella se volvió y se alejó caminando, dejando a Piemur atónito y con la vista fija en ella. El incidente relajó el ambiente, y Jaxom se sintió aliviado al notar que Piemur cesaba de hacer observaciones irónicas sobre los vuelos y los paseos a caballo.

La exactitud de los mapas de Piemur fue lo que permitió al Maestro Idarolan, una vez pasada la Gran Corriente del Sur, identificar su posición por el contorno de la costa, ahora visible, y calcular la llegada de la Hermana del Alba al Fuerte de la Cala. Había salido de aguas de Ista veintidós días antes, y una luminosa mañana llegó al extremo Oeste de la cala. El acontecimiento fue celebrado por un selecto comité de bienvenida.

Oldive y Brekke habían prohibido una recepción demasiado larga. No había ni qué pensar en echar por tierra lo conseguido en un largo viaje de descanso, con la fatiga y tensión de una fiesta.

Por tanto, el Maestro Fandarel asumió la representación de los centenares de artesanos y maestros que habían construido el hermoso Fuerte de la Cala. Lessa asumió la de todos los Weyrs cuyos hombres habían transportado a obreros y materiales, y Jaxom era el lógico portavoz de los Señores de los Fuertes que habían contribuido con personal y provisiones.

Aquellos últimos momentos en que el grácil barco de tres mástiles puso proa a la Cala y al sólido muelle de piedra, parecieron no acabar nunca. Jaxom esforzó la vista mientras el barco se deslizaba sobre las aguas calmas, aproximándose cada vez más, y dejó escapar un grito de júbilo, que hizo quejarse a los lagartos de fuego, cuando divisó la figura del Arpista sobre la cubierta, haciendo gestos de saludo a los de la costa. Los lagartos de fuego empezaron a ejecutar danzas aéreas de gran complicación por encima de la nave.

—Mira, está casi negro del sol —gritó Lessa, apretando el brazo de Jaxom en su excitación.

—No te preocupes, él habrá tenido largos días de descanso —dijo Fandarel, sonriendo anticipadamente al imaginar el placer de su amigo ante el nuevo Taller, que no se veía desde el muelle.

El barco hizo un giro brusco cuando el Maestro Idarolan movió el timón hacia estribor para dirigir la nave hacia el muelle.

Los marineros saltaron al muelle, sujetando las amarras a los postes. Jaxom se adelantó de un salto a echar una mano en la maniobra. La madera del barco crujió ante el impacto de la parada. Entonces se colocaron travesaños rodeando el costado para evitar que la nave chocara contra la piedra del muelle. Y finalmente, se colocó una pasarela desde una puerta del barco hasta el muelle.

—Os lo he traído sano y salvo, Benden, Maestro Herrero, Señor del Fuerte —retumbó la voz del Maestro Marino, que saltaba hacia la cabina.

Un grito de júbilo brotó espontáneamente de la garganta de Jaxom, a quien hicieron eco los rugidos de Fandarel, que se dirigió rápidamente al otro extremo de la vacilante pasarela para asir las manos de Robinton mientras éste desembarcaba.

Ramoth y Ruth rugieron sobre sus cabezas, espantando a los lagartos de fuego que se entregaron a extravagancias de movimientos cada vez más salvajes. Lessa abrazó al Arpista, poniéndose de puntillas y obligándole a bajar la cabeza, para poderlo besar ostentosamente. Jaxom vio las lágrimas corriendo por las mejillas de ella y, con sorpresa, se dio cuenta de que él también tenía los ojos húmedos. Se mantuvo cortésmente a un lado, mientras Fandarel empujaba suavemente al Arpista, haciéndole perder el equilibrio primero, pero sujetándole enseguida con su gruesa mano. Luego se volvió para ayudar a Brekke y a Menolly en su descenso por la pasarela.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Brekke paseaba nerviosamente su mirada de Robinton a Jaxom, preguntando si este último había vuelto a sufrir de dolores de cabeza o si continuaba viendo manchas, y luego aconsejando al Arpista que evitara los excesos de sol, como si no lo hubiera estado tomando a bordo del barco día tras día.

Dispuestos a ayudar, todos cogieron los bultos que los marineros descargaban del barco, excepto Robinton, a quien sólo se le permitió llevar su cítara.

Brekke empezó a caminar hacia el viejo refugio, cuando Fandarel, con una carcajada, colocó su enorme mano sobre la espalda de ella y la empujó suavemente hacia el sendero de arena que llevaba al nuevo Fuerte de la Cala. Cuando Brekke empezó a protestar, Lessa le dijo que se callara y señaló autoritariamente el sendero, y tomándola del brazo la obligó a seguir camino adelante.

—Estoy segura de que el refugio estaba en este lado...

—Así era —replicó el Maestro Fandarel, que caminaba a zancadas al lado del Arpista—, pero hemos encontrado un sitio mejor, más conveniente para nuestro Arpista.

—¿Más adecuado, amigo mío? —preguntó Robinton, riendo, y dándole una palmada en el hombro al Herrero.

—Sí, mucho más adecuado. ¡Mucho más! —el Herrero casi se ahogaba de risa.

Brekke había llegado al recodo del sendero y, al ver el nuevo Fuerte, quedó atónita.

—¡No puedo creerlo! —miró rápidamente a Lessa, al Herrero y a Jaxom.

—¿Qué habéis hecho? ¿Habéis sido vosotros? ¡Pero si es imposible!

Robinton y Fandarel estaban alcanzando ya a las dos mujeres. El Herrero sonrió tan ostentosamente que todos sus dientes resplandecieron y sus ojos se convirtieron en simples chispas sobre sus mejillas.

—Pensé que Brekke había dicho que el refugio era pequeño —dijo Robinton, mirando la estructura y sonriendo entre dudas—. De lo contrario, hubiera preguntado por...

Lessa y Fandarel ya no pudieron seguir soportando la espera y, cogiendo cada uno por un brazo al Arpista, lo llevaron hacia los escalones del amplio pórtico.

—Aguarda un poco y verás lo que hay dentro —dijo Lessa con gesto de satisfacción.

—Todo el mundo en Pern ayudó, enviando artesanos, o enviando material —le explicó Jaxom a Brekke, tomándola del brazo y acompañándola. Hizo una seña con la cabeza a Menolly para que se diera prisa en unirse a ellos.

Menolly miró a su alrededor, y vio la pacífica cala, una arena cuidadosamente rastrillada, los árboles y matorrales florecientes que bordeaban la playa y ofrecían el mismo aspecto virgen que el día en que ella y Jaxom llegaron allí. Sólo la silueta del Fuerte, con su sendero de arena y conchas,
ofrecía la evidencia de algún cambio.

—No puedo creerlo.

—Me lo imagino, Menolly. Se ha trabajado muy duramente para que resultara agradable. ¡Y espera a ver el interior del Fuerte de la Cala!...

—¿Ya se le ha dado un nombre? —Aquello pareció irritarla, aunque sólo Jaxom pudo darse cuenta de su reacción.

—Bueno, es un Fuerte en una cala. Por tanto, será el «Fuerte de la Cala».

—¡Es todo tan hermoso! —dijo Brekke, mirando a un lado y a otro para verlo todo—. Menolly, no te impacientes. ¡Es una sorpresa tan maravillosa! Cuando pienso en lo que decías cuando veníamos... —Y ella rió dichosamente—. Debo admitir que todo esto es mucho más conveniente.

Mientras tanto, habían llegado a los escalones de roca negra de arrecife, veteada de un material duro blanco, que le daba un aspecto novedoso y atractivo al mismo tiempo. Un techo de ladrillo color crema se extendía sobre el porche que rodeaba el fuerte llegando casi hasta los árboles próximos, cuyos brotes añadían un fragante olor al aire.

Los cerramientos metálicos estaban abiertos en aquellas ventanas tan inusualmente anchas, de modo que desde fuera se podía ver parte del mobiliario interior. La vo/ del Arpista expresaba su placer y su asombro mientras avanzaba por la dependencia principal.

Cuando Jaxom, Brekke y Menolly entraron, Robinton estaba mirando en el interior de la dependencia lateral que iba a ser su estudio, y su expresión fue de maravillada complacencia cuando se dio cuenta de que Silvina había enviado allí todo el material procedente de su repleto cuarto de trabajo del Taller del Arpista.

Zair se hizo eco de su confusión, graznando excitado desde su posición en una viga. Beauty y Berd volaron para unirse a él, y de repente aparecieron Meer, Talla y Farli. Todos ellos, pensó Jaxom, parecían estar comparando anotaciones.

—¡Aquél es Farli! Creí haber oído que Piemur estaba aquí. Pero, ¿dónde está? —preguntó el Arpista, sorprendido y un poco dolido.

—El y Sharra están preparando los asadores.

—No queríamos que hubiera demasiada gente por aquí, fatigándote... —añadió Lessa en tono conciliador.

—¿Fatigándome? ¡Fatigándome! ¡Necesito que me fatiguen un poco! ¡PIEMUR!

Si su rostro tostado y relajado no hubiera sido prueba suficiente de su recuperación, el berrido que soltó, tan vigoroso y ensordecedor como siempre, despejó cualquier posible duda sobre su vitalidad.

La respuesta distante y atónita de Piemur fue claramente audible.

—¿Maestro?

—¡INFORMA, PIEMUR!

—Menos mal que le metimos en un barco para que descansara —le dijo Brekke a la Dama del Weyr—. ¿Puedes imaginarte como nos las hubiéramos visto con él en tierra?

—Lo que vosotros dos no podéis entender es cuánto ha descendido mi pasajera incapacidad.

—¿Pasajera incapacidad? —Los ojos de Fandarel se abrieron de la sorpresa—. Mi querido Robinton...

—¿Maestro Robinton? —Menolly abrió un armario y sacó una maravillosa copa de cristal, con la base de color azul-arpista, y grabada con el nombre del Maestro la figura de un arpa—. ¿Has visto esto? —Y se la tendió, mirándola en espera de un gesto de aceptación.

—¡Mi nombre! ¡En azul-arpista! —Robinton tomó en sus manos aquel precioso objeto para examinarlo.

—Es de mi Artesanado —dijo Fandarel, radiante—. Mermal quería pintar todo el vaso de azul, pero yo le expliqué que preferirías ver el rojo del vino de Benden a través del cristal.

Los ojos de Robinton brillaban de reconocimiento y gratitud mientras examinaba la copa cuidadosamente. Luego, su rostro alargado se sumió en una expresión contrariada.

—Pero está vacía —dijo en tono de queja.

En aquel mismo momento, se produjo un estrépito en el rincón de la cocina del Fuerte. La cortina fue apartada a un lado violentamente, y acto seguido Piemur, a punto de perder el equilibrio para no tropezar con Brekke, irrumpió en la habitación.

—¿Maestro? —dijo, casi sin aliento.

—Ah, sí, Piemur —dijo el Arpista, hablando pausadamente, y mirando a su joven ayudante como si no recordara por qué le había llamado momentos antes.

Ambos se quedaron mirándose mutuamente. En el rostro del Arpista había una sonrisa de interrogación, en tanto que Piemur jadeaba, y parpadeaba a causa del sudor que caía por su frente.

—Piemur, has estado aquí lo bastante para saber dónde almacenan el vino, ¿no? ¡Me han dado esta preciosa copa, pero está vacía!

Piemur volvió a parpadear. Seguidamente, movió la cabeza lentamente y dijo, dirigiéndose a los reunidos en un tono solemne.

—¡Ya podemos decir que está curado! Y si el wherry asado se quema...

Lanzó sobre el Arpista una mirada de disgusto, volvió sobre sus talones, apartando la cortina, y se le pudo oír abriendo las puertas ruidosamente.

Jaxom captó la mirada de Menolly y ella le hizo una señal. Los modos bruscos y la bronca voz de Piemur no ocultaban su emoción a quienes lo conocían. Volvió a toda prisa a la sala principal, llevando un pellejo de vino que tenía cera de Benden sobre el tapón.

—No lo agites, muchacho —rugió el Arpista, alzando la mano para detener tan sacrilego modo de actuar—. El vino quiere que se le trate con respeto... —Y tomando el pellejo de Piemur, le echó una ojada al sello—. Hum... ¡Una de las mejores cosechas! Piemur, ¿es que no te he enseñado nunca a tratar debidamente el vino?

Hizo un gesto, empezó a romper el sello con mano experta y suspiró complacido al ver el estado en que se hallaba el extremo del tapón. Se lo acercó a la nariz, olfateando delicadamente.

—¡Ah, sí, maravilloso! No le ha perjudicado el viaje. Piemur, eres un buen muchacho! ¿Querrás servirnos a todos, por favor? Según veo, este Fuerte está muy bien provisto de copas.

Mientras Jaxom y Menolly las repartían, Piemur, con la cortesía debida a las cosechas de Benden, empezó a servir el vino. Y el Arpista, alzando su copa, observó la ceremonia con creciente impaciencia.

—Por que continúe así tu buena salud —propuso Fandarel, y todos los presentes repitieron el brindis.

—La verdad es que estoy abrumado por todo esto —dijo el Arpista, y bebió un breve sorbo del excelente vino. Miró a sus amigos, uno a uno, asintiendo con la cabeza.— ¡De verdad que estoy abrumado...!

—Pues todavía no lo has visto todo, Robinton —dijo Lessa, tomándole de la mano—. Brekke, ven tú también. Piemur, Jaxom, traed los bultos.

—No tan rápido, Lessa. ¡Déjame paladear el vino!

Y el Arpista se quedó mirando su copa mientras Lessa le empujaba fuera de la sala.

Lo llevaron por el panel móvil hacia el pequeño corredor de la sala principal. Dicho corredor separaba la sala principal de los dormitorios. Brekke los seguía, y su rostro reflejaba interés y curiosidad.

El dormitorio del Arpista era el mayor de todos, y ocupaba la esquina opuesta a su cuarto de trabajo. Se habían amueblado otros cuatro dormitorios para acomodar a dos huéspedes en cada uno de ellos, pero, como Lessa señaló, bajo el porche podían dormir cómodamente la mitad de un Fuerte de huéspedes. Aunque estaba claro que a Robinton no se le iba a permitir hacerlo. El Arpista expresó su agrado cuando vio la habitación de baño, se sintió impresionado por la enorme cocina y observó debidamente el horno auxiliar que había fuera. Olfateó el aroma de carne asada que traía la brisa marina.

—¿Dónde lo están haciendo, si se puede saber?

—Los hornos para cocinar al vapor y asar están en la playa —explicó Jaxom—, y se usan cuando hay una horda de huéspedes en casa.

El Arpista se rió, aceptando que «horda» era probablemente la palabra más adecuada.

—Prueba tu silla —dijo Fandarel, caminando a zancadas hacia un sillón, una vez estuvieron de nuevo en la habitación principal. Lo giró para que el Arpista lo viera.— Bendarek lo hizo exactamente a tu medida. Mira a ver si es exacto. Bendarek está impaciente por saberlo.

El Arpista se tomó tiempo para contemplar aquella maravilla labrada con maravillosos dibujos, de alto respaldo, y cubierta de piel de wherry teñida de azul-arpista oscuro. Se sentó por fin, colocó las manos a lo largo de los brazos, y encontró que tenían exactamente la longitud de sus antebrazos, mientras que el asiento se adecuaba perfectamente a sus largas piernas y a su torso.

—Es maravilloso. Díselo al Maestro Bendarek. Y además, las dimensiones son perfectas. ¡Qué delicadeza la de Bendarek! ¡Me siento tan abrumado por esto y por todos los detalles que se han tenido conmigo en este Fuerte! Es... magnífico. Esta es la única palabra que lo expresa... No tengo más palabras. Me he quedado sin saber qué decir. Nunca, en mis vuelos imaginativos más audaces, pude figurarme tal despliegue de lujos en tierras no civilizadas ni exploradas; tal belleza, tal consideración, tal comodidad...

—Si dices que estás sin saber qué decir, Robinton, ahórranos tu elocuencia —dijo una voz seca.

Todos se volvieron para ver al Maestro Marino de pie, junto a la abierta puerta principal. Todos rieron, y el Maestro Idarolan fue invitado a acercarse y se le dio una copa de vino.

—Hay más bultos para ti, Maestro Robinton —dijo el Marino, señalando hacia el porche con un gesto.

—Tú y tu tripulación vais a comer con nosotros, Maestro Idarolan —le dijo Lessa.

—Esa era mi esperanza. No te escandalices, pero en ocasiones, siento vehementes deseos de comer carne roja, y no siempre blanca.

—¡Maestro Robinton! ¡Mira aquí! —la voz de Menolly subió de tono por la sorpresa. Estaba mirando dentro de uno de los armarios que se alineaban junto a las paredes, entre las ventanas—. ¡Juraría que esto ha sido cosa de Dermently! ¡Todas las baladas y canciones tradicionales han sido reescritas y encuadernadas en piel de wherry azul! ¡Precisamente lo que querías que Arnos hiciera para ti!

El Arpista soltó una exclamación de sorpresa, y nada pudo impedir que abriera, uno por uno, cada cartapacio, apreciando el valor y el trabajo que representaba. Luego, empezó a mirar todos los aparadores y roperos del Fuerte de la Cala, hasta que el calor de media tarde los llevó a la playa para nadar y refrescarse.

Brekke opinaba que el Arpista debía descansar, retirándose a una habitación, pero Fandarel rechazó la idea, señalando a Robinton, que estaba en el agua con los otros.

—Ya está haciendo reposo, pero ahora es de otra clase. Dejadle. ¡Le basta la noche para dormir!

Las brisas del anochecer llegaron cuando el sol se puso en el horizonte cerca del Oeste. Cobertores y alfombras de tejido, así como ramas, fueron dispuestos en el exterior para que todos los invitados pudieran instalarse cómodamente. Cuando F'nor y F'lar llegaron, fueron recibidos con gran entusiasmo por el Arpista, que deseaba enseñarles su espléndido Fuerte, pero, algo desconcertado, vio que ya estaban totalmente familiarizados con él.

—Olvidas cuánta gente colaboró en la construcción, Robinton —dijo F'lar—. Probablemente, es el Fuerte que conoce más gente.

En aquel momento, llegaron Sharra y el cocinero de a bordo. Este era un hombre delgado, porque sólo un cocinero delgado, le contó él a Sharra, podía caber en la pequeña cocina de la Hermana del Alba. Anunció que la comida estaba lista, y casi fue arrollado por los hambrientos huéspedes.

Cuando ya nadie podía tomar un solo bocado más, e incluso el Arpista se limitaba a beber pequeños sorbos de vino, los invitados se reunieron en grupos más pequeños: Jaxom, Piemur, Menolly y Sharra en uno, los marineros en otro, el mayor de todos, y los dragoneros y artesanos en el tercero.

—Me pregunto qué estarán proyectando para que nosotros lo hagamos —dijo Piemur, en un amargo susurro, tras fijarse en la intensa animación del tercer grupo.

Menolly rió.

—Supongo que lo mismo que hasta ahora. Robinton estuvo repasando tus mapas y tus informes cuando estaba a bordo, hasta el punto de que creí que gastaría la tinta de tanto contemplarlos. —Apoyó la barbilla sobre sus rodillas, mientras una tímida sonrisa iluminaba sus ojos—. Sebell viene mañana, con N'ton y el Maestro Oldive —dijo, y antes de que nadie pudiera hacer ningún comentario, volvió a tomar rápidamente la palabra—: Por lo que yo sé, Sebell, N'ton y F'lar están supervisando a la gente de Toric y a ese rebaño de hijos de colonos que vienen del Norte. Ellos serán los que cartografían la zona Oeste... la línea divisoria es ese río de roca negra que tú trazaste, Piemur.

Piemur gruñó, haciendo surcos con la mano sobre la arena.

—¡Ese sitio! ¡Ojalá no volviera a verlo jamás! —Alzó el puño para dar más fuerza a su determinación—. Me llevó varios días encontrar una brecha en el acantilado de la otra orilla, se me permitiera trepar y salir de allí. Y además tuve que montar a Estúpido ya fuera del acantilado, entrar en el agua y atravesar el río nadando. ¡Los peces por poco nos convierten en su almuerzo!

—El resto de nosotros —siguió Menolly—, con F'nor y el Arpista, explorará este lado.

—Por el interior, supongo —preguntó Piemur, haciendo un gesto de desagrado.

Ella asintió.

—Creo —dijo, mirando por encima de su hombro hacia los Caudillos de los Weyrs y los Maestros Artesanos— que Idarolan puede navegar por la costa...

—Será mejor para él. Yo ya he ido lo suficientemente lejos.

—Oh, calla, Piemur, nadie te ha obligado a...

—¿Eh?

—Basta, Piemur —dijo Jaxom, impaciente—. ¿Hemos de ir hacia el interior?

Menolly asintió con la cabeza.

Todos miraron a la vez hacia la montaña, aunque apenas podían verla, pues estaban recostados.

Jaxom le sonrió a Menolly.

—Y el Maestro Oldive llegará aquí mañana, ¡o sea, que yo podré volver a ir por el Inter!

—Tendrás suerte de volver a hacerlo —dijo Piemur soltando un bufido—. Todavía tienes que volar la ruta en línea recta.

—Eso no me afecta en absoluto.

Un enjambre de lagartos de fuego que estaban en los árboles se sobresaltaron, distrayendo la atención de Piemur de lo que, Jaxom estaba seguro, era su amargo tema preferido. Se vieron dos franjas de oro destacando sobre el verde oscuro del follaje.

—¡Que vengan Beauty y Farli a resolver este asunto! —gritó Menolly, mirando luego a su alrededor con curiosidad—. Son justamente nuestros lagartos de fuego los que están ahora aquí, Jaxom. ¿Es que toda esta actividad ha espantado a los Meridionales y les ha hecho irse?

—Lo dudo. Vienen y van. Sospecho que algunos de ellos están en los árboles, haciendo ruido porque no se atreven a acercarse a Ruth.

—¿Pudiste averiguar algo más sobre sus hombres?

Jaxom tuvo que reconocer, muy a su pesar, que ni siquiera lo había intentado.

—Han ocurrido demasiadas cosas.

—Tendría que haber pensado que lo dejarías en otras manos —dijo Menolly con voz irritada.

—¿Qué? ¿Y privarte a ti de ese placer? —Jaxom parecía sorprendido y afectado—. Eso, ni soñarlo...

Se detuvo de repente, recordando aquellos sueños tan extraños en que sentía como si hubiera visto algo a través de cientos de ojos. También recordó lo que había dicho Brekke el primer día que Ruth había combatido a las Hebras: «Es difícil ver la misma escena por tres pares de ojos.» ¿Acaso había visto realmente en sus sueños una escena a través de los ojos de muchos lagartos de fuego?

—¿Qué te pasa Jaxom?

—Es posible que lo soñara, después de todo —dijo, con una risa vacilante—. Mira, Menolly, si tienes un sueño esta noche, intenta recordarlo.

—¿Un sueño? —preguntó Sharra, con curiosidad—. ¿Qué clase de sueño?

—¿Has tenido alguno? —Jaxom se volvió hacia ella.

Sharra adoptó su habitual y complicada postura, cruzando las piernas, lo cual fascinaba y dejaba confusa a Menolly.

—Claro que sí; sólo que..., como tú, no los recuerdo, excepto que me queda la impresión de no poder ver claramente. Como si el ojo de mis sueños estuviera desenfocado.

—Es un bonito concepto —dijo Menolly—, ese del ojo de los sueños desenfocado.

Piemur gruñó, golpeando sobre la arena con los puños.

—¡Aquí viene otra canción!

—Ah, ¡cállate! —Menolly lo miró con impaciencia—. Todos estos viajes solitarios te han cambiado, Piemur, y te voy a decir que no me gusta el cambio.

—Nadie dice que te tenga que gustar —dijo Piemur, haciendo una mueca, y luego, con ágil movimiento, se puso de pie y se alejó a zancadas hacia el bosque, apartando con furia la maleza a su paso.

—¿Cuánto tiempo lleva de este humor? —le preguntó Menolly a Jaxom y a Sharra.

—Desde que llegó aquí —contestó Jaxom, encogiéndose de hombros para indicar que no habían sido capaces de cambiarle.

—Recuerda que ha estado muy preocupado por lo del Maestro Robinton —dijo Sharra, hablando en voz baja.

—Todos nosotros lo hemos estado —dijo Menolly—, pero eso no es motivo para que cambie el temperamento de uno.

Se produjo un largo silencio. De repente, Sharra se levantó:

—Me pregunto si alguien se habrá acordado de dar de comer a Estúpido esta noche. —Y se alejó en la dirección distinta en que lo había hecho Piemur.

Menolly la siguió con la mirada durante un largo rato. Cuando se volvió hacia Jaxom, sus ojos estaban sombríos por la preocupación, pero entonces un resplandor de picardía les devolvió su azul marino normal.

—Ahora que no pueden oírnos, Jaxom —miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca—, creo que es mejor que te diga que se ha establecido muy acertadamente que no fue nadie del Weyr Meridional quien devolvió el huevo de Ramoth.

—¡Oh! ¿De veras?

—¡Sí! ¡De veras!

Entonces, ella se levantó, con una copa en la mano, y avanzó a largos pasos hacia el pellejo de vino que colgaba de la rama de un árbol.

¿Estaba ella advirtiéndole? No es que le importara. Su aventura había cumplido una misión, en su momento. Ahora que el Weyr Meridional estaba siendo integrado, había menos necesidad que nunca de admitir su actuación en aquel asunto.

Menolly caminó hacia la mesa para recoger su cítara, y luego se sentó junto al banco, farfullando algo para sí misma.

Jaxom se preguntó si se trataría de una nueva canción acerca de los ojos de los sueños. Luego, miró a lo lejos, en la dirección en que se había ido Sharra. ¿Tenía alguna razón válida para seguirla? Suspiró. Simpatizaba con Piemur, a pesar de su acritud. Se había alegrado de ver al joven Arpista, y estaba agradecido por su compañía y ayuda. Sólo hubiera deseado que Piemur hubiera tardado un día, incluso medio día, en llegar a la Cala. Desde entonces, Jaxom no había tenido un momento para estar a solas con Sharra. ¿Acaso ella le evitaba? ¿O eran las circunstancias de la construcción y de los preparativos del Fuerte para la llegada del Maestro Robinton? ¡Tenía que buscar la manera de separar a Sharra de los demás! ¡Y si no resultaba, visitaría a Corana!

MAÑANA EN EL FUERTE DE LA CALA.
OBSERVACIÓN ESTELAR AL ATARDECER.
A LA MAÑANA SIGUIENTE DESCUBRIMIENTO EN LA MONTAÑA,
15.10.15 — 15.10.16

Al día siguiente por la mañana, mientras Jaxom y Piemur se liberaban, no sin esfuerzo, de sus pieles de dormir, Sharra les contó que el Arpista se había levantado al alba, tomado su baño, nadando un rato, se había preparado él mismo su desayuno, quedándose después largo rato en su estudio, murmurando sobre los mapas y tomando copiosas notas. Ahora, quería tener una breve conversación con Jaxom y Piemur, si no tenían inconveniente.

El Maestro Robinton acogió su entrada con una sonrisa de comprensión al ver la torpeza y lentitud de sus movimientos, a consecuencia de una velada muy sociable. Luego, empezó a pedir explicaciones sobre las últimas adiciones hechas al mapa principal.

Una vez hubo satisfecho su curiosidad en ese punto, les preguntó cómo habían llegado a sus conclusiones. Cuando le explicaron cómo había sido, se reclinó hacia atrás, separándose del escritorio, y jugueteando con su barra de dibujo. La expresión de su rostro era tan impenetrable, que Jaxom empezó a preocuparse por lo que el Arpista podía estar planeando.

—¿Alguno de vosotros ha tenido ocasión de observar el trío de estrellas que hemos estado llamando erróneamente, y me incluyo yo, las Hermanas del Alba?

Jaxom y Piemur intercambiaron una mirada.

—¿Tienes un aparato de mirar a distancia? —preguntó Jaxom.

El Arpista asintió con la cabeza.

—El Maestro Idarolan tiene uno a bordo de su barco. Os he hecho esta pregunta para saber si os habéis dado cuenta de que también son visibles de madrugada.

—Y cada vez que hay suficiente luz lunar —dijo Piemur.

—Y siempre en el mismo lugar —añadió Jaxom.

—Veo que aprovechasteis las clases —dijo el Arpista, mirándolos a ambos—. Bien, le he preguntado al Maestro Fandarel si podíamos contar con el Maestro Wansor para que venga a visitarnos aquí por unos cuantos días. ¿Por qué, si me permitís la pregunta, estáis sonriendo los dos como si os hubierais comido una de esas grasicntas empanadas que sirven en las reuniones?

La sonrisa de Piemur aumentó ante aquella alusión a sus pasatiempos de aprendiz.

—No creo que nadie en Pern rehusara una invitación para venir aquí —dijo.

—¿Ha terminado el Maestro Wansor su nuevo aparato de mirar a distancia? —preguntó Jaxom—. Espero que si...

—Maestro Robinton... —Brekke se había detenido en la puerta de la sala, y su rostro tenía una expresión de curiosidad.

—Brekke —el Arpista alzó una mano en señal de advertencia—, si has venido a decirme que tengo que descansar o beberme una de tus pócimas, te ruego que lo olvides. Tengo ya demasiadas cosas que hacer.

—Sólo quiero darte un mensaje que ha traído Kimi hace un momento de parte de Sebell —dijo ella, tendiéndole un pequeño tubo.

—¡Oh!

—En cuanto a tu reposo, no tengo sino observar a Zair para saber cuándo es necesario.

Al volverse para salir del estudio, ella miró a Jaxom y a Piemur. No había ninguna duda, en opinión de Jaxom, de que él y Piemur estaban obedeciendo órdenes tácitas de no sobreesforzar las energías del Arpista.

El Maestro Robinton alzó las cejas con sorpresa al leer el mensaje.

—¡Oh, Toric ha sido invadido la pasada noche por un barco cargado de hijos de colonos! Sebell cree que debe esperar a que se hayan establecido en alojamientos temporales. —Rió entre dientes y, cuando vio las expresiones de Jaxom y de Piemur, añadió—. De ello deduzco que no todos han hecho los progresos que serían de desear en muchachos de un Fuerte.

Piemur bufó, con el desdén nacido de sus Revoluciones de exploración, y de su conocimiento de Toric y sus alojamientos.

—Al fin podrás ir por el ínter, Jaxom —continuó Robinton—. Nuestra investigación abanzaría más rápidamente. Tengo el proyecto de enviaros, a ti y a las muchachas, formando equipos.

—¿Arpista y Colono? —preguntó Jaxom, aprovechando la oportunidad que había estado esperando.

—¿Arpista y Colono? Sí, claro, por supuesto. Piemur, tú y Menolly habéis trabajado juntos, ya lo sé. O sea, que Sharra puede ir con Jaxom. Y ahora... —Obviando la furiosa mirada que Piemur lanzó sobre Jaxom, siguió diciendo—: Desde el aire, uno ve las cosas con una

perspectiva que no es siempre posible a ras de tierra, y viceversa. Por tanto, toda investigación debe incluir ambas. Jaxom, Piemur sabe que es lo que necesito...

—¿Señor...?

—Huellas de los primeros pobladores de este continente. No puedo, por más que lo intente, imaginar el porqué nuestros antepasados, muertos hace mucho, abandonaron este fructífero y hermoso continente, cambiándolo por el Norte, más frío y árido. Aunque supongo que tendrían buenos motivos. La más antigua de nuestras crónicas dice: Cuando el hombre llegó a Pern, estableció un buen Fuerte en el Sur. Y solíamos pensar —el Arpista sonrió, disculpándose por el error— que el Fuerte de Fort era ese sitio, puesto que está al Sur del Continente Norte. Pero este mismo documento sigue afirmando, ambiguamente: pero encontró necesario desplazarse hacia el Norte para defenderse. Esto nunca tuvo un significado claro, pero muchos antiguos documentos se han deteriorado y, al descifrarlos se ha perdido aún más la coherencia... Bueno, Toric descubrió una mina de hierro, abierta a la manera antigua. Y N'ton y yo divisamos formaciones poco naturales en una ladera montañosa, las cuales, cuando finalmente llegamos allí, resultaron ser galerías de minas. Si los Antiguos pasaron suficiente tiempo en el Continente Meridional para descubrir cobre y extraerlo por medio de minas, deben haber otras huellas de su asentamiento en alguna parte del Meridional.

—En tiempo caluroso y en bosques lluviosos, no hay nada que sobreviva mucho tiempo —dijo Jaxom—. D'ram construyó un refugio aquí, hace escasamente unas veinticinco Revoluciones, y no es mucho lo que queda de él. Y aquello que descubrimos F'lessan y yo en el Weyr de Benden había sido sellado para protegerlo de las inclemencias del tiempo.

—Nada —dijo con énfasis Piemur— podía arañar, rayar o desfigurar los soportes de las galerías que encontramos en aquella mina. Y ni el mejor cantero puede perforar una roca sólida como si fuera queso. Pero los Antiguos sí pudieron.

—Hemos encontrado algunos restos. Deben haber más.

Jaxom no había oído jamás al Arpista expresarse de forma tan contundente, y no pudo contener un suspiro cuando vio el tamaño del mapa que tenía delante.

—Ya sé, Jaxom, que el objetivo que perseguimos es tarea de intrépidos, pero, ¡qué triunfo, si encontramos el lugar! ¡O los lugares! —Los ojos del Maestro Robinton brillaron con anticipado placer—. Y ahora —siguió diciendo victoriosamente—, una vez que Jaxom esté lo bastante en forma como para volar por el ínter, avanzaremos hacia el Sur, usando aquella montaña simétrica de punto de referencia. ¿Tenéis algo que objetar a esto?

El Arpista, sin hacer apenas pausa para permitir una respuesta a su pregunta continuó.

—Piemur se pondrá en marcha con Estúpido. Menolly puede acompañarle, si lo desea, o esperar que Jaxom la lleve, con Sharra, sobre Ruth al campamento secundario. Y mientras las muchachas exploran las cercanías, cosa que no se ha hecho, tú, Jaxom, puedes ir en vanguardia con Ruth para
establecer otro campamento al cual volar por el ínter al día siguiente. Y así sucesivamente. Creo que te habrán preparado en el Weyr de Fort —continuó el Arpista, mirando a Jaxom— para poder distinguir y observar formaciones de terreno desde el aire. Pero, en todo caso, quiero que os quede
claro que, aunque este es un esfuerzo conjunto, Piemur tiene mucha más experiencia. Jaxom, te ruego que no lo olvides cuando aparezcan los problemas. Y envíame tus informes al respecto... —dio unos golpecitos sobre el mapa— cada noche. Y ahora, adelante.. Organizad vuestro equipo y repuestos. ¡Y vuestras acompañantes!

Aunque la explicación del asunto a Menolly y a Sharra, y la organización de su equipo, les llevó muy poco tiempo, los exploradores no salieron del Fuerte de la Cala aquel día.

El Maestro Oldive llegó sobre Lioth, acompañado de N'ton, y fue acogido afectuosamente por el Arpista, con cautela por Brekke y Sharra, y con reservas por Jaxom. Robinton insistió inmediatamente en enseñarle el Fuerte nuevo y maravilloso, antes de que, como dijo el mismo Robinton, Oldive tuviera que examinar su viejo cuerpo.

—No se está burlando del Maestro Oldive —dijo Sharra, y su voz espléndida sonó sólo en los oídos de Jaxom, al tiempo que ambos observaban al Arpista dando vigorosas zancadas por la propiedad, mientras el Maestro Oldive murmuraba los comentarios del caso—. No se está burlando del Médico en absoluto.

—¡Qué alivio! —dijo Jaxom—. porque de lo contrario, el Arpista vendría con nosotros.

—No por el ínter. Eso no lo hará.

—No, montaría a Estúpido.

Sharra se echó a reír, pero su diversión terminó cuando ambos vieron al Médico llevarse con firmeza al Arpista hacia sus aposentos y cerrar silenciosamente la puerta.

—No —dijo Sharra, moviendo la cabeza lentamente—. ¡El Maestro Robinton no se burlaba del Maestro Oldive!

Jaxom se sintió contento de no tener necesidad de fingir con el Maestro Médico cuando le llegó el turno de ser examinado. La prueba para él fueron unas cuantas preguntas, una inspección visual del Maestro Oldive, unos golpecitos en el pecho, la auscultación de su corazón, y finalmente la sonrisa complacida en el rostro del Médico cuando dio a Jaxom el veredicto favorable.

—El Maestro Robinton se encuentra bien, ¿verdad Maestro Oldive?

Jaxom no pudo evitar la pregunta. Cuando salió de su habitación, el Arpista había estado demasiado callado, casi pensativo, y el gesto desafiante había desaparecido de su andar. Menolly le había servido una copa de vino, que él había aceptado con una sonrisa triste y un profundo suspiro.

—Por supuesto que el Maestro Robinton estará del todo bien —dijo el Maestro Oldive—. Ya ha mejorado mucho. Pero —el Médico alzó su largo índice— deberá aprender a apaciguarse, a conservar sus energías, su razón y su fuerza, o de lo contrario no hará sino propiciar otro ataque como el anterior. Vosotros, jóvenes, podéis ayudarle con vuestras piernas más fuertes y vuestros corazones más firmes sin que por ello parezca que limitáis sus actividades.

—Así lo haremos. De hecho, lo hacemos.

—Bien. Seguir así y se recuperará totalmente. Si no olvida la lección recibida cuando el ataque. —Y el Maestro Oldive miró por la ventana abierta, secándose un poco la frente—. Este hermoso lugar ha sido una gran idea. —Obsequió a Jaxom con una leve sonrisa—. El calor del mediodía pone al Arpista soñoliento, obligándole a descansar. Las vistas, desde todos lados, son un deleite para los ojos, y el aroma del aire complace el olfato. Como os envidio esta situación, Señor Jaxom.

Las bellezas del Fuerte de la Cala también habían hecho sus efectos en el Maestro Arpista, pues había recuperado su buen humor incluso antes de la llegada del Maestro Fandarel y Wansor que exhibieron orgullosamente el nuevo aparato de mirar a distancia que había ocupado el tiempo del Astrónomo durante la última media Revolución.

El instrumento, un tubo tan largo como el brazo de Fandarel y lo bastante grueso para necesitar dos manos que lo sostuvieran, estaba cuidadosamente cubierto de piel, y tenía un curioso ocular colocado, no en su extremo, donde Jaxom creía que debería estar, sino en un costado.

El Maestro Robinton hizo el mismo comentario que Jaxom, y Wansor murmuró algo sobre reflexión y refracción, oculares y objetivos, y de que aquella era la disposición que a él la parecía óptima para visualizar objetos distantes. Si el instrumento encontrado en el Weyr de Benden acercaba las cosas lejanas, los principios aplicados en éste eran en cierto modo similares.

—Es igual donde se utilice, pero, en definitiva para nosotros es un placer usar el nuevo aparato de mirar a distancia en el Fuerte de la Cala —siguió diciendo Wansor, mientras se apercibía de que había estado tan ocupado explicando el nuevo aparato, que no se había acordado de quitarse sus gruesas ropas para volar.

El Maestro Robinton les hizo una seña a Menolly y a Sharra, y las dos muchachas ayudaron al Astrónomo a despojarse de sus prendas de abrigo, mientras explicaba, casi inconscientemente, aquella ayuda, que era su primera visita al Continente Meridional, y que, por su puesto, había oído hablar de la extraña conducta de las tres estrellas conocidas como las Hermanas del Alba.

Hasta hacía poco, había atribuido la anomalía a la inexperiencia de los observadores, pero con el Maestro Robinton en persona observando sus peculiaridades, Wansor pensaba que estaba justificado traer su precioso instrumento al Meridional para investigar el misterio por sí mismo. Las
estrellas no permanecían en posiciones fijas en el firmamento. Todas sus ecuaciones, para no hablar de observaciones expertas tales como las de N'ton y el Señor Larad, habían verificado esa característica. Además, las anotaciones transmitidas por los antepasados, aunque se encontraban en un pésimo estado de conservación, mencionaban que las estrellas seguían innegablemente un modelo de movimiento. Los astros obedecían a unas leyes.

Por tanto, si habían sido vistas tres estrellas desafiando estas leyes naturales, debía existir alguna explicación. Y él esperaba encontrarla aquella misma noche.

Después de pasar un buen rato poniéndose de acuerdo se fijó el lugar de observación sobre una ligera elevación en la zona Este rocosa del Fuerte de la Cala, más allá del sitio en que habían sido hechos los hoyos para el asado y tostado de carnes.

El Maestro Fandarel pidió a Piemur y a Jaxom que le ayudaran a levantar una estructura sobre la cual colocarían una plataforma giratoria para poner el nuevo instrumento.

Wansor, naturalmente, supervisó este proyecto, hasta que se identificó tanto con la idea del Herrero que aquel buen hombre sentó al Maestro Artesano en la cima del promontorio cerca de los árboles, donde tuvo una visión completa de todas las actividades, sin que interfiriera el camino de los trabajadores.

Cuando el andamio estuvo completo, se dieron cuenta de que el Maestro Wansor se había dormido, con la cabeza apoyada en las manos y roncando a un ritmo suave.

Con un dedo en los labios para indicar que el hombre no debía ser molestado, Fandarel condujo a Jaxom y a Piemur de regreso a la playa principal. Tomaron un baño refrescante, y después se unieron a los demás en el descanso vespertino.

Todos comieron en el promontorio de las Hermanas para no perderse un solo momento del despliegue crepuscular. El Maestro Idarolan llevó el visor del barco, y el Herrero construyó a toda prisa una segunda estructura con los materiales que habían sobrado al construir el de Wansor.

La puesta del sol, que en un primer momento había caído sobre ellos demasiado rápidamente, parecía ahora retrasarse más y más. Jaxom pensó que si Wansor ajustaba el visor o su plataforma, o su posición sobre ésta, ocasionaría probablemente alguna forma de aberrante conducta con él.

Incluso los dragones, que habían estado jugando en el agua como si lo hicieran por primera vez, estaban ahora patas arriba tranquilamente en la playa. Los lagartos de fuego, por su parte, dormían cerca de Ruth o colgados de los hombros de sus amigos.

Por fin, el sol descendió, desplegando sus últimos y brillantes fulgores a lo largo del horizonte por el Oeste. Cuando el cielo se oscureció por el lado Este, Wansor miró por su instrumento, lanzó un grito de asombro y casi cayó de espaldas.

—¡No puede ser! ¡No hay ninguna explicación lógica de esta combinación!

Incorporándose, volvió a mirar por el visor, ajustando delicadamente el objetivo.

El Maestro Idarolan tenía el ojo pegado a su propio visor.

—Yo sólo veo a las Hermanas del Alba en su posición habitual. En el sitio en que suelen estar siempre.

—Pero no pueden ser ellas. Están juntas. Las estrellas no suelen congregarse tan apretadamente. Están siempre muy distantes.

—¡Déjame echar un vistazo, hombre!

El Herrero casi brincaba de ansiedad por echar una ojeada con el instrumento. Wansor, vacilante, lo dejó hacer, insistiendo en la imposibilidad de lo que estaba viendo.

—¡N'ton, tus ojos son más jóvenes!

El Marino le pasó su visor al caballero bronce, que lo aceptó en el acto.

—Veo tres objetos redondos —anunció Fandarel con voz de trueno—, objetos metálicos y redondos. Esto no son estrellas, Wansor —dijo, mirando al angustiado Astrónomo—. ¡Se trata de cosas!

Robinton, casi empujó al Herrero a un lado, y pegó la vista al visor, jadeando.

—Son redondos. Y brillan. Como el metal, no como las estrellas.

—Una cosa es segura —dijo Piemur irreverentemente—, ahora has encontrado huellas de nuestros antepasados en el Meridional, Maestro Robinton.

—Tu observación es totalmente correcta —dijo el Arpista con un tono tan peculiar, que Jaxom dudó de si aquel hombre estaría aguantando la risa o pasando miedo.— Pero no se trata en absoluto de lo que yo tenía en mente y que tú ya sabes.

Todos los presentes fueron mirando por turno por el visor de Wansor, ya que el del Maestro Idarolan no tenía la suficiente potencia. Todo el mundo estuvo de acuerdo con el veredicto de Fandarel: las Hermanas del Alba no eran estrellas. E igualmente indiscutible era su redondez, y su condición de objetos metálicos que, al parecer, permanecían inmóviles en el firmamente. Incluso las lunas, en diversas observaciones, presentaban caras diferentes a Pern en el curso de sus ciclos regulares.

F'lar y Lessa, y también F'nor, fueron llamados para que acudieran con toda urgencia antes de que terminara la aparición nocturna de las Hermanas del Alba. La irritación inicial de Lessa ante aquella llamada se disipó cuando vio el fenómeno. F'lar y F'nor monopolizaron el instrumento durante el breve tiempo en que los peculiares objetos siguieron siendo visibles en el cielo que oscurecía rápidamente.

Mientras Wansor trataba de realizar cálculos en la arena, Jaxom y Piemur sacaron a toda prisa una mesa y algunos instrumentos de dibujo. El Maestro Astrólogo escribió febrilmente durante algunos minutos, y luego se quedó estudiando el resultado obtenido como si supusiera un enigma más inescrutable todavía. Perplejo, pidió a Pandarel y a N'ton que comprobaran si había error en sus cifras.

—Si no hay error, ¿cuál es tu conclusión, Maestro Wansor? —preguntó F'lar.

—Esas... esas cosas están estacionadas. Se mantienen en la misma posición sobre Pern todo el tiempo. Como si siguieran el movimiento del planeta.

—Esto probaría —dijo Robinton, impasible —que son objetos fabricados por el hombre.

—Esta es mi conclusión precisamente —Wansor no parecía del todo seguro—. O sea, que fueron construidos para que permanecieran siempre donde están.

—Y nosotros no podemos ir hasta allí —dijo F'nor, en un murmullo de queja.

—¡No se te ocurra, F'nor! —dijo Brekke, con tal vehemencia que F'lar y el Arpista rieron suavemente.

—Fueron hechas para quedarse allí —dijo Piemur—, pero no pueden haber sido fabricadas aquí, ¿o crees que sí, Maestro Pandarel?

–Lo dudo. Los documentos hablan de muchas cosas extraordinarias hechas por el hombre, pero no hay mención alguna sobre estrellas.

—Pero los documentos dicen que hubo hombres que llegaron a Pern... —Piemur miró al Arpista, esperando su confirmación—. Quizás usaran esas cosas para viajar desde algún otro sitio, algún otro mundo, para llegar a éste. ¡A Pern!

—Con todos los mundos y los cielos que tenían para elegir —dijo Brekke, rompiendo el reflexivo silencio que siguió a la conclusión de Piemur—, ¿por qué eligieron Pern?

—Si hubieras visto todo lo que he visto yo últimamente —replicó Piemur, impasible—, sabrías que Pern no es, en definitiva, un mundo tan malo... ¡prescindiendo del peligro de las Hebras!

—Algunos de nosotros nunca podrán olvidarlo. —contestó F'lar, en tono hosco.

Menolly le dio un fuerte codazo en las costillas a Piemur pero F'lar sólo llegó a reír cuando Piemur se dio cuenta de pronto de la falta de tacto de su observación.

—Esta es una posibilidad desconcertante —dijo Robinton, mientras sus ojos barrían el cielo nocturno como si fueran a revelarse más misterios—. Me refiero a poder ver los vehículos que trajeron a nuestros antepasados a este mundo.

—Un buen tema para hacer algunas reflexiones tranquilas, ¿eh, Maestro Robinton? —preguntó Oldive, con una leve sonrisa en su rostro y recalcando lo de tranquilas.

El Arpista hizo un gesto de impaciencia, como para alejar la idea.

—Bien, señor, difícilmente podrías ir allá —dijo el Médico.

—No puedo —concedió el Maestro Robinton. Y luego, ante el desconcierto de los presentes, extendió de repente el brazo derecho señalando hacia las Tres Hermanas.— Zair, mira aquellos objetos redondos en el cielo. ¿Puedes llegar hasta allí?

Jaxom contuvo el aliento, sintiendo la rigidez del cuerpo de Menolly junto a él, y se dio cuenta de que ella tampoco respiraba. Oyó el grito agudo y rápidamente ahogado de Brekke. Todo el mundo miraba a Zair.

El pequeño bronce estiró la cabeza hacia los labios de Robinton, e hizo un suave y enigmático ruido con la garganta.

—Zair, las Hermanas del Alba... —repitió Robinton—. ¿Irías allí?

Zair alzó la cabeza mirando a su amigo. Estaba claro que no entendía lo que le preguntaban.

—Zair, ¿la Estrella Roja?

El efecto de esta pregunta fue instantánea. Zair desapareció con un grito de temor, y los lagartos de fuego que dormían junto a Ruth despertaron y siguieron el mismo camino.

—Esto parece una respuesta a ambas preguntas —dijo F'lar.

—¿Qué dice Ruth? —susurró Menolly, al oído de Jaxom.

—¿Sobre las Hermanas del Alba o sobre Zair?

—Sobre cualquiera de los dos.

—Ha estado durmiendo —respondió Jaxom, tras consultar a su dragón.

—¡Durmiendo!

—Bueno. ¿Qué se imaginó Beauty antes de marcharse?

—¡Nada!

A pesar de pasarse toda la velada en debates y discusiones sobre el tema, los humanos no resolvieron ninguna de las dos cuestiones. Probablemente, Robinton y Wansor hubieran continuado la conversación durante toda la noche, de no ser porque el Maestro Oldive deslizó sigilosamente algo en el vino de Robinton.

Nadie le había visto, y en un momento en que el Maestro Robinton estaba discutiendo enérgicamente con Wansor de repente se derrumbó sobre la mesa. Apenas hundió la cabeza, entre los brazos, empezó a roncar.

—No puede descuidar la salud por culpa de la discusión —observó el Maestro Oldive, haciendo una seña a los dragoneros para que le ayudaran a llevarlo a la cama.

Con esto terminó la velada. Los dragoneros volvieron a sus Weyrs, y Oldive y Fandarel a sus respectivos Talleres. Wansor se quedó allí. Ni toda una escuadrilla de dragones hubiera podido sacarle del Fuerte de la Cala.

En un alarde de tacto, los presentes habían decidido no difundir la verdadera naturaleza de las Hermanas del Alba, al menos hasta que Wansor y los otros astrónomos hubieran tenido ocasión de estudiar el fenómeno y llegar a alguna conclusión que no alarmara a la gente.

F'lar comentó que ya habían tenido últimamente suficientes sustos. Algunos quizá llegaran a creer que aquellos objetos inofensivos eran un peligro, tanto como lo era la Estrella Roja.

—¿Peligro? —había exclamado Fandarel—. Si existiera algún peligro procedente de esas cosas, ya lo hubiéramos sabido hace muchas Revoluciones.

F'lar estuvo inmediatamente de acuerdo con aquel punto de vista, pero no obstante, dada la tendencia general a creer que todo desastre procedía de cuerpos celestes, era mejor ser discreto.

F'lar accedió a enviar a alguien que pudiera desplazarse de Benden, para ayudar en la investigación en curso. El Caudillo del Weyr se daba cuenta de que era mucho más importante que nunca descubrir todo lo relacionado con el Meridional.

Jaxom metió las piernas entre las sábanas, e intentó no deprimirse ante la perspectiva de otra invasión del Fuerte de la Cala, justo ahora que pensaba que él y Sharra se quedarían solos por algún tiempo.

¿Quizás ella le había estado evitando? ¿O eran simplemente las circunstancias, que se habían interpuesto? ¿Circunstancias como la llegada prematura de Piemur al Fuerte de la Cala? La preocupación por el Maestro Robinton, la necesidad de explorar, que los dejaba demasiado cansados para hacer algo más que derrumbarse sobre las pieles de los lechos, la llegada de medio Pern para construir el Fuerte para el Arpista, luego, la llegada de éste... ¡Y ahora esto!

No, Sharra no le había estado evitando. Ella estaba allí. Su risa maravillosa, fecunda, un tono por debajo de la de Menolly, su rostro, a menudo oculto por su cabello oscuro, que se le escapaba del pasador con que lo sujetaba...

Deseó intensamente que el Fuerte de la Cala no fuera invadido de nuevo, un deseo bastante estéril, pues no tenía control alguno sobre lo que iba a ocurrir allí. Su cargo era el de Señor de Ruatha, no de la Cala. Si aquel sitio pertenecía a alguien, era al Maestro Robinton y a Menolly, en virtud de haber sido arrastrados por una tormenta hasta aquel lugar.

Jaxom suspiró. Su conciencia le remordía. El Maestro Oldive había considerado que su recuperación de los efectos de la «cabeza de fuego» era total. Así que podía ir por el ínter. El y Ruth podrían volver al Fuerte de Ruatha. Debía retornar allí. Pero no lo deseaba, y no solamente a causa de Sharra.

No creía que lo necesitaran en Ruatha. Lytol se bastaba para administrar el Fuerte como siempre lo había hecho. Y a Ruth tampoco lo necesitaban para luchar contra las Hebras, ni en Ruatha, ni en el Weyr de Fort. En Benden habían vacilado pero F'lar aclaró que el dragón blanco y el joven Señor de Ruatha no debían correr riesgo alguno.

Jaxom se dio cuenta, de repente, de que no había prohibición alguna que coartara su exploración. De momento, nadie había propuesto su vuelta a Ruatha. Le produjo cierto alivio pensar en eso, aunque no le alegrara en absoluto la idea de que al día siguiente F'lar enviaría caballeros; caballeros cuyos dragones podían volar mucho más rápidamente y llegar más lejos que su Ruth; caballeros que podrían llegar a la montaña antes que él; caballeros que podrían descubrir aquellas huellas que Robinton creía que existían en algún lugar del interior del Continente Meridional; y por último, caballeros que podían ver a Sharra la belleza y las cualidades que lo habían atraído a él.

Intentó no pensar en aquello, encontrar una posición cómoda, y dormirse de una vez. Era posible que los planes de Robinton referentes a él, a Sharra, a Menolly y a Piemur no fueran revisados. Y, como Piemur no cesaba de recordarles, los dragones eran útiles para un reconocimiento aéreo, pero todavía era necesario atravesar el terreno a pie para conocerlo verdaderamente. F'lar y Robinton bien podrían disponer que los dragoneros se desplegaran y cubrieran todo el territorio que les fuera posible, dejando a los exploradores que continuaran el camino hacia la montaña.

Entonces, Jaxom se confesó a sí mismo su deseo de ser el primero en llegar a la montaña. Aquel cono simétrico y estático, le había impulsado, enfermo y con fiebre, a regresar a la Cala, y había presidido sus horas de debilidad, irrumpiendo como una dramática pesadilla en sus sueños. Deseaba ser el primero en llegar, por irracional que aquella idea pudiera ser.

Siguió con sus reflexiones hasta que cayó en el sueño. Pero aquellas escenas obsesivas volvieron a aparecer en medio de él: nuevamente surgió la montaña en erupción, y uno de sus costados vomitaba rocas con llamaradas rojo-anaranjadas que sacudían regularmente el aire, mientras ardientes ríos de lava derretida caían a su lado. De nuevo, Jaxom era a la vez el asustado protagonista y el observador indiferente. Luego, el rojo muro empezó a derrumbarse hacia él, cayéndole tan cerca de los talones, que pudo sentir que su aliento ardiente le rozaba los pies...

¡Se despertó! El sol naciente caía oblicuamente a través de los árboles, acariciando su pie derecho, que sobresalía por una rendija. ¡El sol naciente!

Sintió que necesitaba a Ruth. Su dragón seguía durmiendo en el claro del viejo refugio, en el que se había dispuesto una extensión de arena para que se acomodara.

Jaxom miró de reojo a Piemur, que dormía hecho un perfecto ovillo, con ambas manos apoyadas sobre su mejilla derecha. Se deslizó fuera de su lecho, sin hacer ruido, abrió la puerta y, con las sandalias puestas, salió de puntillas por la cocina. Ruth se movió levemente cuando pasó por su lado, haciendo caer a dos de los lagartos de fuego instalados sobre su lomo.

Jaxom se detuvo, inquieto por algo que llamó su atención. Fijó la vista en Ruth, y luego miró a los lagartos de fuego.

Ninguno de los que se acurrucaban junto a su amigo llevaba banda.

Le tendría que preguntar a Ruth cuando despertara si los lagartos de fuego meridionales dormían siempre con él. Si era así, aquellos sueños podían ser de ellos, o viejas memorias recordadas por la presencia humana. ¡Aquella montaña! No, desde aquel lado, se veía un cono perfecto, no deformado por ninguna erupción.

Tan pronto como llegó a la playa, miró hacia arriba por si podía divisar las Hermanas del Alba, pero era ya demasiado tarde para observar su aparición matutina.

Los dos visores estaban colocados en sus estructuras; el de Wansor, cubierto cuidadosamente con pieles de wherry para protegerlo del rocío, y el de Idarolan, guardado en su funda de cuero. Sonriendo ante la futilidad de su idea, Jaxom no pudo resistir el impulso de destapar el de Wansor y mirar el cielo con él. Volvió a cubrir cuidadosamente el instrumento, y se quedó parado, mirando hacia el Sudeste, hacia la montaña.

En su sueño, el cono había estallado. Y había dos laderas en aquella montaña. De repente, con gesto decidido, sacó el visor del Marino de su funda. Aunque podía obtener una visión mejor con el de Wansor, no deseaba alterar su cuidadoso enfoque. Además, el de Idarolan era lo suficientemente
potente para lo que él necesitaba. Aunque no le pudo mostrar lo que Jaxom casi esperaba ver. Pensativo, cubrió el aparato. Ahora podía ir por el ínter. Además, estaba a las órdenes del Maestro Robinton para explorar las tierras del Meridional. Y lo que era más importante: ¡quería ser el primero en llegar a aquella montaña!

Se puso a reír. Aquella aventura era menos peligrosa que la de la devolución del huevo. El y Ruth podrían ir por el ínter y volver antes de que nadie en el Fuerte de la Cala se diera cuenta de cuáles eran sus intenciones. Sacó el visor de su soporte. Iba a necesitar llevárselo. Cuando él y Ruth estuvieran en el aire, tendría que echar una buena ojeada a la montaña, para encontrar un punto hacia el cual Ruth pudiera dirigirse con segurdad por el ínter.

Giró sobre sus talones, y retrocedió sorprendido. Piemur, Sharra y Menolly, de pie y en fila, le estaban observando.

—Dinos, Señor Jaxom, ¿qué viste por el visor del Marino? ¿Quizá una montaña? —preguntó Piemur, mostrando todos sus dientes en una amplia sonrisa.

Beauty, colocado sobre el hombro de Menolly, empezó a gorjear.

—¿Ha visto lo suficiente? —preguntó Menolly a Piemur, ignorando a Jaxom.

—¡Yo diría que sí!

—No habrá pensado en ir sin nosotros, ¿verdad que no? —preguntó Sharra.

Se quedaron mirándolo con expresión de burla.

—Ruth no puede llevar a cuatro.

Ninguno de vosotros es gordo. Me las apañaría, dijo el dragón.

Sharra rió. Se tapó la boca para silenciar el ruido, y dirigió un dedo acusador hacia él:

—¡Apostaría cualquier cosa a que Ruth ha dicho que podría! —les dijo a los otros dos.

—Y yo apostaría a que tiene razón. —Menolly no apartaba la vista de la cara de Jaxom—. Creo que es mucho mejor que cuentes con ayuda en esta aventura —dijo, dando a las dos últimas palabras un tono significativo.

—¿Esta aventura? —Piemur le hizo eco, alerta como siempre a los matices del habla.

Jaxom apretó los dientes, mirándola:

—¿Estás seguro de que puedes llevar a cuatro? —le preguntó a Ruth.

El dragón salió a la playa, con los ojos brillantes de excitación.

He tenido que volar continuamente durante estos últimos días. Esto me ha dado un gran vigor. Y ninguno de vosotros es pesado. La distancia no es grande. ¿Vamos a ver la montaña?

—Está claro que Ruth está dispuesto —dijo Menolly—, pero si no nos decidimos pronto... —hizo un gesto, señalando hacia el Fuerte—. Vamos, Sharra, cojamos los arreos de volar.

—Tengo que preparar correas para que podamos volar los cuatro.

—Pues hazlo.

Menolly y Sharra corrieron hacia las arenas.

Las cuerdas de caza estaban muy a mano, y Jaxom y Piemur ya las habían colocado cuando volvieron las muchachas con las chaquetas y los yelmos. Jaxom fijó en el equipaje el visor de marinero y se hizo mentalmente la promesa de volver rápidamente para que su propietario no tuviera tiempo de darse cuenta de la desaparición del aparato.

Ruth tuvo que hacer un esfuerzo para alejarse de la playa, pero, una vez en el aire, le aseguró a Jaxom que estaba volando sin dificultades. Viró hacia el Sudeste, y Jaxom enfocó el distante pico con el visor.

A pesar de la distancia, pudo distinguir que no habían señales de destrozos en el cono. Fue graduando el visor hasta que pudo ver, clara y detalladamente un risco cerca de la montaña.

Jaxom le preguntó a Ruth si visualizaba el objetivo. Ruth le aseguró que podía y, antes de que Jaxom pusiera alguna objeción, los llevó por el ínter.

De repente, se encontraron sobre el risco, respirando con dificultad. Apenas tenían aliento, debido al increíble contraste entre el frío del ínter y los meses que habían estado tostándose bajo el sol tropical, y debido también al espectacular panorama que se extendía ante ellos.

Tal como había dicho Piemur en una ocasión, las distancias eran engañosas. La montaña se alzaba sobre una alta meseta que estaba a miles de longitudes de dragón por encima del mar. A mucha distancia bajo ellos, una amplia y brillante entrada cortaba las altas rocas, estaba cubierta de hierba sobre la ladera de la montaña y densademente poblada de árboles.

Al Sur, se alzaba una extensión plena de montañas altas como torres, con sus cumbres cubiertas de nieve y envueltas en la niebla. Era como una barrera entre el Este y el Oeste.

La montaña, aún a gran distancia de ellos, dominaba la escena.

—¡Mira! —Sharra señaló súbitamente a su izquierda, en dirección al mar—. Hay más volcanes. ¡Y algunos están echando humo!

Tachonando el mar abierto, una larga cadena de cumbres de picos se extendía hacia el Nordeste; algunos con enormes islas a sus pies, y otros, simples conos que emergían del agua.

—¿Me prestas el visor, Jaxom? —Piemur le cogió el instrumento y miró por él—. Sí —comentó despreocupadamente mientras echaba una ojeada—, hay dos que están en actividad. Pero quedan bastante lejos. No hay peligro.

Luego, volvió el visor hacia la hilera de montañas, moviendo suavemente la cabeza al cabo de un momento.

—Podría ser la misma barrera de montañas que yo vi al Oeste. —Su voz sonaba insegura—. ¡Se tardan meses en llegar allí! ¡Y hace frío!

Al poco rato, devolvió el visor.

—Un chisme útil, éste. El agua penetra más hacia el interior de la zona. Idarolan podría remontarla fácilmente en su barco, si quisiera.

Le volvió a tender el visor a Jaxom, y miró frente a sí, a la montaña.

—Esta es la vista más hermosa que existe —dijo Sharra, dando un largo suspiro.

—Debió ser el otro lado el que saltó por los aires —dijo Jaxom, más para sí mismo que para los demás.

—¿El otro lado? —preguntaron a la vez Sharra y Menolly, mientras Jaxom pudo sentir cómo Piemur estiraba el cuello detrás de él.

—¿Soñaste también, anoche? —preguntó Jaxom.

—¿Qué demonios crees que nos despertó a tiempo de oírte cuando te deslizabas hacia afuera? —preguntó Menolly, con voz ligeramente aguda.

—Bueno, veamos el otro lado —dijo Piemur, como si sólo estuviera sugiriendo ir a nadar.

—¿Por qué no? —replicó Sharra, con la misma despreocupación.

Me gustaría ver el sitio de mis sueños, dijo Ruth, y, sin esperar respuesta, se lanzó al aire desde la cresta.

Jaxom oyó a Menolly y a Sharra lanzar una exclamación de sorpresa, y se alegró de haber asegurado las correas de vuelo. Ruth pidió disculpas, pero Jaxom no tuvo tiempo de aceptarlas, pues el dragón blanco se lanzó dentro de una corriente de aire caliente que se los llevó hacia lo alto, por encima de la amplia entrada.

Cuando el dragón estabilizó su vuelo, Jaxom usó el visor y pudo encontrar una formación rocosa bastante peculiar sobre la elevación del Norte. Le pasó a Ruth la visualización. Y

pasaron al ínter. Al salir de él, se encontraron girando por encima de la formación rocosa, y la montaña pareció dirigirse vertiginosamente hacia ellos durante varios alientos.

Ruth recobró su velocidad de vuelo, y viró más hacia el Norte, aleteando con fuerza y trazando un amplio arco hacia la cara Este de la montaña.

Por un momento, todos ellos quedaron deslumhrados por el brillo del sol naciente, que había quedado oculto por la montaña. Ruth cambió de dirección hacia un cadena de montes más al Sur.

Ante ellos se abría la mayor extensión de tierra que Jaxom hubiera visto jamás... mucho más grande que las llanuras de Telgar o el desierto de Igen. Su mirada fue rápidamente atraída hacia abajo por la espectacular visión de la montaña.

Aquella visión le resultó muy familiar a Jaxom, después de tantas noches de intranquilidad y de sueños desenfocados. ¡La ladera Este de la montaña había desaparecido! El gran cráter parecía gruñir, con su ángulo izquierdo derribado.

La mirada de Jaxom siguió aquella línea y vio, en el flanco del Sudeste, otros tres cráteres de volcán, en una especie de diabólica prolongación del mayor. La lava se deslizaba, al Sur, hacia unas llanuras que parecían rodar.

Ruth seguía alejándose instintivamente de la montaña, hacia el valle, más acogedor.

Jaxom había estando admirando y recreando sus ojos en el aspecto nórdico de aquel volcán, luego se volvió hacia los malévolos dientes de la ladera que habían visto primero, la ladera de sus pesadillas.

No hizo otra cosa que anticiparse a las palabras de Ruth:

Conozco este sitio. ¡Ellos dicen que aquí es donde estaban sus hombres!

Como expulsados por una luz solar, varios lagartos de fuego se lanzaron en picado, apartándose de la línea de vuelo de Ruth. Eran Beauty, Meer, Talla y Farli, que habían ido sobre los hombros de sus amigos hasta aquel increíble lugar, y que ahora despegaban, separándose de ellos.

—¡Mira, Jaxom, mira allá abajo! —chilló Piemur, tocándole el hombro y señalando frenéticamente hacia un punto por debajo de la pata delantera izquierda de Ruth.

El sol de la mañana daba a los contornos un audaz relieve. Contornos regulares, y líneas rectas formando curiosos espacios en lugares donde no era natural que hubiesen espacios vacíos.

—¡Esto es lo que el Maestro Robinton anda buscando! —dijo Jaxom, sonriéndole a Piemur, que se había vuelto para llamar la atención de las chicas hacia el suelo.

Jaxom jadeó, presionando a Ruth con las piernas para que girara hacia el Nordeste. Sintió como Piemur se agarraba a sus hombros, cuando se dio cuenta de lo que estaba viendo. Miraban hacia donde la neblina de los distantes y humeantes volcanes del mar se unía a una niebla gris procedente de los cielos... ¡las Hebras!

—¡Las Hebras!

¡Las Hebras! Antes de que Jaxom pudiera indicárselo, Ruth se los había llevado ágilmente al ínter. Al instante siguiente estaba planeando sobre la Cala, en cuyas playas estaban ya preparados cinco dragones. Los pescadores del Maestro Idarolan se movían a toda prisa desde la costa hacia el barco, colocando placas de pizarra sobre un andamio para proteger las cubiertas de madera de la Caída de las Hebras.

Canth pregunta dónde hemos estado. Debo masticar pedernal inmediatamente. Los lagartos de fuego van a ayudar a proteger el barco. Todo el mundo está disgustado con nosotros. ¿Por qué?

Jaxom le pidió a Ruth al aterrizar junto al pedernal apilado en la playa, que los dejara y que empezara a masticarlo.

—¡Tengo que encontrar a Estúpido! —Piemur saltó a la arena y salió corriendo hacia el bosque.

—¡Dame el visor del Maestro Idarolan —le dijo Menolly a Jaxom—. He visto su rostro y, aunque no sé si es por su visor, está disgustado por algo.

—Aguantaré la tormenta en el Fuerte de la Cala —le dijo Sharra a Jaxom, sonriéndole y cogiéndolo del brazo en un gesto de confianza—. ¡No pongas esa cara tan deprimida! No me hubiera perdido esta salida matinal, ni siquiera a riesgo de recibir un sermón de Lessa.

Hemos estado explorando el Meridional tal como nos lo ordenó el Arpista, anunció Ruth de repente, alzando la cabeza y mirando a los otros dragones. Hemos regresado a tiempo para luchar contra las Hebras. No hemos hecho nada malo.

Jaxom dio un respingo, sorprendido por la determinación del tono de Ruth, sobre todo porque estaba seguro de que el dragón blanco estaba contestando a Canth, que les miraba con ojos centelleantes. Jaxom vio a Lioth junto a Canth, Monarth y dos pardos más de Benden, a los que no conocía.

Sí, volaré de acuerdo con vuestro plan, dijo Ruth, respondiendo de nuevo a palabras que Jaxom no oía, tal como lo he hecho anteriormente. Tengo suficiente pedernal para llamear. Las Hebras ya casi están sobre la Cala.

Alzó la cabeza hacia Jaxom, y su caballero saltó sobre su cuello, aliviado de que la inminencia de las Hebras aplazara un enfrentamiento con F'nor o con N'ton. Aunque Jaxom se dio cuenta de que eso no significaba que él obrara erróneamente.

Hemos hecho lo que el Arpista nos dijo que hiciéramos, dijo Ruth mientras se lanzaba hacia lo alto. Nadie nos dijo que no voláramos a la montaña hoy. Y yo celebro que lo hayamos hecho. Ya no me desazonarán los sueños, ahora que he visto el sitio. Y luego, añadió con cierta sorpresa: Brekke no cree que estés lo bastante fuerte para volar contra las Hebras el primer día de tu permiso para ir por el Ínter. ¡Tienes que decirme si te cansas!

Nada hubiera hecho a Jaxom admitir que se fatigaba, después de aquellas palabras, aunque hubieran volado durante las cuatro horas de Caída. El encuentro con las Hebras se produjo tres calas más hacia el Este. Ruth y Jaxom volaron por encima y por debajo, entre los otros cinco que fijaron la trama triangular de Este a Oeste.

Jaxom esperaba que Piemur hubiera logrado poner a salvo a Estúpido. Al cabo de un momento, Ruth le comunicó que Farli decía que la bestia estaba en el porche del Fuerte de la Cala. Y estaba lista para llamear a cualquier Hebra que atacara el Fuerte.

Mientras pasaban por encima de la Cala, Jaxom se dio cuenta de que los altos mástiles de la Hermana del Alba parecían vomitar fuego, y luego comprendió que debían haber otros lagartos de fuego protegiendo el barco. Parecía que hubiera una buena cantidad de ellos llameando. ¿Acaso los lagartos meridionales habían unido sus fuerzas a los que llevaban bandas? ¿Habían decidido, por cualquier razón, ayudar a los hombres?

No tuvo tiempo para especular más al respecto, sumido en los descensos, picados y llameados de la Caída de Hebras. Cuando la lluvia plateada quedó reducida a cenizas, estaba ya muy fatigado, y Canth bramó la señal de retorno.

Ruth viró hacia el Este y Jaxom vio a F'nor hacer una señal: Bien hecho. Entonces, emprendieron el regreso a la Cala.

Jaxom hizo aterrizar a Ruth sobre la parte más estrecha al Oeste de la playa, a fin de dejar a los dragones más grandes mayor espacio. Se deslizó del lomo de Ruth, palmeando su cuello húmedo de sudor, y estornudó cuando el humo del pedernal le dio en la cara. Ruth tosió.

Cada vez mastico mejor. No me ha quedado ninguna llama. Alzó la cabeza, mirando a Canth, que había aterrizado junto a ellos. ¿Por qué está disgustado F'nor? Hemos volado bien. No se nos ha escapado ninguna Hebra.

Ruth volvió la cabeza hacia su caballero, y sus ojos empezaron a centellear más rápidamente, adquiriendo un tono amarillo.

No entiendo, dijo resoplando, mientras los humos del pedernal hacían toser a Jaxom.

—Jaxom. ¡Tengo que hablar unas palabras contigo!

F'nor avanzó a zancadas por la arena, hacia él, mientras se desabrochaba la chaqueta y se quitaba el yelmo con gesto de disgusto.

-¿Sí?

—¿Dónde ha estado tu gente esta mañana? ¿Por qué te fuiste sin decir nada a nadie? ¿Qué tienes que decir en tu disculpa por volver cuando la Caída estaba tan próxima? ¿O es que habías olvidado que hoy iban a caer las Hebras?

Jaxom se quedó mirando a F'nor. El rostro del caballero pardo estaba sofocado de furia y de fatiga. Era la misma rabia fría que se había apoderado de Jaxom aquel día, hacía ya tiempo, en su propio Fuerte. Jaxom se encogió de hombros y levantó más la cabeza. Sus ojos estaban a la altura de los de F'nor, un detalle que él, hasta entonces, no había tenido en cuenta. No podía, no iba a permitirse perder el control de sí mismo como aquella vez en Ruatha.

—Estábamos listos para las Hebras cuando cayeron, caballero pardo —respondió con calma, y añadió—: Mi deber como dragonero era proteger el Fuerte de la Cala. Y lo cumplí. Ha sido un honor y un placer volar con Benden.

Hizo una ligera reverencia, y tuvo la satisfacción de ver cómo la furia en el rostro de F'nor daba paso a la sorpresa.

—Estoy seguro de que, a estas horas, los otros ya habrán informado al Maestro Robinton de lo que descubrimos esta mañana. Y tú, al agua, Ruth. Me complacerá responder a todas tus preguntas, F'nor, cuando haya lavado a Ruth.

Y, haciéndole una segunda reverencia a F'nor, que le miraba perplejo, se quitó, sudoroso, los arreos de montar, dejándose puestos solamente los pantalones cortos, más prácticos para soportar el calor.

F'nor seguía aún mirándolo fijamente cuando echó a correr y se zambulló limpiamente en el agua, saliendo a flote junto a su dragón blanco, que chapoteaba.

Ruth se removía, echando agua como una fuente, sobre la cabeza de él, y sus ojos, semicerrados, brillaban con un tono verdoso por debajo del agua.

Canth dice que F'nor está confuso. ¿Qué dirías que puede poner a un caballero pardo en tal estado?

—Algo que no esperaba oír de un dragonero blanco. ¡No te puedo lavar si no paras de moverte!

Estás de malhumor. Vas a despellejarme rascando tan duramente.

—Estoy furioso, pero no contigo.

¿Y si nos fuéramos a nuestro lago? La pregunta de Ruth era tentadora, y volvió la cabeza hacia su caballero de manera apremiante.

—¿Para qué necesitamos un lago helado, si tenemos todo un océano? Sólo estoy disgustado con F'nor. ¡Es como si aún siguiera enfermo o fuera un niño que necesita de un vigilante! He combatido a las Hebras contigo y sin ti. Si ya tengo edad suficiente para hacerlo, no tengo que dar cuenta a nadie de mis movimientos, por ningún motivo.

¡Olvidé que las Hebras caerían hoy!

Jaxom no tuvo más remedio que reírse ante aquella humilde confesión de Ruth.

Eso es lo que hice. Me olvidé. Pero no se lo digas nunca a nadie.

Los lagartos de fuego descendieron para ayudar, y también ellos necesitaban un buen lavado, a juzgar por el olor que sus pieles húmedas despedían. Le riñeron a Ruth mucho más bruscamente que Jaxom cada vez que se hundía demasiado entre las olas mientras trataban de limpiarlo. Entre el
enjambre estaban Meer, Talla y Farli.

Jaxom se puso manos a la obra. Se sentía muy cansado, pero había decidido que, si tenía fuerzas para ello, acabaría de bañar a Ruth. Y luego tendría toda la tarde para descansar.

No lo hizo. Tampoco tuvo que bañar a Ruth él solo. Sharra acudió en su ayuda.

—¿Quieres que me encargue del otro costado? —preguntó, mientras se acercaba por el agua poco profunda hasta donde estaba él.

—Te lo agradecería infinito —respondió él, con una sonrisa y un suspiro de alivio.

Ella le pasó un cepillo manual.

—Brekke los trajo en su equipaje. Pensaba que servirían para lavar dragones y otras cosas. Son de cerdas buenas y duras. Seguro que te gustarán, ¿verdad, Ruth?

Tomó un puñado de arena del fondo, y la extendió por el cuello de Ruth, aplicando luego el cepillo con fuerza. Ruth, con silbidos que se oían a través del agua, manifestó el placer que sentía.

—¿Qué pasó contigo mientras yo estaba combatiendo a las Hebras? —le preguntó él, haciendo una pausa antes de frotar el tronco de Ruth.

—Menolly todavía está respondiendo preguntas. —Sharra lo miró por encima del cuerpo tendido de Ruth; sus ojos brillaban y su sonrisa estaba llena de picardía—. Ella hablaba tan rápidamente que él no la pudo interrumpir, y aún seguía hablando cuando yo me fui. No me di cuenta de si alguien más pudo hablar con el Maestro Arpista. En todo caso, a él se le pasó muy pronto el enfado. ¿Tuviste alguna discusión dura con F'nor?

—Tuvimos... un cambio de impresiones.

—Apostaría que seguiste el mismo camino que hizo Brekke. Yo le dije que habían conseguido ponerte en forma mientras ella estaba ausente. Pero ella actuó como si tú te hubieras levantado de tu lecho de muerte para luchar con una Caída. —Y Sharra, al decir esto, hizo un gesto de burla.

Jaxom se apoyó sobre el lomo de Ruth, sonriéndole, pensando en lo bonita que estaba con aquella expresión maliciosa en los ojos, y las gotas de agua salpicando su rostro a causa de los chapoteos de Ruth. Ella alzó la mirada hacia él, una mirada de interrogación.

—¿Vimos realmente lo que creemos haber visto esta mañana, Sharra?

—Seguro que sí. —Ella le señaló con su cepillo, con expresión severa—. Y tú estabas muy contento de que estuviéramos allí para testimoniar, porque no creo que nadie lo hubiera creído si sólo lo hubieras visto tú. —Hizo una pausa, parpadeando—. No estoy del todo segura de que ellos
nos crean, de cualquier modo.

—¿Quién no nos cree?

—El Maestro Robinton, el Maestro Wansor y Brekke. ¿Es que no oíste lo que te dije?

—No. Te estaba mirando.

Ella sonrió:

—¡ Jaxom!

El rió, mientras ella se ruborizaba notoriamente a pesar del bronceado de su cara y su cuello.

Tengo un fuerte picor donde te apoyas contra mí, Jaxom.

—¿Ves? —dijo Sharra, golpeándole la mano con las cerdas—. Estás descuidando a Ruth de un modo increíble.

—¿Cómo sabes que Ruth me ha hablado?

—Tu cara siempre te delata.

—Dime, ¿adonde va la Hermana del Alba? —preguntó Jaxom, al ver el barco con las velas al viento, avanzando en el mar.

—A pescar, por supuesto. La Caída de Hebras siempre atrae los bancos de peces. Y nuestra escapada de esta mañana va a traer un montón de gente aquí abajo. Necesitaremos mucho pescado para alimentarlos a todos.

Jaxom soltó un gruñido, cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza con desaliento.

—Eso... —Sharra hizo una pausa para recalcar lo que iba a decir— es nuestro castigo por escaparnos sin permiso de esta mañana.

De repente, Ruth salió a toda prisa del agua, mojándolos a ambos.

—¡Ruth!

¡Llegan mis amigos!

El dragón blanco bramó alegremente ante Jaxom, que estaba cegado aún por los salpicones, mientras media escuadrilla de dragones hacía su aparición en el cielo.

Ahí están Ramoth y Mnementh, Tiroth, Gyamath, Branth, Orth...

—¡Son todos los Caudillos de los Weyrs, Sharra!

Ella estaba escupiendo, procurando expulsar el agua que había tragado.

—¡Magnífico! —Pero no parecía muy entusiasmada—. ¡Mi cepillo! —exclamó, y empezó a buscar a su alrededor.

Y Path, Golanth, Drenth, y aquí está él, montado en nuestro dragón vigilante.

—¡Es Lytol! No te muevas, Ruth. Aún tenemos que lavarte la cola.

Tengo que saludar adecuadamente a mis amigos, replicó Ruth, colocando la cola fuera del alcance de Jaxom para sentarse, y empezó a hacer señas al segundo grupo de dragoneros que aparecía por encima de la Cala.

—A lo mejor él no está limpio —dijo Sharra con cierta acritud, mientras empezaba a secarse sus largos cabellos—, pero yo sí lo estoy.

Yo ya estoy limpio. Mis amigos querrán nadar también.

—No cuentes con volver a nadar, Ruth. ¡Hoy vamos a tener mucho trabajo!

—Jaxom, ¿pudiste comer algo? —preguntó Sharra. Y, cuando él negó con la cabeza, ella lo cogió del brazo—. Vamos, rápido. Regresemos antes de que alguien nos atrape.

Se detuvo un momento en la playa para recoger sus arreos de vuelo, y luego los dos subieron rápidamente por la vieja senda hacia la cocina del Fuerte de la Cala. Sharra dio un exagerado

suspiro de alivio cuando descubrió que el lugar estaba vacío. Hizo que Jaxom, se sentara y le sirvió
una copa de klah, con algunos trozos de fruta, y cereal caliente que encontró en una cazuela en la parte de atrás del fogón.

Ambos oyeron las llamadas y exclamaciones de los recién llegados y el profundo tono de barítono de Robinton que respondía a los saludos desde el porche.

Jaxom se levantó a medias de su banco, tragando otro bocado, pero Sharra le empujó de nuevo hacia atrás.

—¡Ya te encontrarán, y antes de lo que crees! ¡Ahora come!

—Ruth está en la playa. —La voz de Lytol se hizo claramente audible—, pero no veo a Jaxom por ninguna parte...

—Sé que está por aquí... —empezó a decir Robinton.

Una flecha de color bronce entró zumbando en la cocina, graznó y salió como una exhalación.

—Entró por aquella puerta, Lytol, en la cocina —dijo Robinton con una carcajada.

—Casi estoy de acuerdo con Lessa —dijo Jaxom, en un susurro de disgusto. Había cogido una enorme cuchara y, llenándola de comida, se la acababa de llevar a la boca, cuando entró Lytol dando zancadas.

—Lo siento, señor —farfulló Jaxom, con la boca llena de comida—. No había desayunado.

Lytol se quedó parado. Sus ojos tenían una mirada tan intensa, que Jaxom sonrió con embarazo, preguntándose si se habría enterado de su excursión de aquella mañana.

—Tienes muchísimo mejor aspecto que la última vez que te vi, muchacho... Hola, Sharra —saludó con una cortesía ausente, mientras cruzaba la distancia que lo separaba de Jaxom para apretar el brazo de éste fuertemente con el suyo. Una sonrisa pugnaba por salir de sus labios, mientras daba un paso atrás—. Estás bronceado y pareces en forma. Bien, ¿cuál ha sido ese jaleo que has organizado hoy?

—¿Organizado? ¿Hoy? ¿Yo? Oh, no, señor. —Jaxom, ahora, no pudo evitar una sonrisa, pues Lytol estaba más divertido que molesto—. Esa montaña lleva ya un buen tiempo ahí. No fui yo quien la creó. Pero deseaba verla, verla de cerca, ¡ser el primero!

—¡Jaxom! —El rugido del Arpista era imposible pasar por alto.

—¿Señor?

—¡Ven aquí, Jaxom!

En las horas que siguieron, Jaxom le agradeció a Sharra que hubiera pensado en hacerle tomar aquel desayuno. No tuvo mucho tiempo para comer nada más. Desde el momento en que entró en la sala principal, los Caudillos de los Weyrs y los Maestros Artesanos lo acosaron a preguntas. Piemur debía haber estado trabajando durante la Caída, porque el Maestro Robinton ya tenía un boceto de la cara sudeste de la montaña que quería enseñarles a los incrédulos visitantes. Tenía también esbozado un mapa, a pequeña escala de aquella parte del Meridional.

A juzgar por el modo, casi rítmico, en que Menolly describió la escapada, Jaxom dedujo que ella ya había repetido el relato varias veces.

Lo que Jaxom retuvo mejor de aquella sesión fue el pesar porque el Maestro Arpista no pudiera haber sido el primero en ver la montaña. Pero si él hubiera tenido que esperar a que el Maestro Oldive le permitiera al Arpista volar por el ínter...

—Ya sé que acabas de luchar en la Caída, ...Jaxom, pero si no le das a Mnementh la visualización... —empezó a decir F'lar.

N'ton estalló en carcajadas, señalando a Jaxom.

—¡Qué mirada, muchacho! ¡F'lar, Jaxom va a ser quien nos guíe! ¡Dale la dirección!

Así fue como Jaxom volvió a ponerse sus correas de vuelo, aún ligeramente húmedas, y despertó a Ruth de su baño de sol en la arena.

A Ruth le complació mucho tener el honor de guiar a los bronces de Pern, y Jaxom apenas pudo disimular, tras una expresión fingida, las emociones que estaba sintiendo. ¡El y el dragón blanco iban a guiar a la gente más importante de Pern!

Jaxom ordenó a Ruth que saltara directamente hacia el lado Sudeste de la Montaña de las Dos Caras. Aquel era su objetivo secreto. De algún modo, deseaba que todos experimentaran plenamente el impacto de aquellas dos facetas, la benigna y la hermosa.

Por las expresiones de los caballeros cuando se detuvieron brevemente en la cresta, pudo ver que había obtenido el efecto deseado. Les dejó tiempo para divisar la Barrera Montañosa, brillando al sol, mostrando sus riscos blancos en el horizonte. Señaló hacia el mar, donde ni las nieblas matinales ni las Hebras oscurecían en aquel momento el grupo de volcanes que serpenteaba hacia el Nordeste, penetrando en el mar, y cuyos humos se alzaban en espirales desde el horizonte en su dirección.

Cuando se lo pidieron, Ruth se remontó a través de la entrada, como había hecho anteriormente, dirigiéndose hacia lo alto antes de dar las coordenadas del siguiente salto por el ínter.

Salieron, pues, por encima de la ancha extensión del costado Sudeste de la Montaña de las Dos Caras, aproximándose tan dramáticamente como nadie hubiera podido desear.

Mnementh apareció de repente por delante y, mientras Ruth informaba a Jaxom, dijo que debían aterrizar. Ruth y Jaxom trazaron círculos cortésmente mientras el gran bronce se posaba cerca de la intersección de algunas de aquellas líneas regulares, tan lejos como le fue posible de los tres conos secundarios.

Uno tras otro, los grandes dragones bronce de Pern fueron posándose sobre el césped, y sus caballeros y pasajeros caminaron con largos pasos por las altas y ondulantes hierbas para unirse a F'lar, que ya había bajado de su montura y estaba cavando con su cuchillo de cinto dentro del borde de una de aquellas curiosas líneas.

—Están cubiertos de polvo y de yerbajos, acumulados durante Revoluciones —dijo, abandonando su intento.

—Los volcanes despiden frecuentemente enormes cantidades de ceniza —dijo T'bor, de las Altas Extensiones. Lo sabía porque habían algunos viejos volcanes en Tillek, formando parte del Weyr de Las Altas Extensiones—. Si todas estas montañas entraran de repente en erupción, habría ceniza
hasta la altura de medio dragón antes de que pudierais llegar a ninguna parte.

Durante una fracción de segundo, Jaxom se sintió amenazado por las cenizas.

La luz del sol quedó en suspenso, y un enjambre de centenares de lagartos de fuego, gorjeando y canturreando, se lanzaron en picado, llegando casi a tocar la cabeza de Mnementh, y volvieron a levantar rápidamente el vuelo.

En medio de gritos de consternación y de sorpresa, Jaxom oyó el mensaje de Ruth.

Son felices. ¡Los hombres han vuelto a ellos!

—Pregúntales por las tres montañas, Ruth. ¿Recuerdan aún cuándo las montañas entraron en erupción?

No había duda de que sí. De repente, no se vio a un solo lagarto de fuego sin banda en el firmamento.

Recuerdan las montañas, dijo Ruth. Recuerdan el fuego por los aires y el fuego que avanzaba por el suelo. Tienen miedo de las montañas. Los hombres tuvieron miedo de las montañas.

Menolly llegó corriendo hasta Jaxom, con el rostro congestionado por la preocupación.

—¿Les ha preguntado Ruth a esos lagartos de fuego por las montañas? Beauty y los otros acaban de tener una disputa. Y ha sido por el tema de estas malditas montañas.

F'lar se acercó a ellos.

—¿Menolly? ¿Qué jaleo era ése que armaban los lagartos de fuego? No vi a ninguno que llevara banda. ¿Es que todos eran meridionales?... Por supuesto que hubo hombres aquí. No nos dicen nada que no supiéramos. Pero, ¿realmente recuerdan lo que dicen? —La voz de F'lar sonaba burlona—. Yo acepto que encontraras a D'ram en la cala gracias a ellos... Era un asunto de veinticinco Revoluciones en el pasado. Pero...

Al no encontrar las palabras adecuadas para expresar su escepticismo, F'lar empezó a gesticular, señalando hacia los volcanes apagados y hacia aquellos signos, que se extendían en toda su longitud, de un poblado primitivo.

—Hay dos juntos, F'lar —dijo Menolly, contradiciendo audazmente al Caudillo del Weyr de Benden—. No hay ningún lagarto de fuego en esta época que haya conocido la Estrella Roja, pero, no obstante, todos ellos tienen miedo de ella. Por otra parte...

Menolly hizo una pausa. Jaxom tuvo la seguridad de que ella había estado a punto de revelar los sueños de los lagartos de fuego sobre el huevo de Ramoth, y se apresuró a cortar el tema.

—Los lagartos de fuego deben poder recordarlo, F'lar. Desde el primer día que llegué a la Cala, me he visto asaltado por sueños turbadores. Al principio, pensé que eran consecuencias de la fiebre de la «cabeza de fuego». Pero la otra noche descubrí que Sharra y Piemur habían tenido pesadillas semejantes... sobre la montaña. Y era sobre este lado, no el que da a la Cala.

—Ruth siempre duerme con lagartos de fuego por la noche —dijo Menolly, apurando el tema—. Podría haber transmitido estos sueños a Jaxom. Y nuestros lagartos de fuego, a nosotros.

F'lar asintió con la cabeza, admitiendo aquella posibilidad.

—¿Y anoche tus sueños fueron más vividos que nunca?

—¡Sí, señor!

F'lar empezó a reír entre dientes, dirigiendo su mirada de Jaxom a Menolly.

—¿Así que esta mañana decidisteis ver si había algo de cierto en estos sueños?

—¡Sí, señor!

—¡Muy bien, Jaxom! —F'lar le dio un golpecito amistoso en la espalda—. Supongo que no puedo acusarte de nada. Yo he hecho lo mismo cuando he tenido la ocasión. Y ahora, ¿qué es lo que vosotros... y estos preciosos lagartos de fuego vuestros... sugerís que hagamos?

—Yo no soy un lagarto de fuego, F’lar. Pero cavaría —dijo el Maestro Herrero, avanzando hacia ellos. Su rostro estaba lleno de sudor, y sus manos, manchadas de hierbas y suciedad—. Hemos de cavar bajo la hierba y bajo la tierra. Hemos de descubrir cómo se las arreglaron para trazar líneas rectas con tal dominio que permanecen Revolución tras Revolución. Cavar, eso es lo que tenemos que hacer.

Y se volvió lentamente, mirando los vanos esfuerzos por cavar que hacían algunos dragoneros.

—¡Fascinante! ¡Realmente fascinante! —El rostro del Herrero resplandecía—. Con vuestro permiso, le voy a pedir al Maestro Minero Nicat que nos preste a algunos de sus artesanos. Necesitaremos cavadores hábiles. También le he prometido a Robinton que volvería inmediatamente y le contaría lo que he visto con mis propios ojos.

—Quisiera irme con F'lar —dijo Menolly—. El Maestro Robinton debe estar impaciente. Zair ya ha estado aquí dos veces.

—Me los llevaré de regreso, F'lar —dijo Jaxom.

De repente, se sintió poseído por un irracional deseo de irse tan grande como el que había sentido aquella mañana por llegar allí.

F'lar no le permitiría a Ruth que volviera a cargar mucho peso. No después de la excursión anterior y de la Caída de las Hebras. Envió al Maestro Fandarel y a Menolly al Fuerte de la Cala con F'lessan y Golanth, con instrucciones del caballero bronce de que se llevara al Maestro Herrero dondequera que él quisiera ir. Y si el deseo de Jaxom de volver lo dejó sorprendido, no dio ninguna muestra de ello.

El y Ruth se fueron antes de que el Herrero y Menolly hubieran montado a Golanth. Volvieron a la Cala, en aquel momento agradablemente vacía de gente. El aire, tibio y sofocante, después de la atmósfera fresca y clara de la Meseta, era como una sábana envolvente y relajante para Jaxom. Tuvo la ventaja de que su retorno no había sido observado, y dejó que Ruth decidiera el lugar para aposentarse.

Allí hacía más fresco y, cuando Ruth hubo tomado tierra, Jaxom, agradecido, se acurrucó entre las patas delanteras del dragón. A los dos alientos, se quedó dormido.

Un leve toque en el hombro lo despertó. Su chaqueta de vuelo se le había caído de los hombros, y sintió un escalofrío.

—Le dije que lo despertaría, Mirrim —oyó explicar a Sharra, con voz disgustada.

—¿Te molesta? Mira, Jaxom, ¡te he traído un poco de klahl. El Maestro Robinton quiere hablar contigo. Has dormido toda la tarde. No podíamos imaginarnos dónde estabas.

Jaxom murmuró algo para sí, deseando de todo corazón que Mirrim se fuera. Le molestaba su intromisión y la idea de que él no tenía derecho a dormir por la tarde.

—Vamos, Jaxom, ya sé que estás despierto.

—Te equivocas. Estoy aún medio dormido. —Y Jaxom se permitió un tremendo bostezo antes de abrir los ojos—. Vete, Mirrim, y dile al Maestro Robinton que iré en seguida a verle.

—¡Quiere verte ahora!

—Me tendrá mucho antes en su presencia si vas y le dices que ahora voy. Y ahora, ¡sal de aquí!

Mirrim arrojó sobre él otra de sus duras miradas, rozó, al pasar, a Sharra y se precipitó escaleras arriba hacia la cocina.

—Eres mi verdadera amiga, Sharra —dijo Jaxom—. Mirrim me pone de malhumor con su actitud. Menolly me dijo que, una vez Path se hubiera apareado, ella mejoraría. Pero no he notado la menor señal de eso.

Sharra estaba mirando a Ruth, que aún seguía dormido, sin mover sus párpados.

—Ya sé qué vas a preguntar... —dijo Jaxom soltando una carcajada, y alzando la mano para contener las palabras de ella—. No normal, un sueño.

—También es normal un lagarto de fuego. —Ella le sonrió, moviendo la cabeza mientras se recogía el cabello—. Fuiste muy astuto al venir aquí a dormir. No hay nadie en la sala. Los lagartos de fuego entran y salen, de la Cala a la Meseta. ¡Están casi histéricos! Nadie puede encontrar sentido a lo que los nuestros dicen o a lo que los Meridionales les cuentan. Y algunos Meridionales saben que estamos aquí.

—¿Y el Maestro Robinton cree que Ruth puede poner orden esto?

—Podría ser. —Ella miró al dragón blanco, que dormía, se quedó un momento pensativa, y añadió—: ¡Pobrecillo! Está muerto de cansancio, con todo lo que ha hecho hoy.

Su agradable voz era como un tierno canturreo, y Jaxom deseó que sus palabras se hubieran dirigido a él. Ella vio cómo la miraba, y enrojeció levemente.

—¡Estoy tan contenta de que hayamos llegado allí los primeros!

—¡Yo también!

—¡Jaxom!

Al oír el grito de Mirrim, ella retrocedió a toda prisa.

—¡Abrázalo!

El cogió a Sharra del brazo y corrió con ella hacia el Fuerte, y no la soltó cuando entraron en la sala principal.

—¿He dormido una tarde, o todo un día? —le preguntó en voz baja, cuando vio los mapas, cartas de navegación, bocetos y diagramas sujetos con tachuelas en las paredes y sobre las mesas.

El Arpista, de espaldas a ellos, estaba inclinado sobre la larga mesa del comedor. Piemur hacía un boceto; Menolly, miraba lo que tenía absorto al Arpista, y Mirrim estaba de pie a un lado, aburrida e irritada. Los lagartos de fuego contemplaban la escena desde las vigas. De vez en cuando, alguno salía de la sala, y otro entraba en picado por la ventana, para ocupar su puesto. Un aroma de pescado asado llenaba el aire, mientras la brisa marina empezaba a hacer soportable el calor del día.

—Brekke se va a poner furiosa con nosotros —le dijo Jaxom a Sharra.

—¿Con nosotros? ¿Por qué? Lo mantenemos ocupado en una tarea sedentaria.

—Para ya de murmurar, Sharra. Jaxom, ven aquí y exponme tu punto de vista sobre lo que los otros me han contado —dijo Robinton, agachándose levemente y mirándolos con el entrecejo fruncido.

—Piemur, Menolly y Sharra han hecho muchas más exploraciones que yo, señor.

—Sí, pero no disponen de Ruth y de sus métodos con los lagartos de fuego. ¿O es que no nos puede ayudar a aclarar sus confusas imágenes?

—Yo estoy dispuesto a ayudar, Maestro Robinton —dijo Jaxom—, pero creo que podrías averiguar más de Ruth y de esos lagartos de fuego de lo que ellos mismos saben.

El Maestro Robinton fue directo.

—¿Puedes explicarte?

—Los lagartos de fuego parecen compartir experiencias conjuntas y violentas, como... —Jaxom señaló hacia la Estrella Roja—, y la caída de Canth, y ahora, por supuesto, la montaña. Pero esos son acontecimientos especiales... no la rutina de cada día.

—Localizaste a D'ram aquí en la Cala —dijo Robinton.

—¡Suerte que tuve! Si hubiera preguntado primero por hombres, nunca me hubieran dado respuesta —replicó Jaxom, con una sonrisa.

—Tampoco tenías apenas detalles al emprender tu primera aventura.

—¿Señor? —Jaxom se quedó mirándolo, mudo de asombro. El Arpista había hablado con tono casual, y sólo había acentuado ligeramente la palabra «primera». Sin embargo, la alusión había sido clara. De algún modo, el Arpista sabía que Jaxom había rescatado el huevo.

Jaxom le lanzó una mirada acusadora a Menolly, cuya expresión era ligeramente perpleja, como si la sutil referencia del Arpista le hubiera sorprendido a ella también.

—He estado pensando en eso, y resulta que tengo mucha información de Zair —siguió diciendo el Maestro Robinton suavemente—, pero no el ingenio necesario para interpretarla tan inteligentemente como lo has hecho tú. Mis felicitaciones, aunque con algún retraso.

E inclinó la cabeza para seguir hablando, como si se tratara de algo sin importancia, dicho de pasada.

—Sí, mis felicitaciones por la manera en que manejaste los hechos. Y ahora, si tú y Ruth podéis poner vuestra fina percepción a la altura del problema del momento, podremos ahorrarnos todos inacabables horas de vanos esfuerzos. Ya lo dije antes, Jaxom: el tiempo está en contra nuestra. Esta meseta —Robinton dio un golpecito a los bocetos que tenía delante— no puede seguir siendo un secreto. Es la herencia de todos los que viven en Pern...

—Pero es el Este, Maestro Robinton, lo que ha de convertirse en tierra de dragoneros —dijo Mirrim, y su voz sonó casi beligerante.

—Por supuesto que sí, mi querida niña —respondió el Arpista suavemente—. Y ahora, si Ruth puede encandilar a los lagartos de fuego lo suficiente para que concentren sus recuerdos...

—Desde luego, lo probaré, Maestro Robinton —dijo Jaxom, ante la mirada expectante del Arpista, pero ya sabes cómo son en lo tocante a... —y señaló hacia lo alto—, y respecto a la erupción, son poco menos que incoherentes.

—Tal como dijo Sharra, el ojo del sueño está desenfocado —intervino Menolly, sonriendo a su amiga.

—Este es mi punto de vista —dijo el Arpista, golpeando fuertemente la mesa con la palma de la mano-—. Si Jaxom a través de Ruth, puede afinar el foco, quizá los que tenemos lagartos de fuego podamos conseguir imágenes claras y útiles de sus mentes, en lugar de esta confusa perspectiva.

—¿Por qué? —preguntó Jaxom—. Sabemos que la montaña tuvo una erupción. Sabemos que la colonización hubo de ser abandonada, y que los supervivientes marcharon al Norte...

—Hay un montón de cosas que no sabemos, y debemos encontrar algunas respuestas, e incluso algún material, como aquel visor que apareció en las salas abandonadas del Weyr de Benden. Dicho instrumento ha mejorado nuestros conocimientos y la comprensión de nuestro mundo y de los cielos que tenemos sobre nosotros. Es posible que incluso encontremos alguna de aquellas máquinas fascinantes de que hablan los antiguos documentos.

Y al decir esto, empujó los bocetos, dejando un mapa al descubierto.

—Hay gran cantidad de desniveles, grandes y pequeños, largos y cortos. Algunos han sido hechos para dormir, para almacenamiento, para la vida en general; otros son muy parecidos a talleres...

—¿Cómo sabemos que los antepasados hacían las cosas del mismo modo que las hacemos nosotros? —preguntó Mirrim—. Almacenamiento, talleres, y todo eso.

—Porque, mi querida niña, ni la naturaleza ni las necesidades humanas han cambiado desde los documentos más antiguos de que disponemos.

—Eso no significa necesariamente que dejaran algo en los desniveles cuando se fueron de la Meseta —dijo Mirrim, dudando abiertamente.

—Los sueños han sido bastante claros en algunos detalles —dijo Robinton, con más paciencia ante la actitud de Mirrim de la que Jaxom hubiera tenido—. La ardiente montaña, la roca fundida y la lluvia de lava abajo. La gente que corría...

Hizo una pausa, mirando expectante hacia los demás.

—La gente aterrorizada —dijo Sharra— no tendría tiempo de llevarse nada consigo. ¡O muy poco!

—Pudieron haber vuelto una vez pasado lo peor de la erupción —apuntó Menolly—. Recuerda aquella vez en el Oeste de Tillek.

—Eso es precisamente lo que iba a decir —aclaró el Arpista, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación.

—Pero, Maestro —siguió diciendo Menolly, confusa—, la ceniza saltó del volcán durante semanas. El valle quedó totalmente cubierto con ellas. —Hizo un gesto con la mano, como abarcando toda una extensión, y añadió—. Y no pudiste ver nada de lo que había quedado allí a causa de los escombros.

—El viento dominante en aquella meseta es del Sudeste, y muy fuerte —dijo Piemur, haciendo un violento gesto alusivo con el brazo—. ¿Supiste cuál era su fuerza allí?

—Esta es precisamente la explicación de que aún quedara algo que pudiéramos ver desde el aire —dijo el Arpista—. Ya sé que es solamente una probabilidad muy remota, Jaxom, pero creo que la erupción cogió a los antepasados totalmente desprevenidos. El por qué es algo que no acabo de ver claro. Unas gentes que podían mantener las Hermanas del Alba en el cielo en posición estacionaria durante quién sabe cuántas Revoluciones, deberían saber lo suficiente para identificar a un volcán en erupción. Mi tesis es que la erupción fue espontánea, totalmente inesperada. Les sorprendió cuando realizaban sus tareas cotidianas en las Cabañas, Fuertes y Talleres. Si consigues que Ruth ajuste esas visiones disparatadas, es posible que podamos identificar cuál de los desniveles fue importante, basándonos en el número de personas que estaban en él o en ellos. Mis condiciones no me permiten ir a la Meseta a efectuar mis propias exploraciones, pero no hay nada que me impida sugerir lo que yo haría si estuviera allí.

—Nosotros seremos tus pies y tus manos —le ofreció Jaxom.

—Y ellos, serán tus ojos —dijo Menolly, señalando a los lagartos de fuego que estaban sobre las vigas.

—Sabía que lo entenderíais —dijo el Arpista, mirando cordialmente a todos los reunidos.

—¿Cuándo te gustaría que lo intentáramos? —preguntó Jaxom.

—¿Mañana sería demasiado pronto? —preguntó el Arpista plañideramente.

—Por mí, perfecto. Piemur, Menolly, Sharra, os necesitaré, a vosotros y a vuestros lagartos de fuego.

—Puedo arreglármelas para ir yo también —dijo Mirrim.

Jaxom captó la expresión ceñuda de Sharra, y se dio cuenta de que la presencia de Mirrim sería tan poco deseada por Sharra como por él mismo.

—No creo que resulte, Mirrim. Path espantaría y alejaría a los lagartos de fuego meridionales.

—¡Oh, no seas ridículo, Jaxom! —replicó Mirrim, rechazando desdeñosamente aquella posibilidad.

—Tiene razón, Mirrim. Fíjate en la Cala ahora mismo. No hay un solo lagarto de fuego que no lleve banda —dijo Menolly, y añadió—: Todos ellos se esfuman en cuanto ven a otro dragón que no sea Ruth.

—Es ridículo. Yo tengo a tres de los lagartos de fuego mejor preparados de Pern...

—Debo darle la razón a Jaxom —dijo el Arpista, sonriendo a modo de sincera disculpa a la muchacha dragonera de Benden—, aunque estoy totalmente de acuerdo en que los tuyos son sin duda los lagartos de fuego mejor preparados de Pern, no tenemos tiempo para esperar a que los Meridionales se acostumbren a Path.

—No hace falta que Path esté presente...

—Mirrim, ya se ha tomado la decisión —dijo Robinton con firmeza, y esta vez no había en sus labios la menor huella de sonrisa.

—Bien, está muy claro. Y puesto que no se me necesita aquí... —sin acabar la frase salió con paso majestuoso de la sala.

Jaxom se dio cuenta de la mirada que el Arpista le dirigió a Mirrim, y se sintió molesto por el alarde de temperamento que ella había hecho. Y pudo ver que Menolly también estaba perturbada.

—¿Es que Path está hoy malhumorado? —preguntó el Arpista en voz baja a Menolly.

—Creo que no, Maestro Robinton.

Zair chilló sobre el hombro del Arpista, y la expresión de éste se mostró preocupada.

—Brekke ha vuelto, y yo debería estar descansando.

Salió a medio correr de la sala, volviéndose unos instantes al llegar a la puerta para llevarse el dedo a los labios, en demanda de discreción, y se metió rápidamente en su dormitorio.

Piemur, con expresión afable, dio un paso a un lado para llenar el hueco que había quedado vacante tan precipitadamente. Los lagartos de fuego entraron zumbando en la habitación, y Jaxom reconoció a Berd y a Grall.

—La verdad es que el Maestro Robinton debía haber descansado —indicó Menolly, trazando nerviosamente rápidos bocetos sobre la superficie de la mesa.

—No ha estado haciendo ningún esfuerzo —observó Piemur—. Proyectar cosas para él es pan comido. Ya estaba a punto de volverse loco de aburrimiento, y las exigencias de Brekke cuando tú no estabas. No es lo mismo que si hubiera estado en la Meseta, cavando zanjas...

—Ya te lo dije, Brekke —F'nor estaba hablando en el porche, mientras él y su compañera de Weyr subían el último escalón—. Te dije que te preocupabas sin motivo alguno.

—Menolly, ¿cuánto tiempo lleva descansando el Maestro Robinton? —preguntó Brekke, avanzando en línea recta hacia la mesa.

—Lo que requiere medio pellejo —replicó Piemur con una sonrisa, señalando el pellejo de vino sobre el respaldo del asiento—, y se ha ido sin la menor protesta.

Brekke lanzó sobre el joven Arpista una mirada larga y escrutadora.

—Yo no me fiaría de ti ni por un momento, Arpista Piemur. —Y luego, añadió, mirando a Jaxom—: ¿Has estado también aquí toda la tarde?

—¿Yo? Ciertamente no. Ruth y yo dormimos hasta que Mirrim nos despertó.

—¿Dónde está Mirrim? —preguntó F'nor, mirando a su alrededor.

—Está fuera, en alguna parte —contestó Menolly, con una voz tan desprovista de tono que Brekke la miró con aprensión.

—¿Mirrim ha estado...? —Brekke apretó los labios, formando una línea delgada en un gesto de desaprobación—. ¡Extraña muchacha! —Y alzó la mirada hacia Berd, que inmediatamente desapareció de la sala.

F'nor estaba doblando los mapas, y movió la cabeza con complacida sorpresa.

—Hacéis el trabajo de veinte —dijo sonriendo a todos los presentes.

—Bueno, esta parte de los veinte ha hecho bastante cantidad de trabajo —dijo Piemur, estirando los brazos hasta que sus articulaciones crujieron—. Y ahora necesito nadar un rato para limpiarme el sudor de la frente y la tinta de los dedos. ¿Quién viene?

Jaxom aceptó la invitación con entusiasmo, así como las dos muchachas y, todavía con la queja de F'nor, diciendo que le abandonaban, sonando en sus oídos, echaron a correr hacia la playa.

Jaxom se las arregló para coger de la mano a Menolly, mientras Sharra y Piemur doblaban el recodo del camino.

—Menolly, ¿cómo lo supo el Maestro Robinton?

Ella había estado riendo, mientras corrían hacia la playa, pero ahora su mirada se ensombreció.

—No se lo dije, Jaxom. No tuve que hacerlo. No sé cuando se le ocurrió. Pero todos los detalles te señalan a ti.

—¿Cómo?

Ella empezó a exponer las razones, contando con los dedos.

—Para empezar, era un dragón el que debía devolver el huevo. Única posibilidad. Y preferiblemente, uno que conociera bien la Sala de Eclosión de Benden. Además, debía ser montado por alguien que necesitara de veras devolver el huevo, y que lo pudiera encontrar. —Aquel último detalle parecía ser el más importante—. Ahora habrá más gente que se imagine que fuiste tú.

—¿Por qué ahora?

—Nadie en el Weyr Meridional devolvió el huevo de Ramoth. —Menolly le sonrió a Jaxom y colocó la mano sobre su mejilla, dándole un afectuoso cachete—. ¡Estaba tan orgullosa de ti, Jaxom, cuando me di cuenta de lo que tú y Ruth habíais conseguido! Tanto más orgullosa, porque mantuvisteis el hecho en secreto. Y era muy importante entonces creer que había sido un caballero meridional el que había sustraído y devuelto el huevo...

—¡Eh, Jaxom, Menolly, vamos! —El grito de Piemur los distrajo de su conversación.

—¿Echas una carrera? —dijo Menolly, volviéndose y saliendo a toda prisa hacia la playa.

Pero no iban a tener mucho tiempo para nadar. El barco del Maestro Idarolan reapareció, con la insignia de un azul intenso colgando del mástil de proa. Brekke les llamó para que ayudaran a preparar el pescado para la cena. No sabía aún cuántos de los que ahora estaban en la Meseta iban a
volver al Fuerte de la Cala para la cena, pero el pescado, una vez cocido, se podía servir en rodajas al día siguiente, dijo ella, ignorando despreocupadamente las protestas de ellos. Envió a Mirrim con provisiones para el Maestro Wansor y N'ton, que tenían la intención de organizar una velada de observación estelar o, como decía Piemur en su estilo irreverente, del Crepúsculo del Alba y Hermanas de la Medianoche.

—¿Qué te apuestas a que Mirrim intenta quedarse aquí por la noche también, para ver si Path mantiene alejados a los lagartos de fuego meridionales? —preguntó Piemur, con una sonrisa maliciosa.

—Mirrim tiene, en efecto, lagartos de fuego bien entrenados —dijo Menolly.

—E incluso se expresan como ella, cuando riñen con cualquiera sea amigo suyo o no —añadió Piemur.

—Bueno, eso no está bien —dijo Menolly—. Y Mirrim es una buena amiga mía...

—Pues tú, que eres su mejor amiga, deberías explicarle que no puede manejar a todo el mundo aquí en Pern.

Cuando Menolly empezaba ya a enfadarse, los dragones comenzaron a sobrevolar la Cala, impidiendo con sus bramidos que nadie pudiera oír otra cosa.

Los dragones no eran los únicos que estaban de buen humor. Una atmósfera de intensa excitación había invadido el atardecer.

Jaxom se alegró de haber dormido la siesta, pues no le hubiera gustado perderse la velada que iba a tener lugar.

Los siete Caudillos de los Weyrs estaban presentes. D'ram era portador de algunas noticias privadas que comunicó a F'lar, sobre los asuntos del Weyr Meridional. N'ton sólo se quedó parte de la velada, pues estaba enfrascado en sus observaciones estelares con Wansor. Estaban además los Maestros Artesanos Nicat, Fandarel, Idarolan y Robinton, y el Señor Lytol.

Con gran sorpresa de Jaxom los tres Caudillos de los Weyrs Antiguos, G'narish de Igen, R'mart de Telgar y D'ram, ahora del Meridional, estaban menos interesados que N'ton, T'bor, G'dend y F'lar en lo que se había descubierto en sus propias tierras. Los Antiguos estaban más impacientes por explorar aquellas vastas tierras y la distante cordillera que por excavar para sacar a luz el pasado.

—Eso es cosa pasada —dijo R'mart de Telgar—, pasado, muerto, y bien enterrado. Y tenemos que vivir en el presente; es lo que nos enseñaste tú, F'lar. —Sonrió, para quitarle acritud a lo que decía, y añadió—: Pero además, ¿no fuiste tú, F'lar, quien sugirió que es estéril romperse la cabeza intentando averiguar cómo hacían las cosas nuestros antepasados... y es que es mejor construir nosotros mismos pensando en lo que es útil para nuestras Revoluciones actuales?

F'lar sonrió divertido, al ver cómo R'mart le devolvía las palabras pronunciadas por él, tiempo antes.

—Supongo que lo que me mueve es la esperanza de que encontrar restos intactos en algún lugar, cosas que llenen los agujeros en los que caimos nosotros. Incluso es posible que descubramos otro instrumento útil como el visor que descubrimos en el Weyr de Benden.

—¡Mirad quien trata de convencernos de eso! —exclamó R'mart, con una carcajada.

—Si fueran instrumentos intactos, sería algo de valor incalculable —dijo Fandarel, muy solemne.

—Es posible que encontremos algunos, Maestro Robinton —dijo Nicat, pensativo—, porque sólo una parte de esta colonia sufrió importantes daños.

Todo el mundo le prestó atención.

—Prestad atención —y trazó un boceto de la situación general—: El río de lava está hacia el Sur. Por aquí, aquí y aquí, los conos de las montañas se partieron, y el río siguió la fractura del terreno, muy alejado de una gran parte de la colonia. Además, el fuerte viento se llevó las cenizas lejos del
lugar. Y por la pequeña excavación que hice hoy, pude darme cuenta de que sólo hay una delgada capa de residuos volcánicos.

—¿Es que sólo existe esta colonia? ¿Sólo esta, teniendo como tenían todo un mundo por ocupar? —preguntó R'mart.

—Encontraremos las otras mañana —les aseguró el Arpista—. ¿Verdad, Jaxom?

—¿Señor?

Jaxom se sobresaltó, un tanto perplejo por la inesperada invitación para que participara en la magna discusión.

—No, hablando en serio, R'mart, tu observación es correcta —dijo F'lar, inclinándose hacia adelante por encima de la mesa—. Y la verdad es que no sabemos si la erupción obligó a los antepasados a abandonar la Meseta inmediatamente después.

—No sabremos nada hasta que no hayamos entrado en uno de esos desniveles y descubierto lo que puedan haber dejado atrás en su huida, si es que dejaron algo —dijo N'ton.

—Ve con cuidado, Caudillo del Weyr —le dijo el Maestro Nicat a N'ton, pero su mirada recorrió a todos los presentes—. Será mejor que envíe a un Maestro Artesano y a unos cuantos Ayundantes curtidos, para que dirijan las excavaciones.

—Enséñanos los trucos de tu Artesanado, Maestro Nicat —dijo R'mart—. ¿No sería mejor que aprendiéramos una o dos cosas sobre la minería, Maestro Minero?

Jaxom contuvo la risa ante la expresión de asombro y luego de indignación que asomó a la cara del Maestro Minero.

—¿Dragoneros ocupados en minería?

—¿Y por qué no? —preguntó F'lar—. Las Hebras harán una Pasada. Y habrá transcurrido otro Intervalo dentro de poco. Yo os prometo una cosa: con las tierras del Meridional abiertas, los Weyrs no se sentirán deudores de nadie durante un Intervalo.

—Ah, sí, es una excelente idea. Caudillo del Weyr, muy buena —dijo el Maestro Nicat, mostrándose prudentemente de acuerdo, aunque necesitaría bastante tiempo para asimilar una idea tan revolucionaria.

Los dragones, en la costa iniciaron un canturreo, dando la bienvenida a alguien.

N'ton se levantó de repente:

—Debo unirme a Wansor en nuestra observación estelar. Esto debe ser que Path y Mirrim han regresado. Mis saludos a todos.

—Te iluminaré el camino, N'ton —dijo Jaxom, tomando un cesto incandescente.

Estaban ya fuera del alcance auditivo de los otros, cuando N'ton se volvió a Jaxom.

—Esto te hace mucha más ilusión que volar ordenadamente en la escuadrilla de la reina, ¿verdad Jaxom?

—No lo hice a propósito, N'ton —dijo Jaxom, soltando una carcajada—. Sólo quería ver la montaña antes que nadie.

—¿No hubo presentimientos esta vez?

—¿ Presentimientos?

N'ton le pasó amigablemente el brazo por los hombros, riendo.

—No, supongo que fue inspirado por las imágenes de los lagartos de fuego.

—¿La montaña?

N'ton le dio un golpecito afectuoso.

—¡Qué buen chico!

Vieron el oscuro perfil del cuerpo de un dragón que se instalaba en la playa, y luego dos círculos luminosos. Lioth volvió la cabeza hacia ellos.

—Un dragón blanco tiene una ventaja en la noche —dijo N'ton señalando la visible piel de Ruth, muy próximo a su bronce.

¡Me alegro de que hayas venido! Tengo una picadura en un lugar que no puedo alcanzar, dijo Ruth.

—Ruth me necesita, N'ton.

—Déjame la luz, entonces. Se la daré a Mirrim para que vea el camino hasta allí.

Se separaron, y Jaxom fue a ocuparse de Ruth. Oyó a N'ton saludando a Mirrim, y las voces de ambos flotaron en el tranquilo aire nocturno.

—Por supuesto, Wansor está muy bien, —dijo Mirrim, con tono de protesta—. Tiene los ojos pegados a ese tubo suyo. Nunca se ha dado cuenta de que yo llegaba, nunca se ha comido lo que le ofrecía, nunca se ha enterado de que me iba. Y además. —Hizo una pausa, dando un profundo suspiro—, Path no espantaba a los lagartos de fuego meridionales.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—A mí no se me permite que me quede en la Meseta cuando Jaxom y los otros están tratando de conseguir algún dato de los lagartos de fuego meridionales.

—¿Algún dato? Ah, sí, se trata de ver si Ruth puede enfocar las imágenes de los lagartos de fuego. Bueno, eso no debería preocuparte, Mirrim. Hay muchas otras cosas que puedes hacer.

—¡Al menos, mi dragón no es una de esas criaturas asexuadas, que no valen más que para reunirse con los lagartos de fuego!

—¡Mirrim!

Jaxom notó la frialdad de la voz de N'ton, paralelamente al súbito escalofrío que sintió él mismo. El comentario petulante de Mirrim sonó una y otra vez en sus oídos.

—Ya sabes lo que quiero decir, N'ton.

Exactamente igual que Mirrim, Jaxom decidió no darse por enterado del tono de reproche de N'ton.

—Deberías decírselo —siguió diciendo ella con rabia—. ¿No fuiste tú quien informó a F'nor y a Brekke de las dudas que tenías sobre si Ruth se aparearía alguna vez? ¿Adonde vas, N'ton? Pensé que ibas...

—¡Tú no piensas, Mirrim!

—¿Qué pasa, N'ton?

El súbito pánico que se produjo en ella le dio a Jaxom cierto consuelo.

No te pares, dijo Ruth. La picazón sigue estando ahí.

—¿Jaxom? —La llamada de N'ton no fue ruidosa, trataba de tranquilizarlo, pero el consuelo llegó de atrás.

—¿Jaxom? —gritó Mirrim—. ¡Oh, no!

Luego, Jaxom oyó cómo salía corriendo, vio el cesto incandescente dando saltos, y la oyó llorar. Igual que una niña, que primero habla, después piensa, y luego se está días enteros llorando. Se arrepentiría, se le colgaría del cuello, y se lo llevaría al ínter necesitada de que le perdonaran su irreflexión.

—¡Jaxom! —N'ton estaba angustiado.

—¿Sí, N'ton? —Jaxom siguió rascándole a Ruth, asombrándose de que la cruel observación de Mirrim no le causara la indignación que era de esperar. ¡Criatura asexuada! Cuando vio a N'ton avanzando a zancadas hacia él, sintió un curiosa sensación de alivio en su fuero interno. El recuerdo de aquellos caballeros que buscaban por el Fuerte una pareja relampagueó en su mente. Sí, había sido un alivio para él que Ruth se hubiera mostrado desinteresado. Podía, en cierto modo, lamentar que Ruth se viera privado de aquella experiencia, pero se sentía contento ante la idea de que nunca le pedirían que soportara tal cosa.

—Supongo que la has oído. —Había un deje de esperanza en la voz de N'ton.

—Sí, la oí. El sonido llegó hasta cerca de agua.

—Olvida a esa muchacha. ¡Abrásala! Te lo íbamos a explicar... luego te dio la «cabeza de fuego»... y ahora esto. La oportunidad no ha venido por sí misma... —Las explicaciones de N'ton salieron a trompicones.

—Puedo vivir con eso. Igual que Path el dragón de Mirrim, hay otras cosas que podemos hacer.

El gruñido de N'ton salió de su estómago.

—¡Jaxom!

Sus dedos, cerrados firmemente sobre el hombro de Jaxom, intentaban expresar su pesadumbre con aquel gesto.

—No es culpa tuya, N'ton.

—¿Comprendió lo que ella dijo?

—Ruth lo que comprende, es que le pica el lomo. —A pesar del modo en que Jaxom lo dijo, encontró curioso que Ruth no se disgustara lo más mínimo.

Ahí, ese es el lugar exacto. Rasca más fuerte.

Jaxom sintió la leve sequedad que había en la piel de Ruth, que normalmente era suave.

—Creo que ya me di cuenta, N'ton —siguió diciendo Jaxom—, aquella vez en el Weyr de Fort, de que algo marchaba mal. Ya sé que K'nebel esperaba que Ruth alzara el vuelo tras la verde. Pensé que Ruth, puesto que había nacido más pequeño, posiblemente maduraría más tarde de lo que lo hacen otros dragones.

—¡Es ya todo lo maduro que puede ser, Jaxom!

A Jaxom le conmovió el genuino dolor que expresaba la voz del caballero bronce.

—¿Ah, sí? El es mi dragón y yo soy su caballero. ¡Estamos juntos!

—¡Es único! —dijo N'ton con entusiasmo, mientras acariciaba la piel de Ruth con afectuoso respeto—. ¡Y tú también, mi joven amigo! —Volvió a apretarle el hombro a Jaxom, haciendo que aquel gesto expresara lo que no había dicho. Lioth canturreó en la oscuridad, algo alejado de ellos, y Ruth, volviendo la cabeza hacia el dragón bronce, dijo cortésmente:

Lioth es un buen elemento. Su jinete es un hombre amable. ¡Ambos son buenos amigos!

—Somos tus amigos de siempre —dijo N'ton, oprimiendo una vez más, casi dolorosamente, el hombro de Jaxom—. Debo irme con Wansor. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Puedes irte, N'ton. Yo me ocuparé de la picazón de Ruth.

El Caudillo del Weyr de Fort dudó aún un momento, antes de girar sobre sus talones y caminar a buen paso hacia su bronce.

—Me parece que será mejor que te ponga con aceite, Ruth —dijo Jaxom—. Te he descuidado, últimamente.

Ruth giró la cabeza, y sus ojos brillaron más azules en la oscuridad:

Tú nunca me descuidas.

—Sí lo he hecho. De lo contrario, no andarías tan lleno de manchas.

Ha habido muchas cosas que hacer.

—Hay un frasco lleno de aceite en la cocina. Aguanta un poco.

Los ojos de Jaxom estaban acostumbrados a la oscuridad de la noche tropical y llegó sin dificultad al Fuerte, encontró el frasco en la cocina y volvió a toda prisa. Se sentía cansado, física y mentalmente. ¡Mirrim era la peor de las personas! Si hubiera dejado que ella y Path los acompañaran. Bueno, se hubiera enterado del veredicto sobre Ruth, más tarde o más temprano. ¿Por qué Ruth estaba tan tranquilo? Quizá si él hubiera deseado fervientemente que su dragón experimentara aquella parte de su personalidad, Ruth hubiera madurado.

Jaxom pensaba una y otra vez en lo que siempre les habían impedido ser plenamente caballero y dragón: se habían criado en el Fuerte, en lugar del Weyr, donde el apareamiento de los dragones era entendido y aceptado como un hecho más de la vida cotidiana.

Aunque Ruth no era inmune a la experiencia sexual. Siempre estaba presente cuando Jaxom la tenía.

Amo contigo y te amo. Pero la espalda me duele muchísimo.

Eso estaba bastante claro, pensó Jaxom mientras se apresuraba a atravesar el bosque hacia donde estaba su dragón.

Había alguien con Ruth, frotándole el lomo. Si era Mirrim... Jaxom avanzó a zancadas, furioso.

Sharra está conmigo, le dijo Ruth tranquilamente.

—¿Sharra? —Tragándose su irracional acceso de furia, reconoció la silueta de ella—. He ido a buscar aceite. Ruth tiene una mancha escamosa. Lo tengo un tanto descuidado.

—Tú nunca has descuidado a Ruth —le dijo ella, con tal vehemencia que Jaxom tuvo que sonreír.

—¿Es que Mirrim...? —empezó a decir él, mientras metía la mano en el frasco de aceite ya abierto.

—Sí, y no tuvo apoyo de ninguno de nosotros, te lo aseguro.— La furia la hizo frotar violentamente el lomo de Ruth, lo que provocó la protesta del dragón—. Lo siento, Ruth.

¡Han enviado a Mirrim de regreso a Benden!

Jaxom miró hacia la playa, hacia donde había aterrizado Path y vio que, efectivamente, el dragón verde ya había partido.

—¿Y te enviaron a ti? —Se dio cuenta de que no había hecho caso a Sharra. Su presencia, de hecho, era una especie de favor.

—No me han enviado... —Sharra vaciló—. Me han... me han llamado— y al terminar la frase, se sonrojó.

—¿Llamado?

Jaxom dejó de verter aceite en el lomo de Ruth y se quedó mirando a la muchacha. En la oscuridad, su rostro era un resplandor pálido con las manchas oscuras de sus ojos y boca.

—Sí, llamado. Ruth me llamó. Dijo que Mirrim...

—¿Lo dijo él? —le interrumpió Jaxom—. ¿Puedes oír a Ruth?

Ella necesitaba oírme cuando tú estabas enfermo, explicó Ruth, en el mismo momento en que Sharra dijo.

—Lo he podido oír desde el momento en que caíste enfermo.

—Ruth, ¿por qué llamaste a Sharra?

Ella es buena contigo. Y la necesitas. Lo que dijo Mirrim, incluso lo que dijo N'ton, más amablemente, todo eso te hizo cerrarte en ti mismo. No me gusta no poder oír tu mente. Y Sharra la abrirá para nosotros.

—¿Harás eso por nosotros, Sharra?

Esta vez, Jaxorn no vaciló. Tomó las manos de Sharra, llenas de aceite como estaban, y la acercó a sí, confusamente gozoso de que ella tuviera casi su estatura y de que su boca estuviera tan cerca de la de él.

—¡Haría lo que fuera por ti, Jaxom, lo que fuera por ti y por Ruth!

Y los labios de ella se acercaron a los suyos, hasta que la conversación se hizo imposible.

Una cálida sensación invadió su cuerpo, despejando la fría cerrazón que tanto disgustaba a su dragón y a él mismo; una cálida sensación provocada por el cuerpo de Sharra, ahora pegado al suyo. El aroma de su largo y abundante cabello invadió sus fosas nasales mientras él la besaba, y sus brazos se cerraban en su espalda. Las manos de ella, apretadas contra la cintura de él, ya no eran manos de médico, sino de amante.

Hicieron el amor en la suave y tibia tiniebla, gozando plenamente de aquel momento de éxtasis, totalmente conscientes de que Ruth los acompañaba en su amor.

EN LA MONTAÑA Y EN EL FUERTE DE RUATHA, 5.10.18 — 18.15.20

Jaxom no podía sentirse incómodo mirando la cara Este de la montaña. Se colocó, y colocó a Ruth y a Sharra de modo que no tuvieran que verla. Los otros cinco formaron un semicírculo en torno a Ruth.

Los diecisiete lagartos de fuego con banda —en el último momento Sebell y Brekke pidieron que se les dejara unirse al grupo— se instalaron sobre el lomo de Ruth. Cuanto más entrenados estén los lagartos de fuego, mejor, argumentó el Maestro Robinton, lo que, siguió diciendo, le daba la oportunidad de incluir a Zair.

La noticia de la ancestral colonia de la alta Meseta se había difundido por todo Pern con una celeridad que había dejado asombrado al propio Arpista. Todo el mundo estaba impaciente por ver aquel sitio. F'lar envió el mensaje de que, si Jaxom y Ruth iban a avivar los recuerdos de los lagartos de fuego, lo mejor sería que lo hicieran rápidamente, o no lo hicieran.

Una vez Ruth se hubo aposentado, los lagartos de fuego meridionales empezaron a llegar en enjambres, guiados por sus reinas, lanzándose hacia el dragón, que canturreó un saludo, tal como le había sugerido Jaxom que hiciera.

Les gusta verme, le dijo Ruth a Jaxom; y les hace felices ver que los hombres vuelven a este sitio.

—Pregúntales por la primera vez que vieron hombres. —Jaxom captó una imagen instantánea de Ruth: muchos dragones, llegando a la cima de la montaña—. Eso no es lo que quería decir.

Ya lo sé, se diculpó Ruth. Voy a volver a preguntar. No se trata de la época de los dragones, sino de hace mucho tiempo, antes de que la montaña entrara en erupción.

La reacción de los lagartos de fuego era predecible y desalentadora. Salieron volando, giraron en torno a Ruth y ejecutaron violentas danzas en el aire, trinado y dando chillidos de desaliento.

Disgustado, Jaxom se volvió y vio que Brekke había levantado la mano, mientras su rostro reflejaba una intensa concentración.

Se apoyó sobre Ruth para descansar, preguntándose qué había sido lo que había atraído la atención de ella. Menolly también levantó la mano. Estaba sentada cerca de Jaxom, y él pudo ver sus ojos, totalmente desorbitados. Beauty, que estaba sobre el hombro de ella, había adoptado una posición rígida y sus ojos centelleaban con un rojo violento. Por encima de ellos, los lagartos de fuego trinaban y continuaban realizando sus descontraladas circunvoluciones.

Es que están viendo las montañas encendidas, dijo Ruth. Ven a la gente corriendo, y el Fuego que les persigue. Tienen miedo ahora, como lo tuvieron hace tanto tiempo. Es el mismo sueño que solíamos tener.

—¿Puedes ver los desniveles antes de que estuvieran cubiertos? —En su nerviosismo, Jaxom olvidó la situación y habló en voz alta.

Sólo veo gente corriendo de un lado para otro. No, están corriendo hacia... ¿hacia nosotros?

Ruth miró a su alrededor como si temiera ser arrollado; tan vividas eran las imágenes de los lagartos de fuego.

—Hacia nosotros, pero luego, ¿en qué dirección?

¡Hacia abajo, hacia el agua! Pero el propio Ruth no estaba seguro, y miró hacia el mar distante e invisible. Vuelven a tener miedo. No les gusta recordar eso de la montaña.

—No les gusta más que recordar a la Estrella Roja —dijo Jaxom imprudentemente. Y en un momento, todos los lagartos de fuego desaparecieron, incluso los que llevaban banda.

—Mira lo que has logrado, Jaxom —dijo Piemur con profundo disgusto—. No puedes mencionar a la maldita Estrella Roja delante de los lagartos de fuego. Se puede hablar de montañas que llamean, pero no de estrellas rojas.

—Innegablemente —dijo Sebell, con su voz profunda y tranquila— hay momentos que han quedado gravados a las mentes de nuestros amiguitos. Cuando empiezan a recordar, todo lo demás queda excluido.

—Eso es asociación —dijo Brekke.

—Entonces, lo que necesitamos —indicó Piemur— es mencionar otro sitio que no provoque recuerdos desagradables en ellos. Que sean... recuerdos... útiles... para nosotros, vamos.

—Bueno, quizá no necesitemos eso tanto —dijo Menolly, sopesando sus palabras cuidadosamente— como saber interpretarlos. He visto algo, y creo que no me equivoco... no era la gran montaña la que tuvo una erupción, era... —Se volvió, y señaló a la más pequeña de las tres—. ¡Esa es la que estalló en nuestros sueños!

—No, fue la grande —la contradijo Piemur, señalando hacia otro punto más elevado.

—Te equivocas, Piemur —dijo Brekke, con tranquila seguridad—. Era la más pequeña... todo queda a la izquierda de mis imágenes. La montaña grande es demasiado alta en comparación con la que estoy segura de haber visto.

—Sí, sí —dijo Menolly nerviosa—. El ángulo es importante. ¡Los lagartos de fuego no podían ver a aquella altura! Recordad que son mucho, mucho más pequeños. Y ved, el ángulo. ¡Es correcto !—Se puso de pie, haciendo gestos para ilustrar sus afirmaciones—. La gente venía desde allá, recorriendo este camino, escapando del volcán más pequeño. Venían de aquellos desniveles. ¡Los más grandes!

—Así lo vi yo —le apoyó Brekke—. ¡Fueron aquellos desniveles de allí!

—¿Empezamos con éstos? —preguntó F'lar, a la mañana siguiente, suspirando ante la perspectiva de tener que derribar un pequeño promontorio.

Lessa estaba a su lado, mirando los silenciosos desniveles, y con ella estaban el Maestro Herrero, el Maestro Minero Nicat, F'nor y N'ton. Jaxom, Piemur, Sharra y Menolly se habían quedado discretamente a un lado.

—¿Este grande? —preguntó. Pero sus ojos recorrieron las líneas paralelas, mirando con gesto de resignación.

—Podríamos estar cavando hasta que terminara la Pasada —dijo Lessa, golpeándose con sus guantes de montar en el muslo, mientras su mirada también recorrían cuidadosamente el conjunto de los anónimos montones de tierra.

—Es una superficie muy vasta —dijo Fandarel—, ¡muy vasta! Es una colonia más extensa que las de los Fuertes de Fort y Telgar juntos. —Alzó la vista en dirección a las Hermanas del Alba, y preguntó—: ¿Todos vinieron de allí? —Sacudió la cabeza, atónito por aquella idea—. ¿Dónde hay
que empezar para conseguir los mejores resultados?

—¿Es que hoy va a venir todo Pern aquí? —preguntó Lessa, mientras un dragón bronce atravesaba el aire sobre sus cabezas—. ¡En el Tiroth de D'ram! ¿Con Toric?

—Dudo que pudiéramos excluirlo, aunque ese fuera nuestro deseo, y no sería prudente hacerlo —observó F'lar, en tono divertido.

—Cierto —replicó ella, sonriendo a su compañero de Weyr—. Me gusta bastante —añadió, un tanto sorprendida de su propia opinión.

—Es mi hermano quien hace de él una persona agradable —le dijo Sharra en voz baja a Jaxom, con una curiosa sonrisa en los labios—. Pero, ¿confiar en él? —Sacudió la cabeza lentamente, observando la cara de Jaxom—. ¡Es un hombre muy ambicioso!

—Está echando una buena ojeada, ¿verdad? —observó N'ton, observando el lento planear en círculos del dragón.

—Vale la pena hacerlo —replicó F'nor, escudriñando la amplia extensión de desniveles.

—¿Ese de ahí arriba es Toric? —preguntó el Maestro Nicat, cavando con la punta de su bota en el desnivel grande—. Me alegro de que haya venido. Me mandó llamar cuando encontró aquellas galerías mineras en la Cordillera Occidental.

—Había olvidado que ya tiene experiencia de los trabajos manuales que hacían los antepasados —dijo F'lar.

—Y también ha conseguido hombres expertos que nos ayudan sin que tengamos que volver a recurrir los Señores de los Fuertes —dijo N'ton, con una sonrisa, demostrando estar al día en ese punto,

—A los que no deseo ver demasiado interesados en estas tierras del Este —añadió Lessa con firmeza.

Cuando D'ram y Toric hubieron desmontado, Tiroth se deslizó hasta la llanura herbosa donde estaban los otros dragones, instalados sobre un saliente de roca caldeado por el sol.

Toric y el caballero bronce caminaban hacia ellos, y Jaxom miró al Meridional pensando en las observaciones de Sharra. Toric era un hombre alto y fuerte, tanto como el Maestro Fandarel. Su cabello aparecía veteado por el sol, su piel era de un moreno oscuro, y mostraba una ancha sonrisa. Había cierta arrogante seguridad de sí mismo en su modo de andar a largos pasos, que sugería que se consideraba igual a cualquiera de los que lo esperaban. Jaxom se preguntó qué efecto tendría esta actitud en los Caudillos del Weyr de Benden.

—Es cierto que has descubierto el Continente Meridional, ¿o no es así, Benden? —dijo, agarrando el brazo de F'lar, en un gesto de saludo, e inclinándose ante Lessa. Saludó con la cabeza y murmuró el nombre de los otros Caudillos y Maestros presentes, mirando más allá de ellos con mirada inquisitiva dirigida a la gente más joven.

Cuando Toric lo miró, Jaxom se dio cuenta de que lo había identificado. Al observar el modo en que la mirada de Toric se apartó de él, como si fuera alguien a quien se podía pasar por alto, se puso algo rígido. Luego sintió la mano de Sharra ligeramente sobre su brazo.

—Hace eso para mortificar —dijo ella en voz muy baja, en la que había un deje de su sana risa—. Casi siempre le da resultado.

—Me recuerda la manera en que mi hermano de leche solía molestarme delante de Lytol, cuando sabía que no podía defenderme —dijo Jaxom, sorprendiéndose a sí mismo con aquella comparación inesperada. Y vio la aprobación de ella en sus ojos.

—Lo malo es —dijo Toric, dirigiéndose a los presentes— que los antepasados no dejaron muchos restos tras de sí. No si podían llevárselos consigo y usarlos.

—¿Ah, sí? —La exclamación de F'lar fue una invitación a que Toric se explicara.

El Meridional se encogió de hombros.

—Hemos estado en las galerías de la mina que ellos abandonaron. Incluso quitaron los rieles de los carros del mineral. Y sacaron las abrazaderas en las que colgaban las luces. Había un lugar que tenía un refugio alargado en la salida —hizo un gesto, señalando hacia un desnivel pequeño cercano—, de más o menos estas dimensiones, cuidadosamente cerrado para evitar las influencias del tiempo, y completamente vacío por dentro. Y en otros lugares podríais ver que donde habían cosas amarradas al suelo, habían quitado incluso los soportes.

—Si ese sistema lo hubieran seguido también aquí —dijo Fandarel—, la única probabilidad de encontrar algo, estará seguramente en aquellos desniveles. —Señaló un grupo menor de

tamaño, al borde de la colonia, muy próximo al río de lava—. Hubieran sido demasiado calurosos, o demasiado peligrosos, para acercarse durante una buena temporada.

—Pero si fue el calor, ¿qué te hace pensar que encontraremos algo tan intenso? —preguntó Toric.

—El hecho de que el desnivel siga existiendo en esta época —replicó Fandarel, como si fuera un asunto de pura lógica.

Toric se quedó mirando al Herrero algunos momentos, y le dio un golpecito en los hombros, ignorando la mirada atónita de Fandarel, al que todos tendían a tratar con respeto distante.

—Un punto a tu favor, Maestro Herrero —dijo Toric—. Cavaré gustosamente contigo, y naturalmente espero que tengas razón.

—Me gustaría ver qué contienen los montículos menores —dijo Lessa, señalando uno de ellos—. Hay una buena cantidad. Posiblemente los usaban como pequeños Fuertes. Con la necesidad que tuvieron de salir corriendo, algo debió quedar dentro de ellos.

—¿Qué guardarían en sitios tan grandes? —preguntó, dando una patada a un cúmulo de hierbas en el desnivel grande próximo a él.

—Hay manos suficientes... —Toric dio tres largas zancadas hacia la pila de herramientas de excavación— y abundancia de palas y picos, para que cualquiera haga una zanja junto al desnivel que le guste.

Y cogiendo una pala de mango largo, se la echó al Maestro Herrero, que la cogió en un movimiento reflejo, pues se había quedado con la vista fija en el enorme Meridional. Toric se echó al hombro otra pala, eligió dos picos y, sin entretenerse más, avanzó a zancadas hacia el conjunto de desniveles escogidos por el Herrero.

—Suponiendo que la teoría de Toric sea correcta, ¿vale la pena cavar aquí? —preguntó F'lar a su compañera de Weyr.

—Lo que encontramos en aquella sala tanto tiempo olvidada en el Weyr de Benden era evidentemente algo que desecharon los antepasados. En definitiva, era equipamiento para la excavación de minas, que hubieran podido usar en cualquier otro lugar. Pero quiero ver lo que hay aquí dentro —dijo Lessa, con tal determinación que F'lar se echó a reír.

—Me parece que yo también quiero. Y me pregunto en que empleaban los de ese tamaño. Tiene las suficientes dimensiones para servir de weyr a uno o dos dragones.

—Vamos a ayudarte, Lessa —dijo Sharra, indicando a Jaxom que cogiera una herramienta.

—Menolly, ¿vamos a ayudar a F'lar? —F'nor se llevó a la muchacha Arpista hacia las herramientas.
N'ton movió la cabeza, mientras cogía una azada y un pico.

—Maestro Nicat, ¿cuál es tu preferencia?

El Maestro Minero miró a su alrededor, pero su mirada se detuvo en los desniveles más próximos a la montaña hacia la cual Toric y Fandarel se dirigían.

–Creo que nuestro buen Maestro Herrero quizá tiene derecho a ello. Pero nosotros haremos un esfuerzo y probaremos con aquellos. —Y señaló con repentina decisión hacia el lado del mar de la Meseta, donde seis pequeños desniveles formaban un círculo abierto.

Aquel no era un trabajo al que estuvieran acostumbrados, a pesar de que el Maestro Nicat había empezado de aprendiz de minero en los pozos y el Maestro Fandarel todavía se daba largos paseos por las herrerías cuando estaba trabajando en algo particularmente complicado.

Jaxom, sudando por el rostro y por todo el cuerpo, tenía una clara sensación de estar siendo vigilado. Pero cuando se apoyaba en el pico para descansar, o levantaba colonias de gusanos dejándolos a salvo a un lado, no podía ver a nadie que mirara en aquella dirección. De modo que aquella sensación de estar vigilado le empezó a preocupar.

El grande te está vigilando, dijo Ruth de repente.

Echando una ojeada por debajo del brazo hacia el desnivel en que estaban trabajando Toric y el Maestro Fandarel, Jaxom tuvo la seguridad de que Toric estaba mirando en dirección a él.

A su lado, Lessa gruñó de repente, clavando su pala en las hierbas de duras raíces del desnivel. Se examinó las manos enrojecidas, que empezaban a llenarse de ampollas.

—Hacía tiempo que no trabajaba tan duramente —dijo.

—¿Y si usaras tus guantes de vuelo? —sugirió Sharra.

—A los pocos momentos de usarlas, mis manos nadarían en sudor —contestó Lessa, haciendo un gesto. Miró hacia las otras cuadrillas de trabajo y, riéndose de sí misma se volvió airosamente hacia el desnivel—. Por más que me disguste revelar este lugar a más gente de la necesaria, me parece que vamos a tener que reclutar unas cuantas manos y espaldas fuertes.

Y cogiendo con viveza una colonia de gusanos, los depositó a un lado, observándolos mientras volvían a introducirse en el rico suelo gris oscuro. Frotó algunas partículas de tierra entre los dedos pulgar e índice.

—Es como ceniza arenosa. Nunca pensé que volvería a ocuparme de cenizas. ¿Te conté alguna vez, Jaxom, que estaba limpiando la chimenea del Fuerte de Ruatha el día que llegó tu madre?

—No —dijo Jaxom, sorprendido ante aquella inesperada confidencia—, pero entonces poca gente mencionaba a mis padres delante de mí.

La expresión de Lessa se hizo dura.

—Ahora me pregunto por qué recordé a Fax... —dijo, mirando hacia Toric, y añadió, más para sí misma que para los demás— excepto que él también era ambicioso. Pero Fax cometió errores.

—Errores como privar a Ruatha de su Linaje correcto —dijo Jaxom, gruñendo, mientras volvía a asir el pico.

—Este fue su peor error —dijo Lessa con intensa satisfacción. Luego se dio cuenta de que Sharra la miraba, y añadió, sonriendo—. Cosa que yo rectifiqué. Oh, Jaxom, descansemos un momento. Tu entusiasmo me deja exhausta.

Se secó el sudor de la frente, y siguió hablando.

—Sí, pienso que aquí habrá que colocar algunas espaldas fuertes. ¡Al menos en mi desnivel! —Dio algunos golpes en el suelo, casi afectuosamente—. No hay manera de saber qué profundidad tiene la capa de cobertura. Es posible —aquel pensamiento la divirtió— que los desniveles no sean grandes en abosluto, y no haya más que la cubierta de lava. Y es posible que al final sólo encontremos el agujero que nosotros mismos hemos cavado.

Jaxom, consciente de la vigilancia de Toric, seguía cavando, aunque le dolían los hombros y sentía en las manos el ardor y la dureza de las ampollas.

En aquel momento, los dos lagartos de fuego de Sharra saltaron hacia los aires, trinando como si no entendieran lo que su amiga estaba haciendo. Se dejaron caer suavemente sobre el lugar en que Sharra acababa de clavar su pala, y, con tremendas energías, empezaron a cavar. Sus fuertes garras delanteras lanzaban los deshechos a ambos lados de la zanja, y sus cuartos traseros los apartaban aún más hacia atrás.

Ya habían hecho un túnel de casi un brazo de largo bajo la asombrada vigilancia de Lessa, Sharra y Jaxom, cuando éste último llamó a su dragón.

—¿Ruth? ¿Nos echarías una mano?

El dragón blanco se levantó obedientemente de su lugar soleado y se dirigió hacia su amigo, mientras sus ojos empezaban a centellear más rápidamente a causa de la curiosidad.

—¿Te importaría ponerte a cavar agujeros para nosotros, Ruth?

¿Dónde? ¿Aquí? Ruth señaló a un lugar a la izquierda de los lagartos de fuego, que no habían cesado un momento en sus esfuerzos.

—No creo que importe dónde. ¡Sólo tenemos que ver qué es lo que tapa la hierba!

Apenas los otros dragoneros vieron lo que Ruth hacía, llamaron a sus dragones. Incluso Ramoth se mostró dispuesta a prestar su ayuda, y Lessa la animó todo lo que pudo a ponerse manos a la obra.

—No lo hubiera creído —le dijo Sharra a Jaxom—. ¡Dragones cavando!

—Lessa no estaba demasiado orgullosa de hacerlo. ¿O sí?

—Nosotros somos personas, pero ellos son dragones.

Jaxom no pudo evitar reírse de su incredulidad:

—Por lo que veo, tu idea de los dragones es un poco pobre. Quizá se deba a que has vivido entre las perezosas bestias de los Antiguos. —La tomó por la cintura, atrayéndola hacia sí, y sintió cómo se ponía rígida. Miró en dirección a Toric—. No vigila, si es eso lo que te preocupa.

—Puede que no esté haciéndolo. —Ella señaló hacia lo alto—, pero sus lagartos de fuego sí. Me pregunto dónde habrán estado.

Un trío de lagartos de fuego, una reina dorada y dos bronces, estaban trazando círculos perezosamente por encima de Jaxom y de Sharra.

—¿Ah, sí? Bien, voy a hablar con el Maestro Robinton para que intervenga...

—Toric tiene otros planes para mí...

—¿Y yo no formo parte de sus planes? —preguntó Jaxom, experimentando un repentino impacto.

—Yo sé cómo eres y cuál es el por qué... nos amamos mutuamente mientras pude. —Los ojos de Sharra reflejaban su turbación.

—¿Entonces, por qué habría él de interferir se? Mi rango es... —Jaxom tomó las dos manos de ella entre las suyas, y las retuvo cuando ella intentó retirarlas.

—No tiene una buena opinión de los jóvenes del Septentrional, Jaxom, después de habérselas tenido que ver con enjambres de jóvenes hijos de colonos en las pasadas Revoluciones, jóvenes que ciertamente son —la voz de Sharra sonaba exasperada— verdaderas pruebas para la paciencia de un arpista. Yo sé que no eres como ellos, pero Toric...

—Ya me presentaré a él, no temas —Jaxom se llevó a los labios las manos de ella, reteniendo su mirada, decidido, por la fuerza de su voluntad, a barrer la tristeza de sus ojos—. Y lo voy a hacer como corresponde, por mediación de Lytol y del Maestro Robinton. Tú serás mi compañera, ¿quieres, Sharra?

—Sabes que lo seré, Jaxom, durante el tiempo que pueda...

—Durante el tiempo que vivamos... —corrigó él, tomándola de las manos con tal vehemencia que hizo que ella se sobresaltara.

—¡Jaxom! ¡Sharra! —gritó Lessa, hasta entonces demasiado embebida en el trabajo de Ramoth para darse cuenta de su susurrante conversación.

Jaxom sintió que Sharra pugnaba por desasir sus manos pero, tras haber decidido enfrentarse a la arrogancia de Toric no iba a ceder ante Lessa. Mantuvo la fuerte presión sobre Sharra mientras se volvían hacia la Dama del Weyr.

—Ven y mira. Ramoth ha topado con algo sólido. Y que no parece ser roca...

Jaxom empujó a Sharra hacia arriba, por la ligera rampa, hacia el lado que Lessa ocupaba en el desnivel. Ramoth estaba sentada sobre sus patas, de espaldas atisbando por encima de Lessa para mirar dentro del surco que había hecho con sus patas delanteras.

—No muevas la cabeza Ramoth. Me estás quitando la luz —dijo Lessa—. Toma mi pala, Jaxom, y ve a ver qué es. Sacad un poco más de desechos.

Jaxom saltó dentro de la zanja, que tenía una profundidad de medio muslo.

—Al tacto parece muy sólido —dijo, apretando aquello hacia abajo, y luego lo golpeó con la pala—. Suena como piedra, ¿no?

Pero no lo era. La pala retumbó produciéndose un eco. Rastrillando, para despejar una amplia zona, Jaxom se hizo a un lado para que todos lo vieran.

—¡F'lar, ven aquí! ¡Hemos encontrado algo!

—¡Así que habéis sido vosotros! —respondió triunfante el Caudillo del Weyr.

Había una mutua inspección desde una de las zanjas hasta la otra, en la cual había mucho de idéntico, excepto que, en la de F'lar, la sustancia rocosa tenía un panel ámbar colocado en la curva del desnivel. Por último, el Maestro Herrero alzó sus enormes brazos por encima de su cabeza, y pidió silencio.

—Esto no es hacer un uso eficiente del tiempo y la energía.

Toric soltó una fuerte risotada, casi presuntuosa.

—No tiene gracia —dijo el Herrero con su mayor serie-dad—. Nos concentraremos en el desnivel de Lessa, que es más pequeño. Luego, trabajaremos en el del Maestro Nicat, y luego...

Señaló hacia el desnivel elegido por él, y entonces Toric le interrumpió.

—¿Todo eso en un solo día? —preguntó, nuevamente en un tono de ironía que irritó a Jaxom.

—Haremos lo que podamos. ¡Empecemos ya!

Jaxom se dio cuenta de que el Herrero había determinado ignorar la actitud de Toric, y eso era un buen ejemplo que él debía seguir.

También se demostró que era poco efectivo tener a más de dos dragones trabajando en el pequeño desnivel de Lessa, cuya longitud era poco mayor que la de un dragón. Por tanto, F'lar y N'ton insistieron en que sus bronces ayudaran al Maestro Nicat.

Mediada la tarde, los lados curvos del desnivel de Lessa habían sido excavados hasta llegar al suelo originario. Seis paneles, tres sobre un arco de la cubierta curva, aparecían deteriorados, ya que su superficie, en otro tiempo indudablemente transparente, estaba ahora opaca y oscurecida. Los intentos que se hicieron por atisbar algo en su interior fueron en vano. No se encontraron aberturas de ninguna clase en los largos costados, por lo que se empezó a excavar uno de los extremos rápidamente.

Los dragones, a despecho del polvo gris y negro que oscurecía sus pieles, no daban señales de fatiga y sí de considerable interés en aquella problemática tarea. Y, poco después la entrada era descubierta.

Una puerta, hecha de una variedad opaca del mismo material usado en los paneles del tejado y colocada sobre unos rieles, protegía la abertura.

Las guías, obturadas por la suciedad, tuvieron que ser limpiadas, y se aplicó aceite del que se usaba para la piel de dragón a los goznes, tras lo cual la puerta pudo ser forzada lo suficiente para que permitiese la entrada. Lessa, dispuesta a ser la primera, fue retenida por la mano del Herrero.

—¡Espera! ¡El aire interior está enrarecido por el tiempo! ¡Muélelo! Dejemos que primero entre aire fresco. Este sitio ha estado cerrado, quién sabe durante cuántas Revoluciones.

El Herrero, Toric y N'ton apoyaron los hombros en la puerta y la empujaron hasta dejarla totalmente abierta. El aire que salió del interior era fétido, y Lessa hubo de retroceder unos pasos, estornudando y tosiendo.

Confusos rectángulos de luz caían sobre un suelo polvoriento sobre paredes desconchadas y con manchas de humedad. Cuando Lessa y F'lar, seguidos de los demás, iniciaron el camino de entrada en el pequeño refugio, el polvo se arremolinó bajo sus botas.

—¿Para qué servía esto? —preguntó Lessa en voz baja.

Toric, agachando la cabeza innecesariamente para pasar bajo el arco de la puerta, que excedía a su estatura el largo de un palmo, señaló hacia un rincón lejano, hacia los restos ahora visibles de un amplio bastidor de madera.

—Alguien debió dormir aquí —se volvió hacia la otra esquina y, con un súbito movimiento que hizo jadear a Lessa, se inclinó, y volvió a levantarse portando un objeto de cuya presentación hizo todo un espectáculo.

—¡Un tesoro de tiempos pasados!

—¡Es una cuchara! —dijo Lessa, manteniéndola en alto para que todos la vieran, y deslizando luego los dedos por su contorno—. Pero, ¿de qué está hecha? Es un metal que no he visto nunca. Es más bien, como... como los paneles y la puerta, pero transparente. Sin embargo, es fuerte —dijo, mientras intentaba doblarla.

El Herrero pidió examinar la cuchara.

—Parece, en efecto, del mismo material. Cucharas y ventanas, ¿eh?, Hum...

Sobreponiéndose al temor reverencial que les producía estar en un sitio semejante, todo el mundo empezó a examinar el interior. Habían existido estantes y armarios colgados de las paredes, como demostraban las marcas en las mismas. La disposición de las estancias había sido dividida en secciones, y había diferentes señales en el duro material de los suelos que indicaban que objetos grandes y estables habían descansado aquí y allá. En uno de los rincones, Fandarel descubrió desagües circulares que se dirigían hacia abajo. Cuando examinó la parte externa, llegó a la conclusión que las tuberías pasaban por la pared y por el subsuelo. Una, sostuvo, había sido indudablemente destinada al agua. Pero las otras cuatro le dejaron intrigado.

—¡Seguramente no estarán todos vacíos! —dijo Lessa en tono esperanzado, intentando ocultar la desilusión que los demás, pensó Jaxom, creían que experimentaba.

—Uno podría suponer —dijo Fandarel con voz jovial, cuando todos hubieron salido de la construcción— que la mayoría de los que tienen la misma extensión que este eran también viviendas de los antepasados. Y me parece que solían llevarse todas sus pertenencias personales consigo. Creo, pues, que deberíamos dedicar más esfuerzos a las dependencias mayores, o a las más pequeñas.

Y luego, sin esperar a ver si había alguien que compartiera su opinión, el Herrero se dirigió directamente hacia la interrumpida excavación del desnivel de Nicat. Se trataba de una construcción cuadrada y, una vez descubierta la parte superior aparecieron los mismos paneles del techo, concentraron sus esfuerzos en llegar al interior.

La noche tropical caía rápidamente cuando por fin llegaron a la entrada, pero no pudieron desatascar por completo las guías de la puerta y sólo pudieron descorrerla un poco, dejando una rendija, a través de la cual llegaron a divisar ciertos motivos de decoración en las paredes. A nadie se le había ocurrido llevar cestas de luz consigo, y este inconveniente minó las últimas energías que les quedaban, por lo que nadie sugirió siquiera que se enviaran a lagartos de fuego en busca de luces.

Apoyándose contra el panel medio abierto, Lessa soltó una cansada risa, mientras se contemplaba a sí misma, cubierta de polvo.

—Ramoth dice que está cansada y sucia, y que necesita darse un baño.

—No es la única —concedió rápidamente F'lar. Hizo un inútil esfuerzo por cerrar la puerta, y luego rió—. No creo que ocurra nada durante la noche. Volvamos al Fuerte de la Cala.

—¿Vendrás con nosotros, Toric? —preguntó Lessa, alzando la cabeza para mirar al enorme meridional.

—Creo que no podré esta noche, Lessa. Tengo a mi cargo el gobierno de un Fuerte, y no siempre puedo tomarme tiempo para mi placer —contestó.

Jaxom vio los ojos del meridional fijos en él. Las implicaciones de lo que había dicho estaban claras.

—Si todo sigue igual, volveré mañana un momento, a ver si el desnivel de Fandarel demuestra ser más provechoso. ¿Queréis que traiga más brazos fuertes y que os ahorre el trabajo de vuestros dragones?

—¿Ahorrarnos el trabajo de los dragones? ¡Si se están divirtiendo muchísimo! —dijo Lessa—. Yo necesito que me ayuden. ¿Qué te parece, F'lar? ¿O habremos de reclutar a algunos caballeros de Benden?

—Ya me doy cuenta de que te gustaría quedarte con esto para ti —siguió diciendo Toric en tono suave, con la vista fija en F'lar.

—Esta Meseta tendrá que quedar disponible para todos —dijo F'lar, ignorando la ironía de Toric—, y como a los dragones les divierte trajinar con la tierra...

—Me gustaría traerme a Benelek conmigo mañana, F'lar —dijo el Maestro Herrero, frotándose las manos cubiertas de un barro gris y sacudiendo los grumos secos de sus ropas—, y a dos muchachos más que tengan buena imaginación...

—¿Imaginación? Sí, vais a necesitar bastante para encontrarles sentido a las cosas que los antepasados dejaron —dijo Toric, y en su tono de voz había un débilísimo deje de burla—. ¿Cuando estarás listo, D'ram?

Por algún motivo desconocido, los modales de Toric en su relación con el viejo Caudillo del Weyr eran más respetuosos que los que tenía con los demás. Al menos, así era para los sensibles oídos de Jaxom. En su fuero interno estaba lleno de indignación por la insinuación de Toric de que, en lugar de gobernar su propio Fuerte, se estaba divirtiendo. En cierto modo sentía que aquella era una acusación válida. Pero, ¿por qué?, Jaxom intentaba consolarse a sí mismo, ¿por qué se hubiera podido esperar de él que volviera mansamente a Ruatha, próspera bajo el gobierno experto de Lytol, cuando toda la excitación del mundo estaba produciéndose

allí? Sintió que los dedos de Sharra se enredaban en torno a su brazo, y se acordó de la analogía que había establecido entre Toric y Dorse.

—Voy a tener mucho trabajo limpiando a Ruth —dijo con un suspiro, mientras soltaba los dedos de Sharra de su brazo y los golpeaba levemente, llevándosela consigo hacia donde estaba su dragón.

Cuando los dragones salieron del ínter, por encima de la Cala, la alta figura del Arpista se les hizo visible en la playa, y su impaciencia por oír noticias sobre las exploraciones fue coreada por los lagartos de fuego, que trazaron espirales a su alrededor. Al darse cuenta del estado en que llegaba el
grupo y lo impacientes que estaban por nadar y lavarse, se despojó de sus ropas y sucesivamente nadó junto a cada uno de ellos, escuchando sus informes.

El grupo estaba totalmente desfallecido cuando se sentó en torno al fuego aquella noche.

—No hay ninguna seguridad —dijo el Arpista—, de que, incluso si tuviéramos fuerzas para excavar todos aquellos centenares de desniveles, encontráramos algo de valor que hubiera quedado allí.

Lessa levantó su cuchara riendo.

—No habrá nada que tenga valor en sí, pero de hecho me proporciona una tremenda emoción conservar algo que mis antepasados pueden haber usado miles de veces.

—Y además, cosas bien hechas —dijo Fandarel, tomando con cuidado el pequeño objeto y examinándolo de nuevo—. El material me fascina—. Se volvió hacia las llamas para observarlo con todo cuidado—. Si pudiera, aunque sólo fuera... —Y echó mano a su cuchillo.

—¡Oh, no, no lo hagas, Fandarel! —dijo Lessa alarmada, recuperando su objeto—. Había más fragmentos y piezas de la misma materia dispersos en mi construcción. Experimenta con ellos.

—¿Es esto todo lo que nos queda de los antepasados, fragmentos y piezas?

—Te recuerdo, F'lar —dijo Fandarel— que esas cosas, ya han demostrado tener un valor ilimitado. —Y el Herrero indicó el lugar en que había sido colocado el visor de Wansor—. Lo que los hombres aprendieron en una ocasión, puede ser reaprendido. Tomará tiempo y trabajo, pero...

—No hemos hecho sino empezar, amigos —dijo Nicat, cuyo entusiasmo no había cedido un ápice—, y como dice nuestro buen Herrero, podernos aprender incluso de sus fragmentos. Con vuestra licencia, Caudillos de los Weyrs, voy a permitirme recurrir a algunos equipos de gente especializada y proseguir las excavaciones metódicamente. Es posible que tuvieran buenos motivos para emplear el sistema de rangos. Cada una de las filas pertenecería, en ese caso, a un oficio diferente o...

—¿O sea, que no crees, como sugiere Toric, que se llevaran todas sus cosas con ellos? —preguntó F'lar.

—Eso es irrelevante —dijo Nicat, echando así por tierra las reservas de Toric—. La cama, por ejemplo, no sería necesaria, porque sabían que podían encontrar madera fueran a donde fueran. Y la cucharilla, otro ejemplo, porque podían hacer otras. Y esto podría ampliarse con otras piezas que no

les sirvieran, y que puede ser muy bien los elementos que faltaban de los restos que nos llegaron, si bien en formas mutiladas. Sólo hay que pensar, amigos —Nicat alzó un dedo por delante de la nariz, guiñando un ojo a modo de conspiración— la enorme cantidad de cosas que tenían que llevarse de aquellas construcciones, después de la erupción. ¡Pero ya encontraremos esas cosas, no os preocupéis!

—Sí, tuvieron que llevarse enormes cargamentos de cosas de aquellas construcciones, tras la erupción —murmuró Fandarel, frunciendo el ceño y hundiendo la barbilla en el pecho en un momento de profunda reflexión—. ¿Dónde llevaron lo que poseían? A buen seguro que no se establecieron en el Fuerte de Fort inmediatamente.

—Sí, pero entonces, ¿dónde fueron? —preguntó F'lar, intrigado.

—Hasta donde pudimos ver por las imágenes de los lagartos de fuego, se pusieron en marcha en dirección al mar —dijo Jaxom.

—El mar no debía ser seguro —intervino Menolly.

—El mar quizá no lo fuera —dijo F'lar—, pero hay una gran extensión de tierra entre la Meseta y el mar. —Se quedó mirando a Jaxom fijamente por un momento—. ¿Puedes hacer que Ruth averigüe por los lagartos de fuego adonde fueron?

—Entonces ¿no puedo continuar las excavaciones? —preguntó Nicat, en un tono que parecía malhumorado.

—Claro que sí, si tienes los hombres suficientes.

—Los tengo —replicó Nicat, algo sombrío—, y tres minas ya excavadas.

—Creí que habías empezado a reabrir las galerías que Toric encontró en la Cordillera Occidental.

—Hemos estado examinándolas para estar seguros de que lo son, pero mi Taller aún no ha llegado a un acuerdo minero con Toric.

—¿Con Toric? ¿Es él quien posee esas tierras? Están lejos, al Sudoeste, mucho más allá del Fuerte Meridional —dijo F'lar en un acceso de ira.

—Fue un equipo de exploradores de Toric quien localizó las galerías —respondió Nicat. Su mirada iba del Caudillo del Weyr de Benden al Arpista, y de éste al Herrero.

—Ya te dije que mi hermano era ambicioso —le dijo Sharra a Jaxom, en voz baja.

—¿Un equipo de exploradores? —F'lar pareció tranquilizarse—. Esto no constituye una retención. En todo caso, las minas están bajo tu jurisdicción, Maestro Nicat. Y Benden apoyará tus decisiones al respecto. Hablaré de esto con Toric mañana.

—Creo que debemos hacerlo —dijo Lessa, tendiéndole la mano a F'lar para que la ayudara a salir de las arenas.

—Tenía la esperanza de que apoyarías a mi Taller —dijo el Minero, haciendo una reverencia de agradecimiento. Sus astutos ojos brillaban a la luz de la fogata.

—Yo diría que esta es una conversación largo tiempo esperada —observó el Arpista.

Los dragoneros se despidieron en seguida. N'ton tenía que llevar al Maestro Nicat al Fuerte de Crom, de donde lo recogerían a la mañana siguiente. Robinton se llevó al Maestro Fandarel consigo al Fuerte de la Cala. Piemur se fue con Menolly, montados en Estúpido, y Jaxom y Sharra se quedaron a apagar el fuego y limpiar la playa.

—Tu hermano no estará planeando apoderarse de todo el Sudoeste, ¿no? —preguntó Jaxom, cuando los otros ya se habían dispersado.

—Bueno, si no todo, tanto como pueda —contestó Sharra con una carcajada—. No soy desleal con él si te cuento esto, Jaxom. Tú tienes tu propio Fuerte. No quieres tierras meridionales. ¿O sí?

Jaxom reflexionó sobre ello.

—¿No quieres, verdad? —preguntó de nuevo Sharra, ansiosamente, poniendo su mano sobre el brazo de él.

—No, no quiero —contestó él—. No, pues, por mucho que me guste esta cala, no la necesito. Hoy, estando en la Meseta, hubiera dado cualquier cosa por la fresca brisa de la montaña de Ruatha, o por una zambullida en mi lago. Ruth y yo te llevaremos allí... ¡Es un sitio tan bello!... Sólo un dragón puede llegar fácilmente. —Cogiendo un canto rodado, lo lanzó sobre las tranquilas dunas que sobresalían de las blancas arenas de la playa—. No, Sharra, no deseo poseer un Fuerte Meridional. Yo nací en Ruatha, y fui educado allí. Lessa, indirectamente, me lo recordó esta tarde. Y también me recordó el precio de mi retención, y todo lo que ha hecho para asegurarse de que yo siga siendo Señor de Ruatha. ¿Te das cuenta de que su hijo, F'lessan, es un Media-sangre de Ruatha? Esto es más de lo que yo mismo soy.

—¡Pero es un dragonero!

—Sí, criado en un Weyr, por decisión de Lessa, para que yo siguiera siendo el Señor de Ruatha. ¡Lo mejor será que empiece a actuar como tal!

Y levantándose, hizo incorporarse a Sharra.

—Jaxom —había recelo en la voz de ella—, ¿qué vas a hacer?

El puso las manos sobre sus brazos, mirándola directamente a los ojos.

—Yo también tengo un Fuerte que gobernar, tal como me recordó tu hermano...

—Pero es aquí donde te necesitan, aquí con Ruth. El es el único ser que puede dar sentido a los mensajes de los lagartos de fuego...

—Y con Ruth puedo hacer frente a ambas responsabilidades. Gobernar mi Fuerte y hallar tiempo para mi propio placer. ¡Ya lo verás!

La acercó algo más a sí, para besarla, pero de repente ella se apartó bruscamente, señalando algo por encima de su hombro, y su rostro reflejaba dolor y miedo.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho, Sharra?

Ella señaló un árbol en el que dos lagartos de fuego estaban observando intensamente.

—¡Esos son de Toric! ¡Me están observando! ¡Nos están observando a los dos!

—¡Estupendo! ¡Que se entere de mis intenciones respecto a ti!

La besó hasta sentir que el firme cuerpo de ella le respondía y hasta que la furiosa cerrazón de sus labios se transformaba en aquiescencia.

—Le daría ocasión de ver más, pero debo estar en el Fuerte de Ruatha esta misma noche.

Rápidamente, se puso sus correas de montar y llamó a Ruth.

—Volveré por la mañana, Sharra. Díselo a los demás, ¿quieres?

¿Hemos de irnos?, preguntó Ruth, mientras doblaba su pata delantera para que Jaxom pudiera montar.

—¡Volveremos muy pronto, Ruth! —Jaxom le hizo un saludo de despedida a Sharra, pensando en lo perdida que parecía ella, allí de pie a la luz de las estrellas.

Maer y Talla trazaron círculos en torno a Ruth, canturreando tan alegremente que él se dio cuenta de que Sharra había aceptado su precipitada salida.

Su brusca necesidad de volver a Ruatha y poner en marcha las formalidades de su confirmación como Señor del Fuerte no se debía en modo alguno a los punzantes comentarios de Toric. Su propio y reprimido sentido de la responsabilidad se había visto potenciado por la extraña nostalgia de Lessa en el desnivel. Pero también se le había ocurrido, estando junto al fuego, que un hombre de la vitalidad y experiencia de Lytol podría encontrar en los misterios de la Meseta un desafío lo suficientemente atrayente como para desplazar su interés por Ruatha. El regreso a su lugar de nacimiento tenía el mismo sentido inexorable que su decisión de rescatar el huevo.

Le pidió a Ruth que lo llevara a Ruatha. El agudo y desagradable frío del ínter fue sustituido al instante por una frialdad húmeda y vaporosa cuando salieron a los cielos de Ruatha, plomizos y salpicados por una nieve ligera y fina, que debía haber estado cayendo desde hacía algún tiempo, a juzgar por los montones apilados en los rincones de los patios.

Me solía gustar la nieve, dijo Ruth, como si con ello se animara a aceptar el retorno.

Wilth trompeteó desde las alturas de fuego, en sorprendida bienvenida. La mitad de los lagartos de fuego del Fuerte salieron en violento tropel a su encuentro, soltando roncos saludos y quejándose de la nieve.

—No nos quedaremos mucho tiempo, amigo —le aseguró Jaxom a Ruth, estremeciéndose por el frío húmedo que le penetraba a través de sus ligeras ropas de vuelo. ¿Cómo había podido olvidar la estación que era allí?

Ruth aterrizó en el patio en el momento justo en que la gran puerta de la Sala se abría. Lytol, Brand y Finder se asomaron a las escaleras.

—¿Pasa algo malo, Jaxom? —gritó Lytol.

—Nada, Lytol, nada. ¿Se pueden encender fuegos en mis aposentos? Es que olvidé que aquí era invierno. ¡Y Ruth va a sentir la diferencia incluso a través de su piel de dragón!

—Sí, sí —dijo Brand, cruzando el patio hacia la cocina, y llamando a gritos a los sirvientes para que llevaran brasas, en tanto Lytol y Finder acompañaban apresuradamente a Jaxom escaleras arriba. Ruth siguió obedientemente al mayordomo.

—Vas a pescar un resfriado de climas así —iba diciendo Lytol—. ¿Cómo que no tomaste precauciones? ¿Qué te trae de vuelta por aquí?

—¿Es que no es el momento adecuado para volver? —preguntó Jaxom, avanzando a zancadas hacia la chimenea y quitándose los guantes de montar para calentarse las manos ante las llamas. Luego empezó a reír a carcajadas, mientras los otros hombres se unían a él en aquel lugar.

—Sí, en esta chimenea.

—¿Qué? ¿En esta chimenea? —preguntó Lytol, sirviéndole vino a su pupilo.

—Esta mañana, bajo el sofocante sol de la Meseta, mientras estábamos cavando en uno de los desniveles que los antepasados dejaron para desconcertarnos, Lessa me dijo que estaba limpiando las cenizas de esta chimenea el día en que mi nunca llorado padre, Fax, había escoltado a mi señora madre Gemma hasta este Fuerte.

Y alzó su copa en un brindis en memoria de una madre que nunca conoció.

—Lo que, indirectamente, te recordó que ahora eres Señor de Ruatha, ¿no? —preguntó Lytol, con una ligera elevación del ángulo de su boca. Y sus ojos, que hasta el momento le habían parecido inexpresivos a Jaxom, centellearon a la luz de la chimenea.

—Sí, y me enseñó el lugar en el que un hombre de tu talento podría hacer ahora mejor uso de él. Señor Lytol.

—Oh, cuéntame más al respecto —dijo Lytol, indicando con un gesto la silla tallada, que estaba junto a la chimenea.

—No permitas que ocupe tu silla —dijo Jaxom cortésmente, dándose cuenta de que los almohadones presentaban huellas recientes de haber sido usada.

—Sospecho que estás a punto de ocupar algo más que eso, Señor Jaxom.

—No sin la debida cortesía —dijo Jaxom, colocando un pequeño escabel apoyapies junto a su silla—, y sin que ello represente un desafío —se sintió aliviado ante la tranquila reacción de Lytol—. Señor, ¿estoy en situación de ser Señor de Ruatha ahora?

—¿Quieres decir si ya estás preparado?

—Eso, también, pero estaba pensando en si han cambiado las circunstancias que aconsejaron dejar Ruatha a tu cargo.

—Así es, en efecto.

Jaxom observó a Lytol, para ver si había algo forzado en sus modales al dar aquella respuesta.

—Las circunstancias, por supuesto, han cambiado durante las dos últimas estaciones —Lytol casi reía—, gracias a ti, en gran parte.

—¿A mí? ¡Ah, la maldita enfermedad! Bien, ¿hay aún algún obstáculo a mi confirmación como Señor del Fuerte?

—No veo ninguno.

Jaxom oyó el suave aliento del Arpista, pero siguió observando a Lytol.

—Bien —Lytol sonrió—, ¿puedo saber el motivo de tanta prisa? A buen seguro no habrá sido el hecho de que las presiones se hayan aliviado en el Norte, ¿no? ¿O ha sido aquella bonita chica... esa que se llama Sharra?

Jaxom rió.

—A ella se debe en buena parte —dijo, recalcando ligeramente la última palabra, y captó la sonrisa de Finder por el rabillo del ojo.

—¿Es hermana de Toric del Fuerte Meridional ¿no? —Lytol siguió con el tema, sondeando las aptitudes de su interlocutor.

—Así es. Y dime, Lytol ¿ha habido algún intento de confirmar a Toric como Señor del Fuerte?

—No, ni hay ningún rumor de que él haya solicitado tal cosa. —Lytol frunció el ceño, mientras reflexionaba sobre el particular.

—¿Qué opinión tienes de Toric, Señor Lytol?

—¿Por qué me lo preguntas? Por supuesto, la alianza es adecuada aunque él no tenga el rango, incluso suficiente para ser tu igual.

—No necesita rango. Tiene ambiciones —dijo Jaxorn, con el suficiente rencor para atraer la atención de ambos, Tutor y Arpista, y se hizo un silencio.

—Desde que D'ram llegó a ser Caudillo del Weyr Meridional —observó Finder, interrumpiendo el silencio—, he oído decir que no ha habido ningún hombre sin propiedad que haya vuelto.

—¿Acaso les da el derecho de retener lo que puedan? —preguntó Jaxom, volviéndose tan rápidamente hacia Finder, que el Arpista parpadeó sorprendido.

—No estoy seguro...

—Dos de los hijos del Señor Groghe han ido allí —dijo Lytol, tirándose del labio inferior pensativo—, y lo que sé por él es que se quedarán. Por supuesto, conservarán su rango natal de Señores. Brand, ¿qué le prometieron a Dorse? —preguntó, al entrar el mayordomo en la sala.

—¿A Dorse? ¿Es que ha ido al Meridional en busca de un Fuerte? —preguntó Jaxom, riendo entre dientes de alivio y de asombro.

—No vi motivo alguno para negarle esa oportunidad —replicó Lytol tranquilamente—. No me imaginé que tuvieras algo que objetar. Brand, ¿qué le prometieron?

—Creo que le dijeron que podría tener toda la tierra que quisiera. No creo que la palabra «Fuerte» entrara en la propuesta. Pero en aquella ocasión la oferta le fue hecha por uno de los comerciantes meridionales, y no directamente por Toric.

—Pues bien, si un hombre te ofreciera tierras, le estarías agradecido, y le apoyarías en contra de aquellos que te hubieran negado tierras, ¿verdad? —preguntó Jaxom.

—Sí, la gratitud se expresaría en forma de lealtad. —Lytol se movió inquieto, considerando otro aspecto de la situaciór—. No obstante, se corroboro claramente que las mejores tierras quedaban demasiado lejos de la protección del Weyr. Yo le di a Dorse uno de nuestros lanzallamas más viejos, bien reparado, por supuesto, con boquilla y manguera de repuesto —añadió Lytol.

—Daría cualquier cosa por poder observar a Dorse en campo abierto durante una Caída de Hebras y sin un dragonero a la vista —dijo Jaxom.

—Si Toric es tan astuto como parece —observó Lytol—, eso debía ser la consideración que decidiera a quién podría otorgársele tierras.

—Señor —Jaxom se levantó, acabando el resto de su vino—, volveré esta noche. Nuestra sangre no está todavía lo bastante fuerte como para soportar una tormenta de nieve en el Fuerte de Ruatha. Y hay una tarea que Ruth y yo tenemos que realizar mañana. ¿Tendrías la amabilidad de volver al Meridional? ¿Podría Brand hacerse cargo de los asuntos del Fuerte en nuestra ausencia?

—En esta época del año, el sol me sentaría bien —dijo Lytol.

Brand murmuró que estaba en situación de hacerse cargo de los asuntos del Fuerte.

Jaxom y Ruth volvieron al Fuerte de la Cala, gozosos por el calor balsámico de la estrellada noche tropical. Jaxom estaba más seguro que nunca de que Lytol no pondría difícil el cambio. Mientras Ruth estaba trazando todavía círculos para aterrizar, él se sintió relajado en aquel aire cálido.

Había estado muy tenso en Ruatha... tensión en su intento de no ofender a Lytol y, a la vez, lograr sus propios fines. Y estaba preocupado por el informe sobre las astutas intrigas de Toric.

Se deslizó por el lomo de Ruth sobre la fina arena, precisamente en el mismo sitio en que había besado a Sharra poco tiempo antes. Le resultó agradable pensar en ella. Esperó hasta que Ruth se hubo echado en la arena, aún tibia, y luego se puso en camino hacia la construcción entrando de puntillas, y sorprendiéndose al ver que incluso la alcoba del Arpista estaba oscura. Debía de ser más tarde de lo que había creído en aquella parte del mundo.

Se deslizó dentro de su cama, oyendo a Piemur murmurar algo en sueños. Farli, enroscado junto a su amigo, abrió un ojo para mirarle, y volvió a dormirse. Jaxom se tapó con la ligera sábana. Pensó en las nieves de Ruatha, y cayó agradablemente en un profundo sueño.

Despertó de repente, creyendo que alguien había pronunciado su nombre. Piemur y Farli seguían inmóviles bajo la luz cenital que pregonaba por corto tiempo la llegada del alba. Jaxom contuvo la respiración, esperando que se repitiese aquella llamada, pero no se repitió. ¿El Arpista? No era probable, pues Menolly estaba mucho más acostumbrada a su voz, de modo que a la llamada de él, despertaba en el acto. Sondeó la mente de Ruth, y supo que el dragón estaba despertándose en aquel momento.

Jaxom estaba rígido. Quizás era eso lo que le había despertado, pues sus hombros parecían agarrotados y los largos músculos de sus brazos y su tórax le dolían por el trabajo de cavar del día anterior. La espalda le ardía a consecuencia del sol de la Meseta.

Era demasiado pronto para levantarse. Trató de conciliar el sueño de nuevo, pero las molestias de sus músculos y de su piel eran lo bastante intensas para mantenerle despierto. Se levantó en silencio, teniendo cuidado de no molestar a Piemur y no ser oído por Sharra. Un baño suavizaría sus músculos y calmaría el escozor de sus quemaduras.

Se acercó hasta donde estaba Ruth, y encontró el dragón blanco ya despierto, deseoso de bañarse con él, pues Ruth sentía que no todo el barro de su piel había sido eliminado con el lavado de la víspera.

Las Hermanas del Alba centelleaban claramente ante un sol aún invisible sobre el lejano horizonte. ¿Podría ser que los antepasados se hubieran marchado allí, buscando un refugio ante la erupción? ¿Cómo?

Vadeando, con agua hasta la cintura, la tranquila cala, Jaxom se zambulló y nadó bajo el agua, misteriosamente oscura sin el sol que alumbrara sus profundidades. Después emergió con ímpetu a la superficie. No, tenía que haber existido algún otro refugio entre la colonia y el mar. La huida había sido encauzada en una sola dirección.

Llamó a Ruth, recordándole que el sol debía ser mucho más cálido en la Meseta. Recogió sus correas de vuelo y se aprovisionó con algunos rollos de carne fría de la despensa, escuchando un momento para saber si se había levantado alguien más. Probablemente comprobaría su teoría y los sorprendería a todos con buenas noticias al amanecer. Eso era lo que esperaba.

Estuvieron en el aire en el momento preciso en que el sol se hizo visible en el horizonte, iluminando un cielo claro y sin nubes con su luz amarilla, y dorando con ella la cara benigna de la distante montaña cónica.

Ruth saltó al ínter, y luego, a petición de Jaxom, trazó amplios y perezosos círculos por encima de la Meseta. Iban a formarse desniveles nuevos, pensó Jaxom divertido, con los escombros que los dragones habían sacado de las dos construcciones de los antepasados.

Le pidió a Ruth tomara la dirección del mar. Aquel recorrido le hubiera costado un día largo de marcha a un pueblo que huía. Decidió no llamar a los lagartos de fuego para clarificar ese punto; no harían sino excitarse repitiendo sus recuerdos de la erupción. Tenía que llevarlos a algún lugar en el que sus memorias asociativas recordaran un momento menos frenético. Seguramente tendrían algo que recordar de sus hombres fuera cual fuera el refugio en el que los fugitivos se hubieran detenido.
¿Quizás habían existido establos para los animales y wherries, construidos a alguna distancia de la colonia? Considerando la escala en la que operaban los antepasados, tales establos podían haber tenido capacidad suficiente para proteger a cientos de la lluvia de fuego procedente de un volcán en erupción.

Le pidió a Ruth que planeara hacia el mar, en la dirección que debieron tomar los antepasados azuzados por el pánico. Una vez dejado atrás el prado, los matojos empezaban a crecer en el suelo de ceniza, dando paso luego a árboles más grandes y a una vegetación más espesa. Estaba a punto de pedirle a Ruth que volviera atrás y volara en otra dirección, cuando divisó un claro en la selva.

Planearon por encima de una larga zona sin vegetación, de algunas longitudes de dragón de ancha, y varios centenares de larga. Arboles y matorrales se alineaban a ambos lados, como si lucharan por encontrar suelo bajo sus raíces. Bandas de agua brillaban en el extremo más distante del claro, semejando una curiosa cicatriz y en forma de charcos incomunicados entre sí.

Fue precisamente entonces cuando el sol salió sobre la Meseta y, volviendo la cabeza a la izquierda para evitar su brillo, Jaxom vio las tres sombras alargadas que se alzaban en el extremo del claro donde estaba el agua.

Nervioso, ordenó de inmediato a Ruth que se dirigiera hacia aquel lugar, trazando círculos hasta estar seguro de que aquellas supuestas colinas no eran colinas y además su estructura era diferente a las otras construcciones de los antepasados.

Su situación era tan antinatural como su forma. Una tenía siete longitudes de dragón o más que las otras dos, y habría unas diez longitudes de dragón entre ellas.

Hizo volar a Ruth por encima y se percibió la curiosa conformación: una masa mayor se hizo visible a un extremo, mientras el otro se estrechaba levemente hacia abajo; diferencia perceptible a pesar de la hierba, la tierra y los pequeños matorrales que cubrían aquellas supuestas colinas.

Tan excitado como él, Ruth fue a descansar entre las dos primeras. La anormalidad de las colinas no era tan obvia sobre el terreno, pero le hubieran parecido extrañas incluso a alguien que llegara a pie.

Apenas había ordenado a Ruth que aterrizara, cuando surgieron varios lagartos de fuego a su alrededor, chillando de violenta excitación e increíble alegría.

—¿Qué dicen, Ruth? Tratemos de que se mantengan en calma para podernos aclarar. ¿Tienen imágenes sobre estas colinas?

Demasiadas. Ruth alzó la cabeza, canturreando suavemente a los lagartos de fuego. Ellos se lanzaban en picado y salían disparados por todo el contorno, tan desordenadamente que Jaxom abandonó los intentos de ver si llevaban banda.

Son felices. Se alegran de que hayas vuelto. ¡Ha pasado tanto tiempo!

—¿Cuándo estuve aquí por primera vez? —preguntó Jaxom a Ruth, pues había aprendido a no confundir a los lagartos de fuego habiéndoles de anteriores generaciones—. ¿Lo pueden recordar?

¿Cuándo viniste por el cielo en cosas largas y grises? Ruth parecía confuso, por el tono de la respuesta.

Jaxom se apoyó en Ruth, dando apenas crédito a lo que había sido.

—¡Enséñamelo!

Las imágenes brillantes y confusas lo dejaron atónito, desenfocadas al principio, pero luego resolviéndose en una clara imagen final, cuando Ruth fue separando todas aquellas visiones hasta reducirlas a una sola visión coherente.

Los cilindros eran grisáceos, con gruesas alas que parecían pobres imitaciones de las graciosas alas de los dragones. En uno de sus extremos, llevaban una serie de tubos menores, mientras que al otro estaba provisto de una especie de nariz puntiaguda. De repente se produjo una abertura aproximadamente a un tercio del largo desde el final del tubo de la primera nave. Hombres y mujeres descendieron por la rampa. Una sucesión de imágenes centelleó por la mente de Jaxom: gente corriendo, abrazándose unos a otros, y saltando arriba y abajo. Luego, las imágenes que Ruth obtuvo de los chillones lagartos de fuego se disolvieron en el caos, como si cada lagarto de fuego por separado hubiera seguido a una persona y cada uno estuviera intentando dar a Ruth su imagen individual, más que una visión objetiva del aterrizaje y los sucesos subsiguientes.

Jaxom no tuvo ninguna duda de que aquel era el sitio en el que los antepasados se habían refugiado del desastre volcánico, y las naves eran aquellas que les habían llevado desde las Hermanas del Alba hasta Pern. Y las naves seguían allí porque, por algún motivo, no pudieron volver al trío estelar.

La abertura de entrada en la nave ¿había estado a un tercio del largo desde el extremo del tubo? Mientras los lagartos de fuego hacían acrobacias por encima de su cabeza, Jaxom recorrió la hierba que cubría el cilindro hasta que le pareció haber llegado al sitio adecuado.

Dicen que lo has encontrado, avisó Ruth, dándole un golpecito disimulado para que siguiera avanzando. Sus grandes ojos brillaban con un fuerte tono amarillo.

Para apoyar aquella afirmación, un enjambre de lagartos de fuego se colocó sobre el lugar cubierto de arbustos, empezando a arrancar la vegetación.

—Debería volver al Fuerte y comunicarlo —murmuró Jaxom para sí.

Están durmiendo. Benden duerme. ¡Somos los únicos seres despiertos del mundo!

Jaxom tuvo que admitir que aquello era muy probable.

Cavé ayer. Puedo cavar hoy. Podemos cavar hasta que despierten y vengan a ayudarnos.

—Tú tienes garras, pero yo no. Vamos a buscar algunas herramientas a la Meseta.

Fueron acompañados, tanto en la ida como en la vuelta, por lagartos de fuego felices y excitados.

Utilizando una pala, Jaxom señaló el área aproximada en la que había que cavar para llegar a la puerta de la nave. Luego, sólo tendría que supervisar a Ruth, así como la ayuda, aunque a veces un obstáculo, de los lagartos de fuego. Empezaron por arrancar la tenaz hierba de la tierra, que los lagartos de fuego fueron depositando en las matas, más allá del claro. Por fortuna, su superficie estaba sólidamente envuelta por el polvo acumulado sobre el área de aterrizaje en el curso de miles de Revoluciones. Y además, la lluvia y el sol habían endurecido aquella espesa cobertura.

Cuando le empezaron a doler los hombros, Jaxom se permitió un descanso. Comió un rollo de pan, mientras ocasionalmente ordenaba a unos lagartos de fuego en disputa que volvieran al trabajo.

Las garras de Ruth rascaron sobre algo.

¡No es roca!

Jaxom saltó hacia el lugar, metiendo la pala a través de la capa de escombros. El borde dio en una superficie dura, que no cedió, Jaxom soltó un grito salvaje que hizo que todos los lagartos de fuego empezaran a girar a media altura.

Apartando hasta el último de los escombros con sus propias manos, fijó su mirada en lo que quedaba al descubierto. Sus cuidadosos dedos tocaron una extraña superficie. No era metal, ni tampoco el material de los desniveles, más bien, por improbable que pareciera, era algo así como cristal opaco. ¡Pero no había cristal que fuera tan duro!

—Ruth, ¿Canth estará despierto ya?

No. Menolly y Piemur sí lo están. Se preguntan dónde nos hemos metido.

Jaxom gritó triunfante:

—¡Creo que iremos a decírselo!

El Arpista, Menolly y Piemur estaban esperándolos a él y a Ruth cuando salieron del ínter por encima del Fuerte de la Cala. Pasando por alto sus preguntas sobre su marcha a Ruatha la noche anterior, Jaxom intentó explicar lo que había descubierto. El Arpista tuvo que acallar la charla con un fuerte grito que dejó atónitos a todos los lagartos de fuego y los ahuyentó al ínter. Y una vez hecho el silencio, el Arpista aspiró profundamente.

—¿Quién va a poder pensar u oír con este jaleo? Bueno, Menolly, ¡tráenos algo de comer! Piemur, trae material para hacer bocetos. Zair, ven aquí, granujilla. Tienes que llevar un mensaje a Benden. Y si es necesario, le muerdes la nariz a Mnementh para que se despierte. Sí, ya sé que tienes el suficiente valor para luchar con ese ser tremendo. ¡Pero no luches! ¡Sólo despiértale! ¡Ya sería hora de que esos perezosos patanes de Benden se levantaran de cualquier modo!

El Arpista estaba de excelente humor; la cabeza alta, los ojos brillantes y la sonrisa amplia.

—¡Por la Gran Cascara, Jaxom! ¡Has empezado un día duro con una brillante promesa! Me había quedado en cama porque no había nada que justificara levantarse, salvo más disgustos.

—Puede que estén tan vacíos...

—¿Y dices que los lagartos de fuego imaginaron el aterrizaje? Aquellos cilindros podrían estar tan vacíos como el olvido, pero en todo caso, vale la pena verlo. ¡Las naves que trajeron a nuestros antepasados de las Hermanas del Alba a Pern!

El Arpista respiró lentamente, con los ojos brillantes de excitación.

—¿No estarás demasiado animado. Maestro Robinton? —preguntó Jaxorn, mirando a su alrededor en busca de Sharra—. ¿Dónde está Sharra? —Vio a Menolly y a Piemur realizando sus encargos. A buen seguro que Sharra ya no dormía. Miró a los lagartos de fuego, intentando encontrar a Meer y a Talla.

—Un dragonero vino a buscar a Sharra anoche. Hay algunos enfermos en el Meridional y la necesitaban urgentemente allí. He sido egoísta, supongo, manteniéndola conmigo cuando la necesidad real estaba fuera. En verdad —siguió diciendo el Arpista— estoy sorprendido de encontrarte aquí, y de que no te hayas quedado en Ruatha. —Las cejas de Robinton se arquearon, en una invitación a que Jaxom se explicara.

—Ya hace algún tiempo que debía haber estado de regreso en mi Fuerte, Maestro Robinton —admitió Jaxom en tono contrito. Luego se encogió de hombros ante su desgana por salir de la Cala—. Además, cuando llegué estaba nevando. El Señor Lytol y yo tuvimos un largo coloquio...

—No habría ninguna oposición a que te hicieras cargo de un Fuerte ahora —dijo el Arpista con una carcajada—, y se habrían acabado los problemas respecto a las tierras y lo de si eres o no dragonero. —Los ojos del Arpista chispearon al imitar los tonos agudos del Señor Sangel. Luego, su rostro se puso serio y colocó la mano sobre el hombro de Jaxom—. ¿Cómo reaccionó Lytol?

—No se sorprendió —dijo Jaxom, y su alivio y asombro dieron animación a su voz—, y yo he pensado, señor, que si Nicat sigue excavando las construcciones de la Meseta, alguien con la capacidad de organización de Lytol...

—Mi opinión es la misma, Jaxom —dijo el Arpista, dándole otro golpecito en el hombro en señal de acuerdo—. El pasado es la ocupación adecuada para dos hombres viejos...

—Señor —exclamó Jaxom en tono ofendido—, ¡tú no serás nunca viejo! ¡Ni tampoco Lytol!

—Muy amable por tu parte que pienses así, Jaxom, pero ya he recibido un aviso. ¡Ah, ahí viene un dragón, y a menos que me confunda por el brillo del sol me parece que es Canth! —Y Robinton puso la mano a modo de pantalla sobre sus ojos.

El brillo del sol quizá podría explicar el ceño fruncido de la cara de F'nor, mientras avanzaba a largos pasos por la playa en dirección a ellos.

Zair le había proporcionado unas imágenes confusas, que habían excitado a Berd, Grall y a todos los lagartos de fuego del Weyr de Bendcn, hasta el punto de que Lessa le había ordenado a Ramoth que alejara a todo el enjambre. En consecuencia, el aire de encima de la Cala estaba lleno de lagartos de fuego, que producían un estruendo terrible.

—Ruth, diles que desciendan —le pidió Jaxom a su dragón—. No vamos a poder ver ni oír nada con tantos lagartos de fuego.

Ruth emitió tal bramido que se sobresaltó a sí mismo, e incluso provocó un brillo de susto en los ojos de Canth. El silencio que siguió se vio roto por un chillido de miedo. Y el cielo quedó libre de los lagartos de fuego, que fueron a posarse en los árboles que rodeaban la playa.

Me han obedecido. La voz de Ruth sonó asombrada y bravucona.

Este despliegue de poder tuvo la virtud de poner a F'nor de mucho mejor humor.

—Bueno, ahora cuéntame para que te has levantado tan pronto esta mañana, Jaxom —preguntó F'nor, mientras se aflojaba el cinturón de vuelo y el yelmo—. Las cosas se están poniendo de tal modo que Benden no puede ni mover un dedo sin que Ruatha tenga que ayudarle.

Jaxom sorprendido, miró intensamente a F'nor pero el caballero pardo se la devolvió de tal forma que Jaxom se dio cuenta de que F'nor estaba manteniendo una postura desacostunbradamente crítica. ¿Podía estar aludiendo al maldito huevo? ¿Es que Brekke le había mencionado algo?

—¿Por qué no? —dijo, a modo de respuesta—. Benden y Ruatha están ligados por los lazos más estrechos, F'nor. Son lazos tanto de sangre como de intereses mutuos.

La expresión de F'nor se tornó de desanimada en alegre. Le dio a Jaxom un apretón en un hombro, lo bastante fuerte como para hacerle perder el equilibrio.

—¡Bien dicho, Ruatha, bien dicho! Bien, ¿qué fue lo que descubriste hoy?

Con no poca satisfacción, Jaxom volvió a relatar su trabajo matinal, mientras los ojos de F'nor se agrandaban de entusiasmo.

—¿Dices que son las naves con las que aterrizaron? ¡Vamos! —apretó su cinturón, se aseguró el yelmo y le indicó a Jaxom que se apresurara en vestirse.— Tenemos una Caída de Hebras mañana en Benden. Pero, si es como tú dices...

—Yo también voy —anunció el Arpista.

Ni el más descarado de los lagartos de fuego se atrevió a romper el silencio que siguió a esta observación.

—Yo también voy —repitió el Maestro Robinton en un tono de voz firme y razonable, para imponerse a la protesta que leía en todas las caras—. Ya me he perdido demasiadas cosas. ¡Esto de estar en tensión es muy malo para mí! —Se llevó la mano dramáticamente al pecho—. Mi corazón late con más fuerza cada vez que me veo obligado a esperar hasta que decidís informarme de las cosas que ocurren y de sus detalles.

Menolly recuperó su presencia de ánimo e hizo gesto de ir a hablar, pero él alzó la mano y siguió.

—No excavaré. ¡Me limitaré a mirar! Pero os aseguro que la vejación, por no mencionar la soledad y la tensión a que he sido sometido mientras vosotros estáis recopilando datos, puede repercutir de forma innecesaria y peligrosa en mi pobre corazón, ¿qué sentiríais si sucumbiera estando aquí solo, sin nadie?

—Maestro Robinton, si Brekke se entera... —la protesta de Menolly resultó muy débil.

F'nor se tapó los ojos con una mano, y movió la cabeza ante las tácticas del Arpista.

—Dadle a un hombre como éste un dedo, y se tomará toda la mano. —Luego, levantó la mirada y agitó un dedo en dirección a Robinton—. Si mueves un solo músculo levantas un puñado de escombros. Yo... yo...

—Permaneceré junto a él —terminó Menolly la frase, echando a su Maestro una mirada tan fiera, que él simuló no haberla captado.

—Tráeme mis correas de montar dragones, Menolly, sé una buena chica. —Y el Arpista, con una expresión jovial, la empujó suavemente hacia el Fuerte—. Ah, y la caja de escritura que está en la mesa de trabajo de mi estudio. Yo, de verdad, voy a portarme bien, F'nor, y estoy seguro de que no me pasará nada en un viaje tan corto por el ínter. Menolly. —Su voz se alzó hasta convertirse en un trueno—. ¡No olvidéis el medio pellejo de vino que ha de ir en mi silla! ¡Bastante malo fue que ayer no pudiera ver las construcciones de la Meseta!

Tan pronto Menolly volvió con lo solicitado, llevando el pellejo de vino balanceándose sobre su espalda, la discusión quedó zanjada. F'nor montó al Arpista y a Piemur sobre Canth, dejando a Jaxom que colocara a Menolly tras él sobre Ruth.

El deseó ardientemente que Sharra estuviese allí. Se preguntó si Ruth podría contarle cómo le había ido su viaje al Merdional pero luego contuvo el impulso de preguntárselo.

La luz del sol todavía no llegaba al Oeste. Los dos dragones ascendieron escoltados por numerosos lagartos de fuego. Ruth le dio las coordenadas a Canth y, mientras Jaxom, preocupado, pensaba aún en lo precipitado de la actuación del Arpista, ya habían atravesado el ínter y estaban planeando en dirección a las tres peculiares colinas.

Jaxom sonrió alegre, pensando en la reacción que había producido su descubrimiento. Los brazos de Menolly le asieron con más fuerza, y la muchacha soltó un agudo arpegio a causa de su nerviosismo.

El pudo ver al Arpista gesticulando descontroladamente, y esperó que estuviera bien sujeto con el cinturón de F'nor. Canth, sin separar ni un momento la vista del agujero de la colina, viró para aterrizar tan cerca como le fue posible. Dejaron al Arpista en el lugar más cercano a la sombra, y le dijeron a Jaxom que llamara a los lagartos de fuego del lugar para que le transmitieran imágenes a Zair, y de este modo Robinton pudiera ver sus trabajos.

Ante el griterío de los lagartos de fuego, los otros empezaron a cavar. Ruth se quedó a un lado, pues Canth podía remover más tierra que él, y sólo había sitio para un dragón. Jaxom sintió una excitación interior que no había sentido en la Meseta.

Cavaron perpendicularmente, ya que Jaxom había desenterrado la parte superior del vehículo. El entusiasmo de Canth manchó a menudo al Arpista con salpicaduras de suciedad, mientras descubrían la zona de la puerta. Poco después la huella de la puerta, una leve marca en la lisa superficie, se les hizo presente.

F'nor pidió a Canth que desplazara el ángulo de excavación ligeramente a la derecha, y al cabo de un rato, todo el borde superior de la abertura quedó al descubierto.

Muy animados, los lagartos de fuego se unieron a Canth y a los caballeros, y los escombros saltaron por todas partes.

Cuando la abertura estuvo completamente despejada, quedó también al descubierto el borde redondeado de una de las gruesas alas, demostrando, como el Arpista se apresuró a señalar, que los lagartos de fuego habían recordado puntualmente lo que sus antepasados habían visto. Una vez se había logrado hacerlos recordar, claro está.

La entrada quedó despejada, y los trabajadores se hicieron a un lado para que el Arpista pudiera acercarse a examinarla.

—Creo que en realidad deberíamos ponernos en contacto con Lessa y F'lar, ahora. Y que sería muy poco delicado dejar de lado al Maestro Fandarel. Incluso es posible que él pueda decirnos de qué material está construida esta nave.

—Ya hay bastante gente enterada de esto —dijo F'nor, antes de que el Arpista pudiera incluir más nombres—. Yo mismo iré a buscar al Maestro Herrero. Así ahorraremos tiempo y evitaremos habladurías. Y que Canth se lo diga a Ramoth. —Se limpió el sudor de la cara y cuello, y las manchas más visibles de sus manos, antes de embutirse sus ropas de vuelo—.

¡Que nadie haga nada mientras yo esté fuera! —añadió, mirando a todos los presentes uno a uno, y al Arpista con la mayor firmeza.

—No sabría qué hacer —dijo el Arpista en tono de reproche—. Vamos a tomarnos un descanso —añadió, buscando el pellejo de vino e invitando a los demás a que se sentaran a su alrededor.

Los excavadores agradecieron este respiro y la ocasión de contemplar la maravilla que estaban desenterrando.

—Si es verdad que volaban en estas cosas...

—Dices «si», mi querido Piemur. No hay duda. Ellos lo hicieron. Los lagartos de fuego vieron aterrizar estas naves —afirmó el Maestro Robinton.

—Iba a decir que, si volaban en estas cosas, ¿cómo no se alejaron de la Meseta, después de la erupción?

—Una buena, muy buena pregunta.

—Bien, ¿y?

—Quizá nos la pueda responder Fandarel, pues yo, desde luego, no estoy en situación de hacerlo —dijo Robinton sinceramente, mirando a la puerta con cierta tristeza.

—Es posible que necesitaran despegar desde cierta altura, como lo hace un dragón perezoso —sugirió Menolly, echando una mirada rápida a Jaxom.

—¿Cuánto tiempo le lleva a F'nor ir por el ínter? —preguntó el Arpista, con un suspiro, mirando hacia el brillante firmamento en busca de alguna señal del regreso de los dragones—. Cuesta más tiempo despegar y aterrizar.

Los Caudillos del Weyr de Benden llegaron primero, y Canth, con F'nor y Fandarel, sólo unos alientos después de ellos, de modo que los tres dragones aterrizaron a la vez.. El Herrero fue el primero en bajar de Canth, corriendo a toda prisa hacia la nueva maravilla para deslizar sus manos sobre aquella curiosa superficie, murmurando en voz baja mientras lo hacía. F'lar y Lessa cruzaron rápidamente las altas hierbas, abriéndose camino entre la suciedad esparcida por los dragones, sin apartar la vista de la entrada, envuelta en un suave resplandor.

—¡Aja! —gritó el Herrero en súbito triunfo, mirando a los presentes. Había estado examinando el borde de la entrada durante unos minutos—. Es posible que esté pensando para moverse. —Se puso de rodillas frente al ángulo inferior derecho—. Sí, si descubrimos toda la nave, probablemente esto tendría la altura de un hombre. Creo que debería apretar...

Y uniendo la acción a la palabra, abrió un pequeño panel situado a un lado de la puerta principal. Dejó al descubierto un espacio ocupado por varios círculos de colores. Todo el mundo se arremolinó a su alrededor mientras sus grandes dedos merodeaban sobre la fila de arriba, de círculos verdes. Los del fondo eran rojos.

—El rojo siempre ha significado peligro, convicción que sin duda aprendimos de los antepasados —dijo—. El verde será, por tanto, el que probemos primero.

Y su grueso índice dudó un momento más, para abalanzarse luego sobre el botón verde.

Al principio, no ocurrió nada. Jaxom sintió como si una mano fría se posara sobre su estómago, el inicio de un intenso malestar.

—¡Mira, se está abriendo! —Los agudos ojos de Piemur captaron la primera rendija perceptible en la puerta.

—Es viejo —dijo el Herrero respetuosamente—. Un mecanismo muy antiguo —añadió cuando todos oyeron la débil queja del movimiento.

Lentamente, la puerta se abrió hacia dentro y luego, sorprendentemente, hacia un lado, hacia el casco de la nave. Una oleada de aire fétido les hizo retroceder, tambaleándose y tosiendo. Cuando volvieron a mirar, la puerta estaba abierta del todo y la luz solar entraba a raudales en el pasillo, de un color más oscuro que el casco de la nave, aunque, cuando el Herrero lo golpeó con los nudillos, comprobó que era del mismo extraño material.

—¡Esperad! —Fandarel los retuvo impidiéndoles entrar—. Dejad primero que entre aire fresco. ¿Alguien ha pensado en traer luces?

—Hay alguna en la Cala —dijo Jaxom, cogiendo sus arreos de volar y ajustándose el yelmo en la cabeza mientras corría hacia Ruth. No se preocupó de sujetarse el cinturón, y el frío del ínter fue un fresco alivio después del ejercicio que suponía excavar. Cogió tantos cestos de luz como pudo llevar. A su regreso, se dio cuenta de que nadie parecía haberse movido durante su corta ausencia. El temor ante lo desconocido más allá de la gran entrada había contenido sus pasos. Temor, y quizá, pensó Jaxom, vacilación ante la posibilidad de que se repitiera el desengaño sufrido en la Meseta.

—Bueno, no vamos a descubrir nada si nos quedamos aquí fuera como bobos —dijo Robinton, cogiendo una cesta de luz de las llevadas por Jaxom y quitándole la pantalla, mientras avanzaba a zancadas hacia el interior de la nave.

Era adecuado, pensó Jaxom, mientras repartía los otros cestos, que el Maestro Arpista tuviera el honor de entrar allí el primero. En cuanto a Fandarel, F'lar, F'nor y Lessa, entraron, uno detrás de otro, por la abertura. Jaxom sonrió a Piemur y a Menolly cuando penetraron tras él.

Otra gran puerta, con una rueda dentada para cerrar las gruesas barras en el techo y el suelo, estaba invitadoramente abierta. El Maestro Fandarel murmuraba expresiones inarticuladas de elogio y admiración mientras palpaba las paredes y miraba lo que parecían ser palancas de control y más círculos coloreados. Mas al interior, se encontraron con otras dos puertas; una abierta, a la izquierda, y la otra, cerrada, a la derecha, que conduciría, Fandarel estaba seguro, hacia la parte trasera, el fondo de la nave, lleno de tubos. ¿Cómo era posible que aquellos tubos hicieran que algo tan voluminoso y de alas tan cortas como aquello volara? Tendría que llevar a Benelek allí, si no había nadie más que pudiese estudiar aquello.

Luego giraron a la izquierda y entraron en un largo y estrecho corredor. Sus botas producían un sonido apagado sobre el suelo no metálico.

—Creo que es el mismo material que usaron para los apuntalamientos de la mina —dijo Fandarel, apretando los dedos contra el suelo—. ¿Qué habría aquí? —preguntó, pasando la mano por unas repisas que ahora estaban vacías—. ¡Fascinante! ¡Y no hay ni una mota de polvo!

—No ha habido aire que lo introdujera aquí quién sabe durante cuánto tiempo —observó F'lar con tono tranquilo—. como en las habitaciones que descubrimos en el Weyr de Benden.

Iban avanzando por un corredor con puertas, algunas abiertas, otras cerradas. Pero ninguna estaba cerrada con llave, lo que permitió a Piemur y Jaxom atisbar en el interior de los cubículos vacíos. Unas señales en el suelo y en las paredes interiores probaban que habían habido accesorios instalados.

—¡Eh, venid todos aquí! —sonó nerviosa, la voz del Arpista, que se había adelantado a los demás.

—¡No, aquí! —llamó F'nor desde más lejos de donde estaba el Arpista—. Aquí está el sitio desde donde debieron controlar la nave.

—F'nor, ¡esto sí que es importante para nosotros!

Y F'lar secundó la vibrante llamada del Arpista.

Cuando todos se unieron a ellos dos, añadiendo sus cestas de luz a la iluminación, vieron qué era lo que había atraído su atención. Las paredes estaban cubiertas de mapas. Los contornos familiares del Norte de Pern, y los del Continente Meridional, no tan familiares, habían sido trazados detalladamente sobre la pared de modo que pudieran ser borrados.

Dando un fuerte grito, que fue también un gemido, Piemur tocó el mapa, señalando con su dedo índice la costa que había recorrido tan arduamente, pero que era sólo una pequeña parte del total de la línea costera.

—Mira, El Maestro Idarolan puede navegar casi hasta la Cordillera Oriental... y no es la misma cordillera que yo vi en el Oeste. Y...

—Bueno, pero, ¿qué representaría este mapa? —preguntó F'nor, interrumpiendo a Piemur en sus nerviosos comentarios. Estaba a un lado, con su cesto de luz iluminando otro mapa de Pern. Los contornos eran los mismos, pero unas bandas de diversos colores cubrían los contornos en misteriosas configuraciones. Los mares estaban representados en diversos matices de azul.

—Esto indicaría la profundidad de las aguas —dijo Menolly, recorriendo con los dedos lo que conocía como la Sima de Nerat, coloreada allí de un azul claro.

—Mira, aquí hay flechas que indican la Gran Corriente Meridional, y aquí está la Corriente Occidental.

—Si es así —dijo el Arpista lentamente—, entonces, ¿esto debería indicar la altura de las tierras? No, porque aquí donde deberían estar las montañas del fuerte de Crom, Benden y Telgar, el color es el mismo que el de esta parte de las Llanuras de Telgar. Es desconcertante. ¿Qué pueden haber querido significar con esto los antepasados? —Y miró desde la esfera Septentrional a la Meridional—. Y ninguno de estos matices, excepto este pequeño sector de aquí, aparece en la parte inferior del planeta. ¡Desconcertante! ¡Tendré que estudiar todo esto!

Tanteó, buscando los bordes del mapa, pero era evidente que había sido trazado sobre la pared misma.

—Aquí hay algo que alegraría la vista al Maestro Wansor —dijo Fandarel, aparentemente tan embebido en lo que estaba estudiando, que no había escuchado las palabras de Robinton.

Piemur y Jaxom volvieron sus cestas de luz hacia el Herrero.

—¡Un mapa estelar! —gritó el joven Arpista.

—No exactamente —dijo el Herrero.

—¿Es un mapa de nuestras estrellas? —preguntó Jaxom.

El largo dedo del Herrero rozó el círculo mayor, de un anaranjado brillante, con dibujos que representaban llamas.

—Esto es nuestro sol. Y esta debe ser la Estrella Roja.

—Su dedo describió la órbita en torno al sol, que había sido señalada por el viajero. Y luego señaló el tercer círculo, muy pequeño—. ¡Este es nuestro Pern! —Sonrió a los demás por el humilde tamaño de su mundo.

—Bien, entonces, ¿qué es esto? —preguntó Piemur, colocando el dedo sobre un mundo de colores oscuros al otro lado del sol, lejos de los otros planetas y de sus líneas orbitales descritas.

—No lo sé. Debería estar a este lado del sol, tal como están los otros planetas.

—¿Y qué significan estas líneas? —preguntó Jaxom, que había seguido las líneas de flechas desde el fondo del mapa hasta la Estrella Roja, y luego seguían, interrumpiéndose en el borde derecho del mapa.

—¡Fascinante !—fue todo lo que comentó el Maestro Herrero, que se frotaba la barbilla mientras miraba absorto los enigmáticos diseños.

—Prefiero este mapa —dijo Lessa, sonriendo con gran satisfacción ante los dos continentes.

—¿De veras? —preguntó F'lar, apartándose del mapa estelar—. Ah, estoy de acuerdo contigo —dijo, observando que la mano de ella cubría la sección occidental. Y luego rió—. Sí, sí, estoy totalmente de acuerdo, Lessa. Muy instructivo.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Piemur, con algo de burla en la voz—. No es un mapa exacto. Mira, no hay volcanes marinos más allá de las rocas de la Meseta. Y hay demasiada costa en esta sección del Meridional. Y no está la Gran Bahía. No es así como es ahora. Yo lo sé; lo he recorrido.

—No, el mapa ya no es exacto —dijo el Arpista, antes de que Lessa pudiera objetar algo a lo dicho por Piemur—. Fíjate bien, Tillek. Hay una buena extensión más de la península Septentrional de lo que debiera haber. Y no está señalizado el volcán de la costa Meridional. —Y añadió con una amplia sonrisa—: pero supongo que el mapa era exacto cuando fue trazado,

—Por cierto que sí —dijo Lessa en un grito de triunfo—. Todas las Pasadas han puesto en tensión a nuestro pobre mundo, ocasionando levantamientos y destrucciones...

—¿Ves esta lengua de tierra, donde están ahora las Piedras del Dragón? —gritó Menolly—. ¡Mi bisabuelo recuerda que la tierra se hundió en el mar!

—No importa que hayan habido cambios de poca importancia —dijo Fandarel, descartándolos sin mayor detenimiento—. Los mapas son un descubrimiento espléndido.

—Volvió a fruncir el entrecejo, mirando el mapa que tenía matices anómalos—. Este color pardo señala nuestras primeras colonias del Norte. Ved el Fuerte de Fort, luego Ruatha, Benden, Telgar —miró a F'lar y a Lessa—, y los Weyrs. Todos están coloreados con el mismo tono. ¿Es eso lo que
significan, quizá? ¿Sitios donde establecerse?

—Pero primero se establecieron en la Meseta y no tiene el mismo tono pardo —observó Piemur, disgustado.

—Tenemos que pedirles su opinión al Maestro Wansor y al Maestro Nicat.

—Quisiera hacer venir a Benelek, para que les echara una ojeada a los controles de las puertas e investigara la parte de atrás de la nave —dijo F'nor.

—Mi querido caballero pardo —dijo el Herrero—, Benelek es muy inteligente en asuntos de mecánica, pero esto...

Y su amplio gesto quiso indicar que la tecnología, altamente desarrollada, de la nave, quedaba bastante lejos de sus conocimientos.

—Es posible que un día sepamos lo suficiente para penetrar en todos esos misterios de la nave —dijo F'lar sonriendo con gran placer mientras daba golpecitos sobre los mapas—. Pero estos... están al día y son muy valiosos para nosotros y para Pern. —Hizo una pausa para sonreír al Maestro Robinton, que inclinó la cabeza en señal de comprensión, y a Lessa, que también sonrió. Los ojos de ella brillaban con una expresión de complicidad que sólo ellos tres parecían compartir—. Y, de momento, no hay que hacer la menor alusión a ellos —dijo ahora en tono severo, y alzó la mano cuando Fandarel empezó a protestar—. Un momento, Fandarel. Tengo una razón muy buena. Wansor debe ver estas ecuaciones y diseños. Y Benelek puede descifrar lo que quiera. Y como sólo trata con objetos inanimados, no hay peligro de que divulgue el secreto. Tengo la impresión de que debemos guardar secreto respecto a estas naves. En canto a Menolly y a Piemur, están ligados al Arpista. Y tú ya has probado tu discreción y tus capacidades, Jaxom.

La mirada de F'lar, directa e intensa, produjo en Jaxom una conmoción interior, pues estaba seguro de que el Caudillo del Weyr de Benden sabía de su episodio con la devolución del huevo.

—Van a ser bastante las cosas que confundan a Fuertes, Artesanados y Weyrs, en esta Meseta, sin necesidad de añadir los enigmas recientes.

Su mirada volvió hacia la ancha extensión del Continente Meridional, mientras movía suavemente la cabeza. Su sonrisa, la del Arpista y la de Lessa se hicieron más marcadas. De repente, una expresión de disgusto asomó a su rostro, y alzó la vista.

—¡Toric! ¡Dijo que hoy estaría aquí para ayudar a cavar!

—Sí, y N'ton iba a recogerme —dijo Fandarel—, pero todavía no, sino dentro de una o dos horas. A mí me sacó de la cama F'nor...

—Y el Meridional está dentro del área de tiempo de Telgar. ¡Bien! No obstante, necesito una copia de este mapa. ¿Quién de vosotros puede dedicarse a esto hoy? —preguntó.

—¡Jaxom! —dijo el Arpista rápidamente—. Copia con mucha precisión. Además, cuando vino el dragonero a buscar a Sharra ayer noche, él se había ido a Ruatha. Por tanto, no lo

echará de menos. Por otra parte, es prudente mantener a Ruth aparte. Los lagartos de fuego locales le harán compañía, y así no charlarán con el trío de Toric.

El asunto fue decidido rápidamente, y dejaron a Jaxom provisto de materiales de copia y de todas las cestas de luz. Se colocó una pantalla de ramas, para disimular la abertura ante cualquier observador casual. A Ruth se le pidió que se llevara consigo a los lagartos de fuego locales y, si le era posible, que les hiciera dormir la siesta. Y como los trabajos matinales habían fatigado a Ruth, se sintió muy contento de poder tumbarse bajo el sol y dormir un poco. Los otros partieron hacia el Fuerte de la Cala, y Jaxom empezó a copiar aquel mapa tan importante.

Mientras trabajaba, intentaba averiguar por qué les había entusiasmado tanto el mapa a los Caudillos del Weyr y al Maestro Robinton. A buen seguro, era todo un regalo conocer la extensión del Meridional sin tener que recorrerlo.

Pero, ¿era este el motivo? Por supuesto. ¡Toric no sabía cuál era la extensión del Continente Meridional! Y ahora, los Caudillos del Weyr sí lo sabían. Jaxom miró la península del Fuerte, calculando qué extensión de tierra habrían podido explorar Toric y sus hombres sin propiedad. Toric nunca hubiera podido explorar aquel vasto continente, ni siquiera llevando a toda la gente de su Fuerte, engrosado por los jóvenes hijos de todos los Fuertes y propiedades de Pern Septentrional. Por que, incluso si intentaba llegar hasta la Cordillera Occidental en el Sur, o hasta la Gran Bahía en el Oeste... Jaxom sonrió tan complacido de sus deducciones, que casi estropeó la línea que estaba trazando. ¿Marcaría la Gran Bahía tal como se la conocía hoy, o copiaría el viejo mapa fielmente? Sí, eso era lo único que importaba. Y cuando Toric, finalmente, lo viera... Jaxom rió entre dientes con intenso placer, pensando en el disgusto de Toric cuando tuviera ocasión de verlo.

AL DÍA SIGUIENTE EN LA MONTAÑA, EN EL FUERTE DE LA CALA Y EN LA SALA DE ECLOSIÓN DEL MERIDIONAL, 15.10.21

—Yo sé lo que originariamente le fue concedido a Toric —dijo Robinton a los caudillos del Weyr de Benden, que estaban sentados bebiendo klah en el Fuerte de la Cala.

—Para formar un Fuerte con lo que había adquirido cuando los Antiguos se fueron del Weyr Meridional —corrigió F’lar—. Los puristas dirían que, dado que los Antiguos no han pasado todos por el ínter, Toric puede continuar extendiendo su Retención.

—¿O asegurar la lealtad de otros en la Retención? —observó Robinton.

Lessa fijó la vista en él, meditando sus palabras:

—¿Fue por eso por lo que se avino a colonizar con tantos hombres sin retención? —Por un momento, ella pareció indignarse, y luego rió—. Toric es una de las personas que habrá que vigilar en las próximas Revoluciones. No imaginaba que demostraría tales ambiciones.

—Y perspicacia, además —dijo Robinton en tono seco—. Consigue tanto por la gratitud, como por la posesión.

—La gratitud es una fruta que tiene tendencia a agriarse —dijo F’lar.

—No es tan insensato como para confiar sólo en eso —dijo Lessa con expresión de tristeza, y luego miró a su alrededor, intrigada—. ¡No he visto a Sharra esta mañana!

—No, un caballero la recogió anoche. Hay una epidemia en... ¡oh! —Los ojos del Arpista se abrieron, en un gesto de sorpresa—. Bien, no hay mayor insensato que un viejo. Nunca se me ocurrió dudar de ese mensaje. Sí, usaría a Sharra y a sus otras hermanas. Tiene varias hijas y puede ligar a los hombres con él a través de ellas. Creo que Jaxom reaccionará ante esta situación.

—Así lo espero —dijo Lessa, con cierta aspereza—. Yo estoy bastante de acuerdo en que Sharra es un buen partido. Si es que no se trata de simple gratitud de él por haberlo cuidado durante su enfermedad... —Y al mencionar «gratitud», chasqueó la lengua.

Robinton rió.

—Brekke piensa, así como Menolly, que la unión es sincera por ambas partes. Y estoy encantado de que tú estés de acuerdo. He estado esperando diariamente que él me llamara para oficiar. Sobre todo, a la vista de las reflexiones de hoy. A propósito, no es que venga al caso, pero Jaxom volvió al Fuerte de Ruatha la otra noche. Se dirigió a Lytol para tratar del asunto de su confirmación como Señor del Fuerte.

—¿Ah, sí? —F'lar estaba tan satisfecho de ello como su compañera de Weyr—. ¿A solicitud de Sharra? ¿O por la actitud, no demasiado sutil, de Toric ayer?

—Veo que me perdí demasiado al no serme permitido ir a la Meseta ayer —dijo el Arpista irritado—. ¿Qué actitud?

Un bramido de Ramoth y de Mnementh afuera impidió que la conversación continuara.

—N'ton está aquí, con el Maestro Nicat y con Wansor —indicó F'lar. Al levantarse, se volvió hacia Robinton y Lessa—. ¿Vamos a dejar que las cosas sigan su curso natural?

—Esto suele ser lo mejor —afirmó Robinton.

Lessa sonrió misteriosamente, y avanzó con rapidez hacia la puerta.

N'ton había traído a tres ayudantes mineros junto a su Maestro. F'nor llegó al poco rato con Wansor, Benelek y dos jóvenes aprendices, al parecer seleccionados por su generosa talla. Sin esperar a que Toric se presentara con D'ram, todos se fueron por el ínter a la Meseta, aterrizando tan cerca como pudieron del pequeño desnivel de Nicat. La luz del día les dio la respuesta de su función: números y letras se extendían como un boceto por el extremo más apartado, y fascinantes animales, grandes y pequeños, y sin ningún parecido con los conocidos en Pern, caminaban por los dos largos muros.

—Un Taller de Arpista, para los muy jóvenes que aprenden los inicios de la enseñanza de Canciones y Baladas —dijo el Arpista, no tan disgustado como los otros, pues la construcción parecia adecuada para su oficio.

—Bueno —añadió Benelek, girando sobre sus talones y señalando hacia el desnivel situado a su izquierda—. Entonces, aquí estarían los estudiantes adelantados. Suponiendo, claro está —su voz expresó cierta duda—, que los antepasados siguieran una secuencia lógica hacia la derecha en dirección circular. —Trazó un corto rodeo hacia los Caudillos de los Weyrs y los tres Maestros Artesanos. Haciendo un gesto a uno de los aprendices, salió decidido, cogió una pala y empezó a arrancar la hierba del extremo interior del desnivel elegido.

Lessa, que esperó hasta que Benelek no pudiera oírles, no pudo contener la risa.

—Y si los antepasados lo defraudan, ¿se preocupará por otros misterios?

—Ya es hora de sacar la tierra de mi gran desnivel —dijo F'lar, intentando imitar la decisión de Benelek, mientras indicaba a los otros que recogieran las herramientas y se unieran a él.

Recordando que las entradas solían estar en los extretremos, abandonaron la excavación original de F'lar en el techo. Ramoth y Mnementh, obedeciendo órdenes, desplazaron enormes montones de aquella curiosa tierra gris y oscura de uno de los extremos. La puerta quedó pronto al descubierto. Era lo bastante grande para permitir el paso de un dragón, y también se deslizaba sobre raíles. Había una abertura de menor tamaño que se hundía en una esquina.

—Tiene el suficiente tamaño para que pase un hombre —dijo F'lar.

Se abría sobre goznes que no eran de metal, detalle que agradó e intrigó a los Maestros Nicat y Fandarel. Y en el preciso momento en que abrieron la pequeña puerta, llegaron Jaxom y Ruth. Apenas habían aterrizado en la parte superior del desnivel, otros tres dragones aparecieron en las alturas.

—Es D'ram —dijo Lessa—, y dos pardos de Benden, que se fueron al Meridional para ayudar.

—Discúlpame la tardanza, Maestro Robinton —dijo Jaxom, tendiéndole al Arpista un pulcro rollo, como si no fuera importante—. Buenos días, Lessa. ¿Qué había en la construcción de Nicat?

El Arpista se metió el rollo cuidadosamente en el bolsillo de su cinturón, complacido por el disimulo de Jaxom.

—Se trata de un cuarto de niños. Ve y echa una ojeada.

—¿Podría hablar contigo, Maestro Robinton? A menos que... —Jaxom señaló hacia el desnivel y la pequeña puerta abierta.

—Puedo esperar a que el aire se limpie —dijo Robinton, dándose cuenta de la tensa mirada en los ojos de Jaxom y de su aire de cortés súplica. Se apartaron de donde estaban los demás, y luego el Arpista preguntó—: ¿Y bien?...

—Sharra está siendo retenida en el Meridional por su hermano —dijo Jaxom en voz baja, que no revelaba su agitación.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó Robinton, levantando la vista para ver el bronce del Meridional, que estaba trazando círculos.

—Ella se lo dijo a Ruth. Toric tiene la intención de casarla con uno de sus nuevos colonos. ¡A él, los señores del Norte le parecen unos inútiles! —Había un brillo peligroso en los ojos de Jaxom, y una gravedad en sus facciones que, por primera vez desde que Robinton conocía al muchacho, le recordaron a su padre, Fax, un parecido que produjo en Robinton cierto placer.

—Hay algunos que sin duda lo son —replicó Robinton, divertido—. ¿Qué tienes en la cabeza, Jaxom —añadió, pues no hubo respuesta alguna a su broma en la torva cara del joven. En

cierto modo, el Arpista no había sabido darse cuenta de la maduración que se había producido en el Señor del Fuerte de Ruatha durante las dos pasadas estaciones, tan ricas en sucesos.

—Quiero recuperarla —dijo Jaxom, en tono firme y sereno, y señaló hacia Ruth—. Toric no tuvo en cuenta a Ruth.

—¿Volarías al Meridional y te la llevarías sin más? —preguntó Robinton, intentando mantener una expresión seria, aunque el aire romántico de Jaxom se lo dificultaba.

—¿Por qué no? —De repente el brillo del humor volvió a los ojos de Jaxom—. Dudo que Toric espere que yo realice una acción directa. ¡Yo soy uno de esos inútiles señores del Norte!

—Ah, pero me figuro que no lo harás antes de que tú seas objeto de alguna acción directa —dijo Robinton rápidamente, en voz baja.

Toric y su grupo habían aterrizado en el claro entre dos de las hileras de desniveles. Se separaron para trabajar cada cual por su lado, y Toric quitándose las correas de montar avanzó rápidamente hacia Lessa y los reunidos en torno a la entrada del desnivel. Pero, tras saludarla, cambió de dirección. Sin duda alguna su objetivo era Jaxom.

—Arpista —saludó, deteniéndose con una cortés inclinación de cabeza hacia Robinton, antes de dirigir la mirada hacia Jaxom.

Para contento de Robinton, el Señor de Ruatha no hizo más que encogerse de hombros y girar la cara hacia Toric.

—Colono Toric —dijo Jaxom por encima del hombro, en un saludo frío e indiferente.

El título, que en realidad era adecuado, pues Toric nunca había sido invitado a acceder al rango de Señor del Fuerte de Pern, provocó un breve respingo en el meridional. Se le estrecharon los ojos, y miró con acritud a Jaxom.

—Señor Jaxom —el tono lento de Toric hizo del título una ofensa, implicando que su titular todavía no tenía derecho a llevarlo.

Jaxom se volvió lentamente hacia él.

—Sharra me dice —dijo, notando, al igual que Robinton, un estremecimiento de sorpresa en el músculo ocular de Toric, y una rápida mirada penetrante a los lagartos de fuego que rodeaban a Ruth— que no favoreces una alianza con Ruatha.

—No, señorito, no la favorezco. —Y Toric dirigió una mirada al Arpista, con una tolerante sonrisa en la cara—. ¡Ella puede hacer mejores cosas que quedarse en un Fuerte del tamaño de una mesa, en el Norte! —La última palabra la dijo en un claro tono de desprecio.

—¿Qué he oído, Toric? —preguntó Lessa, con voz despreocupada, aunque había una dureza de acero en sus ojos cuando se acercó junto a Jaxom.

—El Colono Toric tiene otros planes para Sharra —dijo Jaxom, en un tono más divertido que agraviado—. Al parecer, ella puede hacer mejores cosas que estar en un Fuerte del tamaño de una mesa, como Ruatha.

—No tengo intención de ofender a Ruatha —dijo Toric rápidamente, al captar un destello de furia en la cara de Lessa, aunque la Dama del Weyr seguía sonriendo.

—Sería muy poco aconsejable, teniendo en cuenta mi orgullo por mi linaje y el poseedor actual de este título —dijo ella, en el tono más tranquilo que pudo.

—A buen seguro que reconsideraría el asunto, Toric —dio Robinton, tan afable como siempre, a despecho de la palpable advertencia que captaba de que el meridional estaba pisando terreno muy peligroso—. Esta alianza, tan deseada por los dos jóvenes, tendría considerables ventajas para ti, pues te uniría a uno de los Fuertes más prestigiosos de Pern.

—Y te granjearía el favor de Benden —dijo Lessa, sonriendo tan dulcemente, que Robinton casi se echó a reír ante la difícil situación de aquel hombre.

Toric continuó de pie allí, rascándose la nuca con aire ausente, aunque con la sonrisa aún en su rostro.

—Deberíamos tratar del asunto. Y con algún detenimiento, creo yo —dijo Lessa, apoyando su brazo en el de Toric y haciéndole darse la vuelta—. Maestro Robinton, ¿quieres acompañarnos? Creo que mi pequeña cabaña sería el lugar ideal para hablar sin ser molestados.

—Creí que estábamos aquí para excavar en el glorioso pasado de Pern —dijo Toric, riendo ahora de manera espontánea. Pero no soltó su brazo del de Lessa.

—Seguramente no hay mejor tiempo que el presente —continuó diciendo Lessa, en su tono más amable— para hablar del futuro. De tu futuro.

F'lar se había unido a ellos, caminando a la izquierda de Lessa, completamente al tanto de lo que ocurría por medio del nexo entre Lessa y Mnementh.

El Arpista lanzó una mirada de confirmación por encima del hombro a Jaxom, pero el joven estaba mirando a su dragón.

—Vaya, con tantos hombres ambiciosos y sin Retención que se dispersan por el Meridional —dijo F'lar suavemente—, no nos hemos preocupado de asegurarnos de que tendrías las tierras que necesitas, Toric. No me imagino disputas sangrientas en el Meridional. Innecesarias, por lo demás, cuando hay espacio suficiente para esta generación y alguna más.

Toric respondió con una fuerte carcajada y, aunque había acomodado su paso al de Lessa, a Robinton siguió dándole la impresión de una seguridad en sí mismo invulnerable.

—Y si hay tanto espacio, ¿por qué no iba yo a tener ambiciones para mi hermana?

—Tienes más de una, y ahora no estamos hablando de Jaxom y Sharra —añadió Lessa con algo de furia, dejando de lado lo menos importante en aquel momento—. F'lar y yo habíamos acordado organizar un encuentro más formal para establecer tu Retención —siguió diciendo, señalando con un gesto la vieja y vacía estructura en la que estaban ahora—, pero está el Maestro Nicat, que quiere formalizar los asuntos de la minería, el Señor Groghe, que desea que sus dos hijos no posean terrenos adyacentes, y otras cuestiones que se han producido recientemente y requieren soluciones.

—¿Soluciones ?—preguntó Toric cortésmente, apoyándose en una pared y cruzando los brazos sobre el pecho.

Robinton empezó a preguntarse hasta qué punto aquella pose de indolencia respondía a la realidad. ¿Iba a prevalecer su ambición sobre su buen sentido?

—Una respuesta que se espera es cuánta tierra debe poseer un hombre en el Meridional —dijo F'lar, recalcando lo de un mientras se sacaba ociosamente la suciedad de la uña de su pulgar con la punta del cuchillo.

—¿Y bien? Nuestro acuerdo original fue que yo podría Retener todas las tierras que hubiera adquirido, en el tiempo en que me las entregaron los Antiguos.

—Cosa que, en realidad, no hicieron —dijo Robinton.

Toric aceptó aquello:

—No insistiré en ello —admitió con una ligera inclinación de cabeza—, pues las circunstancias originales han cambiado. Y además, mi Fuerte está totalmente desorganizado, por obra de señoritos
indigentes y esperanzados, y de hombre sin Retención y jovenzuelos. Estoy bien informado de que otros han evadido nuestra ayuda y se han instalado donde sus barcos podían llegar.

—Mayor razón para estar seguro de no verte privado de un solo largo de tu propio Fuerte —dijo F'lar—. Sé que has enviado equipos de exploración. ¿Hasta dónde han llegado en realidad?

—Con la ayuda de los dragoneros de D'ram —dijo Toric, y Robinton se dio cuenta de lo atentamente que observó la cara de F'lar, para ver si aquella ayuda inesperada era conocida de Benden—, hemos extendido nuestro conocimiento del terreno hasta el pie de la Cordillera Occidental.

—¿Tan lejos? —El caballero bronce pareció sorprendido, y quizás un tanto alarmado.

Robinton sabía por aquel mapa descubierto tan oportunamente que, si bien la extensión desde el mar a la Cordillera Occidental era enorme, sólo ocupaba una pequeña parte del área total del gran
Continente Meridional.

—Y, por supuesto, Piemur llegó hasta la Gran Bahía Desértica al Oeste —añadió Toric.

—Mi querido Toric, ¿cómo podrías Retener todo esto? —F'lar parecía cortésmente preocupado.

—Tengo pequeños colonos con familia, a lo largo de casi toda la costa, y en puntos estratégicos del interior. Los hombres que me enviaste las pasadas Revoluciones demostraron ser habilísimos. —La sonrisa de Toric adquirió ahora mayor seguridad.

—Me figuro que te han jurado lealtad a cambio de tu generosidad inicial, ¿no? —preguntó F'lar dando un suspiro.

—Por supuesto.

Lessa rió:

—Me pareció, cuando nos encontramos en Benden, que eras un hombre independiente.

—Estas tierras, mi querida Dama del Weyr, están allí para quien las pueda Retener. Algunas Retenciones pequeñas podrían llegar a ser más valiosas que las extensiones grandes, para quienes las valoran realmente.

—Entonces, yo diría —volvió a intervenir Lessa, ignorando diplomáticamente la alusión de Toric a las dimensiones de Ruatha— que tendrías más que suficientes tierras para Retener desde la Cordillera Occidental hasta la Gran Bahía...

De repente, Toric adoptó una actitud rígida. Lessa estaba mirando a F'lar, en busca de su aprobación para lo que le estaba concediendo a Toric, de modo que sólo Robinton captó aquella mirada de alerta, de intensa sorpresa y disgusto, en los ojos del meridional. Se recobró rápidamente.

—Hasta la Gran Bahía en el Oeste, sí, esta es mi esperanza. Tengo mapas. En mi Fuerte. Pero, con vuestro permiso...

Había dado una zancada hacia la puerta, cuando el bramido de Ramoth lo detuvo. Y cuando Mnementh se unió a Ramoth, F'lar se adelantó rápidamente para bloquearle el camino.

—Ya es tarde, demasiado tarde, Toric.

Jaxom que observaba a los Caudillos del Weyr de Benden y al Arpista caminar con Toric hacia la construcción excavada, suspiró profundamente, desahogando la furia que había sentido por la actitud de Toric respecto a Ruatha.

—¿Ruatha, del tamaño de una mesa? ¡En verdad que...! ¡Ruatha, el segundo en antigüedad y a buen seguro uno de los más prósperos Fuertes de Pern! Si Lessa no hubiera llegado entonces, le hubiera
enseñado...

Jaxom dio otro suspiro. Toric tenía la misma altura y alcance que él. El hubiera sido degollado por los meridionales si Lessa no se hubiera interferido, salvándole así de su locura. A Jaxom nunca se le había ocurrido que Toric no pudiera sentirse honrado de contraer una alianza con Ruatha. Se había quedado atónito cuando Ruth le había informado del mensaje de Sharra: había sido llevada con señuelos de regreso al Meridional y Toric le había dicho que no aceptaría una boda de ella en el Norte. Toric tampoco escucharía a Sharra, aunque ella le hablara de su sincero compromiso con Jaxom. Así, había puesto a su reina entre los dos lagartos de fuego de ella, para evitar que enviara mensajes a Jaxom. Pero Toric no había contado con que Sharra sabía hablar con Ruth, cosa que hizo tan pronto despertó aquella mañana.

Aquel intercambio de secretos, le había causado cierta diversión a Ruth.

Jaxom esperó hasta que los cuatro entraron en la pequeña morada, y se dirigió hacia Ruth.

«Vuela al Meridional y llévatela», le había dicho el Arpista en broma, pero eso era exactamente lo que Jaxom iba a hacer.

—Ruth —preguntó mentalmente mientras acortaba la distancia que los separaba—, ¿hay lagartos de fuego de Toric cerca de ti?

¡No! ¿Vamos a rescatar a Sharra? ¿Dónde le digo que nos espere? Sólo conocemos la Sala de Eclosión Meridional. ¿Le pregunto a Ramoth?

—Preferiría no involucrar a los dragones de Benden en esto. Iremos a la Sala de Eclosión. Ese huevo nos va a ser útil, después de todo —añadió, dándose cuenta de la ironía de la situación mientras se encaramaba al lomo de Ruth—. Dale la imagen, Ruth. Pregúntale si puede llegar allí.

Dice que sí.

—Entonces, ¡vamos allá!

Jaxom empezó a reír alegremente, mientras saltaban al ínter.

Llegaron volando bajo desde el Este, exactamente como en la ocasión anterior no hacía aún una Revolución. Pero ahora, el círculo de arena caliente estaba ocupado. Aunque sólo por poco rato, pues los lagartos de fuego se lanzaron sin pensarlo, en un saludo cariñoso.

—¿Son de Toric? —preguntó Jaxom, sin saber si debía desmontar y buscar a Sharra.

¡Ella ya viene! Y la reina de Toric con ella. ¡Vete! ¡Me disgusta que espíes a mis amigos!

Jaxom no tuvo tiempo para asombrarse de la fiera actitud de su dragón. Sharra, llevando una sábana que intentaba envolver en torno a su cuerpo, levemente vestido, llegó corriendo por la Sala. Se acercó a él, con expresión angustiada, y estuvo a punto de tropezar con el borde de la sábana cuando miró hacia atrás por encima del hombro.

Dice que dos de los hombres de Toric la siguen.

Ruth dio un salto hacia Sharra, mientras Jaxom se inclinaba y tendía las manos para ayudarle a subir al lomo de Ruth.

Dos hombres, blandiendo sendas espadas, entraron en la Sala. Pero Ruth se lanzó hacia lo alto, dejándoles gritando y gesticulando, mientras la Sala iba quedando atrás. El dragón vigilante del Weyr Meridional llamó a Ruth, que respondió con un saludo mientras aleteaba hacia las alturas, de un aire caliente.

—Creo que tu hermano se ha equivocado en sus cálculos, Sharra.

—Llévame lejos de aquí, Jaxom. ¡Llévame a Ruatha! Nunca he estado tan desesperada en toda mi vida. No deseo volver a ver a mi hermano nunca más. De todos los extraviados y desorientados...

—Tenemos que volver a ver a tu hermano, pues no quiero ocultarme de él. ¡Tenemos que enfrentarlo de una vez por todas!

—¡Jaxom! —Había verdadera preocupación en la voz de Sharra. Se apretó más contra él, cogiéndole por la cintura—. ¡En combate, te mataría!

—Nuestra unión no causará luchas, Sharra —dijo Jaxom con una carcajada—. Cúbrete bien con esa sábana. Ruth nos llevará por el Ínter, tan rápido como pueda.

—Jaxom, ¡espero que sepas lo que estás haciendo!

Ruth los llevó de regreso a la Meseta, canturreando un saludo mientras trazaba círculos para descender.

—¡Oh, estoy helada!, se llevaron mis ropas de volar —dijo Sharra. Sus piernas desnudas, sobre los lomos de Ruth, estaban azules del frío. Jaxom se inclinó para frotárselas—. Ahí está Toric. Con Lessa, F'lar y Robinton.

—¡Y el más grande de los dragones de Benden!

—¡Jaxom!

—Tu hermano hace las cosas a su modo. ¡Y yo al mío! ¡Al mío!

—¡Jaxom!

En la voz de ella había a la vez sorpresa y respeto, y sus brazos volvieron a apretarse en torno a la cintura de él.

Ruth aterrizó y, cuando hubieron desmontado, se puso a la izquierda de Jaxom, mientras los dos jóvenes amantes iban al encuentro de los demás. En la cara de Toric había desaparecido su acostumbrada sonrisa.

—Toric no puedes esconder a Sharra en ningún lugar de Pern ya que Ruth y yo no podremos encontrarla —dijo Jaxom, después de hacer unas breves inclinaciones de cabeza a los Caudillos del Weyr de Benden y al Arpista. En la dura expresión de Toric no había la menor señal de un posible acuerdo. Ni tampoco lo esperaba él— El lugar y el tiempo no son obstáculos para Ruth. Sharra y yo podemos ir a cualquier lugar, y en cualquier momento, en Pern.

Un lagarto de fuego, dando lastimeros gritos, intentó aterrizar en el hombro de Toric, pero éste lo alejó de un manotazo.

—Pero además, los lagartos de fuego obedecen a Ruth. ¿Verdad que sí, amigo mío? —Jaxom descansó la mano sobre la cabeza de Ruth—. ¡Diles a todos los lagartos de fuego que hay aquí en la Meseta que se vayan lejos!

Ruth así lo hizo, informando, cuando la gran pradera quedó repentinamente vacía de aquellas pequeñas criaturas, de que no les había gustado irse.

Los ojos de Toric se empequeñecieron ligeramente ante tal exhibición de habilidad. Luego, los lagartos de fuego volvieron. Esta vez, dejó que su pequeña reina aterrizara en su hombro, pero siguió mirando fijamente a Jaxom.

—¿Cómo conociste el Meridional? ¡Me informaron de que nunca habías estado allí! —Dio media vuelta, como si acusara a Lessa y a F'lar de complicidad.

—Tu informante estaba equivocado —dijo Jaxom, preguntándose si habría sido Dorse—. Hoy no es la primera vez que recupero algo del Weyr Meridional que pertenece al Norte.

Y puso el brazo, en señal de posesión, sobre el hombro de Sharra.

La compostura de Toric desapareció.

—¡Tú! —Extendió el brazo, señalando a Jaxom. Su rostro era una mezcla de furia, indignación, ofensa, disgusto, frustración y, por último, un respeto mal aceptado—. ¡Tú fuiste quien devolvió el huevo! Tú y ese... ¡pero las imágenes de los lagartos de fuego eran negras!

—Hubiera sido estúpido no oscurecer una piel blanca para hacer una acción nocturna, ¿no te parece? —preguntó Jaxom con un comprensible tono de burla.

—Ya sabía que no había sido uno de los caballeros de T'ron —gritó Toric, abriendo y cerrando los puños—. Pero en cuanto a ti... Bueno, ahora... —La actitud de Toric cambió radicalmente. Sonrió de nuevo, un tanto amargamente, mientras miraba a los Caudillos del Weyr de Benden y luego al Arpista. Luego empezó a reír a carcajadas, perdiendo el furor y la frustración.

—Si ya sabías, señorito... —Volvió a señalar fieramente a Jaxom—, los planes que arruinabas... ¿Cuánta gente sabía que fuiste tú? —Y se volvió, acusador, hacia los dragoneros.

—No mucha —dijo Robinton, preguntándose al instante si Lessa y F'lar lo habrían adivinado alguna vez.

—Yo lo sabía —dijo Sharra—, y Brekke también. Jaxom estuvo preocupado por ese huevo durante toda su época febril. —Y ella lo miró orgullosamente.

—Pero eso no importa ahora —dijo Jaxom—. Lo que importa es saber si tengo tu permiso para desposar a Sharra y hacerla Señora del Fuerte de Ruatha.

—No veo qué puedo hacer para impedirlo. —El amplio gesto de los brazos de Toric, gesto de frustración, abarcó a toda la gente y los dragones.

—De hecho, no podrías, pues la fanfarronería de Jaxom sobre las habilidades de Ruth está justificada —dijo F'lar—. Uno nunca debe infravalorar a un dragonero, Toric. —Y luego sonrió, sin suavizar la advertencia implícita—. Sobre todo si se trata de un dragonero del Norte.

—No me olvidaré nunca de eso —dijo Toric, y la intensidad de su fuerte voz reflejó su pena. Luego, la sonrisa afable volvió a aparecer en su cara—. Especialmente de nuestra interrumpida discusión. Antes de que estos impetuosos jovenzuelos nos interrumpieran, estábamos hablando de las dimensiones de mi Fuerte, ¿no?

Les volvió la espalda a Sharra y a Jaxom, indicando a los demás que volvieran a la cabaña.

EPILOGO

La primavera había llegado al Norte de Pern y al Fuerte de Ruatha. Una vez hubieron sido reparados los daños del invierno, y sembradas las primeras cosechas, se desarrolló una gran actividad en el Fuerte, dirigida a dejar aquel viejo lugar en la mejor condición posible, aquella mañana de primavera en que las ecuaciones de Wansor dijeron que no caerían Hebras en ninguna parte, salvo muy lejos, hacia el Oeste, sobre el mar.

Las murallas de Ruatha fueron limpiadas, y el pavimento, brillantemente pulido. Se colgaron banderolas de todas las ventanas sin postigos, y las flores cubrieron todos los rincones de los patios y de la Sala. Las enredaderas del Meridional habían sido entretejidas la noche anterior para adornar las alturas de fuego. Las anchas praderas de más abajo del Fuerte quedaron cubiertas de tiendas para los invitados, y se establecieron cercas para las bestias de carreras.

Los dragones empezaron a llegar, saludados por el viejo dragón vigilante pardo, Wilth, que a buen seguro acabaría afónico de tanto bramar bienvenidas antes de que empezaran las ceremonias.

Los lagartos de fuego alborotaban por todas partes, y hubo que llamarlos al orden por parte de los dragones y sus amigos. Pero el ambiente estaba tan distendido y jubiloso, que las travesuras y las bromas, de humanos o de criaturas, eran toleradas amigablemente.

Para proveer a tantos invitados, medio Pern, de Norte a Sur, se había presentado, y el Fuerte y Weyr de Fort, así como Benden, habían unido su personal de cocinas al de Ruatha. Toric se había visto obligado a enviar algunos dragones al Meridional, a buscar fruta fresca, pescado y wherries, cuya carne era apreciada por su blandura y buen gusto, tan distinto de las del Norte. Los grandes asadores y fosos de hervir habían estado funcionando desde la noche anterior, y los aromas que desprendían hacían la boca agua.

La noche anterior habían habido fiestas, danzas y cantos hasta la madrugada, para los comerciantes que habían llegado, sin que nadie se percatara de lo especial de la ocasión. Ahora, seguía llegando más gente por los caminos, o descendiendo de los cielos, a medida que se acercaba la hora de la ceremoniosa confirmación del joven Señor del Fuerte de Ruatha.

El Arpista viene, le dijo Ruth a Jaxom y a Sharra, mientras abría de un empujón las puertas de su weyr y salía al patio.

Jaxom y Sharra, en la Sala principal de su vivienda, oyeron los alegres vítores de bienvenida, como si no le hubieran dado las buenas noches al Arpista a primera hora de la mañana.

Lioth dice que. esperes aquí. El Arpista y N'ton quieren hablarte a solas.

Jaxom se volvió a Sharra, sorprendido.

—Oh, no puede ser nada malo, Jaxom —dijo ella, sonriendo—. El Maestro Robinton nos lo hubiera dicho anoche. Y yo sigo pensando que llevas la túnica demasiado apretada sobre el pecho.

—Toda la primavera cavando el Prado de la Nave, amor mío, —dijo Jaxom, inhalando el aire de modo que su túnica quedó aún más apretada.

—¡Si la rompes, la tendrás que llevar remendada! —Ella sonrió al reñirle, y luego lo besó.

Los besos de Sharra debían ser gozados siempre que fuera posible, por lo que él la apretó contra sí.

—¡Jaxom! No voy a ir llena de arrugas a tu confirmación.

Ramoth y Mnementh han llegado. Ruth se alzó sobre sus patas para bramar un saludo adecuado.

—Uno creería que es él quien va a ser confirmado como Señor del Fuerte —dijo Sharra, cuya hermosa voz estaba rebosante de alegría.

—Ha sido un esfuerzo conjunto —dijo Jaxom, sonriendo La estrechó rápidamente una vez más, aliviado de que la incertidumbre del invierno hubiera cedido paso a la primavera.

Nunca había estado tan ocupado como ahora: administrando el Fuerte y sondeando en las profundidades de los misterios ancestrales de la Meseta y del Prado de la Nave, cada vez que podía disponer de algunas horas. Lytol, como Jaxom esperaba, se había interesado enormemente en las excavaciones, pasando cada vez más tiempo con el Arpista en el Fuerte de la Cala. Y ahora que su confirmación era inminente, Jaxom había sido admitido en los consejos secretos de los Señores de los Fuertes, tanto por su alianza con Toric como por su propio rango.

Jaxom dudaba de que Toric siguiera tolerando el conservadurismo que dominaba en las actitudes de algunos Señores de los Fuertes. Larad de Telgar Hold, Asgenar de Lemos, Begamon y Sigomel parecían más cerca de la opinión de Toric, y Jaxom prefirió alinearse con ellos más que con Groghe, Sangel y algunos otros de los mayores. Algunos de los Señores, ya viejos, sencillamente no entendían las necesidades del momento, ni la llamada de las vastas tierras del Meridional, con su infinita variedad y desafío.

Las formalidades del día eran motivo y excusa para una reunión de Weyrs, Artesanados y Fuertes, una fiesta celebrando el fin de los fríos meses de la Revolución, una feliz jornada en la que no caerían Hebras en todo Pern.

Lioth aterrizó en el patio de la pequeña cocina, y Ruth retrocedió a su aposento para dejar al gran dragón bronce espacio suficiente. El Arpista se deslizó de su lomo, blandiendo un grueso rollo, y la sonrisa en la cara de N'ton indicó que llevaban noticias de gran importancia.

—Lessa y F'lar deben oír nuestras noticias también —dijo N'ton, cuando, junto con el Arpista, se hubo unido a los jóvenes colonos—. Precisamente ahí. —Y señaló a Lioth las alturas de fuego.

Los dos hombres se quitaron las chaquetas de vuelo, aunque Robinton siguió sujetando el rollo. Observaron con creciente impaciencia mientras, primero el dorado Ramoth, y luego, el bronce Mnementh, descargaron a sus pasajeros y subieron a las alturas de fuego para unirse a Lioth.

—Bien, Arpista. Mnementh dice que revientas por contarnos noticias —dijo F'lar, pasándole a Jaxom sus ropas de volar, mientras Sharra atendía a Lessa.

—Así es, Benden —el Arpista exageró cada sílaba, agitando visiblemente su rollo.

—Bien, ¿qué llevas ahí? —preguntó Lessa.

—¡No es sino la clave de aquel mapa coloreado de la nave! —dijo el Arpista, sonriendo—. Piemur lo transcribió, trabajando con Nicat, porque teníamos la sensación de que tenía algo que ver con la configuración del terreno. Y así es. La roca bajo la tierra, para ser exacto. —Empezó a desenrollar el mapa, mientras Lessa y F'lar le ayudaban a sujetar los extremos—. Estas manchas color pardo oscuro indican una roca muy antigua, en sitios en que nunca han habido terremotos o acción volcánica. No han habido cambios entre este mapa y los nuestros actuales. La Meseta, coloreada aquí de amarillo, tuvo que ser abandonada por la erupción. Ved, aquí y allá, al Sur, y en Tillek, tenemos la misma coloración. Mis queridos amigos, los

antepasados llegaron al Norte, a Fort, Ruatha, Benden y Telgar, porque eran tierras más seguras ante la posibilidad de desastres naturales.

—¿Es que las Hebras eran un desastre no natural? —preguntó Lessa con burla en la voz.

—Prefiero tratar mis desastres de uno en uno —dijo F'lar—. ¡Verse atacado desde el suelo y desde el aire ya es demasiado!

—Luego, Nicat y Piemur han deducido también dónde los antepasados encontraron metales, agua negra y piedra negra. Los depósitos están claramente marcados en ambas zonas, Norte y Sur. Ya hemos trabajado muchas de las minas del Septentrional.

—¿Hay más en el Meridional? —preguntó F'lar, demostrando un gran interés—. ¡Enséñamelo!

Robinton señaló media docena de pequeñas señales.

—Todavía no se sabe cuál es la riqueza de los depósitos, pero estoy seguro de que Nicat nos lo dirá pronto. El y Piemur forman un excelente equipo.

—¿Cuántas minas hay en el Fuerte de Toric? —preguntó F'lar.

N'ton rió entre dientes:

—No más de las que ya ha descubierto y explotado. Hay muchas inexploradas en las tierras de los dragoneros —dijo, dando unos golpecitos en la zona Sudoeste—. ¡Cuando haya terminado esta Pasada, creo que me haré minero!

—Cuando haya terminado esta Pasada... —F'lar se hizo eco de aquellas palabras, y su mirada captó la del Arpista: probablemente ninguno de los dos verían aquel momento.

—Cuando haya terminado esta Pasada —dijo Jaxom ansioso, mientras sus ojos escrutaban a aquel hombre—, la gente podrá empezar a concentrarse también en lo que hemos encontrado en la Meseta y en esas naves. ¡Podemos redescubrir el Meridional! Quizás incluso resolver el misterio de las naves... y el de cómo conseguir que los dragones crucen el vacío sin aire hasta las Hermanas del Alba... —Jaxom miró hacia el Sudeste, hacia las guías ahora ocultas a su vista.

—Y cómo eliminar para siempre la amenaza de las Hebras desde la propia Estrella Roja —dijo Sharra, en un susurro.

F'lar soltó una triste risita, apartando de su frente un rizo de pelo, ahora surcado de cabellos grises, que le caía sobre los ojos.

—Una vez soñé con llegar hasta la Estrella Roja. Es posible que vosotros, la gente joven, lleguéis a lograrlo, una vez hayamos aprendido lo que sabían nuestros antepasados.

—No desprecies tus logros, F'lar —dijo Robinton gravemente—. Has mantenido a Pern libre de Hebras y unido... ¡a pesar del propio Pern!

—Bien, ¡pero de no haber sido por ti —dijo Lessa, mirando a su alrededor, mientras sus ojos brillaban furiosamente por la infravaloración que F'lar hacía de sí mismo— nada de esto hubiera sucedido!

Hizo un gesto, dando a entender que Ruatha no luciría banderas durante una feliz jornada ni estaría segura en el conocimiento de ninguna Hebra enturbiaría aquel acontecimiento en ninguna parte.

—¡SEÑOR JAXOM! —El alarido de Lytol llegó claramente desde una ventana de arriba del Fuerte.

—¿Señor?

—¿Benden? ¿Fort? ¡Los otros Caudillos de los Weyrs y todos los Señores de los Fuertes de Pern Norte y Sur están ya reunidos!

Jaxom agitó la mano, dándose por enterado de la convocatoria. F'lar enrolló el mapa y se lo volvió a entregar a Robinton, con una inclinación de cabeza.

—Más tarde lo examinaré con bastante detenimiento, Robinton.

Jaxom ofreció el brazo a su Señora Sharra, e hizo un gesto a los dragoneros y al Maestro Arpista para que le precedieran.

—Sin lugar a dudas, esta es tu jornada, Señor Jaxom del Fuerte de Ruatha —dijo el Arpista, e hizo una profunda reverencia, alzando el brazo, para indicar que era Jaxom quien debía precederles.

Jaxom y Sharra, sonriendo, salieron al patio, y N'ton y Robinton detrás de ellos. F'lar ofreció su brazo a Lessa, pero ella había vuelto la vista hacia el pequeño patio de la cocina, y no fue difícil para el caballero bronce adivinar sus pensamientos.

—También es éste tu día, Lessa —dijo él, llevándose la mano a los labios—. ¡Un día que tu determinación y valor han hecho posible! —Volvió a tomarla del brazo y dirigió una mirada hacia lo alto.— ¡La Sangre de los de Ruatha poseerá las tierras de Ruatha en este día!

—Lo que demuestra —dijo ella, intentando mostrarse altanera, aunque su cuerpo estaba pegado al de él— que si lo intentas con suficiente fuerza y trabajas el tiempo que sea preciso, puedes conseguir lo que deseas.

—Espero que tengas razón —dijo F'lar, volviendo la vista hacia la Estrella Roja—. ¡Un día, los dragoneros conquistarán esa estrella!

—¡BENDEN! —El rugido del Arpista detuvo aquel momento de triunfo privado.

Sonrientes como niños, Lessa y F'lar atravesaron el patio de la cocina y subieron por las escaleras de la Sala Principal. Los dragones, en las alturas de fuego, se pusieron en pie sobre sus patas, bramando de júbilo por aquel feliz día, mientras que los lagartos de fuego ejecutaron sus habituales
acrobacias en el cielo libre de Hebras.

ÍNDICE DEL DRAGÓN

LOS WEYRS POR ORDEN DE FUNDACIÓN

Weyr de Fort
Weyr de Benden
Weyr de las Altas Extensiones
Weyr de Igen
Weyr de Ista
Weyr de Telgar
Weyr Meridional

LOS FUERTES MAYORES Y SU ADSCRIPCIÓN A LOS WEYRS

Weyr de Fort

Fuerte de Fort (el fuerte más antiguo), Señor del Fuerte Groghe.
Fuerte de Ruatha (el siguiente en antigüedad), Señor del Fuerte Jaxom, Señor Tutor Lytol.
Fuerte del Boíl Meridional, Señor del Fuerte Sengel.

Weyr de Benden

Fuerte de Benden, Señores del Fuerte Raid y Toronas.
Fuerte de Bitra, Señores del Fuerte Sifer y Sigomal.
Fuerte de Lemas, Señor del Fuerte Asgenar.

Weyr de las Altas Extensiones

Fuerte de las Altas Extensiones, Señor del Fuerte Bargen.
Fuerte de Nabol, Señores del Fuerte Fax, Meron, Deckter.
Fuerte de Tillek, Señor del Fuerte Oterel.

Weyr de Igen

Fuerte de Keroon, Señor del Fuerte Gorman.
Partes del Igen Superior.
Fuerte de Telgar Meridional.

Weyr de Ista

Fuerte de Ista, Señor del Fuerte Warbret.
Fuerte de Igen, Señor del Fuerte Laudey.
Fuerte de Nerat, Señores del Fuerte Vincet y Begamon.

Weyr de Telgar

Fuerte de Telgar, Señor del Fuerte Larad.
Fuerte de Crom, Señor del Fuerte Nessel.

Weyr Meridional

Fuerte Meridional, Colono Toric.

LOS PRINCIPALES SEÑORES (Y SUS FUERTES)

Asgenar (Lemas)
Banger (Llanuras de Igen)
Bargen (Altas Extensiones)
Begamon (Nerat, 2)
Gorman (Keroon)
Deckter (Nabol, 3)
Fax (Nabol, 1)
Groghe (Fort)
Jaxom (Ruatha)
Larad (Telgar)
Laudey (Igen)
Lytol (Gobernador de Ruatha)
Meron (Nabol, 2)
Ness (Crom)
Oterel (Tillek)
Raid (Benden, 1)
Sangel (Boíl)
Sifer (Bitra, 1)
Sigomal (Bitra, 2)
Toric (Meridional)
Toronas (Benden, 2)
Vincent (Nerat, 1)
Warbret (Ista)

MAESTROS ARTESANOS Y ARTESANOS

Artesano	Categoría/oficio	Lugar
Andemon	Maestro Agricultor	Fuerte de Nerat
Amor	Maestro Artesano, escribiente	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Baldor	Arpista del Weyr	Weyr de Ista
Belesdan	Maestro Curtidor	Fuerte de Igen
Bendarek	Maestro Artesano, carpintero	Fuerte de Lemos
Benelek	Oficial Mecánico	Taller del Herrero
Briaret	Maestro Ganadero	Fuerte de Keroon
Brudegan	Uncial Arpista	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Chad	Arpista	Weyr de Telgar
Domick	Maestro Artesano, compositor	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Elgin	Arpista	Fuerte Marino del Semicírculo
Facenden	Maestro Artesano, herrero	
Fandarel	Maestro Herrero	Taller del Herrero, Fuerte de Telgar
Idarolan	Maestro Pescador	Fuerte de Tillek
Jerint	Maestro Artesano, instrumentos	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Ligand	Oficial Curtidor	Fuerte de Fort
Menolly	Oficial Arpista	Taller del Arpista, Fuerte de Fort

Morshall	Maestro Artesano, teoría	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Nicat	Maestro Minero	Fuerte de Crom
Oharan	Arpista del Weyr	Weyr de Benden
Oldive	Maestro Médico	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Palim	Oficial Panadero	Taller del Herrero
Petiron	Arpista	Fuerte Marino del Semicírculo
Piemur	Aprendiz/oficial	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Robinton	Maestro Arpista	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Sebell	Oficial/Maestro Arpista	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Sharra	Oficial Médico	Fuerte Meridional
Shonegar	Maestro Artesano, voz	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Sograny	Maestro Ganadero	Fuerte de Keroon
Tagetarl	Oficial Arpista	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Talmor	Oficial arpista	Taller del Arpista, Fuerte de Fort
Terry	Maestro Artesano, herrero	Taller del Herrero, Fuerte de Telgar
Timareen	Maestro Artesano, tejedor	Fuerte de Telgar
Wansor	Maestro Artesano, vidriero	Taller del Herrero, Fuerte de Telgar
Yanis	Maestro Artesano	Fuerte Marino del Semicírculo
Zurg	Maestro Tejedor	Fuerte del Boíl Meridional

POSEEDORES DE LAGARTOS DE FUEGO

Poseedor	*Lagarto*
Asgenar	pardo Rial
Baner	
Bargen	
Brand	azul bronce
Brekke	Berd
Gorman	
Deelan	verde
Famira	verde
F'nor	dorado Grall
Groghe	reina Merga
G'sel	bronce
Kylara	dorado
Larad	verde
Menolly	reina Beauty; bronces Rocky, Diver, Poli; pardos Lazybones, Mimic, Brownie; verdes Auntie Uno, Auntie Dos; azul Únele
Meron	bronce
Mirrim	verdes Reppa, Lok; pardo Tolly

Nessel	
Nicat	
N'ton	pardo Tris
Oterel	
Píemur	reina Farli
Robinton	bronce Zair
Sangel	
Sebell	reina Kimi
Sharra	bronce Meer, pardo Talla
Sifer	
Toric	reina, dos bronces
Vincent	

ALGUNOS TÉRMINOS DE INTERÉS

Agenothree: un producto químico común en Pern,
Altas Extensiones: montañas en el continente Septentrional de Pern (ver mapa).
Antiguo: miembro de uno de los cinco Weyrs que Lessa adelantó cuatrocientas Revoluciones en el tiempo. Utilizado como un término despectivo para referirse a quien se ha trasladado al Weyr Meridional.
Arpista del Weyr: el Arpista de los dragoneros, habitualmente también él mismo dragonero.
Cesta de luz: cesto en el que se transporta un foco luminoso.
Estrella Roja (sic): planeta hermanastro de Pern. Tiene una órbita errática.
Fellis: un árbol floreciente.
Fuerte: lugar donde vive la gente común; originariamente estaban emplazados en las montañas y laderas.
Hebra: (microrizoide) esporas procedentes de la Estrella Roja, que caen en Pern y penetran en su suelo, devorando toda la materia orgánica que encuentran a su paso.
Hermanas del Alba: un trío de estrellas visible desde Pern.
Hermanas del Día: otro nombre con el que se conocen las Hermanas del Alba.
Impresión: la unión de las mentes de un dragón y su futuro caballero en el momento de la eclosión del dragón.
ínter: un área de nada y pérdida sensorial entre aquí y allá.
Intervalo: período de tiempo entre dos pasadas, generalmente 200 Revoluciones.
Intervalo Largo: período de tiempo, generalmente de doble duración que un intervalo, en el cual no caen las Hebras y los Dragoneros disminuyen en número. El último In-tervalo Largo se interpretó el fin de las Hebras.
Klah: bebida caliente estimulante hecha de corteza de árbol y que sabe ligeramente a canela.
Mes: cuatro semanas de Pern.
Mimbres: plantas acuáticas parecidas a los juncos de la Tierra.
Mira a: ha sido Impresionado por.
Pasada: período de tiempo durante el cual la Estrella Roja se acerca lo suficiente para dejar caer Hebras en Pern,
Pedernal: mineral rico en fosfina que los dragones masticar para producir llamas.
Pern: tercero de los cinco planetas de la estrella Rukbat Tiene dos satélites naturales.
Revolución: un año pernés.
Roca negra: análoga al carbón.
Rukbat: estrella amarilla en el Sector de Sagitario, Rukbal tiene cinco planetas y dos cinturones de asteroides.
Semana: siete días de Pern.

Ungüento: una crema medicinal que, cuando se aplica sobre las heridas, elimina la sensibilidad, es utilizada como anestésico.
Weyr: hogar de los dragones y sus caballeros.
weyr: guarida del dragón:
Wher vigilante: un reptil nocturno pariente lejano de una especie del dragón.
Wherries: un tipo de ave de cierto parecido al Pavo domestico de la Tierra, pero del tamaño de un avestruz.
Zumo de Fellis: zumo hecho con el fruto del árbol de fellis, somnífero.

JURAMENTOS PERNESES

Por el Huevo
Por el primer Huevo
Por el Huevo de Faranth
Abrásalo
Por la cascara del huevo de mi dragón
Cascaras
A través de la Caída, la Niebla y el Fuego.

LOS HABITANTES DE PERN

Abuna: Jefe de cocina, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
Alemi: Tercero de los seis hijos del Colono, en el Fuerte Marino del Semicírculo.
Andemon: Maestro Agricultor, Fuerte de Nerat.
Arnor: Maestro Artesano escribiente, en el Taller del Arpista.
Balder: Arpista, en el Weyr de Ista.
B'dor: caballero en el Weyr de Ista.
Bedelía: Dama del Weyr Antigua, en el Weyr de Telgar; dragón reina Solth.
Belesdan: Maestro Curtidor, Fuerte de Igen.
Bendarek: Maestro Artesano Carpintero, en el Fuerte de Lemos.
Benelek: Oficial Mecánico, Taller del Herrero.
Benis: uno de los 17 hijos del Señor del Fuerte Groghe, en el Fuerte de Fort.
B'fol: caballero, en el Weyr de Benden; dragón verde Gereth.
B'irto: caballero, en el Weyr de Benden, dragón bronce Cabenth.
B'naj: caballero, en el Weyr de Fort, dragón verde Beth.
Brand: mayordomo, en el Fuerte de Ruatha; lagarto de fuego azul.
B'rant: caballero, en el Weyr de Benden; dragón pardo Fanth.
B'refli: caballero, en el Weyr de Benden; dragón pardo Joruth.
Brekke: Dama del Weyr, en el Weyr Meridional; dragón reina Wirenth; lagarto de fuego bronce Berd.
Briala: estudiante, en el Taller del Arpista.
Briaret: Maestro Ganadero (sustituto de Sograny), Fuerte de Keroon.
Brudegan: Oficial de Coros, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
Camo: un tonto, Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
Celina: jinete de reina, en el Weyr de Benden; dragón reina Lamanth.
C'gan: Arpista del Weyr, en el Weyr de Benden; dragón azul Tegath.
Corana: hermana de Fidelio (propietario de La Meseta), Fuerte de Ruatha.
Cosira: jinete, en el Weyr de Ista, dragón reina Caylith.
Deelan: madre de leche de Jaxom, en el Fuerte de Ruatha.

Dorse: hermano de leche de Jaxom, en el Fuerte de Ruatha.
D'nek: caballero, en el Weyr de Fort; dragón bronce Zagenth.
D'nol: caballero del dragón bronce Valenth, en el Weyr de Benden.
Domick: Maestro Artesano compositor, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
D'ram: Caudillo del Weyr antiguo, en el Weyr de Ista; dragón bronce Tiroth.
Dunca: propietaria de cabaña, cabaña de las muchachas, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
D'wer: caballero, en el Weyr de Benden; dragón azul Trebeth.
Elgion: el nuevo Arpista en el Fuerte Marino del Semicírculo.
Fandarel: Maestro Herrero, Taller del Herrero, Fuerte de Telgar.
Fanna: Dama del Weyr Antigua, en el Weyr de Ista; dragón reina Miranth.
Fax: Señor de los Siete Fuertes, padre de Jaxom.
Felena: Ayudante de la Jefa Manora, en el Weyr de Benden.
Fidelio: Colono, en La Meseta, Fuerte de Ruatha.
Finder: Arpista, en el Fuerte de Ruatha.
F'lar: Caudillo del Weyr, en el Weyr de Benden; dragón bronce Mnementh.
F'lessan: caballero, en el Weyr de Benden, hijo de F'lar y Lessa; dragón bronce Golanth.
F'lon: Caudillo del Weyr, en el Weyr de Benden, padre de F'nor y de F'lar.
F'nor: lugarteniente, en el Weyr de Benden; dragón pardoCanth, lagarto de fuego dorado Grall. ***F'rad***: caballero, en el Weyr de Benden; dragón verde Telorth.
Gandidan: un niño del Weyr de Benden.
Gemma, Señora: Primera Señora de Fax (Señor de los Siete Fuertes) y madre de Jaxom.
G'dened: aspirante a caudillo del Weyr, en el Weyr de Ista,hijo del Caudillo del Weyr Antiguo D'ram; dragón bronce Baranth.
G'nag: caballero en el Weyr Meridional; dragón azul Nelanth.
G'narish: Caudillo del Weyr Antiguo, en el Weyr de Igen; dragón bronce Gyamath.
G'sel: caballero, en el Weyr Meridional; lagarto de fuego bronce, dragón verde Roth.
Groghe: Señor del Fuerte, en el Fuerte de Fort; lagarto de fuego reina Merga.
H'ages: lugarteniente, en el Weyr de Telgar; dragón bronce Kerth.
Horon: hijo del Señor Groghe; Fuerte de Fort.
Idarolan: Maestro Pescador, Fuerte de Tillek.
Jaxom: Señor del Fuerte (menor de edad), en el Fuerte de Ruatha; dragón blanco Ruth.
Jerint: Maestro Artesano para instrumentos, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
Jora: Dama del Weyr que precedió a Lessa, en el Weyr de Benden; dragón reina Nemorth.
J'ralt: caballero, en el Weyr de Benden; dragón verde Palanth.
Kayla: sirvienta, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
K'der: caballero, en el Weyr de Ista; dragón azul Warth.
Kenelas: una mujer de las Cavernas Inferiores, en el Weyr de Benden.
Kern: hijo mayor del Señor Nessel (el Señor del Fuerte de Crom).
Kirnety: un muchacho, en el Fuerte de Telgar; Impresionó al dragón bronce Fidirth.
K'nebel: Maestro Instructor del Weyr, en el Weyr de Fort; dragón bronce Firth.
K'van: caballero, en el Weyr de Benden; dragón bronce Heth.
Kylara: hermana del Señor del Fuerte Larad y Dama del Weyr, en el Weyr Meridional, que se trasladó al Weyr de las Altas Extensiones cuando los Antiguos fueron exiliados; dragón reina Prideth.
Lessa: Dama del Weyr, en el Weyr de Benden; dragón reina Ramoth.
Lidith: dragón Reina anterior a Nemorth, jinete desconocida.
Ligand: Oficial Curtidor, en el Fuerte de Fort.
L'tol: caballero, en el Weyr de Benden y, como Lytol, Gobernador del Fuerte de Ruatha; dragón pardo Larth (muerto).
L'trel: padre de Mirrim, en el Weyr Meridional; dragón azul Falgrenth.
Lytol: Señor Tutor del Señor del Fuerte menor de edad Jaxom, en el Fuerte de Ruatha; dragón pardo Larth (muerto).
Manora: mujer jefe, en el Weyr de Benden.

Mardra: Dama del Weyr Antigua, en el Weyr de Fort, exiliada al Weyr Meridional; dragón reina Loranth.
Margatta: Dama del Weyr mayor, en el Weyr de Fort; dragón reina Ludeth.
Mavi: Señora del Colono (Yanis), en el Fuerte Marino del Semicírculo.
Menolly: Oficiala, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort; lagartos de fuego (10); dorada Beauty; bronces Rocky, Diver, Poli; pardos Lazybones, Mimic, Brownie; verdes Auntie Uno y Auntie Dos; azul Únele.
Menolly: la hija más joven del Colono (Yanis), en el Fuerte Marino del Semicírculo.
Merelan: madre de Robinton (Maestro Arpista).
Merika: Dama del Weyr Antigua, en el Weyr de las Altas Extensiones; exiliada al Weyr Meridional; dragón reina.
Mirrim: jinete verde, hija adoptiva de Brekke, en el Weyr de Benden; dragón verde Path; lagartos de fuego: verde Reppa, verde Lok, pardo Tolly.
Moreta: antigua Dama del Weyr, en el Weyr de Benden; dragón reina Orlith.
Morshall: Maestro Artesano de teoría, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
M'rek: lugarteniente, en el Weyr de Telgar; dragón bronce Zigith.
M'tok: caballero, en el Weyr de Benden; dragón bronce Litorth.
Nadira: Dama del Weyr, en el Weyr de Igen.
Nicat: Maestro Minero, Fuerte de Crom.
N'ton: jefe de escuadrilla, en el Weyr de Benden, sobre el dragón bronce Lioth; luego Caudillo del Weyr, en el Weyr de Fort (después de T'ron); lagarto de fuego pardo Tris.
Oharan: Oficial Arpista, en el Weyr de Benden.
Oldive: Maestro Médico, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
Viejo Únele: bisabuelo de Menolly, en el Fuerte Marino del Semicírculo.
Palim: Oficial Panadero, en el Fuerte de Fort.
Petiron: el antiguo Arpista en el Fuerte Marino del Semicírculo.
Piemur: Aprendiz/Oficial, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort; lagarto de fuego reina Farli; corredor Estúpido.
Pilgra: Dama del Weyr, en el Weyr de las Altas Extensiones; dragón reina Selgrith.
P'llomar: caballero, en el Weyr de Benden; dragón verde Ladrarth.
Pona: nieta del Señor del Fuerte Sangel, Fuerte del Boíl Meridional.
P'ratan: caballero, en el Weyr de Benden; dragón verde Poranth.
Prilla: la Dama del Weyr más joven, en el Weyr de Fort; dragón reina Selianth.
Rannelly: nodriza y sirvienta de Kylara.
R'gul: Caudillo del Weyr anterior a F'lar, en el Weyr de Benden; dragón bronce Hath.
R'mart: Caudillo del Weyr Antiguo, en el Weyr de Telgar; dragón bronce Branth.
R"mel: caballero, en el Weyr de Benden; dragón Sorenth.
R'nor: caballero, en el Weyr de Benden; dragón pardo Virianth.
Robinton: Maestro Arpista, Taller del Arpista, Fuerte de Fort; lagarto de fuego bronce Zair.
Sanra: responsable de los niños, en el Weyr de Benden.
Sebell: Oficial/Maestro Arpista, ayudante de Robinton, Taller del Arpista, Fuerte de Fort; lagarto de fuego reina Kimi.
Sella: hermana mayor de Menolly, en el Fuerte Marino del Semicírculo.
S'goral: caballero, en el Weyr Meridional; dragón verde Betunth.
Sharra: Oficiala médica, en el Fuerte Meridional; lagartos de fuego bronce Meer y pardo Talla.
Shonagar: Maestro Artesano de la voz, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
Silon: un niño del Weyr de Benden.
Silvina: mujer jefe, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
S'lan: caballero, en el Weyr de Benden; dragón bronce Binth.
S'lel: caballero, en el Weyr de Benden; dragón bronce Tuenth.
Sograny: Maestro Agricultor, Fuerte de Keroon.
Soreel: esposa del Primer Propietario, en el Fuerte Marino del Semicírculo.
Tagetarl: Oficial, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.

Talina: Dama del Weyr, en el Weyr de Benden; jinete de reina.
Talmor: Oficial profesor, en el Taller del Arpista, Fuerte de Fort.
T'bor: Caudillo del Weyr, en el Weyr Meridional, luego se trasladó a las Altas Extensiones cuando los Antiguos fueron exiliados; dragón bronce Orth.
Tegger: Colono en Ruatha.
Tela, Señora: una de las señoras de Fax.
Terry: Maestro Artesano Herrero, Taller del Herrero, Fuerte de Telgar.
T'gran: dragonero, en el Weyr de Benden; dragón pardo Branth.
T'gellan: jefe de escuadrilla, en el Weyr de Benden; dragón bronce Monarth.
T'gor: caballero, en el Weyr de Benden; dragón azul Relth.
T'kul: Caudillo del Weyr Antiguo, en el Weyr de las Altas Extensiones, exiliado al Weyr Meridional; dragón bronce Salth.
T'ledon: caballero del dragón vigilante, en el Fuerte de Fort; dragón azul Serith.
Tordril: adoptivo, en el Fuerte de Ruatha, futuro Señor del Fuerte de Igen.
Torene: antigua Dama del Weyr, en el Weyr de Benden.
Toric: Señor del Fuerte, en el Fuerte Meridional.
T'ran: caballero, en el Weyr de Fort; dragón verde Beth.
T'ron: Caudillo del Weyr Antiguo, en el Weyr de Fort; exiliado al Weyr Meridional; dragón bronce Fidranth; también llamado T'ton.
T'sel: dragonero, en el Weyr de Benden; dragón verde Trenth, lagarto de fuego bronce Rill.
Vanira: ver Varena.
Varena (también llamada Vanira): jinete, en el Weyr Meridional; dragón reina Ralenth.
Viderian: adoptivo (hijo de Colono Marino), en el Fuerte de Fort.
Wansor: Maestro Artesano Vidriero, Taller del Herrero, Fuerte de Telgar; también llamado Astrónomo.
Yanis: Maestro Artesano y Colono, en el Fuerte Marino del Semicírculo.
Zurg: Maestro Tejedor, Fuerte del Boíl Meridional.